

Samuel Pérez Millos, Th.M.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

ει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλ
καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνώσεσθε
γνώσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερ

EFESIOS

Samuel Pérez Millos

COMENTARIO EXEGÉTICO
AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO

EFESIOS



editorial clie

COMENTARIO EXEGÉTICO
AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO

EFESIOS

Samuel Pérez Millos

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: <http://www.clie.es>

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
EFESIOS**

Copyright © 2010 Samuel Pérez Millos

Copyright © 2010 EDITORIAL CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-557-2

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:

HERMENEUTICA

0242-Comentarios del NT-Efesios

CTC: 01-02-0242-08

Referencia: 224713

DEDICATORIA:

Dedico este libro a quienes aman y guardan solícitamente la unidad de la Iglesia en el vínculo de la paz. A los que viven y ministran en la gracia alentando el rebaño de Dios, conduciéndolo a la verdadera libertad en Cristo y buscando la comunión real en Él de todo el pueblo de Dios. A los que lloran por las aflicciones que conlleva seguir a Jesús y aún así mantienen firme su fidelidad a Él, asistidos por la gracia. A quienes, a pesar de todo, saben que la Iglesia es el eterno propósito de Dios y viven en ella sirviéndole y buscando Su gloria, mientras esperan al Señor.

CONTENIDO.

Prólogo.	11
Capítulo I.	
El propósito eterno de Dios.	
Introducción general.	13
Los escritos del cautiverio.	14
Autor.	15
La iglesia en Éfeso.	17
La ciudad.	17
La iglesia.	19
El cuestionamiento de la autoría.	19
Lugar de redacción.	38
Fecha.	39
Destinatarios.	39
Contenido.	40
Texto griego.	41
Bosquejo.	44
Exposición de la Carta.	45
Introducción y saludo (1:1-2).	45
Posición del creyente en Cristo (1:3-3:21).	55
Bendiciones espirituales (1:3-14).	56
Escogidos por el Padre (1:3-6).	56
Salvos por el Hijo (1:7-12).	79
Sellados por el Espíritu (1:13-14).	94
Primera oración de Pablo (1:15-23).	101
Capítulo II.	
Salvación por gracia.	
Introducción.	127
Salvos por gracia (2:1-10).	128
La condición del pasado (2:1-3).	128
La condición del presente (2:4-6).	140
La condición del futuro (2:7-10).	146
La unidad del cuerpo (2:11-22).	158
Los gentiles sin Cristo (2:11-12).	158
El cuerpo en Cristo (2:13-18).	163
Los cristianos como edificio (2:19-22).	179

Capítulo III.**Misterio y amor.**

Introducción.	189
La gloria del cuerpo (3:1-13).	190
La administración de la gracia (3:1-6).	190
Manifestación del misterio (3:7-13).	204
Segunda oración de Pablo (3:14-19).	223
Doxología (3:20-21).	244

Capítulo IV.**La unidad de la Iglesia.**

Introducción.	251
La ética del cristiano en el mundo (4:1-6:24).	252
Andar en dignidad (4:1-16).	252
Modo de mantener la unidad (4:1-3).	252
Las bases unitarias (4:4-6).	274
El precio de la unidad (4:7-10).	286
Los medios para fortalecer la unidad (4:11-12).	305
Unidad de fe y conocimiento (4:13-16).	315
El compromiso de la nueva vida (4:17-32).	329
El modo de vida sin Cristo (4:17-21).	329
Despojarse y revestirse (4:22-24).	349
Aplicación personal (4:25-32).	357

Capítulo V.**Vida en el Espíritu.**

Introducción.	389
El creyente bajo el Espíritu Santo (5:1-6:9).	390
Andar en amor (5:1-7).	390
Andar en luz (5:8-14).	411
La demanda a una vida en sabiduría (6:15-17).	428
La vida en la plenitud del Espíritu (5:18-6:2).	434
Gozo y oración (5:9-20).	434
Deberes matrimoniales (5:21-33).	445

Capítulo VI.**Hogar, trabajo, victoria y poder.**

Introducción.	485
Hijos y padres (6:1-4).	486
Siervos y amos (6:5-9).	501
La vida cristiana como lucha (6:10-20).	517
La fortaleza y la armadura de Dios (6:10-17).	517
Oración intercesora (6:18-20).	541

Conclusión (6:21-24).	552
Asuntos personales (6:21-22).	552
Bendición y doxología (6:23-24).	556
Bibliografía.	563

PRÓLOGO.

Cuando un escritor ve un libro de su autoría pasar a manos de un lector, posiblemente le encantaría poder acompañar ese gesto con un comentario personal y emotivo. Desearía presentarse totalmente desarmado, para poder confesar con la mayor simplicidad y franqueza, lo que en su opinión, es lo más importante en su obra, y todas aquellas cosas que no consideró necesarias por el propósito que lo llevó al escribirla. Le gustaría hacer referencia a determinados pasajes, que nunca los hubiese escrito sin el estímulo de hermanos o familiares de la misma manera a que aparecen en su escrito. También podemos afirmar que en algunos puntos de la obra evidentemente le gustaría indicar que no ha llegado a su propósito.

Todo escritor sabe muy bien que sus libros tienen que aparecer sin una sola palabra de protección. Debo manifestar con toda sinceridad, que este prologo no tiene el propósito de protección, por dos cosas muy importantes: La primera es que el autor es un creyente con más conocimiento bíblico y secular que el prologuista. La segunda es que Samuel Pérez Millos es conocido a nivel internacional a través de sus conferencias, estudios bíblicos y escritos.

La carta a los Efesios fue desde los primeros años de la Iglesia a nuestros días, un escrito muy apreciado por el tema tan importante de Eclesiología. En esta carta como escribe William G. Morread: *“pasamos a la quietud y al silencio del santuario.....aquí prevalece la atmósfera de reposo, de meditación, de adoración y de paz”*. J. Armitage Robison escribió refiriéndose a Efesios: *“Es la corona de los escritos de Pablo”*. A.T. Pierson, la definió como: *“La epístola paulina del tercer cielo”*.

El consenso general sobre Efesios es que se ubica en el plano más elevado en la literatura devocional y teológica desde los principios del cristianismo. Ha sido llamada *“La reina de las epístolas”*, y creemos que con razón. Se dice que en los días póstumos de Juan Knox, en su lecho de muerte, a su pedido le leían los sermones sobre la carta a los Efesios de Juan Calvino. Guillermo Hendriksen refiriéndose a Efesios escribe: *“El apóstol describe a esta iglesia con espíritu exuberante, exponiendo algunos detalles sobre su fundamento eterno, propósito universal, elevado ideal, unidad (en diversidad) y crecimiento orgánico, gloriosa renovación, y armadura eficaz. Es una iglesia que existe con el fin de servir como agente para la salvación de los hombres para la gloria del Dios Trino, uniéndose en alabanza “las potestades y autoridades en los lugares celestiales mientras observan, en un calidoscopio de cambiantes colores, la sabiduría de Dios reflejada en su obra maestra, la iglesia” (3:10).*

Debemos estar satisfechos, al poder tener los hispanos parlantes comentarios de libros de la Biblia de una calidad expositiva a la altura de los tan bendecidos traducidos de otros idiomas, muy especial los traducidos del inglés. En las últimas décadas esto ha ido en aumento y en calidad.

Sin entrar en muchos detalles quisiera ahora hacer algunos comentarios de este estudio de la epístola a los Efesios de Samuel Pérez Millos:

En el capítulo primero se destaca la exégesis del tema de la elección, el cual es siempre motivo de diferentes interpretaciones y posturas, que en la historia de la Iglesia han provocado grandes controversias y divisiones. La exégesis que hace Samuel es muy centrada y, aunque no todos estarán de acuerdo, es digna de tenerla en cuenta y examinarla, pues no se inclina solo por las interpretaciones de los grandes teólogos, sino trata de ceñirse a la Escritura. El énfasis sobre que la salvación es obra del Trino Dios, es muy marcada por el autor en este capítulo. El Padre elige, el Hijo redime y el Espíritu regenera y sella.

En el capítulo segundo se destaca la gracia como don de Dios por medio de la fe, (la cual también es don de Dios), versículo 8, y una excelente explicación de la muerte, que como bien lo expresa el autor es esencialmente espiritual y como consecuencia la muerte perpetúa o segunda.

El comentario es profundo en exégesis, a la vez eminentemente práctico en detalles, que sugiero tener en cuenta y detenerse a meditar, por ejemplo: versículo 18 del capítulo 2 y versículo 12 del capítulo 3, que trata de la entrada y acceso que tenemos al Padre por medio de Jesucristo y por un mismo Espíritu. Estos ejemplos nos estimulan en la vida de relación con Dios y nos orientan para los capítulos 4, 5 y 6.

Antes de concluir debo decir que me ha sido una vez más confirmado el significado más probable de los versículos 8 al 10 del capítulo 4, que da el escritor, que no era aceptada por la mayoría de los maestros y exégetas, el que suscribe desde bien joven lo interpretó como está interpretado en este comentario.

Conocí a Samuel cuando tenía nueve años y nunca hubiese pensado que a mis setenta y ocho años de edad tendría el privilegio de prologar una obra de esta envergadura. No dudo un solo instante en recomendar la lectura, el estudio de esta epístola, con el comentario de Samuel Pérez Millos al lado, como un auxiliar de inmenso valor.

Roberto Ochoa.
Buenos Aires.

CAPÍTULO I

EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

Introducción general.

La *Carta del apóstol Pablo a los Efesios* es uno de los más admirables tesoros de la Revelación. Ningún creyente que la lea y estudie con actitud humilde podrá dejar de experimentar un notable cambio en su vida cristiana, especialmente en cuanto al concepto personal de Dios y su obra. La profundidad doctrinal del escrito llega a límites insospechados para una extensión epistolar relativamente corta. Pero, no es menos cierto que la llamada parte *práctica* o *aplicativa* de la carta alcanza cotas de la misma dimensión que la parte dogmática. Su lectura nos conduce directamente a Dios y a la obra que Él hizo para conseguir su propósito eterno: la formación de un cuerpo en Cristo y, con ello, el establecimiento de una *familia espiritual* de hijos suyos. Esta condición de hijos de Dios, determina la necesidad de una ética totalmente distinta a la de aquellos que no tienen la bendición de haber alcanzado tal privilegio por gracia.

El contenido de la carta ha llevado a muchos lectores a la fe y los ha condicionado también en el verdadero camino de la ética cristiana, conforme al pensamiento y propósito de Dios. Es interesante el dato biográfico que el Dr. Stott inserta en la introducción de su comentario a la carta, relativo a John Mackay, que fue presidente del Seminario Teológico de Princeton:

“A este libro le debo mi vida, escribió. Y continuó explicando cómo en julio de 1903, cuando era un joven de catorce años, experimentó a través de la lectura de Efesios un éxtasis juvenil en las sierras de Highland, e hizo una ferviente declaración de fe en Jesucristo entre las rocas, a la luz de las estrellas. Aquí está su propio relato de lo que le aconteció: ‘Vi un mundo nuevo... Todo era nuevo... tenía una nueva visión, nuevas experiencias, nuevas actitudes hacia los demás. Amaba a Dios. Jesucristo llegó a ser el centro de todas las cosas... había sido vivificado; estaba realmente vivo’, John Mackay nunca perdió su fascinación por Efesios. Así que, cuando lo invitaron a dar las conferencias Croall en la Universidad de Edimburgo, en enero de 1948, eligió como tema la carta a los Efesios. Se refería a Efesios como el más grande, el más maduro y el más relevante para nuestros tiempos de todos los escritos paulinos. Porque aquí está la esencia de la religión cristiana, el compendio más autorizado y más consumado de nuestra santa fe cristiana. Y otra vez dijo ‘esta carta es pura música... Lo que aquí leemos es como una verdad que cantara, una doctrina que tuviera acompañamiento musical’. Así como el apóstol proclamó el orden de Dios en la era romana post-augusta, marcada por un proceso de desintegración social, así Efesios es hoy el libro

*más contemporáneo de la Biblia, ya que promete unidad en un mundo de desunión, reconciliación en lugar de alienación, y paz en lugar de guerra*¹

Es tal el nivel y la profundidad de este escrito que algunos lo han calificado como “*la corona de los escritos de san Pablo*”². Otro erudito ha dicho de la carta que es “*la más divina composición humana*”, llamándola “*la reina de las epístolas*”³. Como consecuencia, el texto bíblico de la carta encierra dificultades interpretativas, sobre todo en pasajes doctrinales que, para algunos, representan obstáculos insalvables, como es el tema de la elección de los creyentes.

El estudio requiere mucha humildad para acercarse a sus verdades con reverencia, dejando para una posterior iluminación del Espíritu en todo aquello que el creyente no sea capaz de discernir. Él lo ira revelando en la medida en que se vaya acrecentando la madurez espiritual por la Palabra. Esa misma humildad es precisa para aceptar el desafío de una vida de santidad que la carta demanda para cada creyente como individuo y para el conjunto de todos como iglesia de Jesucristo.

Los escritos del cautiverio.

Cuatro de los escritos del apóstol Pablo se conocen como *escritos de la prisión*, o mejor técnicamente *escritos del cautiverio*, porque fueron redactados durante un tiempo en que estaba preso, o tal vez más concretamente, detenido pero no necesariamente en prisión, sino en una casa de alquiler en la ciudad de Roma (Hch. 24:27). Estos escritos son las cartas a Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. En todos ellos hay evidencias internas que lo atestiguan: Ef. 3:1; 4:1; 6:20; Fil. 1:7, 13, 14; Col. 4:18; Flm. 1, 9).

Aunque el apóstol sufrió varias veces detenciones y prisión por causa del testimonio del evangelio, ningún periodo de tiempo entre los que se conocen por el contexto bíblico, fue lo suficientemente extenso como para permitir que escribiese las cartas antes mencionadas, salvo los dos años de cautiverio en Cesarea, y el posterior en Roma a donde el apóstol Pablo había sido trasladado por haber apelado a César en su conflicto con los judíos de Jerusalén (Hch. 25:12). El traslado se hizo desde Cesarea, donde había estado en prisión durante

¹ Jonh Stott. *La nueva humanidad*. Ediciones Certeza. Illinois, 1979.

² J. Armitage Robinson. *St. Paul's Epistle to the Ephesians, with Exposition and Notes*. (1903), pág. 7.

³ Barclay, William. *Gálas y Efesios*. Nuevo Testamento Comentado. Vol. X. Editorial Aurora, 1973.

dos años (Hch. 24:27). En Roma se le permitió vivir en una casa alquilada con un soldado que lo custodiaba permanentemente (Hch. 28:16). Ese tiempo de prisión fue también largo, durando por lo menos dos años (Hch. 28:30). Durante ese tiempo, Pablo tuvo ocasión de escribir -como así lo hizo-, así como para predicar y recibir visitas.

Los escritos del cautiverio están estrechamente vinculados entre sí, lo que pone de manifiesto que fueron confeccionados en el mismo período de tiempo. Junto con las identidades temáticas e incluso idiomáticas, se aprecia la coincidencia de que el portador de dos de ellas, la Carta a los Efesios y la Carta a los Colosenses, fue el mismo hermano, concretamente Tíquico (6:21; Col. 4:7), quien tuvo por compañero de viaje a Onésimo (Col. 4:9), el que a su vez llevó a su destinatario la Carta a Filemón. Es evidente que la vinculación de los escritos les da una cierta semejanza en diversos temas e incluso la reiteración de las mismas frases o palabras en cada uno de ellos. Las Cartas proceden del mismo apóstol en el mismo tiempo y desde el mismo lugar.

Autor.

Por el “*praescriptum*”, o la presentación que introduce el escrito, se presenta el autor como “*Pablo, el apóstol de Jesucristo*”. Esta misma referencia aparece más adelante (3:1). Un párrafo bastante extenso identifica también al escritor con el apóstol, al referirse a la gracia del apostolado que la había sido encomendado, y a la condición de ser el “*más pequeño de todos los santos*” (3:8). No cabe duda que el autor es un judío, al referirse a los lectores como *incircuncisos*, término que distinguía a los gentiles de los judíos, que por señal del pacto eran circuncidados (2:11). La iglesia ha aceptado universalmente la paternidad literaria del escrito como de Pablo, desde el primer siglo hasta el siglo XIX.

Unos datos personales son suficientes para identificar al apóstol. Era de la tribu de Benjamín, y miembro del grupo de los fariseos (Hch. 23:6; Ro. 11:1; Fil. 3:5). Natural de Tarso tenía, por esa razón la ciudadanía romana (Hch. 16:37; 21:39; 22:25ss), lo que lleva aparejado que los padres de Pablo habían residido allí bastante tiempo antes del nacimiento de su hijo. Tarso era una ciudad con un alto nivel cultural, por lo que Pablo llegó a conocer bien la filosofía y la cultura del mundo greco-romano. Probablemente fue trasladado por sus padres, profundamente religiosos a la ciudad de Jerusalén cuando todavía era muy joven a fin de que estudiase la Escritura con uno de los más afamados maestros de entonces, el Rabí Gamaliel (Hch. 22:3). No se dice la causa pero se pone de manifiesto en el relato de Hechos que Pablo fue miembro del Sanedrín y probablemente uno de los más jóvenes, llegando a dar su voto a favor de la muerte de Esteban y de la persecución y muerte de los cristianos

(Hch. 26:10). La apariencia personal, según los relatos canónicos, no era destacable, e incluso un hombre de discurso pesado (2 Co. 10:10).

No hay ninguna evidencia bíblica que Pablo hubiese conocido personalmente a Jesús, a pesar de una referencia a tal suposición (2 Co. 5:16), que más bien debe entenderse como una consideración de Jesús desde el punto de vista humano. Es probable que tuviese parientes cristianos (Ro. 16:7), pero, a pesar de ello, su condición anticristiana es evidente. La muerte de Esteban por apedreamiento, su discurso ante el Sanedrín y su aspecto personal en aquella ocasión debieron impactar profundamente a Pablo (Hch. 8:1). Sin embargo, el decisivo encuentro con el Resucitado, fue lo que impactó definitivamente y condujo a Pablo a la conversión (Hch. 26:14). Luego de un tiempo en Transjordania donde, recicló su teología y recibió las instrucciones de Cristo mismo, mediante revelación, para su apostolado, pasó a la zona de Damasco, predicando el evangelio (Hch. 9:19ss; Gá. 1:17). Bernabé lo presentó a los primeros cristianos en Jerusalén que, como era propio, sospechaban de él. Su ministerio allí fue muy breve, debido a que los judíos helenistas, procuraban matarle, por lo que volvió a Tarso. Fue también Bernabé quien lo fue a buscar a ese lugar para que le ayudase en la obra de fundación y consolidación de la iglesia en Antioquia (Hch. 11:25-26).

Pablo fue llamado por el Espíritu y encomendado por la iglesia en Antioquia para la obra misionera (Hch. 13:1-3). Su estrategia se convirtió en el modelo para las misiones lideradas por él, consistente en predicar en la sinagoga a los judíos para establecer un núcleo de creyentes que fuesen también conocedores de la Escritura. Cuando era rechazado, se volvía directamente a la evangelización a los gentiles (Hch. 13:46ss). Los judaizantes procuraron desde el principio de la evangelización, que los cristianos fuesen una extensión de judaísmo, para lo que visitaban las iglesias fundadas dentro del mundo gentil a fin de conminarlos a circuncidarse y guardar la Ley, especialmente la ceremonial de limitaciones. Tal situación condujo a lo que se llama el *primer concilio de la iglesia*, que tuvo lugar en Jerusalén, al enviar desde Antioquia a Pablo y Bernabé, para conferenciar con los apóstoles y ancianos sobre ese asunto y alcanzar un consenso que se hizo extensivo a toda la iglesia mediante carta circular, en la que no se respaldaba tales propuestas, sino que se insistía en la libertad con unos breves condicionantes que eran necesarios para mantener la unidad entre judíos y gentiles (Hch. 15:28-29).

En el segundo viaje misionero, Pablo acompañado por Silas, visitó las iglesias del sur de Galacia y en Listra se agregó a ellos Timoteo. El Espíritu les prohibió misionar hacia el oeste, por lo que viajaron hacia el norte. Desde Troas recibió en visión un varón macedonio que lo llamaba, por lo que pasó con su equipo a Macedonia y allí comenzó la evangelización de Grecia, estableciendo

las iglesias en Filipos, Tesalónica y visitando Atenas y Corinto, donde Pablo permaneció dos años fundando la iglesia. De ahí nace lo que se puede llamar *el ministerio egeo*, en la provincia de Asia. Pablo fundó la iglesia en Éfeso, con todas las dificultades que se relatan en Hechos.

Mas adelante el apóstol fue con una ofrenda para los pobres de Jerusalén, llegando a la ciudad en Pentecostés (Hch. 21:14s). Con mucho tacto observó los ritos del templo, los judíos procedentes de Éfeso, lo acusaron de violar el templo, e incitaron a la multitud para que lo apedreasen, tal vez pensando que había introducido en el lugar reservado a los judíos a alguno de sus compañeros gentiles. Para evitar su muerte Pablo fue llevado a Cesarea, donde Felix, el gobernador romano lo mantuvo en prisión durante dos años (Hch. 23-26). Dadas las circunstancias difíciles y la insinuación por parte de Festo, sucesor de Felix, que entregaría a Pablo a los judíos para que lo juzgasen, lo que sin duda terminaría en su muerte, el apóstol, como romano, apeló al César, a donde fue conducido prisionero a Roma. Cerrando el relato histórico de Hechos, con su retención bajo custodia de un soldado, en una casa de alquiler (Hch. 28:16, 30). Lo más probable es que después de esto Pablo haya sido puesto en libertad sobre el año 63, tal vez por incomparecencia de los acusadores judíos y, probablemente, visitó España y la región del Egeo antes de ser encarcelado nuevamente, por orden de Nerón, quien lo sentenció a muerte, siendo ejecutado en Roma.

La iglesia en Éfeso.

La ciudad.

Éfeso es la ciudad donde el apóstol Pablo permaneció por más tiempo, dos años y tres meses (Hch. 19:8, 10), convirtiendo la ciudad en un núcleo de gran importancia en la evangelización del Asia Menor. Igualmente fue en esta ciudad donde, según la Historia de la Iglesia, vivió sus últimos años el apóstol Juan.

Éfeso fue una de las ciudades más grandes e importantes del mundo Mediterráneo en los tiempos del Nuevo Testamento. Los expertos, tanto en historia como en arqueología, estiman que no tenía menos de trescientos mil habitantes, suponiendo algunos que pudo alcanzar los quinientos mil. La ciudad atraía a mucha gente por su condición tanto política, como económica y religiosa. Era residencia del gobernador romano de la provincia de Asia. Situada en el camino entre el norte y el sur de Asia Menor occidental, controlaba el comercio hacia el interior a lo largo de los valles del Lico y del Meander. Religiosamente era una ciudad bien conocida como centro del culto de la diosa Diana o Artemisa.

Estaba situada a unos seis kilómetros del mar Geto y poseía un importante puerto que conectaba con el río Caisto. El puerto se dragaba continuamente para mantener su calado.

Los arqueólogos comenzaron a excavar a partir del año 1863, iniciando la búsqueda del templo de Diana, una de las maravillas del mundo antiguo, llegando a alcanzar la cota de ruinas el 31 de diciembre de 1869. Otros siguieron las excavaciones como Hogarth que lo hizo en 1904. Los arqueólogos descubrieron por fin el templo que había pasado por cinco fases en la construcción. La primera comenzó sobre el seiscientos a. C. y las edificaciones que Pablo conoció, debían proceder de unos trescientos cincuenta años a.C. Tenía unos cincuenta y cinco metros de ancho y ciento quince de largo. El techo estaba sostenido por ciento diecisiete columnas de dieciocho metros de altura y dos metros de diámetro. De ellas, treinta y seis fueron esculpidas en su base con figuras de tamaño natural. El templo estaba edificado sobre una plataforma de unos setenta y tres metros de ancho por ciento veintisiete de largo. El lugar santo dentro del santuario pareciera que estuviese abierto al cielo, en donde estaba situado un altar de treinta y ocho metros, detrás del cual estaba la estatua de Diana. Esta diosa era comparada con la Cibeles de Asia Menor, la diosa madre. Tal como se adoraba en Éfeso, se la consideraba como la diosa de la fertilidad. Su estatua representaba una figura de mujer con muchos pechos, que representaba el símbolo de la fertilidad. Durante el mes Artemisión, comprendido entre nuestro marzo-abril, se dedicaba a la veneración especial de Diana, acudiendo adoradores de muchos lugares y practicando el culto propio de esas festividades religiosas, que comprendía parajes de prostitución sagrada.

Los arqueólogos, en la búsqueda del templo, descubrieron también un teatro de la ciudad, tan vinculado con el ministerio de Pablo (Hch. 19:31). Estaba situado en la falda del monte Pión, en la parte occidental, con ciento cincuenta metros de diámetro y una capacidad para veinticinco mil personas sentadas. Los asientos estaban colocados en tres secciones de veinticuatro hileras de asientos cada una. Unido a las excavaciones del templo y del teatro, fueron apareciendo restos de la ciudad, descubriendo que en tiempos apostólicos la calle principal era de quinientos veintinueve metros de largo, que iba desde el teatro al puerto. A la derecha de la calle estaba el ágora romana de los tiempos de Pablo. Un poco más adelante, el emperador Domiciano construyó baños y gimnasios en el mismo lugar. En otro lugar, más hacia el suroeste estaba situada la antigua ágora helenística, centro principal de la ciudad en los tiempos apostólicos de unos doce mil metros cuadrados, con pórticos detrás de los que había pequeños puestos de trabajo y venta, algunos de los cuales habían sido ocupados por plateros. Otros edificios de los tiempos apostólicos eran el de la administración, un estadio y también la puerta Magnesia al sureste de la ciudad. Otras muchas ruinas puestas al descubierto en

tiempos actuales tienen que ver con el tiempo de verdadero esplendor de la ciudad que corresponde al S. II d.C.

La iglesia.

Cómo se dijo antes, Éfeso era la ciudad más importante del Asia Menor, aunque la capital estaba oficialmente situada en Pérgamo. Como ciudad santa de Artemisa o Diana, contaba con un templo que era considerado como una de las siete maravillas del mundo. Sus sacerdotes, castrados, servían en el templo donde había riquezas enormes. Las sacerdotisas, vírgenes, en ocasiones practicaban la prostitución sagrada, concluyendo sus actos religiosos con orgías inmorales. Unido a este desenfreno por causa de la idolatría, un elemento de incidencia entre los habitantes de la ciudad era la práctica de la magia, que comprendía altas dosis de ocultismo, cuyas doctrinas y prácticas se escribían en una gran colección de libros.

Los hechos portentosos que Pablo hacía por el poder del Espíritu conmocionó a muchos de los que practicaban la magia en la ciudad, que entendieron el evangelio y se convirtieron a Cristo, quemando luego los libros de magia que tenían en su poder, que alcanzaron la cifra de cincuenta mil piezas de plata, una altísima cifra para aquel tiempo (Hch. 19:19).

Pablo había recorrido parte del territorio de Asia Menor en su segundo viaje misionero. Al final del mismo dejó en Éfeso a sus amigos Priscila y Aquila para seguir viaje (Hch. 18:18, 19). En el tercer viaje misionero, se detuvo en Éfeso por un tiempo (Hch. 18:2-20:1), comenzando a predicar el evangelio, como era su costumbre, en la sinagoga judía (Hch. 19:8). Tres meses después, por incidentes con los judíos, pasó a una escuela, posiblemente una asociación gimnástica, de un tal Tirano, que como era habitual entonces, tenía también actividades sociales y culturales. La estrategia misionera consistía en alquilar un lugar para reunirse con los interesados y formar la iglesia con los convertidos. En dos años el testimonio de la iglesia que había sido establecida en Éfeso, alcanzó a toda el Asia Menor (Hch. 19:10). El éxito de este portento no disminuye el costo que supuso para Pablo, especialmente en la confrontación tumultuosa con los plateros de la ciudad (Hch. 19:23ss).

El cuestionamiento de la autoría.

La Carta a los Efesios, como escrito del apóstol Pablo, no fue cuestionado a lo largo de la historia de la Iglesia, aceptándolo desde el principio como un escrito fidedigno. En el fragmento de Muratori, procedente del s. II, se lee:

“En cuanto a las cartas de Pablo, ellas mismas muestran a aquellos que desean entender desde dónde y con qué motivo fueron enviadas. En primer lugar a los Corintios prohibiendo el cisma y la herejía; después a los Gálatas prohibiendo la circuncisión; a los Romanos les escribió una larga carta acerca del orden de las Escrituras e insistiendo en que Cristo era su tema principal. No necesitamos discutir acerca de cada una de ellas, ya que el mismo bienaventurado Apóstol Pablo, siguiendo el ejemplo de su predecesor Juan, pero sin nombrarle, escribe nominalmente a siete iglesias en el siguiente orden: en primer lugar a los Corintios, en segundo lugar a los Efesios, en tercer lugar a los Filipenses, en cuarto lugar a los Colosenses, en quinto lugar a los Gálatas, en sexto lugar a los Tesalonicenses, en séptimo lugar a los Romanos”⁴.

El escrito como de Pablo se menciona por Ireneo, que nació y creció en la provincia de Asia. Estuvo muy relacionado con Policarpo, obispo de Esmirna. Fue obispo de Lyon luego de la persecución del año 177. Es evidente que sin numerar las cartas de Pablo, acepta el *corpus* de trece cartas incluidas las pastorales y, dentro de esas trece está la Carta a los Efesios.

De la misma manera Tertuliano, en sus escritos que pertenece al período del 196 al 212 d.C. hace referencia a las trece cartas de los escritos de Pablo.

Un caso semejante es el de Cipriano, nacido a principios del s. III y elegido obispo de Cartago hasta su martirio en el año 258. En esa época existía ya una Biblia casi completa en latín para citarla cuando era necesario, cuyo Nuevo Testamento comprendía los cuatro Evangelios, Hechos, las cartas de Pablo a las siete iglesias y a Timoteo y Tito, lo cual comprende también la dirigida a los Efesios.

Clemente de Alejandría, contemporáneo de Tertuliano, a finales del último cuarto del s. II. reconoce en sus escritos lo que llama *El Apóstol*, que comprenden todos los escritos de Pablo, incluyendo como de él la Epístola a los Efesios.

Orígenes, entre 195-254 d. C. no dejó ninguna lista de libros del Nuevo Testamento, pero reconoció que en el Nuevo Testamento estaban también las *epístolas paulinas* que, como se dice antes, comprendían todos los escritos de Pablo incluyendo Efesios. En sus obras hay abundantes referencias a cada una de ellas, lo que significa que también Efesios le era conocida. Entre los escritos *discutibles*, no menciona en absoluto la Carta a los Efesios.

⁴ F. F. Bruce. *El canon de la Escritura*. Editorial Clie. Terrassa, 2002. Pág. 163.

Eusebio desde 314 d.C. hasta su muerte, menciona en sus escritos algunos libros del Nuevo Testamento que estaban siendo cuestionados, entre los que cita las epístolas de Santiago y de Judas, la segunda de Pedro y la segunda y tercera de Juan. Sin embargo no hace mención alguna a los escritos de Pablo, que los acepta sin cuestionamiento alguno.

Los unciales primitivos contienen las listas de los libros del Nuevo Testamento. Así el Sinaítico (s. IV) incluye a Efesios, como de Pablo. El Vaticano (s. IV) también la incluye como de Pablo. El Alejandrino (s. V), la tiene también.

En esa misma línea están los Cánones de Laodicea, promulgados en tiempos del Concilio Laodicense (363), enumera los libros del Nuevo Testamento: *“Del Nuevo Testamento: cuatro Evangelios -según Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los Hechos de los Apóstoles; siete epístolas católicas, que son: una de Santiago, dos de Pero, tres de Juan y una de Judas. Catorce epístolas de Pablo, que son: una a los Romanos, dos a los Corintios, una a los Gálatas, una a los Efesios, una a los Filipenses, una a los Hebreos, dos a Timoteo, una a Tito y una a Filemón”*⁵.

Podrían seguir citándose otras referencias, pero, en una introducción normal a la Carta a los Efesios, creemos que son suficientes las referencias anteriores para no hacer demasiado extenso este apartado que confirma que la Iglesia aceptó como de Pablo esta Carta.

Sin embargo, las peculiaridades del escrito y su aparente vinculación en coincidencias con la Carta a los Colosenses, hicieron surgir, desde el sector de la *Alta Crítica* el cuestionamiento de la autoría del escrito, negando que fuese el Apostol Pablo, llamándola literalmente, por algunos de los liberales, *una falsificación*, siguiendo la tesis propuesta por Edgard Evanson a fines del s. XVIII. Este mismo erudito llegó, en su esfuerzo anti-Pablo a negarle incluso la autoría a Romanos; puso en duda la autenticidad de Filipenses y de Filemón, cuestionando también la carta a Tito. Desde Inglaterra llegó la hipótesis a Alemania, siendo inmediatamente aceptada por los seguidores de la escuela de Tbinga, pasando a negar que Pablo fuese el autor de la epístola.

Será necesario aquí recordar brevemente algunos aspectos de lo que se llama *Alta Crítica* o también *Crítica Liberal*. Estos estudios críticos sobre datación y autoría de los escritos del Nuevo Testamento, se inicia en Alemania en tiempos posteriores a la Reforma. Surgió del hecho evidente de que la Biblia se había convertido meramente en un soporte textual para justificar el dogma y

⁵ F. F. Bruce. o.c. pág. 213.

no como principio inspirador del mismo, sin distinguir entre la exégesis y las conclusiones de los credos. En un intento liberalizador de esta situación anómala se hizo énfasis en la necesidad de una verdadera exégesis filológica que diese lugar a una interpretación de la Escritura por la propia Escritura, sin condicionantes dogmáticos. Las investigaciones dieron paso a conclusiones que son radicalmente contrarias a la inspiración plenaria y, con ello, a la inerrancia bíblica, llegando a afirmar que el Nuevo Testamento es un documento temporalmente condicionado en el que las referencias puramente culturales deben ser eliminadas. El siguiente paso fue afirmar que los escritos de Pablo tienen, tal como los conocemos ahora, un formato propio de la liturgia eclesiástica, pero que en la primera redacción eran distintas. Uno de los partidarios de esta propuesta fue J. S. Semler, quien llegó a decir que Romanos 15 y 16; 2 Corintios 9 y 12:14 a 13:14, eran documentos eclesiales separados, que se incorporaron en copias a las epístolas más extensas para darles valor apostólico, cuando lo que realmente contenían eran dogmas de la iglesia primitiva. Sobre estos supuestos J. E. C. Schmidt (1805), basándose en investigaciones literarias, cuestiona la autoría de 1 Timoteo y 2 Tesalonicenses. Schleiermacher (1807), Eichhorn (1812) y De Wette (1826) pusieron en tela de juicio en un intento no-Pablo, 2 Timoteo, Tito y Efesios.

En el s. XIX el intento de liberar a la Escritura de la esclavitud del dogma, condujo a una situación mucho más peligrosa y radical, convirtiéndola en la esclava de la filosofía científica. Esta aplicación del raciocinio filosófico, trajo como consecuencia un cuestionamiento directo a la parte más extensa del Nuevo Testamento que es el *corpus paulino*, es decir, los escritos de Pablo. Liderando este ataque se sitúa especialmente F. C. Baur de la universidad de Tubinga. Como todos los *liberales*, sostuvo la duda sobre todos los documentos antiguos, que venía siendo propuesta de este sector desde el Renacimiento. Baur sostenía una *crítica positiva*, buscando situar en el marco histórico-cultural, los documentos del Nuevo Testamento. Escribió el libro titulado *Symbolik und Mythologie*, sosteniendo que si la historia no se interpreta y entiende bajo un pensamiento filosófico no es más que algo muerta y muda, es decir, sin significado para el tiempo posterior. Sostuvo este principio en la dialéctica hegeliana, que consideraba todo el movimiento histórico como una serie de *tesis* (propuestas), a la que debía establecerse un sistema depurativo de reacción en una *antítesis*, lo que daría lugar a una nueva tesis por medio de la *síntesis*. Esto sería el elemento básico para interpretar la historia, no sólo de la época apostólica, sino de los escritos bíblicos contextualizados en ella. En esos análisis llegó a la conclusión (1935) que 1 Corintios 12, establecía y describía el conflicto que hubo entre el cristianismo gentil-paulino y el cristianismo judío-petrino. Sobre ese mismo sistema de investigación llegó también a la conclusión (1835) de que los escritos más pequeños, como las pastorales, eran el resultado de la confrontación entre la apologética contra el gnosticismo, de la

mano de Pablo y de la mano de Pedro, que fueron resueltos mediante una *síntesis* de la iglesia hacia fines del s. II. Siguiendo el camino de la *crítica de las tendencias*, se consideró que todo escrito que aparentemente procurase la conciliación entre el pensamiento de Pablo y el de Pedro o incluso el de los apóstoles del Colegio Apostólico primitivo, se consideraron como escritos pseudoepígrafos de conciliación, compuestos en fechas posteriores al tiempo de los apóstoles. El resultado final fue que, según Baur, sólo quedaron cinco documentos del período apostólico y que, aparte de Apocalipsis, todos eran de Pablo.

Esto no quedó aquí, ya que un sector aún más radical, incitados por el comentario de Bruno Bauer sobre Hechos (1850), cuestionó la autoría de toda la literatura paulina. Para ellos, el documento de Hechos no menciona ninguna carta de Pablo y los aparentes desacuerdos incluso dentro de los cuatro documentos que se consideraban como paulinos, especialmente en Romanos, y las aparentes contradicciones de Gálatas, les condujo a proponer que esos escritos fueron realizados en tiempo posterior a Pablo y por diferentes autores. Los seguidores de la *escuela crítica*, sostuvieron que no era posible una cristología tan elevada y un asentamiento tan al margen del judaísmo, de la iglesia primitiva, de modo que el pensamiento desarrollado por Pablo en sus escritos no pudo corresponder al apóstol, sino a un grupo gnóstico del s. II. que usó las cartas de Pablo como un medio para difundir sus ideas.

Las menciones de las cartas de Pablo en los escritos de la patrística, especialmente en Clemente (95 d.C.) y en los de Ignacio (110 d.C.) y la falta de controversia antijudía en los escritos post-apostólicos, resultó un serio problema para la escuela de Tubinga. Sin embargo, persistieron en su dogmatismo, negando por sistema la autoría de todo cuanto se presentaba delante de ellos. El pensamiento de los *ultras liberales*, se vio cuestionado por los que ellos llamaban *conservadores*, entre los que se incluían -para los liberales- los seguidores de Schleiermacher. En el conflicto destacan los nombres de Ritschl, y de von Hofmann, quienes rechazaron y demostraron como falsa la supuesta contradicción entre la doctrina de Pablo y de los apóstoles, discípulos primeros de Jesús.

Aunque la filosofía de la historia dejó de tener la fuerza anterior, surgió en cambio la síntesis basada en los análisis literarios, que sirven de cuestionamiento a varios escritos del Nuevo Testamento, especialmente a las epístolas de Pablo. En el s. XX, se siguió trabajando con la determinación del *corpus paulino*, especialmente destacable en esto se debe citar a E. J. Goodspeed, quien propuso que sobre el 90 d.C. un admirador de Pablo en Éfeso publicó las cartas del apóstol y él mismo escribió Efesios a modo de introducción. En su deseo de fortalecer la hipótesis propuso que este escritor fue Onésimo, el esclavo de Filemón, convertido por Pablo y que posteriormente

fue obispo de Éfeso. Aceptada por muchos, tiene una gran resistencia en otros sectores, ya que la Carta a los Efesios supera en todo cualquier resumen que un admirador de Pablo pudiera hacer a modo de introducción de la colección de los escritos del apóstol. La *Alta Crítica* textual que pretende justificar la posición anti-Pablo negando la autoría por discrepancia de formas y de usos de palabras que no están mayoritariamente en algunos de los escritos, pero que sí lo están en otros. Se olvidan estos que aunque Pablo es el autor de las cartas, lo es en el sentido de haber sido escritas bajo su supervisión y dictado, por diferentes amanuenses, que trasladaron las palabras de Pablo y que al escribirlas utilizaron también su propio estilo y usaron términos gramaticales -siempre con el consentimiento del apóstol- que consideraban más propios para expresar lo que el Apostol les dictaba. Los escritos antiguos al dictado producían continuo diálogo sobre formas y palabras entre el autor y el amanuense. Sin embargo, las composiciones son enteramente paulinas desde el principio hasta el fin, y enviadas a los destinatarios por el mismo apóstol mediante portadores elegidos por él mismo.

Centrándose en lo anteriormente referido, las peculiaridades de la *Carta a los Efesios* y especialmente su relación con la *Carta a los Colosenses*, motivó a la *crítica liberal* a negar la autoría de Pablo y colocarla dentro de escritos de redacción tardía y post-apostólica. Las consideraciones más destacables en la actualidad, aunque todas ellas están en franco retroceso, son las siguientes:

1. Lengua. Según Moffat, en Efesios hay treinta y ocho palabras que no aparecen en ninguna parte del Nuevo Testamento, y cuarenta y cuatro, que aunque están en el Nuevo Testamento no aparecen en ningún otro escrito de Pablo. Sin embargo, este no es un argumento decisivo porque entre esas palabras hay varias que comienzan con la preposición *σύν* y todas ellas son necesarias para expresar relaciones de unión entre Cristo y la Iglesia y entre los creyentes entre sí. Debe tenerse en cuenta que Pablo es muy dado al uso de palabras compuestas en todos sus escritos y con esta preposición aparecen varias en Romanos y Corintios. Esta aparente *novedad* no lo es tanto si se tiene en cuenta que dentro de los escritos reconocidos como de Pablo hay también esas diferencias: Gálatas tiene no menos de treinta y nueve diferencias y Filipenses hasta treinta. El empleo de palabras nuevas tiene que ver con la necesidad de exponer asuntos propios del contexto de la carta.

2. Estilo. Posiblemente fue Erasmo el primero en comentar sobre una aparente diferencia de estilo en esta carta. Las oraciones son generalmente largas y con construcciones embarazosas (cf. 1:3-14). Hay palabras que se usan en su forma verbal y nominal conjuntadas (cf. 2:4). Se aprecia una notable redundancia en la redacción con unidad de términos aparentemente sinónimos, como que en un mismo versículo se encuentre *extranjeros y advenedizos* (2:19). Aparece

también el uso de genitivos en sentido pleonástico, como *el poder de su fuerza* (1:19). Estos argumentos dan un mayor refuerzo a que fue Pablo el autor a causa de la expresión necesaria de ideas teológicas expresadas en la carta.

3. Dependencia de Colosenses. Merece mención aparte esta argumentación que da por hecho la autoría paulina de Colosenses y que al compararla con Efesios se descubre una gran coincidencia en versículos y expresiones entre ambas cartas. Hay múltiples propuestas para asentar la hipótesis de que Efesios es en todo dependiente de Colosenses y que fue una carta escrita en tiempo posterior a Pablo. En contra de esta teoría escribe el Dr. Schlier, refiriéndose a W. Ochel:

“V. Ochel, en cuyo estudio se ve con especial claridad cuál es el método empleado en tales investigaciones, comprueba que el tema de la Carta a los Efesios es completamente distinto del de la Carta los Colosenses. En esta última se trata de una polémica contra los que enseñan herejías; en aquella se trata de exponer la unidad de la Iglesia. De ahí es preciso deducir que el autor de Efesios utilizó la Carta a los Colosenses excluyendo por completo la idea central que la determina en su totalidad, para sustituir luego esa idea central con la idea, que domina su propia carta, de la unidad de la Iglesia. Ahora bien, esto exige que los elementos de Colosenses que utiliza él en su propia carta, los desligue de su contexto y los libere de los intereses típicos de Colosenses, para insertarlos en su carta y darles la nueva perspectiva que los caracteriza. Para decirlo con otras palabras: el verdadero autor de la Carta a los Efesios no tomó de Colosenses el tema principal de su propia carta. En este tema es independiente, incluso en lo que respecta a su formulación. Pero, a fin de poder escribirlo con el sentido y estilo paulino, que se echan de ver en Efesios, por ejemplo, los datos del destinatario, del mensajero que va a llevar la carta (en este caso, Tíquico), la parénesis tradicional, etc., carecía de los necesarios antecedentes. Por eso, echa mano de Colosenses y comienza a realizar las difíciles operaciones que pueden leerse en Ochel: inserciones en el texto, recortes, desarrollos, omisiones, transformaciones de conceptos, cambios del sentido... Y lo hace tan diestramente y con tanto disimulo, que los lectores del Nuevo Testamento se han estado engañando durante diecisiete siglos”⁶.

Ante estas dificultades se hizo un intento de resolver la autenticidad de la Carta a los Efesios desde otra perspectiva, propuesta hecha por M. Goguel, que distingue en la carta dos niveles compenetrados. El primero y más antiguo, procede de Pablo, como se aprecia por las comparaciones y, representa el verdadero escrito paulino. El segundo nivel, escrito posteriormente al tiempo de Pablo, comprende una larga serie de interpolaciones introducidas por *alguien*, posiblemente un discípulo de Pablo, compuesto este segundo nivel unos diez

⁶ Heinrich Shlier. *La Carta a los Efesios*. Editorial Sígueme. Salamanca 1991. Pág. 30.

años más tarde, e introducido en la carta paulina original. Se trata específicamente de aquellos lugares en donde se expresa el contenido teológico característico de esta Carta: los pasajes de cristología, eclesiología y angelología, a modo de ejemplo: 1:10, 20b-23; 2:14-18, 20-22; 3:2-13; 4:8-10; 5:23b-24, 25b-27, 29b-32; 6:12-13. Lo que queda, esto es el nivel más antiguo y procedente de Pablo, queda tan reducido en cuanto a contenido doctrina que no puede considerarse como una verdadera carta del apóstol. Lo sorprendente es que los dos niveles propuestos, son de un mismo estilo, contienen el mismo lenguaje y se expresan de la misma manera. Este esfuerzo fuera de toda lógica olvida que la Carta a los Efesios es un escrito absolutamente estructurado de principio a fin, que desarrollan tradiciones apostólicas pero que en modo alguno son interpolaciones en el escrito. Las dos cartas, tanto Efesios como Colosenses tiene muchos puntos de contacto, como es lógico al ser escritas por un mismo autor, en un mismo tiempo y desde un mismo lugar.

Para considerar las identidades entre los escritos de Efesios y Colosenses, nada mejor que establecer un cuadro comparativo, como sigue:

Colosenses

Efesios

1:1-2	Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo	1:1-2	Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.
1:3	Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.	1:16	No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.
1:4	Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos santos.	1:15	Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos.
1:5	A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio	1:13	En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.
		1:18	Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cual es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.
1:9	Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que	1:8	Que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia,

Colos.		Efesios	
1:10	<p>seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual.</p> <p>Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios.</p>	1:15-17	<p>Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.</p>
		1:17	<p>Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él.</p>
		2:10	<p>Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.</p>
1:11	<p>Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad.</p>	4:1	<p>Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.</p>
1:12	<p>Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.</p>	1:19	<p>Y cual la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.</p>
		3:16	<p>Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.</p>
		6:10	<p>Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.</p>
		1:11	<p>En Él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.</p>
		1:16	<p>No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.</p>
		1:6	<p>Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.</p>

Colos.		Efesios	
1:14	En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.	1:7	En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.
1:16	Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él.	1:10	De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.
		1:21	Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.
		3:9	Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.
		3:10	Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.
		3:15	De quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.
		6:12	Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.
1:18	Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.	1:22	Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia.
		5:23	Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.
1:19	Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.	1:23	La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.
1:20	Y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.	1:10	De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.
		2:13	Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hecho cercanos por la sangre de Cristo.
		2:14	Que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión

Colos.		Efesios	
1:21	Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado.	2:16 2:12 2:13 2:16	adquirida, para alabanza de su gloria. Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.
1:22	En su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de Él.	1:4 2:13 2:16 5:27	Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.
1:23	Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fue hecho ministro.	3:1 3:2 3:6 3:7	Por esta misma causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles. Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros. Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio. Del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.
1:24	Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de		

Colos.		Efesios	
	Cristo por su cuerpo, que es la iglesia.	1:23	La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.
1:25	De la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios.	3:1 3:13	Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles. Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.
1:26	El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos	3:2 3:7	Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros. Del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.
1:27	A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.	3:3-5 3:9	Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.
1:28	A quien anunciamos, amonestado a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre.	1:9 1:18 3:9 3:10 5:27	Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo. Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado. Y de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios. Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales. A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

Colos.		Efesios	
1:29	Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de Él, la cual actúa poderosamente en mí.	3:7	De lo cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.
		3:20	Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros.
2: 2	Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo.	1:9	Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo.
		3:9	Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.
2:4	Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas.	5:6	Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.
2:7	Arraigados y sobreedificados en Él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.	2:20	Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.
		3:17	Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor.
2:9	Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.	1:23	La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.
		4:13	Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.
2:10	Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.	1:21	Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.
2:11	En Él también fuisteis circundados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo.	2:11	Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne.
2:12	Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con Él, mediante la fe en el poder de Dios.	1:20	La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.
2:13	Y a vosotros, estando muertos en	2:1	Y él os dio vida a vosotros, cuando

Colos.		Efesios	
	pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Él, perdonándoos todos los pecados.		estabais muertos en vuestros delitos y pecados.
2:14	Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz.	2:15	Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz.
2:19	Y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios.	2:21	En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor.
		4:15-16	Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.
2:22	En conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres, cosas que todas se destruyen con el uso.	4:14	Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.
3:1	Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.	1:20	La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.
3:5	Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros; fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría.	2:6	Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.
		5:3	Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos.
3:6	Cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia.	5:5	Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.
		2:2-3	En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en

Colos.		Efesios	
		<p>otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.</p>	
3:7	El las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas.	<p>5:6 Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.</p>	
3:8	Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca.	<p>2:3 Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.</p> <p>4:22 En cuanto a la pasada manera vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos.</p> <p>4:29 Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.</p> <p>4:31 Quítese de vosotros toda amargura, enojo, ira gritería y maledicencia, y toda malicia.</p> <p>5:4 Ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias.</p>	
3:9	No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos.	<p>4:22 En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos.</p> <p>4:25 Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.</p>	
3:10	Y revertíos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.	<p>4:24 Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.</p>	
3:12	Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia.	<p>1:4 Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él.</p> <p>4:2 Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor.</p>	

Colos.		Efesios	
		4:32	Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.
3:13	Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.	4:2	Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor.
		4:32	Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo
3:14	Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.	4:2-3	Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor. Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.
3:15	Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos.	2:14	Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación.
		4:1	Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.
		4:3-4	Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación.
3:16	La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.	5:19-20	Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.
3:17	Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él.	5:20	Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.
3:18	Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor.	5:22	Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor.
		5:24	Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.
		5:33	Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su

Colos.		Efesios	
3:19	Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas.	5:25	marido. Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.
		5:28	Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.
		5:33	Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete al marido.
3:20	Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.	5:10	Comprobando lo que es agradable al Señor.
3:21	Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten.	6:1	Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.
		6:4	Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.
3:22	Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios.	6:5-7	Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres.
3:23	Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres.	6:5	Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón como a Cristo.
3:24	Sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.	6:7	Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres.
3:25	Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas.	6:6	No sirviendo al ojo como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios.
4:1	Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que	6:8-9	Sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre. Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para Él no hay acepción de personas.
		6:9	Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas,

Colos.		Efesios	
	también vosotros tenéis un Amo en los cielos.		sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para Él no hay acepción de personas.
4:2	Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias.	6:18	Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.
4:3	Orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso.	6:19-20	Y por mí, a fin de que al abrir mi boca sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él como debo hablar.
4:4	Para que lo manifieste como debo hablar.	6:20	Que con denuedo hable de él como debo hablar.
4:5	Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo.	5:15-16	Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos.
4:6	Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.	4:29	Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.
4:7	Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor.	6:21	Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor.
4:8	El cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones.,	6:22	El cual envíe a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones.

La comparación hecha en la lista anterior, pone de manifiesto una notable semejanza en los dos escritos. Pero, si se observa con detenimiento, las semejanzas no son identidades, aunque sí existe entre ellas un mismo contenido. Esto deja sin sustentación la afirmación de que Efesios es simplemente una copia de Colosenses con alguna interpolación y alguna corrección. La realidad es que entre los dos escritos existe una diferencia sustancial bien definida entre ambas cartas.

Por otro lado hay semejanzas también entre la *Carta a Efesios* y las *pastorales*:

1. Identidad en las doxologías (cf. 3:20, 21, comp. 1 Ti. 1:17).
2. Identidad en cuanto a elección (cf. 1:4, comp. 2 Ti. 2:10).

3. Identidad en el propósito principal del hombre que es glorificar a Dios (cf. 1:6, 12, 14, comp. 2 Ti. 4:18).
4. Identidad en el evangelio como *palabra de verdad* (1:13; comp. 2 Ti. 2:15).
5. Identidad en cuanto al amor como razón de la salvación (2:3-6; comp. Tit. 3:3-5).
6. Identidad en cuanto a salvación por gracia (2:8-9; comp. 2 Ti. 1:9).
7. Identidad en cuanto a las buenas obras como norma de vida cristiana (2:10; comp. Tit. 2:13, 14).
8. Identidad en la condición mediadora única de Jesucristo (2:18; comp. 1 Ti. 2:5).
9. La condición de indignidad que Pablo considera para él mismo (3:8; comp. 1 Ti. 1:15).
10. El misterio escondido y revelado (3:9-11; comp. 2 Ti. 1:9-10).
11. La provisión para el equipamiento de los creyentes (4:11; comp. 2 Ti. 3:17).
12. Las esposas en relación con los maridos (5:22; comp. Tit. 2:4-5)
13. La referencia al lavamiento espiritual (5:26; comp. Tit. 3:5).
14. La condición *grande* del misterio de Dios (5:32; comp. 1 Ti. 3:16).
15. La gracia fortalecedora (6:10; comp. 2 Ti. 2:1).

Pero, esta no es tampoco la única coincidencia y mucho menos para hacer depender un escrito del otro, ya que también aparecen semejanzas notables con los escritos de Pedro:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” 1:3 y 1 P. 1:3

“Antes de la fundación del mundo” 1:4 y 1 P. 1:20.

“Para que sepáis cual es la esperanza... cuál la herencia... y cuál el poder... que ejerció en Cristo cuando le levantó de entre los muertos” 1:18-20 y 1 P. 1:3-5.

“La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío” 1:20-21 y 1 P. 3:21b-22.

“Hijos de ira... hijos de desobediencia” 2:2-3 y 1 P. 1:14.

“Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” 2:20 y 1 P. 2:4, 8.

“En otras generaciones no se dio a conocer... ahora... sea dado a conocer” 3:5, 10 y 1 P. 1:10-12.

“Humildad, mansedumbre, paciencia, amor...” 4:2-3 y 1 P. 3:8, 15; 5:5.

“Por lo cual desechando la mentira... amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia” 4:25, 31 y 1 P. 2:1.

“Compasivos” 4:32 y 1 P. 3:8.

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” 6:11 y 1 P. 5:8, 9a.

Una aproximación desprejuiciada a los dos escritos del apóstol, aceptando la afinidad existente en muchos lugares, exige entender que es cada una de ellas una carta con sus características propias y originales. Esto se explica de forma sencilla y natural, como se dijo antes, al proceder del mismo apóstol, en un mismo tiempo y escritas desde un mismo lugar. A cada una de las cartas, dedica una temática teológica apropiada para las circunstancias en que se encontraban cada una de las iglesias en las dos ciudades.

Para concluir este apartado sobre la gran polémica surgida contra la autoría paulina de la carta, y teniendo en cuenta la verdadera razón que la mueve, que entre otras cosas constituye una solapada forma de negar la inspiración plenaria en el Nuevo Testamento, lo más consecuente es aceptar lo que la misma carta pone de manifiesto, que fue escrita por el apóstol Pablo, y que fue dirigida a cristianos de iglesias establecidas por donde iba a pasar Tíquico portador de la Carta a los Colosenses y que según esa epístola pasaría por Colosas, Laodicea y Hierápolis (Col. 2:1; 4:13).

Lugar de redacción.

Tradicionalmente se dan tres posibles lugares desde donde el apóstol redactó la Carta:

1. Cesarea. Era la residencia del gobernador romano para Judea. Pablo estuvo allí dos años, sin tener restringido el acceso para sus amigos, que podían visitarle (Hch. 24:23). Sin embargo no parece que tuviese mucha libertad para predicar el evangelio, salvo en algunas contadas ocasiones y mucho menos la libertad que para la evangelización tuvo en su prisión en Roma (Hch. 28:30-31). La principal contradicción a Cesarea como lugar de escritura está en la frase de Pablo a Filemón, escrito también dentro de los del cautiverio: *“Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os será concedido”* (Flm. 22). Nada hace pensar que Pablo estuviese pensando en ser puesto en libertad cuando estaba preso en Cesarea, sino todo lo contrario. Por otro lado Onésimo, el esclavo infiel de Filemón, pudo estar en contacto fácilmente con Pablo en Roma, pero sería bastante difícil que lo hiciera en Cesarea. Si la carta se redactase en esta ciudad, sorprendería que entre los nombres citados en esos escritos sobre quienes le cuidaban (Col. 4:10,11), no aparezca el de Felipe, el evangelista, que tenía su hogar precisamente en Cesarea (Hch. 21:8).

2. Éfeso. Esta alternativa se basa sobre ciertas referencias de la correspondencia corintia, en la que parece haber una referencia a la prisión del apóstol en Éfeso (2 Co. 11:23), puesto que también se dice que había luchado contra las fieras en Éfeso (1 Co. 15:32), donde parece que hubiera estado condenado a muerte (2

Co. 1:8-10). De la misma manera se menciona en Romanos que Andrónico y Junias fueron compañeros de prisión del apóstol (Ro. 16:7). Sin embargo hay ciertas dificultades como el hecho de que Timoteo estaba presente cuando se redactaron los escritos de la prisión (Col. 1:1; Flm. 1), pero no hay ninguna constancia bíblica de su presencia en Éfeso.

3. Roma. Es el lugar que debe tomarse como desde donde se escribieron las cartas de la prisión. Pablo estuvo preso allí (Hch. 28). Algunos de sus compañeros de viaje a Roma son nombrados en estos escritos. Hay también un dato importante y es la referencia a creyentes pertenecientes a la casa del César (Fil. 4:22), alcanzados por el evangelio que, sin duda, se refieren a funcionarios del emperador y soldados de la guardia personal de Pablo que estuvieron a su lado diariamente durante dos años.

Fecha.

Las cartas desde la prisión deben ser fechadas en los años sesenta, probablemente durante el año sesenta y uno, en lo que sería el segundo año de la prisión en Roma, antes de su liberación.

Destinatarios.

La frase de la salutación “*a los efesios*” (1:1), no aparece en manuscritos seguros, lo que pone en duda si fue dirigida realmente a la iglesia en Éfeso. En base a esto se aportan algunas soluciones.

Pudiera ser la carta que el apóstol menciona en el escrito a los Colosenses que llama “*a los laodiceenses*” (Col. 4:16) y que nunca fue encontrada. Pero, también pudiera ser una carta dirigida a varias iglesias como una circular, en la que el apóstol no puso ningún destinatario y de la que se hicieron copias personalizadas para cada iglesia, de modo que podía ser aplicada indistintamente a todas ellas. En este supuesto el encabezamiento sería: “*Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están...*”. El nombre de *Éfeso* que aparece en algunos mss, vendría de la copia utilizada para Éfeso en la que figuraría su nombre. La *Carta a Laodicea*, podría ser una de esas copias y que se pide a aquella iglesia que la remita a Colosas y viceversa, por su proximidad. Esto explicaría la ausencia de nombres y saludos personales.

Sin embargo, el concepto doctrinal sobre la iglesia que se desarrolla en el escrito supera en todo al de cualquier iglesia local y los problemas de convivencia que se tratan en el escrito, son generales para toda la Iglesia en todos los tiempos (1:22, 23; 5:23).

Sobre la posición mayormente aceptada escribe el profesor Juan Leal:

“La sentencia tradicional mantiene que los destinatarios son los efesios, encargados de distribuirla entre las demás iglesias. Explicada en este sentido extensivo, la destinación a la iglesia de Éfeso coincide con la hipótesis de la carta circular, y es como mejor se explican los datos de la tradición y el examen interno de la misma carta. Por una parte se explica el título antiquísimo y universal de la carta a los Efesios y las palabras en Éfeso de 1;1, que nos dan la mayoría de los mss. Dado este fin universal, se explica el carácter impersonal de la misma carta. Lo que no se puede admitir es que la carta se escribiera con exclusión de Éfeso o solamente a Éfeso, sin participación de las otras iglesias”⁷.

Contenido.

El principal tema de la Carta a los Efesios es la realización divina del misterio de Jesucristo en la Iglesia, considerada como el cuerpo de Cristo, y formada por todos aquellos que han sido salvos por gracia mediante la fe (2:8-9). Esto conlleva necesariamente la unión sin distinción de condiciones sociales, raciales, personales o étnicas, de modo que las diferencias históricas de distinción religiosa, como judíos y gentiles, desaparecen para dar paso a un solo y nuevo hombre (2:15). En las bendiciones que Dios otorga conforme a su propósito divino, participan indistintamente judíos y gentiles (1:11-14). La primera razón del escrito tiene que ver con la confirmación de la *Doctrina de la Iglesia*, constituyendo la *Carta* un compendio de *Eclesiología* como no aparece unido en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. Esta manifestación de la verdad inspirada sobre la Iglesia arranca, en el pensamiento de Pablo, desde la perspectiva eterna que Dios establece para llevar a cabo el propósito, mediante la elección para salvación en Cristo (1:4), y los distintos elementos que comportan el único propósito de Dios para salvación. Llegado el final del desarrollo doctrinal, el apóstol escribe un admirable compendio de lo que es la Iglesia como unidad, manifestando el costo que supuso la realización del programa divino, la dotación para el crecimiento y edificación de la iglesia, y la demanda de guardar, con toda solicitud, la unidad hecha por Dios (4:1-16).

El segundo aspecto del contenido de la *Carta*, está íntimamente vinculado a la exposición doctrinal sobre el misterio de Dios en relación con la Iglesia. Aquellos que han sido llamados por Él para salvación y han recibido la gracia para perdón de pecados y vida eterna, son puestos en Cristo y Cristo en ellos, para que, por el poder del Espíritu, vivan conforme al llamamiento celestial.

⁷ Juan Leal. o.c., pág. 666.

Este segundo aspecto de la *Carta* sigue, en perfecta uniformidad, desde el final de la exposición doctrinal y continúa hasta el término del escrito.

Dentro de la segunda parte, se pueden distinguir varias secciones. En ellas se establece, primeramente a mantener las características de la vida cristiana, mediante un continuo despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo (4:17-24). El principio del amor que motiva e impulsa la vida del salvo, conforme a la identificación con Cristo, que en amor se entregó para salvación, determina un extenso párrafo (4:25-5:2). De igual manera la vida cristiana en Cristo, conlleva la luminosidad que hace que el creyente sea luminar en el mundo, brillando en las tinieblas y haciéndolo en todas las áreas de su modo de vida (5:3-14). La provisión de poder para el testimonio y estilo de vida propio y natural del salvo procede del Espíritu, que a modo de una *sobria embriaguez*, controla al creyente llenándolo en plenitud (5:15-20). Finalmente el apóstol requiere que todos los creyentes se vistan con la *armadura de Dios*, para que puedan experimentar la victoria sobre sus enemigos naturales, que lo son también de la Iglesia, las huestes de maldad (6:10-20).

Texto griego.

El texto griego utilizado en el comentario y análisis de la *Carta*, es el de Nestle-Aland en la vigésimo séptima edición, en edición de la Deutsche Biblegesellschaft, D-Stuttgart. Para interpretar las referencias del aparato crítico, se hacen las siguientes indicaciones:

No se ha tenido en cuenta, en el aparato crítico del presente comentario la valoración crítica de la certeza de un texto, que se incorporará en adelante a los nuevos comentarios que se vayan produciendo.

Los papiros se designa mediante la letra **p**. Los *manuscritos unciales*, se designan por letras mayúsculas o por un 0 inicial. Los unciales del texto bizantino se identifican por las letras *Biz* y los unciales bizantinos más importantes se reflejan mediante letras mayúsculas entre corchetes [] los principales unciales en los escritos de Pablo se señalan por K, L, P.

Los manuscritos minúsculos quedan reflejados mediante números arábigos, y los minúsculos de texto bizantino van precedidos de la identificación *Biz*. La relación de unciales, debe ser consultada en textos especializados ya que la extensión para relacionarlos excede a los límites de esta referencia al aparato crítico.

En relación con los manuscritos griegos aparecen conexionados los siguientes signos:

- f*¹ se refiere a la familia 1 de manuscritos.
- f*¹³ se refiere a la familia 13 de manuscritos.
- Biz* referencia al testimonios *Bizantinos*, textos de manuscritos griegos, especialmente del segundo milenio.
- Biz*^{pt} cuando se trata de solo *una parte* de la tradición *Bizantina* cuando el testimonio está dividido.
- * este signo indica que un manuscrito ha sido corregido.
- ^c aparece cuando se trata de la lectura del *corrector* de un manuscrito.
- ^{1,2,3,c} indica los sucesivos correctores de un manuscrito en orden cronológico.
- () indican que el manuscrito contiene la lectura apuntada, pero con *ligeras diferencias* respecto de ella.
- [] incluyen *manuscritos Bizantinos* selectos inmediatamente después de la referencia *Biz*.
- txt indica que se trata del *texto del Nuevo Testamento* en un manuscrito cuando difiere de su cita en el comentario de una Padre de la Iglesia (^{comm}), una variante en el margen (^{mg}) o una variante (^{v.r.}).
- com (m) se refiere a citas en el curso del *comentario* a un texto cuando se aparta del texto manuscrito.
- mg indicación textual contenida en el *margen* de un manuscrito.
- v.r. *Variante* indicada como alternativa por el mismo manuscrito.
- vid indica la lectura más probable de un manuscrito cuando su estado de conservación no permite una verificación.
- supp texto suplido por faltar en el original.

Los *Leccionarios* son textos de lectura de la Iglesia Griega, que contienen manuscritos del texto griego y se identifican con las letras *Lect* que representa la concordancia de la mayoría de los Leccionarios seleccionados con el texto de Apostoliki Diakonia. Los que se apartan de este contexto son citados individualmente con sus respectivas variantes. Si las variantes aparecen en más de diez Leccionarios, se identifica cada grupo con las siglas ^{pt}. Si un pasaje aparece varias veces en un mismo Leccionario y su testimonio no es coincidente, se indica por el número índice superior establecido en forma de fracción, para indicar la frecuencia de la variante, por ejemplo *l* 866^{1/2}. En relación con los Leccionarios se utilizan las siguientes abreviaturas:

- Lect* para referirse al texto seguido por la *mayoría de los leccionarios*.
- l* 43 indica el leccionario que se aparta de la lectura de la mayoría.
- Lect*^{pt} referencia a al texto seguido por una parte de la tradición manuscrita de los Leccionarios que aparece, por lo menos, en diez de ellos.
- l* 593^{1/2} referencia a la frecuencia de una variante en el mismo manuscrito.

Las referencias a la Vetus Latina, se identifica por las siglas *it* (Itala), con superíndices que indicad el manuscrito. La Vulgata se identifica por *vg* para la

Vulgata, vg^{cl} para la Vulgata Clementina, vg^{ww} para la Vulgata Wordsworth-White, y vgst para la Vulgata de Stuttgart.

Las versiones Siríacas se identifican por las siguientes siglas: Syr^s para la Sinaítica. syr^c, para la Curetoniana. syr^p, identifica a la Peshita. syr^{ph} son las siglas para referirse a la Filoxeniana. La Harclense tiene aparato crítico propio con los siguientes signos: syr^h (White; Bensly, Wöobus, Aland, Aland/Juckel); syr^{h with*}, lectura siríaca incluida en el texto entre un asterisco y un metóbelos; syr^{hmg}, para referirse a una variante siríaca en el margen; syr^{hgr} hace referencia a una anotación griega en el margen de una variante Siríaca. Las siglas syr^{pal} es el identificador de la Siríaca Palestina.

Las referencias a la Copta son las siguientes:

cop^{sa} Sahídico.
 cop^{bo} Boháirico.
 cop^{pbo} Proto-Boháirico.
 cop^{meg} Medio-Egipto.
 cop^{fay} Fayúmico.
 cop^{ach} Ajmínico.
 cop^{ach2} Sub-Ajmínico.

Para la Armenia, se usan las siglas arm.

La georgiana se identifica:

geo identifica a la georgiana usando la más antigua revisión A¹
 geo¹/geo² identifica a dos revisiones de la tradición Georgina de los Evangelios, Hechos y Cartas Paulinas.

La etiópica se identifica de la siguiente manera:

eth cuando hay acuerdo entre las distintas ediciones.
 eth^{ro} para la edición romana de 1548-49.
 eth^{pp} para la Pell Plat, basada en la anterior.
 ethTH para Takla Häymänot
 eth^{ms} referencia para la de París.

Eslava Antigua, se identifica con slav.

Igualmente se integra en el aparato crítico el testimonio de los Padres de la Iglesia. Estos quedan identificados con su nombre. Cuando el testimonio de un Padre de la Iglesia se conoce por el de otro, se indica el nombre del Padre seguido de una anotación en superíndice que dice *según* y el nombre del Padre

que lo atestigua. Los Padres mencionados son tanto los griegos como los latinos, procurando introducirlos en ese mismo orden. En relación con las citas de los Padres, se utilizan las siguientes abreviaturas:

- () Indican que el Padre apoya la variante pero con ligeras diferencias.
 vid probable apoyo de un Padre a la lectura citada.
 lem cita a partir de un *lema*, esto es, el texto del Nuevo Testamento que precede a un comentario.
 comm cita a partir de la parte de un comentario, cuando el texto difiere del lema que lo acompaña.
 supp porción del texto *suplido* posteriormente, porque faltaba en el original.
 ms, mss referencia a manuscrito o manuscritos patrísticos cuyo texto se aparta del que está editado.
 mss^{según Padre} identifica una variante de algún manuscrito según testimonio patrístico.
 1/2, 2/3 variantes citadas de un mismo texto en el mismo pasaje.
 pap lectura a partir de la *etapa papirológica* cuando difiere de una edición de aquel Padre.
 ed lectura a partir de la *edición* de un texto patrístico cuando se aparta de la *tradición papirológica*.
 gr cita a partir de un fragmento griego de la obra de un Padre Griego cuyo texto se conserva sólo en traducción.
 lat, syr, armn, slav, arab traducción latina, siríaca, armenia, eslava o araba de un Padre Griego cuando no se conserva en su forma original.
 dub se usa cuando la obra atribuida a cierto Padre es dudosa.

Con estas notas el lector podrá interpretar fácilmente las referencias a las distintas alternativas de lectura que el aparato crítico introduce en los versículos que las tienen.

Bosquejo.

1. Introducción y saludo (1:1-2)
2. Posición del creyente en Cristo (1:3-3:21).
 - 2.1. Bendiciones espirituales (1:3-14).
 - A) Escogidos por el Padre (1:3-6).
 - B) Salvos por el Hijo (1:7-12).
 - C) Sellados por el Espíritu (1:13-14).
 - 2.2. Primera oración de Pablo (1:15-23).
 - 2.3. Salvos por gracia (2:1-10).
 - A) La condición del pasado (2:1-3).
 - B) La condición del presente (2:4-6).
 - C) La condición del futuro (2:7-10).

- 2.4. La unidad en un cuerpo (2:11-22).
 - A) Los gentiles sin Cristo (2:11-12).
 - B) El cuerpo en Cristo (2:13-18).
 - C) Los cristianos como edificio (2:19-22).
- 2.5. La gloria del cuerpo (3:1-13).
 - A) Administración de la gracia (3:1-6).
 - B) Manifestación del misterio (3:7-13).
- 2.6. Segunda oración de Pablo (3:14-19).
- 2.7. Doxología (3:20-21).
- 3. La ética del cristiano en el mundo (4:1-6:24).
 - 3.1. Andar en dignidad (4:1-16).
 - A) Modo de mantener la unidad (4:1-3).
 - B) Las bases unitarias (4:4-6).
 - C) El precio de la unidad (4:7-10).
 - D) Los medios para fortalecer la unidad (4:11-12).
 - E) Unidad de fe y conocimiento (4:13-16).
 - 3.2. El compromiso de la nueva vida (4:17-32).
 - A) El modo de vida sin Cristo (4:17-21).
 - B) Despojarse y revestirse (4:22-24).
 - C) Aplicación personal (4:25-32).
 - 3.3. El creyente bajo el Espíritu Santo (5:1-6:9).
 - A) Andar en amor (5:1-7).
 - B) Andar en luz (5:8-14).
 - C) La demanda a una vida en sabiduría (5:15-17).
 - D) La vida en la plenitud del Espíritu (5:18-6:2).
 - a) Gozo y oración (5:19-20).
 - b) Deberes matrimoniales (5:21-33).
 - c) Hijos y padres (6:1-4).
 - d) Siervos y amos (6:5-9).
 - 3.4. La vida cristiana como lucha (6:10-20).
 - A) La fortaleza y la armadura de Dios (6:10-17).
 - B) Oración intercesora (6:18-20).
- 4. Conclusión (6:21-24).
 - 4.1. Asuntos personales (6:21-22)
 - 4.2. Bendición y doxología (6:23-24).

EXPOSICIÓN DE LA CARTA.

Introducción y saludo (1:1-2).

1. Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso.

Παῦλος ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ διὰ θελήματος Θεοῦ τοῖς ἁγίοις
 Pablo apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios a los santos
 τοῖς οὖσιν ἐν¹ Ἐφέσῳ καὶ πιστοῖς ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ,
 a los que están en Éfeso también fieles en Cristo Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἐν Ἐφέσῳ, alternativa poco probable atestiguada en κ^c, A, B³, D, G, K, P, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* it^{ar}, c, d dem, e, f, g, r1, x, z, vg, syr^{p, h}, cop^{sa, bo}, goth, arm, Ambrosio, Crisóstomo, Pelagio, Teodoro^{lat}, Cirilo, Teodoreto, Ps-Jerónimo, Casiodoro, Juan Damasceno.

Omitido en p⁴⁶, κ*, B*, 424^c, 1739, Orígenes, mss^{acc de Brasil}.

Para la introducción se lee: Παῦλος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Pablo*; ἀπόστολος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *apóstol*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; διὰ, preposición de genitivo *por*; θελήματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *deseo, voluntad, designio*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; τοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal declinado *a los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo articular *santos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*, οὖσιν, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *estar*, aquí *que están*; ἐν, preposición de dativo *en*; Ἐφέσῳ, caso dativo femenino singular del nombre propio de ciudad *Éfeso*; καὶ, adverbio *también*; πιστοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo *fieles*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Παῦλος ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ. El apóstol inicia la Carta, al estilo propio de la correspondencia en entonces, con el *praescriptum*, el párrafo introductor del escrito que contiene dos elementos, por un lado la identificación tanto de quien escribe como de los destinatarios, seguido de un segundo con un breve saludo para los destinatarios. Ese es el estilo habitual de la correspondencia oriental, desde mucho antes del tiempo greco-romano, conociéndose este formato desde los persas⁸. El encabezamiento se encuentra en el Nuevo Testamento no solo en el *corpus paulino*, sino también en otros escritos (cf. 1 P. 1:1s; 2 P. 1:1s; Jud. 1s). Pablo utiliza la forma habitual en la correspondencia de entonces para iniciar la *Carta a los Efesios*. La introducción

⁸ Así aparece, por ejemplo, en Daniel: *Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada.*

adquiere una fórmula propia de la correspondencia oficial, lo que es ya el primer indicativo de que, aunque dirigida a creyentes de una determinada iglesia, la *Carta*, es para todos los lectores. No se trata de un escrito privado sino de alcance universal para quienes la puedan leer en cualquier tiempo.

El remitente se presenta con el nombre griego de *Pablo*⁹, que también es un nombre romano o latino, conforme al uso habitual en todos sus escritos. Debe recordarse que el apóstol tiene también el nombre hebreo impuesto por sus padres de *Saúl* o *Saulo*, probablemente dado en recuerdo el primer rey de Israel, que era, como el apóstol, de la tribu de Benjamín. Este fue el nombre por el que Jesús lo llamó en el camino a Damasco (Hch. 9:4). ¿Existe alguna razón por la que usa habitualmente como identificativo personal el nombre romano en lugar del hebreo? Tal vez pudieran presentarse algunas posibles razones, como que su ministerio está relacionado con los gentiles, pero, cualquier razón que pretenda justificar el uso del nombre, no tiene base bíblica.

Junto con el nombre aparece una titulación ministerial: ἀπόστολος Χριστοῦ Ἰησοῦ, “*apóstol de Jesucristo*”, lo que confiere ya desde el principio el carácter autoritativo de quien escribe desde esa condición. En sentido general el término ἀπόστολος, *apóstol* se usa para referirse a alguien enviado con una misión. En ese sentido es llamado así a Epafrodito como enviado por la iglesia en Filipos con una ofrenda para el apóstol (Fil. 2:25). Pero, en sentido específico de ministerio conferido por el don recibido, sólo pueden considerarse como apóstoles los doce del Colegio Apostólico, incluido Matías (Hch. 1:26) y Pablo, el apóstol a los gentiles. Solo ellos recibieron el don y sólo ellos fueron acreditados con señales específicas de apóstol (2 Co. 12:12). Ese don se dio, entre otras razones, para establecer la base doctrinal sobre la que se sustenta la Iglesia (Ef. 2:20), apoyada sobre el único fundamento que es Cristo (1 Co. 3:11; Hch. 4:11; 1 P. 2:6ss). El apóstol lo es Χριστοῦ Ἰησοῦ, “*de Jesucristo*”, indica que es enviado y comisionado directamente por Jesucristo es, en otras palabras, mensajero personal de Cristo Jesús, legitimado por Él y autorizado para hablar en su nombre. Esto confiere a sus palabras la misma autoridad que si procedieran directamente de Jesús, el Señor y Cabeza de la Iglesia (Ef. 1:22). No es de extrañar que Pablo diga que lo que Él escribe “*son mandamientos del Señor*” (1 Co. 14:37). Todavía más, como apóstol él y los otros doce, son el *don* que Cristo exaltado da a la iglesia para establecer el fundamento doctrinal (4:7). Pablo es administrador o servidor de los recursos de la gracia que le fueron encomendados (3:2ss). A Él le fue declarado por revelación *el misterio de Cristo* (3:3). Esa posición apostólica le permite contarse entre los otros apóstoles de Jesucristo (3:5). La introducción condiciona ya la lectura de la *Carta* desde dos presupuestos: 1) la autoridad del

⁹ Griego Παῦλος.

escritor como comisionado por el Señor; 2) la razón del escrito vinculado con la revelación del *misterio*, que tiene que ver con la Iglesia en la presente dispensación.

El apostolado de Pablo no solo procede de Jesucristo, sino que lo es también διὰ θελήματος Θεοῦ, “*por la voluntad de Dios*”. Es un énfasis especial que manifiesta en alguno de sus escritos (1 Co. 1:1; 2 Co. 1:1; Col. 1:1; 2 Ti. 1:1). Sin embargo es necesario entender en el contexto de la *Carta*, el alto sentido que se le confiere a la expresión *voluntad de Dios*¹⁰, como manifestación de soberanía que hace incuestionable Su deseo y realizable toda su determinación. Es en base a la *voluntad de Dios* que se opera la elección (1:5), y de la misma manera fue *su voluntad* la que hizo posible con la elección de Abraham la formación de un pueblo que se caracteriza por ser *escogido por Dios*, predestinados conforme “*al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*” (1:11). El misterio revelado en *los últimos tiempos*, no es otra cosa que aquello que “*se había propuesto en Sí mismo*” como expresión definitiva de *su voluntad* (1:9). La misma voluntad divina que salva, que crea, que establece las cosas, que gobierna la historia, que determina el futuro y que glorifica al creyente, es la que actuando en relación con Saulo, lo hace llegar a ser lo que es: “*apóstol de Jesucristo*”. Ese apostolado no depende ni es determinado por voluntad de hombres, sino que es la expresión incuestionable de la voluntad de Dios. De esa voluntad escribe el apóstol en la *Carta*, por tanto, leyendo sus palabras entendemos cual es la voluntad de Dios en los múltiples aspectos desarrollados en el escrito. Siendo apóstol, enviado, debe prestarse atención también a quienes fue enviado: es, por el análisis de la Escritura, el apóstol de los gentiles, o el apóstol enviado a los gentiles, lo que equivale a ser el *enviado* con un ministerio específico para el mundo gentil. Esa fue la determinación de la voluntad divina: “*Instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes*” aunque, como apóstol, lo es también para “*los hijos de Israel*” (Hch. 9:15). Pablo era muy consciente de ese llamamiento celestial al apostolado: “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles*” (Gá. 1:15-16). Los demás apóstoles entendían que este era el ministerio que Dios, en su voluntad, disponía para Pablo: “*Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión (pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles) y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de*

¹⁰ Griego θέλημα Θεοῦ.

compañerismo para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión” (Gá. 2:7-9).

Siendo el apostolado de Pablo una determinación de la voluntad divina, su mensaje escrito tiene la misma autoridad del resto de la Escritura, como de procedencia e inspiración divina. Cada palabra en el escrito original es revelación de Dios y ha sido plenamente *soplada* por el Espíritu (2 Ti. 3:16). El escrito de esta *Carta* en su totalidad, inspirado plenariamente por Dios, tiene la autoridad divina y ha de ser obedecido y aceptado sin condiciones. El Nuevo Testamento coloca los escritos de Pablo al mismo nivel que los del Antiguo Testamento (2 P. 3:15-16). Todo el contenido de esta *Carta* es, pues, norma de fe y conducta, formando parte del contenido de nuestra *santísima fe*. El creyente tiene que aceptar el escrito al mismo nivel que cualquier otro de la Escritura y “*contender ardientemente por la fe que ha sido dada una vez a los santos*” (Jud. 3).

La *Carta* tiene unos destinatarios concretos: τοῖς ἁγίοις καὶ πιστοῖς ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, “*Para los santos y fieles en Cristo Jesús*”. El término ἁγίοις, *santos* equivale a *apartados*, refiriéndose por tanto, a los que Dios ha separado, o apartado del mundo para Él mismo, que forman la expresión de *Su pueblo*. Son aquellos a quienes Dios ha puesto en el mundo para que le glorifiquen entre los hombres. Son aquellos que regenerados espiritualmente, con capaces de un buen obrar como testimonio ante el mundo, de modo que no solo ellos glorifican a Dios, sino que son objeto para que el mismo mundo incrédulo glorifique al Dios de los creyentes, al ver la *perfección* de vida de quienes se llaman sus hijos (Mt. 5:48). No son impecables, ni absolutamente perfectos, pero son propiedad de Dios, apartados de entre los demás hombres para que proclamen “*las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (1 P. 2:9). El adjetivo calificativo *santos* comprende a todo creyente, no importa en que tiempo haya sido salvo. Son santos, porque están en Cristo, su lugar de vida espiritual. Unidos a Él, han sido librados del poder de las tinieblas y trasladados al reino del Hijo (Col. 1:13). Pueden ser muy imperfectos a los ojos de los hombres, pero son *santos* delante de Dios. Ese término, que califica a todos los creyentes, es usado continuamente por el apóstol (cf. 1:15; 3:18; 4:12; 5:3; 6:18; Ro. 8:27; 16:2; 1 Co. 14:33; Col. 1:4; 1 Ti. 5:10; Flm. 5, 7; etc.). Todos los miembros de la Iglesia son santos, porque pertenecen al *pueblo santo* de Dios. Los creyentes son santos porque son el templo en donde Dios manifiesta su presencia (1 Co. 3:16s; Ef. 2:21). Dios llamó¹¹ a los creyentes para ser santos (Ro. 1:7; 1 Co. 1:2). No sólo han sido llamados *a ser santos*, sino que son escogidos por Dios, por tanto *santos*, como

¹¹ Griego: κλητοι ἅγιοι

se lee en Colosenses: “*escogidos de Dios, santos*”¹² (Col. 3:12). La condición de santos se alcanza en la posición de los santos que es ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, “*en Cristo Jesús*”, que se hace para nosotros “*santificación*” (1 Co. 1:30). Para hacerlo posible, el Señor los reconcilia a todos en su cuerpo de carne por medio de la muerte, para que sean *santos* (Col. 1:22). La santificación de estos que son santos es una operación del Espíritu, que los capacita para vivir la vida santa que corresponde a la condición de santos (1 Co. 6:11; 2 Ts. 2:13). La santidad práctica es la forma natural de vida de aquellos que han sido llamados para ser santos, por tanto, la santidad no es una opción para el cristiano, sino la única forma natural de vivir la vida nueva.

Pablo les llama también πιστοῖς, *fieles*, además de santos. En este caso el significado del adjetivo que siendo articular es en la práctica un sustantivo, es equivalente a *creyentes*. Estos son creyentes ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, *en Cristo Jesús*, esto es, el lugar donde viven espiritualmente hablando es este: Cristo Jesús. El sentido de *fieles* aquí expresa la firmeza de vida adherida a Cristo Jesús y que corresponde al principio de vida que cada creyente ha recibido (Jn. 1:16; 15:1ss). De una forma muy gráfica el Dr. Lacueva hace una distinción entre creyente y fiel: “*Creyente es aquel que se fía de Dios; fiel es el creyente de quien Dios puede fiarse. Todo ello con ayuda de la gracia divina (1 Co. 15:10b)*”¹³. A estos que son fieles y que son santos, dirige la carta. Realmente, aunque tenía destinatarios que históricamente pasaron, al dirigirse a los *santos y fieles en Cristo Jesús*, está señalando a todos los cristianos en todos los tiempos. Cada vez que el escrito se lea, será como oír la palabra del mismo Jesús, en expresión de su enviado, apóstol, Pablo.

En el mss utilizado para la traducción del texto al castellano se lee: οὖσιν ἐν Ἐφέσῳ, “*que están en Éfeso*”. Como se ha dicho antes, en la introducción, esa expresión no aparece en varios mss. Sin embargo, sí está atestiguada en otros. Probablemente la carta fue un escrito epistolar a varias iglesias. Para algunos se trata de la que Pablo envió a los laodicenses y que recomienda a los colosenses que intercambien con la suya (Col. 4:16). Es muy probable que se trate de un escrito que en el original no contenía a los destinatarios, del que se hicieron copias para las principales iglesias de la zona, a las que se añadía el nombre de la iglesia a quien iba destinada la copia del escrito. Muy probablemente la copia destinada a la iglesia en Éfeso es la que se ha preservado y de la que se hicieron las correspondientes a los mss que llegaron a nosotros. En ese sentido, los cristianos de las ciudades del valle del Lico son los destinatarios primarios de la *Carta*, pero, lo son también los que están vinculados con aquellos por la misma condición que tenían de *santos y*

¹² Griego: ἐκλεκτοὶ τοῦ Θεοῦ ἅγιοι.

¹³ F. Lacueva. Matthew Henry. *Efesios*. Pág. 126.

fieles en Cristo Jesús. Si se considera como una carta circular, tiene una gran importancia para la contextualización del mensaje, ya que se leería: “*A los santos y fieles en Cristo Jesús*”, con lo que los destinatarios hoy seríamos directamente cada uno de los creyentes, como así es.

2. Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

χάρις ὑμῖν καὶ εἰρήνη ἀπὸ Θεοῦ πατρὸς ἡμῶν καὶ Κυρίου
 Gracia a vosotros y paz de Dios Padre de nosotros y de Señor
 Ἰησοῦ Χριστοῦ.
 Jesucristo.

Notas y análisis del texto griego.

En el saludo escribe: χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *paz*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de, de parte*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Dios*; Πατρός, caso genitivo masculino singular del nombre *Padre*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Señor*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

Χάρις ὑμῖν καὶ εἰρήνη ἀπὸ Θεοῦ πατρὸς ἡμῶν καὶ Κυρίου. Luego del remitente y de los destinatarios se incluye, como es habitual en la correspondencia antigua, un saludo general para ellos. El saludo es peculiar y plenamente identificativo con el acostumbrado de los escritos del apóstol (cf. Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2). Las dos palabras χάρις, *gracia* y εἰρήνη, *paz* son claves en la *Carta*, ya que de este modo se llama al evangelio, como *evangelio de la paz* (6:15); también se dice que Cristo “*es nuestra paz*” (2:14); la gracia es el modo de salvación (2:8-9); enseña también que Jesús mediante su obra “*hizo la paz*” (2:15), anunciando las “*buenas nuevas de paz*” para todos (2:17); el apóstol demanda al creyente bendecido con la paz de Dios, que se esfuerce por “*guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*” (4:3); es también por gracia que se reciben los dones y se dota a la Iglesia de los creyentes para el ministerio (3:2, 7; 4:7). Con el tiempo esta fórmula pasaría al ritual de la introducción del culto cristiano.

La gracia es uno de los dos elementos manifestantes del amor divino, que se expresa bien en misericordia, como al *amor en extensión*, es decir, el amor que ama permanentemente y que lo hace para otorgar favores propios del *ágape divino* al compadecerse del sufrimiento humano. Esa es la razón por la que los

ciegos de nacimiento clamaban a Jesús diciendo: “*Hijo de David, ten misericordia de nosotros*” (Mt. 9:27). Ese amor expresado en misericordia se extiende para amar en todo tiempo, de ahí que en medio de la destrucción de Jerusalén a causa del pecado del pueblo, por medio de los babilonios, el profeta diga: “*Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron tus misericordias. Nuevas son cada mañana*” (Lam. 3:22-23). La gracia es un aspecto más amplio y radical que el de la misericordia. Es el amor que desciende hasta la condición del miserable, de ahí, que cuando se habla de gracia haya un acompañamiento de descenso, como ocurre con la gracia de Jesucristo que se hace pobre siendo rico (2 Co. 8:9). La gracia es el amor que *obliga* a Dios a descender al encuentro del hombre en Cristo Jesús. Nada mejor usado que el verbo *obligar* para referirse a la expresión de la gracia. Dios se obligó a Sí mismo para venir al encuentro del pecador en el Plan de Salvación, producido en la voluntad de Dios antes de la creación (2 Ti. 1:9). Dios ama por razón de vida, ya que una de las perfecciones de la vida de Dios en el aspecto de la naturaleza divina es el amor (1 Jn. 4:8). Dios, por tanto, no es amor porque ama, sino que ama porque es amor. Para expresarlo en forma absoluta, a Dios le va la vida si dejase de amar. Su propia naturaleza le condiciona al amor. Sobre todo en esta *Carta* la gracia alcanza la importancia plena como *causa y razón* de la salvación del hombre (2:8-9). Sólo es posible la salvación por razón de la gracia. La fe es el medio instrumental para alcanzarla, pero de ningún modo, ni razón ni causa de ella. La gracia que salva al hombre lo hace para todo el proceso de la salvación. Es por gracia que Dios justifica al hombre (Tit. 3:7). De esa manera cuando el pecado abundó *sobreabundó* la gracia (Ro. 5:20), por cuya gracia Dios envía a su Hijo para salvar al pecador. Pero, la salvación en la esfera de la santificación, sólo es posible por gracia. La gracia de Dios provee de lo necesario para que el cristiano pueda vivir una vida en santidad y llevar a cabo el servicio que Dios le ha establecido (1 Co. 15:10). De la misma manera la culminación plena de la salvación consistente en la glorificación del salvo, será una operación de la gracia (1 P. 1:13). La gracia es la fuente de la bendición para el cristiano, por eso Santiago dice que aún en las situaciones más difíciles como pueden ser las pruebas “*Dios da mayor gracia*” (Stg. 4:6).

Junto con el deseo de la administración de la gracia para cada creyente, está también el deseo de la paz, como bendición procedente de Dios. La gracia es la causa y razón suprema de todo bien, de la que también mana la paz para el disfrute y experiencia de la vida cristiana. De ella escribe el Dr. Hendriksen:

“La gracia es la fuente. La paz pertenece al chorro de bendiciones espirituales que de esta fuente emanan. Esta paz es la sonrisa de Dios que se refleja en el corazón de los redimidos, la seguridad de la reconciliación mediante la sangre de Cristo, y la auténtica integridad y prosperidad espiritual. Es la gran

bendición que Cristo otorga a la iglesia mediante su sacrificio expiatorio (Jn. 14:27), y que sobrepasa a todo entendimiento (Fil. 4:7).¹⁴

La paz fue el admirable regalo que Jesús dejó a los suyos y, por extensión, a todos los salvos, durante la última cena (Jn. 14:27). La paz allí adquiere dos sentidos: 1) El de *relación*, en el cual Jesús asegura que ha dejado *hecha* la paz con Dios; aquel estado de enemistad propio del pecado, quedó cancelado en la obra de reconciliación. 2) El de *experiencia*, ya que el Señor llama a vivir *su propia paz*, la que como hombre experimentaba en medio del conflicto de la última noche. La paz de Dios inunda el corazón del salvo mediante la acción del Espíritu que la produce en él (Gá. 5:22). De ahí que se demande solemnemente que cada cristiano se aplique a la conservación de la unidad corporativa en Cristo “*en el vínculo de la paz*” (4:3). La salvación, por medio de la regeneración, convierte a los creyentes en *pacificadores*, que los hace bienaventurados y les permite manifestar la condición de hijos de Dios: “*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse los que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie, los enemigos de las guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un *pacificador*. Sin embargo, el pacificador es aquel que *vive la paz* y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (Ef. 6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de *seguir* la

¹⁴ G. Hendriksen. *Efesios* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1984, pág. 75.

paz (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (Ef. 6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12). Eso los hace “*bienaventurados*” porque solo ellos pueden ser “*llamados hijos de Dios*”. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo suyo (Jn. 1:12). Pero, a estos a quienes Dios reconoce como sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven la experiencia de la paz. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de su paz.

Las dos provisiones, tanto la gracia como la paz proceden de Dios, de donde procede toda bendición (Stg. 1:17), ya que ambas pertenecen al orden de la salvación y todo cuanto tiene que ver con ella proviene de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). La Primera Persona Divina, el Padre está patentemente presente en la bendición. Pero, al mismo tiempo también lo está, en plano de igualdad en el otorgamiento la Segunda Persona, el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Primeramente porque en su condición de Mediador único (1 Ti. 2:5), hace posible que la gracia divina llegue a los hombres, habiendo sido el depositario de ella desde la eternidad (2 Ti. 1:9). La gracia administrada desde el principio del tiempo por Jesucristo, vino con Él en la entrada del Verbo eterno en el mundo de los hombres (Jn. 1:17), siendo manifestada en Él y por Él (2 Ti. 1:10). Esta unidad de Jesucristo en la concesión de la bendición de gracia y paz no es simplemente en razón de su condición de Mediador, sino de su propia deidad. Como Dios eterno en la unidad del Padre y del Espíritu, le corresponde la unidad en la bendición. De este modo, la bendición procede tanto del Padre como del Señor Jesucristo. Por esa razón no habrá ninguna bendición que los

creyentes puedan recibir en la que no esté también involucrado como dador de la bendición el Señor Jesucristo, ya que en Él somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (1:3). Es necesario entender que los tres nombres dados al Señor en este lugar son absolutamente divinos. El es *Señor*, título de soberanía divina dado a Dios, corresponde y le es propio a Jesucristo. El nombre de *Señor* define la condición de absoluta autoridad y dominio con que fue revestida la humanidad del Resucitado a causa de su vinculación hipostática en la Segunda Persona de la Deidad (Fil. 2:9-11). Es importe apreciar que en la oración tanto *Dios* como *Señor* aparecen sin artículo, dando a entender tanto la única condición de Dios y también la de Señor en relación con Jesucristo. Sólo ante Dios se doblará toda rodilla, y sólo quien es Dios puede ser Señor sobre todo. A este título de Señor, une el apóstol los de *Cristo*, el enviado y ungido de Dios y de *Jesús*, el título impuesto por Dios mismo para definir al encarnado Hijo, que desde la dimensión humana le cualifica para ser el único Salvador de los hombres (Mt. 1:21) el nombre que debía imponerse al que nacería, debía ser llamado Jesús. Ese nombre es la expresión griega del nombre hebreo *Y'hôsu'a*, *Josué*, que puede traducirse por *Dios es salvación*. La misión que tendría Jesús el Verbo hecho carne (Jn. 1:14) era la encomendada por Dios y determinada en su propósito soberano de salvación desde antes de la creación del mundo (2 Ti. 1:9). En el tiempo de la ejecución del programa de salvación el Señor Jesús llevó a cabo la misión que como Dios había asumido en la eternidad (1 P. 1:18-20). La obra de salvación, es de valor y alcance universal (Jn. 3:16). Él venía para "*salvar a su pueblo*", lo que suponía una relación específica con Israel. Sin embargo, el Salvador no lo sería sólo de ellos, sino de todo el mundo. El alcance de *su pueblo* incluye a todos los salvos. Éstos y sólo éstos, son el pueblo de Dios (1 P. 2:9), sus hijos (Jn. 1:12), miembros de su casa y familia (Ef. 2:19) y herederos de todo en Cristo (Ro. 8:17). La deidad de Jesucristo está claramente expresada en el texto, ya que Jesús, el nombre del niño que nacía, es también el Cristo y es el Señor. Humanidad y deidad son inseparables aunque sin mezcla, desde la encarnación del eterno Verbo de Dios.

La bendición adquiere aquí una doble vertiente: Es primeramente una bendición *paternal*, por cuanto procede del Padre, pero también es, en segundo lugar, una bendición *fraternal*, hermanable, porque procede de quien no se avergüenza de llamarnos sus hermanos, haciéndose en todo semejante a nosotros (He. 2:11-12, 17). Por esta bendición, los creyentes ya no son sólo los *santos y fieles*, sino aquellos que están vinculados con Dios por medio de la salvación y de la paz. En esa calidad de bendecidos deben prestar atención a cuanto sigue.

Posición del creyente en Cristo (1:3-3:21).

Bendiciones espirituales (1:3-14).**Escogidos por el Padre (1:3-14).****3. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.**

Εὐλογητὸς ὁ Θεὸς καὶ Πατὴρ τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, ὁ
 Bendito el Dios y Padre del Señor de nosotros Jesucristo el
 εὐλογήσας ἡμᾶς ἐν πάσῃ εὐλογίᾳ πνευματικῇ ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν
 que bendijo nos con toda bendición espiritual en los celestiales en
 Χριστῷ,
 Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

La carta se inicia con una *eulogía* en la que se lee: Εὐλογητὸς, caso nominativo masculino singular del adjetivo *bendito*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*, que no se utiliza en castellano cuando va unido a nombre propio; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πατήρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo *padre*, que adquiere aquí la condición de *propio* en relación con Dios; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *señor*, que en relación con Cristo adquiere la condición de nombre propio *Señor*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros, nuestro*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; εὐλογήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo εὐλογέω, que expresa la idea de *alabar, ensalzar, exaltar, bendecir, recitar oración de alabanza*, y que en sentido absoluto es un semitismo con el significado especial de *bendecir* aquí como *que bendijo*; ἡμᾶς, caso acusativo del pronombre personal *nos*; ἐν, preposición de dativo *con*; πάσῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo *toda*; εὐλογίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *bendición*; πνευματικῇ, caso dativo femenino singular del adjetivo *espiritual*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπουρανίοις, caso dativo neutro plural del adjetivo *celestiales*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

Εὐλογητὸς ὁ Θεὸς καὶ Πατὴρ τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ. La Carta se inicia con una expresión de alabanza, que más que una *doxología* es una *eulogía*, término que Pablo utiliza aquí. Esta bendición de alabanza obedece a las bendiciones divinas o *celestiales*, que se alcanza “*en Cristo*”. Este párrafo es largo y complejo, especialmente por su estructura gramatical. De él escribe el Dr. Stott:

“El párrafo entero es una canción de alabanza, una doxología, o más aún, una ‘eulogía’ porque esa es la palabra que Pablo utiliza. Comienza bendiciendo a Dios por bendecirnos a nosotros con toda bendición concebible. Más particularmente, pareciera hacer una referencia deliberada a la Trinidad. Porque el origen de la bendición es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que también es nuestro Padre (v. 2); su esfera es Dios el Hijo, por ser en Cristo, y en virtud de nuestra unión con Él, que Dios nos ha bendecido; y su naturaleza es espiritual, toda bendición espiritual, una frase que puede muy bien significar ‘toda bendición del Espíritu Santo’, quien como ejecutivo divino aplica la obra de Cristo a nuestros corazones”¹⁵.

Dada la especial dimensión gramatical del párrafo, se hace necesario hacer aquí algunas precisiones que evitaren otras detenciones en el comentario que sigue. La *bendición* o *eulogía* descansa en las bendiciones que Dios otorga al creyente y que se obtienen *en* Cristo. Estas bendiciones que dan lugar a la *eulogía*, se desarrollan en los vv. 4 al 10, dentro de una oración estructurada en una forma comparativo-causal mediante el uso de la preposición *según*, *conforme*, que está vinculada a tres verbos: *escoger*¹⁶ o *elegir* (vv. 4-6a); *colmar de favores*¹⁷, *agraciar*, *mostrar benevolencia* (vv. 6b-7); *abundar*, *sobrar*, *tener de sobra*, *desbordarse* (vv. 8-10). A cada uno de los predicados verbales de los vv. 4-6 y 8-10, se encuentra subordinada una oración de participio: “*predestinándonos*” (v. 5), y “*dando a conocer*” (v. 9). En cambio en los vv. 6b-7, aparece incorporada una oración de relativo: “*en quien tenemos...*”¹⁸. A cada uno de los predicados verbales en esas oraciones subordinadas a ellos, donde se aprecia el carácter un tanto ambiguo de los enunciados, aparece un complemento que se introduce mediante el uso de la preposición¹⁹ traducida por *según* (vv. 5b, 7b, 9b). El encadenamiento de los tres predicados y, por tanto, de las tres oraciones, se produce haciendo que las dos primeras oraciones terminen con el uso de la misma expresión “*de su gracia*”²⁰, a la que sigue una oración de relativo con que se introduce con el pronombre relativo “*la que*”²¹ o “*la cual*”, y las tres conectadas entre sí con el complemento “*en Cristo*”, “*en Él*” o semejante.

¹⁵ John Stott. *La nueva humanidad*. Editorial Certeza 1987, pág. 33.

¹⁶ Griego: ἐκλέγομαι.

¹⁷ Griego: χαριτόω.

¹⁸ Griego: ἐν ᾧ ἔχομεν.

¹⁹ Griego κατὰ.

²⁰ Griego: τῆς χάριτος αὐτοῦ.

²¹ Griego: ἣς.

Este desarrollo de la *eulogía* se estructura, como se aprecia antes, en tres enunciados verbales dentro de una oración que se introduce mediante el uso de una conjunción y que corresponde al contenido y causa de la bendición a Dios: En primer lugar por la *elección* (vv. 4-6); en segundo lugar por *el perdón de los pecados* (v. 7); y en tercer lugar por la *revelación del misterio* (vv. 8ss). Las bendiciones, aunque todas son celestiales, esto es, procedentes de Dios, se establecen en una relación predominante con cada una de las tres Personas Divinas. Así la elección recae especialmente sobre el Padre; la concesión de la gracia en salvación, con la redención y perdón de los pecados, se vincula con el Hijo, Cristo; la iluminación para entender el *misterio* sobre el Espíritu. Es apreciable, por tanto, la vinculación trinitaria que por la operación personal de cada una de las Personas Divinas, produce la *eulogía*, expresión de alabanza agradecida a Dios.

La bendición y el desarrollo que la causa es, como se dice antes, “*en Cristo*”, que es un elemento vinculante, sin embargo al llegar al desarrollo en los vv. 11-14, se introduce una doble estrofa con un enfático “*en Él*” (vv. 11, 13), en donde el elemento vinculante pasa a ser un signo de estructuración, es decir, deja de ser un principio ordenador para ser la base absoluta del acontecer, esto es, la bendición *acontece* siempre *en Cristo* que se convierte en el centro de todos los elementos de la bendición. Esta verdad se desarrolla mediante dos oraciones de relativo en donde aparece, en cada una de ellas, una oración de predicado verbal y una oración de participio: “*en quien fuimos escogidos predestinados*” (v. 11)... *en quien oyendo... y creyendo fuisteis sellados* (v. 13)²². Ambas oraciones de relativo siguen, la primera (v. 11) mediante una oración de infinitivo y, la segunda (v. 13), mediante un sustantivo verbal. Esto constituye una garantía de extensión en el sentido de que no solo los judíos, sino también los gentiles, esto es, todos están en Cristo y participan de la bendición de Dios, ya que esta tiene lugar en Cristo Jesús.

Hecha la aclaración a la estructura gramatical de la *eulogía*, debemos entrar en las consideraciones propias de la exégesis. La alabanza a Dios se produce por la contemplación de las bendiciones que otorga y de la obra que ha tenido que realizar para llevarla a cabo. Este que es alabado es Dios, como lo señala el uso del término *bendito*²³ adjetivo que en esa forma se usa sólo aplicado a Dios en el Nuevo Testamento, mientras que para los hombres se usa otra forma griega mediante el participio de presente²⁴ del verbo *bendecir*. En la oración debe ser suplido el verbo *ser*, implícito, para que se lea *bendito sea*.

²² Griego: ἐν ᾧ ἐκκληρώθημέ προορισθέντες (v. 11) y ἐν ᾧ... ἀκούσαντες... καὶ πιστεύσαντες... ἐσφραγίσθητε (v. 13).

²³ Griego: εὐλογητός.

²⁴ Griego: εὐλογήμενος.

Este que es bendecido o alabado, se identifica como ὁ Θεὸς καὶ Πατὴρ τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, “*el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*”.

En la *Carta* se aprecia un marcado énfasis en la relación de las dos naturalezas de Jesucristo, la divina, que eternamente le corresponde por ser Dios, y la humana, asumida en hipóstasis en la Persona Divina del Hijo, mediante la encarnación. Ambas naturalezas están presentes en la relación de Dios como *Dios y Padre* de nuestro Señor Jesucristo. El título de *Dios* de nuestro Señor Jesucristo enfatiza la condición humana del Hijo eterno, como hombre que tiene a Dios. El de *Padre* enfatiza la condición divina de Jesús, en una eterna filiación divina. Es interesante apreciar que en la *Carta*, se hace un énfasis muy marcado en la relación del Hijo no desde el plano de la *natividad*, es decir, el *nacido de mujer* (Gá. 4:4), sino de la vinculación intratrinitaria o, si se prefiere mejor, *trinitaria*, del Hijo de Dios, que en los distintos nombres con que se le menciona, está colocado al mismo nivel y se le vincula al Padre y al Espíritu en el mismo plano de igualdad que es propio a las Personas en el Ser Divino (2:18; 3:14-17; 4:4-6; 5:18-20). Cristo es el Hijo de Dios por generación eterna, que nada tiene que ver con *origen de existencia*, sino con relación y comunicación de vida. Este que es Padre, en el sentido de eterna relación en la Deidad, es también *Dios* para el Hijo encarnado, que como hombre se relaciona también con la Primera Persona, que es su Padre ya que es el Unigénito (Jn. 1:14), como su Dios personal. Sin embargo, la relación paterno-filial del Hijo, nuestro Señor, difiere absolutamente de la relación paterno-filial de los creyentes. Jesús dijo a María Magdalena que anunciase la resurrección a los discípulos y que les dijese: “*Subo a mi Padre a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*” (Jn. 20:17). El Padre en relación con Jesús es el Eterno Padre del Eterno Hijo, mientras que ese mismo Padre lo es de cada creyente por adopción en el Hijo (Gá. 4:5). Nosotros debemos dirigirnos a Dios como nuestro Padre, sabiendo que la relación con Él es esta, por habernos adoptado por gracia y hecho miembros de su familia.

Este Dios y Padre, es εὐλογητὸς, *bendito* porque nos *bendice*. El apóstol con un juego de palabras en el texto griego bendice a Dios por las bendiciones de Dios. Quien es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, es para nosotros sus hijos en Cristo el “*Padre de misericordias y Dios de toda consolación*” (2 Co. 1:3), por tanto solo podemos esperar de Él misericordia y consuelo para cualquier circunstancia de nuestra vida. Por medio de Cristo otorga y concede las bendiciones a sus hijos. Es por eso que ὁ εὐλογήσας ἡμᾶς ἐν πάσῃ εὐλογίᾳ πνευματικῇ ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν Χριστῷ, “*nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en*

Cristo". Las bendiciones son *espirituales*. El adjetivo²⁵ que utiliza Pablo tiene en el griego una terminación²⁶ que generalmente vinculan con la raíz de donde derivan, de manera que las bendiciones aquí derivan del *Espíritu*, por eso son *espirituales*, es decir, derivan del Espíritu en su manera de ser. Más adelante, en el desarrollo del texto bíblico se apreciará como las bendiciones se dan en el Espíritu y proceden de Él (vv. 4-10). Las bendiciones que proceden del Padre, se hacen asimilables a los creyentes como hombres en el único Mediador entre Dios y los hombres, que es Cristo mismo, y son aplicadas por el Espíritu, que las comunica y las hace experimentables en la vida de cada creyente. Siendo, pues, lo recibido, bendiciones *espirituales*, significa que la bendición dada en Cristo, llega a nosotros por el poder del Espíritu. La presencia del adjetivo *toda* está relacionado no con *bendiciones*, sino con *bendición*. Dios nos está dando *toda bendición*, es decir, no se trata de todas las cosas, sino de la plenitud suprema de lo que significa *bendición*. La bendición suprema es la donación divina de Cristo mismo que el Padre envió al mundo (Gá. 4:4), dándonoslo (Jn. 3:16) para que hiciese el acercamiento de Dios al hombre y abriese el camino de retorno del hombre a Dios, con Él y en Él, Dios nos da *toda bendición*, que está contenida y mediada en Él.

La totalidad de la bendición es ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν Χριστῷ, "*en los lugares celestiales en Cristo*". El sustantivo *lugares*, no está en el texto griego en el que literalmente se lee: "*En los celestiales en Cristo*". Los celestiales, tanto si se usa como sustantivo *cielo*, o si se utiliza como adjetivo *celestiales*, tiene que ver con lo que pertenece al cielo, aquello que procede del cielo, es decir, lo que es celestial. El término es usado en sentido local en esta misma *Carta* (1:20; 2:6; 3:10), esto indica que las bendiciones son celestiales en cuanto a origen, y que procedentes de Dios descienden sobre los *santos y fieles*, que son también los hijos de Dios. La referencia a los *celestiales*, expresa el lugar donde el Señor resucitado está sentado a la diestra del Padre, sobre todos los poderes (1:20s) y como Cabeza de la iglesia (1:22s; 4:15; 5:23), donde además se manifiesta el lugar de la presencia del Padre del que proceden todas las bendiciones y dones perfectos (Stg. 1:17). Las bendiciones son otorgadas *en Cristo*. Expresión típica de Pablo. Las bendiciones son posibles para el cristiano por estar *en Cristo*, en donde ya tiene su *posición legal* (2:6). Las bendiciones son *en Cristo*, fundamento de vida eterna y de la nueva experiencia cristiana. La frase es muy importante. En relación con la salvación: La gracia que salva es dada *en Cristo* (2 Ti. 1:9); el llamamiento celestial a la salvación es *en Cristo* (Fil. 3:14); el perdón de los pecados se otorga *en Cristo* (4:32); la libertad de condenación por cancelación de la responsabilidad penal del pecado es *en Cristo* (Ro. 8:1); la libertad de la ley se alcanza *en Cristo* (Gá.

²⁵ Griego πνευματικῇ

²⁶ Griego -ικός.

2:4); la justificación es *en Cristo* (Gá. 2:17); la vida eterna es posible *en Cristo* (Ro. 6:11, 23). De igual manera ocurre con la santificación: El creyente es santificado *en Cristo* (1 Co. 1:2); fundamentados y edificados *en Cristo* (Col. 2:7); enseñados *en Cristo* (4:21); llevados en triunfo *en Cristo* (2 Co. 2:14). Así también en el tercer nivel de la salvación, la resurrección del cuerpo está garantizada por estar *en Cristo* (1 Co. 15:20). Todas las bendiciones celestiales son posibles *en Cristo*. Como enseñanza general, el creyente está en una posición de bendición y esa posición es *en Cristo*. La posición tiene la connotación de *unión*, esa unión con Cristo es un asunto divino. Un don de Dios que involucra la obra del bautismo del Espíritu Santo, por cuya operación el creyente es unido -sumergido hacia- el cuerpo de Cristo (1 Co. 12:13). Cristo no solo es un ejemplo para el cristiano (1 P 2:21; He. 12:2a), sino la base y razón de su nueva posición delante de Dios. La razón misma de la vida y ética cristianas descansan en esta posición y experiencia (Gá. 2:20).

Si la plenitud de las bendiciones son ἐπουρανίους, *celestiales*, es decir, proceden de Dios, en el versículo se hace presente la Trinidad Santísima: El Padre como dador de las bendiciones, el Hijo como mediador de las bendiciones y lugar en donde son posibles y el Espíritu como quien establece la unidad del creyente con Cristo que las hace realidad. En ese sentido escribe Schlier:

“Vemos, pues, lo fundamental y exclusiva que es la bendición con que Dios nos bendijo: Él, que es la bendición del Padre en Cristo en virtud del Espíritu Santo, nos reveló el señorío de Cristo como la dimensión de nuestro existir. Por consiguiente, nosotros estamos bendecidos -¡bendito sea Dios!- hasta en las raíces de nuestra existencia, hasta la hondura misma del existir, y, en medio de los abismos de la trascendencia de los poderos cósmicos, nos hallamos seguros en Cristo Jesús, como lo que han sido bendecidos en el fondo de su propio ser”²⁷.

4. Según nos escogió en antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor.

καθὼς ἐξελέξατο ἡμᾶς ἐν αὐτῷ πρὸ καταβολῆς κόσμου εἶναι
 Según escogió nos en Él antes de fundación de mundo [para] ser
 ἡμᾶς ἁγίους καὶ ἀμώμους κατενώπιον αὐτοῦ ἐν ἀγάπῃ,
 nosotros santos y sin tacha delante de Él en amor.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa la alabanza por la elección, leyéndose: καθὼς, conjunción que significa *según*; ἐξελέξατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz

²⁷ H. Schlier. o.c., pág. 60.

media del verbo ἐκλέγομαι, *elegir, escoger*, aquí *escogió*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nos*; ἐν, preposición de dativo, *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*; πρὸ, preposición de genitivo *antes de*; καταβολῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fundación*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo declinado *de mundo*; εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἶμί, *ser*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἁγίους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *santos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀνόμους, caso acusativo masculino plural del adjetivo que significa literalmente *sin ley*, tomando el sentido de *sin tacha*, como que no hay ley para acusación; κατενώπιον, preposición de genitivo, *en presencia, delante*, literalmente *justo delante*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀγάπῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*.

Καθὼς ἐξελέξατο ἡμᾶς ἐν αὐτῷ πρὸ καταβολῆς κόσμου. El versículo comienza descubriendo el primer aspecto de la bendición. Con la conjunción καθὼς, que significa aquí *según* y tiene sentido comparativo y causal, inicia la frase en la que menciona la bendición de la eterna elección de los creyentes en Cristo. Para el apóstol el verbo *elegir*²⁸, desde el mismo trasfondo judío de su teología, tiene un sentido más teológico que semántico, que adquiere la condición de un *concepto bíblico* y significa *escoger, elegir, seleccionar*. En el Nuevo Testamento el aspecto de elección revela el acto divino que se hace en los hombres, tanto judíos como gentiles, para el llamamiento de Dios a salvación y alcanzarla por gracia. El término lleva implícito el sentido de un afecto positivo, que elige. Pablo especifica aquí dos aspectos relacionados con la elección: 1) La elección se realizó πρὸ καταβολῆς κόσμου, “*antes de la fundación del mundo*”²⁹, hebraísmo que se refiere a la eternidad, antes de la creación. Es una expresión semejante a la que Jesús utiliza en su oración al Padre, al referirse a la gloria que tiene como Dios, antes de la creación (Jn. 17:5) y al amor con que es amado por el Padre en la eternidad (Jn. 17:24). La misma expresión es usada por el apóstol Pedro para referirse a la predestinación divina para Cristo en relación con la redención (1 P. 1:20). Según la enseñanza del mismo apóstol, la elección divina descansa en la *presciencia* del Padre (1 P. 1:2), que no significa un mero *conocer* de las cosas, sino el previo *designio* de Dios para llevarlo a cabo. 2) La elección efectuada antes del tiempo, por tanto, antes de la creación, tuvo lugar ἐν αὐτῷ, *en Él*, esto es, “*en Cristo*”. A esta expresión tiene que dársele en el versículo, el mismo sentido y significado que la vez anterior en que se cita (v. 3). Es decir, las bendiciones plenas de Dios, se alcanzan por una posición personal del creyente en Cristo, así también la elección. La cláusula *en Él*, no tiene el mero sentido de una persona que representa a otra, lo que, en cierta medida permitiría

²⁸ Griego ἐκλέγομαι.

²⁹ Griego πρὸ καταβολῆς κόσμου.

hablar de una elección universal de todos los hombres en Cristo, sino que lo que expresan esas palabras en el contexto de la *Carta*, es que los salvos, en la elección divina, estaban ya en Cristo. Este sentido se afirma en la utilización de la fórmula en otros muchos pasajes paulinos, lo que no se establece para entender el sentido pleno de la elección sino para enseñar que, desde el punto de vista de esa elección divina, los creyentes están incluidos ya en Cristo desde la eternidad. Los creyentes, *santos y fieles*, nunca han dejado de estar en Cristo, según la voluntad y el saber de Dios. *Estar en Cristo* precede a todo, antecede a todo, por cuanto estamos en Él desde la eternidad. La bendición de la salvación es la realización en el tiempo histórico de la presciencia divina en donde se manifiesta la eterna elección y se abraza en ella al creyente. Esto da un concepto más amplio al sentido de la bendición, a saber: como bendecido por Dios en Cristo, somos ahora lo que hemos sido siempre por elección, establecida antes del tiempo. El verdadero *ser* del cristiano, supera en todo el concepto de *ser* del mundo, que resulta simplemente en la expresión de la criatura, por el contrario, el *ser* del cristiano es la expresión de una anticipación eterna. Ese es el fundamento que el apóstol Juan tiene para decir que los nombres de los creyentes están escritos en el libro de la vida del Cordero inmolado, desde la fundación del mundo (Ap. 13:8; 21:27). El libro de la vida es una expresión metafórica para referirse al conocimiento que Dios tiene del nombre de cada uno de los salvos. Este término aparece con relativa frecuencia en la Escritura (Ex. 32:32; Sal. 69:28; Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Los que no están en el libro de la vida, no tendrán otro destino que la eterna condenación. Estos nombres están registrados desde antes de la fundación del mundo, lo que indica un preconocimiento divino de los salvos. El apóstol Pablo, en el detalle de la salvación en la *Carta a los Romanos*, habla de los que aman a Dios y dice: “*esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*” (Ro. 8:28).

El autor de la elección es ὁ Θεὸς καὶ Πατὴρ τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, “*El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” (v. 3). Su naturaleza es evidente en *escoger* a quienes llegarían a ser *santos y sin mancha*, como se verá más adelante. Esa es la primera razón de la bendición: “*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que... nos escogió*”. No es posible entender las razones de la elección que como acción y pensamiento divinos excede en todo a la comprensión humana. La única acción posible ante una bendición de tal naturaleza es alabar a Dios por ello. El sujeto de la acción es Dios, el beneficiario somos “*nosotros*”, esto es, los *santos y fieles* (v. 1). El apóstol dice que el Padre nos ha bendecido a *nosotros*, lo que incluye tanto a los lectores, destinatarios de la *Carta*, como al mismo apóstol que la escribe. Esto no supone, como algunos entienden, la elección de toda la humanidad.

La elección ha sido, es y será una doctrina cuestionada. Posiblemente la dimensión del contenido y las consecuencias de la elección conducen a algunos a buscar explicaciones a la *razón* por la que Dios ha hecho esto. El pasaje nos presenta profundas verdades y algunas son tan densas que la mente humana no llega a comprenderlas en la dimensión necesaria para que no generen en ella conflicto de raciocinio, ya que en una lectura prejuiciada conduce a aparentes contradicciones con otras partes de la Escritura. Por tanto, será necesario hacer aquí unas sencillas reflexiones, entre ellas afirmar que *la elección* es una doctrina bíblica (v. 4). La Biblia enseña la elección divina relacionada con distintos aspectos y grupos. Se enseña la elección divina de Israel (Ro. 11:5-8). Hay referencias abundantes a la elección divina de personas, sirviendo como ejemplo el de la elección del propio apóstol Pablo (Gá. 1:15). La Biblia enseñan también la elección divina de los creyentes en general (2 Ts. 2:13, 14; 2 Ti. 1:9; 1 P. 1:2). La elección divina corresponde a una acción propia de Dios en el ejercicio de su soberanía, que no se regula, rige o condiciona por leyes u actos humanos. En ocasiones el hombre, al no entender la razón de las acciones divinas, se atreve a increpar y discutir con Dios (Ro. 9:18-20). La *doctrina bíblica de la elección* ha sido mal entendida por “*niños espirituales*”, que son los creyentes que no han alcanzado la madurez por falta del conocimiento de la Escritura, pero debe ser estudiada por creyentes maduros para provecho espiritual (1 Co. 2:6; 3:1, 2).

Hay cinco posiciones frente a la doctrina de la elección. 1) La posición arminiana. Jaime Armiño fue un teólogo holandés, que asumió un semipelagianismo, negando todo tipo de elección divina en la esfera de la salvación. Afirmaba que el hombre se salva por fe, aparte de la gracia, ya que, según él, la gracia se da a todos los hombres incondicionalmente. Enseñaba que la salvación del creyente descansa en su fe personal, por tanto puede perderse si se llega a perder la fe. 2) Posición wesleyana-arminiana. Hace una modificación de la perspectiva arminiana en cuanto a la gracia, pero mantiene la fe como base de la salvación. La perseverancia del creyente es condición para salvarse. Afirman que ningún hombre peca por su condición pecadora, sino porque no usa la gracia que es dada a cada uno. Enseñan también que si no se persevera en la fe, se pierde la salvación. 3) Posición calvinista extrema o hipercalvinista. El hipercalvinismo, llamado también calvinismo de cinco puntos. Entienden que la redención no es *ilimitada*, esto es *para todos*, sino *limitada*, es decir solo para los escogidos. Establece una deducción filosófica frente a la elección, llegando a la conclusión de que si Dios ha elegido a algunos para salvación, luego ha ordenado al resto para eterna condenación. Esta posición es rebatida por muchos pasajes bíblicos como, por ejemplo (1 Ti. 2:3, 4). 4) Posición calvinista moderada. Acepta la elección divina para salvación, pero cree en la *redención ilimitada*, por tanto, si Cristo murió por todos, Dios ha hecho posible que todo pecador que crea en Cristo, sea salvo. Cree que el hombre se salva solo por

gracia mediante la fe. Cree que esa obra es en todo un don de Dios, y que se otorga al hombre sin razón a ningún mérito suyo. Cree que los que se salvan, se salvan eternamente y que la salvación no puede perderse jamás. 5) Posición ecléctica. Es la posición de la *indefinición teológica*, por la que se toma lo más conveniente de cada sistema y se traza una vía intermedia de interpretación. Pretenden solucionar el problema de la elección para salvación enseñando que Dios escogió para ministerio pero no para salvación. Afirman que la elección para salvación es universal y hecha en Cristo para toda la humanidad de modo que el hombre que no cree se excluye de ella voluntaria y personalmente. Asumen la seguridad de salvación para todos los que creen y afirman que el hombre se salva por gracia, pero la fe -como medio de salvación- es algo propio del hombre, generada y nacida por él mismo, y no es un don divino.

¿Cuál es la verdadera posición? Ningún sistema teológico es inerrante, sólo la Escritura lo es (2 Ti. 3:16), por tanto, sólo la Biblia tiene la verdadera posición. Ningún sistema teológico humano puede reconciliar cosas que en nuestra propia razón no se concilia y que aparentemente se contradicen. La Biblia presenta dos líneas paralelas de pensamiento y revelación: 1) El acto soberano de la elección. 2) La gracia libre y general para todos. Cuando el creyente llega a un asunto imposible de superar para el pensamiento humano, ha de orar sobre él, seguir estudiando y no olvidarse que hay cosas que entenderemos sólo cuando estemos en la presencia de Dios. El estudio de las doctrinas no debe separarnos y generar divisiones entre cristianos, sino aproximarnos al darnos cuenta de que todos tenemos una mente limitada, frente a la mente infinita de Dios. Cuando el creyente viene a la presencia de Dios para ponerse delante de su Santa Palabra, debe hacerlo con un corazón desprovisto de *prejuicios*. Hay algunas verdades fundamentales que preparan el camino para el estudio de la elección: 1) El amor de Dios es por igual para todos los hombres (Jn. 3:16). 2) Cristo murió por todos y no sólo por algunos (2 Co. 5:14, 14; 1 Ti. 2:6). 3) Dios cargó sobre Cristo el pecado, en singular, de todos los hombres, para hacer *potencialmente* salvables a todos los mortales (Is. 53:6). 4) Dios hace una invitación general para todo pecador (Mt. 11:28; Ap. 22:17). 5) Cualquiera que crea con fe verdadera y se vuelva a Cristo, será salvo (Jn. 3:16; 5:24; Hch. 16:31; Ro. 1:16). 6) La invitación general de la gracia puede ser rechazada y es la causa de eterna perdición para el pecador rebelde (Jn. 3:36). 7) Las promesas de Dios no pueden ser quebrantadas. La elección es una doctrina bíblica que alcanza tres aspectos: 1) la elección para privilegios y servicios específicos, tal como ocurrió con Abraham (Gn. 12:1), o con Jacob, el menor entre dos hermanos (Ro. 9:10-13). 2) Elección para oficios: Dios escogió dentro del pueblo de Israel a los levitas para el ministerio sacerdotal, a Moisés para conducir y liberar al pueblo, a reyes como David, y también Jesús escogió a los discípulos. 3) Elección de individuos para salvación, ser hechos hijos de Dios y herederos de la gloria eterna (Ro. 11:5; 1 Co. 1:26-29; 1 Ts. 1:4; 1 P.

1:2; 2 P. 1:10). Hay algunas características de la elección: 1) Es *incondicional*, ya que se produce antes de la constitución del mundo, por tanto no obedece a ningún mérito ni demérito personal, ni es causada por acción humana alguna, puesto que el hombre no había sido creado (2 Ti. 1:9). 2) Tiene una meta definida, como se lee en el versículo de la *Carta*: “*para que fuésemos*”. En ese sentido Dios no elige porque preveía que algunos querrían ser santos, sino que los escogió para que fuesen santos. Enseñar que Dios escogió porque veía en el futuro que habían de creer, es colocar al Eterno en la posición de un mero vidente que, desde la eternidad, elegía a aquellos que por decisión propia llegarían a ser santos. El propósito está bien marcado en el acto de la elección *para salvación*. Pablo expresa esa verdad de otro modo refiriéndose a que Dios *conoció* (Ro. 8:29). Conocer es un acto de prefamiliaridad en el ejercicio de su absoluta soberanía y voluntad, lo que se puede ilustrar con la relación con Israel (Am. 3:2). 3) Ocurre en un determinado tiempo: “*antes de la fundación del mundo*”, esto es, desde la eternidad. La elección confirma la inmutabilidad del plan eterno de redención. Esta enseñanza no es novedosa y elaborada o propuesta por Pablo, sino algo enseñado también por Cristo mismo, quien al referirse a los creyentes dice que “*le fueron dados*” (Jn. 6:39; 17:2, 9, 11, 24), estos son los que vienen a Él porque los trae el Padre (Jn. 6:44). Estos elegidos para salvación estaban ya en la mente de Dios desde antes de la creación, por tanto, la gloria de la salvación pertenece sólo a Dios.

A la doctrina de la elección se le han presentado objeciones que conviene aclarar: 1) La elección es hecha *en Cristo*, por tanto, tiene un alcance universal: todos los hombres son elegidos. Esta posición hace que el propósito divino de la elección: “*para que fuésemos santos y sin mancha*” quede reducido a un mero deseo y esté sujeto al arbitrio humano, haciendo fracasar el designio de Dios por los que no deseen serlo. 2) La elección anula la responsabilidad humana: A esto se responde que Dios no obliga al hombre para que crea, ni Él cree por el hombre. La responsabilidad del hombre es personal y consiste en aceptar o rechazar el don de Dios (Jn. 3:36). Todo aquel que quiera acudir a Cristo por fe, será salvo, creyendo en el evangelio (Ro. 1:16). 3) La elección quita el interés por la evangelización. Es necesario entender que Dios ha establecido el mandamiento de predicar el evangelio en todas las naciones para hacer discípulos (Mt. 28:19ss). El hombre se salva por gracia mediante la fe, creyendo al mensaje del evangelio (Ro. 10:14-15). El evangelista debe saber que todo aquel que crea será salvo. 4) La elección es una acepción de personas impropia de un Dios justo. Eso sería tal vez así si Dios no hubiera dispuesto una oferta de salvación para todos (Mt. 11:28). Pablo responde rotundamente a esta objeción al referirse a los vasos de salvación que Dios preparó y a los vasos de ira que se prepararon a sí mismos para condenación (Ro. 9:19-21). 5) Esta doctrina contradice y no concuerda con la invitación general del evangelio. Es un argumento de la mente humana, que como mente limitada, no puede

entender el pensamiento ilimitado de Dios. Está ahí expresada para aceptarla por fe, como parte de la doctrina bíblica.

El propósito de la elección está también definido: εἶναι ἡμᾶς ἁγίους καὶ ἀμώμους κατενώπιον αὐτοῦ ἐν ἀγάπῃ, “*para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él*”. El sentido de *ser santo* es el mismo que se ha considerado ya antes (v. 1). Todo cuanto se ha considerado antes tiene lugar aquí. Dios ha escogido a los creyentes para formar de ellos un pueblo *santo*, es decir, *apartado* o *separado* de entre todos los pueblos para ser el pueblo de Dios en esta dispensación. No se trata de una elección porque el Padre sabía que iban a ser santos, sino *para* que lo fuesen. No es una elección condicionada a méritos personales, y tampoco a la fe conocida de antemano, sino que determina la operación divina *para* salvación. Esa es la razón por la que los creyentes son impelidos hacia Cristo y no *compelidos* a Él. La acción divina en el corazón de los tales los conduce a Cristo para salvación (1 P. 1:2). La calidad de la santidad determinada para el salvo es plena por el segundo adjetivo que aparece en la frase: “*sin mancha*”³⁰, literalmente “*sin ley, sin norma*”, en el sentido de no tener ninguna tara que pueda ser denunciada por la ley como falta o transgresión. Es el calificativo que se usa para referirse al animal apropiado para el sacrificio y se utiliza en el sentido general de *irreproachable, sin tacha*. Una santidad inmaculada es lo que Dios establece para los elegidos. Tal santidad es visible, no sólo a los hombres, sino a Dios, ya que son santos y sin mancha *delante de Él*. Esta expresión puede conducir a considerar que se trata de una referencia al tiempo en que los creyentes han de comparecer ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta de sus actos (1 Co. 3:11-15; 2 Co. 5:10). Esto coincidiría con la enseñanza de la presentación de la Iglesia delante de Dios después de ser trasladada a Su presencia, en que aparece como vestida de vestidos limpios y resplandecientes, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (5:27). Sin duda lo comprende, pero, la interpretación del versículo exige que sea considerada en la experiencia de vida de los creyentes. Dios demanda que los creyentes sean santos e irreprochables por cuanto viven una nueva vida, que es la vida de la naturaleza divina de Dios mismo, al haber sido hechos participantes de ella en la regeneración (2 P. 1:4). La santidad de vida no es una opción, sino la forma natural y propia del creyente.

La expresión final del versículo ἐν ἀγάπῃ, “*en amor*” como cláusula de término vinculada a la elección y sus consecuencias, descubre la motivación divina para ello. Dios es amor (1 Jn. 4:8) y todos los actos divinos están relacionados con ese amor. Se discute sobre si “*en amor*” es término de la cláusula actual o principio de la siguiente, es decir, si el amor es la causa de la *elección* o la razón de la *predestinación* (v. 5). La discusión idiomática podría

³⁰ Griego ἀμώμους.

sustentarse según el pensamiento del intérprete, pero, ambas posiciones son correctas, ya que todo cuando Dios hace lo hace en amor. Tanto la elección para salvación, como la predestinación de los salvos ocurren en el infinito amor de Dios. La elección en Cristo fue un acto de amor. La expresión se repite en otros lugares de la epístola relacionándola con el amor de los creyentes hacia Dios (3:17; 4:2; 5:2), pero aparece una vez más relacionada con el amor de Dios hacia el creyente (2:4). La elección en Cristo es hecha como un acto sustentado e impulsado en el amor de Dios. Porque Dios es amor, adopta todas sus decisiones eternas en amor, de modo que la salvación no solo se planifica sino que se ejecuta en amor (2:4-7). Es en ese mismo amor que elige que el Salvador se entrega a sí mismo para salvarnos (5:2). El sacrificio exigió una absoluta entrega que descansa en el amor (5:25). El amor de Dios se manifiesta en esa acción salvadora, determinada ya en la eternidad (Ro. 5:8). Si el amor determinó la elección, determina también la comunión eterna entre los creyentes y Dios en esa misma esfera, de la cual nada ni nadie podrá separarnos (Ro. 8:39). La elección eterna es el amor en anticipación a todo en relación con los salvos. Lo que somos y seremos está absolutamente definido y establecido por el amor de Dios.

5. Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.

προορίσας ἡμᾶς εἰς υἰοθεσίαν διὰ Ἰησοῦ Χριστοῦ εἰς αὐτόν,
 Que predestinó nos para filiación adoptiva por Jesucristo para Él
 κατὰ τὴν εὐδοκίαν τοῦ θελήματος αὐτοῦ,
 según el beneplácito de la voluntad de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo las razones de la alabanza pasa ahora a considerar una nueva acción: προορίσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo προορίζω, *determinar, decidir de antemano, predestinar*, aquí *que predestinó*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nos*; εἰς, preposición de acusativo *para*; υἰοθεσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *filiación adoptiva, adopción de hijos*; διὰ, preposición de genitivo *por*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; εἰς, preposición de acusativo *para*; αὐτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *Él*; κατὰ, preposición propia de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐδοκίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *beneplácito, buena voluntad, deseo, propósito*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *del*; θελήματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *deseo, voluntad, designio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Προορίσας ἡμᾶς. Para los salvos, que antes fueron elegidos en Cristo, Dios estableció, en su soberanía y propósito eterno, un destino. Pablo utiliza aquí el verbo³¹ que se traduce como *predestinar*, y que significa fijar un destino de antemano, literalmente encerrar en un círculo, marcar un horizonte. La predestinación aparece en todo el Nuevo Testamento en relación con el destino de los creyentes pero no en relación con la salvación o condenación del pecador (cf. Ro. 8:29, 30; 1 Co. 2:7; Ef. 1:5, 11).

Εἰς υἰοθεσίαν διὰ Ἰησοῦ Χριστοῦ εἰς αὐτόν. El destino final establecido para los creyentes en la determinación divina está relacionado con la adopción de hijos y la conformación de cada creyente a Jesucristo. La adopción es el acto por el que una persona recibe como hijo a uno que no lo fue antes, y le confiere todos los derechos de esa condición. En el derecho romano la adopción se consideraba cuando una persona tomaba como suyo el hijo de otro, en un acto que incluía simbólicamente la venta delante de testigos. En el Nuevo Testamento la adopción es un acto de soberanía por parte de Dios, por el que, sin ningún mérito humano, simplemente por gracia, y en base a la obra realizada por Cristo en la Cruz (Gá. 4:5), da al creyente la posición de hijo suyo (Gá. 3:26). Este sentido de la adopción no concuerda con la idea de reconocer a un niño pequeño confiriéndole una relación paterno-filial, sino que se trata de colocar en pleno derecho a un hijo adulto en la familia. El propósito de Dios es que el creyente sea un hijo adulto con plenos derechos en Su familia, de la cual Cristo es el Primogénito (Ro. 8:29). De tal manera que por la adopción el pecador creyente viene a poseer con pleno derecho la condición de hijo, en relación con el Padre celestial. Esta es la promesa para todo el que cree (Jn. 1:12).

La expresión *hijos de Dios* aparece unas veinte veces en toda la Biblia y de ellas, tan sólo cuatro en el Nuevo Testamento. Todas las referencias en el Antiguo Testamento tienen que ver con los ángeles, no así en las del Nuevo que se refieren siempre a los creyentes. La enseñanza bíblica es que los creyentes alcanzan una nueva relación con Dios, de Padre a hijos. Jesucristo enseñó a orar a los suyos dirigiéndose a Dios como “*Padre nuestro*” (Mt. 6:9). El creyente está en relación con Dios de hijo a Padre. Todos los que han creído en Cristo son hechos hijos de Dios (Jn. 1:12). Tal prerrogativa o condición alcanza y comprende sólo a los que están en Cristo, quien por adopción los hace hijos de Dios (Jn. 1:12; Ro. 8:14-17; 2 Co. 6:18; Gá. 4:6; 1 Jn. 3:1, 2). El Padre del cielo lo es individualmente de cada creyente pero colectivamente de la comunidad de creyentes, de ahí la expresión: *Padre nuestro*. Solo los creyentes son hijos de Dios, el resto de los hombres lo son del diablo (Jn. 8:44). Esta nueva relación se alcanza por fe (Gá. 3:25-26). El modo de realizar esta acción de la gracia

³¹ Griego προορίζω.

implica dos actos divinos: Redimir y adoptar (Gá. 4:4-5). La redención involucra una acción de rescate y de liberación. Dios paga el precio por aquellos que estaban en esclavitud espiritual bajo el poder del pecado, sacándolos del lugar de esclavitud y trasladándolos al reino de su amado Hijo (Col. 1:13). El acto de redención implica también el *envío* del Hijo al mundo, tomando para ello naturaleza humana y haciéndose hombre (Jn. 1:14). La redención estaba determinada también desde antes de la creación (1 P. 1:18-20). Antes de que Dios pronunciase una sola palabra creadora, antes de que hubiese dicho “*sea la luz*” Dios determinó “*sea la cruz*”. Esa obra redentora implica el mayor precio imaginable, solo posible en la condición divina de quien envía, el Padre, y del enviado, el Hijo. La encarnación del verbo tiene relación directa con la posibilidad de redención y liberación de los pecadores que, por fe en el Salvador, pasarían a ser hijos de Dios: “*Así que por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre*” (He. 2:14-15). El Hijo, que lleva muchos hijos a la gloria, se identifica con cada uno de ellos en razón a su propia humanidad. El versículo enfatiza primeramente la realidad de la limitación de los hombres, expresada en el hecho de que todos ellos *participan de carne y sangre*. Todos ellos tienen en común el principio de vida y naturaleza humana. La carne y la sangre designan la naturaleza humana desde el plano de limitación, debilidad y flaqueza, propia de ella. Esta expresión es muy común en los escritos del apóstol Pablo. De tal manera que, según la enseñanza del apóstol, la “*carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios*”, porque tampoco “*la corrupción hereda la incorrupción*” (1 Co. 15:50). La expresión define en general a la condición propia de las personas humanas, de modo que el apóstol Pablo, en su llamamiento celestial no subió a Jerusalén para recibir instrucciones de “*carne y sangre*” en clara referencia a los apóstoles que estaban en aquella ciudad (Gá. 1:16, 17). Del mismo modo utiliza *carne y sangre*, como elemento de contraste en la lucha espiritual del cristiano, que es contra demonios y no contra hombres (Ef. 6:12). El escritor de la Epístola afirma que los hijos, que son hombres salvos, tienen en común una naturaleza que los identifica como humanos, participando todos en ella. Esta naturaleza propia de los hombres, fue asumida por el Hijo, que vino en “*semejanza de carne de pecado*”, que manifiesta la debilidad propia del hombre (Ro. 8:3). El Hijo tomó una naturaleza mortal haciéndose real y verdaderamente hombre y participando en todos los elementos propios de una verdadera humanidad (Jn. 1:14). Es necesario entender con toda claridad que el Hijo, como Persona Divina, es eternamente Dios, en unidad con el Padre y el Espíritu, pero que este Hijo, Persona Divina, tomó una naturaleza humana y se hizo hombre en identidad plena con el hombre. No siempre se enfatizan las dos naturalezas en Jesucristo. Mayoritariamente, tal vez por dificultades con el humanismo radical, se hace

referencia a la deidad de Jesús. Aquí es preciso, según el versículo, prestar atención al hecho de la humanidad asumida por el Hijo. La encarnación, es el resultado del hecho transcendental del *envío* del Hijo al mundo procedente del Padre (Gá. 4:4), para llevar a cabo una obra en la cual Dios pueda, por el Hijo, hacer partícipes a los hombres de su filiación y rescatarlos de la muerte y la condenación a causa del pecado. La concepción es el primer movimiento de Dios para hacer posible la humanidad del Verbo. Ese acontecimiento da comienzo al existir de Dios en carne, en un estado de igualdad de naturaleza, sometido a todas sus limitaciones y alcanzado la posibilidad de morir la muerte el hombre, viviendo en una limitación voluntaria como hombre (Ro. 1:1-4; 2 Co. 5:21; 8:9; Gá. 3:13; 4:4-5; Fil. 2:6-8). El Hijo, que eternamente está junto al Padre, por quien todas las cosas vinieron a la existencia y son sustentadas en Él y por Él (He. 1:2), ha tomado *carne y sangre* para morar entre los hombres como un hombre (Jn. 1:14). Este Hijo, se hace hombre sin deponer su condición divina, para poder llevar a cabo la obra que se dice seguidamente en el versículo, para introducimos en la vida y comunión con Dios. Esa introducción del Hijo en la experiencia del hombre, tiene lugar por la concepción, gestación y posterior nacimiento, de María. La encarnación exige el nacimiento de mujer y bajo la ley (Gá. 4:4). La Virgen, fue elegida soberanamente por Dios, para que fuese la madre del Redentor, en su naturaleza humana (Mt. 1:18-25; Lc. 1:26-38). Por la encarnación comienza la existencia temporal del Hijo, pero, en modo alguno se puede considerar esto como comienzo de vida, sino como inicio de una nueva forma de vida que subsiste en su eterna Persona, sin comienzo y sin fin. La Deidad de Jesús, nada tiene que ver con el comienzo de su existencia terrenal, con existencia divina y, por tanto, preexistencia eterna a su encarnación y nacimiento terrenal. La encarnación es la expresión suprema de la donación de Dios al hombre en la Persona del Hijo. En la encarnación Dios se *humana*, identificándose en todo con los hombres, salvo en el pecado y en la relación de esa humanidad, sólo la suya, con la Deidad. La encarnación es el vehículo por el cual el Verbo se une con la humanidad en una naturaleza creada por el Espíritu Santo, que es personalizada por el Hijo, y en cuya humanidad, *carne y sangre*, expresa visiblemente su filiación eterna. Esa unión entre el Hijo eterno y la naturaleza del hombre, se expresa absolutamente en Jesús, el hombre. Desde el momento de la encarnación, la humanidad es ya perpetuamente la humanidad del Hijo. En ella se manifestó durante el ministerio público y en ella se perpetúa eternamente. La encarnación no es una divinización del hombre, sino la decisión libre del Hijo que se proyecta en amor fuera de sí mismo, para salvación. La encarnación es la autoentrega del Hijo a favor de los hombres, para llevar a estos a la expresión máxima posible de la vivencia de lo que corresponde y pertenece a Dios, que es la vida eterna. El Hijo, como hombre es la expresión de la vida trinitaria de Dios en una criatura, y la posición de una criatura en Dios, que se inserta en la historia humana. La criatura, en cuanto a *carne y sangre*, es acogida no sólo en el Creador, sino

dentro de Él mismo, viniendo a ser elemento integrante en su Persona Divina, de tal manera que aunque permaneciendo la diferencia entre su naturaleza divina y su naturaleza humana, sin mezcla ni confusión, la unión entre el Creador y la criatura se hacen inseparables ya. El sujeto de la encarnación es el Hijo, el Verbo, el Logos eterno, por tanto, la encarnación es la prolongación a la criatura subsistente en la Persona divina, de la realidad y relación eterna del Hijo en el seno de la Trinidad. De ahí que el versículo haga referencia a la acción, posible solo para Dios desde la naturaleza humana del Hijo, de destruir al opresor para liberar al hombre. La pasión del Hijo, *perfeccionado por aflicciones* (He. 2:10), es la verdadera pasión de Dios, que no es otra cosa que compasión con el hombre, que se inicia en la concepción en el seno de María y se completa en la entrega de la vida sobre la Cruz. Cristo, por tanto, llegó a ser hombre en la misma forma y con las mismas condiciones de los hombres. Distinguiéndolo de ellos en el hecho mismo de la concepción, que no se produce por relación humana, sino por acción divina en la operación omnipotente del Espíritu Santo. El participar de *carne y sangre*, hace posible que se pueda escribir la biografía de Dios en sujeción a las limitaciones temporales de la criatura. Pero, esa encarnación del Hijo, es el vehículo instrumental para la kénosis de Dios. El participar de *carne y sangre* hace posible el descenso del Hijo a la forma de siervo. El que siendo Dios no puede sino demandar obediencia, por cuanto es Soberano, obedece desde su condición de hombre, hasta la entrega máxima en la expresión de dar su vida por los hombres. En esa dimensión de *carne y sangre*, el Hijo se mantiene sumiso a las condiciones del hombre, sufre bajo los poderes del mal en la tentación y asedio, pero sin contaminación alguna con el pecado, revelando a Dios como gracia absoluta y siendo para el hombre prójimo perfecto. No cabe duda alguna que el Hijo se ha encarnado para expresar la gracia, y vivir la gracia es posible porque el Hijo se ha encarnado. Con todo, es necesario entender con toda claridad que este Cristo, descendiente “según la carne” de los hombres, es también “Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos de los siglos” (Ro. 9:5). El propósito de la encarnación está plenamente definido en el versículo: “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14). Primero se hace solidario con los hombres para poder morir por los hombres. Luego se ofrece en sacrificio por los pecados de los hombres, para poder librar a los hombres. Siendo *hombre* podía ser sustituto del hombre. La muerte de Jesús se considera aquí desde el plano *soteriológico*, como la superación de la esclavitud y la liberación de los esclavos. El infinito Hijo, se hace *carne y sangre*, para ser *consumado, perfeccionado*, en el amor de entrega, no sólo de Él, sino del Padre que lo da y esa perfección se alcanza en el dolor y en la muerte, posible solo desde la naturaleza humana del Hijo de Dios. La muerte en este caso no se considera tanto desde el sufrimiento, sino desde la batalla liberadora, consistente en *destruir* al que tenía el imperio de la muerte. El verbo *destruir*, no equivale a *eliminar* en el sentido de hacer desaparecer,

sino de *quitar los medios con que se mantenía* e incluso impedir que vuelva a alcanzarlos. En ese sentido equivale a *reducir a la impotencia*, a quien tenía el dominio de la muerte, esto es al *diablo*. El título tiene que ver con *acusador*, aquel que demandaba, en derecho, que la justicia de Dios, que había sentenciado al pecador con la muerte (Gn. 2:17), como el apóstol Pablo afirma también: “*La paga del pecado es la muerte*” (Ro. 6:23), actuase contra él. En la Cruz, el Hijo, combate a Satanás, el acusador, retirándole el acta de los decretos contrarios al hombre, de modo que lo reduce a la impotencia para demandar la muerte y condenación del que ha sido justificado (Col. 2:14-15). Cristo en su muerte *destruye*, en sentido de dejar inoperativo al que tenía el imperio de la muerte. Con la resurrección de su humanidad destruye también a la muerte (1 Co. 15:20). La acción del Salvador hace posible el cumplimiento pleno de la profecía: “*De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista*” (Os. 13:14). Cancelada el acta acusatoria y manifestado el poder victorioso en la resurrección, el diablo está destruido en sentido operativo contra quienes son hermanos de Jesús e hijos del Padre, por adopción. El pecador está sujeto permanentemente por temor a la muerte. Ese temor, es un sentimiento de culpabilidad que surge en la propia conciencia del no regenerado, y que le hace temer a la muerte. Este sentimiento produce esclavos y no libres. Por ese temor harían cosas que de otro modo no las hubieran hecho. El miedo continuo es una verdadera esclavitud personal. De ahí la liberación que se produce en la experiencia del salvo: “*Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos ¡Abba, Padre!*” (Ro. 8:15). La liberación del creyente, que es hijo de Dios por adopción, le rescata de la esclavitud del pecado (Ro. 6:20-23), por tanto le libra del temor a la muerte. Lo que cada creyente ha recibido es *la adopción*, literalmente entrar a la posición de hijo. Este espíritu es contrario al espíritu de esclavitud y temor. Por el nuevo nacimiento el creyente viene a ser colocado como hijo adulto, en una nueva relación con Dios, miembro de su familia (Ef. 2:19). Esta adopción confiere al creyente todos los derechos y privilegios de esa condición. El creyente viene a tener relación y comunión directa con el Padre (1 Jn. 1:3). El creyente tiene el privilegio de ser partícipe en la naturaleza divina (2 P. 1:4). Por haber nacido de arriba, el creyente comienza a llevar la imagen del Señor, primogénito entre muchos hermanos (He. 2:12-13). El temor desaparece porque el creyente es *hijo* y no enemigo, para quien ya no hay condenación (Ro. 8:1). Esa condición de hijos nos lleva a clamar, es decir, gritar en voz alta para llamar *Abba*, al Padre del cielo, en esa expresión de intimidad familiar, que no implica falta de respeto que Dios merece, pero que manifiesta la condición de hijo. El alcance liberador es pleno para todos los que son hijos: “*librar a todos*”. Por la unión con Cristo los salvos participan en su victoria (1 Co. 15:54-57; 1 Ts. 4:13-18). La fe en la resurrección era creencia de los creyentes de la antigua dispensación, pero, el

creyente ahora no sólo cree sino que la ve como realidad en la resurrección de Cristo, “*quien sacó a luz la vida y la inmortalidad*” (2 Ti. 1:10). La muerte para el creyente no significa entrar en una esfera de juicio, perdición y condenación, sino la bendición de acceder a la liberación plena de todas las miserias de la vida, para disfrutar de la presencia del Señor (Fil. 1:23). Quien está en Cristo y por Él recibe la condición de hijo de Dios, ha dejado de ser esclavo para convertirse en dueño de todo, que incluye también a la misma muerte: “*...porque todo es vuestro;... sea el mundo, sea la vida, sea la muerte...*” (1 Co. 3:21-22). La muerte ha sido vencida por Cristo (1 Co. 15:21, 25). El creyente sabe que su resurrección será un hecho y la muerte quedará sorbida en victoria por la vida (1 Co. 15:54). La muerte inquieta a los perdidos, pero para el creyente es una nueva experiencia en Cristo, dormir en el Señor (1 Ts. 4:14). Lo que es ruina para muchos es ganancia para el salvo (Fil. 1:21). La muerte no puede separar al creyente de Cristo (Ro. 8:38-39). La muerte física, en lugar de ser objeto de miedo, es el paso para acceder a la presencia del Señor (2 Co. 5:8).

De las dos palabras que se usan en el Nuevo Testamento para referirse a hijos, el apóstol emplea aquí³² la que da la idea de un hijo con pleno derecho, a cuya condición se accede por medio de la fe en Cristo (Gá. 3:26). Por medio de la adopción Dios introduce a los creyentes como miembros en su familia (2:19), que será considerado más adelante. El mismo Espíritu da testimonio en la intimidad de cada uno de los hijos adoptados, de esa condición (Ro. 8:16), que es una vinculación de familiaridad plena. Esa acción divina de testimonio en el creyente lleva a cada uno de los hijos adoptados a dirigirse a Dios de la misma forma que lo hacía Jesús: “*¡Abba, Padre!*” (Ro. 8:15). Desde esa condición de hijos los creyentes tienen pleno derecho de acceso al Padre en Cristo (2:18), que es lo mismo que acceso al trono de la gracia (He. 4:16). Por unión vital con Cristo los adoptados reciben la vida misma de Dios que los adopta en Él (2 P. 1:4). Esto les permite adquirir las señales de identidad de hijos, operando en ellos el Espíritu Santo la identidad moral de Dios mismo mediante el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). Dios tiene un Hijo Unigénito, pero para Su gloria le ha placido tomar del mundo perdido a muchos que vienen a ser sus hijos adoptados.

La adopción se hace διὰ Ἰησοῦ Χριστοῦ, “*por medio de Jesucristo*”, en base a los méritos de su obra, los creyentes reciben su nueva condición y son transformados al espíritu de filiación que reciben en el acto de la adopción (Ro. 8:15). Esto también lo determinó Dios en la eternidad. Es posible entender esto como que el creyente accede a la condición de hijo de Dios por la redención y la adopción, pero, también puede entenderse como que el creyente es hecho

³² Griego υἱός.

participante de la filiación divina de Jesucristo por posicionamiento e incorporación en Él. Esa acción de Dios *por* Jesucristo denota también la operación de la gracia en cada uno de los elementos y causas de la salvación.

Así escribe Schlier:

*“Este ser de hijos no nos corresponde porque así lo quiera nuestra naturaleza, sino porque -por medio de Jesucristo- hemos sido liberados de nuestra funesta deuda de culpa. No se lo debemos tampoco al hecho de proceder de un pueblo santo, ni a nuestros actos de cumplimiento de la ley, sino que nuestro ser de hijos y nuestro descender del Padre lo hemos recibido por mediación de Cristo y, por consiguiente, lo tenemos por Él. Desde toda la eternidad, la santa condición de hijos llega a nosotros como un don -un regalo- de Cristo”*³³.

La posición de hijos adoptados es la condición eterna establecida también para el destino eterno de los salvos. Ese destino de elegidos y adoptados tiene que ver con llegar a ser *santos y sin mancha*. Ser hijos de Dios es necesariamente ser *santos y sin mancha* delante de Él. Una santidad irreprochable es delante de Dios la expresión propia de la condición de hijos.

La adopción se hace, según el texto griego, εἰς αὐτόν, “*para Él*”. Lamentablemente las versiones no hacen honor al contenido del texto omitiendo directamente esta expresión, bien clara en él, en donde literalmente se lee: “*Predestinándonos para adopción de hijos mediante Jesucristo para Él*”. Ahora bien, ¿cuál es el sujeto de ese *para Él*? En relación con el contexto antecedente puede referirse al Padre que ha elegido y ha adoptado, pero, la construcción gramatical del versículo permite aplicarlas también a Cristo. Si se considera que es el Padre, entonces los creyentes adoptados están orientados hacia Él como término final. Pero, si se considera que se refiere a Jesucristo, surge enseguida la enseñanza de Pablo en la *Carta a los Colosenses*: “*Y por medio de Él, reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz*” (Col. 1:20), donde anteriormente se dice que todo “*fue creado por medio de Él y para Él*” (Co. 1:16). Es necesario recordar que Dios estableció un destino definitivo para los creyentes consistente en conformarse a la imagen del Hijo (Ro. 8:29), por tanto, la imagen de Cristo es la meta hacia donde se orientan todos los hijos de Dios, y esta meta, comprendida en la expresión “*para Él*”, es una determinación eterna. De otro modo, cada hijo de Dios, está destinado “*para Cristo*” y, por tanto, orientados hacia Él. Es decir, en virtud de la eterna determinación de Dios, los salvos están destinados a ser santos *en Cristo, por medio de Cristo y en orden a Cristo*.

³³ H. Schlier. o.c., pág.69.

La razón de la predestinación del creyente, que lleva aparejada la adopción como hijos es *κατὰ τὴν εὐδοκίαν τοῦ θελήματος αὐτοῦ*, “*el puro afecto de Su voluntad*”. Eso armoniza plenamente con todo cuanto antecede. Cuando el Padre eligió un pueblo tomó la determinación de adoptarlo como hijos suyos, motivado únicamente por amor que motiva y dinamiza Su voluntad. En ese sentido no se trata de un acto de pura soberanía, sino de supremo deleite: “*el puro afecto*”. El acto, o los actos creadores de Dios son expresión de su soberana voluntad, pero sólo la adopción está relacionada con el deleite, conforme al *puro afecto de su voluntad*. Por esa causa Dios se deleita en la salvación de los pecadores (Is. 5:4; Ez. 18:23; 33:11; Os. 11:8; Mt. 23:37). La elección, el destino eterno y la adopción son la manifestación de la libre y amorosa determinación de Dios, adoptada por la voluntad salvífica de Dios. Lo que el creyente es, el *ser* del creyente viene determinado y se ajusta a la voluntad de Dios, que comprende absolutamente todo.

6. Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

εἰς ἔπαινον δόξης τῆς χάριτος αὐτοῦ ἧς ἐχαρίτωσεν ἡμᾶς ἐν τῷ
Para alabanza de gloria de la gracia de Él de la que agració nos en el
ἡγαπημένῳ.

Amado.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Alternativas de lectura.

ἡγαπημένῳ, *amado*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, A, B, D², Ψ, 075, 0150, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424*, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Byz [K, L, P], *Lec.* Vg^{ww, st}, syr^{p, pal}, arm, geo, slav, Orígenes^{según Jerónimo}, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Jerónimo, mss^{según Jerónimo}, Pelagio^{com}, Orosio.

ἡγαπημένῳ υἱῷ αὐτοῦ, *amado Hijo de Él*, lectura en D*, F, G, it^{ar}, b, d, f, o, r, vg^{cl}, syr^h, with*, cop^{sa (bo)}, eth, Adamancio, Teódoto de Ancira, Victorio de Roma, Ambrosiaster, Latin mss^{según Jerónimo}, Pelagio^{lem}, Agustín.

Continúa el detalle de las bendiciones escribiendo: εἰς, preposición de acusativo *para*; ἔπαινον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *alabanza*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de gloria*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *de Él*; ἧς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*; ἐχαρίτωσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo χαριτῶω, *privilegiar, mostrar benevolencia, agraciarse*, aquí *agració*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nos*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del

artículo determinado *el*; ἡγαπημένῳ, caso dativo masculino singular del participio perfecto pasivo del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *amado*, utilizado como nombre propio.

Εἰς ἔπαινον δόξης τῆς χάριτος αὐτοῦ ἧς ἐχαρίτωσεν ἡμᾶς ἐν τῷ ἡγαπημένῳ. Mediante una concatenación de genitivos, el apóstol apunta a la orientación de todo cuanto ha expresado como bendiciones de Dios en Cristo para los creyentes. El término final de todo cuanto antecede es el reconocimiento con gratitud y *alabanza*, de toda la excelencia manifestada en las determinaciones divinas, *la gloria*, a favor de quienes no tienen derecho alguno para recibirlas, lo que pone de manifiesto *la gracia*, alabanza tributada a quien antes llamó el “*Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” (v. 3).

La expresión ἔπαινον δόξης, *alabanza de la gloria*, pudiera tener connotaciones litúrgicas, es decir, pudiera referirse a la alabanza cultural que se tributa a Dios en la congregación de creyentes. Los cristianos alaban la gloria de la gracia de Dios, expresada en el favor inmerecido de ser elegidos y predestinados para la adopción como hijos. Sin embargo, en la elección eterna de los creyentes, Dios hizo brillar de un modo esplendente la gloria de su gracia, que inexorablemente lleva a la alabanza por esa gloriosa gracia. Probablemente en el texto griego sea posible tomarlo como un solo concepto, en el que se enfatiza la alabanza de la gloria que Dios mismo alcanza y se le tributa por la elección, salvación y adopción. La elección es un acto ejecutado por Dios que le tributa gloria. Toda la obra aunque comprende y es destinada al hombre, no se hace con vistas a él, sino a la meta admirable de la glorificación de Dios. El hecho de la elección es fruto de la gracia y manifestación de ella. En la soberanía divina para salvación se pone de manifiesto no solo la gracia en sí, sino la alabanza de esa gracia, que lleva en sí misma la alabanza a Dios. La realidad de un pueblo escogido por gracia, que alcanza la condición de hijos de Dios y que se vinculan con Él en Cristo, es motivo de alabanza a Dios. Él ha hecho a los creyentes lo que son, mediante la realización en ellos y para ellos de su propósito eterno, que resuena como un canto de alabanza de su gracia. Es la extasiada contemplación de la acción de la gracia que conduce al apóstol a escribir: “*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” (v. 3a).

Sin embargo aunque la gracia satura e impulsa las acciones antes consideradas, todavía prosigue hacia algo más: ἧς ἐχαρίτωσεν ἡμᾶς ἐν τῷ ἡγαπημένῳ, “*con la cual nos hizo aceptos en el Amado*”. Primeramente está la esencia de la gracia y de la bendición por cuanto Dios concedió la gracia en el Amado. El término traducido en RV, como *hizo aceptos*, es la traslación de un modo verbal en el texto griego³⁴ que tiene varios significados, tales como

³⁴ Griego: ἐχαρίτωσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo χαριτῶω, *privilegiar, mostrar benevolencia, agradecer*, en este sentido, *agració*.

privilegiar, mostrar benevolencia, mostrar benignidad, etc. Tal término puede traducirse como *agraciar*, aquí *nos agració*. En el Nuevo Testamento este verbo aparece solamente una vez, referido a la salutación del ángel a María a la que califica de *muy favorecida*³⁵, solo que en este caso como vocativo del participio perfecto. La idea es la de conceder benéficamente la gracia. El deseo divino era conceder la felicidad absoluta del hombre mediante la dotación de la gracia, que otorga en τῷ ἡγαπημένῳ, “*el Amado*”. Todo lo que el Padre derrama abundante y generosamente, viene a los receptores de la bendición por mediación del Hijo Amado, a quien también Pablo llama literalmente *el Hijo de su amor* (Col. 1:13). Como quiera que el Hijo ama a los creyentes y por ellos hizo una obra de salvación que agrada al Padre y llena todo el propósito eterno, en consideración a su Amado Hijo, alcanza en amor a quienes están en Él, en una posición recibida por gracia, concediéndoles con agrado “*todas las bendiciones en los lugares celestiales*”. El Padre ha dado a su Hijo con este fin: “*El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?*” (Ro. 8:32). Todas las cosas que nos da con el don supremo del mismo Hijo, son dones de la gracia, por cuanto la entrega de su Hijo obedece a la condición de perdidos, pecadores y enemigos suyos. La condición de *Amado* del Padre, no es tanto por la obediencia incondicional que en su condición de hombre tuvo en la tierra, sujetándose en todo a la voluntad del Padre para hacer la obra que le había sido encomendada, sino en la entrega personal y voluntaria de Sí mismo, poniendo su vida: “*Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mi mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre*” (Jn. 10:17-18). Esta conexión del Hijo con el pensamiento del Padre obedece a la eterna filiación en el seno de la Santísima Trinidad. De modo que en plena identificación con el Plan de Redención, el Hijo pone voluntariamente su vida, entregándose en un acto de obediencia a la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8). Tal acto de plena identidad con el Padre, sintiendo lo mismo que Él y haciendo lo que eternamente se había determinado, conduce al Padre a dar testimonio de su Hijo diciendo: “*Este es mi Hijo amado*” (Mt. 3:17). Era el Hijo amado en el que singularmente se complace, tal vez mejor, el único en que realmente puede mostrar su complacencia absoluta e infinitamente. Jesús es el *Unigénito* del Padre, el único de esa condición, de ahí que las palabras del Padre sean la alusión a las del salmista: “*El Señor me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy*” (Sal. 2:7), y a las del profeta: “*He aquí mi siervo yo le sostendré; mi escogido en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre Él mi Espíritu; Él traerá justicia a las naciones*” (Is. 42:1). El Padre declara con sus palabras lo que Jesús es desde su concepción virginal en el vientre de María. En la eternidad el Hijo era el objeto inagotable de la complacencia del

³⁵ Griego: κεχαριτωμένη.

Padre, como lo es en la temporalidad de su humanidad (Pr. 8:30). El Padre que testificó que Jesús era su hijo amado, extiende su complacencia ahora a quienes son hijos por adopción en el Hijo. Elegidos en Él desde antes de la fundación del mundo (1:4), disfrutan de todas las bendiciones y gracias resultantes de la redención, siendo colmados de gracia en el Amado (1:4, 6). En el calificativo de *Amado* se expresa a Jesús como el destinatario del amor del Padre, que lo amó y lo continúa amando con el amor único de la relación Paterno-filial en el seno de la Deidad. Si el amor del Padre es ininterrumpido hacia el Hijo, alcanza en la misma dimensión a quienes la gracia ha colocado en el Hijo para sean también hijos del Padre por adopción. La bendición de los creyentes no es solo la elección, sino la participación en el amor único que el Padre manifiesta para su Hijo. Jesús mismo dijo esto: *“Los has amado a ellos como también a mí me has amado”* (Jn. 17:23). Fuera de la vinculación con Cristo, Dios es fuego consumidor (He. 12:29), pero en Cristo es Padre de misericordia por la obra de reconciliación (2 Co. 5:19). No se puede por menos que sentirse abrumado por la gloriosa manifestación de una gracia semejante. El amor de Dios extendido sin condiciones ni límites a los cristianos, debe ser correspondido mediante una entrega incondicional que exprese la realidad del amor del cristiano por el Señor. Es en la entrega sacrificial para hacer la voluntad absoluta y plena de Dios en donde se establece la razón y esencia del verdadero culto (Ro. 12:1). Estar en el Amado llena de paz el corazón creyente, conocedor de que ya no hay ninguna condenación para los que están en esa posición (Ro. 8:1). Todo esto hace exclamar con Pablo: *“¡Bendito sea el Dios y padre de nuestro Señor Jesucristo!”*, o si lo preferimos: *“¡Gracias a Dios, por su don inefable!”* (2 Co. 9:15).

Salvos por el Hijo (1:7-12)

Luego de la elección del Padre, el pasaje se proyecta a una nueva bendición: La salvación por el Hijo.

7. En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.

Ἐν ᾧ ἔχομεν τὴν ἀπολύτρωσιν διὰ τοῦ αἵματος αὐτοῦ, τὴν ἄφεσιν
 En el que tenemos la redención por la sangre de Él el perdón
 τῶν παραπτωμάτων, κατὰ τὸ πλοῦτος τῆς χάριτος αὐτοῦ
 de las transgresiones por la riqueza de la gracia de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue el detalle de las bendiciones escribiendo: Ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *el que, quien*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí

tenemos; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀπολύτρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *redención, liberación*; διὰ, preposición de genitivo, *por*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἱματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *sangre*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄφεσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *cancelación, remisión, liberación*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de los*; παραπτωμάτων, caso genitivo neutro plural del sustantivo *ofensa, pecado, transgresión*; κατὰ, preposición de acusativo *por*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλοῦτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *riqueza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gracia*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Ἐν ᾧ ἔχομεν τὴν ἀπολύτρωσιν. La gracia que descende de Dios por medio de Cristo y que alcanza a los creyentes, se manifiesta en aspecto concreto de la *redención*, o de la *remisión* de los pecados. La elección de los creyentes para ser santos (v. 4) y la adopción a que se les predestina, requiere la redención de los mismos. La redención hace descender la mirada del cielo a la tierra. Aunque la determinación redentora se produce en la eternidad, la ejecución la tuvo en la tierra de los hombres. Dios había determinado la redención eternamente (1 P. 1:18). El Cordero de Dios que sería entregado en sacrificio redentor y expiatorio, había sido designado desde antes de la creación del mundo. Fue cuando llegó el cumplimiento del tiempo, que tuvo lugar lo que en el propósito eterno se había determinado (Gá. 4:4-5). Al hablar de redención, en cierta medida, el apóstol deriva la atención hacia el Hijo, sin abandonar en ningún modo la necesaria atención a la persona del Padre, ya que es en el Hijo en quien tenemos redención. Es en el Amado, en quien fuimos agraciados, por tanto, necesariamente la atención hacia la redención conduce al Redentor.

El sustantivo *redención*³⁶ lleva aparejada la idea de liberación mediante el pago de un rescate, como sería el caso de un cautivo. Pero, también denota en general la liberación o la redención absoluta en el plano de la salvación del pecador que comprende desde la justificación, pasando por la santificación y culminando en la resolución escatológica a la que Jesús llamó *redención* (Lc. 21:28), a cuyo acontecimiento de glorificación también Pablo llama redención (Ro. 8:23). En Cristo tenemos τὴν ἀπολύτρωσιν, *la redención* absoluta, definitiva y total. Cristo, el Amado de Dios, es hecho por Él para los creyentes *redención* (1 Co. 1:30). Si redención implica la liberación mediante el pago de un precio, el precio pagado está considerado por el apóstol como διὰ τοῦ αἱματος αὐτοῦ, “*su sangre*”. La referencia es innegable a la Cruz. Jesús, el

³⁶ Griego, ἀπολύτρωσις.

Hijo, el Amado de Dios, se hizo hombre para morir sustitutoriamente por los hombres en la Cruz, ocupando su lugar. El creyente estaba antes bajo la ira de Dios a causa del pecado, lo que le impedía acceder a las bendiciones descritas antes. Cristo es entregado por nosotros: *“el cual fue entregado por nuestras transgresiones”* (Ro. 4:25). Fue el Padre quien le entregó en un acto de amor infinito (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:10), pero también fue el Hijo quien se entregó voluntariamente al sacrificio por el pecado (Jn. 10:11, 15, 17, 18). Cristo fue puesto como víctima expiatoria mediante el derramamiento de Su sangre, ya que *“al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”* (2 Co. 5:21). El Señor fue puesto como víctima expiatoria por el pecado, cargando Dios sobre Él la responsabilidad penal del pecado de todos nosotros (Is. 53:5-6). En carácter sustitutorio fue considerado como un maldito, asumiendo la maldición del pecado de los hombres (Gá. 3:13). Dios descargó sobre su Hijo la ira por el pecado (Is. 53:10). El énfasis en el derramamiento de sangre, sin el cual no se hace remisión de pecados (He. 9:22), es sinónimo de entrega de la vida, ya que en el sentido bíblico, la vida está en la sangre (Lv. 17:11). En ese sentido, el derramamiento de la sangre del Hijo para redención, señala el precio infinito pagado por Dios para hacerla posible. La redención costó la vida del Salvador, de infinito valor por cuanto es la vida humana de la persona divina del Hijo. Dios pagó este precio para nuestra redención (Hch. 20:28; 1 P. 1:18-20). La redención incluye también la sustitución. Cristo no solo murió *a favor* del creyente, sino ocupando su lugar (Mr. 10:45). La sustitución era necesaria a causa de la imposibilidad humana para restituir la ofensa cometida. La responsabilidad penal del pecado, que conlleva la muerte del pecador, queda saldada cuando se transfiere a Cristo, que la cancela muriendo sustitutoriamente por quienes tenían que morir individualmente por el pecado. En Cristo provee Dios de un sacrificio de valor infinito, definitivo y eterno (He. 9:26, 28). La sangre de Cristo cancela toda demanda para el creyente, restaurándolo a la esfera de la paz con Dios (Ro. 5:1) y remitiendo todas sus transgresiones para que no haya para el salvo ninguna condenación (Ro. 8:1). Esa obra *libera, redime* de toda condenación (Ro. 8:33, 34). La redención implica: 1) *cancelación* de la maldición, tanto de la culpa como del poder del pecado (Jn. 8:34; Ro. 7:14; 1 Co. 7:23; Gá. 3:13). 2) *restauración* a la plena libertad (Jn. 8:36; Ro. 6:17, 18). Es en la redención que podemos alcanzar el fruto de la santificación, determinado por Dios para que los creyentes vivan *“santos y sin mancha delante de Él”* (v. 4) y finalmente la *glorificación*, conforme también a la predeterminación divina. No es de extrañar que ante una manifestación de gracia semejante, el apóstol se vea impelido a decir: *“¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!”* lo que implica también la glorificación del bendito Salvador: *“Digno eres... porque fuiste inmolado, y con tu sangre has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”* (Ap. 5:9).

La redención lleva aparejado τὴν ἄφεσιν τῶν παραπτωμάτων, “*el perdón de pecados*”, que es la remisión definitiva del estado de condenación. La expresión aquí³⁷ significa “*la remisión de las transgresiones*”. De esto habla también el Señor, hablando del *perdón de la ofensas* a los hombres para que también el Padre perdone las nuestras (Mt. 6:14). El sentido de *perdón* comprende tres aspectos: 1) la *remisión de las transgresiones*. 2) la *no imputación* del pecado, en la enseñanza de Pablo: “*no tomándoles en cuenta sus pecados*”³⁸ (2 Co. 5:19). 3) el *perdón*: “*perdonándoos todos los pecados*” (Col. 2:13b). Los tres aspectos tienen una relación con la justicia, ya que el *no imputar* y el *perdonar las transgresiones*, condicionan la *remisión* de una causa. En este caso, el mismo Dios que juzga, perdona y no imputa el pecado, en razón al precio pagado en la redención. Cristo llevó sobre sí los pecados pasados, presentes y futuros del creyente, perdonándolos Dios totalmente en base a esa obra (Col. 2:13b). Dos aspectos están plenamente enlazados la redención por medio de la sangre y el perdón de los pecados. La redención estaría incompleta sin el perdón. Los dos aspectos aparecen juntos: “*Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí*” (Is. 44:22). Esto no excluye la necesidad de confesión para que no existan obstáculos en la comunión con Dios (1 Jn. 1:9). Tampoco excluye la aplicación de la disciplina divina en el proceso de la santificación (He. 12:8), que en ocasiones puede alcanzar niveles tan altos como la propia vida del disciplinado (1 Co. 11:29-32; He. 10:26-31; 1 Jn. 5:16). Dios no disciplina para expiación del pecado, porque esa obra ha sido consumada plenamente por Cristo, sino para corrección y retorno al camino de Dios.

Esta manifestación de las bendiciones procedentes de los *lugares celestiales*, que se alcanzan en Cristo, son dadas κατὰ τὸ πλοῦτος τῆς χάριτος αὐτοῦ, “*según las riquezas de su gracia*”. La expresión anterior es un hebraísmo que indica la abundancia de los dones que Dios nos ha dado (v. 8). El perdón y la gracia son inseparables. Es necesario entender bien que el perdón de los pecados no se otorga haciendo uso de la gracia, es decir, de una forma graciosa sin más, sino *según* las riquezas de su gracia. No es una dádiva sencilla de otorgar sin más un perdón, sino que ese perdón se otorga por todo cuanto supone la operación de la gracia, que alcanza al hombre las riquezas divinas en una dimensión tal que permite, por la obra de Cristo perdonar con fundamento el pecado al pecador que se acoge a la gracia, porque ya fue cargado sobre el Hijo que murió en sustitución como expresión de la gracia. El apóstol está llamando la atención a la dimensión de riquezas de gracia que Dios aportó para poder perdonar los pecados. Las riquezas de la gracia superaron en todo la enorme dimensión del pecado, de ahí que el mismo apóstol Pablo diga

³⁷ Griego: τὴν ἄφεσιν τῶν παραπτωμάτων.

³⁸ Griego: μὴ λογίζεσθαι σὺ τοῖς τὰ παραπτώματα.

que “*cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*” (Ro. 5:20). La gracia sobrepasó cualquier dimensión del pecado que queda resuelto en la redención por la sangre de Cristo. El amor divino no escatimó ninguna de sus riquezas para lograr el objetivo del perdón de pecados. Dios dio conforme a sus riquezas en dimensión absoluta porque dio cuanto tenía, a su propio Hijo y a su Espíritu (1 Jn. 4:9, 13), por tanto, con el Hijo nos dio también todas las cosas (Ro. 8:32b). Una vez más se insiste aquí en la ausencia de mérito o de actividad humana para alcanzar el perdón de pecados, ya que todo ello es de “*Su gracia*”, una manifestación definitiva e infinita del amor de Dios hacia quienes no merecían tal favor (Jn. 3:16; Ro. 8:32; 1 Jn. 3:1). Como alguien dijo: “*El hombre no era digno de ser redimido por Dios, pero era digno de Dios redimir al hombre*”.

8. Que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia.

ἥς ἐπερίσσευσεν εἰς ἡμᾶς, ἐν πάσῃ σοφίᾳ καὶ φρονήσῃ,
De la que hizo sobreabundar hacia nosotros en toda sabiduría e inteligencia.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue sin interrupción la enseñanza sobre la gracia añadiendo: ἥς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo declinado *de la que*, atraído al antecedente χάριτος; ἐπερίσσευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo intransitivo περισσεύω, *abundar, tener de sobra, desbordarse, sobreabundar*, aquí *hizo sobreabundar*; εἰς, preposición de acusativo *hacia*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἐν, preposición de dativo *en*; πάσῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; σοφίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *sabiduría*; καὶ, conjunción copulativa *y*; φρονήσῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *sensatez, inteligencia*.

Ἡς ἐπερίσσευσεν. Dios, sabiduría infinita, hace todas las cosas con un propósito sabio e inteligente. La gracia que sobreabunda para redención y perdón, inunda el corazón de los creyentes con sabiduría e inteligencia. El verbo³⁹ que el apóstol usa en esta ocasión expresa la idea de *conceder en abundancia*. Dios que operó la elección y redención en gracia, la derrama abundantísimamente en cada cristiano, para que en ningún caso pueda alguno carecer de ella. Los dativos utilizados en este caso determinan el objeto que Dios ha derramado en abundancia sobre el creyente. Ese *derramar* de Dios es ἐν πάσῃ σοφίᾳ καὶ φρονήσῃ, *en toda sabiduría e inteligencia*, donde *toda* adquiere sentido extensivo más bien que intensivo, esto es, toda la sabiduría y la inteligencia en su extenso y amplio sentido. Entender esto se hace más fácil

³⁹ Griego, περισσεύω.

si se compara con una expresión semejante: “*Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús*” (1 Ti. 1:14), de esta misma forma la gracia que accionó la fe y el amor, así también imprime en los creyentes la sabiduría y el conocimiento. No hay, pues, sabiduría e inteligencia que no estén comprendidas en el don de la gracia. La diferenciación entre los dos sustantivos σοφία καὶ φρονήσει, *sabiduría* e *inteligencia*, que se complementan en la unidad del don de la gracia, significan: La *sabiduría*, tiene que ver con la capacidad de entender lo que Dios revela, atendiendo a resaltar el concepto de entendimiento o de conocimiento profundo de algo, como ocurre más adelante (3:4); la *inteligencia*, enfatiza la sabiduría prudente que conduce a la acción. De otro modo, la sabiduría es el conocimiento profundo hasta el fondo de las cosas. La inteligencia, el conocimiento profundo que conduce a una acción correcta. En relación con el *misterio* que Pablo revela, la sabiduría indica el conocimiento de ese misterio, y la inteligencia, el discernimiento del mismo conducido a la vida práctica. Dios dándonos a Cristo hace comprensible Su sabiduría. Iluminando la mente, antes entenebrecida, permite al cristiano comprender el mensaje de la cruz para que pueda creerlo, convirtiendo aquello que antes era locura en poder y sabiduría de Dios (1 Co. 1:18). La medida de esta gracia es *sobreabundante*. La dirección de esa gracia: εἰς ἡμᾶς, “*hacia nosotros*” (Ro. 5:20). Con la redención y el perdón recibimos luz y vida.

9. Dándonos a conocer el misterio de su voluntad; según su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo.

γνωρίσας ἡμῖν τὸ μυστήριον τοῦ θελήματος αὐτοῦ, κατὰ τὴν
 Dando a conocer nos el misterio de la voluntad de Él según el
 εὐδοκίαν αὐτοῦ ἣν προέθετο ἐν αὐτῷ
 beneplácito de Él el que se propuso en Él.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa sin interrupción escribiendo: γνωρίσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo γνωρίζω, *dar a conocer, revelar, saber*, aquí *que dio a conocer*, o *dando a conocer*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nos*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; μυστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *misterio*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; θελήματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad, designio, arbitrio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; κατὰ, preposición propia de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εὐδοκίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *designio, propósito, beneplácito, deseo, voluntad*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre reflexivo *el que*; προέθετο, tercera persona singular del aoristo segundo

en voz media del verbo προτίθεμαι, que en voz media significa *poner delante, proponerse, decidir*, aquí *se propuso*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*.

Γνωρίσας ἡμῖν τὸ μυστήριον. Dios da a conocer el misterio, que no es algo que Dios haya guardado oculto, sino algo que Él mismo dio a conocer. Misterio en el sentido de que ningún ser, ni ángeles ni hombres lo hubieran podido dar a conocer a menos que Él lo hubiera revelado (Col. 1.26-27). Este misterio fue dado a conocer a Pablo (3:3), quien a su vez lo da a conocer a otros. El misterio dado a conocer por Pablo, le fue dado a su vez a conocer a Él, como se aprecia en el uso del pronombre personal *nos*.

Dios nos concedió la gracia que nos hizo sabios e inteligentes, en el conocimiento de τοῦ θελήματος αὐτοῦ, *su voluntad*. Ese dar a conocer referente al misterio, se expresa mediante un verbo⁴⁰ que en sentido transitivo aparece en la *Carta*, para referirse al conocimiento dado primeramente a los apóstoles (3:3, 5), y también referido al anuncio hecho por el apóstol (3:19). De esta misma revelación del misterio se hace referencia en otra carta, en relación con los escritos proféticos (Ro. 16:25-26).

Ya se ha considerado antes el sentido del término μυστήριον, *misterio*, que ahora añade un nuevo elemento como algo establecido en la voluntad de Dios, y que se desarrollará en el siguiente versículo. El misterio de su voluntad lo hizo conocer, de modo que el Padre no lo guardó para sí, sino que lo comunicó a los santos y fieles que estaban en Éfeso y, por extensión, a todos los santos y fieles en todo lugar y tiempo. El desarrollo y la operación de la gracia, manifestada en Cristo y su obra, debe ser dada a conocer. Sobre esto escribe Hendriksen:

“En este aspecto, también, el verdadero evangelio difiere de otros evangelios de invención humana. En los días de Pablo ciertos cultos obligaban a sus devotos a hacer tremendos juramentos en el sentido de no revelar sus secretos a los no iniciados. Aun hoy día existen sectas que exigen a sus miembros hacer promesas similares bajo pena de horribles castigos en caso de incumplimiento. Fue la voluntad del Padre que el más sublime de los escritos fuese publicado a los cuatro vientos, y que penetrase profundamente en el corazón de los suyos. El plan de salvación de Dios, además, debía ser dado a conocer a fin de que fuese aceptado por la fe, puesto que es por medio de la fe que los hombres han de ser salvos”⁴¹.

El misterio que se revela es κατὰ τὴν εὐδοκίαν αὐτοῦ, “*según su beneplácito*”, expresión que antes se atribuyó a la predestinación y adopción de

⁴⁰ Griego γνωρίζω.

⁴¹ W. Hendriksen. o.c., pág. 90.

los creyentes (v. 5). La manifestación del misterio *complace* al Padre revelarlo. El beneplácito corresponde a lo que ἦν προέθετο ἐν αὐτῷ, “*se había propuesto en Sí mismo*”. Se refiere al mismo Dios Padre, ya que en el uso de los pronombres en el griego koiné, el de tercera persona puede tomarse como reflexivo. Indudablemente la construcción gramatical en el texto griego reviste cierta dificultad, por lo que debe atenderse a determinar realmente cual es el sentido de *misterio* en la *Carta*. Se ha dicho antes que es la revelación de un propósito eterno que Dios manifiesta. Pero, en el pensamiento de Pablo el *misterio* tiene un amplio campo. Así escribiendo a los Corintios el *misterio* tiene que ver con Cristo mismo y su manifestación (1 Co. 2:6-16). Este Cristo es la sabiduría oculta de Dios que se manifiesta mediante la presencia suya en el mundo y la obra que realiza en relación con los creyentes. Otro aspecto del *misterio* es la misma presencia de Cristo en el creyente (Col. 1:26-27), por cuya presencia se hace *esperanza*, no solo para nosotros, sino también *en* nosotros. El misterio, pues, es *Cristo en nosotros*, o simplemente *Cristo* (Col. 2:2-3). Este *misterio* que es el *misterio de Cristo*, es dado a conocer por la predicación del apóstol (Col. 4:3). Cristo se hace *sabiduría* de Dios, porque en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría (Col. 2:2). Cristo es la expresión absoluta de la sabiduría de Dios y de su manifestación. En la *Carta* se manifiesta Cristo como el misterio pleno que le fue comunicado al apóstol por revelación divina (3:3, 4). Ese misterio oculto en Dios, se revela a los apóstoles y profetas y se anuncia por la predicación, bien oral o bien escrita, del mismo apóstol (3:3ss). Este anuncio del misterio está vinculado con el evangelio: “*A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios que creó todas las cosas*” (3:8-9). Más adelante volverá a enfatizar en el hecho de que el *misterio* se hace manifiesto en el evangelio que debe ser proclamado con denuedo (6:19). Este *misterio* tiene que ver con la formación de la Iglesia, como un cuerpo en Cristo (3:5-6). En conclusión, el *misterio* es Cristo, pero en la carta se enfoca desde la perspectiva de la vinculación en *el Cristo*, es decir, en el nuevo hombre cuya Cabeza es Cristo y cuyo cuerpo está formado por todos los salvos en Él, lo que viene a ser la realidad de la Iglesia, como un cuerpo en Cristo, que era desconocido anteriormente y que fue revelado en este tiempo por los apóstoles y profetas. El misterio exhibe la multiforme sabiduría de Dios que se pone de manifiesto en y por la Iglesia (3:10). El misterio manifiesta la sabiduría de Dios, que es Cristo mismo y que se hace visible en la realidad de la Iglesia, como cuerpo integrado tanto por judíos como por gentiles, como manifestación de la sabiduría de Dios

10. De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra.

εἰς οἰκονομίαν τοῦ πληρώματος τῶν καιρῶν, ἀνακεφαλαιώσασθαι τὰ
 Para dispensación de la plenitud de los tiempos recapitular lo
 πάντα ἐν τῷ Χριστῷ, τὰ ἐπὶ τοῖς οὐρανοῖς καὶ τὰ ἐπὶ τῆς γῆς ἐν
 todo en el Cristo los sobre los cielos y los sobre la tierra en
 αὐτῷ.
 Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: εἰς, preposición de acusativo, *para*; οἰκονομίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *administración, dispensación*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; πληρώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *plenitud, lo que llena, completo, estado perfecto*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; καιρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *tiempos*; ἀνακεφαλαιώσασθαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo ἀνακεφαλαίω, *resumir, reunir bajo una cabeza, recapitular*, aquí *recapitular*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; ἐν, preposición propia de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τῆς, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso dativo femenino singular del nombre *tierra*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*.

La voluntad divina tiene un propósito, que nace en la eternidad y que se lleva a cabo en el tiempo histórico de los hombres. El propósito divino tiene un tiempo para su ejecución que se define como εἰς οἰκονομίαν τοῦ πληρώματος τῶν καιρῶν, “la dispensación del cumplimiento de los tiempos”. La expresión está introducida por una preposición⁴² de acusativo que determina la condición de propósito, de algo que se lleva a cabo en un tiempo que aquí se define como *dispensación*⁴³, *economía, administración de algo*. Un tiempo en el que Dios actúa y se manifiesta de una determinada manera, que no ocurrió antes. Esta determinación divina fue adoptada como todas las demás *en Cristo*, y se manifestó cuando llegó el cumplimiento del tiempo que Dios había determinado.

⁴² Griego εἰς.

⁴³ Griego οἰκονομίαν.

El propósito divino se manifiesta en la revelación apostólica como ἀνακεφαλαιώσασθαι τὰ πάντα ἐν τῷ Χριστῷ, “*reunir todas las cosas en Cristo*”. El verbo ⁴⁴que utiliza Pablo expresa la idea de *recapitular*. La raíz del verbo podría venir de *cabeza*⁴⁵, pero más también -y con mayor certeza- procede de *cumbre*⁴⁶, *parte más alta*, e incluso *suma de dinero*, como se traduce en la carta a los Hebreos, el *punto principal* de un discurso (He. 8:1). El sentido de la palabra como *resumen de todo*, aparece también en otro escrito del apóstol (Ro. 8:9). Debe prestársele atención al sentido etimológico de la palabra: primeramente el prefijo⁴⁷, establece el sentido de *dispersión, disgregación de elementos*; en segundo lugar la raíz del verbo que como se dice antes tiene relación con *cumbre, parte más alta, suma de dinero*, por tanto, se trata de reunir en algo los elementos que estaban disgregados o dispersos. Esto nos lleva a considerar tres posibles interpretaciones del propósito divino expresado en la palabra: 1) *Restaurar todo en Cristo*, apoyada especialmente en el prefijo que puede indicar repetición, lo que supondría volver a tomar todo. En ese sentido Cristo *restaura, retoma, repara, renueva*, todas las cosas retornándolas a su estado primitivo. Lo que concuerda plenamente con la idea de renovación propia de la economía mesiánica. Sin embargo, esta interpretación no agota el contenido de la obra de Cristo, que más que una *renovación*, es la unión de muchos en Él. 2) *Reunir*, bien sea bajo un jefe o Cabeza -en el caso de Cristo- todas las cosas. Sin embargo, también debe tenerse en cuenta que la raíz etimológica mayormente admitida para la palabra, como se dijo antes, no es la de cabeza, sino la de resumen. Por tanto, en esta segunda interpretación, Cristo sería la personificación de todo y todo se resumiría en Él. 3) *Reunir*, no tanto como representación personificada de todas las cosas en Cristo, sino como punto de encuentro de todo siendo Cristo el centro. En el orden soteriológico y en el orden cósmico, bien se trate de cosas materiales o del gran tema espiritual de la salvación, Cristo es el centro, el nexo de unión de todo el universo (Col. 1:16), y el núcleo final de la salvación, que incluye tanto la obra redentora -de la que se habló antes en la Carta (v. 7), como de la vinculación salvífica de todos en el Salvador (vv. 4-5). Todo cuanto el pecado había dispersado y separado se une en Cristo, quien atrae todo en Sí para llevarlo a Dios (1 Co. 15:28), quien como Creador es principio de vida y como Salvador principio y base de la reconciliación con Dios. De esa manera Dios se había comprometido eternamente en Cristo y para Cristo. Por tanto, la palabra utilizada puede considerarse tanto como vinculada con *cabeza*, en cuyo sentido Jesús es suprema autoridad sobre todo en cielos y tierra (1:22), como con *reunir*, en

⁴⁴ Griego ἀνακεφαλαιώ.

⁴⁵ Griego κεφαλή.

⁴⁶ Griego κεφάλαιον.

⁴⁷ Griego ανα.

cuyo caso Jesús es quien reúne todas las cosas para ponerlas nuevamente bajo al autoridad definitiva de Dios.

El propósito divino se ejecuta en un determinado momento: πληρώματος τῶν καιρῶν, “*el cumplimiento de los tiempos*”. Esta expresión indica, como también otra semejante del “*cumplimiento del tiempo*” (Gá. 4:4), un momento en el tiempo conforme a la determinación divina. Cuando todas las épocas o edades que el Padre puso en su sola potestad se cumplan (Hch. 1:7). Es el momento supremo de la plenitud de Dios, conforme se hace realidad en el tiempo histórico de los hombres y de la creación. Dios desde la eternidad destinó a Cristo para administrar los tiempos y las edades y llevarlos como Señor a la plenitud de los designios de Dios. Ese propósito consiste en la recapitulación en Cristo de todas las cosas. Ese cumplimiento de los tiempos tendrá lugar definitivamente en los cielos nuevos y en la tierra nueva donde Dios será todo en todos (1 Co. 15:28). Se trata de una obra consumada que restaura todo a la suprema autoridad de Dios y concluye la obra encomendada a Cristo. La reunión de todas las cosas en Cristo comprende primeramente la acción judicial del Señor, que pondrá a sus enemigos bajo sus pies, en el sentido de victoria suprema sobre ellos, que obedece a la consumación del propósito divino (Sal. 110:1). Las cosas todas se reúnen en Cristo, porque se sujetan a Él (1 Co. 15:27), y en ese momento todo queda bajo la sujeción a Dios. Ese momento será el final de aquellos que cuestionan la soberanía de Dios (Sal. 2:2, 3). Todo el cosmos quedará sujeto a Dios por medio de Jesucristo, viéndolo ya como el que está coronado de gloria y de honra (He. 2:9). Él congrega a Sí mismo todo lo que hay en el cielo, que como Señor glorioso recibe la adoración y la alabanza de todos los redimidos y de todos los ángeles (Ap. 5:1ss). Pero esa autoridad unificadora tiene que ver, no solo con el cielo, sino también con la tierra para lo que ha recibido el nombre de máxima autoridad (Fil. 2:9-11). Todo esto forma parte del *misterio* de Dios que es Cristo.

La recapitulación de todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de la plenitud de los tiempos, comprende cuanto pueda haber τὰ ἐπὶ τοῖς οὐρανοῖς καὶ τὰ ἐπὶ τῆς γῆς, “*las que están en los cielos, como las que están en la tierra*”. Nada quedará aislado o separado de Dios; nada estará alejado de Su control. La agrupación, reunión o recapitulación de todo será hecho, como todo cuanto Dios hace, ἐν αὐτῷ, es decir, *en Cristo*. Esa verdad es resaltada por el apóstol en otro de sus escritos, “*en Él... por medio de Él y para Él*” (Col. 1:16).

11. En Él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.

Ἐν ᾧ καὶ ἐκληρώθημεν προορισθέντες κατὰ πρόθεσιν τοῦ

En el que también tuvimos herencia habiendo sido predestinados según propósito del
 τὰ πάντα ἐνεργοῦντος κατὰ τὴν βουλὴν τοῦ θελήματος αὐτοῦ
 los todos energiza según el propósito del designio de Él.

Notas y análisis del texto griego.

El escrito continúa con ἐν, preposición propia de dativo, *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *él que*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐκκληρώθημεν, primera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo κληρώω, *dar herencia*, aquí *tuvimos herencia*; προορισθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo προορίζω, *predestinar*, aquí *habiendo sido predestinados o siendo predestinados*; κατὰ, preposición propia de acusativo *según*; πρόθεσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *proposición, designio, plan, propósito*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *del*; τῶ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; ἐνεργοῦντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἐνεργέω, *obrar, actuar, ejercer actividad, mostrar el poder*, literalmente *energizar*, aquí como *energiza*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *el*; βουλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *propósito, plan, intención*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; θελήματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *designio, voluntad, arbitrio*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Ἐν ᾧ καὶ ἐκκληρώθημεν. Las bendiciones de los creyentes adquieren una progresión en la *Carta*. En primer lugar la bendición de la eterna elección en Cristo, destinados para la condición de hijos santos y fieles. En segundo lugar fueron agraciados en el Amado con el perdón de los pecados mediante la sangre de Cristo, alcanzando también sabiduría e inteligencia mediante el misterio revelado. Ahora una nueva bendición se expresa en el versículo como el regalo de la herencia, que como todas las bendiciones se otorga y da *en Cristo*. Los creyentes, tanto judíos como gentiles, son un cuerpo en Cristo en la dispensación actual, formando todos ellos, esto es, los salvos por gracia mediante la fue lo que en Nuevo Testamento llama la Iglesia, que Cristo edifica (Mt. 16:18).

Aquí se introduce un pronombre personal implícito en el verbo, en primera persona plural *nosotros*, para referirse a quienes reciben la herencia. Es necesario por tanto determinar el sujeto a que se refiere el pronombre, cosa relativamente sencilla si se continúa la lectura del siguiente, lo que resultaría: *“Tuvimos herencia... (v. 11), los que primero esperábamos en Cristo” (v. 12)*. Incluido el mismo apóstol, ἐν ᾧ καὶ ἐκκληρώθημεν, *en el tuvimos herencia*, está también incluido entre quienes *esperaban* a Cristo. Sin duda se trata de una

referencia al pueblo de Israel, quienes desde siglos esperaban la venida del Mesías, en quien se centraba la esperanza del cumplimiento de las promesas dadas a los padres de la nación. El plan divino adquirió una orientación dirigida a un pueblo resultante de la elección de un hombre, Abraham, de quien proviene el “*pueblo escogido*” por Dios. Ellos fueron προορισθέντες κατὰ πρόθεσιν τοῦ τὰ πάντα ἐνεργοῦντος κατὰ τὴν βουλήν τοῦ θελήματος αὐτοῦ, “*predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad*” (v. 11b). Ese es el *nosotros* que el apóstol puede colocar frente al *vosotros*, en el contexto del pasaje. Este *nosotros* no puede entenderse sino como los cristianos procedentes del judaísmo, entre los que está el apóstol Pablo.

Los judíos esperaban en el Mesías para disfrutar plenamente de las promesas que Dios les había dado en sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob y, también más tarde promesas de reino en la persona de David. Todas las promesas podían ser consideradas como una herencia que Dios les otorgaba. El verbo que se utiliza para referirse a herencia⁴⁸, que aparece aquí solamente en todo el Nuevo Testamento y que en la versión LXX sólo dos veces, tenía el sentido del alcanzar algo por medio de suertes, o en voz pasiva *recibir en suerte*. Con el tiempo fue adquiriendo el sentido de *ser tenido en cuenta*, que como concepto espiritualizado se vincula con la dimensión escatología de una herencia dada por Dios. Israel estaba *predestinado* a una herencia que Dios garantizaba y que aun no ha recibido. La esperanza de los judíos tenía que ver con una manifestación del Mesías que vencería sobre todos los enemigos y que les daría el disfrute de la herencia terrenal que les había sido prometida en los pactos establecidos con sus antepasados. Esta esperanza mesiánica, tendrá fiel cumplimiento en el reino milenial de Jesucristo, como una expresión de las diferentes manifestaciones del reino de Dios. Ese reino mesiánico literal y terrenal tendrá cumplimiento para que Israel, como nación, reciba la herencia de las promesas que aún no ha sido cumplida. Pero, aquí el apóstol señalando a los cristianos procedentes del contexto judío dice que en Cristo recibieron la herencia, por cuanto Cristo es expresión de la fidelidad de Dios. Las promesas de Dios son en Él sí y en Él amén. De ahí que el título que se da a Jesús en el Apocalipsis sea “*El amén*” (Ap. 3:14). En el Antiguo Testamento hay una referencia al “*Dios del amén*”, que la LXX traduce como “*el Dios de la verdad*”, el Dios verdadero, o el único que es verdad (Is. 65:16). Cristo es Aquel en quien la revelación de Dios con todas sus promesas, advertencias y decretos tienen perfecto desarrollo y cumplimiento (2 Co. 1:19-21). La palabra *amén*, significa, por tanto, firme, fiel y como adverbio, *ciertamente, así es, así sea*. Cristo es, pues, la garantía absoluta de la verdad divina en su condición de Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). Frente a la inseguridad de

⁴⁸ Griego κληρόω.

los hombres y a su firmeza, el *Amén*, de Dios, que es Cristo mismo, garantiza todos los compromisos divinos. La idea del título que Jesús se atribuye a Él mismo no es la veracidad de Dios frente a los ídolos, sino la confiabilidad de Dios, que le hace digno de ser creído y de quien se debe y puede estar seguro que guardará su pacto con su pueblo. Cristo no es tanto el *amén* de Dios, como *Dios en estado de amén*.

Si bien el *nosotros* tiene una connotación de contraste con el *vosotros* en otros lugares de la *Carta*, aquí debe ser entendido como incluyente, es decir, nosotros, todos los cristianos sin tener en cuenta su procedencia, tenemos herencia en Cristo. El sentido de *herencia* alcanza dos sentidos. Por una parte el creyente puesto *en* Cristo tiene la herencia total de Dios y, por otro, los creyentes somos también la herencia de Dios (v. 14). El segundo aspecto será considerado en su momento, pero, en cuanto al primero, en sentido de que el creyente como heredero, lo es ampliamente de todo por posicionamiento e identificación con el Hijo a quien Dios ha hecho heredero de todo (He. 1:2). La condición de Hijo y de Hijo unigénito, le constituye también como heredero de todo (Gá. 4:7). Heredero, no por la muerte del dueño de la herencia, sino porque se la ha dado en dominio y posesión legítima. Jesús, el Hijo, no solo es el Cristo, el ungido de Dios, sino que es proclamado y aclamado por Dios como su Hijo, a quien dice: "*Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra*" (Sal. 2:8). Lo sorprendente no es que el Padre haya acumulado una herencia en su propia creación y que el Hijo la herede como unigénito del Padre, sino que la herencia ha sido hecha en el mismo Hijo, por medio del Hijo y con destino al Hijo (Col. 1:16). Dios establece la herencia absoluta y universal para el Hijo (Sal. 2:7). El dominio total corresponde al Hijo en razón de su naturaleza divina, pero aquí el escritor enfatiza que la herencia le corresponde también en cuanto hombre, como se aprecia en el hecho de que la revelación de Dios, que se hace *en Hijo*, se hace desde la humanidad subsistente como hipóstasis en su Persona Divina. Quien revela a Dios a los hombres es Emmanuel, Dios-hombre. Hay varios lugares en el Nuevo Testamento que confirman esta verdad usando previamente o aplicativamente la condición de heredero a Jesús, nombre que expresa la humanidad del Hijo de Dios (Mt. 11:27; 28:18; Jn. 13:3). Es precisamente en Cristo, en quien Dios reunirá todas las cosas, tanto las que están en los cielos como en la tierra (Ef. 1:10). Por la adopción, antes considerada, el creyente viene a pertenecer como hijo en la familia de Dios, por tanto, esa posición lo hace heredero de todo conjuntamente con el Hijo (Ro. 8:17). De esa forma se entiende que en Él alcanzamos la herencia, puesto que todo es de Cristo y todo es del creyente (Ro. 8:32; 1 Co. 3:21-23). Esta herencia suprema y perpetua, no se limita sólo a lo que era esperanza mesiánica para Israel de tierra, reino y bendiciones temporales, sin a la herencia eterna reservada en los cielos (1 P. 1:4).

El sentido de soberanía en el versículo es impactante, ya que el apóstol se refiere a Dios actuando con cuatro palabras: *Predestinar*⁴⁹, en sentido de que Dios traza una línea de demarcación sobre la herencia tan sólo para los creyentes; *propósito*⁵⁰, que expresa la decisión tomada por Dios, sin condicionamiento alguno; *designio*⁵¹, como la deliberación en la mente divina, quien decide su actuación hacia los creyentes en el tiempo, planificándola desde la eternidad; *voluntad*⁵², que es la inclinación hacia lo que antes había decidido. Todo el pasaje enfatiza la soberanía de Dios en determinación y ejecución. Ese es el pensamiento que proviene del verbo⁵³ traducido como *hace*, literalmente *energiza*, y que en sentido intransitivo significa *poner por obra y obrar*, que vinculado al adjetivo⁵⁴ *todas*, expresa el sentido de *todas las cosas*. De ahí que ante tanta grandeza el apóstol haya iniciado el escrito con la *eulogía*: “¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!”.

12. A fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.

εἰς τὸ εἶναι ἡμᾶς εἰς ἔπαινον δόξης αὐτοῦ τοὺς προηλπικότας
 Para - ser nosotros para alabanza de gloria de Él los que antes habíamos
 esperado
 ἐν τῷ Χριστῷ.
 en - Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Expresando las razones de la alabanza, escribe: εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἔπαινον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *alabanza, aprobación, algo recomendable*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de gloria*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; προηλπικότας, acusativo masculino plural del participio perfecto en voz activa del verbo προελπίζω, *esperar para el futuro*, aquí *que habíamos esperado*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

⁴⁹ Griego προορίζω.

⁵⁰ Griego πρόθεσις.

⁵¹ Griego βουλή.

⁵² Griego θέλημα.

⁵³ Griego ἐνεργέω.

⁵⁴ Griego πάντα.

Εἰς τὸ εἶναι ἡμᾶς εἰς ἔπαινον δόξης αὐτοῦ. Nuevamente recalca que todo cuanto está ocurriendo en la relación de bendiciones recibidas de Dios en Cristo y por medio de Él, tiene un contenido tal que expresan la gloria y sirven como motivo de alabanza a Dios. Como se dijo antes (v. 6), el término final de todo cuanto antecede es el reconocimiento con gratitud y *alabanza*, de todas la excelencia manifestada en las determinaciones divinas, *la gloria*, a favor de quienes no tienen derecho alguno para recibirlas, lo que pone de manifiesto *la gracia*, alabanza tributada a quien antes llamó el “*Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” (v. 3). En este caso es aún más preciso, cada uno de los creyentes que recibieron todo cuanto se cita, por soberanía y designio divinos, son también los que tienen herencia y estos, en ellos mismos, son motivo de alabanza y gloria a Dios.

Aquí, el pronombre personal ἡμᾶς, *nosotros*, recibe un complemento más concreto, consecuente con el cuidado con que el apóstol expresa la enseñanza: τοὺς προηλπικότας, *los que antes esperábamos*. El verbo⁵⁵ en participio perfecto articular, no es predicado, sino que, por ser articular, es aposición a *nosotros*. Esta aposición caracteriza a los que han recibido herencia, como procedentes del judaísmo, detallándolos como τοὺς προηλπικότας, ἐν τῷ Χριστῷ, *los que antes esperaban en Cristo*. El prefijo verbal⁵⁶ indica más que una espera anticipada en el tiempo, una espera que ocurría antes de la fe proclamada en el evangelio (Gá. 3:23), es decir en el tiempo en que la ley regulaba el sentido religioso de los creyentes de la antigua dispensación. Los de Israel que esperaban a Cristo y con el la herencia y las promesas, la encuentran en Él que los une a los otros creyentes de la gentilidad. Siendo el sustantivo verbal un participio perfecto, designa el estado permanente de aquella esperanza. Esta esperanza *en Cristo*, no significa solamente al Mesías que esperaban, sino al que posicionalmente, por elección estaban destinados. Dios los había escogido para darles la herencia en Cristo. Todo esto hace exclamar: “*¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!*”.

Sellados por el Espíritu (1:13-14).

13. En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.

Ἐν ᾧ καὶ ὑμεῖς ἀκούσαντες τὸν λόγον τῆς ἀληθείας, τὸ
En quien también vosotros habiendo oído la palabra de la verdad el

⁵⁵ Griego προελπίζω.

⁵⁶ Griego προ.

εὐαγγέλιον τῆς σωτηρίας ὑμῶν, ἐν ᾧ καὶ πιστεύσαντες
 evangelio de la salvación de vosotros en el que también habiendo creído
 ἐσφραγίσθητε τῷ Πνεύματι τῆς ἐπαγγελίας τῷ Ἁγίῳ,
 fuisteis sellados con el Espíritu de la promesa el Santo

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo un nuevo aspecto de la bendición dice: ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *el que, quien*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὑμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; ἀκούσαντες, caso nominativo masculino plural con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀκούω, *oír*, aquí como *que oyeron, habiendo oído*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; λόγον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota, *discurso, palabra*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀληθείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *verdad*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; εὐαγγέλιον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *evangelio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σωτηρίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *salvación*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐν, preposición de acusativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *el que, quien*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; πιστεύσαντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz activa del verbo πιστεύω, *creer*, aquí *creyendo, habiendo creído*; ἐσφραγίσθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἐσφραγίζω, *sellar*, aquí *fuisteis sellados*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado declinado *con el*; Πνεύματι, casi dativo neutro singular del nombre propio *Espíritu*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado, *el*; Ἁγίῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *Santo*, aquí como segundo elemento del nombre propio del Espíritu.

Ἐν ᾧ καὶ ὑμεῖς. Del *nosotros* del versículo anterior pasa ahora al *vosotros* de este. Si antes se estuvo refiriendo a quienes desde antes de la proclamación del evangelio como mensaje de salvación por fe en Cristo, procedentes del judaísmo, ahora señala a quienes son salvos desde su condición de gentiles, entre los que están los destinatarios de la *Carta, vosotros*. En ese sentido no se trata tanto de un pronombre usado con sentido local, es decir, referido sólo a los lectores, sino extensivo y genérico a todos los cristianos procedentes de la gentilidad. Estos gentiles están, lo mismo que los judíos, “*en Él*”. Este aspecto de la doctrina será desarrollado más ampliamente en 2:11-12, en donde será considerado. Baste aquí señalar que la posición de los salvos que han sido escogidos desde la eternidad *en Cristo*, son colocados, para la vivencia de la salvación en quien habían sido establecidos desde la eternidad. La

salvación por gracia mediante la fe en el tiempo de los hombres, es el resultado visible de la determinación eterna de salvación en Cristo. En esta expresión “*en Él*”, persiste el aspecto de sentido local y de medio vital que es Cristo. Posicionados en Él tienen vida eterna y Cristo viene a ser la piedra fundamental en quien se sustenta el *misterio* de Dios relativo a la formación de un cuerpo en Cristo, que es la Iglesia. Este medio vital o fundamento de vida se ha enfatizado ya antes (vv. 4, 6, 10, 11).

La introducción de un segundo anacoluto se hace aquí por medio de la expresión ἐν ᾧ, “*en quien*”, que otra vez es recibido por un tercero. La idea de Pablo es que los cristianos procedentes de mundo gentil han recibido el Espíritu Santo, por haber escuchado y respondido al evangelio de la gracia. Ese es el pensamiento central y lo que da verdadera fuerza a la frase.

Los cristianos del mundo pagano están en Cristo por haber escuchado la τὸν λόγον τῆς ἀληθείας, *palabra de verdad*, que es equivalente τὸ εὐαγγέλιον τῆς σωτηρίας ὑμῶν, al *Evangelio de vuestra salvación*. El *haber escuchado*⁵⁷, expresa la idea de oír con disposición de obediencia o de aceptación del mensaje, es decir, *dar oídos* al mensaje. Ese *oír* el mensaje del evangelio con esta disposición conduce a preguntar, como los oyentes del primer mensaje del evangelio en Pentecostés: “¿*Qué haremos?*” (Hch. 2:37), por lo que prestando atención y depositando fe en el Salvador proclamado en el mensaje trajo como consecuencia la incorporación a la iglesia de los que *oyeron*, porque siendo salvos habían sido puestos *en Cristo*. Está refiriéndose, por tanto, al mensaje de salvación proclamado en el evangelio (Col. 1:5).

A este mensaje de salvación llama Pablo τὸν λόγον τῆς ἀληθείας, “*la palabra de verdad*”, literalmente *la palabra de la verdad*, que vincula inmediatamente con el εὐαγγέλιον τῆς σωτηρίας ὑμῶν, “*evangelio de vuestra salvación*” como referencia sinónima. Quiere decir que el mensaje del evangelio expresa la verdad, en el que la Verdad, que es Cristo mismo (Jn. 14:6), dice su palabra llamando a los hombres a salvación (Mt. 11:28). Aunque se trata de un mensaje procedente de Dios y, por tanto, es doctrina, τὸν λόγον τῆς ἀληθείας, “*la palabra de verdad*”, no es tanto una referencia a la doctrina verdadera o la base de la fe, como ocurre en otros lugares (cf. 1 Ti. 2:4; 3:15; 4:3; 6:5; 1 P. 1:22; 2 P. 1:12; etc.), sino más bien a la verdad revelada como tal. Esta *palabra de la verdad*, surte un efecto salvífico en los creyentes, por tanto debe vinculársela con el *evangelio de vuestra salvación*. Sin embargo, no es aquí tanto una referencia al contenido del mensaje, como ocurre en algunos casos (cf. Hch. 13:26), sino al resultado poderoso para salvación de la *palabra de verdad*, en el sentido en que el apóstol la utiliza cuando dice que el

⁵⁷ Griego ἀκούω.

“evangelio es poder de Dios para salvación” (Ro. 1:16-17). Esta salvación se produjo porque en el Evangelio se proclamó la verdad y los oyentes del mensaje recibíendola, depositaron su fe en el Salvador anunciado en el mensaje de verdad, que es, por tanto, el *evangelio de vuestra salvación*. Este mensaje conduce también a la fe, que viene *“por el oír y el oír por la palabra de Dios”* (Ro. 10:17). Todos ellos habían oído el mensaje de salvación por el ministerio de evangelización de Pablo, como relata Lucas: *“Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús”* (Hch. 19:10).

La aceptación por fe del mensaje es indispensable para salvación, de ahí que el apóstol diga: *ἐν ᾧ καὶ πιστεύσαντες*, *“en el que también habiendo creído”*. Hay un momento en la experiencia del cristiano en el que la incredulidad deja paso a la fe. Pero es necesario entender que la fe que se sustenta en la palabra de verdad se deposita en el Salvador: *“habiendo creído en Él”*. Debe entenderse con claridad que el evangelio que salva al pecador es el mensaje Cristo-céntrico. Dios no manda llevar a los hombres a la salvación, sino al Salvador. Este mensaje que proclama la Persona y la obra de Jesucristo, es lo que Pablo llama *“la palabra de la Cruz”* (1 Co. 1:18), que es *locura* para los que se están perdiendo, pero es poder de Dios para salvación a quienes creen. Sobre este mensaje proclamado entre los gentiles y especialmente -en el contexto próximo inmediato del versículo- entre los efesios, escribe Hendriksen:

*“Cristo, no obstante, enfatizó además que el hombre debe ser cuidadoso en cuanto a lo que oye. Los efesios habían escuchado atentamente el mensaje de la verdad. Había muchos errores en el mundo pagano de aquellos tiempos, muchos falsos evangelios (Col. 1:23; 2:4, 8; cf. Gá. 1:6-9). Los efesios, en general, los habían dejado al lado o rechazado. Deseaban oír solamente lo mejor. Se le llama el mensaje de la verdad porque revela la verdadera condición del hombre, proclama y defiende la única forma de escapar, y amonesta a los pecadores que ya han sido salvos que demuestren gratitud verdadera en todos los aspectos de sus vidas. Es, por tanto, el evangelio de vuestra salvación, no en el sentido de que en y por sí mismo salva a cualquiera, sino que cuando es aceptado con fe verdadera en Cristo, sus buenas nuevas de gran gozo llegan a ser poder de Dios para salvación (Ro. 1:16)”*⁵⁸.

Creer para salvación no significa solamente la aceptación mental del mensaje proclamado en el evangelio como *“palabra de verdad”*, sino la entrega incondicional y sin reservas al Salvador, en un acto de disposición íntima que conducido por el Espíritu Santo, depone el yo del pecador, para

⁵⁸ W. Hendriksen. o.c., pág. 97.

aceptar el Tú de Dios que es Cristo, con lo que en adelante puede decir que “*ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí*” (Gá. 2:20). La fe salvífica como don de Dios, se ejerce por el pecador capacitado por el Espíritu y se convierte en una actividad humana en el momento de ejercerla. Esa fe que salva no surge en el hombre por condición propia o esfuerzo personal, sino que es una dotación de la gracia. Debe tenerse muy presente que la aceptación del Salvador es un acto de obediencia al llamado del evangelio y que éste, no es una *invitación suplicante* de Dios, sino un mandamiento establecido con la autoridad soberana del Salvador, por tanto, quien desprecia el llamamiento a salvación no está rechazando una invitación, sino quebrantando un mandamiento, por lo que se pierde eternamente (Jn. 3:36). La obediencia en el hombre no regenerado, es imposible por su propia condición de desobediencia a la que ha sido introducido por la caída en el pecado que lo introdujo en la condición de desobediencia. La salvación es dejar el estado de desobediencia para entrar en el de obediencia, como expresa el apóstol Pedro: “*Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo*” (1 P. 1:2). En el versículo no está el verbo *obedecer*, sino el sustantivo *obediencia*, en lo que se enseña que el Espíritu Santo capacita al pecador que vive en la esfera de la desobediencia, *santificándolo*, es decir, separándolo de esa condición para que pueda *obedecer* al llamado de Dios a salvación y recibir el perdón de sus pecados mediante la aplicación de la sangre de Jesucristo. La fe para salvación no se ejerce creyendo con la mente -aunque indudablemente contiene un elemento de conocimiento intelectual- sino con el corazón, que implica la entrega incondicional de la vida al Salvador (Ro. 10:10).

Ἐσφραγίσθητε τῷ Πνεύματι τῆς ἐπαγγελίας τῷ Ἁγίῳ, En el momento de creer y recibir la salvación, Dios *sella* a los creyentes con el Espíritu Santo. El concepto *sellar* tiene dos posibles interpretaciones: por un lado el sentido de *estigmatizar*, es decir, poner una marca, como se hacía con los esclavos mediante un metal caliente sobre alguna parte de su cuerpo, de modo que la señal manifestaba la propiedad que el dueño poseía sobre él. En caso de ciertos servicios religiosos que marcaban también a los que estaban sujetos a ellos, la marca de la divinidad impresa a fuego en la piel, indicaba que aquellos eran *siervos* del dios y estaban bajo su protección. Por otro lado está lo que es más obvio en la interpretación del versículo y que está tomado del sentido propio del Antiguo Testamento, que se consideraba como sello escatológico de protección y propiedad, como ocurre en la referencia profética en la que se manda a un ángel para que selle en sus frentes a los jerosolimitanos que no participaron en los pecados del pueblo (Ez. 9:4), estos eran liberados de la ira sobre los pecadores (Ez. 9:6). En ese sentido, el sello del Espíritu Santo garantiza la pertenencia a Dios de la persona sellada y garantiza para él la seguridad de salvación.

Los pasos de salvación considerados aquí son, primeramente *oír*, en segundo lugar *creer* y en tercer lugar *ser sellado con el Espíritu*. Los verbos están en aoristo, lo que indica una sincronización y unos hechos consumados definitivamente. Al oír con ánimo de obedecer, se cree y Dios sella con el Espíritu. Por tanto, la recepción del Espíritu que sella, no es algo posterior sino integrante con el momento de la salvación. En un pasaje donde se enfatiza la soberanía de Dios y su eterna voluntad, se destaca también la responsabilidad humana en el hecho de creer. El sello del espíritu implica que el creyente pertenece a la familia de Dios y que es suyo, comprado al precio de la sangre de Jesucristo (1 Co. 3:23), por tanto, ha dejado de pertenecer al mundo y a la esclavitud del pecado, y también al *yo* personal, para ser propiedad de Dios que lo ha comprado. El sello como pertenencia a Dios de los salvos garantiza para ellos la protección eterna que Él pone sobre los salvos, por tanto: “*no perecerán jamás*” (Jn. 10:28-30).

El sello es *con* el Espíritu. Este dativo instrumental identifica el sello con el Espíritu Santo, que es comunicado a todos los fieles. Es muy interesante apreciar que el calificativo *Santo*, referido al Espíritu está colocado al final de la oración y establecido con artículo, es decir, es un adjetivo articular que enfatiza la condición única de santidad que corresponde como Dios al Espíritu. Esta colocación del adjetivo que es sustantivado como segundo término del nombre de la tercera Persona Divina, enfatiza la condición de santidad que es comunicada también por Él mismo a cada creyente. Esta santidad, como separación para Dios, no es esfuerzo natural del hombre, sino operación poderosa de la gracia. El Espíritu Santo que sella al creyente, se le califica aquí como “*de la promesa*”, que no es el Espíritu prometido, sino el que garantiza y hace posibles todas las promesas en Cristo Jesús, uniendo al cristiano con el Señor.

14. Que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

ὅ¹ ἐστιν ἀρραβὼν τῆς κληρονομίας ἡμῶν, εἰς ἀπολύτρωσιν τῆς
 Quien es arras de la herencia de nosotros para redención de la
 περιποιήσεως, εἰς ἔπαινον τῆς δόξης αὐτοῦ.
 posesión para alabanza de la gloria de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ὅ, *lo que, quien* (neutro), lectura atestiguada en: **p**⁴⁶, A, B, G, P, 81, 104, 181, 326, 1739, 1877, 1881, 1692, 2495, it^{d, e, g}, Orígenes, Atanasio^{gr, lat}, Crisóstomo^{txt}, Cirilo.

ὅς, *el que, quien* (masculino), como aparece en: α, D^{gr}, K, Ψ, 33, 88, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1241, 1984, 1985, 2127, 2492, *Lec. Biz.* it^{ar}, c, dem., f, r1, x, z, vg, Victorino-Roma, Dídimo^{gr}, lat, Crisóstomo^{comm}, Todoreto, Juan Damasceno, Photius^{acc}, Ps-Oecumenius, Ps-Ecumeniuo. Teófilo.

Introduciendo un nuevo aspecto escribe: ὅς, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que, quien*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; ἄρραβὼν, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *arras, garantía, anticipo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κληρονομίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *herencia, propiedad, posesión*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἀπολύτρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *redención*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; περιποιήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *posesión*; εἰς, preposición propia de acusativo *para*; ἔπαινον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *alabanza, aprobación*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gloria*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

La seguridad de la herencia que el creyente tiene en Cristo, está garantizada por Dios mismo quien, según el apóstol Pedro, la reserva para nosotros en los cielos (1 P. 1:4), pero, al mismo tiempo el creyente que tiene la garantía de la herencia, tiene también la certeza o seguridad del disfrute de la herencia al ser, el creyente mismo, guardado “*por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*” (1 P. 1:5).

En referencia al Espíritu Santo con que el creyente es sellado como posesión de Dios, se enseña aquí que el mismo Espíritu que sella, es también, ὅς ἐστίν ἄρραβὼν τῆς κληρονομίας ἡμῶν, *las arras de nuestra herencia*. El sustantivo *arras*, es una palabra que probablemente tenga origen fenicio, y expresa la idea de un anticipo para garantizar una compra, generalmente una cantidad de dinero dado por adelantado. Ese es el término que la LXX utiliza para referirse a la *prenda* que Tamar pidió a su suegro Judá, mientras esperaba el envío del precio pactado por llegarse a ella (Gn. 38:17). Esta misma palabra es usada por el apóstol Pablo en otro lugar para referirse también al Espíritu (2 Co. 1:22; 5:5). En ese sentido la idea de que cuando Dios da su Espíritu al creyente en el nuevo nacimiento, se obliga a cumplir todas las promesas hechas y darle el total de las bendiciones que comprende la salvación. Las ἄρραβὼν τῆς κληρονομίας, *arras de la herencia* es la seguridad de recibir la herencia venidera conforme a sus promesas. El mismo Espíritu en el creyente mediante el fruto que genera en él (Gá. 5:22-23), está dando ya un anticipo del glorioso

futuro que espera a los creyentes cuando se produzca la separación del pecado en la gloria eterna. Este Espíritu dado en cada creyente es *las primicias*, que impulsa al creyente en un gemido íntimo mientras espera la adopción, “*la redención de nuestro cuerpo*” (Ro. 8:23).

El resultado final de todas estas bendiciones y promesas, como procedentes de Dios, serán llevadas a cabo por el mismo, ya que el Espíritu dado lo es como arras εἰς ἀπολύτρωσιν τῆς περιποιήσεως, “*hasta la redención de la posesión adquirida*”. El sentido alcanza dos aspectos: 1) Hasta que el creyente reciba su herencia total, que incluye la *redención* del cuerpo en sentido de la resurrección y dotación del cuerpo glorioso de resurrección (1 Co. 15:51). 2) Hasta el día en que se produzca la *redención*, en sentido de recuperación plena de lo que le pertenece por compra en virtud de la sangre de Cristo. El pueblo de Dios, liberado ya de toda relación con el pecado, será presentado como el especial tesoro de Dios.

Todo este admirable designio divino que se remonta, en cuanto a origen, a la eternidad, culminará en un futuro glorioso en donde se alcance plenamente el cumplimiento con la presencia de todos los que han sido salvos y, por tanto, escogidos en Cristo, para estar para siempre con Jesús y vivir en la admirable dimensión de la compañía divina, manifestada por el trono de Dios y del Cordero que estará en el lugar preparado para los salvos (Ap. 22:3). Cuando eso acontezca en plenitud Dios será glorificado por lo que llevó a cabo. Esa es la frase final del proceso en el pensamiento de Pablo: εἰς ἑπαινον τῆς δόξης αὐτοῦ, “*para alabanza de Su gloria*”. Mientras tanto, el sello del Espíritu garantiza la redención total del creyente (4:30b), ya que el conjunto de creyentes está reservado, como cuerpo de Cristo, para ser presentado delante de Él en gloria (5:27). Eso será el gozo de Dios como expresión de la victoria de la Cruz (Jud. 24-25). Luego, perpetuamente, el pueblo redimido proclamará la gloria de la gracia divina, y ese mismo pueblo será objeto que glorifique a Dios por la consecución de su eterno plan de salvación. No es de extrañar que ante tan grande maravilla del amor, poder y gracia de Dios, el apóstol haya empezado este párrafo diciendo: “*¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!*”.

Primera oración de Pablo (1:15-23).

15. Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos.

Διὰ τοῦτο καγὼ ἀκούσας τὴν καθ' ὑμᾶς πίστιν ἐν τῷ Κυρίῳ
 Por esto también yo oyendo la de vosotros fe en el Señor

Ἰησοῦ καὶ¹ τὴν ἀγάπην τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους
 Jesús y del amor - para todos los santos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹καὶ τὴν ἀγάπην τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους, *y del amor para todos los santos*, atestiguado en κ^c, D^c, K, Ψ, 88, 330, 451, 614, 629, 630, 1241, 1877, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, *Lec. Biz.* it^{ar}, c, d, dem, e, f, g, r1, x, z, vg, syr^{p, h}, cop^{sa, bo/mss}, goth, arm, Ambrosio, Victino-Rome, Efren, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Agustín, Teodoreto, Juan Damasceno.

καὶ τὴν ἀγάπην τῆς κοινωνίας αὐτοῦ τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους, *y del amor de la comunión de Él para todos los santos*, que se lee en 181.

καὶ τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους ἀγάπην, *y del para todos los santos amor*, que aparece en 81, 104, 326, 346, 2127, eth Cirilo, Eutilio.

καὶ τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους, *y del para todos los santos*, que aparece en p⁴⁶, κ*, A, B, P, 33, 1739, 1881, cop^{bo}, Orígenes, Pelagio, Jerónimo, Agustín, Cirilo.

Introduciendo un nuevo párrafo escribe: Διὰ, preposición propia de acusativo, *por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; καγὼ, palabra formada por crasis⁵⁹ de la conjunción καὶ, y el pronombre personal ἐγώ, y que puede ser tanto un adverbio o un pronombre personal y equivale a *y yo, yo también*; ἀκούσας, caso nominativo singular masculino, con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀκούω, con sentido de *oír entendiendo el mensaje*, aquí como *habiendo oído, oyendo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; καθ' forma de la preposición de acusativo κατά, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *de*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; πίστιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *fe*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *señor*, que referido a Jesús, adquiere condición de nombre propio; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀγάπην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰς, preposición de acusativo *para*; πάντας, caso acusativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίους, caso acusativo masculino plural del adjetivo *santos*.

Luego de la *eulogía*, el apóstol introduce un párrafo de intercesión. Pablo ora a favor de los efesios y, en general, de todos los cristianos en cualquier

⁵⁹ Crasis, palabra griega que equivale a *unión de fuerzas*, en general *unión de elementos*.

tiempo. Tal es el sentido interpretativo que debe dársele al resto del capítulo. En enlace de la oración con la alabanza se establece mediante la fórmula habitual: διὰ τοῦτο, “*por esto*”. Sin embargo no es solamente la forma introductoria de un nuevo párrafo y el modo de conexión con lo que antecede, sino que expresa el vínculo que evidencia que aquellos a quienes escribe han recibido las bendiciones de Dios, son hijos suyos en Cristo, tienen la presencia y poder del Espíritu en ellos, por tanto, viven una vida de *fe* en el Señor Jesús, que se evidencia en el amor que hay entre ellos. Lo primero tiene que ver con la *eulogía*, lo segundo con el esquema de la *Carta*. Una expresión que necesita atención es καὶ, “*también yo*”, que en el texto griego es una crasis de la conjunción *y*, con el pronombre *yo*, o el adverbio *también*, con el pronombre *yo*. Si se considera como un adverbio permitiría pensar que había otros que estaban intercediendo por lo mismo y que a ellos, *también* se une el apóstol. Es difícil considerarlo de esta manera, porque los que estarían orando y a los que Pablo se uniría, no están claramente determinados, pudiendo incluso ser los mismos destinatarios, u otros hermanos que tuvieran carga por la iglesia en Éfeso. Es preferible tomarlo como adverbio, que en este caso sirve para reforzar la presencia del pronombre personal *yo*. Incluso podría ser que el adverbio no esté ligado al pronombre, sino que esté vinculado con *gracias*, del versículo siguiente, lo que resultaría en “*por esto yo... también doy gracias*”, es decir, no solo alaba, sino que agradece al “*Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*”.

Sea cual sea la posición que se adopte relativo a la palabra, no desvirtúa el hecho de que el apóstol ora porque tiene una información acerca de los efesios: ἀκούσας, “*habiendo oído*” o también “*oyendo*”. No se determina el modo en que llegaron a Él los informes, pero no es difícil que así fuera, porque Pablo, que estaba prisionero en Roma, podía recibir visitas en la posada donde estaba bajo la custodia de los soldados pretorianos (Hch. 28:16, 30-31). Cuantos creyentes del área de Éfeso que hubieran pasado por ese lugar, en visitas habituales que se hacían a la capital del imperio, habrían hecho llegar noticias de cómo marchaba la iglesia. No es de extrañar que estuviese bien informado de lo que estaba pasando. Los informes no eran totalmente satisfactorios, ya que en la congregación había problemas que necesitaban ser tratados, lo que hará más adelante. Como un corazón pastoral exquisito va a dar gracias a Dios por las perfecciones espirituales que aprecia en la iglesia, dejando para más adelante las exhortaciones que también eran necesarias. El apóstol es un hombre que busca siempre animar a otros, por tanto los elogios sobre la verdadera situación de la iglesia, van delante de las correcciones.

Τὴν καθ’ ὑμᾶς πίστιν ἐν τῷ Κυρίῳ Ἰησοῦ. El apóstol recibió informe sobre la fe de los efesios. Muy probablemente no conocía a la mayor parte de los creyentes de aquella congregación, desde el tiempo de la fundación hasta el momento de escribir la *Carta*, pero sabía que la fe de aquellos

hermanos era una fe firmemente establecida en Cristo. Aunque sin duda Cristo es objeto de la fe de los creyentes, cuando el apóstol se refiere a Él en ese sentido, suele utilizar el genitivo (cf. Ro. 3:22, 26; Gá. 2:16, 20; 3:22; Ef. 3:12; Fil. 3:9), en cambio aquí utiliza un acusativo, dando a entender que el Señor Jesús es en quien ellos viven la fe. Es necesario tener presente que todo cuanto ha considerado antes en el terreno de la bendición se hizo *en* Cristo. Es decir, la fe de aquellos creyentes tiene su fundamento y lugar en Cristo mismo. Es un pueblo santo vinculado por la fe con Jesús, quien es el Señor.

Καὶ τὴν ἀγάπην τὴν εἰς πάντας τοὺς ἁγίους. Junto con la fe está también el amor de aquellos hermanos. No es posible vivir en la *fe del Hijo de Dios* (Gá. 2:20), sin vivir también en Su amor. El amor es la expresión visible del nuevo nacimiento y expresión manifiesta de la verdadera fe. La fe que salva es también la misma fe que santifica, de ahí quien vive su fe en Cristo, expresa en sí mismo el amor de Cristo. El amor es manifestación expresiva de la fe ya que *“todo aquel que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios”*, por el contrario *“el que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”* (1 Jn. 4:7-8). La fe vincula al creyente con Cristo y hace que la realidad de la presencia de Dios se manifieste en el amor: *“Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros”* (1 Jn. 4:12). Es imposible amar a Dios, que es la manifestación real del nuevo nacimiento sin que el amor de Dios se extienda en amor hacia los hermanos: *“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto ¿Cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”* (1 Jn. 4:20). La fe viva y auténtica de los efesios era manifiesta por el amor que se manifestaba entre ellos, que era sin acepción de personas: *“Para con todos los santos”*. El amor sin reservas y sin exclusión es la evidencia de salvación: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte”* (1 Jn. 3:14). El apóstol había sido informado de que los creyentes en Éfeso se amaban entre ellos, por tanto, la evidencia de la salvación era manifiesta. Jesús, nuestro Señor, dijo: *“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieres amor los unos con los otros”* (Jn. 13:35). No hay otra manifestación de seguimiento a quien es amor absoluto, que la vida llevada a cabo en la esfera del amor. No hay ministerio válido delante de Dios que aquel servicio humilde sustentado en el amor (1 Co. 13:1). Una fe autentica se manifiesta en obras (1 Ts. 1:3). Las obras de fe se manifiestan en amor (Gá. 5:6).

16. No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.

οὐ παύομαι εὐχαριστῶν ὑπὲρ ὑμῶν μνησίαν ποιούμενος ἐπὶ τῶν
 No ceso dando gracias por vosotros mención haciendo en las

προσευχῶν μου,
oraciones de mí.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la referencia a la oración, escribe: οὐ, adverbio de negación *no*; παύομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ναύω, en voz media *cesar, terminar*, aquí *ceso*; εὐχαριστῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εὐχαριστέω, *dar gracias, estar agradecido*, aquí *dando gracias*; ὑπὲρ, preposición propia de genitivo *por*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*; μνείαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *recuerdo, mención*; ποιούμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo ποιέω, *hacer*, aquí *haciendo*; ἐπὶ, preposición de genitivo, *en*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *las*; προσευχῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *oraciones*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*.

Οὐ παύομαι εὐχαριστῶν ὑπὲρ ὑμῶν. En vista de la condición de los creyentes que manifiestan con el amor su verdadera fe, el apóstol se siente impulsado a dar gracias a Dios por ellos, a quien se le debía gratitud por obra de su gracia realizada con todos aquellos que habían creído. No cabe duda que la gratitud forma parte de la vida del apóstol, y permanentemente se le ve agradeciendo a Dios los favores y las bendiciones recibidas. Agradecer aquí en forma tan personal lo que Dios había hecho con los creyentes en Éfeso, indica que el apóstol lo hacía desde su condición de comisionado por Cristo para llevar el evangelio a los gentiles, por tanto, una iglesia fundada como resultado de la obra de Dios en respaldo a la predicación del evangelio, era una manifestación visible de la gracia de Dios operando en Pablo (1 Co. 15:10), que agradecía continuamente al Señor. El apóstol da gracias a Dios, pero los creyentes son el objeto de la acción de gracias (cf. Ro. 1:8; 2 Co. 1:11; Fil. 1:4). La necesidad que tiene de orar por la iglesia se pone de manifiesto en el hecho de que no se trata de una oración ocasional, sino incesante, como lo expresa por medio de “*sin cesar*”⁶⁰, literalmente “*no ceso*”. En otros lugares utiliza *siempre*⁶¹ (cf. 5:20; Ro. 1:9s; 1 Co. 1:4; Col. 1:3; 1 Ts. 1:2; 2 Ts. 2:13; Fil. 1:4). Esta acción de gracias ininterrumpida que glorifica a Dios e intercede por los creyentes, es volitivo, que le impulsa a orar por todos los hermanos cada vez que se acuerda de ellos. La expresión μνείαν ποιούμενος, *haciendo mención*, tiene como sujeto implícito *vosotros*, y es una expresión helenística propia de la correspondencia que en el Nuevo Testamento aparece solamente en los escritos paulinos (cf. Ro. 1:9; 1 Ts. 1:2; Flm. 4). En la expresión del versículo que se

⁶⁰ Griego οὐ παύομαι.

⁶¹ Griego πάντοτε.

considera falta el verbo *rogar*⁶², posiblemente como *rogando*, que aparece en otros lugares (cf. Ro. 1:10) y que se supone aquí implícitamente. Da gracias por ellos e inicia un ruego intercesor a su favor. Es propio del apóstol dar gracias por la Iglesia e interceder por ella. Debiera servir esta actitud a cada creyente y, en especial, a los líderes de las iglesias para dedicar tiempo a la oración a favor de los creyentes. Muchas veces se pierde un hermoso tiempo en procurar solución a los problemas que se plantean en el seno de las congregaciones sin dedicar igual tiempo a interceder por ellas. Además debe entenderse también que la oración no se reduce a pedir por algunos, sino por todos, cada creyente, no importa quien sea necesita ser sustentado por las oraciones de sus hermanos. Cuando un creyente ora por la iglesia, esta alcanza en su intimidad un alto nivel que revierte el pesimismo y la falta de aprecio que en ocasiones se siente por ella.

17. Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él.

ἵνα ὁ Θεὸς τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, ὁ Πατὴρ τῆς
 Para que el Dios del Señor de nosotros Jesucristo, el Padre de la
 δόξης, δώῃ ὑμῖν πνεῦμα σοφίας καὶ ἀποκαλύψεως ἐν ἐπιγνώσει
 gloria, de os espíritu de sabiduría y revelación en conocimiento
 αὐτοῦ,
 de Él.

Notas y análisis del texto griego.

El apóstol expresa la primera petición: ἵνα, conjunción *para que*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεὸς, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre *Señor*, que relacionado con Cristo es *propio*, como título personal; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Πατὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *padre*, que referido a Dios constituye también título de la Deidad; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gloria*; δώῃ, tercera persona singular del aoristo segundo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir*, aquí *de*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *os*; πνεῦμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*; σοφίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de sabiduría*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀποκαλύψεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de revelación*; ἐν, preposición de dativo *en*;

⁶² Griego δεομαι

ἐπιγνώσει, caso dativo femenino singular del sustantivo *conocimiento*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Junto con la fe y el amor que se manifestaba en congregación de creyentes, el apóstol intercede con un propósito bien determinado mediante una preposición con que inicia la cláusula de propósito *para que*, les de *conocimiento* de Dios mismo. En ese sentido la petición de Pablo se expresa en plena dependencia, de modo que Dios responda a la petición que le dirige.

Se dirige a quien llama primeramente ὁ Θεὸς τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ “*el Dios de nuestro Señor Jesucristo*”, calificativo usado anteriormente (v. 3). Como se dijo ya, en la *Carta* se aprecia un marcado énfasis en la relación de las dos naturalezas de Jesucristo, la divina, que eternamente le corresponde por ser Dios, y la humana, asumida en hipóstasis en la Persona Divina del Hijo, mediante la encarnación. El título de *Dios* de nuestro Señor Jesucristo enfatiza la condición humana del Hijo eterno. El Señor Jesucristo es Dios-hombre, ambas dos naturalezas subsisten en hipóstasis en la Persona Divina del Verbo encarnado, por tanto desde el plano de su humanidad, como hombre perfecto -sin dejar de ser Dios- tiene un solo Dios personal, que sin duda es también, como el apóstol escribe al principio de la *Carta*, el Padre eterno del Hijo también eterno (v. 3).

El Padre, que lo es también del Señor Jesucristo, es el comunicador y proveedor de toda gracia y principio de todos los dones, por tanto, todo don perfecto y toda buena obra proceden de Él (Stg. 1:17). Junto con el calificativo anterior, el apóstol se dirige a Él llamándole también ὁ Πατὴρ τῆς δόξης, “*El Padre de la gloria*”. El término *gloria* tiene un sentido ontológico e indica el *peso*, la grandeza absoluta de Dios. Pero, también en lo que antecede se aprecia esa gloria en las bendiciones consideradas de la elección, predestinación, redención y seguridad de gloria. Por esa razón la oración se dirige al *Padre de gloria*, a quien Santiago llama el *Padre de las lumbreras, o de las luces*, o mejor de *las luminarias* (Stg. 1:17), como creador de todo y dador de los bienes espirituales y de todas las bendiciones. Por tanto el calificativo *Padre de la gloria* comprende más allá de la gloria esencial del Padre, alcanzando la procedencia de toda gloria, que tiene en Él su esencia como Padre de toda misericordia (2 Co. 1:3). Este Padre de la gloria se le llama también *Padre de los espíritus* (He. 12:9), que no se trata de una alusión a los ángeles como espíritus creados por Dios, sino al que genera, al que otorga, al que hace posible el *espíritu*, hálito de vida, en el hombre. Es una referencia al Padre como Creador de la vida y de los hombres. El padre puede transmitir vida biológica, pero sólo Dios puede dar la vida espiritual y luego también, por fe en su Hijo, la vida eterna (Jn. 3:16). Téngase en cuenta que la petición involucra al πνεῦμα σοφίας, *espíritu de sabiduría*, que pide para los creyentes. En la

gloria de Dios está comprendida también la expresión de su poder, por el que puede operar todas las cosas. Como dice Schlier: “*El esplendor de Dios es el esplendor de su poder, y el poder de Dios es esplendor de su esplendor*”⁶³. Este Padre de la gloria deja sentir su poder en su irradiación iluminadora para dar conocimiento. La bendición pedida por el apóstol es directamente una gracia luminosa, que no se manifiesta en una simple luz, sino en una llama ardiente.

El don que Pablo pide en intercesión para los creyentes efesios es πνεῦμα σοφίας καὶ ἀποκαλύψεως, *espíritu de sabiduría y de revelación*. Esas son características propias del Mesías (Is. 11:2). La pregunta surge inmediatamente: ¿A que espíritu se está refiriendo? ¿Es una dotación especial de espíritu que capacite a los cristianos para el conocimiento? ¿Es una referencia al Espíritu Santo en misión de iluminación y capacitación? Pudiera referirse al espíritu de los creyentes, pero capacitado para el conocimiento por el Espíritu Santo. El espíritu del hombre no alcanzará a entender lo que solo es perceptible mediante la *sabiduría* divina, de la que solo el Espíritu puede penetrar para darla a conocer, de la que se hace mención antes como una de las bendiciones divinas para los creyentes (v. 8). Pablo pide una acción del Espíritu Santo en la capacitación del espíritu o mente de los cristianos para que sean capaces de una comprensión sobre Dios mismo, que está fuera del alcance meramente humano. La sabiduría en el contexto bíblico es la que da el conocimiento de Dios y de sus obras, condicionado con ello el obrar del creyente elevándolo al plano de lo trascendente.

Además del espíritu de sabiduría se pide también πνεῦμα ἀποκαλύψεως, “*espíritu de revelación*” que algunos consideran como el don de profecía que permitía, antes de completarse el canon, recibir revelaciones divinas para ser comunicadas a la Iglesia. Sin embargo, es difícil que se refiera aquí a dones del Espíritu, puesto que el mismo apóstol enseña que los dones quedan ligados a la soberanía volitiva del Espíritu que los da como quiere y a quien quiere (1 Co. 12:11). Se trata de una petición que permita, mediante la acción del Espíritu, la capacitación para entender la revelación acerca de Dios mismo, ἐν ἐπιγνώσει αὐτοῦ, “*en el conocimiento de Él*”. Se trata de la comunicación que el Espíritu Santo hace al conocimiento del creyente descubriéndole o iluminándole para comprender y descubrir las cosas de Dios, es decir, para conocer mejor a Dios, sus obras y sus propósitos. La palabra *conocimiento*⁶⁴ es un término favorito de Pablo en sus epístolas y que indica aquí un *sobreconocimiento*, es decir, un conocimiento que es sobre cualquier conocimiento humano, por tanto, solo puede provenir de la acción del Espíritu

⁶³ H. Schlier. o.c., pág. 100.

⁶⁴ Griego ἐπιγνώσις.

Santo. La conclusión es que el apóstol está pidiendo un conocimiento profundo y perfecto del misterio de Dios, que es, en sí mismo el conocimiento de Dios.

Una reflexión final: ¿Está pidiendo Pablo que de a los creyentes el Espíritu Santo a quienes ya lo tienen en el momento de la conversión? Es evidente que el don del Espíritu ya lo tienen puesto que han sido sellados por Él (v. 13). ¿Tiene la petición del apóstol que ver con que Dios haga descender sobre los cristianos en Éfeso el Espíritu Santo para que puedan conocer a Dios? Ciertamente no es posible que se trate de este sentido en la petición apostólica, puesto que los cristianos ya tenían el Espíritu y habían conocido a Dios hasta el punto de que depositaron su confianza en Él (v. 13). Lo que está pidiendo Pablo es que lo que ya está presente en cada uno, el Espíritu, sea fortalecido en cuanto a acción, de modo que quienes tienen el Espíritu sean fortalecidos con su poder (3:16). La obra comenzada por Dios en ellos debe progresar hacia la perfección como compromiso divino (Fil. 1:6). Los frutos del Espíritu debían abundar más y más (Fil. 1:9). Lo que el apóstol pide es que los creyentes reciban una mayor provisión de sabiduría y capacidad de comprensión en relación con el evangelio de la gracia y las cosas de Dios. Lo de mayor necesidad para el creyente es un conocimiento preciso y pleno de Dios, lo que incluye la comprensión de sus obras, de modo que el seguimiento y la fidelidad queden establecidos consistentemente en cualquier situación.

18. Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que Él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos.

πεφωτισμένους τοὺς ὀφθαλμοὺς τῆς καρδίας ὑμῶν¹ εἰς τὸ
 habiendo sido iluminados los ojos del corazón de vosotros para el
 εἰδέναι ὑμᾶς τίς ἐστὶν ἡ ἐλπίς τῆς κλήσεως αὐτοῦ, τίς ὁ πλοῦτος
 saber vosotros cual es la esperanza del llamamiento de Él, cuál la riqueza
 τῆς δόξης τῆς κληρονομίας αὐτοῦ ἐν τοῖς ἁγίοις,
 de la gloria de la herencia de Él en los santos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹ ὑμῶν, lectura poco probable, atestiguada en ⳨, A, D, F, G, Ψ, 075, 0150, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1241, 1319, 1573, 1842, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lect.* It^{ar, b, d, f}, vg, syr^{p, h, pal}, cop^{sa, bo, fay}, eth, geo, slav, Gregorio-Nisa, Dídimo, Ammonas, Crisóstomo, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

Se omite en p⁴⁶, B, 6, 33, 1175, 1739, 1881, arm, Marción^{según Tertuliano}, Orígenes, Cirilo-Jerusalén, Dídimo, Cirilo.

Sin solución de continuidad sigue: πεφωτισμένους, caso acusativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo φωτίζω, *iluminar*, aquí *habiendo sido iluminados*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ὀφθαλμοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *ojos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; καρδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *corazón*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; εἰς, preposición de acusativo *para*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; εἰδέναι, perfecto de infinitivo en voz activa del verbo οἶδα, *saber, conocer, comprender, entender*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; τίς, caso nominativo femenino singular del pronombre interrogativo *cuál*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐλπίς, caso nominativo femenino singular del sustantivo *esperanza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κλήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *llamamiento, vocación*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; τίς, caso nominativo femenino singular del pronombre interrogativo *cuál*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; πλοῦτος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *riqueza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gloria*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κληρονομίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *posesión, herencia*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo *santos*.

El conocimiento pleno requiere una operación de iluminación espiritual. La oración se inicia con el verbo *iluminar* en participio perfecto que indica una acción concluida pero que prosigue, de ahí la traducción πεφωτισμένους, *habiendo sido iluminados*, o tal vez mejor *iluminados*. Cuando los ojos son luminosos, el corazón adquiere cada vez mayor luminosidad. Jesús se refirió, en el Sermón del Monte, al ojo como la lámpara del cuerpo: “*La lámpara del cuerpo es el ojo, así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz*” (Mt. 6:22). El ojo es el órgano que capta la luz y permite la orientación del cuerpo. En un sentido figurado está refiriéndose al modo de ver las cosas, que condiciona y orienta el estilo de vida. La conducta de la persona es el resultado del modo que tenga de ver las cosas de la vida. Sin embargo no sólo es el corazón lo que queda afectado, sino también la mente. El pensamiento del hombre está condicionado en gran medida por aquello que ve. La naturaleza adámica es una vida entenebrecida en la que la *visión* espiritual está comprometida, de ahí que el Señor diga: “*Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*” (Jn. 3:19). Jesús quería que sus oyentes tuviesen claro que hay una manera correcta y otra incorrecta de *ver* las cosas. La correcta

corresponde a una visión celestial, la incorrecta es propia de la visión terrenal. Con la metáfora del ojo explica ilustrativamente la manera en que se miran las cosas. La visión correcta de las cosas temporales y celestiales permite al creyente andar “*como hijo de luz*” (5:8). Todo alcanza para los tales la perspectiva de la visión de Jesús. Están considerando todas las cosas como Él las hubiese considerado. Su vida es una vida luminosa porque la perspectiva se establece con visión celestial. La visión del cristiano está condicionada por la Palabra que como luz orienta el camino. La forma de tener una visión correcta de las cosas es poner la mirada en Cristo mismo. La vida cristiana victoriosa está en esa misma dirección: “*puestos los ojos en Jesús*” (He. 12:2). Jesús es la luz del mundo y Él afirma: “*el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*” (Jn. 8:12). Una visión con “*ojo bueno*”, producirá un cuerpo lleno de luz, es decir, una vida que brilla en un mundo en tinieblas.

Τοὺς ὀφθαλμοὺς τῆς καρδίας ὑμῶν, La iluminación que Pablo pide es interior, por cuanto se trata de alumbrar los ojos del entendimiento. El corazón o el entendimiento del no creyente están entenebrecidos por la condición propia de ser pecador y la acción del dios de este siglo (2 Co. 4:4). Esa iluminación interior comenzó por la acción del Espíritu para la salvación, alumbrando el entendimiento entenebrecido: “*Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*” (2 Co. 4:6). La iluminación del Espíritu Santo es imprescindible para entender las cosas profundas de Dios (1 Co. 2:10). Pablo está pidiendo una claridad de comprensión o de entendimiento de las bendiciones y dones que Dios da.

El primer aspecto del conocimiento que se alcanza mediante la iluminación de Dios está relacionado con el llamamiento divino a la esperanza: τίς ἐστὶν ἡ ἐλπίς τῆς κλήσεως αὐτοῦ, *cual es la esperanza de Su llamamiento*. Es decir, conocer la esperanza que se abre mediante el llamamiento de Dios. De otro modo, que Dios haga brillar cada vez con mayor claridad la luz de la esperanza surgida del llamamiento celestial. La esperanza es común a todos los creyentes (4:4). Esa esperanza que se expresa en promesas y en esperanza de bendiciones celestiales y eternas, está contenida en la presencia de Cristo en el creyente (Col. 1:27). Por tanto el que no es creyente no tiene esperanza (2:12). La esperanza cierta está vinculada al llamado del Padre: “*A los que llamé...a estos también glorifiqué*” (Ro. 8:30). No cabe duda que la esperanza está fundada en las incommovibles promesas de Dios. El alma cristiana descansa en la esperanza que experimenta mediante el ancla que está afirmada en el trono de Dios mismo, esto es, sustentada en Cristo que se hace esperanza en cada creyente (He. 6:18-20). La seguridad es para los que han recibido el llamamiento celestial y respondieron a él en fe, “*los que hemos*

acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros". No hay duda alguna que esto comprende y alcanza colectiva e individualmente a cada creyente. Sólo los que creen en Dios y creen a Dios pueden ser considerados como *refugiados* en la esperanza, que es el sentido que tiene en el texto griego el verbo traducido como *asirnos*. La idea que expresa es la de *huir* de algo para refugiarse en otra cosa. Los creyentes huyen del mundo para refugiarse en el puerto de la esperanza. La esperanza establecida y expresada en las promesas, es el refugio para el creyente. En esa huida hacia lo seguro, el creyente se *aferra* a la esperanza, descansando y sustentándose en ella, seguros de que Dios cumple lo que promete. Esta esperanza es el recurso necesario para superar las dificultades y seguir adelante en el camino hacia la perfección en el encuentro con Jesús. La esperanza es también comparable con un barco azotado por el temporal que se mantiene sin ser arrastrado gracias a la solidez del ancla. El ancla es firme porque no resbala. La firmeza está vinculada con *el alma*, que equivale a *persona*. Cada creyente tiene firme seguridad en la esperanza, porque *no resbala*, es decir, no se escapa de las manos, sino que se mantiene firme porque descansa en promesas de Dios. Además la base de la esperanza en que *"penetra hasta dentro del velo"*. El ancla de la esperanza está asegurada en algo inamovible que es Dios mismo. La referencia al *velo* adquiere aquí el sentido de lo que era la cortina que dividía el santuario en las dos partes, el Lugar Santo y el Santísimo, en donde estaba el arca y en cuyo lugar se manifestaba de forma especial la presencia de Dios (Ex. 26:33). A ese lugar sólo accedía una vez al año en sumo sacerdote (Ex. 30:10; Lv. 16:2, 12; He. 9:7, 25). La figura del ancla es sumamente interesante: por un lado está firmemente establecida en el creyente y por el otro segura en Dios mismo. Un ancla sobre arena superficial no es garantía de seguridad, pero sí lo es cuando está firmemente sujeta a la roca. El ancla no se ve, pero se siente firme porque retiene al alma. De este modo, sujetos en la esperanza, los creyentes no resbalan ni son llevados a la deriva (2:1, 2). La figura establece también un contraste: el ancla de un navío lo sujeta desde el fondo del mar, el ancla de la fe cristiana sujeta al creyente desde arriba, desde el mismo cielo, donde está sentado el Señor a la diestra de Dios. La esperanza del creyente es mucho más que promesas, es Dios mismo. El apóstol Pablo enseña que la esperanza del cristiano es Cristo (Col. 1:27). La vinculación con Cristo de quien es y procede todo, tanto en el presente como en el futuro, constituye la esperanza cierta para el cristiano. Cada creyente está unido vitalmente al Señor, de modo que la vida ya gloriosa de Cristo, es la vida comunicada del creyente.

El apóstol dice también que Dios nos ha llamado a esperanza en relación con τῆς ὀψίας τῆς δόξης τῆς κληρονομίας αὐτοῦ ἐν τοῖς ἁγίοις, *"las riquezas de gloria de su herencia en los santos"*. El sentido en el texto griego permite entender la herencia tanto en el sentido de ser *herencia de Dios*, que somos los creyentes, como a la herencia que siendo o procediendo de Dios,

recibirán los creyentes. El pasaje paralelo en Colosenses sugiere la idea de que se trata de la herencia que Dios dará a cada creyente (Col. 1:12). A esta herencia tiene derecho cada creyente que es hijo de Dios por adopción (v. 5). Se entiende, por tanto, la posesión de la herencia celestial que Dios otorga, herencia de la que ya somos partícipes ahora por identificación con Cristo, el heredero de todo (He. 1:2) y que un día será posesión en sentido pleno (1:14). Siendo Jesús una realidad consumada, lo será también de cada uno de los que estamos vinculados a Él (Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1). La presencia del Señor en cada uno de los suyos es ya esperanza de gloria, conforme a Su propia enseñanza (Jn. 11:25-26). La gloria escatológica descansa en el recogimiento de los suyos, no a un lugar, sino a Él mismo (Jn. 14:1-4). La vida eterna es una admirable esperanza de gloria por cuanto no tiene término y esta vida se alcanza sólo en Cristo (1 Jn. 5:12). Tal es la relación de la esperanza con nuestro Señor que el apóstol Juan afirma: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando El se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”* (1 Jn. 3:2). La herencia eterna que forma parte del contexto de la gloria que esperamos y que le corresponde a Él, ya que todo fue hecho en Él, por Él y para Él, nos corresponde a los santos por estar en Él (Col. 1:12). Además, la seguridad de gloria está unida al hecho de que por la gracia que salva tenemos la certeza de que seremos presentados ante su gloria (Col. 1:22, 28). La esperanza de gloria está siempre unida a Cristo (Ro. 5:2; 8:18-23; 1 Co. 15:12 ss.; Fil. 3:20, 21; Col. 3:4, 24; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:13-17; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 1:12; 4:8; Tit. 2:13). Con todo, la esperanza no tiene que ver sólo con los acontecimientos y tiempo escatológicos, sino con el presente y la realidad de cotidiana. La esperanza para la iglesia es Cristo mismo con su compromiso de edificarla cada día (Mt. 16:18). Los recursos de poder están en Él (Fil. 4:13). Las lágrimas del creyente, las dificultades del camino, los sufrimientos, las angustias y tribulaciones, no se confrontan en soledad, sino en la compañía del Señor que provee de aliento, consuelo, calma y esperanza. Nunca estamos solos, porque Él está con nosotros todos los días hasta el fin (Mt. 28:20). Podrá ser que aparentemente pasemos desapercibidos para muchos; acaso nos parezca que en las grandes dificultades estamos solos; pero, el Señor está siempre a nuestro lado y su gracia, como bálsamo del cielo, hace provisión para cuantas heridas se produzca y su misericordia, como fiel medicina celestial, cura nuestros males, su mirada de amor y el contacto de su mano nos dice a cada uno en nuestra circunstancia personal, las mismas palabras que dio a su siervo Josué: *“Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en donde quiera que vayas”* (Jos. 1:9). Esa es la razón por la que podemos ver el presente con seguridad y el futuro con esperanza que nos permite dar *“a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús”* (2 Co. 2:14). Jesús, que es la esperanza cristiana, entró tras el velo del santuario celestial para preparar el lugar que concretará Su promesa para el

creyente (Jn. 14:1-4). Resucitado de entre los muertos, fue ascendido al trono de la Majestad en las alturas entrando en el Lugar Santísimo del cielo, no tanto *como* precursor –forma de traducción del texto en la mayoría de las versiones– sino *precursor* en sí mismo. Es decir, Jesús entró tras el velo abriendo un camino que será seguido luego por todos los que son suyos. El camino cristiano es fácil de seguir por cuanto está indeleblemente marcado por los pasos de Jesús (1 P. 2:21). El creyente sigue a Jesús en la senda del sufrimiento, pero también en la del triunfo victorioso. Todo es posible para los cristianos en el poder del Resucitado (Fil. 4:13). Este camino, dificultoso a los ojos de los hombres, en el tramo terrenal, accede a la presencia de Dios en la gloria, constituyéndose en esperanza real para cada uno. El primer hombre, el gran *precursor*, entró tras el velo por la resurrección y desde entonces un hombre glorificado está en el cielo, revestido de gloria e inmortalidad (1 Co. 15:20; Col. 1:18). Ascendido está sentado a la diestra de Dios (1:3). En semejanza a Él y siguiendo las pisadas que como precursor dejó marcadas, siguen los demás que son suyos en unidad de vida y de esperanza. Quien es nuestra esperanza, es también nuestra bendición, porque el que es precursor y entró en el cielo, es “*hecho Sumo Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*”. El precursor entró *por nosotros*, es decir, en relación con los cristianos. El oficio sacerdotal tiene que ver con los creyentes. La entrada del sumo sacerdote garantiza la entrada de los suyos al trono de la gracia. Sentado en la Majestad de las alturas actúa a favor de los suyos, como intercesor (He. 7:25) y como representante (Ef. 2:6). Si El que está allí es precursor de su pueblo, se abre la certeza de la admisión de todos los suyos al lugar donde Él está.

19. Y cual la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.

καὶ τί τὸ ὑπερβάλλον μέγεθος τῆς δυνάμεως αὐτοῦ εἰς ἡμᾶς τοὺς
 Y cual la sobrepujante grandeza del poder de Él hacia nosotros los
 πιστεύοντας κατὰ τὴν ἐνέργειαν τοῦ κράτους τῆς ἰσχύος αὐτοῦ.
 que creemos según la actividad del poder de la fuerza de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con la intercesión escribe; καὶ, conjunción copulativa y; τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *cuál*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ὑπερβάλλον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo ὑπερβάλλω, *ser superior, ser incomparable, sobrepujar*, aquí *sobrepujante*; μέγεθος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *grandeza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δυνάμεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *poder, potencia, fuerza, capacidad*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; εἰς, preposición de

acusativo *hacia*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; πιστεύοντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo πιστεύω, *creer*, aquí *que creemos*; κατὰ, preposición propia de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐνέργειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, fuerza, actividad*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; κράτους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *poder, fuerza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἰσχύος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *poder*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Καὶ τί τὸ ὑπερβάλλον μέγεθος τῆς δυνάμεως αὐτοῦ. El tercer aspecto del conocimiento por el que Pablo intercede tiene que ver con la grandeza del poder de Dios. Es tal la dimensión que el apóstol pretende dar a entender aquí sobre la omnipotencia divina que recurre al uso del participio presente de un verbo⁶⁵ que expresa la idea de lo que es extraordinario, grande, superior, sobrepujante. Ese supremo poder de Dios es necesario para la conservación de la herencia y la seguridad de la esperanza. Al intentar detallar la grandeza del poder de Dios, el apóstol recurre a incorporar sustantivos o verbos sustantivados que expresa la idea de grandiosidad, de modo que, junto con el sentido de *sobrepujante*, incluye también el de *grandeza*, todo ello vinculado con la capacidad operativa de todo ese poder, utilizando para ello el sustantivo⁶⁶ que algunos vinculan con la raíz castellana de donde procede *dinamita*, con alta potencialidad, pero, más bien la raíz está relacionada con *dinamo*, ya que la *dinamita* produce una potencia puntual, mientras que una *dinamo* produce potencia continuamente.

Esta manifestación de la omnipotencia divina podría definirse como la soberanía en acción, actuando como, donde y cuando quiere. En el texto griego, se lee: κατὰ τὴν ἐνέργειαν τοῦ κράτους τῆς ἰσχύος αὐτοῦ, “*conforme a la actividad de la potencia de la fuerza*”, para entender que no hay nada que pueda resistirse a la voluntad de Dios. Es el poder dominador con que Dios impone su fuerza. En la acumulación de palabras relacionadas con la fuerza poderosa de Dios, *supereminencia, grandeza, poder, soberanía, fuerza*, es muy difícil dar un determinado y preciso sentido a cada una de ellas, ya que lo que el apóstol pretende es referirse a la poderosa fuerza de Dios que excede a toda medida y a cualquier comprensión⁶⁷

⁶⁵ Griego ὑπερβάλλω.

⁶⁶ Griego δύναμις.

⁶⁷ Sin obviar las dificultades de precisar puntualmente el significado de las palabras, se puede decir que δύναμις, es la capacidad operativa del poder; ἐνέργεια, es la

Pero, junto a la fuerza descrita, están los destinatarios o, tal vez mejor, los beneficiarios de ella: εἰς ἡμᾶς τοὺς πιστεύοντας, “*para con nosotros los que creemos*”. El creyente que ha sido llamado a esperanza, puede descansar confiadamente en la seguridad de que todas las promesas de Dios serán definitivamente cumplidas porque, además de que Él lo promete, también tiene la capacidad operativa más que suficiente para llevarlo a cabo. Con esto dará también un ejemplo de ese poder referenciado en el siguiente versículo.

20. La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.

Ἦν ἐνήργησεν ἐν τῷ Χριστῷ ἐγείρας αὐτὸν ἐκ νεκρῶν καὶ καθίσας
 La que obró en - Cristo levantando lo de muertos y sentando
 ἐν δεξιᾷ αὐτοῦ ἐν τοῖς ἐπουρανίοις
 en derecha de Él en los celestiales.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa desarrollando el argumento: Ἦν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐνήργησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ενεργέω, *energizar, obrar, actuar, ejercer autoridad, mostrar poder*, aquí *obró*; ἐν, preposición de dativo masculino singular *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἐγείρας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo *levantar, resucitar*, aquí *levantando*; αὐτὸν, caso acusativo singular del pronombre personal *le*; ἐκ, preposición propia de genitivo *de*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo *muertos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; καθίσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo *καθίζω, sentar*, aquí *sentando*; ἐν, preposición de dativo *en*; δεξιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo *derecha*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐπουρανίοις, caso dativo masculino plural de adjetivo *celestiales*.

Ἦν ἐνήργησεν ἐν τῷ Χριστῷ ἐγείρας αὐτὸν ἐκ νεκρῶν. La demostración del poder divino, del que habla antes, tiene la manifestación más concluyente en la resurrección de Cristo. No se trata de un poder que debe aceptarse por fe, sino de un poder que ya actuó y dejó su huella en el mundo en la resurrección de Jesús. Los ejemplos de poder divino se expresan en el versículo mediante dos acciones, que se expresan por medio de participios

operatividad en acción; κράτος, es el poder o la autoridad en un plano de superioridad; y ἰσχύς, es la fuerza de ese poder o autoridad.

subordinados *levantando*⁶⁸ y *sentando*⁶⁹. La energía divina que produjo la resurrección de la humanidad de Jesús, es la misma que actúa en cada creyente. La verdad bíblica de la resurrección de Jesucristo por el poder de Dios es una verdad fundamental que se reitera en varios lugares del Nuevo Testamento (Hch. 3:15; 4:10; 5:30; 10:40; 13:37; Ro. 4:24; 8:11; 10:9; 1 Co. 6:14; 15:15; 2 Co. 4:14; Gá. 1:1; Col. 2:12; 1 Ts. 1:10; 1 P. 1:21). Junto con la resurrección de Jesús de entre los muertos está también la sesión a la diestra de Dios. Pablo utiliza aquí una terminología propia de la profecía mesiánica: *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra”* (Sal. 110:1). En el Nuevo Testamento se hace referencia al hecho en varios lugares. El escritor de la Epístola a los Hebreos hace referencia al hecho de la exaltación de Jesucristo desde el momento de iniciarla, diciendo que después de la redención, *“se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”* (He. 1:3). El que descendió del cielo a la tierra en un encuentro de amor y se hace Dios en encuentro con la criatura, retorna nuevamente al lugar de honor que le corresponde en la gloriosa Majestad del Trono de Dios. Es interesante apreciar dos expresiones en el versículo que corresponden a la forma propia de un hebreo que escribe a hebreos. La primera es *“la diestra de la Majestad”*. La derecha es figura del lugar de honor y de poder (1 R. 2:19; Sal. 45:9), el término *Majestad*, designa la gloria personal y propia de Dios, literalmente la *grandeza*, referido a Dios mismo. La resurrección del Salvador, su ascensión a los cielos y la sesión a la diestra de Dios, completan la exaltación hasta lo sumo (Fil. 2:9-11) del que primeramente había descendido hasta las partes más bajas de la tierra (Ef. 4:9). Esa posición que ocupa el Hijo de Dios exaltado, da cumplimiento a la profecía del Salmo: *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”* (Sal. 110:1). Cristo mismo había afirmado esto delante del Sanedrín (Lc. 22:69). Dios lo encumbró al lugar desde donde puede ejercer la suprema autoridad en cielos y tierra (Fil. 2:10). Toda la autoridad le ha sido dada al Hijo resucitado tanto en su condición celestial como Dios, como en su condición de hombre glorificado, teniendo en cuenta que tanto su Deidad como su humanidad forman dos hipóstasis en la única persona de Dios el Hijo (Mt. 28:15-20; Mr. 16:15-20; Ef. 1:19-23). Jesucristo ascendió por encima de los cielos para llenarlo todo (Ef. 5:10). La sesión a la diestra del Padre, conlleva y expresa la igualdad del Hijo y del Padre en el seno de la Deidad y, por tanto, la misma igualdad en cuanto a la adoración y honra que se debe a Dios. Esto mismo lo enseñó Jesús cuando dijo: *“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió”* (Jn. 5:22-23). Este sentarse a la diestra del Padre, no significa una novedad en la experiencia de Jesús, sino el retorno del Hijo a la condición suprema que eternamente tuvo y

⁶⁸ Griego ἐγείρας.

⁶⁹ Griego καθίσας.

que como Dios le corresponde poseer. El Hijo no alcanza una nueva condición, sino que recupera la que siempre tuvo, de ahí que en la oración el Señor diga al Padre: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”* (17:5). No se trata de un hombre a quien Dios otorga el privilegio de sentarse en su trono, sino de Dios-hombre que, después de la expresión kenótica absoluta, dejado el estado de humillación, retorna al estado de glorificación que eternamente tuvo como Dios y que conlleva también la glorificación y entronización a la diestra de Dios de su naturaleza humana, propia, desde la concepción, de la Persona Divina de Dios el Hijo. Como decía Cirilo de Jerusalén antes del año 386, *“el Hijo que está sentado antes de los tiempos a la derecha del Padre, y la co-sesión no la ha obtenido en el tiempo, como exaltación después de su pasión, sino que la posee eternamente”*⁷⁰. En esa posición a la diestra del Padre le confiere el derecho del poder judicial supremo que solo es potestativo y privativo de Dios mismo. Ese sentarse corporalmente confiere a Jesús el derecho de ser la cabeza de la Iglesia, en principio de comunicación de vida, además de señorío, ya que los creyentes somos resucitados con Él y también con Él sentados en los lugares celestiales (Ef. 2:6). Teniendo en cuenta la división de los cielos conforme a la teología de los hebreos, donde había *el primer cielo*, el atmosférico, *el segundo cielo*, es el estelar o el cielo de la expansión (Gn. 1:14), y *el tercer cielo*, el empíreo o morada de Dios, llamado también *“el cielo de los cielos”* (1 R. 8:27-30), Jesús ascendió, para sentarse a la diestra de la Majestad, siguiendo el pensamiento hebreo, al *tercer cielo*, es decir, al lugar donde se manifiesta el trono de Dios. Aquel que se humilló hasta lo más bajo, ascendió a lo más alto recibiendo el honor supremo que le corresponde como Emmanuel, Dios-hombre y desde donde ejerce las funciones de abogacía e intercesión a favor de los salvos.

Es necesario recordar también que la expresión καὶ καθίσας ἐν δεξιᾷ αὐτοῦ, *“sentado a la diestra de Dios”*, es un antropomorfismo, por dos razones obvias: primero porque Dios es Espíritu infinito (1 R. 22:19; Sal. 139:7-12; Jn. 4:24), por tanto, no tiene *mano derecha*, como no tiene ninguna otra parte de un cuerpo material; en segundo lugar por la expresión *sentado*, es un simbolismo de obra realizada, y de posesión de poder y autoridad supremas (He. 10:12). Entronizado en los cielos, es el lugar de honor supremo y de suprema autoridad que le es confirmado después de la obra sacrificial de la Cruz y de la resurrección de entre los muertos. En ese proceso tiene el *“nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”* (Fil. 2:9-11). El nombre de autoridad suprema le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia en salvación. Es un nombre supremo que ha de

⁷⁰ Cat. 4:7; 11, 17; 14, 27.

relacionarse necesariamente con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Jesús fue el nombre dado por Dios para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *Yahwe salva*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que “*Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). Con todo, el hombre Jesús fue considerado como alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). En el lugar que ocupa en el trono de Dios, su autoridad divina hace que ante Él se doble toda rodilla. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre hará que todos confiesen que Él es Señor.

Los efesios podían tener plena confianza porque el poder omnipotente de Dios que ha resucitado y entronizado a Jesús, está a disposición y actuará también en ellos para glorificarles, de manera que Cristo, el Resucitado, viviendo en ellos se convierte en esperanza de gloria, que es el término final al proceso de salvación que se inicia en la eternidad con la elección.

21. Sobre Todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.

ὑπεράνω πάσης ἀρχῆς καὶ ἐξουσίας καὶ δυνάμεως καὶ κυριότητος
 por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío
 καὶ παντὸς ὀνόματος ὀνομαζομένου, οὐ μόνον ἐν τῷ αἰῶνι τούτῳ
 y todo nombre que se nombra no solo en el siglo este
 ἀλλὰ καὶ ἐν τῷ μέλλοντι
 sino también en el venidero.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo sigue sin interrupción lo recogido en el anterior y es una división artificial del texto: ὑπεράνω, preposición de genitivo *por encima*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de todo*; ἀρχῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *principado*; καὶ, conjunción copulativa y; ἐξουσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *autoridad*; καὶ, conjunción copulativa y; δυνάμεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *poder*; καὶ, conjunción copulativa y; κυριότητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *señorío*; καὶ, conjunción copulativa y; παντὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; ὀνόματος, caso genitivo neutro

singular del sustantivo *nombre*; ὀνομαζομένου, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo ὀνομάζω, *llamar, nombrar, invocar*, aquí *que se nombra*; οὐ, adverbio de negación *no*; μόνον, adverbio *sólo, solamente*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνι, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *siglo*; τούτῳ, caso dativo masculino singular del pronombre demostrativo *este*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; μέλλοντι, caso dativo masculino singular del participio de presente articular en voz activa del verbo μέλλω, *estar a punto de, deber, haber de, ser futuro*, aquí como *que viene, venidero*.

Ἵπεράνω πάσης ἀρχῆς καὶ ἐξουσίας καὶ δυνάμεως καὶ κυριότητος. La resurrección de Cristo y su glorificación por el poder del Padre, llevó a cabo la profecía en relación con Él, de sentarlo a su diestra esperando el momento en que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He. 1:13). A nadie concedió Dios tal honor, salvo al Hijo. El versículo describe con un notable énfasis acumulando una larga serie de relaciones de superioridad. Dios lo sitúa en la glorificación por encima de todo. El lugar que ocupa sentado a la derecha de la Majestad lo demanda así. El está literalmente *muy por encima* de todos los poderes.

Al ocupar los cielos y entronizarse allí expresa ya la idea de soberanía sobre todos los poderes que puedan existir. Posiblemente en el pensamiento del apóstol estén aquí las fuerzas angélicas y sus diferentes manifestaciones en relación con el ejercicio de sus poderes. Cabe preguntarse si se trata de ángeles o de demonios que ejercen funciones de autoridad y controlan diversos aspectos de los gobiernos del mundo. Satanás dijo a Jesús en el tiempo de la tentación que los reinos del mundo y su gloria le pertenecían y que estaba dispuesto a dárselos a Jesús con la condición de que siguiera un programa diferente al que había recibido del Padre (Mt. 4:9; Lc. 4:5-6). El estaba en su derecho de hacer semejante oferta porque el tentador conocía también la posición que ocupaba en relación con los reinos del mundo. Dios había creado al hombre para que fuese el gobernador con autoridad delegada sobre la tierra. El Creador le había conferido autoridad para *sojuzgar* la tierra (Gn. 1:28). Como consecuencia de la tentación y de la caída, los reinos del mundo, es decir, la esfera de autoridad que el hombre debía ejercer, le fue trasladada a Satanás, no como derecho, sino como trofeo de victoria, de ahí que pueda decir a Cristo que eran suyos porque le había sido *entregada* la gloria de ellos, es decir, él controlaba el gobierno de los reinos en el mundo y lo daba a quien quería (Lc. 4:6). Si Jesús era el Mesías y venía para instaurar el reino de Dios, tenía necesariamente que arrebatárle al tentador la autoridad que estaba ejerciendo. Es muy probable que Satanás conociese el plan de salvación y supiese que su derrota no estaba en la esfera de la vida de Jesús, sino en su muerte. De ahí que a lo largo de toda la historia

humana de Cristo, hubiese continuos intentos por parte del diablo para quitarle la vida, a fin de que no se produjese la cruz, donde él y sus huestes serían definitivamente derrotados. Desde la panorámica de la visión Satanás estaba mostrando al Señor la gloria de todos los reinos del mundo, ofreciéndole un medio más cómodo y menos sacrificado para obtenerla. Jesús mismo llamó a Satanás “*el príncipe de este mundo*” (Jn. 12:31). Tras los reyes y señoríos de la tierra está aquel bajo cuya influencia se desarrollan los gobiernos del mundo, ya que el mundo entero está bajo el maligno (1 Jn. 5:19). El contexto general de la *Carta*, demanda considerar aquí a los poderes descritos, como ángeles caídos ya que es el sentido en otros lugares del escrito (cf. 1:22; 6:11-12). Esto contiene un elemento más de esperanza para los que han sido llamados a salvación. El Salvador está en el control sobre toda oposición a su pueblo. No importa quienes sean, Cristo reina por encima de todos ellos.

Καὶ παντὸς ὀνόματος ὀνομαζομένου. El Señor está sobre todo nombre. El sentido de nombre, especialmente aquí, es sinónimo de ser personal. Quiere decir esto que el Señor es soberano y reina sobre todos los seres cuyos nombres puedan mencionarse ahora y sobre aquellos que pudieran ser llamados de algún modo en el tiempo venidero. La soberanía de Jesucristo durará por siempre, puesto que ha sido exaltado sobre todo. La referencia a la posición exaltada de Cristo se desarrolla en un admirable párrafo del mismo apóstol en otro escrito (Fil. 2:9-11). Al Señor se “*le dio el nombre que es sobre todo nombre*” que le fue concedido como el nombre vinculado a la obra de gracia, de la que se consideró antes. Ese nombre que es sobre todo nombre tiene, necesariamente, que vincularse a la deidad del Señor. Jesús no es otro que el nombre humano del Verbo encarnado, dado por Dios mismo, aun antes de haber nacido en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *Yahwe salva*, por tanto, tiene que ser un nombre divino puesto que sólo Dios salva (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que “*Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). La autoridad suprema del nombre recibido, que equivale a la persona que lo posee, se manifiesta en el hecho de que ante Él “*se doblará toda rodilla*”, que es una expresión de reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante el crucificado, tendrán que hacerlo ante el glorificado Señor, reconociéndole como Dios. Esto es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23-24). Jesús no es un hombre elevado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). Bajo la autoridad de Jesús, todos quedan sujetos, tanto “*los que están en los cielos*”, en referencia a los santos ángeles de Dios, querubines y serafines, los arcángeles y ángeles, todos le están sujetos. También le están sujetos los que están “*debajo de la tierra*”, en referencia además de los pecadores perdidos, los ángeles caídos (Mt. 16:18; Jud. 6). Todos, ante el nombre glorioso del Señor Jesús, proclamarán su deidad.

La autoridad de Jesucristo es *atemporal*, y trasciende a cualquier tiempo, tanto el actual conocido, como el del siglo venidero desconocido. Ese es el énfasis que el apóstol expresa en el versículo: οὐ μόνον ἐν τῷ αἰῶνι τούτῳ ἀλλὰ καὶ ἐν τῷ μέλλοντι, “*no solo en este siglo, sino también en el venidero*”. Los seres que son ahora y aquellos que puedan ser en el tiempo venidero. Los temporales y los que sean llamados a perpetuidad, todos ellos, sin excepción en cualquier tiempo, estarán bajo la autoridad de Jesucristo.

Esto es lo que autentifica a Cristo como Rey de reyes y Señor de señores. Todo está bajo sus pies, en figura del lenguaje para referirse a su absoluta soberanía (Sal. 8:6; 1 Co. 15:27). Dios puso todo en manos de su Hijo (Jn. 3:35) y todo es de Él (1 Co. 3:23).

22. Y sometió todas las cosas bajo sus pies y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a su iglesia.

καὶ πάντα ὑπέταξεν ὑπὸ τοὺς πόδας αὐτοῦ καὶ αὐτὸν ἔδωκεν
Y todo sometió bajo los pies de Él y lo dio
κεφαλὴν ὑπὲρ πάντα τῇ ἐκκλησίᾳ,
cabeza sobre todo a la Iglesia.

Notas y análisis del texto griego.

Enfatizando el señorío de Cristo dice: καὶ, conjunción copulativa y; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; ὑπέταξεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí *sometió*; ὑπὸ, preposición propia de acusativo, *bajo*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόδας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *pies*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, conjunción copulativa y; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *le*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí *dio*; κεφαλὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *cabeza*; ὑπὲρ, preposición de acusativo, *sobre*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἐκκλησίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *iglesia*.

Καὶ πάντα ὑπέταξεν ὑπὸ τοὺς πόδας αὐτοῦ. La suprema autoridad que Jesús ha recibido del Padre, se expresa mediante una figura del lenguaje que sitúa todo bajo sus pies, literalmente “*y sometió todas las cosas bajo sus pies*”. La figura indica una posición encumbrada hasta lo sumo, revelando al mismo tiempo su autoridad sin límites.

Dios sitúa a Cristo con autoridad suprema como Señor, sobre todas las cosas, aprovechando para introducir por primera vez el término Iglesia, que ha

estado presente en lo que antecede pero en forma indirecta. El Señorío de Cristo, su soberanía sobre todo, se manifiesta como Cabeza suprema, que como tal está por encima de todo. Esta condición de soberanía sobre todo está referida específicamente aquí como καὶ αὐτὸν ἔδωκεν κεφαλὴν ὑπὲρ πάντα τῇ ἐκκλησίᾳ, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia. La enseñanza es clara en el texto griego: No hay ninguna cosa relacionada con la Iglesia que escape a la soberanía de Jesucristo. Como cabeza de la Iglesia, regula, controla y actúa en todo cuanto tiene que ver con la autoridad suprema sobre ella. Jesús es el Señor de todo y es también la única Cabeza en la Iglesia. Es por tanto la suprema autoridad de control y dirección como Cabeza sobre el cuerpo (4:12; 5:30; 1 Co. 12:27; Col. 1:18, 24; 2:19). No solo ejerce señorío sobre la Iglesia, sino que lo hace sobre ὑπὲρ πάντα, “todas las cosas” a favor de su Iglesia.

La supremacía de Cristo sobre las cosas, que incluye a los principados y a las potestades, y la de Él sobre la Iglesia, no son del mismo orden. Las potestades le son sometidas por fuerza y puestas bajo los pies del Señor por su gloriosa victoria sobre ellas en la Cruz (Col. 2:15). La Iglesia, por el contrario no necesita ser sometida a Él, porque le está sujeta. Sobre ella ejercerá una supremacía de santificación y de amor. La fuerza está separada de la relación porque constituye una verdadera entrega, de Él hacia ella y de ella hacia Él. Es una sumisión de amor y es una conducción de gracia. Sin embargo, al darlo a la Iglesia como Cabeza, expresa también una demanda de obediencia, que está basada en una relación de amor. El Señor ejercerá la autoridad que tiene para edificarla, conforme a su promesa (Mt. 16:18).

23. La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

ἥτις ἐστὶν τὸ σῶμα αὐτοῦ, τὸ πλήρωμα τοῦ τὰ πάντα ἐν πᾶσιν
La cual es el cuerpo de Él la plenitud del los todo en todo
πληρουμένου.
llena.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye el párrafo escribiendo: ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la cual, la que*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; σῶμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *cuerpo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλήρωμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *completo, plenitud, abundancia, aquello de lo que algo está lleno*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; ἐν, preposición

de dativo *en*; πᾶσιν, caso dativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; πληρουμένου, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz media del verbo πληρώω, *llenar*, aquí *llena*.

Ἦτις ἐστὶν τὸ σῶμα αὐτοῦ. La Iglesia, cuya cabeza dada por Dios es Cristo mismo, se la denomina aquí por el apóstol como *cuerpo de Cristo*. El término *cuerpo* referido a la Iglesia es utilizado por Pablo en otros lugares (Ro. 12:4-5; 1 Co. 10:17; 12:12-27). La figura expresa una realidad incuestionable: cada cristiano pertenece al cuerpo y todos ellos unidos a la cabeza que es Cristo, forman *el cuerpo de Cristo*. La figura destaca la unidad en la diversidad: “*nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo*” (1 Co. 10:17). A las divisiones que se producían en la iglesia local en Corinto, el apóstol pregunta si “*está dividido Cristo*” (1 Co. 1:13), dando a entender que la unidad de la Iglesia, expresada en la figura del cuerpo, es una realidad espiritual. No cabe duda que en un cuerpo con muchos miembros existe una multiplicidad de integrantes, pero, en la misma manera los integrantes forman un solo cuerpo (Ro. 12:4-5).

La Iglesia universal se considera también como *cuerpo de Cristo*, atestiguada esta figura en varios pasajes (3:6; 4:4, 12, 16; 5:23, 29; Col. 1:18, 24; 2:19; 3:15). Más que una sencilla figura, estos versículos establecen la relación que existe entre Cristo y la Iglesia, entendida como relación *Cabeza-cuerpo*. Como cuerpo y Cabeza, la Iglesia está en Cristo y Cristo está en la Iglesia, formando una nueva dimensión llamada por Pablo “*el hombre nuevo*” (2:15b). Por esa razón el *cuerpo* que es la Iglesia, unido a la Cabeza, que es Cristo, alcanza la plenitud, el *varón perfecto* (4:12s). Esta figura corporativa enseña la unidad que Dios establece entre la Iglesia y Cristo, mientras que a su vez acentúa la subordinación de la Iglesia al Señor, como ocurre entre el cuerpo y la cabeza. Pero, además de estas connotaciones de unidad y subordinación, la relación Iglesia-Cristo, Cabeza-cuerpo, entraña el condicionante para el crecimiento. El cuerpo-Iglesia, toma de la Cabeza-Cristo, lo necesario para crecer espiritualmente para alcanzar una medida proporcional a la Cabeza (4:15; Col. 1:18). Un nuevo sentido se alcanza en la relación de cuidado y conducción, ya que la cabeza en el cuerpo cuida del buen funcionamiento de los miembros, y de la conducción correcta del cuerpo, así también Cristo hace esta función con la Iglesia. No cabe duda que para Pablo la representación de la Iglesia, tanto la local como la universal, en relación con Cristo se contiene en la figura de Cabeza-cuerpo. En el estudio de esta verdad, puede establecerse que la unidad de Cabeza y cuerpo, da lugar al Cristo, como unidad vinculante e inseparable de Cristo y de su cuerpo que es la Iglesia. Esto permitirá entender algunos asuntos como el posicionamiento en Cristo y con Cristo en los lugares celestiales, puesto que donde está la Cabeza puede y debe estar también el cuerpo (2:6).

El concepto cuerpo, implica también la unidad de cada creyente con los restantes hermanos en la fe, para formar el cuerpo. De modo que la Iglesia, como cuerpo de Cristo, es superior al individuo, miembro que la forma, pero al mismo tiempo es la comunión de todos los creyentes como individuos. La Iglesia que es comunidad corporativa y que abre la dimensión en Cristo de incorporar a todos los creyentes en un solo cuerpo, pero solo a quienes por creer en Cristo y ser bautizados en Él por el Espíritu (1 Co. 12:13), tienen derecho y destino de ser integrados en ella.

Τὸ πλήρωμα τοῦ τὰ πάντα ἐν πᾶσιν πληρουμένου. Estos conceptos de cuerpo como unidad, y de miembros del cuerpo como individualidad en la diversidad, queda complementado porque la Iglesia, además de cuerpo es la *plenitud*. El sentido de la palabra⁷¹ en el griego es muy extenso, pero en general la idea es aquello *que da plenitud, lo que está lleno de algo, lo que hace que algo sea completo*. El apóstol utiliza en término en algunos de sus escritos, pero de forma especial en Efesios y Colosenses. En estas dos epístolas se usa en el sentido de *pleroma* divino (Ef. 3:19; Col. 2:9), por tanto, es la plenitud por excelencia, sublime e insuperable (Col. 1:19). En esta referencia Cristo es el lugar donde se manifiesta la *plenitud de Dios*. A esa dimensión se relaciona la *medida de la plenitud* de Cristo (Ef. 4:13), que en el texto griego aparece como un genitivo, por tanto la medida de la plenitud *del Cristo*, entendiendo esto como la unidad de los creyentes como cuerpo y de Cristo como Cabeza. Esto es lo que aparece al final del versículo: τοῦ τὰ πάντα ἐν πᾶσιν πληρουμένου, “*Aquel que todo lo llena en todo*”, literalmente “*los todos en todos llena*”, de otro modo: “*ser llenado en la plenitud por medio de la plenitud*”. El verbo usado aquí en voz media, indica que es en Cristo que lo llena todo en todos. Por tanto, en esta *Carta*, lo mismo que en la de Colosenses, la *plenitud*, tiene que entenderse como la dimensión plena de la Deidad que habita en Cristo y que por la presencia de Cristo se halla en su cuerpo, que es la Iglesia. La Iglesia debe ser la manifestación visible en el mundo de la *plenitud* de Dios, que sirva de atracción a los hombres hacia Cristo mismo. Si *plenitud*, es el término técnico que se utiliza para designar la dimensión divina, la Iglesia está presente en esa plenitud porque está presente en Cristo, por tanto, en Cristo nada le falta para ser completa. La *plenitud* de Dios es el espacio que Dios abrió para revelarse en el cuerpo de Cristo, y que Él a abierto en su cuerpo que es la Iglesia, espacio que el creyente individual integrado en el cuerpo abre para sí tomándolo por la fe, experimentándolo en el amor y disfrutándolo en el conocimiento. Es necesario tener muy en cuenta que la Iglesia *no es la plenitud de Dios*, pero es el lugar donde se asienta la plenitud de Dios en Cristo, desde donde Cristo lo llena todo en todos. Es posible establecer un triple influjo, que en cierta medida es una acción vertical pero que

⁷¹ Griego πλήρωμα.

permite entender algo mejor todo este concepto de *plenitud*: En primer lugar Dios *llena* a Cristo, por tanto Cristo es *plenitud* de la Deidad (3:19; Col. 1:19; 2:9). Cristo lleno de la *plenitud de Dios*, llena a la Iglesia, por tanto, la iglesia es *la plenitud* de Cristo (1:22-23; 4:13). En la corporatividad de la Iglesia, cada uno de los creyentes se unen a Cristo en la Iglesia y viven una vida *completa* en la *plenitud de Dios*, siendo llenados por Cristo mismo (4:11-13).

Ante toda la dimensión admirable de la gracia, expresada por el apóstol en el capítulo que se ha considerado, no cabe duda que cada uno debiera tomar la decisión de alcanzar, conforme a la petición suya, un mayor conocimiento de Dios. Este conocimiento progresa en la medida en que el creyente dedique tiempo a estudio de la Revelación de Dios, su Palabra, por tanto, es necesario tomar la determinación de volver a la Biblia sin condiciones y buscar tiempo en nuestro diario quehacer para ello. A medida que el conocimiento de Dios va haciéndose más real en cada creyente, progresará en la misma medida, la madurez que nos identifica visiblemente con Él y que conduce a que otros le tributen alabanza (Mt. 5:48), aumentará también la santidad como resultado de ese conocimiento experimental y vivencial de la vida de Dios en nosotros por Cristo (Fil. 1:21), progresando a una vida santa en todos los aspectos (1 P. 1:15-16), y hará también que el amor sea la expresión propia de la vida de quien está en la *plenitud* de Dios que siendo amor, ama, comunica su amor y lo demanda de cada uno de los suyos (1 Jn. 3:16).

CAPÍTULO II

SALVACIÓN POR GRACIA

Introducción.

El pasaje forma parte del cuarto párrafo de la carta, dentro de una división en la que el apóstol Pablo está enseñando sobre la posición del creyente en Cristo (1:3-3:21). La oración del apóstol pidiendo a Dios que conceda a los creyentes un conocimiento pleno sobre el misterio en el que descansa toda esperanza para los creyentes, consecuente también de la vocación a que fueron llamados, concluye en el capítulo anterior. Al final de la misma escribe un párrafo en el que describe la acción de Dios en Cristo, que el fundamento de la esperanza, pasando de la petición a la alabanza y gratitud por la obra de Dios que alcanza a los cristianos y los hace miembros del cuerpo de Cristo, dotando a ese cuerpo de la Cabeza que es el Señor.

En el presente capítulo, el escrito apostólico ofrece una panorámica de las consecuencias de la obra de Dios en la salvación de los hombres, comenzando la sección con un extenso párrafo en el que se describe la forma de vida propia de quienes no tienen una vinculación con el Salvador, tanto los que son de procedencia gentil como los que son de ascendencia judía (v. 3), con quienes el apóstol vuelve a identificarse ya que son de la misma estirpe. Esta obra divina en los creyentes produce un notable cambio que expresa en una antítesis entre el comportamiento propio de antes de la salvación y el consecuente con esta, desarrollándolo en dos partes (vv. 4-7 y 8-10). En este párrafo se establece el contraste en el que a un estado de muerte sucede uno de vida; a uno de corrupción sigue una nueva creación para vida santa. Todo este cambio es atribuido por el apóstol a una operación de la gracia, que es, a su vez, la manifestación del amor infinito de Dios.

En el capítulo precedente, Pablo enseñó la vinculación de todos los creyentes, no importa cual sea la ascendencia de cada uno, en una unidad en Cristo para la formación de un cuerpo en Él, que es la Iglesia. En este capítulo va a enseñar algunos de los vínculos de unión entre estos creyentes utilizando para ello ejemplos que lo ilustran: La unidad mostrada en el ejemplo del cuerpo (v. 16), en el de una familia (v. 19), y en el de un edificio (vv. 20-22).

La división del capítulo para su estudio se ha establecido antes en el *Bosquejo* de la *Carta*:

1. Salvos por gracia (2:1-10).
 - 1.1. La condición del pasado (2:1-3).

- 1.2. La condición del presente (2:4-6).
- 1.3. La condición del futuro (2:7-10).
- 2. La unidad en un cuerpo (2:11-22).
 - 2.1. Los gentiles sin Cristo (2:11-12).
 - 2.2. El cuerpo en Cristo (2:13-18).
 - 2.3. Los cristianos como edificio (2:19-22).

Salvos por gracia (2:1-10).

La condición del pasado (2:1-3).

1. Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.

Καὶ ὑμᾶς ὄντας νεκροὺς τοῖς παραπτώμασιν καὶ ταῖς ἁμαρτίαις
 Y a vosotros estando muertos en los delitos y los pecados
 ὑμῶν,
 de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo el párrafo sobre la salvación por gracia escribe: Καὶ, conjunción copulativa y; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; ὄντας, caso acusativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἶμί, *estar*, aquí *que estáis, estando*, que adquiere condición de pasado al referirse a un tiempo anterior; νεκροὺς, caso acusativo masculino plural del adjetivo *muertos*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; παραπτώμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *delitos, ofensa, pecado*; καὶ, conjunción copulativa y; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἁμαρτίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *pecado, transgresión*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *de vosotros*.

En algunas versiones, como RV60, el versículo comienza con: “y Él os dio vida”, que no figura en el texto griego y que los traductores, para una mejor comprensión introdujeron tomándola posiblemente del v. 5. En la primera edición de la Biblia de Casiodoro de Reina, la conocida como Biblia del Oso, no tiene la frase en el versículo, lo que quiere decir que otros correctores de edición posterior a la primera edición la introdujeron al encontrarse con la aparente ausencia en la construcción gramatical del versículo. Pudiera considerarse como una frase inconclusa o, tal vez mejor, un paréntesis que se iniciaría en la mitad del versículo primero y seguiría hasta el v. 5, leyéndose la oración principal así: “Y a vosotros... y a nosotros estando muertos nos dio vida...”.

Καὶ ὑμεῖς ὄντας νεκροὺς τοῖς παραπτώμασιν καὶ ταῖς ἁμαρτίαις ὑμῶν. El versículo se introduce mediante καὶ la conjunción *y*, aunque pudiera tomarse como adverbio *también*, sin embargo, debe tratarse más bien de una conjunción que sirve de nexo de unión para iniciar un nuevo tema. La colocación del pronombre personal ὑμεῖς, *vosotros*, situado al comienzo de la frase, establece el énfasis del pasaje, llamando la atención a que los indignos de quienes Dios tuvo misericordia eran los destinatarios de la *Carta*, que siendo extensiva a todos los creyentes, nos alcanza a nosotros. El cristiano no debe olvidar la condición espiritual desde la que Dios lo alcanza para darle la bendición inmerecida de la gracia. Para enfatizarlo, el apóstol comienza recordando el pasado de los cristianos procedentes del mundo gentil, de quienes dice que ὄντας νεκροὺς, “*estaban muertos*”. No se trata de una muerte en sentido figurado, sino de la realidad espiritual consecuencia del pecado, al que Pablo llama aquí τοῖς παραπτώμασιν καὶ ταῖς ἁμαρτίαις “*delitos y pecados*”. La palabra griega para *delitos*¹ se usa para referirse a *desviaciones de la senda recta*, y la que se traduce como *pecados*² se usa para hablar de *pensamientos, acciones, palabras y obras que no dan en el blanco*, es decir los actos contrarios a la voluntad de Dios. Esta situación, conforme a la sentencia divina establecida para la comisión de pecado, produce la muerte espiritual (Gn. 2:17). El hecho de que el apóstol utilice dos términos diferentes para referirse a la situación pecaminosa en que se encontraban los cristianos antes de la salvación, no debe entenderse como dos elementos que quiere distinguir o diferenciar. Algunos han procurado establecer esta distinción tanto de los antiguos como de los modernos³, pero, el pensamiento de Pablo al expresar los dos términos que identifican el pecado es enfatizar la realidad de la situación espiritual en que se encontraban. Se trata de un recurso de oratoria consistente en usar dos términos diferentes para remarcar o acentuar una misma realidad, la condición pecaminosa en que se encontraban los que habían sido alcanzados por el mensaje del evangelio. Por la presencia del pecado en el hombre no regenerado, cada uno se ha dado muerte a sí mismo, porque la muerte es el resultado y producto del pecado, la esfera propia y natural en que se desenvuelve el pecador. El pecado reinó produciendo la muerte (Ro. 5:21). A causa de la introducción del pecado en el primer hombre, como herencia de genética espiritual, pasó al resto de los hombres que estaban en Adán, no solo como cabeza federal de la raza caída, sino como transmisor espiritual dentro de la genética biológica de quienes proceden de él (Ro. 5:12). Nadie puede evitar la condición de *muerto espiritual*, porque “*la paga del pecado es la muerte*” (Ro. 6:23). Por tanto, la vida del hombre no regenerado, en la práctica del

¹ Griego παράπτωμα.

² Griego ἁμαρτία.

³ Entre los antiguos Agustín, Jerónimo y Tomás de Aquino, y entre los modernos Klöpper, von Soden, etc.

pecado, es una vida que se encuentra a merced de la muerte, en el reino de ella. La muerte espiritual afecta a todos, indicando con ello una identidad de condición (Ro. 3:9).

Pablo afirma que el hombre es un *muerto espiritual*. El concepto bíblico de muerte no es el de término, sino el de un estado de separación. La definición técnica de muerte es el de *cese de la existencia, conclusión de la vida*. En la Biblia la muerte es el estado de separación que se produce entre el hombre y Dios a causa del pecado. Igualmente la muerte física es -conforme al pensamiento bíblico- el estado de separación que se produce cuando la parte física y espiritual del ser humano se separan (Ecl. 12:7; Stg. 2:26). Esta misma separación entre la parte material y espiritual se usa para referirse a la muerte de Jesús, salvando la diferencia de la voluntariedad en Cristo (Jn. 10:18; 19:30) y también de la impecabilidad del Señor, por lo que la muerte física del Salvador, no se produce como consecuencia del pecado, sino por determinación personal. La muerte, por tanto, no es una aniquilación del ser, sino un estado que se vive desde el mismo inicio embrionario de la existencia humana, ya que el Salmo afirma que “*He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre*” (Sal. 51:5). La muerte física es una consecuencia del pecado, ya que Adán fue creado para una vida perdurable, llevando la imagen de Dios (Gn. 1:27; 2:7), y recibiendo la provisión divina para la sustentación de esa vida mediante el árbol de vida (Gn. 2:9). La Biblia enseña que la muerte fue introducida en el ámbito humano por causa del pecado (Gn. 2:17), y como castigo por él (Gn. 3:19; Ro. 5:12-17; 6:23; Stg. 1:15). Pero, la muerte física es consecuencia de otra muerte anterior, la *muerte espiritual*.

Esta muerte es la separación de Dios a causa del pecado. Es el término de la vida espiritual en la experiencia humana, a causa de la interrupción de la comunión con Dios, origen, razón y experiencia de vida. De ahí que Cristo, como aquel en quien se manifiesta la *plenitud* de la deidad en forma corporal, se presente como en quien estaba la vida (Jn. 1:4), y Él mismo diga que es “*la vida*” (Jn. 14:6). Si Dios, fuente de vida, es la vida misma, todo ser alejado de Él está alejado de la vida y es, por tanto, un muerto espiritual. La separación de Dios ocurre como consecuencia del pecado (Gn. 3:24). Sólo el perfecto, el absolutamente limpio de todo pecado puede estar en comunión y unión vital con Dios, lo que supone también estar en Su presencia (Sal. 24:3, 4). El estado de muerte espiritual es común a todos los hombres (Ro. 3:22, 23), es decir, el hombre nace ya en estado de muerte espiritual y permanece en ese estado mientras no reciba la vida eterna, que es la vida natural de Dios, por unión vital con Cristo, el comunicador de la vida, alcanzándola por gracia, mediante la fe (Jn. 3:14, 15; 36; 5:24). La muerte espiritual se proyecta eternamente en aquellos que mueren físicamente sin haber experimentado la salvación en Cristo. A este estado de muerte definitiva la Biblia llama “*muerte segunda*”

(Ap. 20:14, 15). En ocasiones algunos la llaman “*muerte eterna*”, pero el término no es teológicamente adecuado por cuanto la muerte no tuvo jamás una existencia eterna, sino que se originó a causa del pecado, por tanto, no puede ser eterna, en todo caso sería perpetua. Es el estado final del incrédulo al que le conduce su camino de perdición (1 Co. 1:18) y, por tanto, una situación común a todos los que no creen en Cristo (2:1, 5).

Los gentiles vivían practicando una multitud de pecados, a quienes para enfatizar, el apóstol llama τοῖς παραπτώμασιν καὶ ταῖς ἁμαρτίαις, “*delitos y pecados*”. Sin embargo debe entenderse que no todos los creyentes a quienes recuerda su estado espiritual hayan practicado aberraciones pecaminosas o que el pecador, en general, no sea capaz de hacer ningún tipo de bien, sea el *natural*, como la práctica de vida sana, o el *cívico o moral*, comportándose con honestidad en una sociedad degenerada. Jesús mismo enseñó que hacer bien a quienes lo hacen a otros es algo natural entre los no regenerados (Lc. 6:33). El hombre no regenerado puede practicar lo que es bueno en la sociedad, hay quienes atienden por caridad a enfermos terminales, quienes donan sus órganos para salvar vidas y quienes dan sangre que se necesita para transfundir a otros que la necesitan como asunto vital. Con todo nada tiene que ver esto con la condición producida por el pecado en la vida de cada persona nacida en el mundo, que afectándola desde el inicio de su vida, la condiciona a ser lo que todos somos: “*muertos espirituales*”. Todo hombre confirmará luego con su vida, aún los más honestos, que son incapaces de alcanzar las dos metas que resumen la ley moral de Dios: amarlo a Él sobre todas las cosas y amar al prójimo como a uno mismo. La realidad pecaminosa del ser humano determina también la realidad de la muerte espiritual de todos. Debe tenerse presente que el hombre natural es incapaz de discernir las cosas de Dios porque, siendo necesario entenderlas espiritualmente, para él le son locura, esto es, imposibles de comprender (1 Co. 2:14). Al pecado recibido de origen, van añadiendo luego en la práctica cotidiana de la vida, los propios delitos y pecados personales, cuya sentencia, establecida por Dios, es la muerte.

2. En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.

ἐν αἷς ποτε περιπατήσατε κατὰ τὸν αἰῶνα τοῦ κόσμου
 en los que en otro tiempo anduvisteis según el tiempo del mundo
 τούτου, κατὰ τὸν ἄρχοντα τῆς ἐξουσίας τοῦ ἀέρος, τοῦ πνεύματος
 este conforme al jefe de la autoridad del aire el espíritu
 τοῦ νῦν ἐνεργοῦντος ἐν τοῖς υἱοῖς τῆς ἀπειθείας
 el ahora que actúa en los hijos de la desobediencia.

Notas y análisis del texto griego.

En vinculación directa con el versículo anterior continúa: ἐν, preposición de dativo *en*; αἷς, caso dativo femenino plural del pronombre relativo *los que*; ποτε, adverbio *en otro tiempo*; περιπατήσατε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *anduvisteis*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; αἰῶνα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*, en sentido de *forma* o de *curso* propio; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; κόσμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *mundo*; τούτου, caso genitivo masculino singular del pronombre demostrativo *este*; κατὰ, preposición de acusativo, *conforme*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἄρχοντα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *autoridad, jefe, gobernante*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐξουσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *autoridad*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; ἀέρος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *aire*; τοῦ, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *el*; πνεύματος, caso genitivo neutro plural del sustantivo *espíritu*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; νῦν, adverbio de tiempo *ahora*; ἐνεργοῦντος, caso genitivo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo ἐνεργέω, *obrar, operar, energizar, mostrar el poder, actuar*, aquí *actúa*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; υἱοῖς, caso dativo masculino singular del sustantivo *hijos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀπειθείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *desobediencia*.

Ἐν αἷς ποτε περιπατήσατε κατὰ τὸν αἰῶνα τοῦ κόσμου. La evidencia del estado de muerte que se ha considerado en el versículo anterior se manifiesta en la forma de *andar*, consistente en seguir la forma natural del mundo. Nótese que no se trata de comportamiento puntual, o incluso generalizado, sino de un estilo de vida, que es aquí el sentido del verbo andar. El hombre natural es, por principio de condición espiritual, un muerto que discurre en el mundo de la muerte. El apóstol trata de establecer una separación entre el *antes* y el *después* del encuentro con Cristo. A eso se refiere en la utilización del adverbio⁴ traducido como *en otro tiempo*, literalmente *otrora*. La conversión traslada al creyente a otro mundo y a otro tiempo, ambos nuevos en el Salvador, nuestro Señor Jesucristo. El que ha sido identificado con Cristo y bautizado en Él, lo ha sido bautizado en su muerte que, como la gran paradoja en la Biblia, libera al muerto de su condición de muerte para darle vida en Jesús (Ro. 6:3-4). Hay dos tiempos bien marcados en la experiencia del creyente: el que anduvo en el mundo y el de la nueva vida en Cristo (Ti. 3:3-7).

⁴ Griego ποτε.

El verbo *andar*⁵ es el término adoptado -como se dice antes- para designar el vivir. Ese término y en esa manera se usa en la LXX para trasladar el significado de *estilo de vida*, sobre todo en los Salmos, pero, también es el término habitual en Pablo en ese mismo sentido, donde aparece treinta y dos veces, para referirse a la conducta de la persona (cf. Ro. 6:4; 8:4; Ef. 2:10; 4:1, 17; 5:2, 8, 15; Col. 1:10; 2:6; 3:7; etc.). La forma de vida de los creyentes antes de la experiencia salvífica en Cristo, era vivir como muertos o, si se prefiere mejor, vivir en la esfera de la muerte. Al ser el ambiente natural y propio de la naturaleza caída, era el modo de vida propio de quien está muerto en sus delitos y pecados. Esa era la forma natural y propia de cada uno de los que ahora son creyentes. Estos, ahora creyentes, vivía en otro tiempo según -literalmente- τὸν αἰῶνα τοῦ κόσμου, “*el tiempo del mundo*”, en el sentido de una época en la experiencia de la vida, lo que equivaldría a decir “*en armonía con la forma de la época*” en plena identificación con el espíritu que marca el alejamiento de Dios y la rebeldía contra Él. El sentido *mundo* aquí tiene que ver con la esfera perfectamente organizada establecida para oponerse a Dios y a su voluntad. Es un sistema espiritual debidamente organizado y dirigido por Satanás, de modo que este sistema descansa “*en el maligno*”, es decir, está cómodamente instalado en el regazo de Satanás y actúa conforme su voluntad (1 Jn. 5:19). El mundo tiene un sistema de sabiduría contrario a Dios: “*Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios*” (1 Co. 3:19). Junto con el sistema de sabiduría contrario a Dios, el mundo tiene también un sistema moral corrupto (1 Co. 5:10). Todo el cosmos de pecado se opone abiertamente a Dios, aborreciendo a Jesucristo (Jn. 7:7; 15:18). Ese sistema es utilizado por Satanás para sus propósitos (Jn. 8:44). Como causa el mundo es una esfera de enemistad contra Dios (Stg. 4:4; 1 Jn. 2:15).

Otro elemento en el versículo al que debe prestársele atención es que, quienes vivían en la esfera de la muerte espiritual, estaban sujetos en obediencia al “*jefe del poder del aire*”, κατὰ τὸν ἄρχοντα τῆς ἐξουσίας τοῦ ἀέρος, literalmente *conforme al jefe de la autoridad del aire*. ¿En que sentido debe entenderse el término *aire*? ¿Se trata del lugar físico que rodea al planeta y que se utiliza para referirse a la expansión sobre este o, como llaman algunos, el cielo de las aves? ¿Es tal vez una forma figurada del lenguaje para aludir a la *atmósfera moral* de la época en que se desarrolla la vida? El lenguaje figurado debe ser determinado por el mismo contexto en que se encuentra, por tanto, aquí no hay ninguna razón para que se *espiritualice* el término, se trata, por tanto, del aire o atmósfera que rodea el mundo físico. Más adelante el apóstol sitúa las huestes de maldad en las regiones celestes, en sentido de estar fuera de la tierra, lugar al que los judíos llamaban el *primer cielo*. En este lugar, está situado el cuartel general de aquel a quien Pablo llama aquí ἄρχοντα τῆς ἐξουσίας τοῦ

⁵ Giergo περιπατέω.

ἄερος, *el jefe del poder del aire*. Ahora bien ¿en qué sentido debe ser entendido esto? El apóstol está generando una idea en contraste: por un lado está el reino de las tinieblas en donde ejerce autoridad el *jefe del poder del aire*, y por otro lado el *reino del Hijo*, reino de luz y de obediencia (Col. 1:13). El *jefe* o *príncipe* del poder del aire, en abierta oposición contra Dios, conduce a los que está bajo su autoridad en desobediencia permanente a Dios. Es en el aire donde está este querubín caído, en unión de los otros ángeles caídos que le siguen. Este es el *jefe del poder del aire*, que impone su poder desde la esfera limítrofe al mundo, siendo tan invisible la esfera como los demonios que operan en ella. Este *jefe* o *príncipe del poder del aire*, no es otro que aquel que es capaz de dominar esa dimensión.

Todavía añade algo más: es τοῦ πνεύματος τοῦ νῦν ἐνεργοῦντος ἐν τοῖς υἱοῖς τῆς ἀπειθείας, “*el espíritu que ahora opera o actúa en los hijos de desobediencia*”. El maligno opera actuando en quienes son desobedientes por condición natural heredada del primer desobediente en el ámbito de los hombres que fue Adán. Este espíritu llena a los hombres con la atmósfera insana de la práctica permanente de la desobediencia, estimulando en ellos lo que es propio de su herencia espiritual. Este sistema de rebelde desobediencia es aceptado por los hombres en una práctica de delitos y pecados, que se expresa en el versículo anterior, aceptándolo como la forma natural de interrelación entre ellos en la esfera del mundo en donde viven. La actuación del gobernante de la potestad del aire, está sobre los reinos de este mundo para oponerse a Dios (Jn. 12:31; 14:30). Por tanto, los creyentes ahora, vivían antes en oposición a Dios, teniendo otro dios, que es el “*dios de este siglo*” (2 Co. 4:4). El intento de Satanás es proyectar el mundo en el pensamiento de los no regenerados, como si se tratase de un sistema tan eterno como el mundo de Dios, haciéndose él, por contraposición con el verdadero y único Dios, un dios del mundo, o un dios en el mundo. Esto trae como consecuencia el rechazo de cualquier idea de sometimiento a Dios y de obediencia a Él (Mt. 6:24). La condición de los que ahora son salvos, en su tiempo en el mundo era la de servicio a Satanás como esclavos del pecado (Ro. 6:17; He. 2:14). Todos estábamos en nuestra experiencia de perdidos, bajo el maligno, el príncipe del cosmos (Jn. 8:34; 1 Jn. 5:19; 2 P. 2:19). La conclusión es sencilla: El hombre natural se niega a buscar a Dios viviendo en desobediencia (Ro. 3:10, 11). Fue así desde el mismo instante de la caída (Gn. 3:8). Además, el reino del mundo es el reino de las tinieblas, en contraste con el reino de Cristo, que es el reino de la luz. La luz revela las acciones pecaminosas del hombre, por tanto, éste siente aversión hacia Dios y no le busca para ocultar en las tinieblas sus propias manchas espirituales. Su propia naturaleza pecaminosa le hace amar más las tinieblas que la luz, a causa de la maldad de sus obras (Jn. 3:19). Pensar que el hombre de sí mismo quiere buscar a Dios, suponerle el más mínimo deseo de obediencia en el sentido bíblico de la palabra, es desconocer la naturaleza humana. A Dios se le

busca por amor, pero ningún hombre ama a Dios, ya que es incapaz de dejar de amarse a sí mismo, incluso los religiosos (Jn. 5:42). Esta es la mayor obediencia de la operatividad del *espíritu*, el *príncipe del poder del aire*, en los hijos de desobediencia. La expresión υἱοῖς τῆς ἀπειθείας, “*hijos de desobediencia*” es un hebraísmo que expresa la relación de dependencia de una causa principal. Son *hijos de desobediencia* porque su condición natural es la de desobediencia, de la que no pueden salir por sí mismos y que la expresan desobedeciendo. Es necesario entender que el hombre natural no es desobediente porque desobedece, sino que desobedece porque es desobediente. Como dice Hendriksen: “*Brotan de la desobediencia como si fuese su madre que les hubiese dado el ser*”⁶

3. Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

ἐν οἷς καὶ ἡμεῖς πάντες ἀνεστράφημεν ποτε ἐν ταῖς
 Entre los cuales también nosotros todos conduciéndonos entonces en las
 ἐπιθυμίαις τῆς σαρκὸς ἡμῶν ποιοῦντες τὰ θελήματα τῆς σαρκὸς
 deseos de la carne de nosotros haciendo las voluntades de la carne
 καὶ τῶν διανοιῶν, καὶ ἡμεθα τέκνα φύσει ὀργῆς ὥς καὶ οἱ
 y de los pensamientos y éramos hijos por naturaleza de ira como también los
 λοιποὶ
 demás.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con los detalles de la condición anterior de los creyentes escribe: ἐν, preposición propia que rige dativo *entre*; οἷς, caso dativo masculino plural del pronombre relativo *los cuales*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἡμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *nosotros*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; ἀνεστράφημεν, primera persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz pasiva del verbo ἀναστρέφω, *caminar, conducirse, portarse*, aquí *conduciéndonos*; ποτε, partícula enclítica que hace las veces de adverbio indefinido *alguna vez, un día, una vez, en cierta ocasión, también entonces*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπιθυμίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *deseos, ambiciones, codicias, pasiones*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *carne*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ποιοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, realizar, producir, cometer*, aquí

⁶ W. Hendriksen. o.c., pág. 125.

como *haciendo*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; θελήματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *deseos, voluntades*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; σαρκὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *carne*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado *de la*; διανοιῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *modo de pensar, pensamientos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἤμεθα, primera persona plural del imperfecto de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí *éramos*; τέκνα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *hijos*; φύσει, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *por naturaleza*; ὀργῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de ira*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; καὶ, adverbio de modo *también*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λοιποί, caso nominativo masculino plural del adjetivo *demás*.

Ἐν οἷς καὶ ἡμεῖς. Los que vivían bajo el control del *príncipe del poder del aire*, lo hacían bajo las medidas espirituales impuestas por él, de modo que cumplían los requisitos y exigencias de *la carne*. Esta situación espiritual comprendía no sólo a los gentiles, sino también a los judíos, de ahí el pronombre personal *nosotros* que acompañado del adjetivo indefinido *todos*, expresa la totalidad de los hombres sin excepción. Antes de la regeneración espiritual en el nuevo nacimiento todos nos conducíamos en un mismo estilo de vida, perteneciendo al grupo de rebeldes contra Dios, sin distinción en cuanto a la práctica del pecado esclavizante en sus múltiples expresiones. Alguno podrá pensar que los judíos no eran tan corruptos como los gentiles, ya que el mismo apóstol dice que él era *irreprensible en cuanto a la ley* (Fil. 3:6). Pero debe entenderse que tanto los gentiles en sus pasiones y vicios manifestos, como los judíos que confiaban en la salvación como recompensa a los méritos personales guardando todas las disposiciones establecidas en la Ley, estaban actuando conforme a la carne. Los primeros en sus concupiscencias, los segundos desechando la justicia de Dios para establecer la suya propia. Pablo afirma que todos, tanto los judíos como los gentiles se conducían en las concupiscencias, esto es, en las pasiones propias de la carne.

La gran evidencia de la primera expresión del versículo tiene que ver con la naturaleza de pecado transmitida a todos los hombres. La realidad del pecado que se originó en Adán fue transmitida a todos los hombres que potencialmente estaban en él y recibieron en él dicha contaminación, generando la naturaleza pecaminosa, cuya resolución se produce en el nuevo nacimiento. Una de las pruebas más sencillas y a la vez más elocuente tiene que ver con la muerte, de lo que ya se consideró antes, en sus tres niveles: la espiritual como resultado del pecado, la física consecuencia de la anterior y la segunda o definitiva como expresión perpetua del estado de muerte espiritual. El pecado produce una condición de ceguera espiritual que impide al hombre natural entender y buscar

las cosas de Dios, añadido a esto la acción del *dios de este siglo*, que cegó el entendimiento de los pecadores (2 Co. 4:4). Por esa razón se anunció proféticamente que el Mesías sería enviado para “*que abra los ojos de los ciegos*” (Is. 42:7). Algunos pasajes relacionados con la regeneración espiritual se presentan como una *iluminación*, a causa del pecado que es ceguera (Ef. 5:14; 1 Ts. 5:5; etc.). Insistiendo más se habla de un entendimiento entenebrecido (Ef. 4:18), lo que equivale a una mente *reprobada* (Ro. 1:28). A entenebrecimiento debe añadirse también la *insensibilidad*, que actúa sobre la conciencia, de modo que sin aniquilarla o extinguirla la insensibiliza a todo cuanto tiene que ver con Dios y sus demandas, actuando a modo de cauterio, de ahí que el apóstol Pablo diga que los no regenerados tienen la “*conciencia cauterizada*” (1 Ti. 4:2). El pecado corrompe, por tanto, la mente y la conciencia (Tit. 1:15), lo que conduce a un *envanecimiento* de la forma de razonar (Ro. 1:21). Esta conducta pecaminosa genera una voluntad contraria a Dios en una esfera de *enemistad* con Él (Ro. 8:7). Por esa causa Santiago advierte que “*la amistad con el mundo es enemistad contra Dios*” (Stg. 4:4). Esa enemistad se convierte en *aversión*, negándose a cualquier relación con Dios y mucho más a aceptar su llamado, de ahí que Jesús dijese: “*y no queréis venir a mí para que tengáis vida*” (Jn. 5:40). Esta condición alcanza, como afirma el texto, a todos ya que cada uno es formado en maldad y concebido en pecado (Sal. 51:5). Aunque no se trata aquí de un estudio sobre el pecado, el versículo que se considera hace necesaria una extensión en este asunto para llegar a entender correctamente la conclusión del apóstol. Este estado espiritual se conoce como *depravación humana*. Sin duda es una doctrina que no satisface en modo alguno al hombre natural, porque le despoja de su arrogancia y le sitúa en el plano en que está a consecuencia de su pecado. No cabe duda que la doctrina de la depravación del pecador se entiende mal y es rechazada por muchos. Cuando se habla de *depravación espiritual del pecador*, no se quiere decir que el hombre natural, no regenerado, carezca de todo conocimiento a cerca de Dios, ya que la Biblia enseña que Dios no ha dejado a nadie sin conocimiento de Él (Ro. 1:18-21). Tampoco significa que el pecador no tenga conciencia que le haga distinguir entre el bien y el mal (Jn. 8:9; Ro. 2:15). Ni quiere decir que no sienta ningún tipo de admiración por la virtud o que tenga necesariamente que caer en los más abyectos crímenes y las más degeneradas formas de pecar. Tampoco supone que el hombre no pueda hacer el *bien natural*, practicar la justicia civil, e incluso ser religioso (Mt. 7:22-23). La *depravación espiritual del pecador*, debe entenderse como que el hombre no regenerado tiene afectadas todas sus facultades por el pecado, de modo que es incapaz de hacer ningún bien en correcta relación con Dios (Ef. 4:18). Este estado destituye radicalmente de todo ser humano el verdadero amor a Dios que Él demanda, amándose a sí mismo y a otros más que a Dios y sintiendo aversión contra Él (Mal. 1:6; Jn. 5:42). Todo este entramado pecaminoso que afecto al hombre determina una *incapacidad total* para superarla personalmente.

El hombre no regenerado no puede hacer ningún acto, por insignificante que sea, que responda a las demandas expresadas por Dios en su Ley, de modo que si no puede cumplir el resumen, tampoco puede cumplir la totalidad (Mt. 5:43; 19:19; 22:39; Mr. 12:31; Lc. 10:27; Ro. 13:9; Gá. 5:14; Stg. 2:8). El pecador no puede cambiar su natural preferencia hacia el pecado y dejar su *yo* para amar a Dios. Es incapaz de una vida espiritual victoriosa conforme a las demandas y voluntad divinas (Ro. 7:19; 8:7, 8; 1 Co. 2:14), por tanto, es incapaz de ir al Salvador sin la ayuda divina (Jn. 6:44). Esta situación afecta notablemente al *libre albedrío*, ya que para que haya un *libre albedrío*, tiene que haber también la capacidad del hombre para actuar sin condicionante alguno, situación que ha dejado de existir desde el momento de la caída. Desde entonces la libertad humana está orientada al mal a consecuencia de la naturaleza adámica heredada (Jn. 8:34).

El resultado de esta situación y condición personal y espiritual, que alcanza a todos se hace evidente ya que πάντες ἀνεστράφημεν ποτε ἐν ταῖς ἐπιθυμίαις τῆς σαρκὸς ἡμῶν, “*todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne*”. El término *carne* adquiere en la teología paulina un sentido espiritual de oposición abierta y manifiesta contra Dios, en actos contrarios a su voluntad. En el Nuevo Testamento el término se usa para referirse a cuatro aspectos: 1) A la parte *material* del hombre, que equivale a *cuerpo* (Hch. 2:30-31; Gá. 1:16; 4:14; Ef. 6:12). Incluso, en este sentido, adquiere la equivalencia a *naturaleza humana*, de tal manera se aplica a la encarnación del Verbo de Dios (Jn. 1:14; 1 Ti. 3:16; He. 5:7). 2) Se utiliza también para designar parentesco (Ro. 1:3; 4:1; 9:5; 11:14; 1 Co. 10:18). 3) Otras veces se aplica a las relaciones y clasificaciones humanas (Is. 40:6; 1 P. 1:24, 25). 4) La utilización más notable es la que hace referencia a la parte inmaterial del hombre, con significado especialmente ético y moral (Ro. 7:18). Es necesario entender el desarrollo espiritual de este concepto. La *carne* forma parte de la naturaleza caída del hombre y es propia tanto del creyente como del no creyente (Ro. 7:5, 14, 15) y está plenamente identificada con la condición pecaminosa del hombre (Ro. 7:5; 8:6, 7; Gá. 5:19ss; 6:8). La *carne* es la parte del hombre que, por causa de la caída, se opone a Dios y a su santidad, generando obras reprobables delante de Él (Gá. 5:19-21). La *carne* tiene una intencionalidad (pensamiento) antdivino, con una sabiduría opuesta y que se opone a la sabiduría de Dios (1 Co. 1:18-21, 26-29; 2:5). Las tendencias pecaminosas de la carne se expresan en el hombre por medio de su mente, en cuanto a pensamientos, y de su cuerpo, en cuanto a acciones (Ro. 7:8; 2 Co. 7:1). La condición pecaminosa de cada hombre lo conduce a la carnalidad, propia de ella, por eso dijo el Señor: “*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*” (Jn. 3:6). La carne opera en el hombre los deseos concupiscentes que conducen a acciones pecaminosas (Stg. 1:14). Esta acción de la carne en el hombre se manifiesta en distintas formas que la

Biblia llama las *obras* de la carne (Gá. 5:19-21). Todos nosotros ποιῶντες τὰ θελήματα τῆς σαρκὸς, *hacíamos la voluntad de la carne*, que generaba los pensamientos: καὶ τῶν διανοιῶν, “*y de los pensamientos*”. Estos pensamientos generaban luego las acciones que procedentes de la carne eran, por esa razón, pecaminosos.

La *carne* actúa generando los deseos pecaminosos en el hombre, que son actos absolutamente volitivos de la persona, por tanto, la consecuencia natural de esta situación es que el hacer la *voluntad* de la carne y aceptar *los pensamientos* que se producen por su acción, la ira de Dios, como expresión de la reacción de su santidad ante el pecado, es común y alcanza a todos los hombres no regenerados. El apóstol dice: καὶ ἡμεθα τέκνα φύσει ὀργῆς ὡς καὶ οἱ λοιποί, “*que éramos por naturaleza hijos de ira lo mismo que los demás*”. Una situación común a todos los hombres sobre quienes pesa el juicio divino por el pecado (Jn. 3:36; Ro. 1:18). La ira es común a todos los hombres, sean gentiles o sean judíos, situando Dios a todos bajo condenación (Col. 3:6), no sólo por nacimiento, sino por práctica pecaminosa personal. Quiere decir el apóstol que desde el instante del nacimiento de una persona humana, por causa del pecado original recibido por vinculación con Adán, el hombre es ya un *hijo de ira*. La conducta de todos los hombres y, por tanto, de todos los creyentes antes de su experiencia en el nuevo nacimiento, se caracterizaba por las manifestaciones pecaminosas de la carne, de modo que, de lo que se hacía se pasa a lo que se era: τέκνα ὀργῆς, “*hijos de ira*”. El apóstol añade un paso más a la situación espiritual del no regenerado que de *hijos de desobediencia*, pasan a ser *hijos de ira*, en relación íntima con la manera de vivir. De ahí que esta *forma, manera* de vivir, sea el documento acusador que se podía exhibir ante la justicia de Dios y que propiciaba la expresión justa de su santa ira. El apóstol utiliza aquí un sustantivo⁷, traducido *por naturaleza*, que literalmente significa aquí *por lo que a nosotros respecta*, es decir, lo que nosotros éramos por nosotros mismos. De otro modo, lo que el hombre tiene de por sí, en contraste con lo que recibe o puede recibir de afuera. En ese sentido con el término el apóstol se refiere a la imposibilidad de la existencia humana de escapar a la ira de Dios. La conducta de los hombres trae sobre ellos la ira, que debe entenderse no sólo como una explosión de la justicia de Dios frente al pecado, sino como una *situación estable* de indignación por parte de Dios hacia el hombre en su condición caída en Adán (Ro. 5:12, 17-19), y su rebeldía personal para someterse a Dios. Eso es lo que el Señor Jesús dijo: “*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*” (Jn. 3:36). Pero, todavía debe considerarse el énfasis de la expresión *hijos de ira*, que no quiere decir simplemente que por causa del pecado manifestado en las obras de la carne el

⁷ Griego φύσει.

pecador se hace acreedor de la ira y, por tanto, es acreedor de la ira que debía caer sobre él, sino que de esa *ira* recibían la vida, como hijos de ella, que no es otra cosa que la muerte.

La condición del presente (2:4-6).

4. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó.

ὁ δὲ Θεὸς πλούσιος ὢν ἐν ἐλέει, διὰ τὴν πολλὴν ἀγάπην αὐτοῦ
 - pero Dios rico que es en misericordia por el grande amor de Él
 ἣν ἡγάπησεν ἡμᾶς,
 con el que amó nos.

Notas y análisis del texto griego.

El versículo introduce un contraste con lo que antecede: ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; πλούσιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *rico*; ὢν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *que es, siendo*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; ἐλέει, caso dativo neutro singular del sustantivo *misericordia, compasión*; διὰ, preposición de acusativo *por causa de, por amor a, por*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πολλήν, caso acusativo femenino singular del adjetivo *grande*; ἀγάπην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre reflexivo *el que*; ἡγάπησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *amó*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nos*.

Ὁ δὲ Θεὸς πλούσιος ὢν ἐν ἐλέει. Mediante una partícula conjuntiva que hace las veces de una conjunción adversativa, se introduce un contraste entre lo que antecede para quienes están muertos en delitos y pecados (v. 1) y bajo el control de la carne, siendo hijos de ira (v. 3), con lo que sigue que será el cambio por medio de la resurrección espiritual. La construcción de las oraciones tanto en este como en el versículo siguiente es un tanto imprecisa. La oración de participio “*rico en misericordia*”⁸ debe considerarse como descriptiva de lo que es Dios.

⁸ Griego: πλούσιος ὢν ἐν ἐλέει.

La partícula conjuntiva δε, *pero* establece, como se dice antes, el contraste entre dos posiciones y la reflexión entre dos pensamientos: El hombre es indigno de todo bien, pero... El hombre es depravado, pero... El hombre es impío... pero... El hombre es hijo de ira, pero... A pesar de todo lo que es, Dios que es rico en misericordia, va a proveer para él de una bendición infinita: la salvación por gracia. En ese sentido, como también se dice en el primer párrafo, en la construcción de la oración el sujeto que es Dios, debe vincularse con el verbo principal de la oración que se encuentra en el versículo siguiente. De modo que el complemento “*por el gran amor*”⁹, juntamente con la oración de relativo “*con que nos amó*”¹⁰ debe referirse al verbo *nos resucitó*, o *nos vivificó*¹¹ (v. 5).

La salvación es una manifestación de la misericordia divina. Misericordia es la expresión y acción de la actividad divina frente a la miseria humana. Sólo puede existir misericordia cuando hay un *miserable*. Dios, sin exigencia alguna, ama al caído, pecaminoso, rebelde y necesitado hombre, de otro modo, Dios ama al muerto en sus delitos y pecados que es, por propia condición, un acreedor de su ira en lugar de serlo de su amor. Una actuación semejante pone de manifiesto la dimensión del amor divino: Θεὸς πλούσιος ὢν ἐν ἐλέει, “*Dios es rico en misericordia*”. Los recursos de la riqueza en misericordia son tan infinitos como lo es Él mismo. Por tanto, la salvación, en sus múltiples expresiones o manifestaciones, es la consecuencia del amor de Dios. La inmensidad de su amor será considerada más adelante (3:14-19), por lo que es suficiente aquí una referencia a esa manifestación de Dios, que es suficiente con lo que el apóstol Juan dice: “*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados*” (1 Jn. 4:10). No se trata de un amor de correspondencia, sino de un amor incondicional, orientado hacia quienes nunca merecieron tal afecto. Es un amor eterno mostrado antes de cualquier evento, al que el apóstol se ha referido cuando mencionó la eterna elección en Cristo (1:4, 5). Poco saben de la Escritura aquellos que sostienen que el amor de Dios hacia el pecador es una reacción divina ante el mal humano. El amor de Dios en todas sus manifestaciones surge del propósito eterno para salvación.

5. Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).

καὶ ὄντας ἡμᾶς νεκροὺς τοῖς παραπτώμασιν συνεζωοποίησεν τῷ¹
 Y estando nosotros muertos en los delitos vivificó con -

⁹ Griego: διὰ τὴν πολλὴν ἀγάπην.

¹⁰ Griego: ἣν ἡγάπησεν ἡμᾶς.

¹¹ Griego: συνεζωοποίησεν.

Χριστῷ,– χάριτι¹ ἔστε σεσωσμένοι–
Cristo por gracia estáis siendo salvos.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ τῷ Χριστῷ, *con el Cristo*, caso instrumental asociativo, atestiguado en ⳧ A^{vid}, D, G^{gr}, K, P, Ψ, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 629^c, 630, 1241, 1739, 1877, 1881, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* it^{c, d}, dem, e, f, r1, w, x, z, vg^{ww}, goth, Hilario, Pelagio, Jerónimo, Teodoro^{lat}, Ps-Jerónimo, Casiodoro.

ἐν τῷ Χριστῷ, *en el Cristo*, lectura en p⁴⁶, B, 33, it^{ar}, g/v/r, vg^{cl}, cop^{sa, bo}, Ambrosio, Victorino-Roma, Efraín, Ambrosio, Crisóstomo, Juan Damasceno.

² χάριτι, *por gracia*, según lectura de p⁴⁶, ⳧, A, B, D², Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 263, 424, 459, 1175, 1241, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2200, *Biz [K L P] Lect* vg^{ww}, st, syr^h, geo, slav, Dídimo, Teodoro^{lat}, Theodoreto, Jerónimo.

χάριτι γάρ, *porque por gracia*, lectura de 256, 365, 436, 1319, 1573, 2127, vg^{ms}, syr^{pal}, cop^{sa}, arm.

οὗ χάριτι, *del que por gracia*, atestiguada en F, G, it^{ar}, b, d, f, g, vg^{cl}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Pelagio, Agustín.

Continuando sin interrupción con lo que antecede escribe: καὶ, conjunción copulativa y; ὄντας, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἶμί *estar*, aquí *estando*; ἡμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; νεκρῶς, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *muertos*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado declinado *en los*; παραπτώμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *ofensas, pecados*; συνεζωοποίησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo συζωοποιέω, *vivificar juntamente con, dar vida con*, aquí *vivificó con*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; –χάριτι, femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; ἔστε, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμί, *estar, ser*, aquí *estáis*; σεσωσμένοι–, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σώζω, *salvar*, aquí *siendo salvos*.

Καὶ ὄντας ἡμᾶς νεκρῶς τοῖς παραπτώμασιν. La acción divina en la salvación se produce en el tiempo en que los cristianos estaban en el pecado y bajo la ira divina. La muerte se produce como consecuencia del pecado, por tanto, todos están *muertos en delitos y pecados* (v. 1). Esa posición de muerte espiritual afecta a todos, tanto a *vosotros*, los gentiles (v. 1), como a *nosotros*, los judíos (v.5). Este versículo resuelve el paréntesis que comenzó en el v. 1.

Ese amor grande que se mencionó en el versículo anterior es el que impulsa a Dios a *vivificar* a quienes estaban, por condición natural, muertos delante de Dios y acreedores de la ira divina y no de la gracia salvadora.

Συνεζωοποίησεν τῷ Χριστῷ. El verbo de la oración principal es *vivificó*¹² que literalmente significa *dar vida con*, en este caso Dios da vida *con* Cristo, que lo hizo porque es *rico en misericordia*. Debe tenerse en cuenta que la *ira* no impide la *misericordia*, se diría más, la determina e impulsa. La oración se introduce mediante la conjunción *y*, situada en el texto griego al principio de la frase, pero, pudiera considerarse como un adverbio, en este caso *también*, de modo que incluiría la idea de que como Dios resucitó a Cristo, así *también* a nosotros, lo que se produce por el *gran amor* de Dios (v. 4). Más adelante volverá a relacionarse el amor que vivifica con el amor que propicia la *entrega* de Cristo, que se considerará entonces (5:2; 5:25). No es posible la vivificación sin la obra redentora que comporta también la resurrección del Salvador. El prefijo¹³ del verbo, indica claramente que la vivificación llevada a cabo por Dios, en su amor hacia los que estábamos muertos, se alcanza mediante la unión vital con Cristo. Esta acción de identificación y unión con Cristo se produce mediante la acción del bautismo del Espíritu (1 Co. 12:13). En la entrega del pecador al Salvador en un acto de fe, el Espíritu sitúa al nuevo creyente en Cristo, para que en contacto con Él, la vida de Dios, que es vida eterna, fluya hacia el salvo y se le comunique mediante la unión con el resucitado Salvador. La vida es dada al creyente por Dios, uniéndolo a Cristo quien provee vida eterna para Él (Jn. 1:4). La doctrina de la *identificación con Cristo* es la clave para entender la experiencia de vida nueva en el salvo (Gá. 2:20). Lo que el apóstol está enseñando es que la vida nueva, la vida eterna, se recibe solamente mediante la unión con Cristo, de otro modo, unidos al Hijo recibimos vida (Jn. 3:36a). Las consecuencias de la identificación con Cristo son primeramente el poder para dejar de servir a la carne y sus deseos (Gá. 5:24); en segundo lugar el poder para dejar la esclavitud que produce la sujeción a las ordenanzas humanas (Col. 2:20); y, en tercer lugar, el poder para dejar de ser esclavos al servicio del pecado (Ro. 6:18). Las consecuencias de la identificación en el Resucitado, conducen a una nueva posición, viviendo en el Espíritu y siendo morada de Él para una vida de justicia (Ro. 8:9, 10). Esta vida no es una reparación de la anterior propia de la naturaleza adámica, sino la dotación de una nueva vida procedente y vinculada con Dios mismo (1 Jn. 5:12), que no es otra cosa que la participación del salvo en la naturaleza divina (2 P. 1:4). El apóstol enfatiza el cambio de vida y, por tanto, de condición expresiva de esa vida por vinculación con Cristo: “*y juntamente con Él*”, quiere decir que, *al juntarnos*, esto es, *al unirnos* con Cristo, se recibe vida, que se

¹² Griego συνεζωοποίησεν.

¹³ Griego συν.

mantiene para siempre ya que la unidad del pecador creyente con el Salvador es efectuada por el Espíritu.

Un nuevo paréntesis cierra la oración principal del versículo: χάριτι ἐστε σεσωσμένοι “*por gracia sois salvos*”. Pasar de muerte a vida, lo que es lo mismo a *ser vivificado*, significa ser salvo por gracia. De esa gracia se ha considerado antes (1:6, 7), y esa gracia es otorgada en raudal infinito por Dios, que es *rico en misericordia*. Debe apreciarse que en el texto griego la fórmula *sois salvos*, los verbos están, el primero en presente de indicativo y el segundo como un participio perfecto en voz pasiva, para enfatizar la idea de una salvación efectuada pero que se proyecta indefinidamente, expresado mejor si se traduce como *estáis siendo salvos*. La salvación es definitiva desde el momento de la fe, pero el proceso de la salvación atraviesa por tres etapas, la de justificación en el pasado, la de santificación en el presente, y la de glorificación en el futuro. De ahí el sentido de que por la gracia de Dios sois salvos, pero también estáis en el decurso de la salvación. En la construcción griega el *perfecto* afirma plenamente y acentúa la realidad de la salvación que tuvo lugar en el pasado y se proyecta ya, sin pérdida posible para siempre. Una necesaria distinción tiene que ver también con los conceptos de *misericordia* y de *gracia*. La misericordia se compadece, la gracia perdona. Quiere decir esto que la salvación no descansa en ningún mérito o acción humana, sino plena, total y absolutamente en Dios mismo que la otorga, es decir, “*la salvación es de Dios*” (Sal. 3:8; Jon. 2:9).

6. Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

καὶ συνήγειρεν καὶ συνεκάθισεν ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν Χριστῷ
 Y resucitó con y sentó con en los lugares celestiales en Cristo
 Ἰησοῦ,
 Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva expresión de la obra de gracia se vincula con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa y; a la que sigue συνήγειρεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo συνεγείρω, *resucitar con*, aquí *resucitó con*; καὶ, conjunción copulativa y; συνεκάθισεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo συγκαθίζω, transitivamente *sentar con*, aquí *sentó con*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπουρανίοις, caso dativo neutro plural del adjetivo *celestiales*, en sentido de *lugares celestiales*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Καὶ συνήγειρεν. Al unir al pecador muerto con la vida en Cristo, se produce una verdadera resurrección espiritual (comp. Jn. 11:25, 26). Esta resurrección de entre los muertos espirituales, permite gozar de una *nueva vida* en Cristo, que genera un cambio de orientación hacia Dios y sus cosas (Col. 3:1-3). La vida de resurrección manifiesta al exterior la voluntad de Dios en un sometimiento pleno al Espíritu Santo, lo que cambia la condición de vida, de un estado de pecaminosidad, una continua desobediencia, haciendo la voluntad de la carne (vv. 2-3), a una forma de vida en la que el Espíritu reproduce el carácter moral de Jesús, al que los salvos están unidos, mediante el fruto que el mismo Espíritu produce en ellos (Gá. 5:22, 23), ocupándose el Espíritu de combatir y dominar la naturaleza carnal (Gá. 5:24). La transformación es evidente (Gá. 5:22-25).

Καὶ συνεκάθισεν ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ. Esta posición está bien enfatizada en el texto griego, ya que los dos verbos, tanto el *resucitar*, aquí *nos resucitó*¹⁴, y el *sentar*, aquí *nos sentó*¹⁵, tienen como complemento no solo *en los cielos*, o en *los lugares celestiales*, literalmente *en los celestiales*¹⁶, sino también *en Cristo Jesús*¹⁷, al final de la oración principal. Esto quiere decir que ambos acontecimiento, tanto el de resurrección espiritual, como el de posicionamiento celestial, se produce por vinculación con Cristo y unidad en Él. Por tanto, los muertos son vivificados en unión con Cristo y estos vivificados son trasladados a los cielos en Cristo Jesús. Por el bautismo del Espíritu llegan a un nuevo *ser en Cristo* y juntamente con Él se hallan en los cielos, donde se encuentran elevados óptica y personalmente, unidos en Cristo y con Cristo. Esta unidad con Cristo se ha considerado ya antes como el *cuerpo* cuya cabeza en Cristo, lo que equivale a la Iglesia como un cuerpo en Cristo. No cabe duda que esto constituye una posición de victoria ya que la Iglesia aparece en Cristo y con Cristo *sentada*. Jesús fue entronizado en razón de una obra terminada y una victoria alcanzada (Fil. 2:8-11). Por tanto, el creyente participa en esa victoria obtenida en plenitud, ocupando en Cristo y con Cristo una posición victoriosa (Gá. 5:1). Esto significa que los creyentes individualmente y la colectividad de ellos como cuerpo, son llevados siempre en triunfo en Cristo Jesús (2 Co. 2:14). Esta posición constituye la base de nuestras bendiciones presentes. Con Cristo hemos sido vivificados, resucitados y llevados a lugares celestiales (Ro. 6:5; 8:17; Col. 2:13; 3:1-3; 2 Ti. 2:12; Ap. 20:4). Esta vida, que es la propia y natural del creyente está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Sobre esto escribe Hendriksen:

¹⁴ Griego, συνήγειρεν.

¹⁵ Griego, συνεκάθισεν.

¹⁶ Griego, ἐν τοῖς ἐπουρανίοις.

¹⁷ Griego, ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ.

“Por supuesto que existe el factor tiempo. No recibimos toda esta gloria de una sola vez. Sin embargo, el derecho a recibirla en forma plena está asegurado y la nueva vida se ha iniciado. Aun ahora, nuestra vida esta escondida con Cristo en Dios. Nuestros nombres están escritos en los registros del cielo. Somos gobernados por normas celestiales y movidos por impulsos celestiales. Las bendiciones descienden constantemente sobre nosotros. La gracia de los cielos llena nuestros corazones. Su poder nos capacita para ser más que vencedores. Es a los cielos que nuestros pensamientos aspiran y nuestras oraciones ascienden”¹⁸.

La condición del futuro (2:7-10).

7. Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

ἵνα ἐνδείξῃται ἐν τοῖς αἰῶσιν τοῖς ἐπερχομένοις τὸ ὑπερβάλλον
 Para mostrar en los siglos los que vienen la supereminente
 πλοῦτος τῆς χάριτος αὐτοῦ ἐν χρηστότητι ἐφ’ ἡμᾶς ἐν Χριστῷ
 riqueza de la gracia de Él en bondad para nosotros en Cristo
 Ἰησοῦ.
 Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la manifestación de la gracia en salvación, añade: ἵνα, conjunción *para que*; ἐνδείξῃται, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo ἐνδείκνυμι, *demostrar, revelar, mostrar*, aquí *mostrar*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre personal *los*; αἰῶσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *siglos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐπερχομένοις, caso dativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἐπέρχομαι, *venir, sobrevenir, suceder*, aquí *que vienen, venideros*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ὑπερβάλλον, caso acusativo neutro singular del participio de presente en voz activa del verbo ὑπερβάλλω, verbo compuesto por ὑπερ, *sobre* y βάλλω, *arrojar*, traducido por *supereminente, incalculables*, aquí *supereminente*; πλοῦτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *riqueza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gracia*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἐν, preposición propia que rige dativo *en*; χρηστότητι, caso dativo femenino singular del sustantivo *bondad*; ἐφ’ forma que adopta la preposición de acusativo ἐπί por elisión de la ι final y asimilación de la π ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *sobre, a, en, junto a, ante, con base en, referente a, durante, además de, de, para, por, contra*; ἡμᾶς, caso

¹⁸ W. Hendriksen. o.c., pág. 130.

acusativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

Ἰνα ἐνδείξῃται ἐν τοῖς αἰῶσιν τοῖς ἐπερχομένοις. En la acción de resurrección espiritual y posicionamiento en Cristo de los creyentes está involucrado de forma esencial del amor de Dios. La traslación de una posición de muerte a otra de vida, y de una de ira a otra de bendición en los lugares celestiales en Cristo y con Cristo, ocurre para hacer patente o manifiesta la gracia de Dios. Es verdad que la glorificación de la Iglesia se producirá en el momento en que Jesús, Cabeza y Esposo venga a buscarla (1 Ts. 4:17), pero ya desde ahora y perpetuamente la Iglesia exhibirá como manifestación definitiva en los αἰῶσιν τοῖς ἐπερχομένοις, *siglos venideros*, τὸ ὑπερβάλλον πλοῦτος τῆς χάριτος αὐτοῦ, *la supereminente riqueza de Su gracia*, es decir, la impactante, o incalculable grandeza de la gracia divina que actuó en salvación y que salvó a quienes estaban, por derecho propio, condenados a eterna perdición. La Iglesia se convierte en exponente universal ante todos en el tiempo venidero que se proyecta a la perpetuidad de cielos nuevos y tierra nueva, haciendo visible la realidad de la gracia de Dios. Cuando Cristo se manifieste este ministerio de revelación perpetua de la acción de la gracia y de la bondad de Dios, tendrá especial incidencia (Col. 3:4). La Iglesia hace visible una manifestación divina que no podía mostrarse sino de esta forma: *la gracia*. Esta gracia transforma a perdidos en un cuerpo glorioso que es la Iglesia, a quien Dios presentará sin mancha ni arruga (5:27). Los mismos ángeles han podido contemplar la gloria de Dios, observar Su poder, pero no era posible una manifestación de la gracia, que se hiciera realidad inteligible para ellos, mientras no hubiera criaturas pecadoras que pudieran ser objeto de ella. Debe tenerse muy en cuenta la estructura gramatical del texto griego, y la conexión que tiene con cuanto antecede, de modo que los creyentes han sido trasladados a los cielos con Cristo, para que Dios muestre en ellos y por ellos la supereminente grandeza de su gracia.

Esta gracia superabundante, que cuando el pecado abundó sobreabundó para salvación (Ro. 5:20), se produce o sustenta, ἐν χρηστότητι ἐφ' ἡμᾶς ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, “*en bondad hacia nosotros en Cristo Jesús*”. Según la perspectiva del apóstol, la gracia no tiene limitaciones, “*y es tan rica que enriquece a cada corazón y vida que toca, llenándolo de maravilloso amor, gozo paz, etc*”¹⁹. La preposición expresa la forma en que se sustenta la obra de gracia con todas las bendiciones mencionadas, es decir, la modalidad en que se manifiesta la gracia de Dios. El significado del sustantivo traducido como

¹⁹ W. Hendriksen. o.c., pág. 131.

*bondad*²⁰, que expresa la idea no sólo de bondad, sino de *benignidad*, siendo su antónimo *severidad*. El apóstol está diciendo que la gracia llegó a nosotros en la *bondad* de Dios, y todo ello nos alcanza en Jesucristo. Es necesario recordar que la gracia misma nos visitó en el Verbo encarnado (Jn. 1:17). La irrupción de Cristo en la historia humana es manifestación de Dios en encuentro de gracia con los hombres. Es la gracia la que extiende al hombre los brazos de la misericordia para darle un abrazo de amor incomprensible en razón de quienes y como son los abrazados por Dios. Los trasladados en Cristo a los lugares celestiales son los destinatarios de esa gracia bondadosa. Esa misma gracia se exhibe en los agraciados desde los lugares en donde están puesto en Cristo hacia todo el universo de Dios, haciéndola patente en ellos. Esta manifestación de la gracia se lleva a cabo en la Iglesia y por medio de ella en la perspectiva de los tiempos existiendo para hacerla patente en los *siglos venideros*, como presencia de la gracia para los mundos o, si se prefiere mejor, para el universo venidero en toda la dimensión y sentido de la palabra. En esto se entiende que la Iglesia esté para *mostrar* esa dimensión de la gracia, que estando el verbo en voz media reflexiva, expresa una acción en provecho del que la realiza. Por tanto, la manifestación de la gloria de la gracia, alcanza en glorificación a Dios, de quien procede.

8. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios.

Τῇ γὰρ χάριτι ἐστε σεσωσμένοι διὰ πίστεως· καὶ τοῦτο οὐκ ἐξ,
 Porque por la gracia estáis siendo salvos por fe y esto no de
 ὑμῶν Θεοῦ τὸ δῶρον·
 vosotros de Dios el don.

Notas y análisis del texto griego.

Afirmándose en la acción de la gracia escribe: Τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; χάριτι, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; ἐστε, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *estar*, aquí *estáis*; σεσωσμένοι, caso nominativo masculino singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo σώζω, *salvar*, aquí *siendo salvos*; διὰ, preposición de genitivo *por*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τοῦτο, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo

²⁰ Griego χρηστότης.

determinado *lo*; δῶρον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *regalo, don*.

Τῇ γὰρ χάριτι ἐστε σεσωσμένοι. El apóstol vuelve a la afirmación sobre el modo de la salvación que ya se consideró antes (v. 5), *“porque por gracia estais siendo salvos”*. Pablo desea destacar la causa y razón de la salvación que es la gracia, por tanto sitúa la expresión al principio de la oración para darle una posición preeminente. Pablo destaca aquí que todo lo alcanzado en la experiencia de salvación y la salvación misma es solamente por la gracia de Dios. La gracia se anuncia como causa de la salvación en el mismo plan de redención, como el apóstol Pablo enseña: *“Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”* (2 Ti. 1:9). Es necesario enfatizar que todo cuanto tiene que ver con salvación procede absolutamente de Dios, como la Biblia enseña claramente: *“La salvación es de Jehová”* (Sal. 3:8; Jon. 2:9). El apóstol vincula la salvación con la gracia en todo el proceso desde la dotación del Salvador, en el cumplimiento del tiempo (Jn. 3:16; Gá. 4:4; 1 P. 1:18-20), pasando por la ejecución del sacrificio expiatorio por el pecado en la Cruz, luego el llamamiento a salvación, la regeneración espiritual y la glorificación final de los redimidos, está comprendido en un todo procedente de la gracia (Ro. 8:28-30). Cada paso en el proceso de salvación se debe enteramente a la gracia. Incluso la capacitación divina para salvación hace posible que el pecador desobediente por condición e hijo de ira por transgresión, incapaz de obedecer a cualquier demanda de Dios y mucho menos de entregarse personalmente en un acto de obediencia incondicional en el llamamiento divino a salvación, pueda llevarlo a cabo mediante la capacitación del Espíritu Santo (1 P. 1:2). El apóstol Pedro, en el versículo anterior, sitúa todo el proceso de salvación bajo la administración y ejecución de Dios, en un acto de amor benevolente que no es sino una manifestación expresiva de la gracia. Los sufrimientos del Salvador son también la consecuencia de la gracia (He. 2:9). La irrupción de Dios en Cristo, en la historia humana, tiene un propósito de gracia: *“Para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”* (He. 2:9). No hay duda que el escritor se está refiriendo a la obra sustitutoria de Cristo en la Cruz. La Cruz da expresión al eterno programa salvífico de Dios. En ella, el Cordero de Dios fue cargado con el pecado del mundo conforme a ese propósito eterno de redención (1 P. 1:18-20). Cuando subió a la cruz lo hizo cargado con el pecado del mundo (1 P. 2:24). En el texto griego se lee *“gustase la muerte por todo”*, lo que abre la dimensión no sólo de la redención del hombre, sino de la restauración de todas las cosas a Dios. La obra de Jesucristo es una manifestación de la gracia. Gracia es una de las expresiones del amor de Dios. Se ha procurado dar varias acepciones al término, pero, tal vez, la más gráfica sea definir la gracia como el *amor en descenso*. Cada vez que se habla de gracia hay un entorno de descenso

de Dios al encuentro del hombre en sus necesidades. Con el Verbo vino la gracia en plenitud (Jn. 1:17), y con ella el descenso del Hijo a la experiencia de limitación en la carne (Jn. 1:14). En otro lugar y como ejemplo, el apóstol Pablo habla de gracia con estas palabras: *“Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico”* (2 Co. 8:9). Nuevamente la idea de descenso, de anonadamiento, de desprendimiento rodea a la palabra gracia. No cabe duda que la gracia, como único medio de salvación, procede de Dios mismo y surge del corazón divino hacia el pecador, en el momento de establecer el plan de redención (2 Ti. 1:9). En razón de la gracia, Dios se hace encuentro con el hombre en Cristo, para que los hombres, sin derecho a ser amados, lo sean por la benevolencia de Dios, con un amor incondicional y de entrega. Dios en Cristo se entrega a la muerte por todos nosotros, para que nosotros, esclavos y herederos de muerte eterna, a causa de nuestro pecado, podamos alcanzar en Él la vida eterna por medio de la fe, siendo justificados por la obra de la Cruz (Ro. 5:1). La gracia en la esfera de la salvación adquiere tres momentos: Primero en el génesis de la gracia, que se produce en la eternidad, antes de la creación del mundo. En ese fluir de la gracia, que es amor orientado al desposeído y perdido, no está presente el destinatario de ella, que es el hombre, por lo que en espera del tiempo de los hombres, Dios deposita todo el infinito recurso de la gracia para salvación, en la Persona del Salvador, que, como Mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), manifiesta y otorga la gracia salvadora en la historia de los hombres, desde la caída en el pecado de nuestros primeros padres. Esa gracia se manifiesta en la Persona del Salvador cuando encarnándose viene al mundo con misión salvadora. El mismo hecho de la encarnación es la primera consecuencia operativa de la gracia para salvación. La revelación de Dios a la humanidad tiene lugar mediante la manifestación de Dios en humanidad. El Verbo de Dios crea, como Creador absoluto de cuanto existe, una naturaleza humana, en unidad de acción con el Padre, que le apropia de cuerpo (He. 10:5) y con el Espíritu que lleva a cabo la operación de concepción de esa naturaleza (Lc. 1:35), y esa naturaleza creada es asumida por el mismo Creador, que es el Verbo, que también la personaliza, para que pueda producirse con ella y en ella, el definitivo encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios. El hombre Jesús, que es Hijo consustancial con el Padre, se hace para siempre lugar de encuentro y de disfrute de la vida de Dios por el hombre. Eternamente la visión de Dios se llevará a cabo en la visión del Hijo de Dios encarnado, que hace visible al Invisible. El hombre creyente queda definitivamente establecido en el Hijo y, por tanto, afincado en Dios para disfrutar de la vida eterna que es la divina naturaleza (2 P. 1:4). Esa gracia salvadora se hace realidad y expresión en el hecho de que por ella, el Hijo *“gustase la muerte por todos”*. En segundo lugar la gracia salvadora es también la *gracia santificadora*. El hombre se salva sólo por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9), quiere decir esto, que solo la gracia y la instrumentalidad de la fe, hacen posibles la vida cristiana en la esfera de la

salvación experimental en el tiempo presente, que es la santificación. Hay cristianos que se salvan por gracia, pero quieren santificarse por obras personales en su propio esfuerzo. Solo la gracia, operando en el creyente hace posible el cumplimiento de las demandas de la vida de santificación. Es Dios, mediante su gracia, quien opera el querer y el hacer por su buena voluntad (Fil. 2:13). La gracia habilita los recursos necesarios para llevar a cabo la vida victoriosa que corresponde al nuevo nacimiento. El apóstol Pablo lo expresa contundentemente cuando dice: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Fil. 4:13). La gracia en la experiencia de la vida cristiana es una *gracia sustentante*. En medio de las dificultades propias del trayecto por el mundo, que es enemigo del cristiano a causa de su nueva vida, los recursos de la gracia siempre son más abundantes que las dificultades que puedan surgir, comprendiendo tanto las pruebas, como las tentaciones, y las persecuciones. Esa es la razón por la que Santiago dice: *“Pero Él da mayor gracia”* (Stg. 4:6), en una epístola cuyo entorno es de pruebas y dificultades. La gracia hace superable cualquier conflicto y cualquier dificultad. Eso se produjo inicialmente en relación con el pecado para salvación del pecador, porque *“cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”* (Ro. 5:20), y de la misma manera sobreabundará la gracia para dar el socorro oportuno en la vida cotidiana de la fe. La tercera dimensión de la gracia en salvación, es la *gracia glorificante*. Esa gracia alcanza el punto máximo de potencialidad en los recursos salvíficos, con la glorificación del creyente. El apóstol Pedro describe esto cuando dice: *“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado”* (1 P. 1:13). Vinculada a Cristo, la gracia se manifestó en su Persona, de manera que los que estuvieron cerca de Él vieron *“su gloria, como del Unigénito del Padre, lleno de gracia”* (Jn. 1:14). De la misma manera, se manifestará en la paruxia del Señor. En su venida para recoger a los creyentes, la glorificación de cada uno de ellos, para estar para siempre con Jesús (1 Ts. 4:17), será una manifestación de la gracia, vinculada a su Persona. El que como Dios se hizo hombre y entró en la experiencia de la temporalidad, siendo eterno, lo hizo para alcanzar a los temporales y comunicarles la experiencia de eternidad mediante la vida de Dios en ellos. La Escritura enseña que Dios es el Salvador de los pecadores. Nada más concreto que la afirmación bíblica: *“La salvación es de Jehová”* (Sal. 3:8). Esta afirmación expresa la verdad y realidad de la salvación. El Antiguo Testamento no difiere del Nuevo en cuanto a todo lo que es de salvación, salvo en la mayor extensión de la obra salvífica realizada definitiva y eternamente en la Cruz. El estudioso de la Palabra y el predicador del evangelio no deben apartarse ni un ápice de esta verdad. Quiere decir esto que no debe permitirse licencia alguna en introducir al hombre -en mayor o menor grado- como colaborador de Dios, aportando algo a la salvación, ni tan siquiera en el modo de apropiarse de ella. La planificación, consumación y aplicación de la salvación es de Dios, sólo y exclusivamente. El hombre recibe la salvación

apropiándose de ella por medio de la fe que, como todo lo que es de salvación, es don de Dios (Ef. 2:8-9). Todo el proceso de salvación de eternidad a eternidad obedece a la soberanía divina y se produce en razón del “*puro afecto de Su voluntad*” (Ef. 1:11). La salvación comprende también la vida de santificación, que será considerada en otro estudio, y que exige la ayuda del Señor para llevarla a cabo, al tratarse de quienes son “*hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*” (Ef. 2:10). La salvación es un don de Dios en su gracia y en modo alguno obedece a la más mínima acción que el hombre pueda realizar. La predicación de una salvación diferente cae dentro del mensaje que no es evangelio sino anatema (Gá. 1:8-9).

Διὰ πίστεως. Junto con la manifestación de la gracia que salva aparece la *fe*, como instrumento para alcanzar la salvación. Ambas cosas, tanto la gracia como la fe, son un don divino. La fe es el *medio* pero nunca la *causa* de la salvación. Nunca se lee en la Biblia que somos salvos *a causa* de la fe, sino *por medio* de ella. Dios que da todo cuanto es necesario para la salvación, como el Salvador, la obra salvadora (Gá. 4:4), la gracia de Su don, como se aprecia en el versículo que se comenta, da también el medio para apropiarnos de ella que es la fe. Algunos en un afán humanista afirman que en la salvación hay dos partes: por un lado la parte de Dios que es la gracia y por otra la parte del hombre que es la fe. Argumentan que el pronombre demostrativo *esto*²¹ es neutro, mientras que *fe* es femenino, por tanto *esto* es la gracia y la salvación, pero no la fe, de otro modo, Dios salva por gracia pero pone una condición que nace del hombre que es la fe. Es verdad que la responsabilidad de ejercer la fe y, por tanto, de creer es del hombre, sin embargo la fe, tanto en el inicio para justificación como en el progreso para santificación depende enteramente de Dios. En el texto griego, aunque *esto* es neutro no corresponde específicamente a la fe, sino al conjunto de la obra salvadora, como si dijese: “*eso de ser salvos por gracia mediante la fe, no es de vosotros, sino un regalo de Dios*”, por tanto la fe está incluida en el don. Esto concuerda radicalmente con la advertencia que el apóstol hace en el siguiente versículo, que “*no es por obras para que nadie se glorie*”, pretendiendo evitar que alguno pudiera decir: *por lo menos tengo el mérito de creer*”, lo que supondría un mermar gloria a Dios que en su gracia salva sin razón meritoria por parte del hombre. Es más *esto* puede referirse al *hecho* del ejercicio de la fe, es decir la fe queda sin actividad salvífica a menos que se ejerza. De alguna manera la idea más consecuente con el pensamiento general de Pablo es esta: Τῇ γὰρ χάριτι ἐστε σεσωσμένοι διὰ πίστεως· καὶ τοῦτο οὐκ ἐξ, ὑμῶν Θεοῦ τὸ δῶρον, “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y este ser salvos, no es de vosotros, sino un regalo de Dios*”. La fe es, por tanto, el medio instrumental que Dios da para alcanzar la salvación

²¹ Griego τοῦτο.

(Ro. 5:1). Es el canal por medio del cual se reciben los beneficios de la obra de Cristo, por tanto, es el único *medio* para salvación (Jn. 5:24; 17:3). No es posible que esta fe instrumental para salvación pueda proceder del hombre. En el ser humano está *la fe histórica o intelectual*, de modo que el hombre entiende y admite la verdad intelectualmente. Esta fe es humana, es decir, procedente del hombre, pero esta fe intelectual no salva (Mt. 7:26; Hch. 26:27-28; Stg. 2:19). Sin embargo ningún tipo de fe -pueden añadirse a la histórica o intelectual otros más- puede ser considerada como *fe salvífica*, que es la confianza en la verdad del evangelio y la aceptación personal del Salvador. Esta fe de entrega en renuncia del *yo* para aceptar el *Tú* de Cristo, no puede ser en modo alguno una obra humana. No está en la posibilidad del hombre natural no regenerado, porque no está en las obras muertas, que son las propias de quién está muerto en delitos y pecados (v. 1). Tampoco puede surgir de las obras de la carne, cuya descripción, por rebeldía contra Dios la excluye abiertamente (Gá. 5:21). Tampoco puede surgir del legalismo, el sistema de justificación personal que el hombre busca mediante su propia justicia, excluyendo la justicia de Dios (Gá. 2:16). Mucho menos puede estar en las obras *satánicas*, es decir, las obras que el hombre hace bajo la influencia de Satanás (Ef. 2:2-4). La fe no es una obra humana que el hombre pueda hacer, sino el acto de un alma vacía que recibe todo de Dios. No puede olvidarse que *creer* no es un asunto volitivo y potestativo del hombre, sino una concesión de la gracia (Fil. 1:29). Mediante la fe con que Dios nos dota, recibimos la justicia de Cristo (Ro. 5:1). Habiendo provisto Dios de todo cuanto es necesario para salvación, *manda* al hombre que crea (Hch. 17:30). Con todo, también es necesario entender que Dios no fuerza a creer. El ejercicio de la fe es siempre un acto humano, impulsado y ayudado por la gracia de Dios, en el poder del Espíritu Santo (1 P. 1:2). La gracia puede ser resistida en un acto de rebeldía y rechazo al don divino, negándose a creer (Jn. 3:36).

Ya se dijo antes que debe apreciarse que en el texto griego la fórmula *ἐστε σωμένοι*, *sois salvos*, los verbos están, el primero en presente de indicativo y el segundo como un participio perfecto en voz pasiva, para enfatizar la idea de una salvación efectuada pero que se proyecta indefinidamente, expresado mejor si se traduce como *estáis siendo salvos*. La salvación es definitiva desde el momento de la fe, pero el proceso de la salvación atraviesa por tres etapas, la de justificación en el pasado, la de santificación en el presente, y la de glorificación en el futuro. De ahí el sentido de que por la gracia de Dios *sois salvos*, pero también *estáis* en el decurso de la salvación. En la construcción griega el *perfecto* afirma plenamente y acentúa la realidad de la salvación que tuvo lugar en el pasado y se proyecta ya, sin pérdida posible para siempre.

9. No por obras, para que nadie se gloríe.

οὐκ ἐξ ἔργων, ἵνα μή τις καυχῆσθται.
 No de obras para que no alguno se jacte.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el argumento de la salvación por gracia añade: οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; ἔργων, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; ἵνα, conjunción *para que*; μή, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; καυχῆσθται, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo καυχάομαι, *gloriarse, ufanarse, sentirse orgulloso, jactarse*, aquí *se jacte*.

Con un deseo de enfatizar y concretar la expresión del versículo anterior: “*no de vosotros*”, añade ahora: οὐκ ἐξ ἔργων, “*no por obras*”. La salvación no viene del hombre sino de Dios, en ese sentido, no se inicia por actos humanos sino que procede enteramente del propósito divino, por tanto, *no procede de las obras*. Es interesante apreciar que *obras* está en plural, lo que conlleva a un sentido absoluto, en comprensión plena de cualquier clase de obra humana. Comprenden por tanto “*las obras de la ley*”²², ya que por ellas nadie puede justificarse delante de Dios (Ro. 3:20, 28; Gá. 2:16; 3:2, 5, 10). La ley está puesta no para justificar al hombre sino para revelarle la evidencia de su condición pecadora. Mucho menos, como se apuntó antes, puede referirse al obrar de la carne, o a las obras que surgen en por su impulso (Gá. 5:19). Otro obrar propio del hombre se designa como *obras de las tinieblas* (Ro. 13:12; Ef. 5:11). Una situación expresada incluso en las obras de la ley, esto es, descansando plenamente en ellas no permite al hombre alcanzar la salvación porque directamente produce un quebrantamiento sobre la base de la salvación que es la Persona y obra de Jesucristo, contra quien se estrella el que pretende una justificación por su propio esfuerzo en lugar de aceptar por fe la justicia de Dios (Ro. 9:31-32). Existe, pues, una absoluta incompatibilidad entre la gracia, que otorga la salvación sin mérito alguno basada en la obra de Dios, y las obras del hombre, incluidas las obras de la ley, que excluyen la gracia (Ro. 11:6). Es necesario entender que las *obras de la ley*, son aquellas que la Ley provoca y que se convierten en realizaciones del hombre. Por tanto, el apóstol apostilla que *no es de vosotros, no es por obras*. En las obras el hombre se confirma a sí mismo y se constituye en acreedor de lo que la obra pretende. No cabe duda que el hombre es siempre más que sus obras y que no puede juzgarse la plenitud humana por las obras que hace, pero, no cabe duda que las obras exteriorizan la realidad humana en confirmación personal de lo que es el hombre en sí mismo.

²² Griego τὰ ἔργα τοῦ νόμου.

“ἵνα μή τις καυχῇσθται. Si la salvación no procede -ni puede proceder- de las obras, no hay razón alguna para sentirse orgulloso o, como indica el verbo²³, *jactarse*. Esa es la razón por la que el apóstol pregunta retóricamente: “¿Dónde está pues la jactancia? *Queda excluida*. ¿Por cual ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe” (Ro. 3:27). Que tiene que ver con la exteriorización de los logros humanos, que impulsa al hombre a desechar lo que debe recibir de Dios, para vivir de sus aportaciones personales. Esa es la razón de la reprensión que el apóstol hace a los judíos, llenos de arrogancia personal basada en sus propios logros (Ro. 2:17, 23). El hombre de fe deja de confiar en la carne, esto es, en su propia justicia, para vivir en la jactancia o en el gloriarse, no en él, sino en Cristo y su obra (Fil. 3:3). Cualquier tipo de jactancia humana conduce a un engreimiento que distancia al hombre de la humildad. Sólo la gracia provisora de Dios, sólo la entrega del Hijo para nuestra salvación, solo el don de la fe, salva al hombre, de manera que la única gloria que brota de la obra salvadora proviene y es de Dios, de modo que “*el que se gloria gloriase en el Señor*” (1 Co. 1:31).

10. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

αὐτοῦ γάρ ἐσμεν ποίημα, κτισθέντες ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ ἐπὶ ἔργοις
 Porque de Él somos hechura creados en Cristo Jesús sobre obras
 ἀγαθοῖς οἷς προητοίμασεν ὁ Θεός, ἵνα ἐν αὐτοῖς περιπατήσωμεν.
 buenas las que preparó de antemano - Dios para que en ellas anduviésemos.

Notas y análisis del texto griego.

La conclusión final del párrafo se expresa con: αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; seguido de γάρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐσμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμί, *ser*, aquí *somos*; ποίημα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que se deriva de ποιέω, *hacer*, y que denota *hechura, aquello que es hecho*; κτισθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo κτίζω, *crear*, aquí *creados*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*, en sentido de *para*, como seguimiento a Cristo en sus obras; ἔργοις, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; ἀγαθοῖς, caso dativo neutro plural del adjetivo calificativo *buenas*; οἷς, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *los que*; προητοίμασεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo προετοιμάζω, *preparar de antemano*, aquí *preparó de antemano*; ὁ,

²³ Griego καυχάομαι.

caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre *Dios*; ἵνα, conjunción *para que*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτοῖς, caso dativo neutro plural del pronombre personal *ellos*; περιπατήσωμεν, primera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *anduviésemos*.

Αὐτοῦ γάρ ἐσμεν ποίημα, κτισθέντες ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ. La salvación es una obra de nueva creación que sólo Dios puede hacer y hace. Se debe hablar de creación puesto que se trata, no de una *reparación* de la vieja naturaleza, sino de la dotación de una nueva, en el *nuevo nacimiento*, que se produce *en Cristo Jesús*. Es creación porque el hombre no puede hacer nada para conseguirlo como tampoco pudo hacer personalmente nada para el nacimiento natural. Anteriormente se dice que los hombres estamos *muertos* en delitos y pecados (v. 1), siendo resucitados por Dios (v. 6), de modo que como nada puede hacer el muerto para adquirir vida por sí mismo o por su esfuerzo, así tampoco puede hacer nada en relación con la nueva creación. Los creyentes somos renacidos, creados por Dios en Jesucristo (1 P. 1:3, 23). Se trata, pues, del nuevo ser y criatura del cristiano, una realidad nueva, una regeneración o, si se prefiere mejor una *recreación* del hombre (Jn. 3:5). Esta nueva creación, dotada de nueva naturaleza y de nueva vida, que es vida eterna, se opera por Dios en Cristo Jesús, de quien toma vida ya que en Él esta la vida (Jn. 1:4). La vida recibida es la vida eterna, la participación en la divina naturaleza (2 P. 1:4). Por tanto esa nueva vida tiene una nueva manifestación en un obrar distinto. Antes dijo el apóstol que la salvación, con todo cuanto comporta, no se alcanza por *obras*, sino por gracia, pero ahora la gracia dota al creyente para que manifieste la condición de vida nueva por el nuevo nacimiento, en obras. El creyente es ποίημα, *hechura suya*, esto es, obra de sus manos (Sal. 100:3). Como nuevo hombre en Cristo el creyente es una nueva creación (2 Co. 5:17).

El objetivo para el tiempo actual es claro: ἐπὶ ἔργοις ἀγαθοῖς, “*para buenas obras*”. La preposición *para* en dativo indica finalidad. Literalmente esa preposición²⁴ significa *sobre*, en sentido conducirse en las pisadas de Jesús, que “*anduvo haciendo bienes*” (Hch. 10:38). Esta es la finalidad que Dios tiene con el nuevo nacimiento o la nueva creación en Cristo Jesús. Es preciso entender aquí que Dios no nos salva por obras, como el apóstol enseña antes, pero, nos salva *para* obras. La fe produce obras que ponen de manifiesto la realidad de esa fe. Una fe teórica que no produce efectos es una fe muerta (Stg. 2:17). De modo que como salvos por gracia, mediante la instrumentalidad de la fe, el creyente está en el camino de la vinculación con Cristo, por tanto, en el camino de la ejecución del buen obrar, equivalente a las buenas obras. El buen obrar es una forma visible de manifestar la santidad del llamamiento celestial a que los

²⁴ Griego, ἐπί.

cristianos son llamados, propia de quienes Dios eligió desde la eternidad (1:4). Si la Iglesia está destinada, conforme al propósito de Dios, “*las abundantes riquezas de la gracia*” (v. 7), el buen obrar hace visible la grandeza de esa gracia que transforma al hombre y cuya transformación solo puede compararse a un nuevo nacimiento. Como dice Schlier, “*es el esplendor y la luz de la gracia*”²⁵.

Estas *buenas obras* οἷς προητοίμασεν ὁ Θεὸς han sido *preparadas por Dios de antemano*. En unión vital con Cristo, no sólo el creyente está *capacitado* en Él para hacer buenas obras, sino que Jesús se convierte también en el ejemplo a seguir en la senda del bien obrar (1 P. 2:21). Con todo, esas obras no están preparadas de antemano para que las *hagamos*, sino para que ἴνα ἐν αὐτοῖς περιπατήσωμεν, *anduviésemos en ellas*. Andar aquí tiene sentido de *estilo de vida*. Las buenas obras, esto es, las *obras auténticas*, son aquellas que Dios ha determinado como tales, en cuya máxima expresión está el *andar* de Jesús. Dios estableció ese buen obrar para que cada creyente muestre en su vida la condición de lo que es ser una nueva criatura en Cristo. Esta nueva creación de Dios tiene necesariamente que *despojarse* del viejo hombre que tiene un modo de obrar propio de la naturaleza caída y que lo pone de manifiesto con las obras de la carne (Gá. 5:19-21), para *vestirse* del nuevo que se va renovando conforme a la imagen del que lo creó (Col. 3:9-10). Estando en Cristo como nuevas criaturas (2 Co. 5:17), habiendo sido resucitados en Él (v. 6), escondiendo Dios nuestra nueva vida con Él en Dios (Col. 3:3), somos de tal manera en Cristo que el camino de la vida cristiana no puede ser otro que el de la reproducción, o conformación a Cristo, en el poder del Espíritu. Ese es el destino final y definitivo que el Padre ha preparado para quienes son una nueva creación en Cristo (Ro. 8:29). La condición para poder llevar a cabo este propósito divino, en el camino de las buenas obras conforme a Jesucristo, no es otro que la vivencia personal de Jesús, esto es, que el Señor se haga vida en la vida del creyente por su Espíritu a fin de alcanzar lo que Pablo expresa como “*para mí el vivir es Cristo*” (Fil. 1:21). En la identificación vital con Cristo se alcanza la demanda de Dios para un *andar en buenas obras*. No se trata, pues, de que Dios haya almacenado obras buenas para que el creyente las use, sino que Él dispuso que el creyente *adopte* una conducta, forma de vida, consecuente con la fe, orientada al buen obrar, como corresponde a quien vive en Cristo y vive a Cristo (Gá. 2:20).

La unidad en un cuerpo (2:11-22).

Los gentiles sin Cristo (2:11-12).

²⁵ H. Schlier. o.c., pág.154.

11. Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne.

Διὸ μνημονεύετε ὅτι ποτὲ ὑμεῖς τὰ ἔθνη ἐν σαρκί, οἱ
 Por eso recordad pues en otro tiempo vosotros los gentiles en carne los
 λεγόμενοι ἀκροβυστία ὑπὸ τῆς λεγομένης περιτομῆς ἐν σαρκὶ
 llamados incircuncisión por la llamada circuncisión en carne
 χειροποιήτου,
 hecha a mano.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce un nuevo párrafo escribiendo: Διὸ, conjunción *por eso, por esa razón, por lo cual*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; μνημονεύετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo μνημονεύω, *recordar, acordarse*, aquí *recordad*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ποτὲ, adverbio, *en otro tiempo*; ὑμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *gentiles*; ἐν, preposición de dativo *en*; σαρκί, caso dativo femenino singular del sustantivo *carne*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; λεγόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *llamar*, aquí *llamados*; ἀκροβυστία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *incircuncisión*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; λεγομένης, caso genitivo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo λέγω, *llamar*, aquí *llamados*; περιτομῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *circuncisión*; ἐν, preposición de dativo *en*; σαρκί, caso dativo femenino singular del sustantivo *carne*; χειροποιήτου, caso genitivo femenino singular del adjetivo *hecha por mano, o hecha a mano*.

Διὸ μνημονεύετε ὅτι ποτὲ ὑμεῖς τὰ ἔθνη ἐν σαρκί, οἱ λεγόμενοι ἀκροβυστία ὑπὸ τῆς λεγομένης περιτομῆς ἐν σαρκὶ χειροποιήτου. A lo largo de lo que antecede el apóstol se estuvo refiriendo a las bendiciones alcanzadas por los creyentes de origen gentil, a causa de la obra realizada a su favor. Dios los eligió desde la eternidad, hizo posible su salvación por la obra redentora de Jesucristo, los adoptó en su familia y los ha hecho herederos con el Hijo. El aspecto espiritual de la obra divina es sorprendente, y excede en todo cuando pudiera pensarse incluso de la bondad divina. Sin embargo, no solo hay una posición espiritual, sino que también la bendición alcanza a aspectos históricos. Aquellos que no tenían derecho alguno por posición, son salvos juntamente con los procedentes del pueblo de Israel, sin distinción alguna entre ellos.

Una bendición semejante debe estar en el continuo recuerdo $\Delta\iota\omicron$ μνημονεύετε, *por eso recordad*, de quienes han sido salvos procedentes de la gentilidad, debiendo tener en cuenta la relación que había con Israel, en quien concurrían las promesas dadas a los patriarcas de la nación. La exhortación del apóstol es un llamamiento al cambio que se ha producido en las relaciones entre los gentiles a Israel. El verbo utilizado por Pablo y traducido como *recordar*²⁶, no es tanto el hecho mismo de *recordar*, en el sentido de una consideración mental sobre algo ocurrido, sino que tiene el sentido de *reflexionar*, en este caso concreto sobre la realidad efectiva de la relación actual comparada con Israel. La reflexión trae siempre una consecuencia con lo reflexionado. Este es el sentido del término en otros lugares, de modo que cuando *se recuerda* a los pobres se produce la consecuencia de buscar lo que necesitan para suplir las necesidades (Gá. 2:10), o cuando *se recuerda* la prisión de Pablo conduce a orar por él (Col. 4:18), de igual modo *recordarse* de Cristo, conduce a un compromiso personal con Él (2 Ti. 2:8). El recuerdo comienza por la condición que les era propia $\pi\omicron\tau\epsilon$, “*en otro tiempo*” y que se desarrollará en el siguiente versículo. Ellos antes no eran más que $\acute{\upsilon}\mu\epsilon\iota\varsigma\ \tau\acute{\alpha}\ \xi\theta\nu\eta\ \acute{\epsilon}\nu\ \sigma\alpha\rho\kappa\acute{\iota}$, “*gentiles en la carne*”, literalmente se lee “*gentiles en carne*”, aunque la ausencia del artículo se halla implícito en el uso atributivo de determinativos introducidos por preposición, como en este caso. Eran también $\omicron\acute{\iota}\ \lambda\epsilon\gamma\acute{\omicron}\mu\epsilon\nu\omicron\iota\ \acute{\alpha}\kappa\rho\omicron\beta\upsilon\sigma\tau\acute{\iota}\alpha$ *los llamados incircuncisos*, el calificativo que usaban para referirse a los gentiles aquellos que pertenecían a quienes eran *circuncidados* en la carne, esto es los judíos. El título *circuncisos* o *circuncidados* es la forma utilizada para referirse al conjunto de los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob. Incluso a los cristianos de origen judío se les llamaba *los fieles de la circuncisión* (Hch. 10:45). Los *de la circuncisión* era el calificativo para distinguir en general a los judíos de los gentiles (Hch. 11:2; Ro. 3:30; 4:9, 12; 15:8; Gá. 2:7-8, 12; Col. 3:11; 4:11; Tit. 1:10). Con todo hay un sentido más amplio aquí, ya que Pablo se refiere a los que llamaban *incircuncisos* a los gentiles, que eran $\acute{\upsilon}\pi\omicron\ \tau\eta\varsigma\ \lambda\epsilon\gamma\omicron\mu\acute{\epsilon}\nu\eta\varsigma\ \pi\epsilon\rho\iota\tau\omicron\mu\eta\varsigma\ \acute{\epsilon}\nu\ \sigma\alpha\rho\kappa\acute{\iota}\ \chi\epsilon\iota\rho\omicron\pi\omicron\iota\eta\tau\omicron\upsilon$ los llamados *la circuncisión hecha con mano*, o *hecha a mano en la carne*, que adquiere un sentido peyorativo, concebida como una simple señal marcada en la carne sin tener en cuenta que la verdadera circuncisión es la obra por Dios en el corazón (Lv. 26:41; Dt. 10:16; 30:6; Jer. 4:4; Ez. 44:7). En el pensamiento de Pablo está la distinción que marcaban los judíos de los gentiles y que los llevaba a considerar inmundos a los gentiles, a quienes llamaban *perros*, no a causa de la posición espiritual, sino simplemente en relación con la *marca* en la carne de la circuncisión, de otro modo, la circuncisión era simplemente una operación de cirugía menor, un corte de la dermis, algo exterior y no interior. La diferencia se implantaba en el hecho de ser circuncisos o incircuncisos, olvidando que la circuncisión o la incircuncisión son signos visibles de la verdadera diferencia

²⁶ Griego μνημονεύω.

entre los judíos y los gentiles en el sentido histórico, siendo los primeros los herederos de las promesas y los segundos los ajenos a los pactos. Esto llevará, en la reflexión que Pablo establece, a entender la grandeza de la obra que Dios ha llevado a cabo y que alcanza a los gentiles. Hasta el momento de la obra de la Cruz o, si se prefiere más concretamente a la irrupción salvífica de Dios en la historia humana (Gá. 4:4), el pueblo de Dios era Israel. Aquel simbolismo de la valla que separaba el atrio de los gentiles del resto del templo y que impedía a estos el acceso a los lugares reservados para los israelitas, concluyó cuando en la Cruz se lleva a cabo la unidad de todos los hombres salvos, tanto judíos como gentiles, en un solo pueblo haciendo de ambos un nuevo hombre.

12. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

ὅτι ἦτε τῷ καιρῷ ἐκείνῳ χωρὶς Χριστοῦ, ἀπηλλοτριωμένοι τῆς
 Pues estabais en el tiempo aquel sin Cristo excluidos de la
 πολιτείας τοῦ Ἰσραὴλ καὶ ξένοι τῶν διαθηκῶν τῆς ἐπαγγελίας,
 ciudadanía - de Israel y extranjeros de los pactos de la promesa
 ἐλπίδα μὴ ἔχοντες καὶ ἄθεοι ἐν τῷ κόσμῳ.
 esperanza no teniendo y sin Dios en el mundo.

Notas y análisis del texto griego.

En el llamamiento a la reflexión de lo que los gentiles eran, puntualiza aquí: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἦτε, segunda persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἶμί, *estar*, aquí *estabais*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *en el*; καιρῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; ἐκείνῳ, caso dativo masculino singular del pronombre demostrativo *aquel*; χωρὶς, preposición propia que rige genitivo, *sin, aparte de, sin contar con*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἀπηλλοτριωμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀπαλλοτριόω, *excluir, alejar*, aquí *excluidos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; πολιτείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ciudadanía*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Ἰσραὴλ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Israel*; καὶ, conjunción copulativa y; ξένοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *extranjeros, extraños*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; διαθηκῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo que denota *alianza, pacto*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*; ἐλπίδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *esperanza, confianza*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἔχοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *teniendo*; καὶ, conjunción copulativa y; ἄθεοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *ateos*, en sentido de *sin Dios*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino

singular del artículo determinado *el*; κόσμῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *mundo*.

“Ὅτι ἦτε τῷ καιρῷ ἐκείνῳ. La reflexión demandada comienza por considerar un tiempo histórico determinado que se expresa como *en aquel tiempo*, en una clara referencia al espacio temporal en el que vivían -los que ahora eran cristianos- antes de la salvación. Esa situación se define como que ἦτε χωρὶς Χριστοῦ, “*estabais sin Cristo*”. La construcción gramatical en el texto griego utiliza una preposición propia²⁷ que tiene el sentido de *separado de, alejado de*, o simplemente *sin*. Ahora bien: ¿En que sentido puede existir un contraste entre los gentiles y los judíos en el tiempo pasado en relación con Cristo? En cierta medida Israel tenía a Cristo en la Ley, en los profetas y en la promesa que Dios había dado a los padres. La Ley y los profetas *testificaban* de Cristo (Ro. 3:21-22). Incluso las promesas dadas a Abraham se referían a su descendencia, “*la cual es Cristo*” (Gá. 3:16). Simbólicamente la roca que les seguía en el desierto, de donde brotaron aguas para satisfacer la sed física de aquellos, se dice que era Cristo (1 Co. 10:4). Aunque Cristo no había venido todavía, ellos, potencialmente lo tenían ya. Abraham, el patriarca de la nación, había visto por la fe el día del Mesías y lo había saludado de lejos alegrándose en Él (Jn. 8:56). Además de esto, siendo Cristo descendiente de Abraham, según la carne, estaba potencialmente en ella al proceder todos de Abraham, en cuanto a descendencia humana (Ro. 9:5). El contraste que el apóstol quiere destacar como vehículo de *recuerdo-reflexión*, es que los gentiles estaban *sin Cristo*. Anteriormente el apóstol se refirió a la unidad de todos los creyentes en Cristo, por tanto, antes de la experiencia de salvación que une a todos en un cuerpo cuya cabeza es Cristo mismo (2:22), los gentiles estaban *sin Cristo* como base y fundamento de la nueva unidad. Separados de Cristo estaban sin salvación. Todos los bienes y esperanza se dan en Cristo, por tanto, los gentiles alejados de Él estaban en una situación de desesperanza, frustración y fracaso espiritual.

Una segunda diferencia sustancial era la lejanía en que se encontraban de la *ciudadanía* de Israel, ἀπηλλοτριωμένοι τῆς πολιτείας τοῦ Ἰσραήλ, literalmente *excluidos de la ciudadanía de Israel*. Ninguno de los gentiles pertenecía a la comunidad de Israel, porque no eran ciudadanos de esa nacionalidad. Dios había hecho un pacto con la nación y Él la gobernaba por mediación humana, por eso Pablo enfatiza la condición de los gentiles como *excluidos*, que es el verbo²⁸ que utiliza en el versículo. En el mundo de entonces el mayor timbre de honor era el de ser ciudadano romano, por cuya condición se detectaban los derechos que le correspondía en las leyes. Antes de Cristo, la

²⁷ Griego χωρὶς.

²⁸ Griego, ἀπαλλοτριόω.

ciudadanía israelita era la de mayor riqueza espiritual porque en ella estaban las promesas dadas a la nación.

Una tercera diferencia consistía en que los gentiles eran καὶ ξένοι τῶν διαθηκῶν τῆς ἐπαγγελίας “*ajenos a los pactos de la promesa*”, leyéndose literalmente *extranjeros de los pactos de la promesa*. Se trata de las disposiciones divinas establecidas para la nación, cuya culminación era la promesa, especialmente referida a la promesa de bendición universal en Cristo mismo. Israel era poseedor de la promesa de bendición y esperanza reiterada por Dios a Abraham (Gá. 3:16). Dios que era fiel la cumpliría, en bendiciones y, sobre todo, en redención. Estas eran prerrogativa de Israel (Ro. 9:4). En general puede considerarse como referencia a las muchas promesas que Dios había dado al pueblo de Israel a lo largo de su historia. Algunas promesas, aún no cumplidas, como la de nación y reino, pertenecen sólo a este pueblo y sólo a esta nación.

Todavía algo más distingue a los judíos de los gentiles antes de la operación de salvación en Cristo: ἐλπίδα μὴ ἔχοντες, “*sin esperanza*”. No tenían acceso a los pactos que contenían la promesa de salvación en la que descansaban los de Israel, por tanto, se hallaban sin esperanza. La desesperanza, conducía también a la *desesperación* que es la experiencia de los gentiles, como dirá también el apóstol: “*Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*” (1 Ts. 4:13). La esperanza es algo vinculado a los creyentes, como expresa Pablo (Ro. 5:2ss; 8:24; 12:12; 15:4). Mientras que los judíos podían vivir como quienes tenían esperanza (1:12), los gentiles carecían en todo de estas promesas, por tanto carecían también de esperanza. Pero, debe entenderse bien que la esperanza vital para el creyente no son cosas que anhela alcanzar, sino la relación personal con Cristo, que es en cada creyente “*esperanza de gloria*” (Col. 1:27b). Cristo habitando en el creyente es la base y seguridad de la esperanza, de otro modo, Cristo se hace esperanza por su presencia en cada creyente. Como escribe el Dr. Lacueva:

*“El hecho mismo de que los fieles sean miembros del Cuerpo de Cristo, hace que la vida, ya gloriosa, de Cristo circule por nuestras venas con la firme, gloriosa esperanza, de que lo que ya es en la Cabeza una realidad consumada, lo será un día en cada uno de los miembros (comp. con Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1)”*²⁹.

La presencia de Cristo y su promesa es ya esperanza de gloria, ya que Él y sólo Él es la “*resurrección y la vida*”, por tanto, el que cree en Él tiene vida y no morirá para siempre (Jn. 11:25-26). Esa esperanza se concreta también en la

²⁹ F. Lacueva. Matthew Henry, *Colosenses*, pág. 246.

promesa hecha por Él mismo para los suyos, de volver para recoger a los creyentes de modo que estemos siempre con Él (Jn. 14:1-4). El que tiene a Cristo, Hijo de Dios, tiene la vida (1 Jn. 5:12), de ahí que toda esperanza esté vinculada con Cristo (1 Jn. 3:2). La relación con Cristo establece lo que Pablo llama la herencia de los santos en luz (Col. 1:12), con la seguridad de la presentación de cada salvo ante Su gloria (Col. 1:22, 28). La esperanza de gloria está siempre unida a Cristo (cf. Col. 1:27; 3:4, 24; Ro. 5:2; 8:18-23; 1 Co. 15:12 ss.; Fil. 3:20, 21; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:13-17; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 1:12; 4:8; Tit. 2:13).

Finalmente Pablo añade una distinción más que señalaba una separación entre los gentiles, sin promesas ni esperanza, y los judíos: καὶ ἄθεοι ἐν τῷ κόσμῳ, “*Sin Dios en el mundo*”, literalmente *ateos* en el mundo. La idolatría practicada por los gentiles en tiempos de Pablo, entre los que estaban los destinatarios de la *Carta*, es una evidencia clara de que estaban *sin Dios* (1 Co. 8:4, 5). Los gentiles con sus muchos dioses, son un contraste con los creyentes que tenemos un solo Dios (1 Co. 8:6). Los gentiles *ateos*, sin Dios, cambiaron la gloria del Dios incorruptible por las imágenes de dioses falsos que ellos mismos se hicieron (Ro. 1:23), los que por naturaleza no son dioses (Gá. 4:8). Esa es la causa por la que a pesar de sus muchos dioses, los creyentes de procedencia gentil, se hallaban *sin Dios* en el mundo. Esta última expresión, situada al final de la oración, adquiere el énfasis que sin duda Pablo quería darle. No sólo estaban *sin Dios*, sino que estaban *en el mundo*, es decir, viviendo como *ateos* y entregados al mundo, como sistema ordenado de oposición a Dios.

Sobre esta situación espiritual son invitados a reflexionar los lectores de la *Carta* y, en general, cada creyente en cualquier tiempo, para que se tenga una clara comprensión de la dimensión espiritual a que la gracia condujo a quienes, en otro tiempo, no teniendo promesas, ni teniendo ciudadanía, ni teniendo a Cristo, estaban en el mundo *sin esperanza y sin Dios*.

El cuerpo en Cristo (2:13-18).

13. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

νυνὶ δὲ ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ ὑμεῖς οἱ ποτε ὄντες μακρὰν
 Pero ahora en Cristo Jesús vosotros los en otro tiempo estando lejos
 ἐγενήθητε ἐγγύς ἐν τῷ αἵματι τοῦ Χριστοῦ.
 fuisteis hechos cercanos por la sangre - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Estableciendo un nuevo contraste escribe: νυνὶ, adverbio de tiempo sinónimo de ὕν, *ahora*, con el sufijo demostrativo ι, que sirve para dar un mayor énfasis; que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ὑμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ποτε, adverbio de tiempo que equivale a *en otro tiempo*; ὄντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἶμι, *ser o estar*, aquí *que estáis o mejor estando*, para una mejor correlación de tiempo *estabais*; μακρὰν, adverbio de lugar *lejos*; ἐγενήθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *ser hecho*, aquí *fuisteis hechos*; ἐγγύς, adverbio *cerca*, de ahí *cercanos*; ἐν, preposición de dativo *por*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; αἷματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *sangre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

El versículo comienza con una conjunción adversativa como la del v. 4 que contrasta dos aspectos, estableciendo profundas diferencias: *como antes* en contraste con νυνὶ δὲ, *ahora*; *en Cristo* en contraste con *en el mundo*; *cercanos* en contraste con *lejanos*. De manera que lo que el apóstol pretende llevar a los lectores en la reflexión que deben hacer es que *ahora* todo se ha hecho distinto para los salvos, especialmente para los que proceden del mundo gentil. De tal manera que los que antes estaban *lejos* de Dios ahora están *cerca*. Sin embargo no debe olvidarse que se está estableciendo un contraste con la condición de los gentiles y de Israel. El término *lejos* o *lejanos* era la forma de expresión para referirse a los gentiles en contraste con Israel, de ahí que el profeta Isaías escriba dentro de esa misma relación: “*produciré fruto de labios: Paz, paz al que está lejos y al cercano, dijo Jehová*” (Is, 57:19). Ese es el sentido de las palabras del apóstol Pedro en su mensaje evangelístico en Pentecostés: “*Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare*” (Hch. 2:39), en donde los que están cercanos eran los judíos y los que estaban lejos eran los gentiles. Ese es también el sentido que debe entenderse en este pasaje porque más adelante se referirá a *vosotros los que estabais lejos* y a *nosotros los judíos que estaban cerca* (v. 17).

El cambio de relación se produce por un cambio de posición, ya que Pablo afirma que los alejados hechos cercanos se produce por estar en Cristo: νυνὶ δὲ ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, “*Pero ahora en Cristo Jesús*”. No se trata, pues, de una proximidad o cercanía sino de un posicionamiento en Cristo mismo. La razón definitiva del ser hechos cercanos tiene que ver con el *modo* como se hace que es “*por la sangre de Cristo*”. Anteriormente el apóstol hizo referencia a la

sangre de Cristo como el modo por el que se obtiene *redención* que hace posible también el perdón de pecados (1:7). Esa misma sangre, en el sentido de obra realizada mediante la entrega de la vida del Hijo de Dios en sacrificio expiatorio por el pecado, permite que los creyentes sean hechos *cercanos*, tomándolos Dios en su gracia desde su *lejanía* a causa de su pecado y de su posición, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Por medio de la ἐν τῷ αἵματι τοῦ Χριστοῦ, *sangre de Cristo*, Dios estableció la paz (Col. 1:20), que permite en base a ese sacrificio alcanzar la justificación, por tanto, el camino de la proximidad a Él está abierto a causa de la muerte del Señor (He. 10:19-20). El Dios de la gracia concedió a quienes estaban lejos, ser hechos cercanos por la obra expiatoria del Salvador, mediante su sangre vertida en la Cruz. Por esa razón Dios puede abrir a los gentiles una nueva posición de proximidad y cercanía que es Cristo mismo en quien están sentados con Él en los lugares celestiales (2:6). Esta dimensión de significado y contenido de lo que es *estar cerca* se desarrolla en los versículos siguientes. Con todo, es necesario prestar atención antes de seguir adelante que el apóstol dice que ἐγενήθητε ἐγγύς, “*hemos sido hechos cercanos*”, lo que enfatiza nuevamente la acción divina en toda la materia de salvación, que comienza por la eterna elección en Cristo (1:4) y prosigue luego con la donación de todas las demás bendiciones que se han considerado. No es que el pecador gentil se hubiese acercado él a Dios, porque en su estado de perdido, ni quería ni podía hacerlo (Ro. 3:11, 12). Dios es el que toma toda iniciativa en materia de salvación y de bendiciones, por tanto es Él quien nos acerca a Él mediante la obra de Jesucristo. Él mismo proclama esta buena nueva (v. 17). No era posible una aproximación mayor. Dios pone al creyente en Cristo, el cual, siendo Dios bendito sobre todas las cosas, hace real la máxima proximidad con Él (Ro. 9:5). Por la sangre de Cristo el pecado, que es el elemento de distanciamiento y separación de Dios, queda resuelto, permitiendo a Dios llamar a salvación y abrazar al que antes estaba, no sólo lejos, sino voluntariamente alejado de Él.

14. Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades.

Αὐτὸς γάρ ἐστιν ἡ εἰρήνη ἡμῶν, ὁ ποιήσας τὰ ἀμφοτέρα ἐν καὶ
 Porque Él mismo es la paz de nosotros el que hizo lo ambos uno y
 τὸ μεσότοιχον τοῦ φραγμοῦ λύσας, τὴν ἔχθραν ἐν τῇ σαρκὶ αὐτοῦ,
 la pared intermedia de la partición destruyó la enemistad en la carne de Él.

Notas y análisis del texto griego.

La división de los versículos ajustándose al texto griego exige que se incluya en este la última frase que figura en la versión RV60 como primera oración del versículo siguiente. Siguiendo con el argumento iniciado en el v. 13, escribe: Αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensificado *Él mismo*; seguido de γάρ,

conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμί, *ser*, aquí *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *paz*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ποιήσας, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo primero en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, realizar, producir, cometer*, aquí como *que hizo*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; ἀμφοτέρα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *ambos, los dos*; ἐν, caso acusativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal *dos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μεσότοιχον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *valla de separación, pared intermedia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *de la*; φραγμοῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *partición, separación, división*; λύσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo λύω, *destruir, desintegrar, suprimir*, aquí *destruyó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἔχθραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *enemistad*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; σαρκί, caso dativo femenino singular del sustantivo *carne*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Con este versículo se introduce una inserción de pensamientos correlacionados que llega hasta el versículo 18 y que se distingue de lo que antecede y sigue; en primer lugar por su lenguaje y las ideas que se agolpan en su contenido y, en segundo lugar, por su misma forma y estructura gramatical. Este segundo aspecto hace necesaria una sencilla consideración. El sujeto de la oración principal se establece mediante un pronombre personal intensificado Αὐτὸς, *Él mismo*, que se coloca al principio de la oración para destacarlo y darle un mayor énfasis y que encabeza una oración de predicado nominal, a la que se enlazan tres oraciones de participio, en donde las dos primeras se unen mediante el uso de la conjunción copulativa *y*, encontrándose el participio en la primera al comienzo de la frase y en la segunda al final, estando la tercera oración de participio en el versículo siguiente, en donde se considerará. El tema que se desarrolla en este grupo de versículos es sencillamente: Αὐτὸς γὰρ ἐστίν ἡ εἰρήνη ἡμῶν, “*Él mismo, es nuestra paz*”, de manera que encabezando el primer versículo (v. 14) en la oración de predicado nominal, contrastándola con su antónimo *enemistad*³⁰, contraste que se repite en el final del v. 15 y en el final del v. 16. Esta estructura exige considerar, como se dice antes, que los versículos 14 al 18 son una inserción sobre la paz personal que

³⁰ Griego ἔχθραν.

Jesucristo trae al creyente, siendo utilizada esta inserción como complemento explicativo al v. 13.

Jesús es ἡ εἰρήνη ἡμῶν, “*nuestra paz*”, concordando con la expresión profética de Isaías que lo presenta como “*Príncipe de paz*” (Is. 9:6). Pablo desarrolla aquí uno de los múltiples aspectos de lo que significa que Jesús sea nuestra paz, enfatizando el hecho de que no sólo *hizo* la paz, sino que Él mismo *es* la paz. El enunciado de la primera oración, Αὐτὸς γὰρ ἐστὶν ἡ εἰρήνη ἡμῶν, “*Él mismo es nuestra paz*” tiene sentido de afirmación absoluta. La contundente afirmación se complementa con la primera oración de participio que sigue a esta nominativa, de modo que es *nuestra paz* porque ὁ ποιήσας τὰ ἀμφοτέρωθεν ἐν *Él hizo de ambos uno*³¹, y es precisamente en esto donde radica la dificultad interpretativa ya que en lugar de estar en masculino aparece en neutro, lo que hace surgir la pregunta ¿se refiere a personas o a dos ámbitos diferentes? Es cierto que en algunas ocasiones, muy raras, el género neutro se aplica a personas como por ejemplo 1 Co. 1:27, ¿ocurre aquí también? Atendiendo al contexto debe considerarse esta también como una excepción, en la que el género neutro se utiliza para referirse a personas en general, ya que más adelante (v. 16) utiliza el mismo término en masculino plural. Si se considera que Pablo está refiriéndose a la división entre judíos y gentiles, que es el tema reiterante del párrafo, de ahí que RV añada la palabra *pueblos*, traduciendo *de ambos pueblos*, aunque el término no esté en el texto griego, entonces Jesús es *nuestra paz* en el sentido de haber eliminado las hostilidades que tradicionalmente había entre judíos y gentiles, para alcanzar la formación de un cuerpo de gente celestial compuesto por los salvos de uno y otro grupo racial, sin ninguna distinción (Fil. 3:20). Esta gente es celestial porque es nacida de arriba (Jn. 3:3). En este cuerpo todos los creyentes son perfeccionados en Cristo y el conjunto sirve para alabanza de la gloria de Dios, como expresión manifiesta de la misma. Dios ejecuta este propósito situando a todos, tanto judíos como gentiles, bajo pecado (Ro. 3:9). A los primeros por rebeldía y a los segundos por condición propia de pecaminosidad. Para ambos abre la misma puerta de salvación (Ro. 10:12-13), permitiendo por su obra expiatoria el acceso a todos los salvos, sin distinción de condición, a la presencia de Dios, de manera que la obra salvífica que obtiene la paz con Dios, se alcanza para el hombre mediante la fe (Ro. 5:1), por lo que el camino al Lugar santísimo quedó abierto para los salvos (He. 10:20). Al estar todos bajo pecado, Dios no puede aceptar ninguna obra o mérito humano, bien sea individual o nacional, para la salvación. Ésta se obtiene íntegramente por la obra de Jesucristo, y se ofrece al pecador por medio de la fe en Él (Jn. 3:16). Dios hace la paz en Cristo y por medio de su obra (Ro. 5:1). De ahí que Él *sea nuestra paz*. La paz está entronizada en los cielos a modo del propiciatorio (Ro. 3:25), ya que a Jesús se

³¹ Griego τὰ ἀμφοτέρωθεν ἐν.

le llama la *propiciación*, pero también *el propiciatorio*. Cristo vino a la tierra para rehacer y establecer definitivamente la paz entre el pecador y Dios (Jn. 14:27). En la Cruz se establece la obra necesaria que hace posible esa paz de relación y de comunión. Cristo hace vivir al creyente en esa paz, por la obra del Espíritu (Gá. 5:22).

La oración de participio que sigue a esta primera hace referencia a una separación entre ambos grupos, judíos y gentiles, mediante lo que el apóstol llama τὸ μεσότοιχον τοῦ φραγμοῦ, *la pared divisoria*, o como traduce RV60 "*la pared intermedia*". El texto griego expresa aquí la idea de una pared divisoria establecida mediante un vallado. Cristo actuó λύσας, *derribándolo* o también *destruyéndolo*. Pablo utiliza aquí un participio aoristo³², que tiene el sentido de *destruir, romper, derribar*, etc. Por tanto, Cristo destruyó la *pared intermedia*, el vallado que separaba a los dos, tanto judíos como gentiles. Nada más ilustrativo que el muro de separación edificado en el templo que impedía a los gentiles acceder al santuario, reservado sólo para los israelitas.

Esta acción de *derribar* el muro, trae aparejada otra, sustentada en la siguiente oración de participio que no aparece vinculada con la conjunción copulativa γ, sino que prosigue τὴν ἐχθρὰν, *la enemistad*, cuyo significado concreta en el v. 16. Vinculada a la oración anterior, Cristo no sólo *derribó* la pared intermedia de separación, sino que también *derribó* la enemistad. Ambas cosas se alcanza por medio de ἐν τῇ σαρκὶ αὐτοῦ *su carne*, literalmente en el texto griego con un enfático genitivo *en la carne de Él*. Podría pensarse que en la propia humanidad de Cristo se resuelve la enemistad entre judíos y gentiles, ya que al hacerse hombre para morir por los hombres, la naturaleza humana del Señor está vinculada con los judíos como ascendientes natural de Él, pero también con los gentiles, ya que en la misma ascendencia hay cuatro mujeres que no son de origen hebreo: Tamar, Rahab, Ruth y Betsabé (Mt. 1:3, 5, 6). Sin embargo, el contexto exige entender que *carne* debe aplicarse como sinónimo de entrega de su vida para expiación de los pecados, equivalente a la expresión anterior (v. 13). En este sentido también está vinculado con la encarnación, ya que se hizo carne para poder morir por los pecadores (He. 2:14), pero, la extensión es mucho mayor, ya que fue en su cuerpo de carne que pudo dar su vida en precio por el rescate de muchos. Como decía Tomás de Aquino, fue tanto en su *carne asumida como en su carne inmolada*.

Las tres grandes verdades concatenadas en el versículo son: 1) Cristo derribó la pared intermedia que separaba a dos grupos de personas. 2) Él hizo de ambos grupos uno solo. 3) Por medio de su sacrificio destruyó la enemistad. En estos tres aspectos Cristo se hace *paz* para nosotros. De otra manera se podría

³² Griego, λύσας.

expresar esto: Cristo al derribar la pared intermedia de separación unió a los dos grupos enemistados antes, en uno solo y al hacerlo destruyó la enemistad. Sobre esto escribe W. Hendriksen.

“Pero esta alusión a la barricada literal, si es que hubiese, sería sólo a modo de ilustración. A lo que se refería realmente era a algo mucho más serio y temible, a saber una hostilidad inveterada entre ambos grupos. Humanamente hablando, tal muro de odio y desprecio que dividía a judíos y gentiles se había fortalecido a través de siglos de mutuo menosprecio y enlodamiento. Unos pocos años más y aquella hostilidad reprimida por generaciones se inflamaría en llama viva, dando lugar a una de las más crueles y enconadas guerras. Su resultado sería la destrucción de Jerusalén, 70 d.C. Para los judíos los gentiles eran perros. Se usaban muchas otras expresiones insultantes. A los no judíos se les consideraban inmundos, personas con las cuales no debía tenerse relación alguna salvo las absolutamente necesarias. Para muchos prominentes judíos y rabíes aun los prosélitos eran dignos de desprecio. La asociación cercana con gentiles significaba contaminación (Jn. 18:28). Por cierto que el templo tenía su patio de los gentiles, pero aun este espacio era en ciertas ocasiones ocupado por comerciantes judíos y cambistas con bueyes, ovejas y palomas, en lugar de ser reservado para usos sagrados. Como resultado nunca llegó a ser una contribución para hacer del templo una casa de oración (Lc. 19:46) para todos los pueblos (Is. 56:7). Y por supuesto, los gentiles trataban igualmente a los judíos, A los judíos los consideraban enemigos de la raza humana, personas llenas de ánimo hostil hacia todo el mundo. Bien podemos imaginar cuál debe haber sido el desdenoso gesto y tono de desprecio usado por Pilato al decir, ‘¿Soy yo acaso judío?’ (Jn. 18:35). A través de los siglos podemos aún oír a los dueños de la joven esclava filipense denunciar a los judíos como alborotadores (¡Pablo y Silas!) con las siguientes palabras de desprecio, ‘Estos hombres, siendo judíos, están turbando nuestra ciudad’ (Hch. 16:20).

Cristo es el autor de paz, no sólo de vinculación con Dios, sino entre los dos pueblos de enemistad terrenal continuada, al hacerlos uno solo en Él, constituyendo una unidad de hermanos. Cristo lo hizo posible anulando el muro divisorio de la hostilidad. Una mayor concreción se establece en los versículos que siguen.

15. La ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz.

τὸν νόμον τῶν ἐντολῶν ἐν δόγμασιν καταργήσας, ἵνα τοὺς δύο
 La ley de los mandamientos en decretos aboliendo para que los dos
 κτίσῃ ἐν αὐτῷ εἰς ἓνα καινὸν ἄνθρωπον ποιῶν εἰρήνην
 crear en Él en un solo nuevo hombre haciendo paz.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción en el tema sigue escribiendo: τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; νόμον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *ordenamiento legal, ley, norma*; τῶν, caso genitivo femenino plural del artículo determinado declinado *de las*; ἐντολῶν, caso genitivo femenino plural del sustantivo *mandato, precepto, orden*; ἐν, preposición de dativo *en*; δόγμασιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *decretos, regulación*; καταργήσας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo καταργέω, *invalidar, abolir, dejar sin valor, hacer desaparecer*, aquí *aboliendo*; ἵνα, conjunción *para que*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; δύο, caso acusativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; κτίση, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo κτίζω, *crear, hacer*, aquí *crear*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*; εἰς, preposición de acusativo *en*; ἕνα, caso acusativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *un*; καινὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *nuevo*; ἄνθρωπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *hombre*, siendo genérico de *humanidad*; ποιῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí *haciendo*; εἰρήνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *paz*.

Abolir las enemistades es dar una solución definitiva al problema de la Ley. El deseo de expresar con toda precisión lo que está enseñando, le lleva a formular una expresión compleja para referirse a ella: τὸν νόμον τῶν ἐντολῶν, “*La ley de los mandamientos*”, esto es, la Ley que descansa y se desarrolla en mandamientos, cada uno de los cuales son ἐν δόγμασιν, ordenanzas, decretos, mandatos, que es el significado del sustantivo que utiliza³³ como complemento determinativo, que va precedido en el texto griego por una preposición. La condición de estos mandamientos es que son individuales cada uno de ellos, estableciendo y ordenando algo concreto, cuyo incumplimiento, como expresión de pecado, acarrea maldición y muerte (Gá. 3:10). Esta Ley incumplida introducía al transgresor en una situación de enemistad, que sólo podía ser eliminada en la medida que se cancelasen los aspectos de responsabilidad penal que provenían de la Ley. Por tanto, la acción operada por Cristo y en Él mismo, en relación con la καταργήσας, supresión de dicha responsabilidad, literalmente *aboliendo*, es lo que le hace ser “*nuestra paz*”. Esta Ley que separaba a Dios de los hombres, era también elemento de separación entre judíos y gentiles. Aquellos estaban *bajo* la ley, estos estaban *sin ley*, lo que ya suponía una barrera infranqueable que separaba a ambos pueblos, de otra manera, Israel no sólo era diferente, porque era un pueblo distinto, sino que estaba también separado de ellos a causa de la Ley. Con todo,

³³ Griego δόγμασιν.

lo más distintivo en esta obra de Jesucristo es que la Ley como vallado entre judíos y gentiles, establecía todavía una mayor separación entre los hombres y Dios, lo que la convertía en el muro de separación entre dos mundos o dos esferas, la celestial y la terrenal. La obra de Jesucristo hecha en su carne, como expresión sacrificial, derriba el muro de separación aboliendo en Él mismo la ley, cuyos mandatos nos era contraria. Dios toma los decretos que levantaban un muro de separación y los cancela clavándolos en la cruz (Col. 2:13-15). Esa obra permite a Dios *perdonar todos los pecados* a cada creyente, es decir, concediendo a cada uno pleno perdón, que le otorga en forma incondicional. Quiere decir que cuando Dios concede alguna bendición -como se consideró ya en lo que antecede- que incluye el perdón, no sólo nos *da* de sus riquezas, sino que lo hace *según* sus riquezas (1:7). Tal perdón lleva consigo aparejada la cancelación de la deuda como responsabilidad penal por el pecado, al anular el acta de los decretos que nos era contraria. Esa expresión *acta de los decretos* que Pablo usa en Colosenses, se utilizada para referirse a un escrito autógrafo de reconocimiento de deuda. Tales decretos de la Ley se convertían en elemento contrario al pecador, porque aunque eran perfectos, buenos y santos, se convertían en elemento de acusación que demandaba la ejecución de la sentencia contra el pecado, para quienes eran incapaces de sujetarse a ellos (Ro. 7:12; 8:7), atesorando, por tanto, ira para cada uno de los transgresores (Ro. 2:5-6), estableciendo maldición para cada transgresor (Dt. 27:26; Gá. 3:10). Pero Dios quitó de en medio esa Ley, en cuanto a documento acusador, es decir, retira el reconocimiento de deuda que demandaba satisfacción (Ro. 6:23), "*clavándola en la cruz*". Dios anula las demandas de responsabilidad penal de la ley, por cuanto el Hijo de Dios, en su carne, las satisfizo en su muerte de Cruz (Gá. 3:10, 13). La misma Ley exigió la muerte de Cristo en su condición de sustituto vicario del pecador (2 Co. 5:21). Las demandas condenatorias de la Ley mueren para el creyente cuando Cristo murió ocupando su lugar. A causa de la naturaleza vicaria del sacrificio de Cristo, los creyentes ya no están bajo la ley sino bajo la gracia (Ro. 6:14; 7:4, 6; Gá. 2:19). Esto no significa que el valor moral de la Ley haya quedado abrogado, sino que por el contrario tiene validez permanente (Ro. 13:8, 9; Gá. 5:14). Cristo es el agente que resuelve la separación tanto entre judíos y gentiles como entre el hombre y Dios, operando en la Cruz la reconciliación, que es un don divino (2 Co. 5:18-19).

Una resolución semejante deja libre el camino para que pueda ἵνα τοὺς δύο κτίσῃ ἐν αὐτῷ εἰς ἓνα καινὸν ἄνθρωπον ποιῶν εἰρήνην, "*crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz*". No se trata de que los gentiles se incorporen a Israel o viceversa, sino que ambos dejen de ser dos para hacerse uno en un acto creacional de Dios en Cristo. El concepto de vinculación del hombre con el primer creado está en el pensamiento de Pablo en otros de sus escritos. Para el apóstol la cabeza federal de la humanidad es Adán en quien potencialmente está la raza humana y a la que transmite el

pecado, de ahí que “*como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*” (Ro. 5:12). No solo se transmite la condición pecaminosa, sino que potencialmente en Adán todos morimos (1 Co. 15:22). El nombre Adán es tanto individual, del primer varón de la raza humana, como colectivo, significando humanidad y comprendiendo en él al varón y a la mujer. Con toda claridad se aprecia el colectivo Adán en ese sentido: “*Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados*” (Gn. 5:2). En modo alguno puede tomarse el versículo para justificar la teoría propuesta por Teilhard de Chardin, que abre el camino para lo que algunos llaman *persona colectiva*, como si en Adán, primer elemento de la raza humana creada, fuese tanto hombre como mujer y que luego, en base a un evolucionismo teísta, Dios *dividiese* la persona colectiva en dos: el hombre y la mujer. Lo que enseña el Génesis es que la raza humana, formada inicialmente por dos personas absolutamente diferenciadas, salidas individualmente de la acción creadora de Dios, recibió el nombre de Adán, expresando así un término de conjunto equivalente a humanidad. Esa humanidad se extiende por generación, desde Adán en adelante, comunicando la condición pecadora de los primeros padres a toda la descendencia, por lo que el hombre es *enemigo* de Dios a causa de sus malas obras (Col. 1:21).

En el mismo contraste que aparece en el párrafo entre *enemistad* y *reconciliación*, el postrer Adán, Cristo, es espíritu vivificante (1 Co. 15:45). De manera que se constituye como comunicador de la vida, en la base de una nueva humanidad que se sustenta en Él mismo. Cristo interrumpe con su obra en la Cruz, mediante la reconciliación, la enemistad y comunica la amistad de relación con Dios a todos los creyentes. Esta nueva humanidad surge de un acto creador de Dios, quien pone a cada pecador creyente en comunión íntima con Jesús para que reciba en esa posición la vida eterna. Se trata de una vida nueva que cancela en la experiencia de vida la anterior condición de enemistad y abre una nueva relación con Dios, desde una nueva posición *en* Cristo. El que acaba en su carne con la enemistad, transmite como espíritu vivificante, una nueva vida y sirve de elemento sustentante a una nueva humanidad.

La actuación final de Cristo es crear de τοὺς δύο, “*los dos*” un nuevo hombre, que como se ha considerado antes estos son los dos pueblos antagónicamente separados en enemistad continua entre ellos, los judíos y los gentiles. De los dos pueblos Dios crea, no *un pueblo*, sino una nueva humanidad, que tiene un mismo propósito y una misma experiencia de vida, ya que es creada en Cristo para buenas obras (v. 10). La expresión *un nuevo hombre*, resulta sorprendente, pero es vital en el pensamiento de Pablo. Este *uno solo* está en pleno contraste con *los dos* que con plena intención de contraste utiliza el apóstol. Se trata de la creación de un *hombre* absolutamente nuevo,

que es en realidad una nueva creación: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es*” (2 Co. 5:17). Los dos grupos anteriores que establecían la humanidad quedan también abolidos al derribar el vallado de separación entre ellos por la obra de Jesucristo, ya que en Él “*ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación*” (Gá. 6:15). Es necesario entender esto con claridad: el sistema antiguo de incompatibilidad y enemistad ha quedado definitivamente destruido por la obra de Jesús que no establece de los dos un nuevo pueblo, absolutamente imposible por la enemistad, sino un nuevo hombre, o una nueva humanidad. Esta nueva creación se efectúa ἐν αὐτῷ, “*en Él*”, es decir, que no es posible que exista fuera de Cristo mismo. Es en Él como base de existencia y como comunicación de nueva vida en quien se establece la nueva humanidad, o el nuevo hombre, cuya unidad es en Cristo y cuya subsistencia es también en Él. Al derribar la valla de separación se hizo posible que tanto los judeo-cristianos como los pagano-cristianos, surgieran como el único y nuevo hombre en Cristo Jesús. Ese nuevo hombre no se establece por voluntad de los dos grupos enemistados en un acuerdo amistoso, sino por integración de cada individuo salvo por gracia en Cristo mismo, de manera que tanto unos como otros vienen a ser una nueva unidad en Cristo. La formación de esta nueva humanidad está necesariamente vinculada con la paz que es también Jesús. Esa paz restaurada en Cristo y por Él, hace desaparecer las diferencias entre los dos grupos y, sobre todo, la diferencia entre los hombres, no importa cual sea su origen, y Dios. La obra de la reconciliación hace posible la creación de una nueva humanidad en Jesucristo.

No se trata, pues, de un nuevo individuo, sino de una nueva creación, de una nueva humanidad, establecida en un cuerpo cuya cabeza es Cristo. Este cuerpo, que es un ἕνα καὶνὸν ἄνθρωπον *solo nuevo hombre*, se somete al Señor para obedecerle en todo (1:22). La obra creadora de este nuevo *hombre* es el resultado de una operación del Espíritu Santo, mediante el *bautismo* en que *sumerge*, en el sentido de introducir, a cada creyente hacia la formación de ese cuerpo en Cristo (1 Co. 12:13). En este caso no es que Cristo haga la unidad del cuerpo bautizando a cada creyente con el Espíritu, sino justo al revés, es el Espíritu que establece la unidad bautizando a cada creyente en Cristo. Por tanto, no se trata de un nuevo Israel, sino de un nuevo *hombre*.

16. Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo matando en ella las enemistades.

καὶ ἀποκαταλλάξῃ τοὺς ἀμφοτέρους ἐν ἑνὶ σώματι τῷ Θεῷ
y reconciliar - a ambos en un cuerpo - con Dios
διὰ τοῦ σταυροῦ, ἀποκτείνας τὴν ἔχθραν ἐν αὐτῷ.
por medio de la cruz, matando la enemistad en Él.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: καὶ, conjunción copulativa y; ἀποκαταλλάξῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀποκαταλλάσσω, *reconciliar*, aquí de la misma forma; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀμφοτέρους, caso acusativo masculino plural del adjetivo declinado *a ambos*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἐνὶ, caso dativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal *un*; σώματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *con Dios*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τοῦ, caso genitivo masculino singular de *el*; σταυροῦ, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *cruz*; ἀποκτείνας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo ἀποκτείνω, *matar, dar muerte, quitar la vida*, aquí como *matando*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐχθραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *enemistad*; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*.

La nueva creación en Cristo tiene otro componente que se destaca en el versículo. Cristo resolvió la separación de los pueblos, gentiles y judíos, en sí mismo y además reconcilió a los dos con Dios, no sólo por la obra de reconciliación que lo hizo posible, sino también por la posición que ambos ocupan en Él. Esto fue el resultado de una sola operación que Pablo define aquí como διὰ τοῦ σταυροῦ, “*por medio de la cruz*”. Siguiendo el argumento de la unidad de judíos y gentiles, el apóstol remarca ese aspecto utilizando el adjetivo que equivale a *ambos* precedido del artículo determinado, leyéndose literalmente ἀμφοτέρους, “*a los ambos*”, dando énfasis notable en los dos grupos perfectamente definidos en todo el contexto anterior. La obra de reconciliación tuvo lugar “*en la cruz*”, que en cierta medida es sinónimo de la expresión usada antes “*en su cuerpo de carne*”. Cristo hizo la reconciliación con Dios absoluta y definitivamente en la obra de la cruz. Esa reconciliación es posible porque en la Cruz quedó muerta la enemistad, haciéndolo realidad en Cristo por medio de su muerte. Es necesario observar que *enemistad* aquí está en singular, de modo que no son las *enemistades* en sentido de las múltiples causas que propiciaban la enemistad entre los dos pueblos y de cada uno de ellos con Dios, sino la *esfera* en que sólo podía existir la enemistad, a causa de los principios de la ley, bien en la forma articular de los mandamientos de obligado cumplimiento para los judíos, en su forma legalista y casuista que eran quebrantados, como del desprecio hacia ella, bien por ignorancia o bien por condición del mundo de la gentilidad. En la Cruz, Cristo asumió en sí mismo *la enemistad*, haciéndose responsable solidario de las consecuencias que acarrea para que en su muerte se extinguiese el poder de la enemistad que era la forma natural de los dos pueblos entre sí y de ambos con Dios. La enemistad como consecuencia del pecado se extingue en el sacrificio de Cristo porque “*al que*

no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él" (2 Co. 5:21). La esfera de enemistad en que vivían los dos pueblos se extingue definitivamente en Cristo y deja de afectar la relación vertical de ambos con Dios y la horizontal de ellos entre sí.

Ἐν ἐνὶ σώματι τοῦ Θεοῦ. El ámbito de la cercanía con Dios quedó definitivamente abierto para todo creyente, bien sea para los judeo-cristianos, como para los pagano-cristianos. Una cercanía posible sólo en la posición en Cristo, en quien resucitados están también sentados con Él en los lugares celestiales (2:6). Por tanto Cristo es nuestra paz, porque destruyendo *la enemistad* en su cuerpo entregado en la Cruz, por eso escribe: διὰ τοῦ σταυροῦ, *por medio de la Cruz*, creando en sí mismo un nuevo hombre en la nueva humanidad creada por Dios en Él. La reconciliación, la abolición de la valla de separación y la eliminación de la enemistad se produjo en la Cruz y en Su cuerpo clavado en ella, como escribe: ἀποκτείνας τὴν ἔχθραν ἐν αὐτῷ, *matando en Él la enemistad*. En la muerte de Cristo muere también la enemistad, dando el fundamento preciso en Su cuerpo de muerte a todos los hombres creyentes, en obra de salvación y sustentación, cambiándolos en *reconciliados* con Dios por medio de Él y en Él, por tanto toda la humanidad creyente unida en Él alcanza la condición de *nueva humanidad*, esto es el *nuevo hombre* creado por Dios en Jesucristo. En la Cruz la maldición fue quitada por medio de la muerte de Cristo, de modo que al ser eliminada en Él, es también eliminada para los que están en Él (Gá. 3:13).

17. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca.

καὶ ἔλθὼν εὐηγγελίσατο εἰρήνην ὑμῖν τοῖς μακρὰν καὶ εἰρήνην
 Y viniendo anunció paz a vosotros los lejos y paz
 τοῖς ἐγγύς·
 a los cerca.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con el desarrollo del argumento vinculando con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa y, seguida de participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar*, aquí *viniendo*; εὐηγγελίσατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo εὐαγγελίζω, *anunciar una buena noticia, proclamar el evangelio, evangelizar*, aquí *anunció o evangelizó*; εἰρήνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *paz*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; μακρὰν, adverbio *lejos*, en sentido de *los que estabais lejos*; καὶ, conjunción copulativa y; εἰρήνην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *paz*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἐγγύς, adverbio de lugar *cerca*, también en sentido de *los que estaban cerca*.

En el desarrollo de este párrafo, luego de referirse a la obra por la que Cristo se hace *paz* personal a cada creyente, prosigue refiriéndose a la Persona y obra del Salvador en cuya enseñanza surgen otra vez, ciertas dificultades interpretativas. La primera de ellas está en la misma afirmación de que καὶ ἔλθὼν εὐηγγελίσατο εἰρήνην, “y vino anunciando la paz”. Determinar el sujeto al que se refiere el verbo, no es difícil ya que la oración en el texto griego se introduce mediante una conjunción y, que la vincula con cuanto antecede, por tanto, el que vino no es otro que aquel que hizo posible la paz, esto es, nuestro Señor Jesucristo. Pero, ¿cuando vino? o ¿en qué momento se produjo esa venida? Algunos exegetas sostienen que se trata de la venida de Jesús en carne, por tanto tiene que entenderse lo de *anunció las buenas nuevas de paz*, a su ministerio en la tierra, y más concretamente a la predicación del evangelio³⁴ (Mr. 1:14). Pudiera entenderse también como una referencia a todo el ministerio de Jesús sin distinciones específicas. Otros aplican esto a la manifestación del Resucitado, quien en sus manifestaciones *anunció* la paz a sus amedrentados discípulos, a quienes antes de morir les había prometido la paz (Jn. 14:27) y que se la confirma luego de la resurrección (Jn. 20:19, 26). Sin embargo más que un anuncio de la paz, se trata de un saludo que desea la paz, tan al estilo del saludo entre los judíos en los tiempos de Jesús³⁵.

La dificultad persiste y conduce a entender que este *venir* de Jesús para anunciar las buenas noticias de paz se produjo con la venida del Espíritu Santo, el Vicario de Cristo en la tierra, con cuya acción iluminadora alcanza a muchos con el evangelio de paz, unida estrechamente a la predicación de los apóstoles. Sin embargo, aunque todas estas y otras interpretaciones pudieran aceptarse como válidas, persiste la dificultad ya que no es muy propio que el apóstol en una progresión de la obra de Jesucristo, retroceda nuevamente a la vida de Jesús, asunto que dejó atrás bastante antes de esta expresión. En todo caso, se trataría entonces de una recapitulación de la enseñanza anterior desarrollada desde en los versículos 14 al 16. Una nueva pregunta surge aquí: ¿interpreta Pablo el verbo *anunciar las buenas nuevas de paz*³⁶, que literalmente trasladado del texto griego equivale a *evangelizar*, como todo el desarrollo de la obra realizada por Cristo en su vida? Si las interpretaciones dadas no satisfacen, debe buscarse una nueva vía de interpretación concordante con el contexto y con el desarrollo del progreso de la obra de Jesucristo que Pablo tiene en mente.

Evidentemente, el apóstol contempló todo el desarrollo de la vida terrenal de Jesús involucrada en un programa salvífico y de apertura de una nueva

³⁴ Así lo entendía en la patrística *Crisóstomo*.

³⁵ Esta es una de las posibles interpretaciones que entiende como posibles Tomás de Aquino.

³⁶ Griego, εὐηγγελίσατο.

relación del hombre con Dios, hasta proyectarla a la entrada del creyente a la presencia de Dios sin restricción alguna, como resucitado en Él. Por tanto, el *vino* debe referirse más que a una acción puntual, a una situación de Jesús, que luego de la obra en su *cuerpo de carne* sobre la Cruz, no puede tratarse sino de su gloriosa resurrección y ascensión a los cielos. Dos momentos se consideran en el pasaje: la obra redentora y la exaltación del Redentor, sin cuyo hecho no sería posible proclamar ni directamente con Él, ni hecha por los apóstoles y luego por los creyentes en su nombre, las *buenas nuevas de paz*, porque no bastaría con que muriese por nuestros pecados, sino que era necesario también que resucitase para nuestra justificación (Ro. 4:25) y que ascendiese a los cielos para su oficio de intercesión perpetua (He. 7:25). En este sentido el que Jesucristo *vino* equivale aquí al retorno de entre los muertos del que había hecho la obra de redención y alcanzó con ella la paz. Solo la ascensión a los cielos y la entronización a la diestra del Padre dejan el camino libre para que todos los creyentes puedan acceder a la presencia de Dios. El hecho de que los discípulos de Jesús puedan anunciar el evangelio como mensaje de buenas nuevas de paz y que todos los creyentes a lo largo de los tiempos hagan lo mismo, es posible porque el Salvador ha sido entronizado y tiene autoridad para ordenarlo y para hacerlo posible. El Resucitado habló con los discípulos de autoridad recibida en base a la obra redentora, autoridad que le ha sido dada para ejercerla cósmicamente en cielos y tierra, por cuya autoridad les envía a predicar el evangelio y se compromete con ellos en comunicarles poder para llevar a cabo la evangelización del mundo, estando presente al lado de los suyos en la misión, hasta el fin (Mt. 28:18-20). La ascensión de Cristo a los cielos hace posible la proclamación del evangelio tanto a los que están cerca como a los que están lejos porque el Salvador resucitado y entronizado es el mismo núcleo de esa proclamación. No se trata de anunciar algo posible, sino de manifestar descriptivamente una realidad que tuvo lugar: el que murió también resucitó y está entronizado a la diestra de Dios con toda la autoridad que a esa dignidad corresponde.

El evangelio que proclama la muerte, resurrección y ascensión del Redentor, y que en esencia es una proclamación de paz, no es otra cosa que anunciar al resucitado Señor. No puede olvidarse que en el contexto, la paz está no solo vinculada con la obra de Cristo, sino con Cristo mismo que es “*nuestra paz*” (v. 14). El mensaje del evangelio es esencialmente un mensaje *Cristocéntrico*, que anuncia más que una determinada obra, la gloriosa realidad de una Persona: la del Salvador. Este anuncio de paz llegó a *los que estabais lejos*, literalmente *a los lejos*, en una clara referencia y alusión a los mismos destinatarios de la carta y, en general, a todos los cristianos-gentiles. Ese mismo mensaje de buenas noticias de paz, es idéntico para *los cerca*, es decir, para los cristiano-judíos, como para *los lejos*, los cristiano-gentiles. Es un mensaje de paz para todos: εἰρήνην ὑμῖν τοῖς μακρὰν καὶ εἰρήνην τοῖς ἐγγύς. No

existen dos mensajes en el evangelio de la gracia, uno para gentiles y otro para judíos, porque ambos, gentiles y judíos necesitan el mismo salvador y el mismo camino para llegar a Dios que es Cristo (Jn. 14:6). La idea de un evangelio del reino para los judíos y un evangelio de la gracia para los gentiles, no está ni se sustenta en ningún lugar de la Escritura. El mensaje del evangelio no puede ser sino único y el mismo para todos, puesto que también las diferencias entre unos y otros han quedado resueltas en la Cruz (vv. 14-15). Intentar perpetuar las diferencias entre Israel y la Iglesia aun en el ámbito de la dispensación de la Iglesia y luego en la perpetuidad del reino eterno de Dios, no es posible en una correcta interpretación bíblica.

18. Porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.

ὅτι δι' αὐτοῦ ἔχομεν τὴν προσαγωγήν οἱ ἀμφότεροι ἐν ἐνὶ
 Porque por medio de Él tenemos el acceso los ambos en un
 πνεύματι πρὸς τὸν Πατέρα.
 Espíritu al Padre.

Notas y análisis del texto griego.

Con este versículo se cierra la inserción de pensamiento que comenzó en el v. 14: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; δι' forma contracta de la preposición de genitivo διὰ, *por medio, a causa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tenemos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; προσαγωγήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *entrada*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀμφότεροι, caso nominativo masculino plural del adjetivo articular *ambos, los dos*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἐνὶ, caso dativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal *un, uno*; πνεύματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *espíritu*; πρὸς, preposición propia de acusativo *a*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Πατέρα, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Padre*.

Ὅτι δι' αὐτοῦ ἔχομεν τὴν προσαγωγήν. El versículo concluye la enseñanza sobre la obra de unidad para la formación de un pueblo, llevada a cabo por Cristo y en Él. Es por medio del Señor que todos los salvos, tanto judíos como gentiles, tienen acceso al Padre, ya que Jesús mismo dijo que “*nadie viene al Padre sino por mí*” (Jn. 14:6). El versículo explica el alcance de la paz del evangelio o mejor de *la paz evangelizada* por Cristo. Los dos pueblos tienen un mismo modo de entrada a Dios, como se lee: οἱ ἀμφότεροι, *ambos*.

Ἐν ἐνὶ πνεύματι πρὸς τὸν Πατέρα. La entrada se logra por un, *mismo espíritu*. Esto entraña una cierta dificultad, ya que puede considerarse el Espíritu como el vivificante de Cristo mismo, quien siendo el Espíritu del Cristo exaltado mantiene abierto el acceso para judíos y gentiles a la presencia del Padre. No debe olvidarse que en la resurrección Jesús se hace *espíritu vivificante* (1 Co. 15:45) Cristo, el hombre perfecto, tiene poder para comunicar vida, porque tiene vida en sí mismo (Jn. 1:4). Este resucitado Señor comunica vida a quien Él quiere (Jn.5:21, 26; 6:57; 11:25, 26) y es *espíritu vivificante* en el sentido de capacidad vivificante para los que están en Él. Por la unión vital vienen a ser uno con Él (1 Co. 12:13). Sin embargo, después de la glorificación de Jesús, Dios envió el Espíritu de su Hijo, que es “*Espíritu de filiación*” (Ro. 8:15), que no es el espíritu de la segunda Persona Divina, sino el mismo Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad que vinculando al creyente con el Hijo, permite alcanzar la condición de hijo por adopción. Por esa acción viene a ser colocado como hijo adulto en una nueva relación con Dios, como miembro de su familia, confiriéndole los derechos y privilegios de esa condición. Al haber nacido de arriba comienza a llevar la imagen del Señor, primogénito entre muchos hermanos (Ro. 8:29). El temor desaparece por cuanto ya no es hijo de ira, sino hijo adoptado, por lo que ya no hay condenación, sino esperanza (Ro.8:1). Ese Espíritu, por el que tenemos entrada al Padre, induce en la intimidad del creyente a la mayor expresión de familiaridad, como en otro lugar escribe el apóstol: “*Por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!*” (Ro. 8:15). El creyente se dirige al Padre con el respeto que Dios merece pero con la familiaridad y confianza que da la condición de hijo. La intimidad personal de cada creyente con el Padre, es una gloriosa realidad. Ese Espíritu da también testimonio a nuestro espíritu consolidando la certeza de ser hijo de Dios (Ro. 8:16). Dios es el Padre y el creyente es hijo. La entrada al Padre es posible para cada creyente por la obra de Jesucristo, conducidos en todo momento por el Espíritu que habita en nosotros. Las bendiciones son evidentes: Una entrada al Padre que es Cristo; una bendición que es poder llegar a Dios, antes lejano; todo ello por el único y mismo Espíritu que cada creyente recibe en la conversión a Dios.

Los cristianos como edificio (2:19-22).

19. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.

Ἄρα οὖν οὐκέτι ἐστὲ ξένοι καὶ πάροιχοι ἀλλὰ ἐστὲ συμπολίται
 Así pues entonces ya no sois extranjeros y advenedizos sino sois conciudadanos
 τῶν ἁγίων καὶ οἰκεῖοι τοῦ Θεοῦ,
 de los santos y miembros de la familia - de Dios.

En el versículo se expresa la conclusión de lo que antecede, introducida mediante dos partículas inferenciales, escribiendo: "Αρα, adverbio, *pues, así pues, en efecto*, se considera también como partícula con sentido de *por tanto, por consiguiente*, haciendo veces de conjunción; οὖν, conjunción *entonces*; οὐκέτι, adverbio negativo de tiempo, que significa *no más, nunca más, jamás*; ἐστὲ, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *sois*; ξένοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *extranjeros, forasteros, extraños*; καὶ, conjunción copulativa y; πάροιχοι, *peregrino, advenedizo*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *pero, sino*; ἐστὲ, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *sois*; συμπολῖται, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *conciudadanos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *santos*; καὶ, conjunción copulativa y; οἰκεῖοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *familiar, miembro de la familia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

"Αρα οὖν οὐκέτι ἐστὲ ξένοι καὶ πάροιχοι ἀλλὰ ἐστὲ συμπολῖται τῶν ἁγίων καὶ οἰκεῖοι τοῦ Θεοῦ. El apóstol llega aquí a una inferencia del alcance que supone la obra de paz de Cristo. El versículo desarrolla los efectos del versículo anterior. Es una oración elaborada con mucho esmero, para exponer en pocas palabras la posición actual de aquellos que antes habían estado alejados de Dios. Estos que son pagano-cristianos, es decir, cristianos procedentes del paganismo o de la gentilidad ya no son *extranjeros*³⁷, refiriéndose en la palabra griega a quien no es ciudadano de un determinado lugar. El término se usa en Hebreos para referirse a los creyentes de la antigua dispensación que murieron como peregrinos y extranjeros en el lugar donde vivían (He. 11:13). Como medio de enfatizar la condición de los creyentes añade al adjetivo anterior otro que se traduce por *advenedizos*³⁸ que destaca la condición de un extranjero que aun viviendo en un determinado lugar no tiene los derechos propios de los ciudadanos. Ambos adjetivos califican a quienes tienen en común el no tener ciudadanía.

Sin embargo, para estos, la gracia produce en Cristo un cambio de situación y de condición: quienes no tenían ciudadanía, son hechos *conciudadanos*³⁹, con aquellos que son *santos*. Sin duda en referencia a todos los creyentes, tanto los de la antigua dispensación, como los de la dispensación de la Iglesia. En el fondo del pensamiento del apóstol aparece ya la idea de la Jerusalén de arriba o Jerusalén celestial, la patria de los creyentes que anhelan

³⁷ Griego ξενός.

³⁸ Griego πάροιχός.

³⁹ Griego συμπολῖται.

todos los que viven en fe (Gá. 4:26; He. 11:14-16). En ella está la ciudadanía celestial (He. 12:22-23). La ciudadanía celestial es la propia de los salvos (Fil. 3:20), que han sido resucitados con Cristo y sentados con Él en los lugares celestiales (2:6), cuyas vidas están escondidas con Cristo en Dios (Col. 3:3). Cada creyente es, por tanto, *conciudadano* de los santos, teniendo con ellos una ciudadanía celestial.

La condición de ciudadanos del cielo, es posible por estar en Cristo. Nuestro Señor es *celestial*, descendiendo desde allí en razón del *envío* del Padre (Gá. 4:4). Su condición es celestial que lo hace *extraño* al mundo y del que Él mismo afirma no ser (Jn. 17:14, 16). Su condición celestial es comunicada a quienes están en Él y, en la misma medida son hechos, también en Él καὶ οἰκεῖοι τοῦ Θεοῦ, “*miembros de la familia de Dios*”, o *miembros de su casa*, ya que el término⁴⁰ usado por Pablo, tiene que ver con *casa*, es decir, la vinculación familiar. En otro modo, los creyentes no deben ser considerados como ciudadanos de otra nación, ni tampoco como incorporados a una nueva condición de ciudadanía sin todos los derechos, como si se tratase de ciudadanos de segundo nivel, sino que son iguales todos ante Dios y miembros de su familia. Estos que antes eran gentiles, alejados de los pactos y de las promesas, son ahora miembros de la familia de Dios. Esta familia o casa de Dios es la Iglesia, con los calificativos de *ciudad de santos* y de *familia de Dios*.

20. Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.

ἐποικοδομηθέντες ἐπὶ τῷ θεμελίῳ τῶν ἀποστόλων καὶ προφητῶν,
 Sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas
 ὄντος ἀκρογωνιαίου αὐτοῦ Χριστοῦ Ἰησοῦ,
 siendo piedra angular Él Cristo Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con la conclusión escribiendo: ἐποικοδομηθέντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo ἐποικοδομέω, *edificar sobre, sobreedificar*, aquí *sobreedificados*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; θεμελίῳ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *fundamento*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀποστόλων, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *apóstoles*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προφητῶν, caso genitivo masculino singular del sustantivo *profetas*; ὄντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *siendo*; ἀκρογωνιαίου, caso genitivo masculino singular del

⁴⁰ Griego οἰκεῖός.

adjetivo *angular*, *piedra angular*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal, *Él*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso masculino singular del nombre propio *Jesús*.

El sentido de *familia* tiene también el de *casa*, como edificio que alberga a la familia. El apóstol utiliza las dos ideas de la palabra, para referirse aquí a la Iglesia como edificio en donde Dios mora. Los creyentes están ἐποικοδομηθέντες, *edificados*, o mejor son *sobreedificados*, cada uno edificado en unión con los demás. La figura de la Iglesia como edificio es usada por el apóstol en otros lugares (1 Co. 3:10, 12, 14), de la misma forma la usa también el apóstol Pedro (1 P. 2:5). Este edificio se edifica ἐπὶ τῷ θεμελίῳ τῶν ἀποστόλων καὶ προφητῶν, *sobre el fundamento de apóstoles y profetas*. ¿En que sentido debe entenderse? La construcción griega en genitivo permitiría considerar a los apóstoles y profetas como quienes constituyen el fundamento. La referencia a *apóstoles* tiene que ver directamente con el colegio apostólico y Pablo, es decir, los que como apóstoles de Jesucristo son enviados con su autoridad para establecer las bases doctrinales y el ordenamiento sobre el que descansa la Iglesia. Por tanto, no se trata de hacer descansar la Iglesia sobre los hombres apóstoles, sino sobre la normativa establecida por ello en el nombre del único fundamento de la Iglesia que es Jesucristo. Los apóstoles son por causa de su misión autoridades en la iglesia actuando en el nombre y comisionados para ello por el Señor de la Iglesia. Por tanto, los apóstoles pueden decir en sus escritos que lo que ellos establecen para la iglesia son “*mandamientos del Señor*” (1 Co. 14:37). En tal sentido se entiende que no se refiere a las personas mismas de los apóstoles, sino a la doctrina que predicaron y escribieron sobre la que se cimenta la fe, ya que nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo (1 Co. 3:11). El fundamento puesto por Pablo es Cristo mismo, por tanto, es necesario distinguir la labor de Pablo que pone el fundamento, la de los colaboradores y profetas que sobreedifican y el fundamento objetivamente considerado que no puede ser otro que Cristo. Los apóstoles, pues, son *fundamento* no personalmente, sino *funcionalmente* en sentido del ejercicio de su ministerio. De la misma manera ocurre con los profetas que deben ser considerados no como los profetas del Antiguo Testamento, sino los que fueron dados a la Iglesia como personas dotadas de *dones fundantes* (1 Co. 12:28; Ef. 4:11) para escribir la revelación que Dios mismo les comunicó y que se recoge en los escritos del Nuevo Testamento, a los que se hace referencia en el Nuevo Testamento (Hch. 8:1ss; 11:27; 13:1; 15:32; 21:10; 1 Co. 12:28; Ef. 4:11; Ap. 16:6; 18:20, 24; 22:6, 9). Los apóstoles y profetas en el sentido de establecer el fundamento son dones que no están *operativos* hoy, ya que la base de fe escrita no puede ser ampliada ni rebajada, quedando fijada definitivamente en el canon del Nuevo Testamento.

Este fundamento establecido sobre apóstoles y profetas por principio de comisión recibida por ellos de Cristo mismo, es posible porque el *fundamento* principal sobre el que descansa el establecido por ellos, es Jesucristo: ὄντος ἀκρογωνιαίου αὐτοῦ Χριστοῦ Ἰησοῦ, *siendo la piedra angular, Cristo mismo*. El calificativo dado por Pablo para referirse a Jesucristo y traducido como *piedra angular*⁴¹ significa primeramente la piedra que culmina la cúpula de un edificio y que lo mantiene unido. Este sería tal vez la forma de entender la figura en la que los apóstoles y profetas ponen el fundamento y Cristo corona el edificio para mantenerlo unido. Pero, el término puede referirse también a la *piedra del ángulo* que establece la verticalidad del edificio y sobre la que, como basamento, se edifica sobre ella y que sirve para unir entre sí los laterales del edificio, los muros que lo cierran y determinan. El fundamento que han puesto los apóstoles y profetas en la predicación del evangelio es Cristo mismo, sobre el que ellos, en base a la autoridad recibida establecen lo que podríamos llamar la *estructura* sobre la que descansa el edificio en cuanto a doctrina, toda esa operatividad conduce a glorificar como cabeza y Señor a Cristo mismo (1:22), de modo que Jesucristo aquí es base fundamental de sustentación del edificio que es la Iglesia, esquina angular que marca la verticalidad y orientación de la Iglesia y corona coordinante y de mantenimiento como *piedra principal*. De otro modo la Iglesia se presenta como *fundada* sobre Cristo, *orientada* en Cristo y *coronada* por Cristo. En ese sentido escribe Hendriksen:

*“Además de ser la piedra angular de un edificio parte del fundamento y por tanto soporte de la superestructura, ella determina su forma final, puesto que, al estar colocada en la esquina formada por la unión de dos muros primarios, fija la posición de estos muros y de los que cruzan en el resto del edificio. Todas las demás piedras deben ajustarse a ella. Así también la casa espiritual, además de descansar en Cristo, queda determinada en cuanto a carácter por Él. Es Él quien define lo concerniente a lo que esta casa debe ser ante Dios y cuál ha de ser su función en Su universo. Es Cristo el que da a la casa su correcta dirección”*⁴².

Esta enseñanza prosigue y se completa en el siguiente versículo.

21. En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor.

ἐν ᾧ πᾶσα¹ οἰκοδομὴ συναρμολογουμένη αὖξει εἰς ναὸν ἅγιον
 En el que todo edificio bien conjuntado crece para santuario santo
 ἐν Κυρίῳ,
 en Señor.

⁴¹ Griego ἀκρογωνιαίου.

⁴² W. Hendriksen. o.c., pág. 155.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ πᾶσα οἰκοδομή, *todo [el] edificio*, atestiguada en κ*, B, D, G, K, Ψ, 33, 104, 181, 330, 436, 451, 614, 629, 630, 1739*, 1877, 1962, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* Clemente, Orígenes, Basilio, Ps. Justiniano, Crisóstomo, Teodoreto.

πᾶσα ἡ οἰκοδομή, *toda la casa*, como se lee en κ^a, A, C, P, 81, 88, 326, 1739^c, 1881, 1984, 1985, syr^{p, h}, cop^{sa, bo}, arm, eth, Orígenes, Crisóstomo, Teofilacto.

Sin solución de continuidad escribe: ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *el que, quien*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo *toda*; οἰκοδομή, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *edificio, casa*; συναρμολογουμένη, caso nominativo femenino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo compuesto doble de συν, *con, junto con, en compañía de*, ἄρμός, *articulación*, y λέγω, *decir, determinar*, de ahí *bien conjuntado o bien trabado*; αὕξει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo αὐξάνω, *crecer, difundirse, multiplicarse*, aquí *crece*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ναόν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *templo, santuario*; ἅγιον, caso acusativo masculino singular del adjetivo *santo*; ἐν, preposición de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre *Señor*.

Ἐν ᾧ πᾶσα οἰκοδομή συναρμολογουμένη αὕξει. La piedra angular que es Cristo da coordinación plena al edificio del cual habla, que es la Iglesia. Ésta, como edificio celestial, no ha sido edificada en un solo momento, sino que está en edificación continua hasta el momento en que sea trasladada a la presencia de Dios. Este crecimiento continuado se desarrolla en este versículo mediante dos oraciones de relativo que presentan esta verdad en dos aspectos diferentes, y que están en este y en el siguiente versículo. En la primera se habla de *todo edificio*⁴³, que reviste la dificultad de la ausencia del artículo en el texto griego. De ahí distintas interpretaciones, alguna un tanto artificiosa como “*todo lo que se va edificando*”, en sentido de todo lo que en el transcurso del tiempo se va edificando sobre la piedra angular⁴⁴. Incluso algunos se decantan por entender aquí las distintas congregaciones o iglesias locales que se integran en el edificio general de la Iglesia⁴⁵. Pero en *alternativas* de lectura hay algunos mss que tiene el artículo determinado “*todo el edificio*”, que es una alusión directa a lo que ya dice el versículo anterior, uniendo esto a la regla gramatical

⁴³ Griego, πᾶσα οἰκοδομή.

⁴⁴ Entre otros A. Klöpper, en *Der Brief an die Epheser*; T. K. Abbot, en *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles to the Ephesians and to the Colossians*.

⁴⁵ Entre otros Ch. Masson en *L'Épître de Saint Paul aux Éphésiens*, dentro del *Commentaire du NT*, vol. IX.

que exige la presencia del artículo cuando el adjetivo *todo* significa *todo lo completo*, *todo* como dimensión plena de algo, que posiblemente no se aplicaba siempre en el griego koiné⁴⁶. El contexto inmediato exige considerar exclusivamente al edificio del que se está refiriendo el apóstol que es la Iglesia.

Ese edificio celestial está bien συναρμολογουμένη, *conjuntado*, tal vez mejor *trabado*, en el sentido de ligazón y unidad, en quien es también la base sustentante que el Cristo mismo. Ese edificio está formado por multitud de piedras que se asientan perfectamente unas con otras por cuanto todas ellas están en la misma posición que es Cristo que les da consistencia y unidad, ya que ese edificio que es también familia, es una unidad espiritual inseparable conforme al pensamiento y propósito de Jesús (Jn. 17:21-23). Pero, ¿por qué Pablo cambia la figura de cuerpo a edificio? Anteriormente dijo que cada creyente unido vitalmente a la cabeza viene a ser un cuerpo en el Señor (1:22-23). La razón es que el apóstol pasa a considerar la Iglesia como el templo de Dios en espíritu, por tanto, sin dejar de considerarlo como un cuerpo en Cristo, introduce también la condición de “*naos*” lugar donde la presencia de Dios se manifiesta. De las dos palabras que existen en griego para referirse a *templo*, *santuario* utiliza aquí la que, en el griego clásico y entre los paganos, se usaba para mencionar el lugar donde el ídolo residía como dios. Entre los judíos se usaba el término para referirse al Lugar Santísimo, donde se manifestaba la gloriosa presencia de Dios. En el Nuevo Testamento, se usa para referirse al templo de Dios y del Cordero (Ap. 21:22). El sentido de *crecimiento* está muy relacionado con el otro de *cuerpo*, es decir, el edificio no es de piedras muertas, sino de piedras vivas (1 P. 2:4-5), por tanto es un templo que *crece*, para llegar a ser dimensionado a la presencia de Dios que lo llena: αὕξει εἰς ναὸν ἅγιον, *crece para ser santuario santo*, o tal vez para ser el *Santísimo*, donde Dios mora. Este templo santo llega a ser santo porque está siendo edificado, no solamente *sobre* el Señor, sino ἐν Κυρίῳ, “*en el Señor*”. El Señor que da vida y sustentación, lo hace también *santo* por inhabitación personal de Él en cada creyente. La progresión hacia la santidad de la Iglesia en un acontecimiento *ontológico*, revelando en ese crecimiento que tiene que ver con el ser templo de Dios, una nueva dimensión y un nuevo *ser* en sentido de corporatividad con propósito definido. Pero, juntamente con la condición de santidad está también la de crecimiento, ambas constantes en la experiencia y devenir de la Iglesia. De otro modo, la Iglesia lo es cuando *crece* y es santa, y crece, en Cristo. Todo el edificio está creciendo a causa de la unión vital con Cristo que le da ese crecimiento. Pero, además, está armoniosamente ajustado también en Cristo que da cohesión a cada una de las piedras entrelazándolas y uniéndolas en Él para alcanzar la dimensión de templo para Dios.

⁴⁶ Véase a modo de ejemplo: Hch. 2:36; 17:26; Ro. 11:26.

22. En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

ἐν ᾧ καὶ ὑμεῖς συνοικοδομεῖσθε εἰς κατοικητήριον τοῦ Θεοῦ
 En quien también vosotros sois juntamente edificados para morada - de Dios
 ἐν Πνεύματι.
 en Espíritu.

Notas y análisis del texto griego.

Alcanza la conclusión mediante una nueva oración de relativo: ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *quien, el que*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὑμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; συνοικοδομεῖσθε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz pasiva del verbo συνοικοδομέω, *agregar a una edificación, edificar juntamente*, aquí como *sois juntamente edificados*; εἰς, preposición de acusativo *para*; κατοικητήριον, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *lugar para habitar, morada*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἐν, preposición de dativo *en*; Πνεύματι, caso dativo neutro singular del nombre *Espíritu*.

Ἐν ᾧ καὶ ὑμεῖς συνοικοδομεῖσθε. En el proceso de edificación de lo que es el templo de Dios, los gentiles son edificados en igualdad de condiciones con los judíos convertidos a Cristo. Por esa razón vuelve a aparecer otra vez el pronombre personal *vosotros*, que como se ha considerado varias veces, se refiere a los cristianos procedentes del mundo gentil. De ahí que el apóstol con mucho cuidado no utilice el verbo simple *edificar*, sino el compuesto *edificar conjuntamente*, escribiendo: Ἐν ᾧ καὶ ὑμεῖς συνοικοδομεῖσθε “*en quien vosotros juntamente edificados*”, literalmente *sois juntamente edificados*. El significado ideológico del verbo hace referencia a la incorporación de nuevos elementos en el edificio. Por medio de la fe en Cristo cada nacido de nuevo se *integra* por incorporación en Cristo, a la Iglesia que Él está edificando. Pero, no debe olvidarse que tanto la edificación como la base de sustentación, como la santidad y todos los demás aspectos tienen lugar en Cristo. De ahí el ingresivo ἐν ᾧ, “*en quien*”, esto es el Cristo mismo. Todos los salvos van siendo edificados conjuntamente por quien dijo: “*Yo edificaré mi Iglesia*” (Mt. 16:18), y en este aspecto se acentúa la idea de *unidad en la diversidad*. Son diversos, muchos, los que están siendo incorporados a la iglesia, de todos los pueblos y condiciones, pero la individualidad que se incorpora trae como resultado la pluralidad que es a su vez individualidad, ya que todos los muchos formamos una sola Iglesia. Tal vez debiera tenerse más en cuenta esta verdad que facilitaría la relación inter-ecclesial. Donde quiera que esté una persona salva por gracia mediante la fe, allí está un hermano en Cristo y miembro de la casa de Dios. Las denominaciones son simplemente accidentes históricos en la marcha

de la Iglesia, las congregaciones locales no son *independientes* sino *individuales* porque aun funcionando por ellas mismas están interrelacionadas porque son la misma y única Iglesia de Jesucristo.

El edificio *crece* en tamaño y santidad para ser apropiado a sus funciones como κατοικητήριον τοῦ Θεοῦ, “*morada de Dios*”. La presencia de Dios en el templo antiguo, es figura de lo que ocurre ya en la perfección de esta nueva dispensación de la Iglesia. Se enfatiza, pues, la presencia de Dios en la Iglesia. La *Shekina*, presencia divina, ha pasado de la habitación del santuario terrenal de la antigua dispensación, al nuevo que es la Iglesia de Jesucristo. La presencia del Espíritu en la Iglesia, que es κατοικητήριον τοῦ Θεοῦ, ἐν Πνεύματι, *morada de Dios en Espíritu*, establece la condición *espiritual* de ella (1 P. 2:5). Este Espíritu hace las veces y funciones de Cristo en el tiempo presente, por tanto, es por el Espíritu por quien Jesús actúa en la Iglesia y en los creyentes. Pero hay todavía una mayor dimensión ya que no sólo el creyente y la Iglesia es habitada por el Espíritu Santo, sino por Dios mismo en Espíritu. No debe olvidarse que Jesús prometió la presencia del Padre en el creyente: “Respondiendo Jesús le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a El, y haremos morada con él” (Jn. 14:23). El creyente y la Iglesia es *morada*, lugar donde se manifiesta la presencia espiritual del Dios Trino y Uno. No cabe duda que este nuevo santuario la presencia residencial de la Tercera Persona Divina, es un hecho, pero no es menos cierto que la Trinidad inhabita a la Iglesia como santuario de Dios. El Ser Divino existe eternamente en sólo única y absolutamente en tres Personas. No se trata de una pluralidad de hipóstasis personales de las que sólo conocemos tres, pero que pueden ser más. La idea de *Persona Colectiva* en Dios, es una manifestación herética y evolucionista de Dios que no se sustenta en ninguna doctrina bíblica, ya que Dios no es una Persona, sino un Ser, que existe en tres Personas, la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo. Estos tres eternos se manifiestan y habitan en la Iglesia.

Pablo está haciendo resaltar que los mismos efesios a quienes escribe, son *morada*, el *hogar* de Dios en el mundo. En ese hogar la comunión entre Dios y su pueblo debe ser una realidad. En base a que también, además de templo, es familia, las diferencias étnicas y sociales desaparecen para hablarse de una nueva humanidad, un nuevo hombre (2:15). En este santuario y familia de Dios no hay ya griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, hombre ni mujer, sino que todos somos uno en Cristo Jesús (Gá. 3:28; Col. 3:11). De este modo, judíos y gentiles, sabios e ignorantes, hombres y mujeres, van creciendo para ser un templo santo en el Señor. El fundamento de esta bendición es Jesucristo en quien se alcanza todas las bendiciones otorgadas por Dios. Esta gracia es de tal dimensión que excede a toda comprensión humana, iniciándose antes de la creación en el acto de elección divina, proyectándose en el tiempo con la

entrada del Salvador, ejecutándola para salvación en la Cruz, aplicándola a quienes son llamados por el Padre, regenerándolos para darles una nueva naturaleza, resucitándolos con Él para nueva vida, ascendiéndolos a los lugares celestiales en Cristo y, finalmente, haciéndolos templo de Dios y morada suya en Espíritu. Ante tal magnitud de gracia sólo es posible decir como el apóstol: *“¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!”*.

CAPÍTULO III

MISTERIO Y AMOR

Introducción.

A lo largo de cuanto antecede, el apóstol ha estado desarrollando la acción de la gracia como expresión del propósito soberano de Dios en salvación, tanto para judíos como para gentiles, ya que de ambos hizo un solo y nuevo hombre (2:14-16). La acción divina, que trae como resultado la formación de un cuerpo en Cristo, trae también las bendiciones para el nuevo pueblo de Dios, expresadas de tantas maneras y consideradas anteriormente. Cada creyente tiene razón suficiente para estar agradecido y bendecir al Señor por la gracia recibida, pero, es necesario entender que la razón de todo cuanto se alcanza en Cristo por la gracia divina es expresión del amor de Dios. Ese amor infinito debe estar presente en el pensamiento del creyente y mantenerse en la reflexión individual, mientras progresa hacia el crecimiento espiritual. Esa es la razón por la que el apóstol ora a Dios en petición de capacidad espiritual para los lectores sean capaces de entender o *comprender* lo que humanamente es incomprensible, el amor de Cristo. Una dimensión tal de la gracia divina que de muertos en delitos y pecados pasaron a ser poseedores de vida eterna, y de una vida de alejamiento de Dios, llegaron a ser ciudadanos del cielo y miembros de la familia del Padre. La fe cristiana se fortalece en el conocimiento del amor de Dios. De otro modo, llegar a entender lo que es *ser cristiano*, exige conocer la causa que inicia ese *ser cristiano*, y que no es otra que el amor manifestado en la eternidad (1:3-5).

El pasaje está incluido en la última parte doctrinal de la carta, en la que se trata el tema de la posición de los creyentes en Cristo. (1:3-3:21). Pablo estuvo enseñando principios bíblicos de enorme interés e importancia, presentando a los creyentes como elegidos por Dios, adoptados hijos por Jesucristo, constituidos en heredad de Dios, vivificados por Él, unidos a Cristo para formar un cuerpo y constituidos para ser un templo santo en el Señor. Ahora el apóstol va a considerar el ministerio que está llevando a cabo, especialmente en la proclamación del *misterio revelado* que, como se ha considerado, está íntimamente vinculado a lo que es la Iglesia, su posición y desarrollo. En medio de toda esta precisión doctrinal, Pablo, llama la atención sobre su propia persona. Aquel que era prisionero de Nerón, se presenta a sí mismo como prisionero de Jesucristo. En el escrito se abre un nuevo paréntesis (1:1a-14), donde, al comienzo de la oración por los efesios, esta se interrumpe para dar paso al tema del pasaje: la presentación y misión apostólica de Pablo.

La vida del creyente necesita la presencia continua de dos fuentes de poder. La primera es el poder de Dios que fortalece internamente y la segunda es el amor divino que alienta y estimula. Pablo es conocedor de esta necesidad, por tanto, va a orar en intercesión para que Dios de estas dos bendiciones como experiencia en la vida de los creyentes a quienes escribe. Sin duda esta es la misma necesidad para el tiempo actual. El creyente hoy, más que nunca, necesita sentir la presencia real de Cristo en su vida que le permita vivir con Su poder una vida cristiana consecuente (Jn.15:5); sin ello el testimonio es un fracaso (Ap.3:17). Necesita también un profundo conocimiento del amor de Dios en un mundo deshumanizado, para testimonio que evidencie su nuevo nacimiento, amando sin distinción a todos, incluso a los enemigos.

El bosquejo analítico para el estudio que se ha presentado ya en la introducción, puede establecerse de la siguiente manera:

1. La gloria del cuerpo (3:1-13).
 - 1.1. Administración de la gracia (3:1-6).
 - 1.2. Manifestación del misterio (3:7-13).
2. Segunda oración de Pablo (3:14-19).
3. Doxología (3:20-21).

La gloria del cuerpo (3:1-13).

Administración de la gracia (3:1-6).

1. Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles.

Τούτου χάριν ἐγὼ Παῦλος ὁ δέσμιος τοῦ¹ Χριστοῦ Ἰησοῦ ὑπὲρ
 A causa de esto yo Pablo el prisionero - de Cristo Jesús por
 ὑμῶν τῶν ἐθνῶν
 vosotros los gentiles.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ τοῦ Χριστοῦ Ἰησοῦ, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**², A, B, D², 075, 0150, 33, 81, 104, 263, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1739, 1912, 2464, *Biz* [K, L, P] *Lec*. It^{ar, f}, vg, syr^h, cop^{sa/ms}, ^{bo}, geo², Orígenes, Cirilo, Jerónimo, Pelagio.

τοῦ Ἰησοῦ Χριστοῦ, como se lee en 1881, 2200, 884, it^b, vg^{ms}, syr^p, cop^{sa/ms}, arm, geo¹, slav, ambrosio, Jerónimo.

τοῦ Χριστοῦ, lectura en κ*, D*, F, G, 256, 1319, 1573, 1852, 2127, it^d, g, o, cop^{sa/ms}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Hilario.

εν Χριστοῦ, atestiguada en 365.

εν Χριστοῦ Ἰησοῦ, lectura en 167, 170, 617.

Iniciando un nuevo párrafo escribe: Τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo declinado *de esto*; χάριν, acusativo singular de χάρις, usado como preposición de genitivo y también como adverbio con el significado de *por, a causa de, a favor de*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; Παῦλος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Pablo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δέσμιος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *prisionero*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐθνῶν, caso genitivo neutro plural del sustantivo que denota *gentiles*.

Luego del amplio repaso de las bendiciones que Dios otorgó a los creyentes, el apóstol introduce un nuevo párrafo usando para ello la forma del genitivo del sustantivo *gracia*, que se convierte en una reposición, equivalente a *por causa de esto*, precedida del pronombre demostrativo *esto*, leyéndose: Τούτου χάριν, “*Por esto*”, en sentido de cuanto ha estado diciendo antes, lo que equivale a *por esta causa, por esta razón*, en clara referencia a cuanto ha estado diciendo desde el primer capítulo. La introducción a la oración carece de verbo, aunque no lo necesita aquí al abrirse inmediatamente un largo paréntesis, pero, aun así puede suplirse por *rogar*¹ o también por *pedir*².

La oración que se propone el apóstol adquiere un énfasis especial por la identificación personal que hace de sí mismo: ἐγὼ Παῦλος, “*yo Pablo*”. Otras cinco veces aparece la misma forma de presentación (cf. 2 Co. 10:1; Gá. 5:2; Col. 1:23; 1 Ts. 2:18; Flm. 19) y en todas ellas se aprecia un matiz especial no tanto desde su condición de apóstol, sino más bien desde su vinculación especial y personal en relación con las iglesias de procedencia gentil, como enviado para la evangelización y como instrumento en las manos del Señor para la fundación de las iglesias. Con el nombre de Pablo está asociada la evangelización y con la evangelización la salvación de los creyentes y la fundación de las iglesias.

¹ Griego δέομαι.

² Griego αἰτέω.

La identificación con la evangelización va acompañada también del sufrimiento y de las penalidades, ya que Pablo es ὁ δέσμιος τοῦ Χριστοῦ Ἰησοῦ, “*prisionero de Cristo Jesús*”. Se ha considerado las prisiones del apóstol en la introducción de la *Carta*, pero es interesante apreciar la insistente vinculación de su prisión con Cristo en varios de sus escritos. Un poco más adelante dirá que el es “*preso en el Señor*” (4:1); escribiendo a Filemón dice que es “*prisionero de Jesucristo*” (Fil. 1:9); escribiendo a Timoteo le dice que es “*preso suyo*” (2 Ti. 1:8). Técnicamente Pablo es un prisionero de la justicia romana, por haber apelado al Emperador para ser juzgado (Hch. 25:11). Ante los hombres era un acusado de haber producido un conflicto social grave en Jerusalén, pero él mismo testifica de no haber nada en contra suya de que pudiera ser juzgado (Hch. 25:11). Sin embargo, la prisión de Pablo se había producido por permisión divina y, todavía más, por propósito divino ya que desde el tiempo de su conversión le había sido anunciado sufrimiento por causa de Cristo (Hch. 9:16), al tiempo que se le asignaba como escogido para evangelizar a los gentiles y alcanzar con el mensaje a reyes (Hch. 9:15). El propósito de Cristo en el cumplimiento del ministerio de Pablo, contemplaba la etapa de la prisión (Hch. 23:11), ya que era un medio para la evangelización (Fil. 1:12-14). La concesión divina hace que Pablo escriba la *Carta* desde una prisión a la que llegó no por malhechor, sino por fidelidad a la misión que Cristo le había encomendado. De ahí que se sienta prisionero *de Cristo*, *por Cristo* y sea también un prisionero *en Cristo*, ya que sus prisiones las vive en la posición que como creyente tiene *en* el Señor. Los hombres lo han hecho prisionero pero no son ellos quienes lo retienen en esa condición, sino que es Cristo que ha determinado la prisión de Pablo para que las más altas instancias dentro del mundo gentil, en el corazón del imperio, sean alcanzados por el evangelio de Cristo y en respuesta a él, sean alcanzados por Cristo mismo. El mensajero estaba preso, pero el mensaje que proclamaba, procedente de Dios mismo (Gá. 1:11-12), nadie lo podía detener. Pablo se presenta como el *prisionero* de Cristo Jesús, todo un privilegio ya que no era un preso cualquiera sino uno que adquiriría una notoria posición. Estaba preso por propósito de quien lo había salvado y llamado al ministerio de la evangelización. Aparentemente era un prisionero de Nerón, pero sólo en apariencia. Su estado era una concesión de la gracia divina y obedecía al programa que Cristo había trazado para su ministerio, para lo cual lo había custodiado desde el primero momento en que fue hecho prisionero, bien de los hombres (Hch. 23:12ss), bien de los elementos en el mar (Hch. 27:24), e incluso de los animales peligrosos (Hch. 28:3-5).

Por ese prisionero de Cristo para alcanzar a los gentiles, le permite decir que está en prisión ὑπὲρ ὑμῶν τῶν ἐθνῶν, “*por vosotros los gentiles*”. La

preposición *por*³, tiene aquí el sentido de *en favor de*, es decir, era un prisionero para *favorecer* a los gentiles, pero, concretamente a los destinatarios de la *Carta*, los *cristiano-gentiles*. Se entiende que Pablo se refiriese a su prisión como medio para alcanzar a gentiles inconversos y llevarlos por medio del mensaje del evangelio a Cristo, para salvación, porque para este ministerio había sido llamado (Ro. 15:15, 16), siendo elegido por Dios (Gá. 1:15, 16). Pero, ¿en qué sentido la prisión de Pablo sea favorecedora o benéfica para los cristianos? Primeramente porque generaba un sentido especial de comunión en la gracia (Fil. 1:7). No debe olvidarse que los padecimientos de los cristianos son, como la salvación, una concesión de la gracia (Fil. 1:29). En segundo lugar porque servía de estímulo para que quienes no tenían la valentía suficiente para evangelizar a otros en un ambiente de oposición, lo hiciesen viendo el ejemplo del apóstol (Fil. 1:14-18). En tercer lugar porque incrementaba el deseo de oración, actividad espiritual de vital importancia para los creyentes (Fil. 1:19). Los sufrimientos de Pablo eran un testimonio tal vez más elocuente que una exhortación directa a los creyentes.

La referencia personal que el apóstol hace en el versículo tiene por objeto llamar la atención de los lectores a un deseo que expresa en oración aquel que es prisionero de Cristo por amor de ellos, lo que da un marcado carácter y peso a la petición que en oración a Dios desea hacer a favor de ellos.

2. Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros.

—εἰ γε ἠκούσατε τὴν οἰκονομίαν τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ τῆς
Si ciertamente oísteis la administración de la gracia - de Dios de la
δοθείσης μοι εἰς ὑμᾶς,
dada a mí para con vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Abriendo un largo paréntesis escribe: εἰ, conjunción afirmativa condicional *si*, que establece una condición de primera clase; γε, partícula encíclica que hace oficio de conjunción y de adverbio, y recalca el sentido de la palabra a la que se une, como *por lo menos, al menos, siquiera, por tanto, cierto es que, justamente, ciertamente, etc.*; ἠκούσατε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar, enterarse*, aquí *oísteis*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; οἰκονομίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *administración, encargo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del

³ Griego ὑπέρ.

artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δοθείσης, caso genitivo femenino singular del participio aoristo primero en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar*, aquí *dada*; μοι, caso dativo del pronombre personal declinado *a mí*; εἰς, preposición de acusativo *en relación con, para con*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*.

Εἰ γε ἠκούσατε. Cuando el apóstol se dispone a expresar la oración, interrumpe el hilo para introducir un largo inciso que se extiende hasta el v. 13. Este corte a modo de paréntesis se inicia con una cláusula condicional mediante el uso de la conjunción afirmativa condicional *si*, intensificada mediante una partícula que puede traducirse como *ciertamente*. Pero, debe tenerse en cuenta la correcta traducción que conlleva esa expresión. Si se tratase de una expresión de posibilidad o incluso de duda, el apóstol estaría diciendo que tal vez los lectores no conocían la administración de la gracia que le había sido encomendada, o que no lo conocieran suficientemente bien. La expresión condicional no supone en modo alguno la duda de que los lectores no conocieran ese aspecto, sino todo lo contrario, se trata de una afirmación enfática que equivaldría a decir: “*puesto que conocéis*” o “*como quiera que conocéis*”. Una expresión semejante se utiliza en otro escrito del apóstol cuando dice: “*si hay alguna consolación en Cristo*” (Fil. 2:1), que no supone que pueda no haberla, sino todo lo contrario, se trata de afirmar sin duda alguna que la hay. Pablo afirma que *es seguro* que los efesios conocían sobre la administración de la gracia que Dios le había otorgado.

Τὴν οἰκονομίαν τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ. El apóstol se presenta aquí como el esclavo administrador de una parcela puesta en sus manos para que la administre en nombre del dueño. Se trata de administrar *la gracia de Dios*. Siendo esta el instrumento de salvación (Ef. 2:8-9), no se trata de administrar la gracia en sí, convirtiéndose Pablo en mediador de la salvación, sino en comunicar la realidad de la gracia que salva mediante la proclamación del mensaje de salvación. La palabra traducida aquí como *administración*⁴ tiene en toda la *Carta* el sentido de la disposición divina para llevar a cabo la salvación (1:10; 3:9). Por tanto la administración de la gracia es, como expresa en el escrito a Colosenses: “*fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios*” (Col. 1:25). Ese mensaje de salvación proclama la persona del Salvador, como única esperanza de gloria (Col. 1:27). Dios había asignado a Pablo la proclamación del evangelio de Cristo como un depósito sagrado que le había sido encomendado (1 Co. 4:1s; 9:17; 1 Ti. 1:4; Tit. 1:7).

⁴ Griego οἰκονομία.

Τῆς δοθείσης μοι εἰς ὑμᾶς. La administración de esa gracia está involucrada con la gracia personal dada a Pablo que le hace *apóstol*⁵, *enviado* por Cristo mismo para llevar a cabo la misión evangelizadora a favor de los gentiles. Por tanto hay dos elementos en el contenido del versículo: 1) La gracia en el mensaje de salvación, para cuya proclamación fue enviado el apóstol. 2) La gracia personal conferida en el don de apóstol para llevar a cabo la misión. Este segundo aspecto como don capacitante, está bajo la responsabilidad de Pablo el ministrarlo a otros (Ro. 1:5). Esa gracia que le fue otorgada para el apostolado le confiere también la autoridad especial otorgada por Cristo mismo para establecer demandas a los creyentes (Ro. 12:3). Pablo se convierte en administrador, como esclavo de Jesucristo (Ro. 1:1; 1 Co. 4:1). Esta administración tiene que ver con el apostolado al que Cristo le llamó y dotó para ello (Ro. 1:5; 8:1; 1 Co. 1:1; Gá. 2:8). La gracia de los dones no es para beneficio y gloria personal, sino para la edificación del cuerpo (1 P. 4:10). Esa gracia dada al apóstol le hace apto para establecer, mediante el mensaje que proclama a Cristo, el fundamento de la fe (1 Co. 3:10). A Pablo se le encomendó al evangelio para que lo llevase especialmente a los gentiles (Gá. 2:7ss). Es, por tanto, una mayordomía del evangelio (1 Co. 9:17; Gá. 2:7).

3. Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente.

ὅτι κατὰ ἀποκάλυψιν ἐγνωρίσθη μοι τὸ μυστήριον, καθὼς
Que conforme a revelación fue dado a conocer a mí el misterio según
προέγραψα ἐν ὀλίγῳ,
escribí antes en breve.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa: ὅτι, conjunción *que*; κατὰ, preposición de acusativo *conforme*; ἀποκάλυψιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo declinado *a revelación*; ἐγνωρίσθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γνωρίζω, *dar a conocer, revelar, saber*, aquí como *fue dado a conocer*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mí*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μυστήριον, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *misterio*; καθὼς, conjunción que significa *según*; προέγραψα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo προγράφω, *escribir antes, escribir de antemano*, aquí *escribí antes*; ἐν, preposición de dativo *en*; ὀλίγῳ, caso dativo neutro singular del adjetivo *poco, corto, breve, poco tiempo, pequeño*.

⁵ Griego ἀποστολή.

Ὅτι κατὰ ἀποκάλυψιν ἐγνώρισθη μοι τὸ μυστήριον. Pablo hace referencia a una revelación por la que le fue dado a conocer “*el misterio*”, al que mencionó antes (1:9), por tanto, se trata del ministerio de la voluntad divina, que en síntesis es el misterio de la instauración de todas las cosas en Cristo. A este misterio va a referirse en lo que sigue del escrito. Este misterio no lo recibió de hombres o por enseñanza de maestros humanos, sino por *revelación* divina. Este es el énfasis que el apóstol hace sobre el mensaje que predica, el evangelio de la gracia, de que dice que no lo recibió de hombres, ni por hombres, sino por revelación directa de Jesucristo (Gá. 1:12). Fue Dios mismo a quien le agradó revelar a su Hijo en Pablo (Gá. 1:15-16). El evangelio predicado por el apóstol no era *un* evangelio, sino *el* evangelio, el único evangelio verdadero, el procedente de Dios mismo, por lo que no existe otro (Gá. 1:7). El mensaje del evangelio verdadero que contiene la expresión del misterio ha sido manipulado por muchos a lo largo del tiempo para desvirtuarlo, pero tales manipulaciones no son el evangelio, sino un mensaje que es *anatema* (Gá. 1:8-9). El misterio revelado no procede de los hombres y, por tanto, no es una norma humana, por el contrario difiere de todo cuanto pueda proceder el pensamiento humano, ya que en contenido y carácter es tan contrario a la mente humana que constituye una incompatibilidad plena, ya que para los hombre es *locura* (1 Co. 1:18, 21-25). Es un mensaje que entroniza a Dios y reduce al hombre a incapacidad plena para su salvación. Es un mensaje que proclama la salvación por gracia mediante la fe (2:8-9). El mensaje que expresa la revelación del misterio, afirma que la salvación sólo es de Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Es la expresión de la verdad que proclama el poder de Dios para salvación (Ro. 1:16-17). Si la salvación es de Dios, el mensaje tiene que tener la misma procedencia, es decir, es un mensaje divino, ya que sólo de esa manera puede calificarse de *eterno* (Ap. 14:6). La procedencia del misterio que Pablo predica no procedía de hombres. No quiere esto decir que no hubiera oído mucho del evangelio que predicaba por medio de los cristianos que había perseguido, como mínimo había oído una exposición completa del evangelio en el discurso que Esteban hizo delante del Sanedrín, en donde Pablo estaba presente (Hch. 7:58). Al decir el apóstol que “*no lo recibió de hombres*”, quiere decir que no lo aceptó cuando oyó el testimonio antes de su conversión. Como judío incrédulo rechazaba todo canto tenía que ver con la resurrección y glorificación del Salvador. Este, ciego a la fe como el resto de los hombres, no podía admitir el mensaje de la Cruz (1 Co. 1:23). Pero, todavía algo más, Pablo afirma en su escrito a los gálatas, que ese mensaje no le había sido transmitido por *tradición* ni por *instrucción*. No había sido instruido en una escuela teológica que formó su pensamiento, ni siquiera había sido enseñado por los apóstoles. El misterio le fue comunicado por *revelación* directa de Jesucristo. No podía ser menos, ya que también los otros doce habían sido enseñados por el Maestro. Este es un rasgo más que lo identifica como *apóstol* (1 Co. 9:1; 15:7-8). Su enseñanza comenzó ya en el camino a Damasco, donde se le manifestó el

Señor (Hch. 9:3-6). La revelación de Cristo despejó las dudas que pudiera haber en la mente del apóstol, en relación con su origen ya que no solo había nacido en Belén, sino que descendió del cielo. De la misma manera en su nacimiento concurría un propósito divino y eterno en relación con la salvación de los hombres. Jesucristo era Divino-humano en una sola Persona, y su vida y su muerte tuvieron y tienen un significado y sentido permanente, que trascienden al tiempo y se proyecta a la eternidad. Dios determinó salvar a Pablo y le llamó por su gracia, habiéndolo destinado a sus propósitos desde antes de su nacimiento (Gá. 1:15). Pero, sobre todo, la importancia que para él tenía el llamamiento celestial consistía en el hecho de que Dios “*reveló a su Hijo*” en él (Gá. 1:16). No se trata de una revelación exterior, percibida por los sentidos, sino interior, en el centro mismo de la persona. En esta revelación no solo alcanza la salvación, sino que también se le comunica por el mismo proceso en *misterio* que anunciaba en la proclamación del evangelio y en el escrito de la *Carta*. Pablo entiende que junto con la elección para salvación estaba también la elección para el ministerio, de ahí que en el escrito a los gálatas diga que la revelación de su Hijo fue para que también “*yo la predicase entre los gentiles*” (Gá. 1:16). Tanto apostolado como mensaje fue elección y disposición divina.

Καθὼς προέγραψα ἐν ὀλίγῳ. La revelación del *misterio* es posible porque ya no se trata de una realidad oculta en Dios, sino comunicada directamente por Él al mensajero. Ese *misterio* fue dado a conocer fielmente por la predicación, por cuya razón era bien conocido por los lectores de la *Carta*. De ese *misterio* ha hecho una síntesis brevemente en lo que antecede a este versículo. No debe entenderse como si el misterio fuese comunicado antes en forma esquemática, concisa o abreviada, ya que como testifica el mismo apóstol, cuando llamó a los ancianos de la iglesia en Éfeso a la playa de Mileto para despedirse de ellos, “*no había rehuido anunciarles todo el consejo de Dios*” (Hch. 20:27). Por tanto, como quiera que ellos conocían bien el *misterio* que le había sido revelado por Cristo mismo, lo había enunciado brevemente en lo que escribe antes en este *Carta*, claramente entendible en el verbo que usa para referirse a lo que antecede del escrito que literalmente significa *pre-escrito*⁶. Por esa causa escribe: “*os he escrito brevemente*”, en referencia a lo que les ha escrito hasta aquí, especialmente en los párrafos de 1:3-14, 18-23 y en todo el capítulo 2. Es la acción del *ecónomo* divino, el siervo administrador de Dios, en la ejecución de la tarea que le había sido encomendada.

4. Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo.

⁶ Griego προγράφω.

πρὸς ὃ δύνασθε ἀναγινώσκοντες νοῆσαι τὴν σύνεσιν μου
 Con relación a lo cual podéis leyendo entender la comprensión de mí
 ἐν τῷ μυστηρίῳ τοῦ Χριστοῦ,
 en el misterio - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

En continuidad total con lo que antecede, escribe: πρὸς, preposición de acusativo *con relación a*; ὃ, caso acusativo neutro singular del pronombre relativo *lo cual*; δύνασθε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder*, aquí *podéis*; ἀναγινώσκοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀναγινώσκω, *leer*, aquí *leyendo*; νοῆσαι, aoristo de infinitivo en voz activa del verbo νοέω, *entender*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; σύνεσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *inteligencia, entendimiento, comprensión*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *el*; μυστηρίῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *misterio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

Πρὸς ὃ δύνασθε ἀναγινώσκοντες νοῆσαι τὴν σύνεσιν μου ἐν τῷ μυστηρίῳ τοῦ Χριστοῦ. Por ese escrito, aunque corto, los lectores pueden darse cuenta del conocimiento y, sobre todo, de la comprensión que el apóstol tiene en relación con el *misterio*. El escrito debía ser leído en público que es el sentido que adquiere aquí la expresión en el texto griego, ya que el verbo usado y traducido por *leyendo*⁷, tiene el sentido de *leer en voz alta* y también *leer en público*. El apóstol establece la lectura de las cartas en el culto público (Col. 4:16).

La *Carta* en sí es una exposición del conocimiento que el apóstol había alcanzado por capacitación divina del misterio que le había sido revelado por Dios mismo. Esa comprensión es también divina, por cuanto el *misterio* fue revelado y procede de Dios, es decir, Dios capacitó al apóstol para entender con claridad lo que había de proclamar en la predicación del evangelio. Este *misterio* escrito es Palabra de Dios, plenariamente inspirada por el Espíritu (2 Ti. 3:16), por tanto, como procedente de Dios, es doctrina y, en este caso, al ser doctrina de la salvación y de la ejecución del programa divino para esta dispensación, es *doctrina fundamental*. Con sólo lo que ha escrito, es suficiente para que los lectores se percaten del conocimiento que Pablo tiene sobre el *misterio* de Cristo. Realmente el *misterio* es Cristo mismo, ya que en Cristo y por Cristo se provee de salvación a todos los hombres y todos los salvos se unen vitalmente a Cristo y en Cristo para la formación de un cuerpo en Él, tema que

⁷ Griego, ἀναγινώσκω.

abordó anteriormente. De ahí que el genitivo final sea un genitivo objetivo, ya que Cristo es a la vez razón y sustancia del *misterio*. Sin embargo, el contenido pleno del misterio se dará un poco más adelante (v. 6).

5. Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu.

ὃ ἐτέραις γενεαῖς οὐκ ἐγνωρίσθη τοῖς υἱοῖς τῶν ἀνθρώπων
 lo que a otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres
 ὡς νῦν ἀπεκαλύφθη τοῖς ἁγίοις ἀποστόλοις αὐτοῦ καὶ προφήταις
 como ahora fue revelado a los santos apóstoles de Él y profetas
 ἐν Πνεύματι,
 en Espíritu.

Notas y análisis del texto griego.

En relación con la revelación del misterio escribe: ὃ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; ἐτέραις, caso dativo neutro singular del adjetivo indefinido declinado *a otras*; γενεαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *generaciones*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada; tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γνωρίζω, *dar a conocer, revelar, saber*, aquí *fue dado a conocer*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; υἱοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *hijos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; νῦν, adverbio de tiempo, *ahora, al presente*; ἀπεκαλύφθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἀποκαλύπτω, *revelar*, aquí *fue revelado*; τοῖς, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; ἁγίοις, caso dativo masculino singular del adjetivo *santos*; ἀποστόλοις, caso dativo masculino singular del sustantivo *apóstoles*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προφήταις, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *profetas*; ἐν, preposición de dativo, *en*; Πνεύματι, caso dativo neutro singular del nombre *Espíritu*, probablemente referido al Espíritu Santo.

“Ὁ ἐτέραις γενεαῖς οὐκ ἐγνωρίσθη τοῖς υἱοῖς τῶν ἀνθρώπων. El *misterio* ahora revelado y predicado a los gentiles, había sido desconocido antes, esto es, en dispensaciones anteriores a la Iglesia. La revelación de este misterio para que sea comunicado a los hombres por medio de los apóstoles alcanza, no solo a Pablo, ὡς νῦν ἀπεκαλύφθη τοῖς ἁγίοις ἀποστόλοις αὐτοῦ, sino a todos los “*santos apóstoles*” y también καὶ προφήταις, a los *profetas*. Ese *misterio* de Cristo no fue dado a conocer en otros tiempos a otras

generaciones, cuyo término es tanto nominal como temporal, es decir, las generaciones están vinculadas a los tiempos en que vivieron. Esa es la forma interpretativa de *generaciones* a la luz del sentido dado en la Carta a los Colosenses: “*El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos*” (Col. 1:26). Sin embargo la expresión no es tan sólo temporal, como una indicación específica de un tiempo pasado, sino también *personal*, ya que el *misterio* no se dio a conocer en otros tiempos a “*los hijos de los hombres*”. La expresión es usada en la Escritura en un hebraísmo bíblico de tono solemne para designar a *los hombres* en general, esto es, la humanidad (Gn. 11:5; Sal. 4:2; 11:4; 12:1, 8; 45:2; 145:12; Is. 52:14; etc.). Pudiera parecer como que los gentiles quedaban excluidos de la providencia salvadora de Dios, pero, mediante la revelación del *misterio*, se entiende que Dios opera en la salvación de un pueblo único, escogido, sin distinción de razas ni de condición.

En contraste con τοῖς υἱοῖς τῶν ἀνθρώπων, *los hijos de los hombres*, están los τοῖς ἁγίοις ἀποστόλοις αὐτοῦ καὶ προφήταις, *santos apóstoles y profetas*, a quienes Dios comunica y revela el *misterio* que había estado escondido para los hombres de generaciones anteriores. Pablo desea enfatizar bien esto, como una nota de oposición, usando para ello el adverbio de modo *como*⁸, que hace funciones de conjunción comparativa, procurando dar a entender por medio del contraste que lo que había sido negado conocer a la humanidad antes, es revelado ahora a los hombres por el ministerio de los apóstoles y profetas. La construcción de la frase en el texto griego admite tres posiciones: 1) La revelación del misterio fue dada a conocer a los *santos apóstoles*, considerando *santos* como una glosa. 2) La revelación del misterio fue dada a conocer a *los santos, apóstoles y profetas*, es decir, se manifestó la revelación a los creyentes en general, así como a los apóstoles y profetas. Bien que por medio de la revelación a los apóstoles y profetas es el conocimiento de los santos. 3) En tercer lugar, como en algunos códices⁹, se omite *apóstoles*, quedando establecido que la revelación del misterio a los *santos*, se hace por medio de *los profetas*. Lo más seguro es entender que *santos*, situado en medio de los dos sustantivos, es un calificativo para *apóstoles y profetas*. Pero, en cualquier caso, lo que Pablo quiere destacar es que la revelación procede ἐν Πνεύματι, del Espíritu.

La comunicación del mensaje a proclamar, que había de escribirse en el Nuevo Testamento, al igual que los mensajes proféticos del Antiguo Testamento, proceden de Dios mismo por medio del Espíritu Santo (2 P. 1:21). De ahí la identidad de revelación de los escritos del Nuevo Testamento y de los

⁸ Griego ὡς.

⁹ Así ocurre en B.

del Antiguo Testamento, aunque sean diferentes en contenido. La revelación de Pablo está, por tanto, al mismo nivel que el resto de las Escrituras inspiradas (2 P. 3:15, 16). Esta revelación especial que es dada para conocimiento universal y que está registrada en los escritos del Nuevo Testamento, concluye definitivamente, porque ya no es posible añadir nuevos escritos al Canon bíblico. Este *misterio* revelado a Pablo es parte del “*fundamento apostólico*” (2:20). Esta es la interpretación correcta si la expresión “*por Espíritu*” se refiere al verbo *revelar*. En otro caso, si se une al sustantivo *profetas* y también *apóstoles*, se referiría más bien al propio espíritu humano de esas personas. Ambas cosas tienen sentido: el Espíritu Santo comunicó espiritualmente capacitando al espíritu de los apóstoles y profetas para que recibieran y comprendieran el *misterio* que se les estaba revelando, y que se especifica en el siguiente versículo.

6. Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio.

εἶναι τὰ ἔθνη συγκληρονόμα καὶ σύσσωμα καὶ συμμετόχα
 Ser los gentiles coherederos y comiembros del cuerpo y copartícipes
 τῆς ἐπαγγελίας ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ διὰ τοῦ εὐαγγελίου,
 de la promesa en Cristo Jesús por medio de el evangelio.

Notas y análisis del texto griego.

El misterio se expresa de la siguiente manera: εἶναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔθνη, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *gentiles*; συγκληρονόμα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *coherederos*; Pablo utiliza a menudo compuestos con σύν, *con, junto con, en compañía de*, tres veces en el versículo; καὶ, conjunción copulativa *y*; σύσσωμα, caso acusativo neutro singular del adjetivo *co-cuerpo*, en sentido de *co-miembros del cuerpo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; συμμετόχα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *copartícipes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπαγγελίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *promesa*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; εὐαγγελίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *evangelio*.

Εἶναι τὰ ἔθνη συγκληρονόμα καὶ σύσσωμα καὶ συμμετόχα τῆς ἐπαγγελίας ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ διὰ τοῦ εὐαγγελίου. El *misterio* se expresa concisamente, comenzando por el uso del verbo *ser* en infinitivo epexeagético, como ocurre también en otros lugares (cf. 3:8, 17; 4:22s; Ro. 4:13; 2 Co. 10:13; 1 Ts. 4:3s). Este misterio resumido es la unidad espiritual de los gentiles y de los judíos salvos en esta dispensación de la Iglesia. El *misterio* no es si un gentil

puede salvarse, ya que esta verdad de salvación para los gentiles está ampliamente manifestada en el Antiguo Testamento, sino que ambos, gentiles y judíos, vengan a formar una unidad en Cristo Jesús. Esta unidad les hace *co-participes* en las bendiciones de la salvación, muchas de las cuales se consideraron por el apóstol en lo que antecede, desde el inicio de la *Carta*. Para enfatizar esta igualdad de todos los salvos, tanto judíos como gentiles, muy a su gusto el apóstol utiliza tres adjetivos calificativos modificados mediante la preposición *con*¹⁰ que expresa la participación común en algo.

La primera condición común a todos los creyentes es la de ser *coherederos*¹¹, de una herencia celestial, reservada en los cielos (1 P. 1:4), siendo también guardados los creyentes para que la obtengan (1 P. 1:5). Dios había hecho la promesa de esta herencia en una de las formulaciones del pacto abrahámico, a lo que se refiere en otro lugar el mismo apóstol (Gá. 3:28, 29). Así lo prometió Dios a Abraham: “*Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia*” (Gn. 15:5). No se trata de herencia terrenal, que sin duda también se la había prometido (Gn. 12:1, 2), sino de esperanzas celestiales de las que hace mención el escritor de la Epístola a los Hebreos. Tanto los judíos, como descendientes de Abraham en su misma fe, como los gentiles salvos en esta dispensación, ambos tienen una esperanza común, que era la misma esperanza de los patriarcas: “*Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*” (He. 11:9). El misterio revelado pone de manifiesto la herencia espiritual que es común a los creyentes en la Iglesia, bien sean judeo-cristianos o pagano-cristianos. La herencia espiritual se recibe, como la recibió Abraham, por medio de la fe. Todo aquel que hace uso de esta misma fe en Dios, es *hijo de Abraham*, candidato a la herencia de bendiciones celestiales. Pero, todavía algo más: Los creyentes, conforme al misterio revelado, forman una unidad personal y corporal en Cristo. La unidad de los cristianos con Cristo es inseparable, puesto que en esa misma unidad descansa la comunicación de la vida eterna que cada salvo recibe al haber creído. Por tanto, en esa misma unidad con Cristo, se alcanza la salvación y la herencia. Pablo escribe: “*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo*” (Ro. 8:16, 17). La seguridad de los creyentes es firme; siendo hijos de Dios, son también herederos de la misma herencia de Cristo, por tanto, *coherederos* con Él. Por la condición de hijos son herederos de todas las riquezas del Padre, ya que Dios mismo es la herencia de los suyos

¹⁰ Griego σύν.

¹¹ Griego

(Sal. 16:5, 6). Esa herencia de Dios no se divide, se comparte por igual por todos los herederos, como herencia de los santos en luz (Col. 1:12). Cristo es el *Unigénito* del Padre (Jn. 1:14), de modo que la herencia total es suya por esa condición. Pero, por estar en Él, lo es también del creyente. Todos los creyentes, tanto judíos como gentiles, hombres o mujeres, maridos o esposas, son coherederos de la gracia de la vida (1 P. 3:7).

La segunda condición común a todos los creyentes es que son σύσσωμα, “*miembros del mismo cuerpo*”. El apóstol utiliza aquí un adjetivo¹² que literalmente significa *co-cuerpo* y que es un *hápax legómenon*, la única vez que aparece en todo el Nuevo Testamento, y enfatiza el hecho de que todos los creyentes, tanto gentiles como judíos han venido a constituir un solo cuerpo en Cristo. Como copartícipes en el cuerpo, todos están al mismo nivel. La unión de judíos y gentiles salvos se verifica por la incorporación a Cristo, pasando a ser los procedentes de los dos pueblos, un mismo cuerpo bajo una misma cabeza, que es Cristo (2:15-16, 22).

Una tercera condición común a todos los creyentes es su συμμετοχα τῆς ἐπαγγελίας, “*coparticipación en la promesa*”, esto es, partícipes comunes en la promesa de bendición. El gentil no tiene ya ninguna exclusión. Los que antes, por no pertenecer a la circuncisión estaban apartados de las promesas, sin ningún tipo de esperanza, porque tampoco tenían a Dios en el mundo (2:12), han venido a ser herederos y copartícipes de la promesa, a causa de haber alcanzado la bendición de una nueva posición: ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, *en Cristo Jesús*.

Todo esto se ha logrado διὰ τοῦ εὐαγγελίου, *por medio del evangelio*, instrumento providencial que expresa el mensaje a creer y el poder de salvación para todo el que crea (Ro. 1:16, 17). El apóstol dice que el evangelio “*es poder de Dios*”, utilizando una palabra de la que se deriva el término castellano *dinamo*, en cuyo sentido el evangelio es el *poder dinámico* de Dios que produce o genera la energía salvadora. Lo es por cuanto proclama la obra de Cristo y su Persona como único medio y Salvador. La salvación procede únicamente de Dios, es operada únicamente por Él, y es aplicada exclusivamente por Él (Sal. 3:8; Jon. 2:9). En esta *Carta*, el apóstol escribió sobre el eterno propósito de Dios para salvación, escogiendo a los salvos desde antes de la creación (1:4). La salvación procede de Dios desde su eterna planificación (2 Ti. 1:9), pasando por la ejecución del plan de redención, en el tiempo histórico del hombre (Gá. 4:4), llamando a los pecadores a salvación (Ro. 8:30) y estableciendo para ellos la eterna seguridad de salvación (Ro. 8:32-39). Por tanto, en el evangelio se revela la fuerza divina que salva al pecador creyente. El evangelio es “*la palabra de la*

¹² Griego σύσσωμα.

Cruz”, locura a los que se pierden, pero potencia de Dios a los que se salvan (1 Co. 1:18). No puede haber otra promesa de salvación para el pecador que el hilo conductor de la obra y Persona de nuestro Señor. El evangelio no es un poder *reformador*, sino *salvador*, en un proceso de liberación del esclavo del pecado (Col. 1:13-14). Esa liberación en el pasado se manifiesta en la *justificación*, por cuya operación el creyente es liberado de la responsabilidad penal del pecado, por la que deja de haber condenación para él (Ro. 8:1). En el presente histórico del pecador creyente la santificación es la experiencia de la liberación del *poder* del pecado, de modo que el cristiano pueda dejar de vivir para el pecado para vivir para Dios y su justicia (Ro. 6:17, 19, 22). En el futuro mediante la glorificación, el creyente será liberado de la *presencia* del pecado para vivir en perpetua santidad. El único requisito establecido por Dios para alcanzar estas promesas contenidas en el evangelio, es la fe, mientras que la gracia es el modo de esa salvación (Ef. 2:8-9). La fe salvífica no es un mero asentimiento del intelecto al mensaje de salvación, sino la entrega de la vida a Cristo mismo (Jn. 3:16, 18). Esta salvación, como Pablo enseña, es de alcance universal: “*al judío primeramente*” pero también “*al griego*”. El evangelio es un mensaje para todos los hombres (2:17). No hay, pues, distinción alguna entre judío y gentil en la esfera de la salvación (Gá. 3:28; 5:6). El evangelio es el instrumento providencial por el cual se llega a la unión con Cristo, mediante la aceptación por fe de su mensaje.

Manifestación del misterio (3:7-13).

7. Del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.

οὗ ἐγενήθην διάκονος κατὰ τὴν δωρεὰν τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ τῆς
 Del que fui hecho diácono por el don de la gracia - de Dios de la
 δοθείσης μοι κατὰ τὴν ἐνέργειαν τῆς δυνάμεως αὐτοῦ.
 que fue dada a mi por la actuación de la potencia de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo el tema, escribe: οὗ, caso genitivo neutro singular del pronombre relativo *del que*; ἐγενήθην, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, ser hecho*, etc., aquí *fui hecho*; διάκονος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota, *ministro, siervo, diácono*; κατὰ, preposición de acusativo *por*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δωρεὰν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *regalo, obsequio, don*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χάριτος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gracia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*;

τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δοθείσης, caso genitivo femenino singular del participio aoristo primero en voz pasiva articular del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir, entregar*, aquí *fue dada*; μοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mi*; κατὰ, preposición de acusativo *por*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐνέργειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder, fuerza, actividad, actuación*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δυνάμει, caso genitivo femenino singular del sustantivo *poder, potencia, capacidad operativa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Ὁς ἐγενήθην διάκονος. El que ha recibido el mensaje del evangelio en la revelación del *misterio*, pasa a presentarse como el siervo que lo proclama. El apóstol manifiesta la humildad propia de quien se sabe deudor a la gracia. El término que usa aquí, traducido por muchos como *ministro*, es literalmente *diácono*¹³, la persona que ejecuta las actividades designadas por medio del verbo *servir*¹⁴. El marco original de referencia a la raíz¹⁵ de este sustantivo y verbo en el griego, está relacionado con *servir a la mesa* y finalmente *prestar servicio* en general. Jesús enseñó sobre el servicio como elemento fundamental en la vida de sus seguidores, y Él mismo habló de su muerte como un *servicio*, por tanto, Pablo asume como título de honor el ser *servidor* de Jesucristo en la proclamación del evangelio. La enseñanza sobre la grandeza del servicio procede de Jesús mismo “*El que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo*” (Mt. 23:11; Mr. 9:35; 10:43s), poniendo de relieve la grandeza de la humildad. En contraste con quienes desean ser más que los demás, el verdadero cristiano, seguidor del Maestro que es manso y humilde (Mt. 11:29). La afirmación del Señor es una reiteración de una enseñanza anterior, dada con motivo del interés de dos de sus discípulos para ocupar un lugar a la derecha e izquierda en su reino (Mt. 20:26, 27). El deber supremo del discípulo de Jesús es servir por amor a los otros (Gá. 5:13). No cabe duda que esa es la verdadera grandeza y la suprema libertad. Para llevarlo a cabo es necesaria la humildad. La disposición del corazón de quien es verdaderamente discípulo del Señor tiende a buscar siempre la utilidad que su vida y ministerio pueda dar a los demás. Considera los dones de que fue dotado por la gracia no como un elemento de orgullo sino como un instrumento de servicio, poniéndolos a disposición de la iglesia y para edificación del pueblo de Dios (1 P. 4:10). Los que están en la disposición de entregarse plenamente buscando el bien del otro y no el suyo propio (1 Co. 10:24), están en el seguimiento fiel del Rey que vino para servir. Esto debe hacer resaltar que lo que la Iglesia necesita son menos *grandes* y más *siervos*. El mayor de todos no es el que sobresalga y se imponga al resto, sino el que asuma

¹³ Griego διάκονος.

¹⁴ Griego διακονέω.

¹⁵ Griego διακ-

la condición de un servidor. En la comunidad cristiana el calificativo máximo y el título de mayor honor es el de siervo (1 Co. 4:1). El creyente asume la condición de suprema grandeza en la esfera del servicio. Quien sigue al Maestro debe dejar de pensar en términos humanos y por ello no buscar lugares de honor. Jesús hizo ver que en el reino de los cielos en la presente dispensación, los lugares más dignos son aquellos en los que se ejerce el trabajo desde la condición de un siervo. No puede hablarse de conversión sin hacerlo también de servicio (1 Ts. 1:9-10). Debe recordarse que el mismo apóstol Pablo deseaba pasar a la historia no como un grande, sino como un esclavo de ínfimo grado (1 Co. 4:1). La humildad en el servicio es el modo de vida de Jesús, el Hijo de Dios, ya que Él mismo dijo que “*no había venido para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*” (Mt. 20:28). Quien sigue a Cristo, por identificación con Él, viene a ser siervo de todos. Los maestros, pastores y aún los mismos apóstoles no son dignatarios en la iglesia, señores que dominan, sino ministros, es decir, servidores (1 P. 5:3). Nadie que esté dominado por el mismo sentir de Jesús procurará otra cosa que ser como el Señor, siervo de todos por amor (Fil. 2:5). Por esa causa Pablo se ve a sí mismo en una doble relación de servicio con respecto a Dios que le encomienda el mensaje y a los que lo deben recibir por medio de él. El término *διάκονο* puede designar en síntesis todos los servicios o ministerios que se desarrollan en la Iglesia, especialmente vinculado en esta *Carta* y en Colosenses, con el servicio de proclamación de la palabra realizado por el apóstol (Col. 1:23, 25).

Κατὰ τὴν δωρεὰν τῆς χάριτος τοῦ Θεοῦ. La capacitación y el mismo servicio para proclamar el evangelio, lo debe Pablo a la gracia que Dios le dio. Alcanzó el ministerio en base a un *regalo*, término que usa aquí¹⁶, sin mérito alguno por su parte (1 Co. 15:9, 10). A esta condición de siervo *ecónomo*, llega por elección divina (Gá. 1:15). La preposición *por* en esta cláusula establece la instrumentalidad de la gracia que otorga el don. Pablo dice: ἐγενήθην διάκονος, “*fui hecho ministro*”, por tanto, no se hizo a sí mismo, sino que lo hizo Aquel que lo llamó para el ministerio y le confió tanto el apostolado como la evangelización de los gentiles. El regalo de la gracia le convierte en siervo humilde, ya que nadie que sirve a una mesa puede considerarse superior a aquellos a quienes sirve. Su condición como don de la gracia lo enfatiza continuamente en sus escritos (Ro. 1:1; 1 Co. 1:1, 17; 2 Co. 1:1; Gá. 1:1; etc.). Pablo enfatiza: δοθείσης μοι, *me fue dado a mí*.

La condición a que ha llegado por gracia la debe a la κατὰ τὴν ἐνέργειαν τῆς δυνάμεως αὐτοῦ, “*operación de su poder*”. En ese acto se manifiesta la soberanía divina basada en el propósito y poder de Dios. En la cláusula aparece nuevamente la preposición que se traduce *por* y que sirve para

¹⁶ Griego δωρεάν.

determinar lo que se le dio como regalo de la gracia. La condición a que ha llegado por gracia la debe a la “*operación de su poder*”. Esta expresión se establece sobre dos sustantivos. El primero, traducido como *operación*¹⁷, expresa la idea de *eficacia* o *poder actuante*, dicho de otro modo, la capacidad para actuar. Es un término que aparece tan solo en el léxico paulino. Esta eficacia poderosa está acompañada del siguiente sustantivo que equivale a *poder*¹⁸, en sentido de *capacidad, habilidad, facultad*. El término es muy usado en el Nuevo Testamento¹⁹ y acompaña ordinariamente al sustantivo anterior cuando se utiliza. Este poder está conectado a Dios y a su capacidad de actuar conforme a sus determinaciones, ya desde el tiempo de la creación. Ese poder creador es capaz de salvar al hombre (Ro. 1:16; 1 Co. 1:18; 2:4s). La demostración esencial de ese poder tiene lugar en la resurrección de Jesús (2 Co. 13:4) y también en la de los cristianos (1 Co. 6:14). En ese sentido de capacidad divina para la resurrección fundamenta Jesús la respuesta dada a los saduceos sobre la resurrección diciéndoles que ignoraban la Escritura y el poder de Dios (Mt. 22:29). Pero, también es capaz de comunicar como concesión de la gracia las capacidades para que un hombre como Pablo, elegido por Él, lleve a cabo el servicio asignado en su providencia. De tal manera es considerado aquí: la fuerza o el poder de Dios que actuó para resucitar a nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos, actuó para dar al apóstol la gracia de poner esta resurrección al servicio del evangelio, como elemento fundamental del mensaje de salvación. Como escribe el profesor Schlier:

*“Se trata de un solo gran movimiento del poder actuante de Dios: desde la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, pasando por la entrega de la gracia al apóstol y la puesta a su servicio, hasta llegar a la incorporación de los gentiles al Cuerpo de Cristo y la revelación también a ellos de la herencia de la esperanza. Este único gran movimiento de Dios, llevado a cabo con actuación de su poder, es el movimiento de la gracia. Y, como movimiento de su gracia, es movimiento que descubre y revela la gracia y con ello la realización de su ministerio”*²⁰.

El don de la gracia de ser *διάκονος, diácono, servidor* del evangelio, se concede por soberanía y se activa por la eficacia del poder de Dios, ya que nadie puede realizar ese ministerio por sí mismo. El servicio, que requiere poder para llevarlo a cabo, se convierte en tarea posible, pese a las dificultades, porque se lleva a cabo (He. 11:33-34) “*fortalecidos con todo poder*” (Col. 1:11). Más adelante el apóstol llamará a los creyentes para que se fortalezcan “*en el Señor*,

¹⁷ Griego ἐνέργεια.

¹⁸ Griego δύναμις.

¹⁹ 119 veces.

²⁰ H. Schlier. o.c., pág. 199.

y en el poder de su fuerza” (6:10). La eficacia y el resultado del ministerio de Pablo es el resultado del poder operativo de Dios en él. Con todo no debe tomarse como algo aislado o como una acción puntual, sino como la parte de un todo en relación con el apóstol, quien por la misma gracia y poder de Dios, fue elegido, alcanzado para Cristo, preparado, llamado al apostolado, haciendo visible en todo el triunfo del poder divino operando en él.

8. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

Ἐμοὶ τῷ ἐλαχιστοτέρῳ πάντων ἁγίων ἐδόθη ἡ χάρις αὕτη, τοῖς
 A mi el más mínimo de todos santos fue dada la gracia esta a los
 ἔθνεσιν εὐαγγελίσασθαι τὸ ἀνεξιχνίαστον πλοῦτος τοῦ Χριστοῦ
 gentiles proclamar la inescrutable riqueza - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo una nueva reflexión, escribe: Ἐμοὶ, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a mí*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἐλαχιστοτέρῳ, caso dativo masculino singular del adjetivo comparativo y superlativo, en aposición con *a mí*, compuesto por el superlativo ἐλάχιστος, *muy pequeño, pequeñísimo*, que se deriva de ἐλαχύς, usado como superlativo de μικρός, *pequeño*, y la terminación de comparativo τερος, aquí como *más mínimo, más pequeño*, aun en construcción anormal *el más pequeñísimo*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *de todos*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *santos*; ἐδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar*, aquí *fue dada*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gracia*; αὕτη, caso nominativo femenino singular del pronombre demostrativo *esta*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; ἔθνεσιν, caso dativo neutro plural del sustantivo *gentiles*; εὐαγγελίσασθαι, aoristo primero de infinitivo en voz media del verbo εὐαγγελίζω, *proclamar*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado, *lo*; ἀνεξιχνίαστον, caso acusativo neutro singular del adjetivo *inescrutable*, palabra compuesta en el griego con α privativa y el adjetivo verbal derivado de ἐξιχνεύω, *que debe seguir un rastro para descubrir*; πλοῦτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo *riqueza*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

La gracia dada al apóstol le permite dar a conocer entre los hombres esa misma gracia, consistente en proclamar a todos las *inescrutables* riquezas de Cristo. Sin embargo este gran privilegio es puesto en manos de quien se califica a sí mismo conforme al texto griego como ἔμοι τῷ ἐλαχιστοτέρῳ, “*el más mínimo*”. Mediante una construcción gramatical poco correcta en la que se

utiliza el comparativo de un superlativo, el apóstol se sitúa en el plano de la humildad personal. En la primera Carta a los Corintios (1 Co. 15:9), dice que es el más pequeño de los apóstoles, aquí se considera como ἐλαχιστοτέρῳ πάντων ἁγίων, *el menor de todos los santos*. Sabe bien que todos sus logros en la evangelización, la fundación de las iglesias, el trabajo intenso que superaba al que cualquier otro hubiera hecho, los sufrimientos por Cristo, todo cuanto pudiera encumbrarlo sobre los demás, queda anulado al saber que es la gracia que lo ha salvado, la que los sustenta y fortalece para llevar a cabo la misión. No era él, Pablo, quien conseguía por sus fuerzas todo aquello, sino la gracia de Dios que trabajaba en Pablo y con él (1 Co. 15:10). No podemos conocer la razón íntima que motivó al apóstol a presentarse como el más pequeño de todos los santos, pero lo que sí es cierto es que no se trata de una falsa humildad, sino del concepto real que tenía de sí mismo, que no olvidaba que antes había sido perseguidor de los santos, lo que conllevaba el ser perseguidor de Cristo mismo (Hch. 9:4), en la mayor intensidad posible, “*hasta la muerte*” (Hch. 22:4). Esa condición de perseguidor no la pudo olvidar (1 Co. 15:9). Tal vez, bajo esa realidad pasada, se sentía como el más pequeño de todos los santos. Con todo, quien vive en Cristo y vive a Cristo, necesariamente ha de estar revestido de humildad (Mt. 11:29). Así debe ser la forma de vida de cada creyente (1 Co. 4:7). Dios sólo bendice al que es humilde, pobre en espíritu y que se siente incapaz delante de Él (Is. 66:2; Stg. 4:6). El diácono, como siervo, no debe esperar gratitud, ya que su misión es el servicio: ἐδόθη ἡ χάρις αὐτῇ, τοῖς ἔθνεσιν εὐαγγελίσασθαι, *fue dada la gracia de anunciar entre los gentiles*. El don de la gracia no es para engreimiento personal sino para servir con ello a los demás. Esto era el objetivo de Pablo, que por la gracia recibida anunciase a los gentiles el evangelio, literalmente *proclamase*, en misión de heraldo lo que le había sido confiado para anunciar.

Un concepto importante está en lo que para el apóstol era el evangelio: τὸ ἀνεξιχνίαστον πλοῦτος τοῦ Χριστοῦ, “*las inescrutables riquezas de Cristo*”. El adjetivo²¹ que califica a la *riqueza*, es un término que se relaciona con seguir el rastro de algo. Con toda probabilidad el apóstol lo tomó de un término semejante en el Libro de Job (Job 5:9; 9:10), escribiéndolo con un privativo que le da el sentido contrario de *inescrutable*, aquello que no se puede escudriñar. Al tratarse de la infinita dimensión de la gracia de Dios y sus recursos, no pueden dimensionarse porque exceden a toda comprensión humana. Cualquier investigación humana queda limitada ante la dimensión infinita de la gracia divina y sus consecuencias. La proclamación del evangelio presenta los múltiples aspectos de la riqueza de Dios y sus dones, de lo que ya se ha ocupado antes (1:18; 2:7) como escribe también en otros lugares (Ro. 2:4; 9:23; 11:33; Fil. 4:19; Col. 1:27), pero, aquí el énfasis recae en que el evangelio

²¹ Griego ἀνεξιχνίαστος.

es la expresión de τὸ ἀνεξιχνίαστον πλοῦτος τοῦ Χριστοῦ, “*la inescrutable riqueza de Cristo*”. En un acto de inimaginable gracia “*se hizo pobre siendo rico*” con el propósito de *enriquecer* a los creyentes (2 Co. 8:9). Todo cuanto procede de Dios viene a la experiencia vital del hombre por medio del único Mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5).

9. Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas.

καὶ φωτίσαι¹ πάντας τίς ἡ οἰκονομία τοῦ μυστηρίου τοῦ
y sacar a luz a todos cuál la administración del misterio del
ἀποκεκρυμμένου ἀπὸ τῶν αἰώνων ἐν τῷ Θεῷ τῷ τὰ πάντα κτίσαντι,
escondido desde los siglos en - Dios el lo todo creó.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ φωτίσαι πάντας, *sacar a luz a todos*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**^c, B, C, D, G, K, P, Ψ, 33, 81, 88, 104, 181, 326, 330, 436, 451, 614, 1241, 1877, 1962, 1984, 1985, 2127, 2492, 2495, *Lec. Biz.* ^{it}_{ar, c, d, dem, e, f, g, x, z}, ^{vg}, ^{syr}^{p, h}, ^{cop}^{sa, bo}, got, arm, Marción Tertuliano, Adamantio.

Φωτίσαι, *sacar a luz*, se le en **κ**^{*}, A, 1739, 1881, Orígenes, Ambrosio, Hilario, Jerónimo, Agustín, Cirilo.

Sin solución de continuidad sigue: καὶ, conjunción copulativa y; φωτίσαι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo φωτίζω, *iluminar, sacar a luz*; πάντας, caso acusativo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *a todos*; τίς, caso nominativo femenino singular del pronombre interrogativo *cuál*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; οἰκονομία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *economía, administración*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; μυστηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *misterio*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ἀποκεκρυμμένου, caso genitivo neutro singular del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀποκρύπτω, *esconder, ocultar*, aquí *escondido*; ἀπὸ, preposición de genitivo *desde*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; αἰώνων, caso genitivo masculino singular del sustantivo *siglos, eternidad*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo articular *todo*, referido a *todo el universo, todas las cosas*; κτίσαντι, tercera persona singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo κτίζω, *crear, hacer*, aquí *creó*.

Καὶ ἀποκεκρυμμένου φωτίσαι πάντας τίς ἡ οἰκονομία τοῦ μυστηρίου τοῦ ἀποκεκρυμμένου. Como evangelista proclama un mensaje de buenas nuevas que ofrece riquezas en Cristo. Como evangelista tiene que llevar el mensaje a todos según la voluntad de Dios (Mt. 28:19, 20; Hch. 1:8). Pero, eso era tan solo parte de la tarea encomendada a Pablo. Además de proclamar el mensaje, como teólogo-maestro enseñaba el sentido y significado τοῦ μυστηρίου, *del misterio*. Esa es la razón por la que introduce la oración mediante el uso de la conjunción copulativa *y*, como se lee en el texto griego, que en este caso tiene el sentido de *y así*, que precede al verbo²² que habitualmente se traduce por *alumbrar*, pero que en esta ocasión equivale a *dar luz sobre algo*, o también *hacer ver*. Quiere decir, que el pensamiento de Pablo va más allá de instruir a los gentiles sobre el *misterio*, considerando que su misión en la proclamación del mensaje hace brillar con intensidad la *economía* divina del *misterio* manifestándolo en su plena realización. En otro lugar, al final de su ministerio, cuando esperaba el momento en que fuese ejecutado, escribe que Cristo Jesús sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio (2 Ti. 1:10), por tanto, en el mensaje del evangelio, donde se revelaba el *misterio*, resplandecía la luz de ese *misterio* y con ello resplandecía el misterio en su propia luz. Esa era la misión de Pablo como *vaso de elección* para llevarlo no solo a los gentiles, sino a todos los hombres (Hch. 9:15).

Este *misterio* proclamado en el mensaje del evangelio, es una revelación de Dios a los santos apóstoles y profetas en la actual dispensación. Por tanto, anterior a este tiempo estaba *oculto*, ἀποκεκρυμμένου ἀπὸ τῶν αἰώνων, “*escondido desde los siglos*”. El *misterio* estaba ordenado a la totalidad cósmica del tiempo y de todos sus ámbitos. Antes de la creación había surgido de la mente divina y resultó en una determinación soberana, que se mantuvo en el conocimiento de Dios, hasta que vino el cumplimiento del tiempo (Gá. 4:4). La disposición divina estuvo oculta en Dios mismo hasta que a Él le plugo revelarla a su siervo y a los otros apóstoles. Este Dios es también el Creador del universo. El *misterio* es también Cristo mismo, en quien tiene lugar la creación de todo cuanto existe, en quien está el medio para la existencia y a quien se orienta como fin (Col. 1:15ss). Por tanto, el misterio oculto en el Creador, lo es también en Cristo.

Ἐν τῷ Θεῷ τῷ τὰ πάντα κτίσαντι. La referencia a Dios, en quien se ocultaba el misterio, como Creador, tiene una razón más amplia que el simple hecho del reconocimiento como tal y no es simplemente hacer referencia a la fe firme del apóstol en que Dios es el Creador de todo. Todo el contexto anterior, desde el comienzo de la *Carta*, ofrece la perspectiva de la soberanía absoluta de Dios, cuyo pensamiento eterno supera en todo a cuanto pueda ser imaginado. El

²² Griego φωτίζω.

misterio que estaba oculto desde los siglos, lo estaba para los hombres de todos los tiempos, pero no para quien es el Dios del tiempo. Estaba oculto a las criaturas y a los mundos de los tiempos, pero no al Creador de esos mundos y de los tiempos. Por eso se califica a Dios como el Creador de todas las cosas.

10. Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.

ἵνα γνωρισθῇ νῦν ταῖς ἀρχαῖς καὶ ταῖς ἐξουσίαις ἐν τοῖς
para que fuese dada a conocer ahora a los principados y a las potestades en los
ἐπουρανίοις διὰ τῆς ἐκκλησίας ἡ πολυποίκιλος σοφία τοῦ
lugares celestiales por medio de la iglesia la multiforme sabiduría -
Θεοῦ,
de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

En una continuidad sin alteraciones continúa: ἵνα, conjunción *para que*; γνωρισθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo γνωρίζω, *dar a conocer, revelar, saber*, aquí *fuese dada a conocer*; νῦν, adverbio, *ahora, al presente, actualmente*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; ἀρχαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *autoridad, poder*, traducido habitualmente por *principados*, como expresión personalizada de poder; καὶ, conjunción copulativa *y*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; ἐξουσίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *autoridades, poderes, potestades*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπουρανίοις, caso dativo neutro plural del adjetivo articular *celestiales*, referido a *lugares celestiales*; διὰ, preposición de genitivo *por, por medio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐκκλησίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *iglesia*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πολυποίκιλος, caso nominativo femenino singular del adjetivo *multiforme*, literalmente *poliforme*; σοφία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *sabiduría*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*.

El misterio revelado por Dios al apóstol y que él lo da a conocer a los cristianos bien directamente o por sus escritos, misterio que se halla en Dios el Creador y que Él lo comunica, se da también a conocer a los ταῖς ἀρχαῖς καὶ ταῖς ἐξουσίαις, “*principados y autoridades*” en los cielos. Estos poderes celestiales son aquellos de los que se habló antes (1:20s; 2:2). Sin embargo, al llegar aquí debemos preguntarnos a que ángeles se refiere, ¿son los ángeles caídos de los que se habló antes y de los que se hablará más adelante (6:11)? ¿Se trata más bien de ángeles santos? Posiblemente el sentido en la *Carta* comprenda a todos los ángeles, tanto los caídos como los santos. Unos y otros

son ángeles, aunque de distinta posición espiritual. Si se considera que son ángeles caídos, es una alusión a las potencias espirituales que controla el *mundo*, no tanto en sentido cósmico sino en orden espiritual. Estos poderes espirituales tienen como lugar de residencia lo que Pablo llama ἐν τοῖς ἐπουρανίοις, “*lugares celestiales*”, literalmente “*los celestiales*”, en sentido del cielo que corresponde a este sistema o *mundo*, esto es, los cielos que trascienden a la tierra y se circunscriben a ella, donde está el lugar de gobierno del “*dios de este mundo*” (2 Co. 4:4), y anteriormente en esta *Carta* el “*príncipe de la potestad del aire*” (2:2). El *misterio* escondido en el Creador desde la eternidad era desconocido no sólo para los hombres, sino también para los ángeles. Aquellos que con su potencia contraria a Dios habían determinado la historia del mundo desde su propia historia de rebeldía, descubren en la Iglesia un mensaje sorprendente para ellos mismos de la obra salvadora de Dios y la creación de una familia espiritual cuyas vidas están escondidas con Cristo en Dios (Col. 3:3), de modo que ninguno de ellos puede tocarlas, a pesar de cuantos intentos promuevan para ello. Si ellos, los *principes de este mundo* hubieran *conocido* el misterio, no habrían entregado para ser crucificado al *Señor de gloria* (1 Co. 2:8). Pero, aun considerándose incluidos los ángeles caídos, no deja de ser necesario entender que aquí están también contenidos los ángeles santos. Los ángeles son superiores a los hombres en cuanto a naturaleza (Sal. 8:5; He. 2:7). Son seres inteligentes, por tanto, pueden adquirir conocimientos ya que no son omniscientes como Dios. Pero, los ángeles son inferiores a los hombres en cuanto a la obra y alcance de la gracia (He. 2:16). Los ángeles están puestos al servicio de los herederos de salvación (He. 1:14), como corresponde a causa de la unidad en el Hijo. El misterio de Cristo no es una revelación a los ángeles sino a los hombres, pero los ángeles están interesados en descubrir como Dios fue capaz de hacer esa obra de gracia que en su admirable dimensión excede también a la capacidad comprensiva de ellos. Aspectos generales de la expresión del *misterio* fueron revelados a los profetas en la antigua dispensación quienes, reflexionando en dichas revelaciones, formulaban preguntas cuyas respuesta corresponden a la revelación del *misterio* en la presente dispensación, por lo que el Espíritu, que les comunicaba el mensaje, también les indicaba que no correspondía a ellos aquellas cosas sino a tiempos futuros, como enseña el apóstol Pedro: “*Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles*” (1 P. 1:10-12). Estas cosas, como manifestación de la gracia divina, generan el interés de los ángeles que el mismo apóstol los presenta en atenta

observación (1 P. 1:12b). El pecador salvado (2:8-9), hecho cercano a Dios (2:13), incorporado a Cristo para formar un cuerpo en Él (2:16) y ascendido a los cielos en Cristo (2:6), son manifestaciones de la gracia que la Iglesia enseña a los ángeles.

En relación con esto, escribe Hendriksen:

“Ciertamente es, indudablemente, que la expresión ‘principados y potestades’ es neutra tal como ‘ángeles’. Gabriel es un ángel, pero Satanás también lo es. En cada caso el contexto es el que determina si la designación se refiere a los ángeles en general, como en 1:21, a los ángeles caídos, como en 6:12, o a los ángeles buenos. Aun la adición aquí en 3:10 de las palabras ‘en los lugares celestiales’ no es decisiva para determinar si la referencia es a los ángeles buenos, o a los demonios, como en 6:12 lo establece. Sin embargo, aún no veo la razón para no estar de acuerdo con Calvino, Bavinck, Grosheide, Hodge, Lenski, y multitud de destacados teólogos y comentaristas, que creen que 3:10 se está refiriendo a los ángeles buenos y no a los caídos. Mis razones son las siguientes:

(1) Aquí en 3:10 no existe referencia a conflicto alguno entre creyentes y huestes espirituales de maldad. En 6:12 el asunto es totalmente diferente.

(2) Tanto el lenguaje como los pensamientos contenidos son elevados. Bien haremos de tomar en serio los comentarios de Calvino. Dice, ‘Algunos prefieren considerar que estas palabras se refieren a los demonios, pero sin la debida reflexión... No existe duda acerca del hecho de que el apóstol se esfuerza en colocar en la más plena luz la misericordia de Dios hacia los gentiles, y el alto valor del evangelio... El significado de Pablo es, La iglesia, constituida por judíos al igual que gentiles, es un espejo, en el cual los ángeles observan la sorprendente sabiduría de Dios expuesta en una forma antes desconocida para ellos. Ven una obra que es nueva para ellos y la razón por la cual estaba escondida en Dios’.

(3) El hecho de que la iglesia, como obra maestra de Dios por medio de la cual se reflejan sus excelencias, sea objeto de interés y escrutinio para los ángeles buenos es claro también según otros pasajes (Lc. 15:10; 1 Co. 11:10; 1 P. 1:12; Ap. 5:11ss). Ef. 3:10 armoniza maravillosamente con todo esto”²³.

Sin duda alguna, cuanto dice Hendriksen es una absoluta realidad. Con todo, debe apreciarse que en el tratamiento de la revelación de la obra de gracia, desde el principio de la *Carta*, necesariamente se hace alusión a los aspectos de acciones del mal y del maligno, como el “*príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*” (2:2). El evangelio es un mensaje en el que se proclama la gracia para salvación y la obra de

²³ G. Hendriksen. o.c., pág. 173s.

salvación. Este mensaje es olor de vida para unos y olor de muerte para otros (2 Co. 2:16). Mientras que los ángeles santos alaban a Dios y se gozan por el gozo divino en la salvación (Lc. 15:10), los ángeles caídos, cuya consecuencia pecaminosa orienta sus vidas hacia el mal, se asombran de que sean incapaces de evitar que la gracia rescate a perdidos de la *muerte*, para llevarlos a la vida y vida eterna, eliminando con eso la orientación homicida que tiene a causa de su degradación espiritual (Jn. 8:41a, 44).

La sabiduría divina que lleva a cabo la obra en la ejecución del *misterio* establecido en Dios y oculto en Él desde la eternidad, es calificada de πολυποίκιλος, “*multiforme*”. El adjetivo en el original²⁴, traducido de esta manera, tiene el sentido de *muchas formas* o *aspectos*, quiere decir que la operación divina sorprende al considerarla desde la enormidad de aspectos que se descubren al observarla con detalle. Es necesario entender que el contenido del *misterio* surge en el pensamiento de Dios en la eternidad, por tanto, alcanza una dimensión fuera del ámbito temporal en que se desarrolla el pensamiento humano, superándolo en todo, incluso imaginativamente, es decir, nadie de los hombres hubiera podido imaginar semejante grandeza. Cada aspecto de la obra divina sorprende a causa de la sabiduría contenida en ella. Esta sabiduría divina difiere absolutamente de la humana en el sentido de que la humana es intelectual, mientras que la divina, además de intelectual involucra el poder operativo que la hace posible. La sabiduría por excelencia le llama el apóstol σοφία τοῦ Θεοῦ, “*sabiduría de Dios*”, no sólo porque Él es el único que la conoce, sino porque la sabiduría está en unión vital con Él y de Él mismo procede. Es evidente que la sabiduría se vincula al Creador continuamente, estando en Él y con Él desde la creación (Job. 28:23-27). De ahí que en la Biblia se presente la sabiduría personificada que se considera como una referencia a la segunda Persona Divina (Pr. 8:1ss). Esta admirable sabiduría, procedente de Dios, está oculta a la investigación del hombre, y se conoce en la medida que Dios mismo la revela. La sabiduría se manifiesta con Aquel que desde el principio es su causa y origen, en quien reposa plenamente el Espíritu de Sabiduría, esto es Cristo mismo (Is. 11:3ss). Esta sabiduría que había estado oculta se revela en Cristo Jesús que la hace visible en la obra de salvación y formación de la Iglesia en Él, de ahí que sea en ella en quien se manifiestan visiblemente los misterios de la sabiduría de Dios y que por medio de ella se hacen comprensibles a los ángeles. Aspectos de la sabiduría divina conducen al apóstol a expresar en admiración plena: “*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!*” (Ro. 11:33).

11. Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor.

²⁴ Griego πολυποίκιλος

κατὰ πρόθεσιν τῶν αἰώνων ἣν ἐποίησεν ἐν τῷ Χριστῷ Ἰησοῦ τῷ
 Según propósito de los siglos el que hizo en - Cristo Jesús el
 Κυρίῳ ἡμῶν,
 Señor de nosotros

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue escribiendo: κατὰ, preposición propia de acusativo *según*; πρόθεσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *propósito, plan, designio*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *siglos, tiempo, eternidad*; ἣν, caso acusativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐποίησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí equivale a *hizo*; ἐν, preposición de dativo, *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre *Señor*, propio al referirse a Jesucristo; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*.

Κατὰ πρόθεσιν τῶν αἰώνων ἣν ἐποίησεν ἐν τῷ Χριστῷ Ἰησοῦ. Un último aspecto del *misterio* en este contexto se refiere a la *eternidad* del propósito divino expresado en él, sustentado en Cristo mismo. Esta determinación, como se ha considerado desde el principio de esta parte de la *Carta*, surge de Dios antes de la creación de todas las cosas. El apóstol desarrolla esta verdad en otros de sus escritos, recordando a Timoteo que la salvación, que obedece a un propósito eterno, nos fue dada en Cristo antes de los tiempos de los siglos, esto es, se determinó en soberanía antes de toda creación (2 Ti. 1:9). El *misterio* revelado expresa el eterno propósito de Dios, y está vinculado con Su sabiduría, también eterna, como escribe en otro lugar: “*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria*” (1 Co. 2:7). La gloriosa dimensión de la operación salvadora de Dios obedece a un designio eterno y a la predestinación divina que la orienta desde antes de la creación.

El apóstol enseña que ese propósito eterno ἣν ἐποίησεν ἐν τῷ Χριστῷ Ἰησοῦ, *se hizo en Cristo Jesús*. El sentido del verbo *hacer*²⁵ no entraña aquí tanto el sentido de ejecutar el propósito, sino más bien el de concebirlo y establecerlo en Cristo. La predestinación de su propósito se hace firme en Cristo antes de los tiempos de los siglos, orientándola hacia Él desde la eternidad y alcanzándonos a nosotros en la ejecución del propósito eterno como consecuencia de nuestra posición en Cristo. Él es el fundamento eterno de la

²⁵ Griego ποιέω.

Iglesia, pero también es la esperanza de gloria (Col. 1:27). No se trata de un aspecto puntual de la determinación eterna para la iglesia en el aspecto de su salvación, sino de la proyección eterna de este *misterio* conocido en el propósito divino que se extiende desde la elección en Cristo hasta la glorificación y la vida en la nueva creación de Dios, después de disuelta esta creación actual (2 P. 3:7, 13). Por tanto, el propósito eterno que se hizo en Cristo, alcanza una dimensión mayor que la de algún aspecto ya ejecutado de la obra salvífica, alcanzando toda la dimensión que Dios ha determinado para la Iglesia.

Cristo Jesús, en el que descansa el propósito eterno de Dios para la Iglesia es, por fe, τῷ Κυρίῳ ἡμῶν, “*nuestro Señor*”. En la resurrección de Jesucristo, Dios lo declaró y manifestó como soberano y divino Señor, ante cuya autoridad todos doblan sus rodillas (Fil. 2:9-11). Es el supremo y absoluto Señor, Rey de reyes y Señor de señores, cuyo trono está en los cielos y cuyo poder alcanza todas las esferas cósmicas, angelicales y humanas. La absoluta seguridad de que el propósito eterno va a cumplirse es que Cristo Jesús, en quien descansa es Señor. El destino final establecido para la Iglesia, que está sirviendo ahora y servirá eternamente como manual de enseñanza para los ángeles, será llevado a cabo conforme al propósito divino porque Jesús es el Señor. Él asegura a los creyentes el cumplimiento de la predestinación establecida para la Iglesia que no fracasará en su realización porque el que controla todo es Señor. Nada descansa en la debilidad de los hombres sino en la soberanía y omnipotencia de Dios. No son las inestables arenas del hombre incapaces de sustentar el edificio de Dios, sino la Roca de los siglos en la que descansa firme e inmovible la Iglesia. Este Señor soberano y eterno es el Señor personal de cada uno de los cristianos, como escribe el apóstol: Χριστῷ Ἰησοῦ τῷ Κυρίῳ ἡμῶν, “*Cristo Jesús nuestro Señor*”.

12. En quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en Él.

ἐν ᾧ ἔχομεν τὴν παρρησίαν καὶ προσαγωγὴν ἐν πεποιθήσει διὰ
 En el que tenemos la seguridad y acceso en confianza por medio
 τῆς πίστεως αὐτοῦ.
 de la fe de Él.

Notas y análisis del texto griego.

En Cristo está la seguridad y el acceso confiado a Dios: ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *él que*; ἔχομεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tenemos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; παρρησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *franqueza, gozosa confianza, seguridad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσαγωγὴν, caso acusativo femenino

singular del sustantivo *acceso*; ἐν, preposición de dativo *en*; πεποιθήσει, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *confianza*; διὰ, preposición de genitivo *por medio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Ἐν ᾧ ἔχομεν τὴν παρρησίαν καὶ προσαγωγὴν ἐν πεποιθήσει διὰ τῆς πίστεως αὐτοῦ. La accesibilidad a Dios está garantizada para los cristianos, por medio de Jesucristo, sobre esta *entrada* ya se ha considerado antes (cf. 2:18). El acceso se hace sobre dos grandes bases: La seguridad y la confianza. La primera²⁶, indica la libertad que nos permite la franqueza de hablar cara a cara con Dios mismo, entrando para ello en Su presencia donde podemos estar en pie delante del Él, que es el significado de *acceso*²⁷, cuya palabra se refiere a permanecer en pie delante del trono de un rey. Esta permanencia ante Dios, se hace también con *confianza*²⁸ ya que la entrada a la presencia de Dios es posible por la fe en Jesucristo. El acceso es con derecho a entrar, pero siempre con plena confianza, ya que conocemos al que nos facilita esa entrada que es Cristo y es entrada al Padre. Por Él que es entrada porque es *puerta* (Jn. 10:9), tenemos acceso porque también es *camino* hacia el Padre (Jn. 14:6). En Él y por la fe, el creyente se abre al Padre, esto es, abre su ser hacia Dios, que se nos da por posición en Cristo mismo. La confianza en este sentido es el resultado de la fe que confía, que es el sentido de *fe* en relación con Cristo. Una dependencia y seguridad que produce la confianza de entrar sin temor alguno a la misma presencia de Dios. La expresión en griego aparece en dativo, que es un dativo de causa, indicando que el libre acceso proviene de la confianza que nos da la fe en Cristo. Anteriormente se dijo que la entrada la tenemos en “*Cristo Jesús*” (2:13), por eso la fe en Él adquiere el sentido vital resultante de la unión con Cristo.

Posiblemente el mejor comentario a este versículo sea el de Hebreos: “*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia*” (He. 4:16). La comunión con Dios en plenitud no es imposible al creyente ni está lejos de él, consiste simplemente en *acercarse* al trono de la gracia. Es sorprendente la cercanía del trono de la provisión divina, al que ya hemos accedido todos en algún momento, por lo que el modo verbal *acerquémonos*, se expresa en el texto griego mediante un presente de subjuntivo volitivo, que expresa la idea de *seguir acercándose* al trono de la gracia. El verbo denota *venir cerca de algo*. No sólo el creyente puede acceder sino que se le exhorta para que lo haga. Además la aproximación debe efectuarse con *confianza*, una palabra que

²⁶ Griego παρρησία.

²⁷ Griego προσαγωγή.

²⁸ Griego πεποιθήσει.

expresa la idea de *seguridad y presencia de ánimo*, que comunica al cristiano la cancelación del problema y responsabilidad penal del pecado. Antes el trono de Dios era un trono de ira, a causa del pecado, pero, cargado éste sobre Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, y extinguida la responsabilidad penal que a causa del pecado recaía sobre el pecador, se convierte en un trono de gracia para todo aquel que está en Cristo. El Sumo Sacerdote hizo la expiación personal por el pecado del creyente (1 Jn. 2:1-2), por tanto no hay razón de temor, en sentido de miedo ante el Juez supremo porque ya “*no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús*” (Ro. 8:1). De ese trono se otorga también la gracia salvífica que concede el perdón de pecados y la vida eterna (Ro. 5:1). A ese trono de gracia puede acercarse por fe el pecador para salvación (Ro. 5:1; Ef. 2:8-9). Esa posición produce confianza. Es la confianza con que en la antigua dispensación se acercaba a Dios el publicano que orando en el templo decía: “*Dios, se propicio a mí, pecador*” (Lc. 18:13). La sangre del sacrificio de la expiación extendida sobre el propiciatorio permitía esa oración confiada. Dios era propicio al pecador a causa de la muerte del animal inocente que figurativamente representaba lo que sería el perfecto sacrificio del Cordero de Dios. El Sumo Sacerdote está sentado en el trono celestial interesado y capacitado para *compadecerse* de las debilidades y flaquezas personales (He. 1:3, 13; 4:15). Los dones perfectos y la gracia abundante descienden del Padre de las lumberras (Stg. 1:17) que está sentado en el trono y se hacen realidad por el único Mediador entre Él y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La actividad de Dios para sus hijos es siempre una actividad de bien. El Dios de gracia se dio a sí mismo al dar a su Hijo, por tanto, con el don supremo se dan también los demás dones (Ro. 8:32). Por otro lado, los dones de la gracia son *perfectos*, es decir, *completos*, abundantes para la superación de la necesidad más acuciante que pueda presentarse. La gracia de Dios siempre es mayor que la mayor de la necesidad del creyente (Stg. 4:6). Dios mismo otorga los dones de la gracia en la dimensión de la gracia misma, que es inagotable.

13. Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.

διὸ αἰτοῦμαι μὴ ἐγκακεῖν ἐν ταῖς θλίψεσιν μου ὑπὲρ ὑμῶν¹, ἥτις
 Por eso pido no desmayar en las aflicciones de mí por vosotros la que
 ἐστὶν δόξα ὑμῶν.
 es gloria de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ὑμῶν, lectura en Ⳑ, A, B, D, F, G, Ψ, 075, 0150, 6, 256, 263, 365, 424, 1175, 1241, 1852, 1739, 1962, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lec* it^{ar, b, d, f, g, o}, vg. Syr^{p, h}, cop^{sa, bo}, arm,

eth, geo, slav, Orígenes, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

ἡμῶν, atestiguada en **p**⁴⁶, C, 33, 81, 104, 436, 459, 1573, 1739, 1912, 2127, cop^{bo/ms}.

Concluyendo el paréntesis, escribe: διὸ, conjunción *por eso, por esa razón*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; αἰτοῦμαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo αἰτέω, *requerir, demandar, pedir*, aquí *pido*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐγκακεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἐγκακέω, *desfallecer, desanimarse, cansarse*; ἐν, preposición de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; θλίψεσιν, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *aflicciones, conflictos, tribulaciones*; μου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; ὑπὲρ, preposición de genitivo, *por, a favor de*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*; ἧτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo *gloria*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

Διὸ αἰτοῦμαι μὴ ἐγκακεῖν. Por todo cuanto ha dicho el apóstol pide al Señor que ni siquiera las tribulaciones actuales sirvan para producir desaliento. La estructura del texto griego es un tanto compleja en este sentido ya que la presencia de un presente de infinitivo del verbo *desmayar, desfallecer, desanimarse*, etc. va seguido de una cláusula de dativo que comienza por la preposición ἐν, *en*, unida al sustantivo articular que equivale a ταῖς θλίψεσιν *las tribulaciones, persecuciones, conflictos*, etc. y que pudiera aplicarse al mismo que pide, como indica el pronombre personal: μου, *de mí*, o *mías*. En ese sentido debería entenderse que el apóstol pide al Señor que le permita permanecer sin desaliento en las tribulaciones por las que pasa, que son a favor del evangelio y, por tanto, de quienes vienen a ser creyentes como respuesta a la predicación: ὑπὲρ ὑμῶν, *por vosotros*. Este era el modo de entender la oración por algunos padres de la Iglesia²⁹. Otra forma, que sin duda es la correcta debe entenderse que la petición de Pablo tiene que ver con el desaliento de aquellos que puedan ser desalentados por las tribulaciones que estaba experimentando el apóstol, ya que ellos son consecuencia natural de quien predica el *misterio*, por tanto los sufrimientos del apóstol son elemento de gloria y no de desaliento. Esta es la interpretación dada también por otros padres de la Iglesia³⁰. Esta interpretación es concordante con otras en las que el apóstol utiliza algo semejante, como por ejemplo cuando escribiendo a los corintios dice: “*Pero si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación; o si somos*

²⁹ Entre otros Orígenes, Teodoro de Mopsuestia, y Jerónimo.

³⁰ Entre otros Crisóstomo, Teodoreto, Ecumenio, Teofilacto y Ambrosiaster.

consolados en para vuestra consolación y salvación, la cual se opera en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos” (2 Co. 1:6). Las tribulaciones del apóstol permiten alcanzar a los creyentes las bendiciones propias del mensaje del evangelio en el que se revela el *misterio* de Dios escondido antes. De este modo estaba dispuesto a gastar todo cuanto tenía y gastarse él mismo por amor de los creyentes (2 Co. 12:15). Los sufrimientos que estaba atravesando sirven para que Cristo sea magnificado en él, de modo que no pueden ser objeto de desaliento sino de gloria para los cristianos. Es necesario, pues, entender correctamente la dimensión del sufrimiento como participación en los padecimientos de Cristo (1 P. 4:13). En el padecimiento por Cristo el cristiano -en este caso el apóstol- experimenta lo que resta a los padecimientos del Señor por su cuerpo, esto es, por medio de su cuerpo que es la Iglesia y, por tanto, por medio de cada uno de los miembros del cuerpo que padecen (Col. 1:24). Estos padecimientos se van cumpliendo, en alguna medida, en todos los cristianos (1 P. 5:9b). Sin embargo, no puede entenderse en ninguna manera que los sufrimientos de los apóstoles y profetas añadan algún recurso de mérito salvífico a los padecimientos de Jesucristo, como puede intuirse en un párrafo que sobre esto escribe el profesor Juan Leal:

“Por lo cual: porque mis cadenas son fruto de mi apostolado a favor vuestro, porque entran en el misterio salvador de Dios, en su plan de salvar a todos los hombres, particularmente a vosotros los gentiles, no debe desalentaros mi prisión. Dios ha querido que los frutos de la redención se vayan obteniendo mediante la pasión de sus apóstoles y profetas, unidas a la pasión de su Hijo”³¹.

Los sufrimientos de los apóstoles y profetas y, en general, de cualquier cristiano no son suplemento meritorio para salvación, sino expresión natural de la identificación con Cristo. En ese sentido debe entenderse las palabras del apóstol: *“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”* (Col. 1:24). Los sufrimientos formaban parte del quehacer apostólico (Ro. 8:35, 36; 1 Co. 4:9-13; 2 Co. 11:22-23; 12:9ss; 13:4; Gá. 6:17). El Señor ya lo había predicho (Hch. 9:16). El gozo se manifestaba en medio del sufrimiento (Hch. 16:25), gloriándose en las tribulaciones (Ro. 5:3), ya que las aflicciones son parte de la evidencia de ser cristiano (Jn. 16:33; 1 Ts. 1:6). El sufrimiento tenía que ver con el ministerio a favor de los creyentes, pero en ningún modo era un sufrimiento sustitutorio en lugar o a favor de ellos, como si los padecimientos de Cristo fuesen insuficientes o a ellos se pudiera añadir algún mérito humano. Los sufrimientos en los que los creyentes en Éfeso podían alegrarse en lugar de desalentarse, eran los ocasionados por un ministerio en favor de ellos. Pablo

³¹ Juan Leal. o.c., pág. 699.

estaba preso por predicar el evangelio y manifestar a todos el *misterio* de Dios en Cristo. El sufrimiento en la esfera de la fidelidad y del compromiso es una concesión de la gracia (Fil. 1:29). Esas aflicciones en la carne, es decir, en la persona del apóstol, “*cumplen lo que falta*”, es decir, mientras el programa de Dios para esta dispensación se va cumpliendo, se manifiesta una esfera de aflicción que alcanza a quienes están en la esfera de la fidelidad, de modo que “*lo que falta*” expresa la idea de lo que aun queda por cumplir hasta el final del programa de Dios para este tiempo. No pueden referirse en modo alguno a las aflicciones vicarias de Cristo puesto que en la Cruz se alcanzó la plena consumación de ellas en el sacrificio expiatorio del Señor (Jn. 19:30). Los enemigos de Cristo odiaron y afligieron a Jesús. Ahora Él ya no está en el mundo, por tanto, las aflicciones pasan a ser experiencia de quienes están vinculados a Él en Su cuerpo. Las aflicciones de Cristo se desbordan hacia sus enviados que prosiguen la misión evangelizadora del mundo y edificante de la iglesia (Mt. 10:25; Mr. 13:13; Jn. 15:18-21; Hch. 9:4, 5; 2 Co. 1:5; 4:10; Gá. 6:17; Fil. 3:10). Se trataría de lo que técnicamente se llaman *tribulaciones del Cristo místico*. Pablo enseña que Cristo hubiera tenido, en su ministerio terrenal de evangelización y fundación de la iglesia, que sufrir tribulaciones, que ahora son experimentadas por Pablo y en general por todos los que siguen a Cristo en esa misión, y todo ello *en pro* de la iglesia.

Esas tribulaciones, lejos de llevarlos a *desmayar* o a servir de dificultad personal para los creyentes, son reconocidas por ellos como la concesión de la gracia en el ministerio apostólico a su favor, tal como el apóstol expresa: ἡ τις ἐστὶν δόξα ὑμῶν, “*la cual es vuestra gloria*”. No estaba sufriendo por sus desvaríos, sino por la defensa, testimonio y proclamación del evangelio. Tales conflictos y dificultades trajeron como consecuencia que el mensaje de salvación llegase también a Éfeso y alcanzase a quienes ahora escribe como co-participes de todo en Cristo Jesús.

En resumen: la oración gramatical del versículo permitiría entenderla en tres maneras: 1) Pablo pide a Dios que él mismo no desfallezca. 2) Pablo pide a Dios que los creyentes no desfallezcan a causa de sus aflicciones. 3) Pablo pide a los creyentes que se mantengan firmes y no desfallezcan por los sufrimientos que está padeciendo. Esta tercera forma de entenderlo es la más correcta de todas ya que la oración que el apóstol iba a pronunciar (v. 1), se inicia en el siguiente versículo (v. 14), por tanto es difícil suponer que haya pretendido pedir a Dios por otra cosa que no sea aquel propósito que tiene en la oración que sigue inmediatamente. Debe entenderse que el peligro de desfallecer afectaba más a los lectores, cristianos en Éfeso y los alrededores.

Toda vía algo más: esa es la causa por la que afirma que sus aflicciones son δόξα ὑμῶν, “*vuestra gloria*”. De este modo, la gloria de Dios en toda la

esfera de la salvación establecida por Él mismo desde la eternidad, está llevándose a cabo en la salvación de gentiles y judíos que son incorporados en una unidad espiritual en Cristo, como realización del propósito divino para esta dispensación. Esta es la gloria de la salvación divina que resplandece delante de los cristianos y que se proclama por el evangelio, rodeada esa proclamación de aflicciones y sufrimientos que alcanzan a los mensajeros. La gloria manifestada no podía conducir al desmayo de los creyentes aún en el contexto de las aflicciones. Como escribe Schlier:

*“La recta inteligencia de todo lo que está sucediendo ahora, del gran movimiento y apertura de Dios, el recuerdo de la nueva manifestación de la sabiduría de Dios -ahora en la Iglesia- el conocimiento de que en esa proyección de luz sobre el misterio de Dios, no sólo se hallan comprometidos ellos con todo su ser y toda su existencia, sino que también él, el apóstol, se halla al servicio, mediante su evangelio y sus padecimientos, de esta aurora en que resplandece la ‘doxa’, debe quitar de sus ánimos el desmayo que les hace cansarse, y el cansancio que a su vez les hace desmayar”.*³²

Aunque el sentido de la oración pudiera prestarse a distintas interpretaciones, la idea es que los creyentes, en lugar de desmayar, podían gloriarse en las persecuciones que estaba experimentando el apóstol, porque obedecían al plan de salvación que Dios había determinado y que a ellos mismos les habían alcanzado por la proclamación del evangelio. De manera que en lugar de tristeza y desaliento, ánimo. Esas tribulaciones están permitiendo llevar a cabo el propósito divino hacia otros.

Segunda oración de Pablo (3:14-19).

14. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Τούτου χάριν κάμπτω τὰ γόνατα μου πρὸς τὸν Πατέρα¹,
 Por causa de esto doblo las rodillas de mí ante el Padre.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ Πατέρα, *Padre*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ***, A, B, C, P, 0150, 6, 33, 81, 256, 263, 365, 424^c, 1175, 1573, 1739, 1962, 2127, 596, vg^{ms}, syr^{pal}, cop^{sa, bo}, eth, geo, Orígenes, Basilio de Ancira, Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Cirilo, Juan Damasceno, Jerónimo, Agustín, Ps-Vigilius.

³² H. Schlier. o.c., pág. 219.

Πατέρα τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, *Padre de nuestro Señor Jesucristo*, como se lee en κ², D, F, G, Ψ, 075, 104, 424* 436, 459, 1241, 1852, 1882, 1912, 2200, 2464, *Biz* [K, L] *lec* it^{ar, b, d, f, g, o}, vg, syr^{p, h}, arm, slav, Orígenes^{lat}, Gregorio-Nisa, Crisóstomo, Marcos-Eremita, Teodoro^{lat}, Teodoreto, Victorino-Roma, Abrosiaster, Latin mss ^{según Jerónimo}, Pelagio, Agustín, Varimadum.

Se introduce un nuevo párrafo que contiene la oración de Pablo: *Τούτου*, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; *χάριν*, preposición de genitivo *por causa de*; *κάμπω*, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo *κάμπω*, *doblar*, aquí *doblo*; *τὰ*, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; *γόνατα*, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *rodillas*; *μου*, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de mí*; *πρὸς*, preposición propia de acusativo *ante*; *τὸν*, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; *Πατέρα*, caso acusativo masculino singular del nombre propio de la primera Persona Divina, *Padre*.

El apóstol se dispone a pronunciar la segunda oración de las registradas en la *Carta*. Mediante las palabras *τούτου χάριν*, *por esta causa*, introduce la petición que va a expresar seguidamente. Esta expresión debe aplicarse a lo que antecede al versículo primero de este capítulo, ya que en aquel se abre un paréntesis hasta el trece. La oración que va a pronunciar es solemne y reviste intensidad, de modo que la hace en la posición de máxima reverencia, puesto de rodillas. Pero, con toda la solemnidad y reverencia que pone de manifiesto, no disminuye en nada la confianza que tiene para expresarla delante de Dios. Las bendiciones que Dios otorgó a los creyentes y que comprendían también al apóstol, le da confianza para entrar al trono de la gracia y formular la petición a favor de los creyentes, especialmente de los creyentes en Éfeso.

La oración está dirigida al Padre, a quien, en algunos mss aparece el título de *Πατέρα τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ*, *Padre de nuestro Señor Jesucristo*. Aunque la firmeza de esta expresión no es muy fuerte, sirve para entender a quien está dirigiendo la oración. Jesús enseñó a dirigir toda oración al Padre (Mt. 6:9). El Maestro enseñó que la oración debe dirigirse al Padre. El creyente está en relación con Dios de hijo a Padre. Todos los que han creído en Cristo son hechos hijos de Dios (Jn. 1:12). Tal prerrogativa o condición alcanza y comprende sólo a los que están en Cristo, quien por adopción los hace hijos de Dios (Jn. 1:12; Ro. 8:14-17; 2 Co. 6:18; Gá. 4:6; 1 Jn. 3:1, 2). El Padre del cielo lo es individualmente de cada creyente pero colectivamente de la comunidad de creyentes, de ahí la expresión: *Padre nuestro*. Escribe el Dr. Lacueva: “*Como Padre está cercano a sus hijos y este título lo presenta más como benéfico que como magnífico, ya que el creyente debe acercarse con confianza al trono de la gracia (He. 4:16)*”³³. El Señor enseña lo que Él hacía,

³³ F. Lacueva. o.c., pág. 96.

ya que en la mayoría de sus oraciones que recogen los Evangelios, se dirigía a Dios llamándole Padre. Esta expresión al comienzo de la oración produce confianza y seguridad en aquel que está orando. Si quien escucha la oración es Padre, no cabe duda que se compadece de las necesidades de sus hijos, ya que *“como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”* (Sal. 103:13). Este Padre bondadoso no negará nada al que ora siempre que le sea bueno según su infinita apreciación divina. Si un padre terrenal, con todas las imperfecciones que como hombre tiene, procura dar lo mejor a sus hijos, mucho más Aquel que es perfección y amor infinitos, dará a sus hijos lo que le pidan (Lc. 11:11-13). Además como Padre está dispuesto también a perdonar las faltas de sus hijos, que son para Él un tesoro especial (Mal. 3:17). El hijo puede llegar a la condición de pródigo pero si vuelve arrepentido será recibido por el Padre, sin reserva alguna (Lc. 15: 20). La oración se dirige al Padre celestial, no a un padre cualquiera, sino al Dios infinito cuya magnificencia y gloria llenan los cielos y en ellos asienta Su trono de soberanía, omnipotencia y gracia. Ese Padre celestial está en los cielos, en el sentido de lugar donde manifiesta su presencia y gloria y donde Él estableció su trono (Sal. 103:19). Es necesario recordar que como Dios está en todas partes y los mismos cielos no le pueden contener porque excede y trasciende a ellos (1 R. 8:27). El trono de Dios es un trono de gracia y misericordia para el creyente y es allí a donde debe dirigirse en oración para el oportuno socorro (He. 4:16). Desde ese lugar alto –siempre en forma antropomórfica- Dios tiene la plena y definitiva visión de las necesidades de los suyos. Como Padre celestial, omnipotente, tiene la capacidad y poder para operar en ayuda del hijo que ora. Es del Padre celestial de quien descienden todas las dádivas buenas y todos los regalos perfectos (Stg. 1:17). El creyente que sabe que se dirige al Padre celestial, lo hace confiadamente porque es Padre y con suma reverencia porque es Dios. Al dirigirse al Padre celestial el creyente reconoce que es un peregrino en el mundo, que su ciudadanía no es de aquí abajo sino celestial (Fil. 3:20). Por tanto, está plenamente convencido de que Dios suplirá todo cuanto sea necesario conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús (Fil. 4:19). Con cuanta confianza se acerca el creyente que ora a quien es Padre y Dios al mismo tiempo, como proclama y confiesa en el comienzo de la oración.

El apóstol dice que la oración la hace κάμπτω τὰ γόνατα, *doblando las rodillas*, que como se dice antes expresa una actitud de profunda reverencia. Es cierto que a quien ora es al Padre personal, pero no es menos cierto que está orando al Dios infinito y santísimo. La Biblia presenta diferentes posiciones para orar, pero hay muchas referencias a hacerlo de rodillas (cf. 2 Cr. 6:13; Sal. 95:6; Is. 45:23; Dn. 6:10; Mt. 17:14; Mr. 1:40; Lc. 22:41; Hch. 7:60; 9:40; 20:36; 21:5). La oración de rodillas expresa la humildad de quien está orando y manifiesta adoración ante Aquel a quien se dirige la oración.

15. De quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.

ἐξ οὗ πᾶσα πατριὰ ἐν οὐρανοῖς καὶ ἐπὶ γῆς ὀνομάζεται,
De quien toda parentela en cielos y sobre tierra es nombrada.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con lo que antecede, escribe: ἐξ, forma que adopta la preposición de genitivo ἐκ, delante de vocal y que significa *de*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *quien*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del pronombre indefinido *toda*; πατριὰ, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *familia, nación, parentela* en sentido de los parientes de alguien; ἐν, preposición de dativo *en*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *cielos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐπὶ, preposición de genitivo *sobre*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *tierra*; ὀνομάζεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo ὀνομάζω, *llamar, dar el nombre*, aquí *es nombrada*.

Ἐξ οὗ πᾶσα πατριὰ ἐν οὐρανοῖς καὶ ἐπὶ γῆς ὀνομάζεται. El aspecto de soberanía en relación con el Padre, es evidente en este versículo. El nombrar o recibir nombre, en el contexto bíblico-hebreo, es expresión de autoridad del que nombra sobre el nombrado. Al principio de la creación Dios trajo a Adán los animales para que, en el ejercicio de su autoridad delegada, les pusiera nombre (Gn. 2:19-20). En otro aspecto los padres ponían nombre a sus hijos nacidos en base a su autoridad paterna. El apóstol ora a quien pone nombre o de quien lo toma tanto en los cielos como en la tierra y al que llama *Padre* en sentido absoluto.

El principal problema radica en determinar el sentido que le atribuye a la palabra traducida como *familia*³⁴. Es necesario apreciar que el nombre de esta familia lo toma “*del Padre*”³⁵, no “*por Él*”³⁶, lo que indica vinculación más que posesión. Es decir, el nombre de la familia obedece a la relación de esta con el Padre. No cabe duda que Dios reconoce a los suyos como su propiedad y Él es soberano estando en todos, por todos y sobre todos (4:6). El término traducido por *familia* se usa en la LXX, para traducir distintos aspectos, por tanto, no es un concepto claro y distintivo. Lo utilizan para hablar de *familia* o *linaje* (Ex. 12:3; Nm. 32:28), y por otro lado adquiere un concepto más amplio que otro término griego³⁷ que se usa para referirse a *familia, descendientes, linaje*, etc. que designa en ocasiones la unión de varias familias (1 Cr. 23:11), o

³⁴ Griego πατριὰ.

³⁵ Griego ἐξ οὗ.

³⁶ Griego ὑφ’ οὗ.

³⁷ Griego οἶκος.

también para referirse a grandes familias (Ex. 6:17, 19). Incluso puede utilizarse para referirse a un pueblo o una nación (1 Cr. 16:28; Sal. 22:27; Sal. 96:7; Ez. 20:32). En el Nuevo Testamento, el término aparece sólo tres veces, la primera para referirse a la *familia* de David (Lc. 2.4); la segunda aplicada a la bendición de Abraham en quien serían benditas todas las *familias* de la tierra (Hch. 3:25); y la tercera en el versículo que se considera.

La interpretación del término *familia* se agrupa en tres formas: 1) En sentido universal, es decir, como todo procedente de Dios el Creador. Tal es la opinión de H. Schlier:

“En realidad san Pablo piensa en el ‘pueblo’ o ‘familia’ de los cielos, que muy significativamente se menciona aquí en primer lugar, en los órdenes o familias de ángeles, como se presuponen en 1 Henoc 69:3s; 71:1; 106:5. en el ambiente rabinico, al mundo de los ángeles se le llama alguna vez ‘la familia de arriba’, que se contrapone a Israel o a las naciones, que son ‘la familia de abajo’. Así se dice, por ejemplo, en Berakot 16b: ‘Sea tu voluntad, oh Yahvé, Dios nuestro, Tú que estableces la paz en la familia de arriba y entre los discípulos de los maestros que se ocupan de su Torá’. Claro está que esa familia recibe el nombre de servidumbre. Para ella, Dios no es sino el amo de la casa. Por consiguiente, nuestro juego de palabras (‘Padre’, ‘paternidad’ = familia) no tiene aquí ningún punto de apoyo, sino que se base en el griego (πατήρ, πατριά). Pero ¿por qué, en nuestro contexto, se le llama a Dios, expresamente, Padre y por qué se hace referencia a toda paternidad celestial y terrenal? Evidentemente, por la misma razón por la que en 3:9 se habla expresamente de Él como Creador; para salir al paso de un malentendido de carácter gnóstico. Esta oración de súplica se dirige a Dios, que es el Padre de todos, y quien todo, ya en su nombre, está refiriéndose como Padre. Por consiguiente, a Dios, que es πατήρ no sólo como Redentor sino también como Creador. A Él deben también su existencia, como su denominación misma lo indica, todos los ángeles, que no fueron creados por el dios judío o por el demiurgo, sino por el Dios único, junto al cual no hay ningún otro dios. Claro está que todo esto no es más que una observación secundaria. Y, desde luego, es una garantía contra cualquier interpretación gnóstica”.

En una misma forma interpretativa escribe el profesor Juan Leal:

“De quien toma su nombre, es un hebraísmo para expresar la existencia. El nombre equivale a la realidad. Del Padre, como del Creador del universo, tiene su origen y existencia toda familia o clase de seres angélicos y humanos. Familia, πατριά, no es paternidad o sentimiento paterno, sino estirpe, clan o familia. Sólo en Dios Padre está el origen y el principio de unidad de todo lo que existe. Si no hubiera un Padre en el cielo, no existiría ni la familia angélica

*en el cielo ni la familia humana en la tierra. Insiste nuevamente en la unidad de todos los hombres bajo un común Creador y en la razón de la voluntad salvífica universal de Dios, Creador de todos. El griego πατριά se deriva de πάτηρ y es término clásico equivalente a raza o tribu. En los LXX se aplica al grupo que descende de un común progenitor, más restringido que tribu y más extenso que casa*³⁸.

No cabe duda que el Padre es también el Creador de todos, sin embargo, hay dos razones por las que esta interpretación tiene serias dificultades. 1) El contexto general de la *Carta* insiste en revelar como elemento principal dentro del *misterio* que Dios comunicó a los apóstoles y profetas, la unidad de un nuevo pueblo de Dios, en la vinculación tanto de judíos como de gentiles, salvos por gracia mediante la fe, en un *cuerpo* en Cristo (2:14-22; 3:6; 4:4-6). Por tanto, siendo el énfasis contextual marcadamente unitario, en una nueva creación espiritual de Dios en Cristo, es muy dudoso entender la referencia como hacia las *distintas familias*, tan diferentes como son los ángeles y los hombres en general. Sería necesario hacer una precisión de las familias, tanto de los seres celestiales como son los ángeles, como de los terrenos como son los hombres y, en este último sentido, ¿cuántas familias tendría Pablo en mente? ¿Se trataría de una familia judía y otra gentil? De la misma manera ¿en cuántas familias de los ángeles estaría pensando el apóstol? 2) La vinculación de Dios como Padre de los hombres, en el contexto del Nuevo Testamento, se utiliza en relación con los creyentes, ya que quienes no han creído no son considerados como hijos de Dios (cf. Jn. 8:42-44).

Una segunda manera de entender el término *familia* es el de *paternidad*. Esta es la forma en que algunos traducen la palabra griega³⁹. Esta forma hace honor a la paronomasia del versículo en donde evidentemente se aprecia un juego de palabras: “*del Padre*” recibe nombre toda “*paternidad*” en cielos y tierra. Entendiendo que la paternidad primaria es del Padre y toda otra paternidad posterior en el universo es derivada o secundaria de esa primera. El pensamiento pasa por comprender la gloriosa paternidad de Dios y su comportamiento con quienes son sus hijos a la luz del comportamiento de los padres terrenales con los suyos. Sin embargo, esta interpretación tampoco es concordante con el contexto general de la *Carta*, ya que no hay nada en cuanto antecede y siga que haga referencia a un concepto primario de paternidad referida a Dios, en el sentido que antes se indica.

Es necesario adoptar como válido el sentido de *familia* como *parentela*, esto es, los que están vinculados espiritualmente con el Padre. Este es el sentido

³⁸ Juan Leal. o.c., pág. 699.

³⁹ Entre otros F. Lacueva. N. T. Interlineal.

general del contexto de la *Carta*, tanto en lo que antecede como en lo que seguirá luego. Todos los creyentes en Cristo, sean judíos o gentiles, son ahora *casa* o *parentela* de Dios. El término castellano *parentela* significa el conjunto de los parientes de alguien; a su vez *pariente* es cada uno de los descendientes de una persona y su entorno familiar. Aquí, por tanto, el Padre es el que da nombre a sus descendientes espirituales que son los que han creído en su Hijo y tienen una posición de hijos en su casa y familia, como antes dijo el apóstol: “*Porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios*” (2:18-19). Estos son *familia* de Dios porque también son “*coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*” (3:6). Sólo estos, por cuanto forman un cuerpo, tienen un mismo Espíritu y un mismo Señor, son hijos de un mismo “*Dios y Padre de todos*” (4:6). De este Padre celestial toman nombre ¿cuál? Esencialmente de ser llamados “*hijos de Dios*” (Jn. 1:12).

En esa referencia se mencionan a quienes toman nombre ἐν οὐρανοῖς καὶ ἐπὶ γῆς ὀνομάζεται, “*en los cielos y en la tierra*”. No se trata de *dos* familias, sino de la única y misma familia, parte de la cual está sobre la tierra en tránsito hacia y el cielo, y parte de la cual está ya en la presencia del Señor. Además, la misma familia única, que está en la tierra, está también potencialmente en los cielos con Cristo Jesús (2:6). Todos tienen un Padre, de quien son hijos por adopción en el Hijo (1:5; Gá. 4:5). El Hijo eterno del Padre eterno, reconoce a todos estos como sus hermanos (He. 2:11), por esa razón son hijos y toman ese nombre de quien es Padre de todos. Algunos están en la gloria, otros en la vida terrenal, pero todos son miembros de la misma familia y, por ser hijos del Padre Celestial, son también ciudadanos del cielo (Fil. 3:20). Esta familia es la que Dios conoce y reconoce, está en dos lugares, en la tierra, como peregrina y en el cielo posicionalmente y realmente en la experiencia de quienes han dormido, partiendo del mundo para estar presentes al Señor (Fil. 1:23). Al Padre de la familia dirige el apóstol su oración, reconociéndole como Soberano.

16. Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.

ἵνα δῶ ὑμῖν κατὰ τὸ πλοῦτος τῆς δόξης αὐτοῦ δυνάμει
 Para que dé os conforme a la riqueza de la gloria de Él con poder
 κραταιωθῆναι διὰ τοῦ Πνεύματος αὐτοῦ εἰς τὸν ἔσω
 ser fortalecidos por medio de el Espíritu de Él en el de dentro
 ἄνθρωπον
 hombre.

Notas y análisis del texto griego.

Pablo expresa la primera petición escribiendo: ἵνα, conjunción que significa *para que*; δῶ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir*, aquí *de*; ὑμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *os*; κατὰ, preposición de acusativo *conforme a*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλοῦτος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *riqueza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δόξης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *gloria*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; δυνάμει, caso dativo femenino singular del sustantivo declinado *con poder*; κραταιωθῆναι, aoristo primero de infinitivo en voz pasiva del verbo κραταιόω, *fortalecer*; διὰ, preposición de genitivo *por medio de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre propio *Espíritu*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*; εἰς, preposición de acusativo *en*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἔσω, adverbio de lugar, *dentro, adentro, interior*; ἄνθρωπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hombre*.

La primera petición, como las siguientes, se establece mediante el uso de la conjunción ἵνα, *para que*, acompañada del infinitivo del verbo *dar, conceder*. En todas las ocasiones, el apóstol pide a Dios un don de su gracia para aquellos por quienes intercede. La primera petición tiene que ver con la *fortaleza espiritual* de los creyentes: κραταιωθῆναι, *ser fortalecidos*. Esta bendición está vinculada con la gloria de Dios. Anteriormente oró al *Padre de gloria* (1:17), ahora pide al Padre un don vinculado o procedente de su gloria. Es decir, lo que está pidiendo para los creyentes es algo que brota de la misma gloria de Dios y procede de lo que es Su esplendor divino. De lo que se trata lo explica el apóstol utilizando dos infinitivos epexegeticos y en una oración de participio.

El apóstol pide a Dios para que dote a los creyentes de poder espiritual. En ese sentido no se trata de comunicar un poder determinado, sino que el poder de Dios se haga manifiesto en todas las perfecciones que hacen a Dios glorioso. Pablo desea que los cristianos reciban provisión espiritual de Aquel que es glorioso por “*la supereminente grandeza de su poder*” (1:19), es decir, provisión de poder de quien es la fuente misma de poder en todos sus aspectos y manifestaciones. El cristiano necesita fuerzas espirituales para llevar a cabo la misión a la que fue llamado. En concreto, la Iglesia está puesta para ser instrumento de enseñanza a los ángeles (3:10), por tanto los creyentes necesitan la fuerza espiritual de Dios que haga posible la expresión de la nueva vida recibida por fe en Cristo.

El fortalecimiento espiritual tiene un destino: εἰς τὸν ἔσω ἄνθρωπον, “*el hombre interior*”, expresado en un acusativo de dirección. No es sinónimo de *hombre nuevo*, sino de la parte anímica y espiritual más profunda que orienta y dirige las acciones y la forma de vida que se expresa y hace visible mediante el cuerpo. Al contrario del hombre exterior, el interior se esconde a la observación externa y en contraste con el exterior que se va desgastando, el interior se fortalece por la vida de Dios, día a día (2 Co. 4:16). Es en la intimidad del corazón cristiano donde se ha situado el principio vital y la nueva vida en sí misma. La petición podría contextualizarse como la acción divina en el corazón que hace que Cristo more por la fe en ellos y se manifieste en sus vidas.

El fortalecimiento del hombre interior con poder es obra del Espíritu Santo que lo lleva a cabo, reproduciendo a Cristo en la vida de cada uno de los cristianos y produciendo en ellos el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). Es por el Espíritu que Cristo habita en el ser interior del creyente (Gá. 2:20). Siendo el corazón el centro de la voluntad humana, de donde manan los pensamientos y los sentimientos (Mt. 15:19; 22:37; Fil. 1:7; 1 Ti. 1:5), mana también la vida victoriosa (Pr. 4:23). La fortaleza espiritual le es comunicada por el Espíritu Santo: διὰ τοῦ Πνεύματος αὐτοῦ, *por medio de su Espíritu*. Pablo pide que aquellos sean creyentes espirituales, es decir, personas que *andan en el Espíritu* (Gá. 5:16). Por cuya acción tendrán permanente victoria y son transformados de gloria en gloria en la misma imagen de Jesús, por medio de la acción del Espíritu (2 Co. 3:18). Esta acción poderosa de Dios en los creyentes les permiten ser llevados siempre en triunfo en Cristo (2 Co. 2:14). Es en el Espíritu donde está el poder que se comunica al creyente (Zac. 4:6). El Espíritu comunica a cada cristiano el poder glorioso de Cristo resucitado, quien es la fuente de toda la plenitud (Mt. 28:18; Fil. 2:9-11). El apóstol está orando por vidas victoriosas y transformadas (2 Co. 3:18).

17. Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor.

κατοικῆσαι τὸν Χριστὸν διὰ τῆς πίστεως ἐν ταῖς καρδίαις
 Habite - Cristo por medio de la fe en los corazones
 ὑμῶν, ἐν ἀγάπῃ ῥριζωμένοι καὶ τεθεμελιωμένοι,
 de vosotros en amor arraigados y cimentados.

Notas y análisis del texto griego.

La oración del apóstol prosigue con: κατοικῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo κατοικέω, *habitar, vivir, establecerse*, aquí como *habite*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; διὰ, preposición de genitivo *por medio*

de; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; ἐν, preposición de dativo *en*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado *las*; καρδίαις, caso dativo femenino plural del sustantivo que denota *corazones*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀγάπη, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*; ἐρριζωμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ῥιζόω, *arraigar*, aquí *arraigados*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τεθεμελιωμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo θεμελιόω, *fundar*, *fundamentar*, *establecer firmemente*, aquí *cimentados*.

La segunda petición dentro de la oración general de Pablo pide a Dios que los creyentes estén *rendidos plenamente* a Cristo. La división de versículos no se requeriría aquí separando este del anterior, ya que la primera palabra κατοικῆσαι, *habite*, tal como aparece en el texto griego está en aposición con κραταιωθῆναι, *fortalecidos* del versículo anterior, resultado en sentido explicativo de aquella. Κατοικῆσαι τὸν Χριστὸν διὰ τῆς πίστεως ἐν ταῖς καρδίαις ὑμῶν, la fe hace que Cristo habite en el corazón de cada creyente, lo que le permite llegar a ser poderoso o a estar fortalecido por el Espíritu. Por medio de la fe el creyente se abre al Espíritu de Dios y a su vez, por medio del Espíritu se establece la fe. Pero también el fortalecimiento del hombre interior se alcanza con la presencia de Cristo, que viene a habitar en el creyente por medio de la fe. Debe entenderse que la presencia de Cristo no es un asunto subjetivo sino una experiencia vivencial en la que se manifiesta el poder de Cristo comunicado por el Espíritu. La petición de Pablo podría expresarse de este modo: Que Dios, por su poder glorioso, haga que el hombre interior se fortalezca por medio del Espíritu, de manera que la fe permita la experiencia de una relación con Cristo que inhabita a cada creyente. No se refiere tanto a la recepción e implantación de Cristo en la conversión y regeneración, que ya se produjo en los lectores, por tanto no cabe orar por lo que ya ha tenido lugar, sino a una vida rendida a Cristo y consciente de Su presencia en ella. En ocasiones Cristo no está en el centro de la vida, sino puesto fuera de ella para que no estorbe (Ap. 3:20). La realidad de una vida de fe consiste en vivir a Cristo (Gá. 2:20). Sólo así pude haber victoria y poder (Jn. 15:5; Fil. 4:13; Ap. 3:20).

Ἐν ἀγάπῃ ἐρριζωμένοι καὶ τεθεμελιωμένοι. La fe traerá como consecuencia una relación con el amor, de modo que aquí forman dos aspectos de un mismo conjunto, en donde la fe obra por el amor (Gá. 5:6). El hombre interior es fortalecido por el Espíritu y se abre en fe a Cristo, mientras se establece en la firmeza sustentante del amor. De otro modo, es el creyente cuyo hombre interior crece permanentemente en la fe y el amor. La fe obra por el amor y sin el amor el creyente es nada, viene a ser -según el apóstol- como

“metal que resuena o címbalo que retiñe” (1 Co. 13:1). Dicho de otra forma, toda actividad cultural o ministerial sin amor, se convierte en ruido que molesta a Dios y molesta a la iglesia. Por la fe en el corazón que vincula al creyente con Cristo, está firmemente arraigado y fundado en amor. En la medida que la fe permite vivir a Cristo y que el amor se extiende en la experiencia cotidiana, que no es otro que el amor de Cristo vivificado por el Espíritu en el cristiano, les permitirá extenderse en amor hacia otros y, especialmente, hacia el Señor mismo. La elección de Dios hacia los creyentes tiene un componente de amor, que se hace realidad en la experiencia de vida de quienes han sido salvos por Él (1:4-5; 1 Jn. 4:19-21).

Dentro del mismo versículo está la tercera súplica del apóstol, que los creyentes estén ἐρριζωμένοι καὶ τεθεμελιωμένοι, *arraigados y cimentados en amor*. La expresión *arraigados y fundados* es una metáfora para expresar la idea de crecimiento en vida, como sería la de un árbol, y de desarrollo sólido, como es la de un edificio. Los dos son participios de perfecto en nominativo, que se relacionan con el sujeto pronominal que está en el versículo siguiente. La fortaleza de un árbol descansa en la extensión y profundidad de las raíces que sujetas firmemente a la tierra, toman las sustancias vitales para garantizar el crecimiento sano del árbol. Este árbol, metáfora del creyente que vive en Cristo, producirá el fruto que glorifique a Dios y que Dios demanda de él. Es como el *“árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace prosperará”* (Sal. 1:3). También el edificio asentado sólidamente sobre su basamento, crece para ser un templo santo en el Señor (2:21). Cristo mismo es tanto la vida que se comunica a quien metafóricamente se compara a un árbol que fructifica, como el cimiento estable sobre el que los creyentes y la Iglesia descansa (2:20). A lo que están ἐρριζωμένοι καὶ τεθεμελιωμένοι, *arraigados y cimentados* es el amor, sin artículo en el texto griego, en el que se utiliza la palabra⁴⁰ habitual para referirse al amor divino, desinteresado y entregado. De ese amor perfecto se hace mención en la *Carta*, al referirse al amor que salva (1:5) y al que luego ama a los salvados que forman la Iglesia (5:2, 25). Por la fe, vinculados a Cristo, el cristiano experimenta y vive en el amor. Por eso *“andar en amor”* (5:2) es *“andar en Cristo”* (Col. 2:6). Pero, en la experiencia de la firmeza en el amor, la vinculación con el Espíritu es también evidente, ya que el amor es *derramado* en el corazón cristiano por medio de Él (Ro. 5:5). De otra manera, quien vive fortalecido en el Espíritu, y el que vive por la fe a Cristo, no tiene otra alternativa de vida sino la de amar, expresando el amor de Dios en él mismo. El verdadero distintivo cristiano no es otra cosa que el amor (Jn. 13:35). No es posible hablar de salvación sin manifestar el amor, que cuando se extiende hacia Dios se extiende también hacia el hermano y el prójimo, de ahí que el apóstol

⁴⁰ Griego ἀγάπη

Juan enseñe que “quien dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas” (1 Jn. 2:9). La evidencia de salvación está vinculada con la expresión del amor, por eso los cristianos “sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte” (1 Jn. 3:14). Ocurre que en ocasiones algunos afirman amar a Dios, volcándose en la defensa de la doctrina, interrumpiendo la comunión con otros hermanos que no piensan de la misma manera, malentendiendo con esto que en esa acción sectaria expresan el verdadero amor a Dios, olvidándose que distanciarse de un hermano separándolo de la comunión de vida, es separarse de la comunión con Dios. Estos son los que hay levantado un altar a la doctrina y queman en ese altar el amor.

18. Seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura.

ἵνα ἐξιχύσητε καταλαβέσθαι σὺν πᾶσιν τοῖς ἁγίοις τί τὸ
 Para que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál la
 πλάτος καὶ μῆκος καὶ ὕψος καὶ βάθος,
 anchura y largura y altura y hondura.

Notas y análisis del texto griego.

Sin cambio alguno sigue escribiendo: ἵνα, conjunción *para que*; ἐξιχύσητε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἐξιχύω, *poder, ser capaz, tener mucha fuerza*, de ahí *plenamente capaz*, aquí *seáis plenamente capaces*; καταλαβέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo καταλαμβάνω, en voz media *darse cuenta, comprender*; σὺν, preposición de dativo *con*; πᾶσιν, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *santos*; τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *cuál*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλάτος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *anchura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μῆκος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *largura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὕψος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota, *altura*; καὶ, conjunción copulativa *y*; βάθος, caso nominativo neutro singular del sustantivo *hondura*.

Una cuarta súplica se expresa con el fin de que los cristianos tengan *capacidad de comprensión*. Se trata de un pleno conocimiento, el apóstol dice: ἵνα ἐξιχύσητε καταλαβέσθαι, “*sean plenamente capaces de comprender*”. A la fe y el amor, se une aquí la capacidad de comprensión. Es, en cierto modo, la capacidad propia de la sabiduría. El hombre interior se fortalece en el poder del Espíritu adquiriendo capacidad de comprensión o de conocimiento. Sin embargo es necesario entender que las bendiciones por las que Pablo intercede van encadenadas. No es posible fe sin amor, y no es posible

fe y amor, sin conocimiento, de ahí que éste va fortalecido en la fe y en el amor, por medio del Espíritu.

Esta comprensión aunque es individual, cada creyente debe llegar a este conocimiento, no es independiente ya que el conocimiento de cada creyente va unido al conocimiento de "*todos los santos*". La Iglesia es una, el cuerpo es uno, si bien es una unidad en la diversidad, pero, en cualquier caso no existe independencia ni entre las iglesias, como expresión de individualidad local en la manifestación de la única Iglesia, ni entre los creyentes. Tanto estos como aquellas son una unidad, que sin impedir el hecho de que sean *individuales*, los vincula para que no sean independientes. Si el apóstol formula una petición en esta dimensión da a entender que lo que él desea que sea comprendido por los cristianos, no es algo fácil o simple, sino complejo e incluso infinito, puesto que está vinculado con Dios mismo. Tal conocimiento ha de ser compartido con $\sigma\upsilon\nu\ \pi\acute{\alpha}\sigma\iota\nu\ \tau\omicron\iota\varsigma\ \acute{\alpha}\gamma\iota\omicron\iota\varsigma$, *todos los santos*, lo que enfatiza nuevamente que no se trata de un conocimiento privado, ni de un determinado grupo entre los cristianos. Se conoce lo que está destinado al conocimiento de *los santos* y, por tanto, se conoce juntamente con ellos. Estos *santos* son la Iglesia, que como Pablo dirá más adelante, han de llegar juntos a la unidad de la fe y del conocimiento (4:13).

El objeto de la comprensión τί τὸ πλάτος καὶ μῆκος καὶ ὕψος καὶ βάθος, *cual la anchura, la largura, la altura y la hondura*, pero ¿de qué? Es interesante notar que las dimensiones están en sustantivo neutro y están vinculadas, por tanto, a un todo, que debe determinarse ya que no aparece en la cláusula. Ya en la patristica se aprecia la interpretación de que las medidas tienen que ver con la *inmensidad de Dios*⁴¹. Otros consideran que las medidas se refieren al todo de la *economía de salvación*, que está plenamente comprendida en el *misterio* de Cristo, del que el apóstol ha venido haciendo mención en lo que antecede de la *Carta*. Con todo, lo más concordante con el contexto inmediato es que se esté refiriendo al amor de Cristo al que hace mención en el versículo siguiente. Hay un aspecto que considerar y es el uso que el apóstol hace de las circunlocuciones para referirse a algo que pudiera expresarse simplemente mediante el uso de una sola palabra.

Es posible entender que estas dimensiones, sin duda vinculadas al amor de Cristo, pudieran entenderse como una referencia a la Cruz, que es la que Agustín dio en varias de sus enseñanzas. Sobre esta interpretación escribe el profesor Schiel:

⁴¹ Así lo consideraba entre otros Ambrosiaster.

*“Según esta interpretación, la fórmula significa la cruz de Cristo. Pero, según los vestigios que se conservan de una antigua tradición, vinculada a veces, y otras veces sin vinculación con nuestro pasaje de Efesios, habrá que decir más bien que con esta interpretación se hace referencia Cristo como *Anthropos* que abarca el mundo entero y que se halla en la cruz que también lo abarca... Esa misma cruz nos muestra las dimensiones a las que se extiende, y en ella Cristo, al extender sus manos, une entre sí a los judíos y gentiles y los une a unos y otros con Dios, hacia quien -según Ireneo- señala la cabeza. Tal vez se interpreta aquí libremente nuestro pasaje de Efesios. Pero Ireneo conoce ya por tradición esta interpretación. De todos modos, hay que tener en cuenta que el orden de sucesión de las dimensiones es distinto en la Carta a los Efesios, y falta probablemente ‘profundidad’. Pero también en otras partes utiliza Ireneo esta tradición. Cristo es la Palabra del Dios omnipotente, que penetra conjuntamente en todos nosotros y de esta manera abarca al mundo, su anchura y longitud, su altura y profanidad. Esta palabra del Creador, que abarca al mundo, se hizo visible en Cristo clavado en la cruz, donde nos mostró que Él es quien ilumina las alturas, es decir, el cielo, y desciende hasta las profanidades, hasta los sillares firmes de la tierra, y el que se extiende por las superficies desde el oriente hasta el occidente y desde el norte hasta el sur, abarcando todas las latitudes, y convocando a todas partes a lo disperso, para que llegue al conocimiento del Padre”⁴².*

Volviendo a las dimensiones detalladas en el versículo, se aprecia que los cuatro sustantivos dependen de un único artículo, por tanto están dando las medidas de un solo objeto. No se trata de cada medida en particular, sino de cada una de ellas formando un conjunto. Es necesario atender a la individualidad de cada una, pero no deben ser consideradas independientemente por cuanto son las medidas de un único objeto que es el que se desea destacar para el conocimiento, observado o apreciado desde sus cuatro dimensiones. Es necesario, pues, entender que el objeto al que se refiere debe ser el amor de Cristo, considerado en dos aspectos: 1) en las *medidas* expresivas; 2) en el conocimiento vivencial, del que se trata en el siguiente versículo. Es un contrasentido, ya que el infinito amor de Cristo se expresa en dimensiones *comprensibles* para los hombres finitos. Sin duda no se trata de *medir* algo, sino de considerar la proyección de ese algo, en este caso concreto del amor de Cristo.

Primeramente se hace referencia a la *πλάτος*, *anchura*, orientando el conocimiento hacia un amor que se extiende y busca a todos los hombres. El Hijo de Dios vino a buscar y salvar lo perdido (Lc. 19:10). En la figura de los brazos abiertos del Crucificado, se establece un parámetro que permite

⁴² H. Schlier. o.c., pág. 228s.

comprender la dimensión de un amor en el que siempre hay espacio para un pecador más que se acoge a Su misericordia. Sin duda es preciso entender también el alcance de la Cruz. Cristo no murió sólo por algunos, sino por todos (2 Co. 5:15), dándose en rescate por todos (1 Ti. 2:6). La obra de redención estaba destinada a salvar a la humanidad caída, revertiendo la obra de perdición del hombre por el pecado, ya que el Hijo de Dios vino para destruir la obra del pecado en todas sus consecuencias. La obra del Calvario no debe entenderse en forma de *sustitución formal*, o personal, sino en forma de *sustitución potencial* o global. De otro modo, en la Cruz, Dios hace provisión para hacer *salvable* a todo hombre, si bien sólo es eficaz o *virtual* para quienes creen y aceptan a Cristo como Salvador personal. En ese sentido, Cristo, en la Cruz no expió los pecados de personas concretas, ya que en ese caso los que fuesen salvos nacerían justificados y mucho menos podría entenderse esto como una salvación universal para todos los hombres, sino que en la Cruz proveyó una salvación potencial para todos, llevando a cabo la propiciación por el pecado del mundo y permitiendo a Dios un *cambio de posición*, la reconciliación, que permite a Dios, sin menoscabo alguno a Su justicia, hacer un llamamiento universal a salvación con la única condición de la fe en el Salvador. De ahí que el apóstol Pablo enseñe que “*el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen*” (1 Ti. 4:10). En relación con la sustitución debe ser considerado también el alcance y naturaleza de la sustitución. En esto debe hablarse de un doble aspecto de la sustitución, por un lado está la sustitución *potencial* y por otro la sustitución *virtual*. Por sustitución *potencial* se expresa el alcance universal de la obra del Calvario por la que Dios hace *salvables* a todos los hombres. Por sustitución *virtual* se expresa la eficacia de la obra del Calvario, sólo en aquellos que creen. Algunos llaman también *sustitución global* y *forma*. En relación con esto escribe el Dr. Lacueva: “*¿Qué se entiende por sustitución virtual o global? Sencillamente, lo siguiente: Cristo no me substituyó personalmente en el Calvario, ni expió actualmente mis pecados, ni los tuyos ni los de nadie (de lo contrario, naceríamos ya justificados, puesto que nuestros pecados estarían ya borrados), sino que proveyó una salvación abundante para todos, propiciando a Dios globalmente por el pecado del mundo, de tal modo que, satisfecha la justicia divina, el amor de Dios se desbordase sobre un mundo perdido, cambiando contractualmente (en general) la posición del mundo respecto de Dios... Ahora bien, cuando una persona se apropia personalmente, por fe y arrepentimiento (Mr. 1:15), la obra del Calvario, es entonces cuando tiene en Jesús un sustituto formal; por eso, sólo a los creyentes se aplica en plural la sustitución por sus pecados (1 P. 2:24,25)*”⁴³. La distinción universal y personal de la sustitución aparece claramente en el mensaje profético del A.T. (Is. 53:4-6). En el versículo 6 se aprecia la universal ya que Dios carga sobre Cristo *el* (singular), pecado de

⁴³ F. Lacueva. *La Persona y obra de Jesucristo*. Editorial Clie. Terrassa, 1979. Pág. 331.

todos los hombres, lo que concuerda plenamente con la enseñanza del N. T. (Jn. 3:16). Por otro lado en los versículos 4 y 5 del pasaje de Isaías, se aprecia la sustitución personal, donde no es la masa de pecado de todos, sino las enfermedades, dolores y rebeliones (plural). En este segundo aspecto, Cristo sustituye al pecador que cree en su pecado y transgresión personal, obrando para él la eficacia de la salvación, lo que también concuerda plenamente con la enseñanza del N. T. (1 Jn. 2:2; 1 Ti. 4:10). Deben entenderse desde la perspectiva de la *sustitución potencial* los pasajes bíblicos que expresan un alcance universal de la salvación: (1) Pasajes que declaran una obra salvífica de alcance universal, extensiva a todos los hombres (Jn. 3:16; 2 Co. 5:19; He. 2:9; 1 Jn. 2:2). (2) Pasajes que son inclusivos en su finalidad y que hace necesaria para su correcta aplicación una obra que comprenda a todos los pecadores (2 Co. 5:14; 1 Ti. 2:6; 4:10; Tit. 2:11; Ro. 5:6). (3) Pasajes que ofrecen la salvación a todos los hombres y que sólo son posibles en un llamamiento a salvación de *bona fide*⁴⁴, si la muerte de Cristo alcanza salvíficamente a todos los hombres (Jn. 3:16; Hch. 10:43; Ap. 22:17). La anchura de ese amor alcanza y comprende a todo hombre que se refugie en los brazos de la gracia mediante un acto de fe en el Salvador. La impresionante medida de la *anchura* se expresa en la misma invitación de Jesús: “*Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*” (Mt. 11:28). Nadie será rechazado, por abrumadoramente perverso que haya podido ser, si acude a Cristo por la fe (Jn. 6:37).

La segunda medida que debe ser comprendida es μήκος, *longitud* o *largura*. El amor de Cristo es un amor permanente en cada ocasión, a causa de su misma fidelidad. El que ama con amor eterno, ama en toda ocasión. La *longitud* tiene que ver con la misericordia que expresa el amor de Dios en cada circunstancia, no importa cual sea. De este modo se manifiesta en medio del juicio por el pecado al que Israel se vio sometido en tiempos de Jeremías, quien tiene que decir que “*por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad*” (Lam. 3:22-23). Esta misericordia que es el amor en extensión, como expresión permanente e inmutable del amor divino es la porción de los creyentes y el descanso en medio de las dificultades y aún de la disciplina divina (Lam. 3:24). Es un amor que ama en toda circunstancia, sin tener en consideración las circunstancias que concurren en el amado. Así fue el amor del padre para con el príncipe cuando, harapiento, sucio, fracasado y hambriento, sin derecho alguno para ser amado, lo impulsó a correr hacia el que venía abrazándolo, a pesar de su condición y dándole el beso del perdón misericordioso (Lc. 15:20). Es el amor que restaura al apóstol que lo negó delante de todos, sin otra cosa más que una pregunta relativa con su amor hacia

⁴⁴ Latín: *de buena fe*.

el Señor, encomendándole al mismo tiempo el cuidado pastoral de Su rebaño (Jn. 21:15-17). Por esa dimensión de la *largura* del amor de Cristo, podemos estar en plena seguridad de que nada habrá que pueda separarnos de tal amor (Ro. 8:35-39).

Una tercera medida está relacionada con βάθος, *la profundidad*, literalmente *la hondura* del amor de Cristo. Es el amor que impulsa al Verbo de Dios encarnado al descenso hasta las partes más bajas de la tierra (4:9). Ese amor profundo conduce al Señor a no tener como algo a que aferrarse, su condición divina, dejando a un lado los *derechos* eternos que le corresponden en el seno de la Deidad, para venir a la *forma* de siervo, pasando para ello por la condición de hombre. El mismo apóstol enseña que el Señor se *despojó*, vaciándose, no de sus atributos y perfecciones divinas, sino del ejercicio voluntario de las mismas desde el plano de su humanidad, dejando a un lado la gloria divina de su impronta como Dios, que ocultó bajo el manto de su humanidad, para entregar su vida de infinito valor como *libación* en el sacrificio, derramándose a Sí mismo (Is. 53:12). El Eterno se hizo hombre (Jn. 1:14) para obedecer, llevando a cabo la obra de redención, para lo cual se humilla hasta la suprema obediencia del siervo que da su vida muriendo en la Cruz. En ese amor Jesús se entrega a una muerte expiatoria (Jn. 10:11, 15, 17, 18; 2 Co. 5:21), descendiendo para cargar sobre sí el pecado y ser también nuestro sustituto en la Cruz, habiendo sido hecho maldición para que los malditos, a causa del pecado, pudiésemos ser hechos bendición en Él (Gá. 3:13). Un aspecto de la sustitución tiene que ver con el sufrimiento vicario, con cuya expresión se quiere decir que uno ocupa el lugar y toma sobre sí el sufrimiento propio de otro. En el sentido de sustitución por el pecador, Cristo toma sobre sí el castigo de “*nuestra paz*” (Is. 53:5). La dimensión de la deuda contraída por el pecador a causa de su pecado, adquiere una proporción imposible de cancelar ni en el tiempo ni en la eternidad. Ningún hombre podría sustituir a otro hombre cargando con sus pecados, porque el sustituto tendría que estar exento de todo pecado para poder tomar la responsabilidad de los ajenos. Cuando Cristo murió a manos de su Padre es evidente que no había otro medio para la salvación de los pecadores, más que ocupando su lugar. Los sufrimientos de la pasión expresan el amor eterno de Dios hacia los pecadores, siendo la necesaria ejecución en el tiempo de lo que Dios había planeado desde la eternidad (2 Ti. 1:9). La sustitución con relación al juicio del pecado es una enseñanza del N. T. (cf. 1 Co. 15:3; 1 P. 2:24; 2 Co. 5:21; Gá. 3:13). Tal sustitución presenta la muerte de Cristo como la *propiciación por el pecado*. La palabra *propiciatorio*⁴⁵ se usa en relación con la plancha de oro puesta sobre la tapa del arca de la alianza en donde se extendía la sangre del sacrificio de expiación (He. 9:5; Lv. 16:14ss). En base al mismo, el pecado del pueblo era *cubierto y pasado por alto*, en espera a la obra de Cristo. Por esa causa el pecador más perdido

⁴⁵ Griego ἱλαστήριον.

podía invocar el favor y la misericordia de Dios (Lc. 18:13). De modo perfecto y definitivo, el sacrificio de Cristo, cambia el lugar de juicio por un trono de misericordia (He. 9:11-15). Por otro lado la palabra *propiciación*⁴⁶, alude al acto de la ofrenda del sacrificio que la hace posible (1 Jn. 2:2; 4:10). Cristo al morir en la cruz, satisfizo todas las demandas de Dios en cuanto al juicio por el pecado, en cuya obra queda satisfecha la demanda pendiente por los pecados pasados anteriormente por alto (Ro. 3:25-26). Los pecados anteriores a la cruz fueron perdonados sobre la base de la obra que Cristo haría en ella. A diferencia del sacrificio propiciatorio que *cubría* el pecado y que había de ser repetido por esta causa, el de Cristo *quita* el pecado, habiendo llevado sobre sí el juicio del pecado. La sustitución no puede realizarse al margen de la cruz que es la expresión suprema de la fidelidad y soberanía de Dios. La Cruz es la realización del plan eterno de redención, establecido por Dios desde antes de la fundación del mundo (2 Ti. 1:9); el altar en que Dios mismo coloca a su Hijo, como “*Cordero que quita el pecado del mundo*” (Jn. 1:29). La crucifixión no fue un accidente casual en la vida de Cristo, sino el cumplimiento preciso de lo que Dios había preparado anticipadamente (Hch. 2:23). Pablo tiene presente la cruz en toda la dimensión de su teología vinculándola con la obra de sustitución (2 Co. 5:14-15), en la que Cristo ocupa el lugar de los pecadores: “*uno murió por todos*”. Como se consideró antes, en la cruz Cristo no sólo muere en beneficio de los pecadores, sino ocupando su lugar. Tal profundidad es difícil de comprender: “*El Justo por nosotros los injustos*”. Sin embargo, esa obra da expresión al eterno programa salvífico de Dios (1 P. 1:18-20). Cuando llegó el “*cumplimiento del tiempo*” (Gá. 4:4), el Cordero de Dios fue cargado con el pecado del mundo. La sustitución debe entenderse desde el plano de la muerte. La muerte es una realidad en el mundo recogida en la Escritura (Ro. 5:12). A la luz de la Biblia ofrece dos aspectos. (1) Muerte espiritual que es la separación espiritual de Dios a causa del pecado. (2) Muerte física que es la separación del espíritu y del cuerpo, y que es la consecuencia de la muerte espiritual. El estado de muerte obedece a la consecuencia del quebrantamiento de lo dispuesto por Dios (Gn. 2:17). Cuando el hombre trasgredió el mandamiento, en ese mismo instante murió espiritualmente, quiere decir que fue separado de Dios (Gn. 3:24). La evidencia de la muerte espiritual se manifiesta en que “*todos mueren*”. La muerte espiritual produce efectos en el hombre: (1) Ausencia de comunión con Dios. (2) Manifestación del poder del pecado. (3) Incapacidad para superarlo (Ro. 8:7). La pena del pecado es la eterna separación de Dios y la entrada a ese estado definitivo se produce en la muerte física del pecador no regenerado. A este estado la Biblia le llama “*la muerte segunda*” (Ap. 20:14). Con su muerte Cristo es el sustituto del hombre en relación con la muerte ya que “*Él gustó la muerte por todos*” (He. 2:9). En la cruz se produce la muerte vicaria de Cristo por los pecadores. El aspecto sustitutorio requería la muerte

⁴⁶ Griego ἱλασμος.

tanto física como espiritual. La muerte espiritual en la experiencia de la sustitución es una verdad sumamente profunda y difícil de entender. En la cruz Cristo, sin pecado, es el portador del pecado de los pecadores (2 Co. 5:21). La consecuencia suprema de tal obra es haber sido hecho maldición al ocupar el lugar del pecador (Gá. 3:13). La experiencia de la separación del Padre entra de lleno en la obra de la sustitución y quedó expresada por el mismo Señor en la cruz (Mt. 27:46). La infinita dimensión de ese estado excede a toda comprensión humana. La ira de Dios por el pecado es desviada del pecador hacia el inocente, que la recibe en toda su dimensión. El Padre lo había llevado al polvo de la muerte, donde el Santo entra en la experiencia espiritual del condenado (Sal. 22:14-15): (1) Los sufrimientos físicos y morales. (2) Las entradas en las tinieblas (Lc. 23:44-45). (3) La sed (Jn. 19:28), que aunque producida por su condición física, es el aspecto del tormento propio del que está en el infierno (Lc. 16:23-24). (4) La ira divina sobre Él (Sal. 42:7). La agonía del Salvador en Getsemaní y su oración están relacionadas con la muerte espiritual (He. 5:7). A esa oración se le han dado diversas interpretaciones al texto. Algunos opinan que Jesús oraba para que el Padre lo librara de morir antes de ir a la cruz, en razón de la angustia intensa que estaba soportando. Otros piensan que Jesús oró a causa del miedo que tenía a la experiencia de la cruz. Hay quienes piensan que Jesús oró y fue oído en la segunda parte de la oración de Getsemaní: *“no se haga mi voluntad”*. Todas esas posibilidades pueden argumentarse sin violentar el contexto general de la Palabra, pero ninguna satisface plenamente la dimensión del texto. La pena del pecado es la muerte eterna para quien estando muerto espiritualmente entra en la experiencia de la muerte física. La experiencia del hombre perfecto ante esa dimensión de muerte le lleva a orar en agonía. Cristo ora para que Dios aceptara su muerte como pago total del pecado de los pecadores y lo levantara restaurándolo a la vida. Tal oración fue oída, en el sentido de atendida por Dios, conforme a la enseñanza del texto. El desamparo de la cruz, en cuyo tiempo Jesús guardó silencio, es entendido por el Salvador como una acción necesaria en la ejecución de la justicia de Dios. En ese sentido la expresión posterior al tiempo de tinieblas se dirige a Dios como tal (Mt. 27:46). Esa situación de desamparo da paso a la restauración plena de la comunión con Dios antes de entrar en la experiencia de la muerte física, dirigiéndose a Él con el habitual título de Padre (Jn. 19:30). Después de ello entró voluntariamente en la experiencia de la muerte física (Jn. 10:18), mediante la entrega de su espíritu al Padre (Lc. 23:46). En ese momento la oración no se dirigía a Dios que había tenido que desampararle por ser el Cordero que llevaba sobre sí el pecado del mundo, sino al Padre, que restauró nuevamente la plena comunión con el que había soportado sobre Sí el juicio por el pecado, manifestando con ello la plena aceptación del sacrificio del Redentor. Jesús había *“gustado la muerte por todos”*, tanto en el sentido físico como en el espiritual. Para restaurar al pecador a la vida, Cristo ofreció al padre su único y eterno modo de vida. Todo ello

rodeado de obediencia (Fil. 2:8). No hace falta entrar en una extensión mayor para entender que el amor de Cristo es *profundo*, hasta llegar a los límites de la muerte por todos nosotros.

La cuarta medida a la que se remite el apóstol es ὕψος, *la altura*. Es el amor que toma al perdido en sus delitos y pecados, lo restaura a la vida espiritual mediante la resurrección en Cristo y con Él y lo eleva hasta sentarlos en lugares celestiales (2:6). Amor expresado en la petición de Jesús: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Jn. 17:24). Amor manifestado en su promesa que alienta la esperanza de gloria, asegurando que su partida no sería definitiva, sino un tiempo en el que prepararía lugar para la esposa y vendría nuevamente para tomarnos a todos a Él (Jn. 14:1-4). Amor que se transforma en esperanza, no de cosas que vendrán, sino de la gloriosa persona del Salvador que en cada creyente se hace esperanza de gloria (Col. 1:27).

La comprensión del amor de Cristo es necesidad individual y colectiva, tanto de cada creyente como del conjunto de todos los santos. Este conocer más del amor de Cristo no se detiene en la experiencia transitoria de la iglesia peregrina, sino que se proyecta a la eternidad, ya que en ningún momento la mente y capacidad cognoscitiva del hombre será capaz de comprender la infinita dimensión del amor divino.

19. Y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

γινῶναι τε τὴν ὑπερβάλλουσάν τῆς γνώσεως ἀγάπην τοῦ Χριστοῦ,
y de conocer el que sobrepasa al conocimiento amor - de Cristo
ἵνα πληρωθῇτε εἰς πᾶν τὸ πλήρωμα τοῦ Θεοῦ.
para que seáis llenados de toda la plenitud - de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ πληρωθῇτε εἰς πᾶν τὸ πλήρωμα τοῦ Θεοῦ, *seáis llenados hasta toda la plenitud de Dios*, atestiguada en κ, A, C, D, F, G, Ψ, 075, 0150, 6, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1241, 1573, 1739, 1842, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lec* it^{b, d, f, g}, vg, syr^{p, h, pal}, cop^{bo}, arm, geo, salv^{mss}, Atanasio, Marcelo, Gerorio-Nisa, Macario/Simeón, Severiano, Teodoro^{lat}, Cirilo, Victrino-Roma, Ambrosiaster, Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

πληρωθῇτε εἰς πᾶν τὸ πλήρωμα τοῦ Χριστοῦ, *que seáis llenados hasta toda la plenitud de Cristo*, en 1881, it^{ar, o}, Macario/Simeón.

πληρωθῇ πᾶν τὸ πλήρωμα τοῦ Θεοῦ, *se cumpliera toda la plenitud de Dios*, como se lee en p⁴⁶, D, F, G, 593, it^{b, d, f, g}, vg, Pelagio, Agustín.

La conclusión de la petición se hace escribiendo: γινῶναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer*, τε, partícula conjuntiva, que puede construirse sola, equivalente a y; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὑπερβάλλουσιν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ὑπερβάλλω, *sobrepasar, superar, ser superior, ser incomparable*, aquí *que sobrepasa*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *al*; γνώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *conocimiento*; ἀγάπην, caso acusativo femenino singular del sustantivo *amor*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; ἵνα, conjunción *para que*; πληρωθῆτε, segunda persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo πληρόω, *llenar, completar, llevar a cumplimiento, llevar a la perfección*, aquí *seáis llenados*; εἰς, preposición de acusativo *de, hacia, hasta*; πᾶν, caso acusativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; πλήρωμα, caso acusativo neutro singular del sustantivo *plenitud, estado perfecto*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

Una quinta súplica dentro de la petición del apóstol pide para que los creyentes γινῶναι τε τὴν... ἀγάπην τοῦ Χριστοῦ, *conozcan el amor de Cristo*. Si la petición anterior tenía que ver con la capacidad de *comprensión*, en el sentido de ser capaces de entender el amor de Cristo en la forma metafórica de sus dimensiones, aquí progresa más, pasando de la intelectualidad a la vivencia. El verbo conocer tiene sentido vivencial, tratándose de una experiencia personal, por tanto, de lo que se trata ahora es de que los creyentes sean capaces de vivir y experimentar el amor de Cristo. Esto abre puerta para que los cristianos puedan desarrollar su vida “*andando en ese amor*” (5:2), comprendiendo también la vida familiar en la que el esposo que *conoce*, porque vive, el amor de Cristo, ama en esa calidad a su esposa (5:25). El amor de Cristo al que se llama a la vivencia o a la experiencia en la capacidad de *conocerlo*, es un amor de entrega sin condiciones y sin reservas (2 Co. 5:14-15). El apóstol se asombra de ello cuando dice que “*el Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gá. 2:20). Es un amor incesante, es decir, un amor que no se mitiga con el tiempo, ni se interrumpe con las dificultades (Ro. 8:35-39), amor que el Espíritu derrama en el corazón del cristiano para que pueda hacerlo vida en su propia vida (Ro. 5:5).

Este amor es sobrenatural, por tanto, imposible de dimensionar y abarcar con el conocimiento del hombre, como afirma el apóstol: ὑπερβάλλουσιν τῆς γνώσεως, “*excede a todo conocimiento*”. En relación con el contexto

anterior, es un amor que supera la capacidad de conocimiento de lo que se consideró en el versículo anterior. De otro modo, el creyente puede *saber* acerca del amor de Dios, pero nunca podrá *vivirlo* en toda su dimensión. El apóstol dice que el amor de Cristo, que es necesario conocer, excede a todo conocimiento y excede a toda capacidad humana. Es un amor que supera a cualquier experiencia de amor, y desborda a cualquier esfera de conocimiento humano. Es, por tanto, una presencia del amor de Cristo en el cristiano que sobrepasa todo conocimiento. Un nuevo aparente contrasentido se aprecia en la oración: es un amor que supera todo conocimiento, pero que debe ser conocido. Por esa razón se convierte en un conocimiento cada vez más profundo e intenso y que, a pesar del crecimiento en él, nunca se podrá alcanzar el límite, porque siendo infinito, por cuanto es amor de Dios, supera en todo cualquier dimensión que el hombre limitado pueda alcanzar. El amor excede a todo conocimiento porque es superior a él (1 Co. 8:1), superando incluso al conocimiento espiritual (1 Co. 13:2). La profundidad del amor de Cristo reviste formas que no son percibidas por el intelecto, pero sí captadas por la experiencia de relación con Él.

La petición tiene una meta final y es que los creyentes, sumergidos en el amor de Dios y en su conocimiento, sean asumidos en la *plenitud* de Dios, ἵνα πληρωθῆτε εἰς πᾶν τὸ πλήρωμα τοῦ Θεοῦ, de otro modo, que ellos sean llenados por la vida de Dios. El verbo está en aoristo de subjuntivo en voz pasiva que indica una acción inicial efectiva. Al creyente le fue dado el principio para gozar de esta bendición en el nuevo nacimiento, al venir a morar Cristo en él y, por tanto, en Cristo es lleno de la plenitud de Dios que habita en el Señor. Esa plenitud de Dios se expresa en el amor de Cristo. Dios es amor, por tanto, quien vive en el amor de Dios y vive expresándolo, está en la plenitud de Dios. Esta oración intercesora de Pablo, tiene una notable progresión: Dios, su Espíritu, la presencia e inhabitación de Cristo en los corazones cristianos, el fortalecimiento del hombre interior, la fe, el amor, la comprensión del amor de Cristo, la vivencia de ese amor y, finalmente, la entrada en la plenitud de Dios. Es en la fe y el amor que se alcanza la dimensión espiritual deseada por Pablo. Por esa razón, lo que el apóstol pide es la experiencia cotidiana del amor de Cristo en cada circunstancia y ocasión. El mismo deseo que David tenía para su fiel Itai (2 S. 15:20c). La plenitud debe ir en aumento: ἵνα πληρωθῆτε, “*para que seáis llenos*”. Cristo, puesto en el creyente, va llenándolo plenamente con su Espíritu hasta el más alto nivel.

Doxología (3:20-21).

20. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros.

Τῷ δὲ δυναμένῳ ὑπὲρ¹ πάντα ποιῆσαι ὑπερεκπερισσοῦ ὧν
 Y al que es poderoso más allá de todo para hacer más abundantemente de lo que
 αἰτούμεθα ἢ νοοῦμεν κατὰ τὴν δύναμιν τὴν ἐνεργοῦμένην ἐν ἡμῖν,
 pedimos o pensamos según al poder el que actúa en nosotros

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

ὑπὲρ, como aparece en κ, A, B, C, I^{vid}, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1573, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lec* it^{ar, o}, syr^{p, h, pal}, cop^{sa, bo}, arm, geo, slav, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Victorio-Roma, Ambrosiaster, Jerónimo, Agustín, Ps-Vigilius.

Se omite ὑπὲρ, en p⁴⁶, D, F, G, l 593, it^{b, d, f, g}, Pelagio, Agustín.

La primera parte de la *Carta* se cierra con la doxología, como sigue: Τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero*, *más bien*, *y*, y *por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; δυναμένῳ, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo δύναμαι, *poder*, *tener poder*, *ser poderoso*, aquí *que es poderoso*; ὑπὲρ, preposición de acusativo *más allá de*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *todo*; ποιῆσαι, aoristo primero de infinitivo del verbo ποιέω, *hacer*, aquí como *hacer*; ὑπερεκπερισσοῦ, adverbio *más abundantemente*; ὧν, caso genitivo neutro plural del pronombre relativo declinado *de lo que*; αἰτούμεθα, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo αἰτέω, *pedir*, aquí *pedimos*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; νοοῦμεν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo νοέω, *pensar*, aquí *pensamos*; κατὰ, preposición de acusativo *según*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; δύναμιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *poder*, *potencia*, *fuerza*, *capacidad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐνεργοῦμένην, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz media del verbo ἐνεργέω, *energizar*, *actuar*, aquí *que actúa*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nosotros*.

Con el versículo anterior concluye la primera parte de la *Carta*. En ella se ha puesto de manifiesto la admirable dimensión de la gloria de Dios en la ejecución del *misterio* que habiendo sido determinado en la eternidad, se ejecuta en el tiempo y se proclama en el mensaje del evangelio, por revelación hecha por Dios mismo a los santos apóstoles y profetas (3:5). La primera parte se introdujo con alabanza: “*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” (1:3). Luego del desarrollo de la enseñanza, no cabe otra cosa que nuevamente la alabanza que glorifique a quien hace posible una maravilla semejante. De ahí que esta primera parte concluya con una doxología. Esta sirve aquí como corona de cuanto se ha dicho antes.

Τῷ δὲ δυναμένῳ ὑπὲρ πάντα. La doxología exalta lo incomparable del poder de Dios. En tres ocasiones se expresa la grandeza del poder divino usando una expresión que intensifica toda medida y rebasa cualquier dimensión pensable: La primera vez mediante la expresión literal “*más allá de todo*”⁴⁷, que equivale también a *muchísimo más que todo*, o como traduce RV60 “*mucho más*”. La segunda vez usando un adverbio compuesto, que equivale a “*más abundantemente*”, formado por la preposición de acusativo⁴⁸ *más allá de*, unido a la preposición de genitivo⁴⁹ *de*, y el adjetivo⁵⁰ que expresa la condición de lo que *rebasa la medida*, y que puede traducirse como *en demasía abundantísima*.

Ποιῆσαι ὑπερεκπερισσοῦ ὧν αἰτούμεθα ἢ νοοῦμεν. La omnipotencia de Dios supera y sobrepaja todo. Es al Todopoderoso Dios que se revela en Cristo, a quien corresponde toda la gloria. Es del Padre de quien proceden todas las bendiciones (Stg. 1:17) que se hacen posibles para el hombre por medio de Cristo, en quien está la autoridad y poder (Fil. 2:9-11) y que se activan por el Espíritu, que es el κατὰ τὴν δύναμιν τὴν ἐνεργουμένην ἐν ἡμῖν, “*poder que actúa en nosotros*”.

En la alabanza se reconoce al omnipotente Dios capaz de actuar más allá de todo lo que pudiera ser pensado, pero, en este caso más allá de lo que pudiera ser pedido. No hay petición que un creyente haga para la que Dios no tenga recursos suficientes para responderla mucho más allá de lo que se pida. No hay fronteras para Dios en la respuesta a las peticiones de su pueblo. Él es capaz de hacer *cuanto podemos pedir*. Pero, no sólo aquello que podemos pedir, sino lo que *podemos pensar*. Los más grandes pensamientos que un creyente pueda hacer nacer en sí mismo, son infinitamente más pequeños de lo que Dios puede hacer. Esa es la confianza con que el mismo apóstol estuvo orando antes. No hay petición, por elevada que sea, que Dios no pueda llevar a cabo. Pidió que los creyentes sean capaces de entender la grandeza del amor de Cristo y que sean capaces de experimentarlo en sus vidas, y por grande que sea el pensamiento que motivaba las expresiones del deseo de Pablo, siempre se quedan cortas al lado de lo que Dios es capaz de hacer en respuesta a su oración. Dios es capaz de hacer cuanto pedimos y aún cuanto imaginamos sin atrevernos a pedir.

Como escribe John Stott:

⁴⁷ Griego ὑπὲρ πάντα.

⁴⁸ Griego ὑπὲρ.

⁴⁹ Griego ἐκ.

⁵⁰ Griego περισσοῦ.

“La capacidad de Dios para contestar las oraciones está establecida con fuerza por el apóstol en una expresión compuesta de siete partes. (1) Puede hacer u obrar porque no está dormido, ni inactivo ni muerto. (2) Puede hacer lo que le pedimos porque escucha y nos contesta. (3) Puede hacer lo que le pedimos o pensamos, porque lee nuestros pensamientos y algunas veces imaginamos cosas que no nos atrevemos y, por lo tanto, no las pedimos. (4) Puede hacer todo lo que pedimos o pensamos, porque Él sabe todo y tiene capacidad para hacerlo todo. (5) Puede hacer más... que todo lo que pedimos o pensamos, porque Sus expectativas son más altas que las nuestras. (6) Puede hacer mucho más, o mas abundantemente que lo que pedimos o pensamos, porque es un Dios de gran abundancia”⁵¹

El poder con que Dios actúa y que se manifestó en la realización de la salvación, incluyendo la resurrección de Cristo, no está lejos de nosotros, sino en nosotros mismos, siendo el poder que ἐνεργουμένην ἐν ἡμῖν, “*actúa en nosotros*”. No hay limitación al poder que Jesús ha recibido y que expresa en el nombre recibido de suprema autoridad en cielos y tierra, ante cuya palabra nada puede resistirse a hacer Su voluntad (Fil. 2:9-11). Ese poder en Jesús está en nosotros, puesto que Él ha sido implantado en el creyente por el Espíritu, en la regeneración. El poder del Espíritu, residente en cada cristiano, actúa en plenitud en la medida en que estemos en condiciones de mantener la comunión con Él y seamos llenos de Él. Esa es la razón por la que el cristiano, aunque esté aparentemente limitado, puede decir siempre: “*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*” (Fil. 4:13).

21. A Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

αὐτῷ ἡ δόξα ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ καὶ ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ εἰς πάσας τὰς
 A Él la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las
 γενεὰς τοῦ αἰῶνος τῶν αἰώνων, ἀμήν
 generaciones del siglo de los siglos. Amén.

Notas y análisis del texto griego.

Con las palabras que siguen se cierra la doxología: αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal declinado a *Él*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δόξα, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gloria*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐκκλησίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *iglesia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino

⁵¹ John Stott. o.c., pág. 135.

singular del nombre propio *Jesús*; εἰς, preposición de acusativo *por*; πάσας, caso acusativo femenino plural del adjetivo *todas*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; γενεὰς, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *generaciones, descendencia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular declinado *del*; αἰῶνος, caso genitivo masculino singular del sustantivo *tiempo, siglo, mundo, eternidad*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; αἰώνων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *siglos, mundos, eternidad*; ἀμὴν, transliteración de la palabra hebrea *verdad, certeza*.

Αὐτῷ ἡ δόξα ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ. A Dios le corresponde la gloria en la Iglesia, ya que la gloria suya se ha manifestado en ella, resplandeciendo desde ella en la grandeza de su sabiduría, para servirse de ella como enseñanza de esa gloriosa sabiduría a los ángeles (3:10). Esta gloria le corresponde ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ, “*en Cristo Jesús*”, porque es en Él en quien se revela y, aunque oculto de forma que nadie le ha visto ni le puede ver jamás (1 Ti. 6:16), el Hijo lo hace visible revelándolo en plenitud (Jn. 1:18). Además, la Iglesia solo es posible en Cristo Jesús, en quien está, de la que Él es cabeza y plenitud. Esa gloria le debe ser tributada εἰς πάσας τὰς, *por todas las generaciones*, τοῦ αἰῶνος τῶν αἰώνων, “*del siglo de los siglos*”. Una expresión un tanto especial, aproximándose a alguna del Antiguo Testamento como “*de generación en generación para siempre*” (Sal. 106:31). Lo que es notoriamente diferente al uso general de la expresión *siglos de los siglos* es el singular en que aparece en el texto griego el primer término, en donde literalmente está “*por el siglo de los siglos*”, esto unido a las generaciones que deben tributar la gloria, resulta un tanto complejo. Posiblemente pueda entenderse como *las generaciones de la eternidad*, es decir, las generaciones que Dios levanta de los redimidos en el presente siglo con proyección de eternidad. Es, en cierta medida, lo opuesto al tiempo, proyectándose aquí la idea de perpetuidad a la que las generaciones de salvos a lo largo del tiempo histórico de este universo serán llevadas para estar perpetuamente con Dios, quien entonces morará también con ellos definitivamente. Ese es el gustar de la vida eterna recibida por gracia mediante la fe por todos los que han creído en el transcurso del tiempo (2:8-9). No significa esto que los hombres temporales se hagan eternos, sino que disfruten de la vida de Dios, en su *naturaleza*, nunca en su esencia, que siendo divina es también eterna. En el tiempo histórico los creyentes gozan ya de la dimensión de perpetuidad por medio de la fe, que les hace gustar anticipadamente lo que será el disfrute glorioso en los nuevos cielos y nueva tierra. Durante toda la proyección en el eterno reino de Dios, los salvos tributarán honor y gloria a Quién ha hecho posible esa admirable dimensión de la gracia. Las mentes de los cristianos estarán en condiciones de ir *conociendo* cada vez más las glorias admirables de nuestro Dios y Salvador, experimentándolas en plenitud y sin los condicionantes del pecado y de la vieja naturaleza que, en momentos de conflicto produce desánimo. Mirando la gloriosa dimensión de la eternidad, las

dificultades y aflicciones pasajeras o temporales, debieran producir en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17-18).

Ἀμήν. Ante tanta gloria, quien comenzó bendiciendo a Dios, lo glorifica ahora y confirma sus palabras de alabanza con un *amén*. Ante tales bendiciones y esperanza, los cristianos nos unimos a la doxología del apóstol Pablo, con un mismo firme y expresivo *amén*. Caben aquí como conclusión final las palabras de Jonh Stott:

“La oración de Pablo se relaciona con el cumplimiento de su visión de la nueva sociedad de amor. Pide que sus miembros puedan ser fortalecidos para amar y conocer el amor de Cristo aunque esto excede a todo conocimiento. Pero luego pasa del amor de Dios que excede a todo conocimiento, al poder de Dios, que excede todo lo imaginable; del amor ilimitado, al poder ilimitado. Porque está convencido, como debemos estarlo nosotros, que sólo el poder divino puede generar amor divino en la sociedad divina.

Añadir algo más sería inapropiado, excepto la doxología. A Él sea la gloria, exclama Pablo, a este Dios de resurrección y poder, el único que puede hacer que los sueños se hagan realidad. El poder viene de Él; la gloria debe ser para Él. A Él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, en el cuerpo y en la cabeza, en la novia y en el novio, en la comunidad de paz y en el pacificador, por todas las edades (en la historia), por los siglos de los siglos (en la eternidad). Amén”⁵².

Junto al apóstol, en su misma actitud, doblados de rodillas ante el glorioso Dios, tributamos honor y gloria, mientras extasiados, admiramos su gloriosa Persona y obra.

⁵² J. Stott. o.c., pág. 136.

CAPÍTULO IV

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Introducción.

Con el capítulo cuarto se inicia la parte aplicativa de la *Carta*. Sin embargo, en la primera parte del capítulo (vv. 1-17), el apóstol trata de un aspecto doctrinal sobre la Iglesia que tiene que ver con la unidad. Jesús, el Señor, oró al Padre pidiendo por la unidad de la Iglesia (Jn. 17:20-23). La unidad por la que pidió no es una unidad religiosa, que puede quebrantarse, sino la establecida en Dios mismo, por lo que es indestructible. El pensamiento de Jesús en este sentido no admite duda alguna, establece una unidad semejante a la que se manifiesta en el Ser Divino, mediante el posicionamiento comunicante de esa unidad en una relación semejante a la que existe entre el Padre y el Hijo, que es trasladada a la experiencia y realidad de la Iglesia por la presencia de las Personas Divinas en cada creyente y en el conjunto de todos ellos. La Iglesia es una y las iglesias locales son la expresión en el tiempo de la única Iglesia de Jesucristo. Las denominaciones son nombres dados a las congregaciones locales por razones históricas, pero, la Iglesia sigue siendo una. Por esa razón la iglesia es dotada por Dios, no solo de la presencia divina en ella, sino de las bases que hagan posible la vivencia de la unidad por la que pidió el Señor. El cuerpo de doctrina sobre la unidad de la Iglesia comprende la primera parte del capítulo y debe ser estudiada con profunda atención.

Al mismo tiempo la práctica de la vida cristiana viene dada siempre por el estudio de la doctrina y su aplicación personal. Todo lo expuesto anteriormente ha de tener una consecuencia clara en la vida comunitaria de la Iglesia e individual de cada creyente. Hasta aquí el apóstol estuvo hablando de los *privilegios* del cristiano, ahora va a hacerlo desde la perspectiva de los *deberes*, siempre gratos porque no son penosos, al contar con el poder de Dios para llevarlo a cabo y la presencia del Señor y del Espíritu que lo hacen posible. La fe del creyente ha de convertirse en obras consecuentes con ella, por tanto, a la luz de las verdades consideradas, deberá llevarse una vida que se ajuste a lo que Dios enseñó por medio del apóstol.

Pablo se refiere a la vida cristiana desde el punto de vista del testimonio cotidiano. La palabra *andar* se repite varias veces en lo que resta de la *Carta*. El creyente *anda*, esto es, vive como un peregrino y en ese andar -testimonio cotidiano- evidencia la realidad de su nueva vida ante los que le observan. Por tanto, si el testimonio es la evidencia visible de una realidad espiritual interior, el cristiano tiene la responsabilidad de: (1) *andar dignamente* (4:1); (2) *andar de un modo diferente* (4:17); (3) *andar en amor* (5:2); y (4) *andar sabiamente*

(5:15). Ésa es una manera de evidenciar la realidad íntima y personal del nuevo nacimiento.

La dignidad de la vida cristiana se manifiesta en dos direcciones: La primera, en relación con la iglesia, a la que debe dedicar toda su atención para guardar la unidad del Espíritu (vv.1-6) y ejercitar los dones para la edificación del cuerpo (vv. 7-16). La segunda se relaciona con la vida de santidad, abandonando todo cuanto tenga que ver con la naturaleza adámica corrompida y revistiéndose de aquello que esté relacionado con la nueva naturaleza recibida por la regeneración del Espíritu Santo (vv. 17-32).

El bosquejo para el análisis del capítulo es el que figura en el *Bosquejo General de la Carta*:

1. La ética del cristiano en el mundo (4:1-6:24).
 - 1.1. Andar en dignidad (4:1-16).
 - A) Modo de mantener la unidad (4:1-3).
 - B) Las bases unitarias (4:4-6).
 - C) El precio de la unidad (4:7-10).
 - D) Los medios para fortalecer la unidad (4:11-12).
 - E) Unidad de fe y conocimiento (4:13-16).
 - 1.2. El compromiso de la nueva vida (4:17-32).
 - A) El modo de vida sin Cristo (4:17-21).
 - B) Despojarse y revestirse (4:22-24).
 - C) Aplicación personal (4:25-32).

La ética del cristiano en el mundo (4:1-6:24).

Andar en dignidad (4:1-16).

Modo de mantener la unidad (4:1-3).

1. Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.

Παρακαλῶ οὖν ὑμᾶς ἐγὼ ὁ δέσμιος ἐν Κυρίῳ ἀξίως περιπατῆσαι
 Exhorto pues os yo el prisionero en Señor dignamente andéis
 τῆς κλήσεως ἧς ἐκλήθητε,
 del llamamiento del que fuisteis llamados.

Notas y análisis del texto griego.

Iniciando un nuevo párrafo el apóstol escribe: Παρακαλῶ, primera persona singular del presente de indicativo el voz activa del verbo παρακαλέω, *llamar, invitar, pedir*,

rogar, hablar cortésmente, consolar, exhortar, aquí *exhorto*, οὖν, conjunción continuativa *pues*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *os*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; δέσμιος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *preso, prisionero*; ἐν, preposición de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Señor*; ὀξίως, adverbio de modo dignamente; περιπατεῖσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo *peripatēō*, *andar*, aquí *andéis*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κλήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *llamamiento, vocación*; ἥς, caso genitivo femenino singular del pronombre relativo *de la que*; ἐκλήθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo *καλέω*, *llamar*, aquí *fuisteis llamados*.

La segunda parte de la *Carta* contiene un sentido paraclético, de exhortación y consolación, aplicando la doctrina a la vida cristiana. El párrafo primero sirve de enlace entre la parte llamada *doctrina* y la *aplicativa*. Pero, en esta vinculación entre ambas partes, el apóstol establece una enseñanza enfática sobre la unidad de la iglesia para efectuar un llamado, no solo a mantenerla con solicitud, sino a entender que no es posible una manera de vivir que concuerde con el llamamiento celestial, mediante el que los hombres alcanzan la salvación en respuesta al mensaje del evangelio, que no sea en la integración de cada creyente en la única Iglesia de Jesucristo. De otro modo, no existe vida consecuente con la vocación celestial, que no esté empeñada en vivir en la unidad de la Iglesia y en mantenerla con solicitud. Las palabras del apóstol pudieran generar la impresión de algún problema en relación con la unidad, bien de las iglesias entre sí, o bien de fracciones en alguna de ellas. No debe causar extrañeza ya que este era un problema que afectaba en forma considerable a una de las grandes iglesias de entonces, la que estaba en Corinto. De ahí que para advertir sobre el peligro de las divisiones establezca la necesidad de guardar la unidad mediante una profunda enseñanza sobre la unidad de la Iglesia. Hablando no solo de conservarla, sino de incrementar la solidez de la congregación mediante un esfuerzo especial en la edificación de los creyentes.

Παρακαλῶ οὖν ὑμᾶς. El apóstol recuerda quien es para dar un énfasis de autoridad y demandar atención a los lectores sobre cuanto viene luego. El apóstol formula la exhortación en términos enfáticos. El verbo¹ que utiliza en primer término en el texto griego, tiene un amplio significado como *llamar, invitar, pedir, rogar, hablar cortésmente, consolar, exhortar*, que conlleva la idea de formular un ruego encarecido a alguien. Este ruego al provenir de un apóstol, transforma la invitación cariñosa o la exhortación afectiva, en un verdadero mandamiento que debe ser obedecido, ya que cuanto el apóstol escribe alcanza el contexto de mandato de Cristo mismo (1 Co. 14:37). El ruego

¹ Griego παρακαλέω.

apostólico alcanza una alta dimensión: “*Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros*” (2 Co. 5:20). La petición del apóstol que reviste el carácter de mandamiento, está fundada, no en deseos personales de él, sino formulada por el bien de aquellos a quien la dirige, como decía a los corintios: “*Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo*” (2 Co. 10:1). Es una exhortación hecha “*en el Señor Jesús*” (1 Ts. 4:1).

La exhortación es también personal: οὖν ἐγὼ “*Yo pues*” muy semejante a otra expresión anterior, “*yo Pablo*” (3:1). En ambas hay una referencia directa a la condición en que se encontraba ὁ δέσμιος ἐν Κυρίῳ “*el preso en el Señor*”. Ya se ha considerado antes las circunstancias que habían conducido al apóstol a ser un prisionero², por lo que no es preciso reiterar aquí lo dicho antes. Es suficiente con recordar que el que aparentemente era un preso del Emperador, porque había apelado a él, lo era por permisión y propósito de Jesucristo. Pablo estaba en Él, por tanto, toda su vida se desenvolvía en Él y cada circunstancia de ella obedecía al propósito que Jesús, que le había comisionado para ser apóstol y lo había enviado a los gentiles, tenía en relación con su ministerio. No era un delincuente que estaba preso, sino un cristiano en prisión. Era un prisionero como consecuencia de la predicación del evangelio, y siendo prisionero *en el Señor* quiere decir que lo estaba por fidelidad a Él. Todavía más, su prisión seguía viviéndose en la posición espiritual en que se encontraba, tanto él como cada creyente, *en Cristo*, unido vitalmente a Él formando con el resto de los salvos un cuerpo en Él. Pablo no solo es *prisionero en el Señor* por estar en Él, ni tampoco lo es por *amor* de Él, es prisionero porque es a quien el Señor mismo *ata y retiene preso* a Él, en sentido supremo. Por esa razón las cadenas del prisionero se convierte para los cristianos en objeto de gloria (3:13).

La exhortación que el apóstol formula la reviste con todo el amor, sin dejar de apreciarse en ella la autoridad de que, como enviado de Jesucristo en misión apostólica, estaba revestido. El llamamiento es a que los creyentes ἀξίως περιπατήσαι τῆς κλήσεως ἧς ἐκλήθητε, “*anden como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*”. El llamamiento celestial o la vocación de ese llamamiento, supone todas las bendiciones descritas desde el principio de la *Carta*, generándose en el propósito divino desde la eternidad, esto es, desde antes de la creación del universo. Una larga serie de bendiciones se han considerado ya. El hecho de que los cristianos, procedentes del judaísmo y del paganismo, puedan ser considerados *santos y fieles* delante de Dios (1:1), obedece a la ejecución del admirable plan de redención que Dios estableció en su propósito eterno. Estos han sido elegidos en Cristo, iluminados por el

² Ver Introducción y comentario a 3:1.

Espíritu y aceptados como hijos en el Hijo (1:4, 5); los que eran *sin pueblo*, son hechos conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (2:19); quienes estaban muertos en delitos y pecados, siguiendo el camino que inexorablemente los conducía a la condenación, han sido, en gracia, resucitados con Cristo y con Él ascendidos a los lugares celestiales (2:6); aquellos que no podían acercarse a Dios por sí mismos, a causa del pecado, son hechos cercanos por la sangre de Cristo, que les abre el camino de acceso (2:13); los que tenían como herencia natural la ira de Dios y la condenación eterna, son ahora coherederos y miembros del mismo cuerpo, copartícipes de la promesa en Cristo Jesús (3:6); quienes no tenían derecho de ser amados, son objetos del amor de Dios que hizo que Jesús descendiera a lo más bajo de la tierra para salvarlos (4:9). Estas bendiciones van aparejadas a la dotación de una vida nueva, por tanto, a una expresión de vida totalmente distinta de cuanto antes de estar en Cristo era la forma natural de cada uno, haciendo la voluntad de la carne y bajo el control de Satanás, que operaba en cada uno un camino de desobediencia. *Andar* es equivalente a estilo de vida y ya anteriormente el apóstol hizo referencia a esa forma cuando dijo: *“porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (2:10). Esta forma de vida es la que corresponde al llamamiento celestial. Tal consecuencia, resultante de la doctrina expuesta, es lo que lleva al apóstol a hacer la exhortación y establecer la demanda a fin de que vivan en una forma consonante con la condición celestial que ahora tienen en Cristo. Esta petición no la formula sólo el apóstol de Cristo, que como tal tiene plena autoridad del Señor para hacerlo, sino el *prisionero de Jesucristo*, que como ligado a Él en una profunda dimensión, tiene capacidad espiritual para entender el propósito de Dios y llamar a los creyentes a una vida digna de Él. Lo único que el apóstol pide es que los creyentes se conduzcan de una manera digna³, que es el adverbio griego que utiliza. Los creyentes somos los *llamados* por Dios a ese estilo de vida. La expresión verbal⁴, aparece en voz pasiva con atracción de relativo, atracción del contenido, que se orienta hacia quien llama, que es Dios. Es un llamado a la dignidad de vida que corresponde a los llamados por Dios, muy semejante a la exhortación hecha a los tesalonicenses: *“os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria”* (1 Ts. 2:12). Quienes han recibido y aceptado por la fe el llamamiento, deben entregarse a él, cumpliendo los principios de vida que comporta ser hijos de Dios. Ese llamamiento los abraza, impulsa y condiciona para una vida digna como corresponde a quienes están en la familia de Dios. Los creyentes debemos recordar que es el honor de Dios lo que está en juego por el comportamiento cotidiano de cada uno.

³ Griego ἀξίως.

⁴ Griego ἡς ἐκλήθητε.

Muchos aspectos de la forma de vida que conlleva el ser objetos del llamamiento celestial, se desarrollan a lo largo de lo que resta de la *Carta*, comenzando con la vida consecuente con la unidad de la Iglesia. Quienes *andan* como es digno de la vocación con que fueron llamados, viven en continua orientación para el mantenimiento de la unidad de la Iglesia. No son llamados a hacerla, pero sí a vivir en ella como elemento natural en su vida digna. Esto es algo tan simple de entender como si el apóstol dijese: Ya que sois cristianos, vivid como cristianos. Es necesario entender bien que ser cristiano no es solo hablar de Cristo, sino esencialmente vivir a Cristo (Fil. 1:21). Sólo viviendo a Cristo en el poder del Espíritu se puede andar como es digno del llamamiento celestial.

2. Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor.

μετὰ πάσης ταπεινοφροσύνης καὶ πραΰτητος, μετὰ μακροθυμίας,
 Con toda humildad y mansedumbre con longanimidad
 ἀνεχόμενοι ἀλλήλων ἐν ἀγάπῃ,
 soportándoos unos a otros en amor.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad escribe: μετὰ, preposición de genitivo *con*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo *toda*; ταπεινοφροσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *humildad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πραΰτητος, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mansedumbre, suavidad*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; μακροθυμίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *longanimidad, paciencia, tolerancia*; ἀνεχόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo ἀνέχω, que en voz media significa *soportar, recibir con paciencia, levantar, sostener*, aquí *soportándoos*; ἀλλήλων, caso genitivo masculino plural del pronombre (recíproco) formado por la duplicación del tema ἄλλο y que significa originariamente *el uno al otro, los unos a los otros*, correspondiendo, por tanto, a *recíprocamente, mutuamente*, aquí *unos a otros*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀγάπῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*.

En el mantenimiento de la unidad de la iglesia, una de las condiciones propias de quienes han sido llamados por Dios, se requiere el uso de algunas virtudes reseñadas por el apóstol en el versículo. Es lógico el modo de la exhortación, puesto que no se trata de guardar la unidad entre los creyentes y Dios, sino en el aspecto de la unidad entre ellos mismos, en la comunión que los comprende y abraza a todos en el ámbito de la Iglesia, bien sea la local, como es el caso, o la universal como expresión absoluta de ella. Lo que afecta a la unidad, afecta esencialmente al propósito de Dios y al testimonio del evangelio.

La exhortación al mantenimiento de la unidad se enuncia mediante cuatro exhortaciones con cláusulas establecidas por dos complementos introducidos por medio de la preposición μετὰ, *con*: μετὰ πάσης ταπεινοφροσύνης καὶ πραΰτητος, “*con toda humildad y mansedumbre*”, μετὰ μακροθυμίας, “*con paciencia*”, y dos oraciones de participio, una en este versículo y otra en el siguiente. Las dos demandas de este versículo son como el paso obligado para llegar a la solicitud de guardar la unidad que se expresa seguidamente (v. 3).

La forma de la conducta correspondiente a la *vocación* del llamamiento celestial, comienza por manifestar la ταπεινοφροσύνης, *humildad*. Es interesante apreciar que no hay limitación sino totalidad, no es *algo* de humildad, o *mucho* de ella, sino πάσης ταπεινοφροσύνης, *toda humildad*. Es decir, no se trata de algunos aspectos en que puede estar involucrada la humildad, sino en la manifestación de una vida humilde en plenitud. La manifestación de la unidad en la iglesia, de los miembros entre sí, de que en todos haya el mismo sentir y sean de una misma alma (Hch. 2:46), sólo es posible en la humildad personal. El sustantivo humildad⁵, expresa la idea de quien vive considerando a los demás en más alta estima que a él mismo. El apóstol hablará de este estilo de vida cuando dice a los corintios: “*Ninguno busque su propio bien, sino el del otro*” (1 Co. 10:24). El creyente humilde sabe apreciar y distinguir los valores de todos los hermanos y reconocer los dones con que el Espíritu los ha dotado para la edificación de la iglesia. El sentimiento que genera la humildad es un sentimiento de unanimidad, que significa progresar en la misma dirección y sentir la misma orientación, no es pensar exactamente lo mismo, pero sí admitir el pensamiento del otro respetándolo. Esto presupone que el creyente se ha apartado de toda ambición personal y de deseos de progreso en la iglesia. Ser humilde no es una opción, sino la condición natural de la vida cristiana de quien vive a Jesús en el poder del Espíritu. La demanda del Maestro es precisa: “*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*” (Mt. 11:29). Tomar el yugo es una expresión del lenguaje semita que expresa la idea de asumir las demandas de un maestro, su doctrina o sus exigencias en cuanto al modo de actuar. El yugo de Cristo es la expresión de su nueva ley marcada en el evangelio. Tomar el yugo en el contexto de los maestros de la ley y los fariseos significaba siempre asumir una carga, debido a la alteración de los mandamientos y a los añadidos a ellos de las tradiciones, en un todo de legalismo sin razón de ser. El énfasis de aquella enseñanza consistía en alcanzar la salvación mediante un estricto cumplimiento a normas establecidas, reglas y preceptos que sometían a una continua inquietud en una pregunta sin respuesta segura: ¿Habré alcanzado la justicia suficiente para entrar en el reino? Tal era el problema personal de Nicodemo, el maestro de Israel (Jn.

⁵ Griego ταπεινοφροσύνη.

3:1ss). Cristo está hablando de tomar su yugo, esto es, aceptar sus enseñanzas, que entre otras cosas, invitaba a todos a venir a Él. El tomar el yugo conlleva el ir unido a Cristo mismo. No está sólo el creyente bajo el peso de una demanda, sino en unión con Aquel que, teniendo todo el poder, hace soportable y fácil la carga que Él mismo lleva en compañía de quien camina unido a Él. La invitación de Jesús a los cargados y fatigados para tomar en esa condición un yugo, parece una contradicción. Pero, realmente, lo que Jesús les está diciendo es más bien una invitación a un cambio radical como si dijese: “Estáis cansados y fatigados con vuestro yugo, probad ahora el mío”. Una frase del Dr. Lacueva es muy elocuente: *“Es un yugo de Cristo; Él lo ha designado; como buen carpintero, Él lo ha hecho; como buen maestro, Él lo ha llevado primero, aprendiendo obediencia mediante el sufrimiento (He. 5:8); y nos ayuda a llevarlo mediante su Espíritu, el cual nos ayuda en nuestra debilidad (Ro. 8:26). Renunciar al yugo es dar de lado a la obra de Dios”*⁶. Ante la demanda de tomar el yugo el Señor indica como es tanto el yugo como la carga: *“mi yugo es fácil, y mi carga ligera”* (Mt. 11:30). El yugo que propone el Señor no es fatigoso porque está vinculado al amor con que Él hace y demanda todas las cosas. Los soportes que ayudan en el llevar el yugo, son la fe, el amor y la constancia, producidos en el creyente por el mismo Espíritu de Dios (1 Ts. 1:3). La promesa del Señor es admirable, el yugo de Cristo y el acatamiento a sus enseñanzas produce descanso para quien lo toma. Aquellos que vienen cargados a Jesús, los que vienen llenos de miserias y de frustraciones, dejan sus cargas en Él y toman su yugo, encontrando en el cambio la paz que no habían sido capaces de alcanzar para sus almas. Pero, además, Cristo da ejemplo supremo para quienes acepten sin reservas sus demandas: “aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Aprender aquí no es tanto imitación sino identificación con el Maestro. La paz del Príncipe de paz se comunica al que está en plena identificación con Él, por lo que el que no encontraba antes paz viene a experimentar la misma paz del Maestro. El aprendizaje con este Maestro es admirable, porque Él es manso, por tanto puede enseñar al peor alumno sin reprenderle, con toda la paciencia y la gracia necesaria para cada caso y situación. Nada más elocuente que las muchas horas de enseñanza pausada y de comprensión ante la dureza de entendimiento de sus discípulos. Nunca tuvo problemas para responder a quienes venían a Él con alguna pregunta. Al final de su tiempo en la tierra, después de la resurrección, dedicó toda una jornada de camino con los dos de Emaús abriéndoles las Escrituras y enseñándoles con autoridad, gracia y paciencia (Lc. 24:25-27). De la misma forma dedicó cuarenta días, entre la resurrección y la ascensión para enseñar a los discípulos acerca del reino de Dios (Hch. 1:3). El que sigue a Jesús encuentra descanso perfecto, primeramente porque el conocimiento de Dios en la dimensión de su amor lo produce (Ro. 8:31, 35-39); en segundo lugar por la providencia de Dios

⁶ Francisco Lacueva. *Mateo. Matthew Henry*. Terrassa, pag. 277.

en el cuidado cotidiano llena de paz el alma (Sal. 23:1; Ro. 8:32); en tercer lugar porque el sentimiento adquiere la dimensión que necesita en la experiencia de la orientación divina para que todas las cosas cooperen para bien (Ro. 8:28).

La verdadera humildad es la pequeñez de corazón y es la característica principal para el servicio (Lc. 1:48). La condición humilde permite realizar el servicio más bajo a favor de otros, sin menoscabo alguno. Ese fue el *sentir* de Cristo Jesús, por la que llegó a la más grande humillación con el objetivo de beneficiar a otros (Fil. 2:6-8). Es imposible mantener unidad sin humildad. Un ejemplo notable es el de Diótrefes, en los días del apóstol Juan, que anhelaba tener el *primado* en la iglesia, por tanto, lleno de orgullo arrogante se oponía a quienes no compartían sus ideas ambiciosas, expulsándolos de la iglesia (3 Jn. 9-10). Estos son los que hacen distinciones entre hermanos marginando a algunos sin otra base que su propia vanidad personal. La iglesia de Cristo no necesita infatuados y engreídos, sino simplemente siervos que humildemente consideren que la obra es de Dios y que toda la gloria es suya. Sobran *grandes* en la iglesia y faltan siervos humildes.

La segunda condición para mantener la unidad de la iglesia, se basa en la virtud de la *πραΰτης*, *mansedumbre*. El término griego⁷ traducido de este modo tiene un amplio significado, como *bondad*, *cordialidad*, *suavidad*, *apacibilidad*, etc. se trata de un comportamiento amistoso con el prójimo y doblegado delante de Dios. Es el espíritu que no se enoja y no riñe con otros, sino que corrige con mansedumbre (2 Ti. 2:25). Son aquellos cuya boca está libre de difamación, cuya vida es pacífica y pacificadora, mostrando afecto, cordialidad y bondad para con todos (Tit. 3:2). La verdadera sabiduría celestial se manifiesta en la mansedumbre (Stg. 3:17). Esta actitud surge del temor de Dios y de la comunión real con Cristo, (1 P. 3:16), por eso es capaz de *honrar* a todos (1 P. 2:17), manifestando siempre una conducta casta y respetuosa (1 P. 3:2). La mansedumbre es una expresión visible del amor (1 Co. 4:21). Es la virtud manifiesta en quien es un creyente espiritual, que es capaz de restaurar al hermano que ha caído con espíritu de mansedumbre (Gá. 6:1). Mientras el legalista, que es arrogante por condición propia, desprecia al hermano que ha caído y, en muchas ocasiones lo expone a vituperio, el espiritual, que vive a Jesús en el poder del Espíritu, es persona mansa que busca sobre todo la restauración del que ha caído. El creyente espiritual no se mide por la capacidad de reprender, sino por la de restaurar. El creyente legalista busca continuamente las faltas de otros para sancionarlas con la dureza de la letra, pero nunca vierte sobre las heridas espirituales el bálsamo del Espíritu. La iglesia de Cristo necesita mucho menos de reprensión y mucho más de aliento y de gracia. De

⁷ Griego *πραΰτης*

ahí que el verdadero *andar* conforme a la vocación celestial, se exprese en humildad y en mansedumbre. Como escribe Schiel.

*“Esta es, por consiguiente, la realización de la vida que se ajuste al llamamiento divino y a la esperanza que en él se abre, a saber, que una persona, con genuina humildad, tenga en más estima a la otra persona que a sí misma, y que con mansedumbre le haga sentir su bondad. En esta modestia personal, nada llamativa pero decidida, por la que una persona se pone a disposición de Dios y del prójimo, actúa la esperanza. Porque en ella el que espera, está esperando algo para sí mismo y para el otro que hace que sea improcedente toda primacía y todo querer pasar por delante de los demás. En esa actitud callada de apartar los ojos de sí mismo y de ponerlos en el otro y en Dios, y en esa mansedumbre que con amor acalla la severidad, ha penetrado el llamamiento de la esperanza en el que se encuentran los llamados, y se conserva allí. Y en la humildad y mansedumbre que, por amor de Dios, estima a la otra persona como superior y digna de aprecio, se cimenta ya y se prepara la unidad de todo el conjunto”*⁸.

Cristo llamó *bienaventurado* al manso: “*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad*” (Mt. 5:5). Es necesario entender bien esto para entender la demanda del apóstol. La condición para ser dichoso, bienaventurado o feliz tiene que ver con la mansedumbre, o apacibilidad. Es otro de los grandes contrastes en la enseñanza de Jesús. El mundo considera como feliz al que es capaz de imponerse a todos, el que no se somete a nadie y actúa conforme a su parecer, haciendo todo lo posible para alcanzar sus objetivos de cualquier manera. Manso, para el mundo es sinónimo de fracaso y llamar manso a una persona es tratarla con desprecio. Sin embargo, mansedumbre es el complemento a pobreza en espíritu y el siguiente eslabón a las lágrimas y aflicciones que se soportan descansando en Dios. En la enseñanza del Sermón del Monte hay una notable progresión. Pobreza en espíritu expresa en la intimidad del creyente la mansedumbre, la relación con Dios y también con los hombres. El que es pobre en espíritu es también apacible o manso.

Escribe el Dr. Lacueva:

“Estos son los que se someten resignada y alegremente a los designios de Dios, y los que muestran toda mansedumbre para con todos los hombres (Tit. 3:2); los que pueden aguantar una provocación sin encenderse en ira, sino permaneciendo en silencio o dando una respuesta suave; los que permanecen serenos mientras otros cometen grandes desatinos; cuando, en admirable paciencia, se mantienen dueños de sí mismos al mismo tiempo que son

⁸ H. Schiel. o.c., pág. 239.

desposeídos de todo lo demás; los que prefieren sufrir y perdonar veinte injurias antes de vengarse de una”⁹,

Mansa es la persona que cuando recibe una injuria no devuelve el mal recibido con ánimo vengativo, sino que encomienda su causa en manos del Señor y espera que Él actúe. De este modo aconsejaba David en relación con el comportamiento del creyente: *“Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, y Él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en Él; y Él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía”* (Sal. 37:3-6). El favor de Dios es el todo en la vida de un manso, de modo que aprendió a soportarlo todo, sabiendo que no hay ninguna cosa que no esté bajo el control de Dios. En su capacidad de soportar las adversidades encomendando su causa bajo la justicia divina, aprendió a perder incluso todos sus bienes, sin que la ruina le haga perder el gozo (He. 10:34). Mientras que el mundo se desespera en la adversidad, el creyente descansa en la protección y cuidado divinos. La Biblia da el calificativo de manso, sólo a dos personas: Moisés y Jesús. De ambos, el Espíritu Santo dice que fueron mansos. De Moisés más que cualquier otro hombre en la tierra (Nm. 12:3). Jesús llamó a los suyos a traer a Él sus cargas y a seguirle aprendiendo de su humildad y mansedumbre (Mt. 11:28-29). El ejemplo de Moisés permitirá entender un poco mejor el alcance del significado conforme a la Biblia, del calificativo manso. Moisés no era un hombre temeroso o apocado, sino todo lo contrario. Cuando tuvo que comparecer ante Faraón para pedirle que dejase salir al pueblo de Israel de la tierra de Egipto, no lo hizo con un ruego de esclavo hacia el dueño, sino con la decisión y determinación de quien no pide sino que demanda. No fue a él con un ruego, sino con un mandamiento (Ex. 5:1). La actuación de Moisés en este período de su historia hizo que fuese considerado por la corte de Faraón como un grande, entre otras razones por los juicios que sus palabras hacían descender sobre Egipto (Ex. 11:3). No cabe duda que Moisés tenía un carácter enérgico. Había sido entrenado para ello durante los cuarenta años en el palacio de Faraón como hijo de su hija, probablemente considerado como el heredero del trono. Había aprendido letras, leyes y también el ejercicio de la autoridad suprema en el imperio. Era un hombre decidido de modo que ese carácter fuerte, enérgico, capaz de ejercer autoridad, se manifiesta cuando conduciendo al pueblo en el desierto, después de la salida de Egipto, viendo el pecado en que habían caído, rompe las tablas de la Ley escritas por el dedo de Dios (Ex. 32:19-20). Nadie que le hubiese conocido desde la perspectiva humana, se hubiese atrevido a llamar manso a Moisés, pero Dios le da ese calificativo. Era manso porque se reconocía incapaz de hacer la obra de Dios

⁹ F. Lacueva. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Mateo*. Clie. Terrassa, 1980. pág. 68.

por sí mismo (Ex. 3:9-12). Aquel propósito divino no lo podía ejecutar él, según su pensamiento. Habría otros más capaces para llevarlo a cabo. Un hombre cansado de una larga vida, a sus ochenta años, separado desde hacía cuarenta de toda relación con Egipto, no era –en su propia opinión– el indicado para llevarla a cabo. Muchos consideran que Moisés estaba excusándose o presentando disculpas delante de Dios. Es normal que a causa de un pensamiento inducido, se califiquen las cosas por la mera apariencia. Es necesario entender el proceso que la Biblia revela en la vida de Moisés. Dios le había elegido como instrumento para llevar a cabo la acción más grande como era liberar al pueblo de la esclavitud y conducirlo hasta la tierra prometida. Para esto lo protegió providencialmente de la muerte. Para ello lo introdujo, no en un lugar importante de Egipto, sino en la misma casa imperial, vinculándolo a la familia directa de Faraón. El Señor estableció dos grandes periodos para la formación de este líder. El primero de cuarenta años, en el que aprendió todo cuanto era necesario para quién había de establecer las bases de la nación, dándoles las instrucciones legales en el nombre del Señor, conduciéndolos, resolviendo sus complejos problemas, aconsejándoles y disponiendo todo para la resolución de las muchas necesidades de aquel gran conjunto de personas, sumamente heterogéneas, durante cuarenta años de marcha hacia Canaán. El segundo periodo de formación ocupó los siguientes cuarenta años de la vida de Moisés. Dios había puesto carga en su corazón por su propio pueblo. Sentía la necesidad de llevar su vituperio e identificarse con ellos. Deseaba el bien de su pueblo, la libertad de su opresión, pero lo intentaba por medios humanos, es decir, con sus propias fuerzas. Así lo hizo cuando mató al egipcio que maltrataba a uno de Israel (Ex.2:12). Moisés necesitaba una larga formación en humildad, por lo que Dios lo llevó a la universidad del desierto para que durante otros cuarenta años adquiriese aquellos conocimientos y los incorporase a su propia vida. A lo largo de todo aquel tiempo fue perdiendo todo lo que era de apoyo humano, para entrar en la absoluta dependencia de Dios. Incluso en tan largo periodo de tiempo, perdió el uso fluido del idioma hebreo. De ahí que cuando Dios le llama para encomendarle la misión, Moisés ponga delante del Señor, no una disculpa, sino la realidad de falta de dominio del idioma en que había de dialogar con el pueblo de Israel, que también se extendería al idioma egipcio (Ex. 4:10). La idea de que Moisés era tartamudo, es una suposición sin ninguna base bíblica. Lo que Moisés estaba diciendo a Dios es que había perdido el idioma y lo hablaba con mucha lentitud e incluso con dificultad, por lo que el Señor soluciona el problema real de Moisés poniéndole para el tiempo inicial de su misión la ayuda de su hermano Aarón. Después sería Moisés, sin ayuda de su hermano, el que hablaba al pueblo y el que dialogaba con Faraón. Moisés había aprendido humildad y mansedumbre durante aquellos cuarenta largos años en Madián. Moisés era manso porque, no sólo se consideraba incapaz para hacer la obra de Dios por sí mismo, sino porque se doblegaba a la voluntad del Señor, asumiendo obedientemente la responsabilidad que ponía sobre él (Ex. 4:20).

Moisés había sido examinado por Dios de su materia de humildad y mansedumbre, estudiada durante cuarenta años en la universidad del desierto, y había superado con la más alta calificación. Fue entonces cuando estuvo preparado en todo para ser el instrumento que Dios iba a usar en su mano para ejecutar Su propósito. Moisés era manso porque descansaba absolutamente en el poder de Dios, que transformaba la vara de su debilidad. El texto bíblico dice que lo único que Moisés llevaba consigo a Egipto era la vara de Dios en su mano. Realmente aquella vara era el palo de un pastor, rústico, rudo, que usaba para apoyarse en él en su cometido, para escalar las laderas de los montes, para apartar los obstáculos en el camino. No era un cetro real, ni tan siquiera el bastón de mando que expresaba visiblemente la autoridad de un mandatario. Era algo sin ningún valor a ojos de los hombres, pero admirablemente poderoso en la mano de Dios. (Ex. 4:20b). No era el palo de Moisés, era la vara de Dios. Moisés era manso porque cuando se presentó al pueblo para anunciarles su liberación, no lo hizo en su nombre, sino en el nombre del Señor. Él era simplemente el mensajero del Omnipotente en aquella misión. Su persona no valía nada a no ser vinculada al Altísimo, por tanto era necesario hacer notorio en cualquier circunstancia la grandeza de quien le había encomendado aquella tarea. El pueblo debía saber que los éxitos que se avecinaban en su historia, las maravillas que iba a ver en los años siguientes, no eran obras de Moisés, sino de Dios que lo enviaba. El pueblo sabía que la presencia de Moisés entre ellos era porque el Señor había decidido visitarlos, según sus promesas; que había visto su aflicción y acudía a liberarlos (Ex. 4:29-31).

El ejemplo supremo de mansedumbre no es tanto Moisés, sino Jesús. El primero es sombra y tipo del segundo. Es en el Nazareno en quien se cumple la absoluta dimensión de la condición de manso. Sin embargo, tampoco nadie puede imaginar un carácter temeroso en la persona de Jesucristo. Nadie puede suponer falta de autoridad en quien es el Hijo de Dios manifestado en carne humana. Baste el ejemplo del látigo de cuerdas en su mano, mientras expulsa del atrio del templo a los mercaderes y restaura el orden del lugar sagrado, que había sido violado por los hombres (Jn. 2:15). Sin embargo, la Escritura habla de su clemencia y mansedumbre; esas son las palabras de Pablo: *“Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo”* (2 Co. 10:1). La mansedumbre del Señor está claramente evidenciada en el escrito de Pedro, donde hace referencia a que cuando fue despreciado y maldecido, no respondía con la misma medida, sino que encomendaba su causa ante el Juez justo (1 P. 2:23). La mansedumbre alcanza la expresión suprema en la entrega personal y voluntaria que hizo de Sí mismo, sujetándose al plan de redención y a la voluntad del Padre en ello (He. 10:7). Cuando se quiere entender la dimensión de la mansedumbre de Cristo, que como perfección de Dios-hombre excede a todo conocimiento humano, es necesario entrar por fe en la agonía de Getsemaní, donde su oración se hace lamento y lágrimas, y donde su alma entra

en las profundidades de una angustia mortal, mientras asume las demandas de la obra redentora y sujeta su voluntad a la del Padre que le había enviado (Lc. 22:42). La mansedumbre de Jesús adquiere la inmensidad de su expresión definitiva cuando da su vida en un acto de suprema obediencia, haciéndose por nosotros maldición (Fil. 2:6-8; Gá. 3:13).

En base a la identificación con Cristo, la mansedumbre ha de ser la forma natural del carácter de cada creyente. La mansedumbre no se expresa por sumisión a un mandamiento, sino por comunión con Cristo. La vida cristiana no es asunto de religión con normas impositivas, sino de comunión con el Señor, que se hace vida en cada uno de sus hijos, mediante la acción conformadora del Espíritu. Mansedumbre que ha de mostrarse en forma práctica en la relación con las autoridades que gobiernan el lugar donde vive el creyente. No se trata de una obediencia sumisa por testimonio religioso, sino por causa del Señor (1 P. 2:13-15). La mansedumbre debe mostrarse también en el terreno laboral donde el cristiano sirve con su trabajo, mediante la sujeción a los superiores, tanto a los que son considerados y condescendientes, como a quienes son difíciles de soportar (1 P. 2:18-19). La mansedumbre se manifiesta en la relación familiar, donde cada miembro de la familia se somete a los demás buscando, no su propio bien y mucho menos sus derechos, sino el bien y beneficio de los otros (1 Co. 10:24). Ninguna otra demanda que revista mayor mansedumbre en el terreno de la familia que la establecida por Pablo: *“Someteos unos a otros en el temor de Dios”* (5:21). Mientras que la ignorancia conduce a la arrogancia, la fe lleva al amor. En un mal entendido concepto de jerarquía en la familia, el marido se siente superior a la esposa y considera que ella le debe obediencia y sumisión en todo; en el mismo mal entendido concepto de superioridad no bíblica los padres exigen de sus hijos obediencia en todo, sin dar explicaciones por sus demandas y siendo, muchas veces injustos con ellos. En ese mismo sentido de absurda superioridad, orgullo disfrazado de piedad aparente, los líderes de la iglesia disciplinan a miembros que se oponen, no a la enseñanza bíblica, sino a su voluntad personal. En ese mismo abuso de autoridad, los líderes no revestidos de mansedumbre, ponen cargas no bíblicas de usos, formas, costumbres, etc. enseñándolos como mandamientos de Dios, siendo que son sólo mandatos y costumbres de hombres, haciendo de los santos de Dios un pueblo de esclavos. La verdadera mansedumbre demanda un comportamiento sumiso de los jóvenes hacia los mayores y, especialmente hacia el liderazgo de la iglesia (1 P. 5:5). El espíritu de mansedumbre conduce a la iglesia a sujetarse y orar por quienes presiden, en el nombre del Señor, la congregación (He. 13:17). Naturalmente que esto tiene como contrapunto que el liderazgo esté actuando no conforme a sus caprichos personales, sino en aplicación de lo que la Palabra de Dios establece. La demanda suprema del carácter manso para el cristiano está expresada de esta manera: *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo,*

agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1). Alcanzar la experiencia personal de un carácter manso y humilde es la mejor evidencia de estar en comunión con Cristo y en seguimiento de Él.

A la expresión del Señor: *“Bienaventurados los mansos”*, sigue la razón que justifica esa afirmación: *“Porque ellos recibirán la tierra por heredad”*. ¿Qué quiere decir esto? ¿A qué tierra se refiere? ¿Qué significa lo de heredad? La consecuencia de la mansedumbre se establece como un eco del Salmo: *“No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella. Espera en Jehová y guarda su camino, y Él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás”* (Sal. 37:1, 29, 34). Los impíos pueden jactarse de poseer la tierra y de actuar sobre ella conforme a sus propósitos y pensamientos, pero la tierra es posesión para los justos según lo determinado por Dios. Ellos, en unidad con Dios poseerán la tierra (Ap. 21:1 ss). Es posible que el manso no tenga ninguna propiedad en la tierra durante toda su vida. Es muy probable que su diario se escriba con lágrimas y su comida sea pan endurecido. Tal vez no tenga lugar propio donde descansar e incluso esté huyendo perseguido por los impíos, pero con todo, la promesa de Dios es para él que *“recibirá la tierra por heredad”*. Sin duda el pensamiento de las palabras de Jesús tiene que ver con los creyentes de esta dispensación. Estos, perseguidos por el mundo por ser cristianos, son *“herederos de Dios y coherederos con Cristo”* (Ro. 8:17). Como consecuencia de ser hijos de Dios, por adopción en Cristo (Jn. 1:12; Gá. 4:5), son también herederos de todas las riquezas del Padre. Dios mismo es la herencia de los suyos, su porción y quien sustenta su suerte, de ahí que pueda decir con gozo: *“las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado”* (Sal. 16:6). La esperanza de algunos es muy pequeña, se contentan con una pequeña porción de la herencia para disfrutarla perpetuamente. La teología humanista ha introducido un extraño, por no decir antibíblico, concepto sobre lo que el creyente debe esperar recibir como herencia. Sostienen que durante esta vida está siendo entrenado para ejercer el gobierno de alguna parcela de la futura creación de Dios, que se le asignará conforme a las capacidades que haya alcanzado en esta vida y al ejercicio que le habrá hecho capaz para administrarla. Estos olvidan que Pablo enseña que *“todo es vuestro”* (1 Co. 3:22). El Padre tiene un solo heredero de todo cuanto ha hecho y hará en el futuro. La creación actual ha sido hecha en Cristo, por Cristo y para Cristo (Col. 1:16). Quien está vinculado en unidad a Cristo es heredero de todo en Cristo. La capacitación para disfrutar la herencia no se alcanza por experiencia humana sino por comunión con Cristo. Es el Padre quien hace apto a cada uno de sus hijos para participar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). La herencia de Dios no se divide, es compartida por igual con todos los herederos. Es posible que el creyente no posea nada ahora, pero es dueño de todo.

La mansedumbre tiene que ver con el sometimiento a Dios de forma incondicional. No solo para *obediencia*, sino también para *dependencia*. El *manso* encomienda al Señor su camino y espera en él (Sal. 37:5). El de espíritu de *mansedumbre* no es vengativo espera y descansa en Dios (Ro. 12:9; Sal. 37:8). Espíritu de mansedumbre es el modo natural de relación entre los hermanos (1 Co. 4:21). La mansedumbre ha de ser una de las características del siervo de Dios (2 Ti. 2:25). Al creyente, en general, se le demanda este espíritu en las relaciones con *todos los hombres* y no sólo con sus hermanos (Tit. 3:2). Esta mansedumbre, así como la humildad, no tiene límite establecido, Pablo escribe claramente: “*con toda humildad y mansedumbre*”.

Un tercer elemento para guardar la unidad de la iglesia es *la paciencia*, que aunque figura en el texto español de RV60 después del *soportándoos* en el griego está antes, en donde se lee literalmente μετὰ μακροθυμίας, ἀνεχόμενοι ἀλλήλων, “*con longanimidad, o paciencia, soportándoos unos a otros*”. En este caso el sustantivo *paciencia*¹⁰ significa literalmente *ánimo grande*. De modo que la humildad mansa o la mansedumbre humilde está acompañada de la *paciencia* que es un fruto del Espíritu (Gá. 5:22), concretamente la cuarta manifestación de ese fruto. La palabra equivale a *tolerancia*. La paciencia de Dios es ilimitada (Ex. 34:6; Sal. 86:15), por esa razón tolera al pecador sin actuar sobre él a causa de su pecado de forma inmediata como podría hacer en justicia (Ro. 2:4; 9:22; 2 P. 3:9, 15). Esa paciencia divina es operada en el creyente por el Espíritu Santo (Col. 1:11). Por esa causa, porque el creyente vive a Dios y su vida en Cristo, por el poder del Espíritu, se le demanda paciencia (Col. 3:12-13; Stg. 5:7-8). Esta paciencia debe manifestarse en la vida cristiana (Ef. 4:2-3; 1 Ts. 5:14), siendo una de las condiciones personales exigidas para los pastores y maestros (2 Ti. 4:2).

Las demandas del versículo son como una cadena formada por eslabones, de modo que quien tiene *toda* la humildad y mansedumbre, puede tener paciencia para con los demás. Saber tener paciencia es elemento indispensable para una correcta relación entre hermanos. La paciencia permite *soportar*, que es la cuarta demanda del versículo. El apóstol utiliza aquí un participio en voz media de un verbo¹¹ que en voz media significa *soportar, recibir con paciencia, levantar, sostener*, aquí *soportándoos*. Entre la magnanimidad y la humildad está la capacidad de *aguantar* o *soportar* a otros. Es la virtud que permite ser tolerante con los demás. Toda intolerancia trae, antes o después, fragmentaciones y divisiones entre hermanos. El *aguante* es la piedra fundamental de la tolerancia. Quien es capaz de soportar, no tendrá en cuenta las ofensas recibidas y nunca las tomará como pretexto para *separarse* del otro.

¹⁰ Griego μακροθυμίας.

¹¹ Griego ἀνέχω.

Esto conduce a mantener una relación de amor desinteresado hacia otros, que incluye el esfuerzo de servirle a pesar de las ofensas que pudieran ser recibidas de él. El aguante, establecido aquí por Pablo como demanda a los creyentes para guardar la unidad de la Iglesia, se aprecia en el esfuerzo de servir al ofensor y no guardarle jamás resentimiento alguno.

El aguante paciente sólo es posible en la medida en que esté sustentado y vinculado con el amor. Esta es la quinta demanda del apóstol: ἐν ἀγάπῃ, “*en amor*”. Una elocuente, detallada y emotiva descripción del amor en acción está en 1 Co. 13. Lo que es verdaderamente interesante no es que los creyentes se soporten unos a otros con *resignación*, sino que se acepten mutuamente *en amor*. Sobre el amor no se establece una sola dirección en que unos perdonan y otros ofenden, sino en que todos amándose real y entrañablemente, se buscan para restaurarse mutuamente y se soportan unos a otros en expresión de amor. Para entender bien la dimensión que el apóstol tiene en mente será necesario recordar las características esenciales del amor cristiano en acción como se describe en 1 Co. 13. El amor es *sufrido*, paciente, magnánimo, capaz de soportar con paciencia los injusticias y los males que recibe (Pr. 10:12). Es incapaz de albergar resentimiento alguno. Soporta la provocación, no exige derechos, sabe aguantar una ofensa sin resentirse por ello. El *ánimo grade* sabe levantarse por encima de los brotes de ira y desesperación, confiando en Dios para la defensa de sus derechos (Sal. 37:1-11). Así era el carácter del Señor al impulso del amor (1 P. 2:21-23). Además de sufrido, el amor es también *benigno*, literalmente sugiere el uso de la gentileza o amabilidad. Podría definirse como *el amor servicial*, rodeado siempre de carácter bondadoso y afable (Pr. 17:9; 1 P. 4:8). Podría decirse que es la condición del que es propenso a hacer favores. El creyente actuará así al impulso del amor divino (Gá. 6:9-10; 2 Ts. 3:13; He. 13:16). El verdadero amor *no tiene envidia*, expresión del carácter de quien no siente celos por el progreso de otro. Ese amor se goza en que otros lleguen a disfrutar de mayor y mejor posición que la de él mismo. Es la condición precisa para sentir con gozo el bien de los hermanos (1 Co. 12:26). Cualidad necesaria para amar, respetar y reconocer a quienes han sido dotados de mayores capacidades y riqueza de dones, sin sentir envidia de ellos (1 Co. 12:14-17). El amor conforme a Dios evita la rivalidad que llega incluso al odio. Por tanto, el amor *no es jactancioso*. El término *jactancioso*¹² es una palabra única en la Escritura que se usa para designar la vanagloria. La jactancia incluye todas las formas de deseo de ser reconocido y alabado. El espíritu jactancioso se manifiesta en muchas maneras en las iglesias de nuestro tiempo, como también se manifestaba ya entre los corintios (1 Co. 8:2). No ser jactancioso es lo que permite expresar la mansedumbre y humildad de corazón, que es la forma de manifestar en el creyente el carácter del Señor (Mt. 11:29). El

¹² Griego περπερεύεται.

verdadero amor *no se envanece*, que es la cualidad de quien no es arrogante. Al escribir a los corintios el apóstol habla de ese pecado que se manifestaba entre algunos de ellos (1 Co. 4:6; 8:1). La vanidad es la expresión del orgullo personal. El engreído es propenso a alabarse a sí mismo y a buscar la alabanza de otros (Lc.18:11), de ahí la sabia advertencia: “*Alábetelo extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos*” (Pr. 27:2). El envanecimiento es contrario al amor porque deja de amar a otros para amarse a sí mismo. Quien vive en jactancia y vanagloria será resistido por Dios (Stg. 4:6). El arrogante no será usado por Dios, ni bendecido por Él (Is. 66:2). Además, el verdadero amor *no hace nada indebido*. Esto es, no tiene un comportamiento indecoroso con otros, es decir no hace nada de lo que tenga que avergonzarse. Ese aspecto del amor produce una conducta cortés hacia los demás, que no hace nada fuera de tiempo o de lugar. Por esa razón el verdadero amor *no busca lo suyo*, porque es desinteresado, literalmente en el texto griego se lee “*no busca las de sí mismo*”¹³, por tanto, piensa siempre en el interés ajeno (1 Co. 10:24; Fil. 2:21), porque sigue el ejemplo del Señor (Fil. 2:5-8). El amor genuino es contrario al egoísmo. Ama al estilo de Jesús hasta empobrecerse para que otros sean enriquecidos (2 Co. 8:9). Este amor, por tanto, *no se irrita*, es decir, no es irascible. El texto griego enfatiza grandemente esta irritabilidad de quien no ama, afirmando que llega al paroxismo. El amor impide todo pleito y contiendas entre hermanos. Por esa misma razón el verdadero amor *no guarda rencor*; literalmente *no tiene en cuenta el mal recibido*¹⁴, es decir no ve malas intenciones en dicho y hechos de los demás. Esto es lo que movió a Dios al llevar a cabo la reconciliación (2 Co. 5:19). Es una expresión manifiesta del carácter moral de Jesús (1 P. 2:23), de modo que el que no guarda rencor no planea nada malo contra otro. El verdadero amor es gozoso porque *no se goza en la injusticia, mas se goza en la verdad*, es decir, el amor no simpatiza con el mal. *Verdad* aquí equivale a lo genuino, lo bello, lo justo o lo bueno. Debe ser el pensamiento continuo del creyente (Fil. 4:8). Este debe ser el modo natural de vida cristiana del que “*anda en la verdad*” (2 Jn. 4; 3 Jn. 3, 4). Por tanto, *todo lo sufre*, literalmente *todo lo excusa*¹⁵, ese amor es capaz de cubrir todo (Pr. 10:12; Stg. 5:20; 1 P. 4:8). Es un amor que no divulga las faltas y está dispuesto a recibir siempre una disculpa. Esto no significa transigir con el pecado, sobre todo cuando tiene que ver con claras denuncias bíblicas (1 Co. 5:11). Es un amor que *todo lo cree*, por tanto, no es suspicaz, estando siempre dispuesto a creer la disculpa ajena. No se trata de una incredulidad, pero no está dispuesto a creer lo malo que digan de otro, a no ser que sea verdaderamente notorio. Este amor es la puerta que cierra los oídos a la crítica y a la murmuración, elementos que destruyen abiertamente la unidad de la Iglesia. Una manifestación

¹³ Griego: οὐ ζητεῖ τὰ ἑαυτοῦ.

¹⁴ Griego: οὐ λογίζεται τὸ κακόν.

¹⁵ Griego: πάντα στέγει.

semejante de amor resuelve el problema de juzgar las intenciones (1 Co. 4:5-6). Es también un amor que *todo lo espera*. Cuando el pecado es evidente, confía y siempre espera en el arrepentimiento y la enmienda del pecador. Continuamente está dispuesto a extender una mano y dar otra oportunidad. En cada momento espera la recuperación del fracasado. El que todo lo espera rehúsa aceptar como definitivo cualquier fracaso. Es seguir el ejemplo de Cristo, como ocurrió en la restauración de Pedro (Jn. 21:15-19). En esa dimensión el amor *todo lo soporta*, porque es perseverante. Es más que un estado paciente, es la paciencia activa que lleva a compartir la carga ayudando a otros, para eso, en amor, pone el hombro bajo la carga del otro aún en las circunstancias más difíciles y adversas.

Cuando se dan estas cinco virtudes: *humildad, mansedumbre, capacidad de aguante, paciencia y amor*, es posible mantener la unidad de la iglesia, porque nada habrá que haga posible la rotura de la hermandad y de la comunión unos con otros. Cualquier división entre creyentes o entre iglesias, no es otra cosa que *incapacidad de amar* generosa y desinteresadamente. La vida de amor no es *hablar* o *definir* el amor, sino vivirlo en la dimensión en que el Espíritu puede producirlo libremente en el corazón cristiano. La unidad visible y práctica de la iglesia descansa en la humildad mansa y en la generosidad de amor de los miembros que no solo han escuchado el llamamiento celestial, sino que viven en él.

3. Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

σπουδάζοντες τηρεῖν τὴν ἐνότητα τοῦ Πνεύματος ἐν τῷ συνδέσμῳ
 Poniendo empeño guardar la unidad del Espíritu en el vínculo
 τῆς εἰρήνης·
 de la paz.

Notas y análisis del texto griego.

Una exhortación al mantenimiento de la unidad se establece de la siguiente forma: σπουδάζοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa con carácter de imperativo, del verbo σπουδάζω *apresurarse, poner empeño, tener diligencia*, aquí *poniendo empeño*; τηρεῖν, presente de infinitivo en voz activa del verbo τηρέω, *guardar, conservar, observar, cumplir, custodiar*, aquí *guardar*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐνότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *unidad*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre propio *Espíritu*, referido a la tercera Persona Divina; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; συνδέσμῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *vínculo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; εἰρήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *paz*.

El apóstol introduce aquí un mandamiento concreto, preciso y sencillo, el de poner toda la atención y el máximo esmero y cuidado para mantener la unidad de la iglesia. Para eso utiliza una oración de participio con un verbo¹⁶ que tiene un amplio significado y que expresa la idea de hacer todo lo posible por alcanzar algo, procurar activamente un propósito: σπουδάζοντες τηρεῖν τὴν ἐνότητα τοῦ Πνεύματος, *poniendo empeño en guardar la unidad del Espíritu*. Ese es el sentido en donde aparece el mismo verbo en el Nuevo Testamento, traducido por *procurar con diligencia* (Gá. 2:10; 2 Ti. 2:15; 2 P. 3:14), *procurar* (He. 4:11; 2 P. 1:10). La palabra expresa la idea de diligencia y actividad en el alcance de un propósito u objetivo. Este propósito diligente procurar un *guardar*, que alcanza en el verbo usado el sentido de *protección y salvaguardia*, además de *guardar*. Lo que debe conservarse, guardarse, protegerse, con solicitud es τὴν ἐνότητα τοῦ Πνεύματος, “*la unidad del Espíritu*”. Los cristianos deben estar empeñados celosamente en guardar esa unidad, que es la unidad de la Iglesia. Pero es necesario entender bien que no se trata de una unidad que ha de ser suscitada o conseguida por ellos, sino tan solo conservarla y aún protegerla y salvaguardarla, porque no siendo de ellos, se les ha entregado como un tesoro procedente de la gracia y del propósito eterno, expresado en el *misterio* revelado por los santos apóstoles y profetas (3:5). Lo que debe ser conservado es, como se dice más arriba, “*la unidad del Espíritu*”. La unidad de la Iglesia en general es obrada por el Espíritu Santo, que también la conserva inquebrantablemente. No se está mandando *hacer* la unidad, sino *mantener* la unidad. La unidad de la Iglesia no es una actividad humana, sino una obra divina. Dios, el Espíritu Santo, hace la unidad mediante la unión vital de todos los creyentes en Cristo, bautizándolos *en o hacia* la formación de un cuerpo en Él (1 Co. 12:13). Esa unidad es algo definitivamente realizado por el Espíritu, de ahí que el apóstol se refiera a ella como “*la unidad del Espíritu*”. La única manera de mantener esa unidad en la experiencia de vida de los creyentes y de la Iglesia, está en el poder del mismo Espíritu que la hace posible. El Espíritu es la Persona que crea y conserva la unidad. El tesoro de la unidad lo ha depositado el mismo Espíritu en cada creyente, llamándolo a que la mantenga con solicitud.

No guardar la unidad como elemento prioritario es no conservarse o mantenerse en la vocación a la que Dios ha llamado a cada creyente. De ahí que el apóstol haya enfatizado en las virtudes relacionadas en el versículo anterior, como elementos necesarios en el empeño de mantener la unidad hecha por el Espíritu Santo. Lo contrario a la obra del Espíritu, y aún más, lo contrario al mismo Espíritu son las obras de la carne contrarias al fruto del Espíritu (Gá. 5:20). El creyente carnal, en el sentido de aquel que en lugar de vivir bajo el control del Espíritu, vive bajo la influencia de la carne, es incapaz de vivir con

¹⁶ Griego σπουδάζω.

la solicitud necesaria para mantener la unidad del Espíritu, ya que esta ha de llevarse a cabo ἐν τῷ συνδέσμῳ τῆς εἰρήνης, “*en el vínculo de la paz*”. La paz es una de las virtudes del fruto del Espíritu, que junto con el amor y el gozo forman la triada en relación con Dios: amor de Dios, gozo en Dios y paz con Dios (Gá. 5:22). Pablo utiliza una palabra que se traduce por *vínculo*¹⁷ y por medio de la que hace referencia a aquello que une. Expresada en genitivo y siendo este un genitivo epexeagético, el vínculo que mantiene la unidad es la paz. Debe entenderse bien que es la paz en el pensamiento de Pablo. A Dios le llama “*el Dios de paz*” (Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:7). Pero, la paz de Dios es Cristo mismo, ya que en la Cruz la estableció y como Señor soberano y exaltado la proclamó a los suyos en la resurrección (2:14-17). La paz de Dios es de tal dimensión que supera a todo entendimiento (Fil. 4:7). Esta paz, necesaria para mantener la unidad de la Iglesia, es provisión de la gracia en la acción del mismo Espíritu que hace la unidad (Gá. 5:22). El creyente que ha recibido la provisión de la paz para experiencia de vida, tiende hacia ella, si realmente ha nacido de nuevo, es decir, si es un cristiano genuino y no un cristiano nominal (Ro. 14:19). El regenerado es una persona vinculada a la paz de tal modo que no solo es pacífico, sino que es *pacificador*, por cuya condición se les conoce como verdaderos *hijos de Dios* (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse algunos que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie. Los enemigos de las guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un pacificador. Sin embargo, el texto va mucho más allá de ese simple concepto. El pacificador es aquel que vive la paz y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. Es la consecuencia de la relación establecida para el creyente con Dios en Cristo. Es el disfrute consecuente de haber obtenido la reconciliación con Dios (2 Co. 5:18-19). El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de matar las enemistades y anunciar las buenas nuevas de paz (2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un pacificador. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de

¹⁷ Griego συνδέσμιος.

teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de seguir la paz (He. 12:14). El pacificador anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12-15). La bendición tiene una razón de ser: *“Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios”*. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo suyo (Jn. 1:12). Pero, a estos a quienes Dios reconoce como sus hijos, el mundo debe conocerlos, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven la experiencia de la paz. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un pacificador. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de su paz.

A esta paz nos llamó Dios (1 Co. 7:15; Col. 3:15), por eso el creyente llamado a paz debe tender a ella (Ro. 14:19; 2 Ti. 2:22), revistiéndonos de ella como parte de la armadura defensiva de la que Dios nos ha provisto en la lucha contra las huestes de maldad (6:15). Cuando la paz fluye del fruto del Espíritu sin restricciones, el creyente mantendrá con solicitud la unidad del Espíritu, en una vida de paz, siendo Dios mismo quien nos guardará en la paz (Col. 3:15; Fil. 4:7). En la paz de Dios, a la que hemos entrado por unión vital con Cristo que es nuestra paz, el cristiano ha de permanecer, siendo los lazos que nos vinculan en el amor unos a otros y, por consiguiente, los vínculos que permiten la solicitud en el *guardar* la unidad en la Iglesia. Sólo cuando damos respuesta a la paz podemos guardar la unidad, que en último término es la unidad del

Espíritu, pero es la unidad de la paz. Cuando se rompe la unidad, se rompe también la paz. De otro modo la alteración de la unidad en la Iglesia, no es otra cosa que la falta de paz. La paz se manifiesta al exterior cuando realmente llena el corazón cristiano. Mantener la unidad es mantener con solicitud aquello que Cristo hizo por medio de su obra en la Cruz, ya que de ambos pueblos hizo uno matando las enemistades (2:16-17). Sobre esto escribe Hendricksen:

“Cuando existe contienda hay falta de unidad. Por otro lado, la paz promueve la perpetuidad de la unidad. De ahí que, después de todo, no hemos de sorprendernos cuando Pablo escribe, ‘haciendo todo esfuerzo para preservar la unidad impartida por el Espíritu mediante el vínculo de la paz’. Este vínculo o lazo que une a los creyentes en paz, tal como en Col. 3:14 es el amor. Esto no encierra ninguna contradicción, puesto que es justamente el amor el que hace posible la paz. De ahí que tanto aquí en Ef. 4:2, 3 como en Col. 3:14, 15, el amor y la paz se mencionan en estrecha sucesión. Por cierto, si es correcto decir que la estabilidad del techo depende en cuarto sentido del fundamento que sostiene toda la superestructura, luego es correcto también decir que la estabilidad del techo depende de la seguridad de los muros que directamente lo sostienen. Y siendo que especialmente en Efesios el apóstol se preocupa tan detalladamente de la paz establecida entre Dios y el hombre, produciendo así la paz entre judíos y gentiles, resulta perfectamente natural que aquí hable de la paz como el vínculo. Cualquiera que sea el sentido en que se prefiera tomar, la paz espiritual es siempre el don del amor y da como resultado la unidad”¹⁸.

La unidad entre creyentes es una de las más importantes condiciones para recibir las bendiciones de Dios (Sal. 133:1-3). La indisposición contra la unidad puede ser juzgada por Dios con resultados altamente drásticos, como enfermedad física, impedimento para asistir a las reuniones de creyentes e incluso la muerte física, como ocurrió en el caso de los divisionarios en Corinto (1 Co. 11:30). En ocasiones se justifican las divisiones entre creyentes por el mantenimiento de principios doctrinales. Sin duda alguna, cuando los principios fundamentales de las doctrinas de la fe son afectados por algunos y reiterada su enseñanza con la Palabra se persiste en la herejía, no cabe otra opción que salir de en medio de ellos para no tocar lo inmundo. Pero, entiéndase bien, que se trata de principios fundamentales de la fe, como pudiera ser negar la Trinidad, negar la Deidad de Jesucristo, negar la existencia de los ángeles, negar la salvación por gracia, etc. Si la división se produce por interpretaciones de doctrinas generales y apreciaciones sobre ellas, afecta realmente a la unidad de la iglesia y no es conforme a la voluntad de Dios. Pero, todavía más grave es cuando las divisiones nacen por costumbres, tradiciones, formas, sistemas de

¹⁸ W. Hendricksen. o.c., pág. 201.

culto, etc. etc. Quienes dividen una congregación por estas cuestiones están luchando contra Dios, intentando destruir la unidad del Espíritu y, en la mayor parte de las ocasiones se trata de caprichos personales o de mantenimiento de costumbres que no tienen ninguna base bíblica y a las que se le da el valor de doctrina cuando son solo costumbres y tradiciones de hombres. Un pecado semejante no puede esperar recibir ningún tipo de bendición por parte de Dios. Además, la falta de unidad visible entre los cristianos es un pecado que afecta directamente a la evangelización porque Jesús dijo al Padre: “*Que sean uno para que el mundo crea que tu me enviaste*” (Jn. 17:21).

Las bases unitarias (4:4-6).

4. Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación.

Ἐν σῶμα καὶ ἐν Πνεύμα, καθὼς καὶ ἐκλήθητε ἐν μιᾷ
 Un cuerpo y un Espíritu como también fuisteis llamados en una sola
 ἐλπίδι τῆς κλήσεως ὑμῶν
 esperanza del llamamiento de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo un nuevo párrafo, escribe: Ἐν, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal, *un*; σῶμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo *cuerpo*; καὶ, conjunción copulativa y; ἐν, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal, *un*; Πνεῦμα, caso nominativo neutro singular del nombre propio *Espíritu*, referido a Dios; καθὼς, conjunción que significa *según, en la medida de, como*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐκλήθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo καλέω, *llamar*, aquí *fuisteis llamados*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; μιᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*; ἐλπίδι, caso dativo femenino singular del sustantivo *esperanza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; κλήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *llamamiento*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

Cuando Jesús oró al Padre por la unidad de la Iglesia, presentó ante Él su *pensamiento*, que sin duda coincidía plenamente con el pensamiento del Padre, por cuanto la obra de redención se planeó y ejecutó en pleno consenso trinitario. El pensamiento de Jesús es que la Iglesia fuese una, en una condición semejante a la unidad existente en el Ser Divino. La respuesta a la oración, en cuando a la plenitud de la unidad, fue respondida y las tres Personas Divinas, vinieron a hacer morada en el cristiano, de modo que el trabajo *intratrinitario* que, entre otras cosas sustenta la unidad en el Ser Divino, se trasladó a cada uno de los creyentes, trasladando la unidad divina mediante, entre otras cosas, la

participación de cada creyente en la misma naturaleza divina (2 P. 1:4), de tal manera que los cristianos vivimos la vida eterna, que *participación* en la divina naturaleza. Sin embargo, esta unidad absoluta, que el apóstol llamó “*la unidad del Espíritu*”, podría vivirse en el hecho mismo de la unidad, o también en las bendiciones de la unidad. Es decir, la Iglesia es una, pero la gracia provee de bases que hacen que la unidad sea rica, gozosa y bendecida, de modo que cada creyente, no sólo sepa que es uno con el otro y todos con Cristo y en Él, sino que pueda relacionarse en una vida abundante y gozosa. Ese es también el pensamiento de Jesús: “*Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia*” (Jn. 10:10). Tener vida abundante es tenerla también luminosa a fin de que pueda disfrutarse sin riesgos a extraviarse en ella, por eso, Jesús que es luz suprema de Dios (Jn 1:4), se hace luz en la experiencia de vida de cada creyente, y dice: “*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*” (Jn. 8:12). Jesús se hace también gozo personal en la experiencia del creyente: “*Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos*” (Jn. 17:13). Todas estas bendiciones comportan certeza y seguridad, pero como quiera que “*Dios da mayor gracia*” (Stg. 4:6), dotó a la Iglesia de elementos que se convierten en bases unitarias por cuanto están en cada cristiano y en la misma única Iglesia. El hecho de que se mencione que los cristianos están en un cuerpo y en un Espíritu y tienen la misma esperanza, que el Señor es Señor de todos, que la fe es la misma y que todos recibieron el mismo bautismo, siendo Dios el Padre de todos, no es tanto un incremento de alabanza, sino la razón, mediante la expresión de las bases unitarias del por qué el cristiano debe mantenerse solícito en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.

Las primeras bases son *constituyentes*, porque constituyen una misma identidad para todos los creyentes. La primera de ellas es ἐν σῶμα “*un cuerpo*”, refiriéndose aquí al cuerpo cuya cabeza es Cristo mismo, esto es la Iglesia no son varias, sino una sola, por cuanto tampoco hay varios, sino un solo cuerpo en Cristo. Se trata del único cuerpo al que son incorporados todos aquellos que son bautizados por el Espíritu en Cristo (1 Co. 12:13). Este cuerpo único, es el cuerpo de la Cabeza, la Iglesia, como ya se consideró antes (1:23) y seguirá mencionándose después (4:12ss; 5:23, 30). La idea de unidad en la pluralidad es una constante en el Nuevo Testamento (Ro. 12:4, 5). Un solo cuerpo indica claramente que la Iglesia es una, que no hay muchas iglesias, sino una sola Iglesia de Jesucristo. Las congregaciones locales son expresiones visibles de esa sola Iglesia que Cristo edifica. Es un cuerpo constituido por judíos y gentiles (2:14-22) y, por tanto, también una misma familia en los cielos y en la tierra (3:15). Este cuerpo no es de condición terrenal, sino celestial, porque tal es su origen (Fil. 3:20). Todos los creyentes, esto es, los que han creído en Cristo como Salvador personal, estén donde estén, se congreguen como se congreguen, practiquen el culto en muy distintas maneras, e incluso

entiendan asuntos de doctrina general de muchas maneras, son miembros de la única Iglesia y, por tanto, hermanos los unos de los otros. Es necesario entender claramente que toda persona salva por gracia mediante la fe, es incorporada a este cuerpo (1 Co. 12:13). Jesucristo vino para comprar una sola iglesia (5:25-27). De modo que donde esté un creyente en Cristo está allí un miembro de la Iglesia y viene a formar parte de este mismo cuerpo. Quienes hacen las distinciones y las diferencias, quienes rechazan la comunión, porque no pueden rechazar la vinculación con los creyentes en base a conceptos personales, criterios y formas propias de hombres, no han entendido bien la unidad de la iglesia y están ofendiendo a esta primera gran base unitaria que Dios ha dado como respuesta a la petición del Hijo: “*Que sean uno*”.

Una segunda base unitaria es ἐν Πνεύμα, “*un Espíritu*”. La incorporación a la unidad acontece por un Espíritu y en un solo Espíritu. De manera que todos recibimos el mismo Espíritu y todos somos bautizados por el mismo Espíritu *en* o tal vez mejor *hacia* la formación del cuerpo en Cristo (1 Co. 12:13). Es en este Espíritu en quien la iglesia es edificada como casa de Dios (2:22), y por el cual los creyentes tenemos acceso al Padre (2:18), debiendo estar bajo Su supremo control mediante la *llenura* o *plenitud* de Él (5:18). Es este único Espíritu, el mismo en cada creyente, el mismo en la Iglesia, quien hace la unidad. El Espíritu da vida al cuerpo. Pablo afirma que a cada creyente se le ha dado a beber el mismo Espíritu (1 Co. 12:13), por tanto la unidad no es solamente externa y visible, sino principalmente interna. Por ese mismo y único Espíritu todo los creyentes son llamados a la única esperanza y sellados como propiedad divina (1:13). Por el Espíritu los cristianos existen dentro de la unidad somática y también de la unidad neumática, que es además el elemento unificador de la unidad. El no guardar con solicitud la unidad del Espíritu es revelarse contra el *ser* nuevo, es negar lo que realmente son como miembros del cuerpo y, por tanto, desdeñar la realidad espiritual por la que existen. El Espíritu es el que da vida al cuerpo. Este Espíritu, único, personal y divino, viene a la intimidad del pecador convertido a Cristo en el mismo acto de creer (Ro. 8:9), al que también es conducido y ayudado por Él (1 P. 1:2), de modo que quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo y, por consiguiente, no está en el cuerpo y nada tiene que ver con la unidad de la Iglesia.

La tercera base unitaria es ἐν μιᾷ ἐλπίδι “*una misma esperanza*”, la esperanza τῆς κλήσεως ὑμῶν *de vuestro llamamiento o de la vocación*. La esperanza dirige al creyente hacia el término del llamamiento divino (1:14, 18). Ahora bien, la esperanza está vinculada con promesas y acontecimientos escatológicos. No hay duda que un elemento de esperanza es el recogimiento de la Iglesia para estar siempre con el Señor (Jn. 14:1-4; 1 Ts. 4:17; Tit. 2:13). El creyente no es llamado a esperar señales, sino simplemente a esperar al Señor.

Este Señor prepara lugar para los suyos. Por otro lado la herencia eterna de Dios que corresponde a Cristo está reservada para nosotros (1 P. 1:4) y la esperanza segura del disfrute eterno de esa herencia descansa en que también los herederos somos guardados por el poder de Dios (1 P. 1:5). Sin embargo, aspectos interpretativos establecen más que una base unitaria, elementos discordantes entre los cristianos. Algunos esperamos al Señor inminentemente, en cualquier momento; otros consideran que han de cumplirse acontecimientos previos a esa venida; algunos entienden que la Iglesia pasará por parte de la tribulación; otros afirman que estará durante toda ella; unos consideran que el Reino Milenial no será una realidad sino que es un simbolismo; unos entienden que habrá más de una resurrección, mientras que otros piensan que sólo habrá una al final de los tiempos, para condenación de unos y glorificación de otros. Aparentemente esta base unitaria de *esperanza* no lo es tanto. La razón es que los cristianos entendemos mal algunas cosas relacionadas con la esperanza común. El Señor no vinculó la esperanza con cosas que se esperan, sino con su propia Persona: *“os tomaré a mí mismo”* (Jn. 14:3), eso traerá como consecuencia las glorias del lugar que Él prepara y la bendición de nuestra definitiva posición en la presencia de Dios: *“para que donde yo estoy, vosotros también estéis”*. Un lugar definitivo, preparado por Dios donde morará con los suyos, era el aliento de los antiguos que anhelaban la ciudad que tiene fundamentos, cuyo constructor y arquitecto es Dios (He. 11:10). A esta esperanza nos hemos allegado todos, sin excepción, cuando creímos, por tanto esta es una esperanza común y una base unitaria de la Iglesia (He. 12:22-24). Puesto que hay un destino común para todos, es ya una base común. Pero, hay una realidad mayor, que da verdadera dimensión a la esperanza. El creyente no vive esperando *cosas*, sino que vive esperando al Señor. Él se convierte en esperanza para cada uno de los cristianos, por tanto, el mismo apóstol dice: *“Cristo es, en vosotros, esperanza de gloria”* (Co. 1:27). El gran misterio de la esperanza es Cristo mismo habitando en el creyente. El hecho mismo de que los fieles sean miembros del Cuerpo de Cristo, hace que la vida, ya gloriosa, de Cristo circule por ese cuerpo y por cada uno de los miembros, de manera que lo que ya es la Cabeza, como realidad consumada, lo será un día en cada uno de los miembros (comp. con Ef. 4:13; 1 Ti. 1:1). La presencia de Cristo y su promesa es ya esperanza de gloria. La seguridad de la esperanza está vinculada con Jesús, de modo que como Él es la resurrección y la vida, el cree, porque vive en Él y en Él ha resucitado ya espiritualmente de los muertos (2:6), vivirá eternamente con Él en la futura resurrección (Jn. 11:25-26). Hay esperanza firme porque quien tiene al Hijo tiene la vida (1 Jn. 5:12). Por eso el creyente tiene firmeza en la común esperanza porque *“ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”* (1 Jn. 3:2). Esta esperanza está vinculada al disfrute de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). La esperanza contempla la firme seguridad de la presentación ante su

gloria (Col. 1:22, 28), por tanto, la esperanza es Cristo mismo y la esperanza de gloria está unida a Él (Col. 3:4, 24; Ro. 5:2; 8:18-23; 1 Co. 15:12 ss.; Fil. 3:20, 21; 1 Ts. 2:19; 3:13; 4:13-17; 2 Ts. 1:10; 2 Ti. 1:12; 4:8; Tit. 2:13). Esta es, pues, la tercera base de las constituyentes de la unidad.

5. Un señor, una fe, un bautismo.

εἰς Κύριος, μία πίστις, ἓν βάπτισμα,
Un Señor una fe un bautismo.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, escribe: εἰς, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *un*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Señor*, referido a Jesucristo; μία, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*; πίστις, caso nominativo femenino singular del sustantivo *fe*; ἓν, caso nominativo neutro singular del adjetivo numeral cardinal *un*; βάπτισμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *bautismo*.

Llamamos *fundantes* a las tres siguientes bases unitarias de la Iglesia, porque son las bases sobre las que descansa la unidad de la Iglesia. La primera de ellas, que es también la cuarta base unitaria, es εἰς Κύριος, *un Señor*. Esta es originariamente una confesión de fe. En contra de los *muchos señores* del paganismo, el cristianismo tiene y reconoce un solo Señor. El cristiano de origen pagano cree y confiesa al Señor Jesús: “Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de Él” (1 Co. 8:5-6). Esta confesión de fe en el único Dios y en el único Señor es el resultado de la acción del Espíritu en el cristiano (1 Co. 12:3). La salvación se alcanza en un acto de fe, en el que se entrega *el corazón* y se confiesa con la boca al Salvador, reconociéndolo como Señor (Ro. 10:9). Sin embargo, aunque todo está vinculado, la base unitaria se establece en el hecho de que la única Cabeza de la Iglesia es también Señor de ella (1:22-23). La idea de una unidad interracial, o interétnica entre judíos y gentiles para la formación de nuevo hombre (2:15), da paso a una idea más personal como es la de cada creyente como miembro en el cuerpo cuya cabeza en Cristo, quien es también Señor. Luchar contra la unidad de la iglesia es negar el señorío de Cristo, ya que es Él, como sustentador quien da solidez al cuerpo y es base de él y como Cabeza quien le comunica vida y coordinación. No es posible hablar de señorío de Cristo, sin reconocer, aceptar y guardar la unidad del cuerpo de quien Él es Señor. El que divide la iglesia, lucha contra la unidad y desprecia la comunión, está poniendo de manifiesto que no reconoce a Jesús como Señor y debe

preguntarse si ha nacido de nuevo o su experiencia no pasa de ser una experiencia meramente religiosa en la práctica del cristianismo, no como vinculación de vida, sino como simple forma religiosa.

La base de la Iglesia es Cristo mismo, su piedra angular, sobre la que descansa en perpetua estabilidad (1 Co. 3:11; 1 P. 2:4-8). La Iglesia no está fundada en doctrinas sino en una Persona que es Cristo mismo. Es necesario tener esto muy presente porque la Iglesia no está fundada sobre la doctrina que define a Cristo, sino sobre la Persona de Jesucristo, vivo, resucitado, glorioso y que, por su obra es Señor. Jesús ha recibido el nombre supremo que le acredita como Señor (Fil. 2:9-11). La enseñanza del apóstol Pablo debe tenerse en cuenta para entender que quiso decir aquí cuando da como una base unitaria *un solo Señor*. El resultado de la humillación del Verbo encarnado fue el estado de exaltación: *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo”*. La cruz era el punto de partida para la exaltación suprema. El apóstol utiliza una expresión hiperbólica, literalmente: *“le superexaltó”*¹⁹, como la respuesta del Padre al deseo de quien se había humillado hasta lo sumo (Jn. 17:4-5). Es el cumplimiento de la enseñanza de Jesús: *“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Mt. 23:12). La exaltación después de la humillación es concordante con la enseñanza bíblica en general (Lc. 1:52; 14:11; 18:14; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). Fue a causa del padecimiento de muerte que recibió la exaltación (He. 2:9 con 1:3; 12:2). La exaltación de Jesucristo supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria, como lo serán los creyentes, sino que superó en todo esta medida. El Mediador traspasó los cielos (He. 4:14); fue hecho más sublime que los cielos (He. 7:26); subió por encima de los cielos (4:10) y se sentó a la diestra del trono de Dios (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8: 34; He. 1:3; 12:2). Este Jesús que murió en la Cruz y fue resucitado por el poder de Dios es Rey sobre toda autoridad, ahora y por siempre (1:20-22). Esta exaltación pasa necesariamente por tres etapas: (1) Resurrección de entre los muertos (Jn. 10:18; Ro. 8:11; 10:9). (2) Ascensión a los cielos (Lc. 24:26). (3) Sesión a la diestra de Dios (Mr. 16:19). El sujeto de la exaltación es el Verbo de Dios en su naturaleza humana. A Jesús, resucitado se le da el nombre admirable, *“Y le dio un nombre que es sobre todo nombre”* literalmente *el nombre*²⁰ y no *un nombre*. El nombre le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia. La raíz de gracia, está en el *dio* del texto: Dios le *dio* el nombre. Pablo aclara de que nombre se trata: El *“nombre sobre todo nombre”* tiene que relacionarse necesariamente con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. La consecuencia de ese echo es contundente: *“Para que en el nombre de Jesús”* Jesús fue el nombre dado por Dios para su

¹⁹ Griego ὑπερύψωσεν.

²⁰ Griego τὸ ὄνομα.

Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31) y que significa “*Yahwe salva*”, es por tanto un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que “*Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). Con todo, el nombre Jesús fue considerado como el de alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn.10:33). Además fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). La autoridad suprema bajo ese nombre se expresa en el hecho de que ante Él “*Se doble toda rodilla*”, como reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, tendrán que hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. El Señorío de Cristo es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre queda ya evidenciada ahora en la historia de la Iglesia y, especialmente en el período apostólico, por los milagros hechos bajo su autoridad (Hch. 3:6; 9:34; 16:18). Siendo, por tanto, Señor se manifiesta la sujeción universal bajo el nombre de Jesús, de cuantos “*están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra*”. Los que están en los cielos son los santos ángeles, arcángeles, serafines y querubines, así como los millones de salvos en la presencia de Dios (1:21; 3:10; 1 P.3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12). Los que están sobre la tierra, serán los hombres que vivan en el planeta (1 Co. 15:40). Y, finalmente, quienes estén *debajo* de la tierra, serán los muertos sin salvación y los ángeles caídos (Mt. 16:18; Jud. 6). En cualquier caso quienes no hayan querido reconocer la deidad de Jesús y doblar sus rodillas voluntariamente, tendrán que hacerlo en el futuro en reconocimiento universal de su Deidad. La confesión del señorío de Jesús será universal: “*Y toda lengua confiese*”. Se trata de las lenguas que corresponden a “*todas las rodillas*” mencionadas antes. No se trata de un acto de sumisión obligada, sino de reconocimiento y proclamação. Confesar implica un reconocimiento convencido. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, produce ahora la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca (Ro. 10:9-10). No se trata aquí de una *segunda oportunidad*, ni mucho menos de un universalismo salvífico. La confesión universal sobre Jesucristo no alterará la situación de quienes confiesen entonces. La confesión es precisa “*Jesucristo es el Señor*”. Todo el universo confesará proclamando que Jesús de Nazaret es el Señor. Equivale al reconocimiento universal de Jesús como Dios. “*Señor*” es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara Pedro en su mensaje (Hch. 2:34). Ahora aun no se ve este reconocimiento del señorío y deidad de Jesucristo (He. 2:8). Hay sin embargo un grupo de seres que confiesan ya esta verdad, y reconocen y exalta a Jesús de este modo: (1) Los ángeles y salvos en los cielos (Ap. 5:11-14). (2) Los creyentes en la tierra, que por el Espíritu confiesan a Jesús como Señor (1

Co. 12:3). Jesús será proclamado Señor supremo, culminando así el reconocimiento del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico (Ap. 5:13; 17:14; 19:16). La meta suprema de la exaltación es “*para gloria de Dios Padre*”. La exaltación perpetua de Jesucristo conducirá a que todos glorifiquen a Dios por la asombrosa ejecución de su propósito salvífico (1 Co. 15:28), de otro modo, en la proclamación universal del señorío de Cristo, el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31,32; 14:13; 17:1).

Jesús, ha sido puesto como Cabeza en la Iglesia (1:22). No hay autoridades humanas sino divinas, una de las tres es la Cabeza, que es el Señor, supremo y personal de la Iglesia. En ella hay una sola cabeza: Cristo Jesús. Es Señor por derecho de redención, ya que al habernos comprado con su sangre le pertenecemos. “*El es nuestro dueño, nos ama, nos cuida, y nos protege. Aceptamos su señorío, le reconocemos como nuestro Libertador y Soberano, confiamos en él, le obedecemos, le amamos, y le adoramos (1:2, 3, 15, 17; 2:21; 3:11, 14; 4:1; etc. cf. 1 Co. 6:13-15, 20; 7:23; 12:3, 5; Fil. 2:11; 1 P. 1:18, 19; Ap. 19:16). Ora judío o gentil, siervo o libre, hombre o mujer (Gá. 3:28; Col. 3:11) ora en el cielo o todavía en la tierra (Ro. 14:9) todos confesamos al único Señor como nuestro*”²¹.

Una quinta base unitaria, segunda de las bases *fundantes*, es μία πίστις, una fe. Esta debe entenderse como la base de doctrina fundamental a la que todos los creyentes han prestado su adhesión, o mucho mejor, la han recibido y se han entregado a ella (Ro. 6:17). Es la fe en la que están fundados todos los creyentes y se mantienen firmemente en ella (Col. 1:23; 2:7). Es el contenido del mensaje predicado por los apóstoles que contiene el *misterio* de Dios y es base poderosa de salvación para todo el que cree (Ro. 1:16-17; Gá. 1:23), como el mismo apóstol dice: “*la palabra de fe que predicamos*” (Ro. 10:8). Ese es el contenido del *misterio* de la fe que debe guardarse con limpia conciencia (1 Ti. 3:9). De la verdadera fe, apostatarán algunos, para prestar atención a otra doctrina, la que es propia de los demonios (1 Ti. 4:1). La fe en este sentido es la base de la predicación y enseñanza en la Iglesia, que debe ser enseñada a los hermanos (1 Ti. 4:6). Esta es la fe que, en principio llegó con Cristo mismo, como objeto de fe y fue enseñada por Él a los apóstoles para que estos a su vez la transmitieran a otros, enseñando a los nuevos convertidos todo cuanto Jesús les había mandado (Mt. 28:20). Es la fe que el mismo apóstol Pablo afirma haber recibido directamente de Dios por revelación (Gá. 1:11-12). Por esta razón en su enseñanza afirma que aquello que enseñaba lo había recibido del Señor (1 Co. 11:23). Esta fe es la que debe ser enseñada por los maestros bíblicos a los discípulos para que estos, a su vez, la transmitan a otros, y así

²¹ G. Hendriksen. o.c., pág. 203.

sucesivamente (2 Ti. 2:2). Es la fe contenida en los escritos bíblicos, única Escritura inspirada plenariamente (2 Ti. 3:16). No hay más base de fe escrita para la Iglesia que la Palabra de Dios, por tanto, siendo la misma, constituye una base unitaria para todos los creyentes. La Iglesia descansa sobre la base de fe establecida por los apóstoles y profetas en el Nuevo Testamento (2:20). La doctrina bíblica es la misma para todos e inalterable en el tiempo, porque, procediendo de Dios es un mensaje *atemporal* (Gá. 1:6-9). La fe es común para todos los santos (Jud. 3). Las diferencias entre grupos de creyentes está en una diferente manera de asumir el compromiso de la fe, o incluso de entenderla.

La tercera base de las *fundantes*, sexta de la totalidad, es ἐν βάπτισμα, *un bautismo*. El énfasis del texto es que como hay un solo Señor y una sola fe, así también hay un solo bautismo. Sin duda no puede referirse al bautismo ritual de agua, para el que hay diversas maneras de interpretar como debe llevarse a cabo la ordenanza. Hay quienes, por el significado mismo de la palabra, sumergen una vez en agua a quien es bautizado; otros entienden que ha de ser sumergido tres veces, una en el nombre del Padre, otra en el nombre del Hijo, y una tercera en el nombre del Espíritu Santo; algunos por cuanto el término bautismo, se aplica también en el Nuevo Testamento al rociamiento, bautizan aplicando agua sobre la cabeza del bautizado. No podría ser el bautismo de agua una base unitaria por la diversidad de formas para administrarlo en el cumplimiento de la ordenanza de Jesús. Por tanto debe aplicarse al *bautismo del Espíritu* (1 Co. 12:13). Es el bautismo único y unificador que, por el poder del Espíritu, incorpora a todos los creyentes al único cuerpo del único Señor (Gá. 3:28). Por medio de este bautismo del Espíritu todos los creyentes, procedan de la gentilidad o del judaísmo, son recogidos ónticamente en la unidad corporativa que es la Iglesia. En el acto de fe, el Espíritu *sumerge* al creyente en Cristo y el mismo Espíritu se incorpora a cada uno, ya que “*se nos dio a beber un mismo Espíritu*” (1 Co. 12:13). Por esa razón, el bautismo del Espíritu nos une vitalmente a Cristo de manera que “*todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte*” (Ro. 6:3). Estos que han creído y son bautizados en Cristo por el Espíritu, en la *inmersión* de cada uno en Cristo, quedan revestidos de Cristo mismo que, como en el simbolismo del agua que cubre plenamente al bautizado por inmersión, así también el creyente bautizado por el Espíritu, queda cubierto de Cristo (Gá. 3:27).

6. Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.

εἰς Θεὸς καὶ Πατὴρ πάντων, ὁ ἐπὶ πάντων καὶ διὰ πάντων καὶ ἐν
 Un Dios y Padre de todos el sobre todos y por todos y en
 πᾶσιν¹.
 todos

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ $\pi\tilde{\alpha}\sigma\iota\nu$, *todos*, lectura atestiguada en \mathbf{p}^{46} , κ , A, B, C, P, 082, 0150, 6, 33, 81, 104, 424^c, 436, 459, 1739, 1881, 1912*, 1962, 2464, *l* 60, $\text{cop}^{\text{sa, bo}}$, eth , geo^{l} , Marción ^{según Epifanio}, Orígenes^{gr, lat}, Gregorio Taumaturgo, Eusebio, Atanasio, Marcelo, Ps-Ignacio, Gregorio-Nisa, Dídimo^{dub}, Crisóstomo^{lem}, Cirilo, Victorio-Roma, Ambrosio, Jerónimo, Agustín.

$\pi\tilde{\alpha}\sigma\iota\nu$, $\eta\mu\tilde{\iota}\nu$, *todos nosotros*, lectura en D, F, G, Ψ , 075, 256, 263, 365, 424*, 1175, 1319, 1573, 1852, 1912^c, 2127, 2200, *Biz* [K, L] *Lec* $\text{it}^{\text{ar, b, d, f, g, mon, o}}$, vg , $\text{syr}^{\text{p, h}}$, arm , geo^2 , slav , Ireneo^{gr, lat}, Adamantio, Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Maximino, Pelagio.

$\pi\tilde{\alpha}\sigma\iota\nu$, $\acute{\alpha}\mu\eta\nu$, atestiguada en 1241.

El apóstol añade: $\epsilon\tilde{\iota}\varsigma$, caso nominativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *un*; $\Theta\epsilon\delta\varsigma$, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; $\kappa\alpha\tilde{\iota}$, conjunción copulativa *y*; $\Pi\alpha\tau\eta\rho$, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Padre*, referido a la primera Persona Divina; $\pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; $\acute{\omicron}$, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; $\epsilon\tilde{\pi}\iota$, preposición de genitivo *sobre*; $\pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*, podría ser también neutro; $\kappa\alpha\tilde{\iota}$, conjunción copulativa *y*; $\delta\iota\acute{\alpha}$, preposición de genitivo *por*; $\pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*, podría ser también neutro; $\kappa\alpha\tilde{\iota}$, conjunción copulativa *y*; $\acute{\epsilon}\nu$, preposición de dativo *en*; $\pi\tilde{\alpha}\sigma\iota\nu$, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*, podría ser también neutro.

La séptima base unitaria se denomina *trascendente*, porque es Dios mismo en que se establece: $\epsilon\tilde{\iota}\varsigma \Theta\epsilon\delta\varsigma \kappa\alpha\tilde{\iota} \Pi\alpha\tau\eta\rho \pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$, *un Dios y Padre de todos*. Sin embargo, puesto que se refiere a una Persona Divina, adquiere un carácter triple, siendo *soberana*, *trascendente* e *inmanente*. Dios como Padre se mencionó en otras ocasiones anteriormente en esta *Carta* (1:3, 17; 2:18; 3:14), la fórmula *Dios y Padre*²² aparece en otros lugares (Ro. 15:6; 1 Co. 15:24; 2 Co. 1:3; 11:31; Ef. 5:20). Pero, cuando no es necesario el genitivo aparece la fórmula *Dios Padre* (Gá. 1:1; Fil. 2:11; Ef. 6:23), que como nominativo expresa el nombre de la primera Persona Divina. Sin embargo que Dios sea *Dios y padre de todos* tan sólo ocurre aquí en los escritos de Pablo. El adjetivo indefinido *todos*²³ debe ser considerado como masculino, aunque también pudiera ser neutro, como exige el contexto próximo al referirse a la unidad de todos los creyentes en la Iglesia. Esta base unitaria es sumamente importante porque la unidad de la Iglesia tiene su fundamento en la unidad de Dios. Algo

²² Griego $\Theta\epsilon\delta\varsigma \kappa\alpha\tilde{\iota} \Pi\alpha\tau\eta\rho$.

²³ Griego $\pi\acute{\alpha}\nu\tau\omega\nu$.

de esto se consideró antes al hacer referencia al deseo personal de Jesús sobre la unidad de los suyos, recogida por el apóstol Juan en lo que se conoce como la oración intercesora o sacerdotal (Jn. 17:21-23). Dios es uno y único, y este Dios único y verdadero, atrae a Él mismo a todos los creyentes hacia esa misma unidad. La presencia trinitaria en el creyente y en la iglesia hace posible la unidad tal como Jesús la contempló y oro por ella. Todo aquel que luche contra la unidad, todo el que no actúa solícitamente en guardar la unidad, deja de vivir una relación de paz, dejan de experimentar la realidad de la unidad del cuerpo, la unidad de un solo Espíritu, la experiencia de una sola esperanza como resultado de la comunión con Cristo, no pueden mostrar la realidad de un solo Señor, ni de una sola fe, ni la evidencia de un solo bautismo y, lo que supone algo más grave, renuncia a la experiencia común con sus hermanos de tener un solo Dios y Padre, porque aunque es *personal*, no es *diferente* para cada uno, sino el Dios y Padre común para todos el la unidad y comunión del Espíritu Santo. No mantener con solicitud la unidad de la iglesia es restar credibilidad al Dios que siendo Padre de todos, es la base unificante divina que sustenta la unidad de la Iglesia.

La condición de Dios-Padre está plenamente vinculada a las funciones “*ad intra*” en el Ser Divino. No es momento aquí, ni lugar para explayarse en cuestiones que tienen que ver directamente con la Teología Propia, pero sencillamente para comprensión del alcance de la verdad enunciada en el versículo, es preciso recordar que la condición de la Primera Persona Divina, como Padre está en relación con su Hijo Unigénito. Es necesario entender que el Padre es tan Dios como el Hijo y el Espíritu. Pero, la relación como Padre se base inicialmente en el hecho de que la Primera Persona Divina es *principio sin principio*, las otras dos Personas son *procedentes sin principio*. Es muy necesario entender que las tres Personas Divinas, son igualmente eternas y, por tanto, ninguna de ellas *comenzó a existir*, o que hubo un tiempo en que no existían. El Padre -de ahí la fuerza del título- da *origen*, o *procedencia*, sin que ello signifique en modo alguno *creación o principio de existencia* a las otras Personas Divinas, mientras que Él mismo no *procede* de ninguna otra. De ahí que el Padre, como Padre, envía al Hijo (Jn. 3:16) y al Espíritu (Hch. 2:33). Este envío *ad extra*, es una prolongación de la *procesión ad intra*. La Primera Persona Divina es Padre en toda la dimensión y extensión de su hipóstasis personal en el Ser Divino, siendo, por tanto, lo mismo que las otras dos Personas, individuales y diferenciadas entre ellas, por cuanto eternamente *engendra* un Hijo, la Segunda Persona Divina, entendiendo bien que ese *engendrar*, no significa iniciar una vida, sino vincularse en procedencia, de manera que al engendrar al Hijo le comunica todo lo que Él mismo es y tiene (Jn. 16:15), excepto el ser Padre, por cuanto esto es lo que lo distingue de la Segunda y Tercera Persona. En razón de esa procedencia en el seno trinitario, todo lo comparte el Padre con el Hijo. Pero, el Padre, como tal agota su función

generadora en el Hijo; y Éste, se manifiesta como la expresión exhaustiva del Padre. Ese *agotarse* la función progenitora en el Hijo es lo que hace que ambos sean Dios, al ser absolutamente completos en Su Hipóstasis personal. Por esa razón el Hijo es Unigénito (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9), porque de haber más hijos en esa relación y dimensión ninguno agotaría la dimensión procesional del Padre. De la misma manera se agota también la procedencia en relación con el Espíritu, que procede tanto del Padre como del Hijo. Esa es la causa por la que las Tres Personas Divinas, agotan necesariamente las Hipóstasis personales en el Ser Divino. Pensar, suponer y mucho menos enseñar que *puede haber otras Personas* divinas que no se han revelado, es una herejía insostenible por la Palabra y contraria a la misma razón de ser de Dios, ya que Dios no es una Persona colectiva, sino un Ser tripersonal. El Hijo en relación con el Padre es una realidad *sustantiva*, hipostática e infinita, que sólo es posible en Él. La fórmula *Dios-Padre*, expresa principal y fundamentalmente la relación entre la Primera y la Segunda Persona Divina.

Ahora bien, aquí el apóstol afirma que la base unitaria es εἰς Θεὸς καὶ Πατὴρ πάντων, *un Dios y Padre de todos*. Dos caminos conducen a esa misma realidad. Primeramente por ser Padre el Unigénito y habernos adoptado en Él, venimos a una relación paterno-filial semejante, pero jamás idéntica, a la del Hijo, es decir, el que es Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios el Hijo, es también Padre de cada creyente adoptado en el Hijo (Gá. 4:5). Esto permite a Dios ingresarnos en su familia (2:19) y hacernos coherederos de todo con el Hijo (Ro. 8:16-17). Sin embargo la relación paterno-filial alcanza en el Hijo lo que no puede alcanzar en nosotros, por cuya razón Jesús nunca habló de *nuestro* Padre, sino de *mi* Padre y de *vuestro* Padre (Jn. 20:17). En segundo lugar la paternidad de Dios en relación con los creyentes tiene que ver con la *creación* en Cristo de cada uno de los que creen. Todos los creyentes han nacido de Dios por el Espíritu a una vida nueva, singular y eterna. Aquí el título Padre adquiere la individualidad y propiedad personal de relación con cada creyente. No supone ni implica comunicación de la esencia divina, como ocurre con el Hijo, sino la comunión íntima en la participación de su divina naturaleza (2 P. 1:4), manifestación admirable de su amor (1 Jn. 3:1), que da a cada hijo, nacido de nuevo, una vida que evidencia en el mundo y ante el mundo la condición de hijo de Dios (1 Jn. 4:17). Al adquirir del Padre, por el Hijo, en el Espíritu la vida eterna, no sólo los creyentes vienen a la condición de hijos por adopción, sino por ser *engendrados*, mediante la *regeneración* en el Espíritu (Ro. 8:16-17).

Por tanto, la séptima base unitaria es Dios mismo, Padre de todo creyente en Cristo (Gá. 3:26). Es una base unitaria porque cada cristiano confiesa: “*para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él*” (1 Co. 8:6). Esta base unitaria que es el Padre, es triple en su dimensión. Es una base *soberana* porque ὁ ἐπὶ πάντων, “*está*

sobre todos”, es también una base *trascendente* porque está ἐν παντί, *en todos* y es una base *inmanente*, porque está διὰ πάντων, *por todos*.

Esta vinculación de los creyentes en la paternidad divina hace sólida y firme la unidad de la iglesia. Ningún hijo del Padre será excluido de esta condición. Podrá estar lejos viviendo en la provincia apartada, pero aún allí sigue siendo hijo del Padre. Una profunda confianza se desprende de esto, ya que Quien nos dio a su Hijo Unigénito, lo de mayor valor en su eterna relación, nos dará también con Él todas las cosas (Ro. 8:32). Nadie podrá separar a ningún hijo del amor admirable de Dios. Además, la Iglesia, que parece débil ante los ataques del maligno, rodeada de un mundo hostil y combatiendo contra huestes de maldad en las regiones celestes (6:12), puede sentirse segura porque este Soberano, Creador, Todopoderoso, está *por* ella, y lo está tanto en la colectividad como en la individualidad, de modo que “*Si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?*” (Ro. 8:31). Nadie puede infundir temor a este pueblo de Dios unido, no por la potencialidad del pueblo en sí, sino porque ningún enemigo es más poderoso que Dios. Porque Dios está a favor del creyente, nadie es poderoso para derrotarlo, por esa razón, a pesar de la oposición de muchos contra la unidad, a pesar de los continuos ataques promovidos por los demonios contra el propósito de Dios, el cristiano personalmente y la Iglesia como cuerpo en Cristo, es llevada continuamente en triunfo por la posición que ocupa “*en Cristo*” (2 Co. 2:14). Aun el valle de sombra de muerte no debe producir temor (Sal. 23:4). Ante los mayores enemigos hay mesa provista de bendición (Sal. 23:5). Esta es la gran bendición de ser *uno* en Cristo Jesús.

El pasaje adquiere un marcado énfasis trinitario: El Padre (v. 6); el Hijo (v. 5) y el Espíritu (v. 4). No hay unidad más perfecta que la indivisible unidad divina. La unidad de la Iglesia se fundamenta en esa misma unidad divina (Jn. 17:20-23).

El precio de la unidad (4:7-10).

7. Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.

Ἐνὶ δὲ ἑκάστῳ ἡμῶν ἐδόθη ἡ χάρις κατὰ τὸ μέτρον τῆς
 Y a uno, a cada uno de nosotros fue dada la gracia de acuerdo con la medida del
 δωρεᾶς τοῦ Χριστοῦ.
 don - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo otro aspecto de la unidad, prosigue: ἐνὶ, caso dativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal declinado *a uno*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las

veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; ἐκάστω, caso dativo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *a cada uno*; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; ἔδόθη, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, entregar*, aquí como *fue dada*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; κατὰ, preposición de acusativo, *de acuerdo con, según*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μέτρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *dimensión, medida*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δωρεᾶς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *dádiva, regalo, don*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

La primera manifestación que se aprecia en la lectura del versículo es la unidad en la diversidad. La Iglesia es una unidad en la que existe una gran diversidad de miembros, cada uno de los creyentes en Cristo Jesús. Pablo hace una afirmación relativa a creyentes expresada muy enfáticamente en el texto griego en donde se lee literalmente: ἐνὶ δὲ ἐκάστω, “*Y a uno, a cada uno*”, es decir, a cada creyente y a todos ellos, la gracia los ha dotado para el funcionamiento dentro de la unidad que es la Iglesia. La Iglesia que es una, recibe diferentes creyentes capacitados con dones del Espíritu, que son dados a la Iglesia como provisión de Su Señor, los cuales, actuando conforme a la medida de la gracia recibida, ejercen el ministerio para la edificación en la unidad del cuerpo de Cristo.

Sin embargo, cabe preguntarse si acaso no se establece una limitación por medio del pronombre personal ἡμῶν, *nosotros*. ¿Se refiere a la totalidad de la Iglesia o se refiere a algunos dentro de esa totalidad? Es de apreciar que nuevamente se abre un paréntesis luego de este versículo que vuelve a enlazarse con el versículo 11 y que podrían leerse sin interrupción. En ese paréntesis, o aparente paréntesis, Pablo habla del precio de la unidad. Pero, volviendo a la referencia hecha a la gracia que capacita a los creyentes para la edificación en la unidad, conforme a la medida del don de Cristo, anteriormente se refirió a ella en forma personal, entendiendo esa *gracia* como algo que él había recibido (3:2). Ahora extiende esa *gracia* a otros, tal vez a todos. No cabe duda que cada creyente tiene algún don que el Espíritu soberanamente otorga (1 Co. 12:11) para capacitarlo a fin de que pueda *ministrar*, esto es, *servir* a los demás en la iglesia para edificación (1 P. 4:10). Pero, probablemente Pablo está pensando en aquellos que sirven para la capacitación o equipamiento de los creyentes (vv. 12-13), mencionados más adelante, los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. A cada uno de estos creyentes dotados de dones, se les concede, junto con el don, la *medida de fe* necesaria para el ejercicio eficaz del mismo. Seguramente que el apóstol no está pensando en cada uno de los

creyentes, sino en el grupo que ha recibido *gracia* para un ministerio específico en la fundación y consolidación de la iglesia local. Es interesante que si la gracia para salvación es ilimitada, es decir, la gracia justificante es una gracia sin medida, infinita como la obra de Cristo y siempre superior al pecado, la gracia para el ministerio es la necesaria para llevarlo a cabo, diferente en cada caso y apropiada al don recibido. La gracia es también el mismo don recibido, como regalo de Dios en soberanía, independiente de la condición personal de quien lo recibe. Esa es la causa por la que en muchas ocasiones, cuando el apóstol habla de su don lo identifica con la gracia que le ha sido concedida, porque tanto el don, como el poder para ministrar con él, es un regalo de la gracia. Específicamente aquí *la gracia* es el don dado por el Espíritu a cada creyente regalado por Cristo a su Iglesia. Este concepto de gracia se enseña en otras partes del Nuevo Testamento en relación a los dones (Ro. 12:3-8; 1 Co. 12:4-7). Cada creyente mencionado aquí recibe una porción de esta gracia que se manifiesta en dones del Espíritu, de ahí que el apóstol hable de ἐκάστω, “*cada uno*”. Ningún creyente está sin algún don, pero no todos los creyentes tienen las mismas capacidades, porque no todos tienen los mismos dones. Del mismo modo que el cuerpo tiene muchos miembros y cada uno sus funciones, así también en el Cuerpo de Cristo, cada creyente tiene sus dones y, por tanto, sólo puede realizar en la iglesia las funciones para las que fue capacitado. Un creyente que pretenda tener todos los dones, contradice el mismo principio de *cuerpo*. Por tanto, la gracia aquí no tiene que ver con la justificación sino con la dotación de cada creyente.

Dios da una *medida de gracia*, no sólo en relación con el don en sí, sino con el ejercicio del mismo: ἐδόθη ἡ χάρις κατὰ τὸ μέτρον τῆς δωρεᾶς τοῦ Χριστοῦ, *fue dada la gracia de acuerdo con la medida del don de Cristo*. Él da la capacidad necesaria y la medida de fe apropiada para el ejercicio del don. Cuando el creyente ejerce fielmente un ministerio en la iglesia, sepa que ese buen hacer no depende de sí mismo, sino de la gracia divina, por tanto, no cabe en ninguna manera el orgullo personal, porque no es él en su poder personal quien obra, sino la gracia de Dios con él (1 Co. 15:10). Si Pablo habla aquí de la μέτρον τῆς δωρεᾶς, *medida del don*, se trata de un regalo de Cristo. El espíritu da los dones a los creyentes que Cristo da para el ministerio en la iglesia, cuyos dones son los elementos capacitantes para llevar a cabo el ministerio del don en manos del Espíritu, para la edificación del cuerpo. El creyente espiritual entiende claramente que es un beneficiado de la gracia en la concesión de un don, por tanto lo reconocerá como algo recibido y no como algo alcanzado, usando el don en la *medida* para que fuera otorgado, siendo diligente en usarlo para beneficio del cuerpo y nunca para su gloria personal, ya que “*a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho de todos*”. De ese modo todo ministerio en la Iglesia redundará en alabanza y gloria de Dios.

El gran milagro de la gracia se aprecia en el hecho de que la diversidad de dones no afecta en nada a la unidad de la Iglesia, sino todo lo contrario, ya que en lugar de producir las diferencias que pudieran fragmentar la unidad, contribuye en la diversidad de creyentes dotados de dones a promoverla y consolidarla. No cabe en la Iglesia el orgullo personal manifestado en el lucimiento exhibicionista de los dones recibidos, porque no son del creyente sino del Espíritu.

8. Por lo cual dice:

**Subiendo a lo alto,
llevó cautiva la cautividad,
y dio dones a los hombres.**

διὸ λέγει·

Por eso dice:

**ἀναβάς εἰς ὕψος ἠχμαλώτευσεν αἰχμαλωσίαν,
Subiendo a alto llevó cautiva a cautividad
ἔδωκεν¹ δόματα τοῖς ἀνθρώποις.
dio dones a los hombres.**

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἔδωκεν, *dio*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, **A**, **C**², **D**^{*}, **F**, **G**, 33, 1241, 1962, 2464, *l* 593, *it*^{ar, b, d, f, g, mon, o}, *vg*, *cop*^{sa, bo}, *slav*, Justino, Marción ^{según Tertuliano}, Ireneo^{lat}, Eusebio Teodoro^{lat}, Hesiquio, Ambrosiaster, Hilario, Ambrosio, Rufino, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

καὶ ἔδωκεν, *y dio*, como aparece en **κ**², **B**, **C**^{*}, ³, **D**², **Ψ**, 075, 0150, 6, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 2127, 2200, *Biz* [**K**, **L**, **P**], *Lect* *syr*^{p, h}, *arm*, *geo*, Crisóstomo, Cirilo, Victorino-Roma, Agustín.

καὶ ἔδωκας, *y diste*, lectura en *l* 598, *l* 751, *l* 884 *eth*.

Apelando a una cita del Antiguo Testamento, escribe: διὸ, conjunción *por eso*, *por esa razón*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar*, *decir*, aquí *dice*; ἀναβάς, caso nominativo masculino singular con el participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, en este caso con la acepción de *subir*, aquí *subiendo*; εἰς, preposición de acusativo *a*; ὕψος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *altura*, *cielo*, *exaltación*; ἠχμαλώτευσεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo αἰχμαλωτεύω, *llevar cautivo*, *llevar al cautiverio*, aquí *llevó cautivo*; αἰχμαλωσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *cautiverio*, *cautivo*; ἔδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar*, aquí *dio*; δόματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *dones*, *regalos*; τοῖς, caso dativo masculino

plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀνθρώποις, caso dativo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas*.

Mediante el absoluto λέγει, *dice*, el apóstol apela a una cita del Antiguo Testamento, tomada del Salmo 68:18, según la LXX,²⁴ en donde el apóstol cambia la segunda persona, y adapta el texto para la lectura ἔδωκεν δόματα, “*dio dones*”²⁵, que aplica a Cristo para enseñar, o demostrar, como puede distribuir dones desde el cielo. Con todo, hay referencias en el Antiguo Testamento en las que aparece este mismo sentido, como es el caso cuando Dios habló Moisés y le dice: “*Dí a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda*” (Ex. 25:2), en sentido de tomar para dar, y también en el caso de la viuda de Sarepta, a la que el profeta le pide que tome agua en un vaso para dársela (1 R. 17:10). Sin embargo es necesario determinar el sujeto implícito en la oración que no está directamente expresado, esa es probablemente la causa de los dos versículos siguientes, determinando como sujeto de la acción, al que subió, como el mismo que primero había descendido, y que indudablemente lo identifica con Jesús, nuestro Señor.

El versículo, apelando al Antiguo Testamento, habla de alguien que ἀναβὰς εἰς ὕψος, “*subió a lo alto*”, luego de descender o, si se prefiere mejor, desde un lugar bajo ascendió a lo más alto. Nadie más que Jesús en su resurrección y ascensión, cumple esta condición. No vamos a extendernos aquí en repasar nuevamente la doctrina de la ascensión de Cristo, baste citar nuevamente el pasaje cristológico de la Carta a los Filipenses, en donde el Señor, luego de la humillación accede al estado de exaltación comenzando por la resurrección, la ascensión y la sesión a la diestra de la Majestad en las alturas (Fil. 2:9-11).

La dificultad se centra en como interpretar la idea de ἡχμαλώτευσεν αἰχμαλωσίαν, ἔδωκεν δόματα τοῖς ἀνθρώποις, “*llevar cautiva la cautividad y dar dones a los hombres*”. Cristo se presenta como un vencedor que entrega dones en razón de su victoria. Los dones son el resultado de la glorificación del Señor. El recibió el Nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11). Su señorío lo ejerce, entre otras formas, repartiendo diversas dádivas a sus seguidores. Sin embargo ¿Qué debe entenderse por la fórmula ἡχμαλώτευσεν αἰχμαλωσίαν, “*llevó cautiva la cautividad*”? Hay muchas opiniones sobre este asunto, según en intérprete. De este modo lo entiende Juan Leal:

²⁴ Textualmente se lee en la LXX: ἀνέβης εἰς ὕψος, ἡχμαλώτευσας αἰχμαλωσίαν, ἔλαβες δόματα ἐν ἀνθρώπῳ.

²⁵ Griego ἔδωκεν δόματα.

*“Llevó consigo cautivos; lit. hizo prisioneros, hizo cautividad. Probablemente se refiere: 1) a los hombres redimidos que entraron con Él en el cielo, o b) a los espíritus diabólicos derrotados. Ambas explicaciones se encuentran en los Padres. El inciso sirve para indicar el triunfo de Cristo y cómo con su victoria se ha constituido en estado de poder repartir dones a los hombres”*²⁶

Otra posición es la de John Stott:

“De acuerdo con el versículo 7 cada don es un don de Cristo, y esta verdad se ve reforzada en el versículo siguiente por medio de una cita del Salmo 68:18; subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.

El Salmo 68 es un llamado a Dios para que venga a rescatar a su pueblo y reivindicarlo como en los días antiguos. Porque Él fue triunfante delante de su pueblo después del Éxodo (v. 7), de tal manera que el Monte Sinaí tembló (v. 8) y los reyes fueron dispersados (vv. 11-14). Luego, deseando que el Monte Sión fuese su morada (v. 16) vino de Sinaí a su lugar santo (v. 17) y ascendió al monte alto llevando a los cautivos en su trayecto. Es una imagen muy vívida. Como si la transferencia del arca a Sión se asemejara a la marcha triunfal de Yahveh hacia su capital.

Pablo aplica esta ilustración a la ascensión de Cristo, no en forma arbitraria, por haber detectado una vaga analogía entre los dos, sino justificadamente porque vio en la exaltación de Jesús el cumplimiento posterior de esta descripción del triunfo de Dios. Cristo ascendió como conquistador a la diestra del Padre, y sus cautivos fueron los principados y potestades que había vencido, destronado y desarmado.

Sin embargo, al aplicar la cita del Salmo 68:18 a Cristo hay un problema textual. Porque el Salmo dice: ‘Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones’, mientras que la cita de Pablo dice que Cristo ‘dio dones a los hombres’. Algunos comentaristas no dudan en afirmar que Pablo cambió las palabras para sostener su idea. Por ejemplo, J. H. Houlden escribe: ‘No hay necesidad de suponer que la alteración no sea deliberada’. Otros piensan que fue ‘una equivocación sin intención’. Debido al conocido cuidado que el apóstol tenía con las Escrituras, ambas explicaciones parecen a priori inadecuadas.

Debemos sin duda comenzar la explicación observando si las dos citas son sólo formalmente contradictorias. Las palabras no pueden ser interpretadas por sí mismas, sino sólo en su contexto. Así que necesitamos recordar que después de cada conquista del mundo antiguo, había invariablemente tanto una recepción de tributo como una distribución del botín.

²⁶ Juan Leal. o.c., pág. 706.

Lo que los conquistadores obtenían de sus cautivos se lo daban a su propio pueblo. Los despojos de dividían, el botín se compartía. Parece posible que el texto hebreo pueda implicar esto ya que el verbo podría traducirse ‘trajo’ en lugar de ‘tomó’ y no carece de significado que dos versiones o traducciones antiguas, una aramea y la otra siríaca, lo traducen por ‘dio’. Así que evidentemente ésta ya era una interpretación tradicional.

Otro punto interesante merece destacarse. La costumbre litúrgica de las sinagogas asociaba el Salmo 68 con Pentecostés, la fiesta judía que conmemoraba la entrega de la ley. El uso que Pablo hace de él en referencia al Pentecostés cristiano constituye una analogía notable. Como Moisés recibió la ley y se la dio a Israel también Cristo recibió el Espíritu y se lo dio a su pueblo, para escribir la ley de Dios en sus corazones y, por medio de pastores (v. 11) enseñarles la verdad. Todo este argumento de que ‘recibir’ y ‘dar’ se pertenecen indisolublemente, está perfectamente ilustrado en Hechos 2:33, donde Pedro, en el día de Pentecostés, dijo: ‘Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís’. Cristo sólo podía dar el don que había recibido’’²⁷.

Cabe presentar como principal objeción a la interpretación que el pasaje tanto en su contexto próximo como en todo el antecedente, no hace referencia alguna al Espíritu Santo como el don que el Resucitado da a la Iglesia, puesto que no es un *don* en singular sino δόματα *dones* en plural, y que más adelante concreta como *cristianos dotados de dones* para la edificación de la Iglesia. Aceptar la interpretación de que se trata del don del Espíritu sería desviarse totalmente del contexto general e introducir un elemento aislado que no aparece en el entorno textual en que esta escrito.

Juan Calvino entiende esto como los frutos del dominio de Cristo, y así escribe:

“De aquí se siguen diversos frutos para nuestra fe. Porque comprendemos que el Señor Jesús con su subida al cielo nos abrió la puerta del reino del cielo, que a causa de Adán estaba cerrada. Porque habiendo él entrado con nuestra carne y como en nuestro nombre, se sigue como dice el Apóstol, que en cierta manera estamos con Él sentados en los lugares celestiales (Ef. 2:6); de suerte que no esperamos el cielo con una vana esperanza, sino que ya hemos tomado posesión de él en Cristo, nuestra Cabeza.

Asimismo la fe reconoce que Cristo está sentado a la diestra del Padre para nuestro gran bien. Porque habiendo entrado en el Santuario, fabricado no

²⁷ J. Sttot. o.c., pág 150s.

por mano de hombres, está allí de continuo ante el acatamiento del Padre como intercesor y abogado nuestro (He. 7:25; 9:11). De esta manera hace que su Padre ponga los ojos en su justicia y que no mire a nuestros pecados; y así nos reconcilia con Él, y nos abre el camino con su intercesión para que nos presentemos ante su trono real, haciendo que se muestre gracioso y clemente el que para los miserables pecadores es causa de horrible espanto.

El tercer fruto que percibe la fe es la potencia de Cristo, en la cual descansa nuestra fuerza, virtud, riquezas y el motivo de gloriarnos frente al infierno. Porque, ‘subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad’ (Ef. 4:8), y despojando a sus enemigos enriqueció a su pueblo y cada día sigue enriqueciéndolo con dones y mercedes espirituales.

Está, pues, sentado en lo alto, para que, derramando desde allí su virtud sobre nosotros, nos vivifique con la vida espiritual, nos santifique con su Espíritu, adorne a su Iglesia con diversos y preciosos dones, la conserve con su amparo contra todo daño y obstáculo; para reprimir y confundir con su potencia a todos los feroces enemigos de su cruz y de nuestra salvación; y, finalmente, para tener absoluto poder y autoridad en el cielo y en la tierra, hasta que venza y derribe por tierra a todos sus enemigos, que también lo son nuestros, y termine de edificar su Iglesia”²⁸.

Es verdad que todas estas y otras más son las benditas consecuencias de la exaltación del Hijo de Dios a los cielos, sin embargo, no se explica realmente el alcance del sentido de cómo ἡχμαλώτευσεν αἰχμαλωσίαν, “*llevó cautiva la cautividad*”.

Debe avanzarse algo más para establecer el sentido de la expresión del apóstol en este versículo y en el contexto. Cristo en la Cruz venció sobre los principados y potestades, es decir, contra las huestes de maldad, Satanás y sus ángeles (Col. 2:15). El hombre, la humanidad en general, estaba esclavizada por el pecado y sujeta en esa esclavitud bajo el control de Satanás, que operaba en quienes, por naturaleza, eran hijos de desobediencia (2:2, 3). Con su muerte, al derrotar a quien retenía a los hombres en esclavitud espiritual, produce potencialmente la liberación de los esclavos (He. 2:14, 15). El propósito de la encarnación está plenamente definido en el versículo: “*para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*”. Primero se hace solidario con los hombres para poder morir por los hombres. Luego se ofrece en sacrificio por los pecados de los hombres, para poder librar a los hombres. Siendo *hombre* podía ser sustituto del hombre. La muerte de Jesús se considera aquí desde el plano *soteriológico*, como la superación de la esclavitud y la liberación de los esclavos. El infinito Hijo, se hace *carne y sangre*, para ser consumado, perfeccionado, en el amor de entrega, no sólo de Él, sino del Padre

²⁸ Juan Calvino. o.c., pág. 389s.

que lo da y esa perfección se alcanza en el dolor y en la muerte, posible solo desde la naturaleza humana del Hijo de Dios. La muerte en este caso no se considera tanto desde el sufrimiento, sino desde la batalla liberadora, consistente en *destruir* al que tenía el imperio de la muerte. El verbo *destruir*, no equivale a *eliminar* en el sentido de hacer desaparecer, sino de *quitar los medios con que se mantenía* e incluso impedir que vuelva a alcanzarlos. En ese sentido equivale a *reducir a la impotencia*, a quien tenía el dominio de la muerte, esto es al *diablo*. El título tiene que ver con *acusador*, aquel que demandaba, en derecho, que la justicia de Dios, que había sentenciado al pecador con la muerte (Gn. 2:17), como el apóstol Pablo afirma también: “*La paga del pecado es la muerte*” (Ro. 6:23), actuase contra él. En la Cruz, el Hijo, combate a Satanás, el acusador, retirándole el acta de los decretos contrarios al hombre, de modo que lo reduce a la impotencia para demandar la muerte y condenación del que ha sido justificado (Col. 2:14-15). Cristo en su muerte *destruye*, en sentido de dejar inoperativo al que tenía el imperio de la muerte. Con la resurrección de su humanidad destruye también a la muerte (1 Co. 15:20). La acción del Salvador hace posible el cumplimiento pleno de la profecía: “*De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista*” (Os. 13:14). Cancelada el acta acusatoria y manifestado el poder victorioso en la resurrección, el diablo está destruido en sentido operativo contra quienes son hermanos de Jesús e hijos del Padre, por adopción. Por el nuevo nacimiento el creyente viene a ser colocado como hijo adulto, en una nueva relación con Dios, miembro de su familia (2:19). Esta adopción confiere al creyente todos los derechos y privilegios de esa condición. El creyente viene a tener relación y comunión directa con el Padre (1 Jn. 1:3). El creyente tiene el privilegio de ser partícipe en la naturaleza divina (2 P. 1:4). Por haber nacido de arriba, el creyente comienza a llevar la imagen del Señor, primogénito entre muchos hermanos (He. 2:12-13). El temor desaparece porque el creyente es *hijo* y no enemigo, para quien ya no hay condenación (Ro. 8:1). Esa condición de hijos nos lleva a clamar, es decir, gritar en voz alta para llamar *Abba*, al Padre del cielo, en esa expresión de intimidad familiar, que no implica falta de respeto que Dios merece, pero que manifiesta la condición de hijo. El alcance liberador es pleno para todos los que son hijos: “*librar a todos*”. Por la unión con Cristo los salvos participan en su victoria (1 Co. 15:54-57; 1 Ts. 4:13-18). La fe en la resurrección era creencia de los creyentes de la antigua dispensación, pero, el creyente ahora no sólo cree sino que la ve como realidad en la resurrección de Cristo, “*quien sacó a luz la vida y la inmortalidad*” (2 Ti. 1:10). La muerte para el creyente no significa entrar en una esfera de juicio, perdición y condenación, sino la bendición de acceder a la liberación plena de todas las miserias de la vida, para disfrutar de la presencia del Señor (Fil. 1:23). Quien está en Cristo y por Él recibe la condición de hijo de Dios, ha dejado de ser esclavo para convertirse en dueño de todo, que incluye también a la misma

muerte: “...porque todo es vuestro;... sea el mundo, sea la vida, sea la muerte...” (1 Co. 3:21-22). La muerte ha sido vencida por Cristo (1 Co. 15:21, 25). El creyente sabe que su resurrección será un hecho y la muerte quedará sorbida en victoria por la vida (1 Co. 15:54). La muerte inquieta a los perdidos, pero para el creyente es una nueva experiencia en Cristo, dormir en el Señor (1 Ts. 4:14). Lo que es ruina para muchos es ganancia para el salvo (Fil. 1:21). La muerte no puede separar al creyente de Cristo (Ro. 8:38). La muerte física, en lugar de ser objeto de miedo, es el paso para acceder a la presencia del Señor (2 Co. 5:8).

Dios ha dado a su Hijo un pueblo para sí (Jn. 6:37, 44; 17:6, 9, 11, 12; He. 2:13). Este pueblo es el trofeo de victoria que Cristo alcanzó en la Cruz. No está ya completado virtualmente, pero lo está *potencialmente*, es decir, todos los creyentes que serán salvos a lo largo de la dispensación de la Iglesia, son esta αἰχμαλωσίαν, “cautividad” que Cristo desata y potencialmente lleva consigo. El numero de los escogidos, esto es de los salvos es conocido por Dios mismo y potencialmente están ya dados al Hijo, de ahí que en el tiempo “todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo hecho fuera” (Jn. 6:37). Algunos le habían sido dados ya en su tiempo, como eran los discípulos de quienes Jesús dice al Padre “tuyos eran y me los diste” (Jn. 17:6), pero también le serán dados a lo largo del tiempo cuantos sean salvos (Jn. 17:20). Esta es la cautividad llevada en triunfo en Cristo de la que va dando dones a la Iglesia, a lo largo del tiempo, en forma de creyentes capacitados por los dones con que el Espíritu Santo los dota para el ministerio eficaz de la edificación del cuerpo (v. 12). De manera que a lo largo de los siglos de la historia de la Iglesia, el Señor va dando de estos cautivos liberados, a la Iglesia, como dones personales, capacitando a los creyentes que va regalando a su Iglesia con los dones necesarios para llevar a cabo el programa que ha establecido.

9. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?

τὸ δὲ ἀνέβη τί ἐστίν, εἰ μὴ ὅτι καὶ κατέβη¹ εἰς τὰ κατώτερα
 Y lo que subió qué es si no que también descendió a las más bajas
 μέρος² τῆς γῆς
 partes de la tierra.

Notas y análisis del texto griego

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ Κατέβη, descendió, atestiguada en p⁴⁶, x*, A, C*, d F, G, I^{vid}, 082, 6, 33, 81, 424^c, 1241, 1739, 1852, 1881, l 1439, it^{ar}, b, d, g, mon, vg^{mss}, cop^{sa/ms}, bo, eth, Ireneo^{lat},

Clemente^{según Teodotus}, Orígenes^{gr, lat}, Cirilo, Tertuliano, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Hilario, Lucifer, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

Κατέβη πρῶτον, *descendió primero*, se lee en ⲥ², B, C,³, Ψ, 075, 0150, 104, 256, 263, 365k, 424*, 436, 459, 1175, 1319, 1573, 1852, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L, P] *Lec* it^{f,o}, vg, syr^{p, h}, cop^{sa/mss}, arm, geo, slav, Eusebio Dídimos^{dub}, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Teodoreto.

² Μέρη, lectura en ⲥ, A, B, C, D², I, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L, P] *Lec* it^f, vg, syr^h, cop^{bo} arm, slav, Estacio, Crisóstomo, Teodor^{lat}, Cirilo, Teodoreto, Pelagio, Agustín.

Se omite en p⁴⁶, D*, F, G, l 921, it^{qr, b, d, g, mon, o}, cop^{sa}, eth, Ireneo^{lat}, Clemente^{según Teódotos}, Orígenes^{lat}, Eusebio, Tertuliano, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Hilario, Lucifer, Jerónimo.

Iniciando un paréntesis aclaratorio, escribe: τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; ἀνέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *subir, salir, crecer*, aquí *subió*; τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *qué*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *es*; εἰ, conjunción *si*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ὅτι, conjunción copulativa *que*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; κατέβη, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo καταβαίνω, literalmente *ir abajo*, de ahí descender, tal vez más concreto *bajó*, aquí como *descendió*; εἰς, preposición de acusativo *a*; τὰ caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; κατώτερα, caso acusativo neutro plural del adjetivo comparativo *más bajos*; μέρη, caso acusativo neutro plural del sustantivo *porciones, partes*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *tierra*.

Τὸ δὲ ἀνέβη τί ἐστίν, εἰ μὴ ὅτι καὶ κατέβη. Para poder entregar dones a los hombres, o mejor, creyentes dotados de dones a la Iglesia, Cristo tuvo que descender primero. No cabe duda que el descenso de Cristo es acto fundamental para la salvación y con ello para la existencia de la propia Iglesia. El descenso del Verbo a la tierra mediante la encarnación es materia fundamental de nuestra fe (Jn. 1:14). La cita del Salmo, en el versículo anterior, interesa al apóstol por la referencia a quien subió, la conclusión lógica es que si alguien subió es que antes había bajado, o estaba en un lugar bajo.

El versículo trae algunas dificultades interpretativas a algunos que consideran este descenso de Cristo a εἰς τὰ κατώτερα μέρη τῆς γῆς, “las

partes más bajas de la tierra”, como un descenso a los infiernos o al lugar de los muertos. Generalmente es la consecuencia de unir dos versículos y una de las expresiones del Credo Apostólico para llegar a esta conclusión. El Credo hace referencia al descenso de Cristo, según traducción al castellano, “*a los infiernos*”, con una mala traducción de la expresión latina²⁹. A esta afirmación se une el texto del apóstol Pedro: “*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé*” (1 P. 3:18-20). Al interpretar el texto de Pedro como el descenso de Cristo para predicar a espíritus encarcelados, se llega a considerar un hipotético descenso al mundo de los muertos. ¿Con qué propósito? ¿Predicar nuevamente el evangelio a los desobedientes de otros tiempos? ¿Qué objetivo tendría tal acción, ya que no existe una *segunda oportunidad* de salvación? Por otro lado, lo que el apóstol está enseñando en el pasaje es que el Espíritu Santo anunció por medio de Noé el evangelio -en la forma en que podía ser anunciado entonces- ofreciendo salvación a los contemporáneos de Noé, quienes fueron rebeldes al mensaje y, por esa razón, son espíritus encarcelados para eterna condenación. Con todo debe hacerse aquí una breve síntesis del alcance del *símbolo* recogido en el credo. No debemos olvidar que ese descenso de Cristo es vital para nuestra redención. Algunos antiguos consideraban que la expresión “*descendió a los infiernos*” es una reiteración de la anterior en el Credo: “*fue sepultado*”, pero, con toda razón escribe Juan Calvino:

“Algunos piensan que no se dice con ello nada de nuevo, sino que únicamente se repite con otras palabras lo mismo que se dijo en la cláusula precedente: que Cristo fue sepultado. La razón de ellos es que el término infierno se toma en la Escritura muchas veces como sinónimo de sepultura. Convengo en que es verdad lo que afirman; pero hay dos razones por las que se prueba que en este lugar, infierno no quiere decir sepulcro; y ellas me deciden a no aceptar su opinión.

Sería, en efecto impropio, después de haber expresado algo con palabras claras y terminantes, volver a repetir lo mismo en términos más oscuros. Porque cuando se ponen dos expresiones que significan lo mismo, conviene que la segunda sea como declaración de la primera. Pero, ¿Dónde estaría tal declaración, si alguno se expresase como sigue: afirmar que Cristo fue sepultado quiere decir que descendió a los infiernos?

Asimismo es inverosímil que en un sumario, en el que se exponen sucintamente los principales artículos y puntos de nuestra religión hayan querido los Padres antiguos poner una réplica tan superflua y tan sin propósito

²⁹ Latín *ad inferos*.

del artículo anterior. No dudo que cuantos examinareen diligentemente la cuestión, sin dificultad alguna estarán de acuerdo conmigo”³⁰.

Otros entienden este *descenso* de Cristo como que el Señor descendió al lugar donde estaban las almas de los creyentes muertos antes de la Cruz, para trasladarlos a una nueva posición o a un nuevo lugar, librándolos de la situación de espera en que se encontraban. No hay ninguna base bíblica que permita afirmar tal suposición. Los que interpretan de esta manera tratan de buscar apoyo bíblico y para ello han de acudir a textos fuera de contexto, aplicando a esto palabras como las del Salmo: “*quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro*” (Sal. 107:16), e incluso también las del profeta: “*Yo he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua*” (Zac. 9:11), ambas referidas a la liberación que Dios opera a favor de su pueblo, sacándolos de una situación de opresión y esclavitud, pero, de ninguna manera se pueden interpretar como referidos a los que han muerto y que -según esos intérpretes- estarían en un *estado intermedio* hasta la muerte y resurrección del Salvador. Un lugar subterráneo, en donde estaban los muertos salvos, es una fantasía que no tiene sustento bíblico. Además, supuesta -que no real- la presencia de las almas de los creyentes de otras dispensaciones en un determinado lugar, ¿fue preciso que el alma de Jesús descendiese allí para darles libertad? No es posible entender que la salvación de los antiguos se haya producido de otro modo que la nuestra, es decir, por gracia mediante la fe y que todos, los antiguos y los actuales mueren en la seguridad de que ausentes del cuerpo estarán presentes para Dios (2 Co. 5:8). Jesús no dijo al ladrón que moría en la cruz junto a Él que estaría en el lugar de los muertos, sino en el paraíso (Lc. 23:43). El infierno que Cristo experimentó tiene que ver con la muerte espiritual que nos era propia a cada uno de los pecadores y que Él llevó sobre sí mismo en la Cruz. Nada hubiera sucedido en el plano de la salvación si Jesucristo hubiera gustado sólo la muerte corporal. Fue necesario que llevase nuestra muerte espiritual, pasando por la tremenda experiencia del desamparo del Padre hasta ser molido por nuestras rebeliones (Is. 53:5). El verdadero *infierno* en relación con Jesucristo fue la experiencia de la maldición que era propia de cada uno de los perdidos. No es posible entender una dimensión mayor de sufrimiento y angustia, únicamente comparable a los tormentos del infierno, que sentirse dejado y desamparado de Dios. El Hijo de Dios descendió, en su experiencia de muerte espiritual a la angustia del infierno, para que el hombre merecedor del infierno sea colocado para siempre en el cielo, al ser alcanzado por la gracia, mediante la fe.

Esa interpretación errónea que enseña que Cristo descendió a los infiernos, es decir, al lugar de los muertos irredentos, no se sustenta

³⁰ Juan Calvino. o.c., Lib. II, cap. XVI, punto 8, pag. 380s.

bíblicamente. Una pregunta necesaria que lleva a un complemento aclarativo es esta: *¿Cómo y cuándo descendió a ese lugar?* Debe entenderse que cuando se dice que Cristo descendió a los infiernos se está haciendo referencia a la totalidad de lo que es la naturaleza humana del Verbo encarnado, mediante la cual gusta la muerte por todos (He. 2:9). Cuando entregó su vida en la Cruz, lo hizo encomendando al Padre su parte espiritual (Lc. 23:46). Su cuerpo físico descansó en el sepulcro hasta la resurrección ¿qué parte, pues, descendió a los infiernos? No hubo tal posibilidad de descenso.

La interpretación que debe dársele al versículo es sencilla: El Verbo de Dios en su descenso desde los cielos hasta la Cruz, entró mediante el estado de humillación, a la condición más baja del más bajo de los seres humanos, para hacer salvable al más perdido de los pecadores. Se entiende bien esto de *descender a las partes más bajas de la tierra*, desde la dimensión del descenso descrito por Pablo en la Epístola a los Filipenses: *“Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”* (Fil. 2:7-8). Fue el Hijo de Dios que descendió hasta asumir la maldición que era nuestra (Gá. 3:13). Una magnífica frase de Calvino dice: *“En resumen, Jesucristo combatiendo contra el poder de Satanás, contra el horror de la muerte, y contra los dolores del infierno alcanzó sobre ellos la victoria y el triunfo, para que nosotros no temiésemos ya en la muerte aquello que nuestro Príncipe y Capitán deshizo y destruyó”*³¹.

Hasta ahí, a la angustia, la muerte, el sufrimiento, la maldición, llegó Jesús para hacer posible la unidad de su Iglesia. La oración delante del Padre: *“Para que sean uno, así como nosotros somos uno”* (Jn. 17:22). Quien se opone a la unidad de la Iglesia y lucha contra ella, quien produce divisiones en el seno de la congregación, quien es incapaz de amar entrañablemente y buscar la edificación de todos los creyentes, está cometiendo un pecado voluntario contra el propósito de Dios (He. 10:26), los tales no deben esperar otra cosa que un juicio directo y radical del mismo Dios (He. 10:27). La advertencia solemne del escritor a los Hebreos conviene en este momento: *“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo”* (He. 10:28-30). El pecado contra la unidad de la iglesia, cuando quien lo comete entiende claramente la voluntad de Dios en ese sentido, entra directamente en el pecado voluntario, en el que no solo se manifiesta la transgresión sino que se

³¹ Juan Calvino. o.c., Libro II, cap. XVI, punto 11, pág. 383.

avanza a hechos de gran perversidad, no contra una ley, sino contra Dios mismo. Para tales acciones Dios establece un juicio disciplinario para el que se usa una palabra en el texto griego³² que se traduce por *castigo*, que tiene que ver con la defensa del honor³³. Es, por tanto, la acción divina en defensa del propio honor de Dios. Esa palabra denotaba al principio venganza y se utiliza también para referirse a una acción correctiva que haga entrar a alguien en razón. Se usa para referirse a un castigo que obligue a una determinada conducta (cf. Hch. 26:11). La palabra utilizada habitualmente en griego para castigo como pena por algo es otra distinta³⁴ y se emplea en varios lugares para referirse al castigo de condenación eterna (Mt. 25:46). Esta misma palabra es una evidencia más para entender que la disciplina tiene que ver con creyentes y no con incrédulos o meros profesantes. La primera consecuencia que produce el pecado voluntario es que quien lo comete está *pisoteando* al Hijo de Dios. La palabra aparece en dos lugares con este mismo sentido: en uno de ellos se usa para referirse a la sal que haciéndose insípida no vale sino para ser *hollada*, *pisoteada* por las personas porque ha perdido la razón de ser (Mt. 5:13); en otro pasaje se utiliza en relación con los cerdos que *pisotean* las perlas (Mt. 7:6). El que comete pecado voluntario manifiesta una ofensa despreciativa hacia la segunda Persona Divina. Es un desprecio manifiesto al sacrificio de Cristo, que equivale a pisotearle como algo despreciable. Es el tremendo pecado de despreciar al Salvador. Es despreciar la obra que realizó para perdón de pecados, que le llevó a morir, como si no tuviera importancia practicar aquello por lo que Cristo dio su vida. La segunda consecuencia del pecado voluntario está directamente relacionada con la primera Persona Divina. Fue el Padre el que santificó y apartó para Sí al creyente para ser Su pueblo. Esta es otra evidencia más de que el texto está dirigido a creyentes, porque nadie es santificado aplicándole el sacrificio redentor más que aquel que ha creído y, por tanto, es salvo. Esta acción de santificación no es algo que se puede llevar a cabo, sino algo que se realizó consumadamente, como indica el aoristo del verbo. La consumación de la santificación es experiencia única de creyentes. La sangre del pacto aplicada al creyente es el único medio para su limpieza espiritual que le capacita para entrar a la presencia de Dios y para tener una nueva relación con Él en el Nuevo Pacto (He. 9:14; 10:10, 14, 19, 20). Quien establece el pacto garantizado con la sangre de Cristo es el Padre. Pecar voluntariamente es tener por inmunda la sangre de la alianza y considerar el sacrificio de Cristo como algo común y sin valor, en cierta medida es tener esa bendita sangre como despreciable. Una tercera consecuencia del pecado voluntario ofende a la tercera Persona de la Deidad. En este caso el término es muy preciso: “*hiciere afrenta*”, literalmente se burlase, término que significa

³² Griego τιμωρίας.

³³ Compuesto de τιμη, valor y οὔρος, defensor, protector, guardian.

³⁴ Griego κόλασις.

tratar contumazmente, insultar al Espíritu de gracia. Es posible traducir el nombre dado aquí al Espíritu como *Espíritu de gracia*, o también *Espíritu de la gracia*. Ambas formas se refieren a la operación que el Espíritu Santo hace en la salvación. Es el Espíritu que santifica al pecador capacitándole para obediencia, sin cuya capacitación no podría obedecer al llamado de Dios y ser salvo (1 P. 1:2). Además el Espíritu santifica a cada creyente para que ser templo santo para Dios (2:21). Es el Espíritu de gracia quien reproduce a Cristo en el cristiano (2 Co. 3:18), para llevar a cabo el propósito del Padre que cada uno de sus hijos sean conformados a la imagen del Hijo (Ro. 8:29). Este Espíritu que regenera e implanta a Cristo es afrentado, insultado, al oponerse abiertamente a su labor santificadora y despreciando el poder para la vida santa en el tramo terrenal de la santificación.

Dios hizo una obra de gracia en la que las tres Personas Divinas se han involucrado para llevarla a cabo, que es la salvación de los pecadores y la edificación de la Iglesia. Por tanto, la advertencia divina está orientada hacia quienes tienen el conocimiento de lo que Dios ha determinado y está llevando a cabo. Los cristianos conocen a Dios y conocen también su fidelidad. Es inmutable en sus determinaciones y en el ejercicio de su propósito. La retribución que exigen los actos del hombre, entre ellos los de cada creyente, ha sido establecida por Él y se llevará a cabo inequívocamente en cada caso (Gá. 6:7). Dios, que es fiel, hace honor a su Palabra, cumpliendo todo lo que establece en ella. Por eso el Señor dice “*mía es la venganza*” (Dt. 32:35). El término *venganza*, en relación con Dios, no tiene nada que ver con el espíritu vengativo del hombre. El término significa literalmente *lo que viene*, siendo sinónimo de retribución procedente del ejercicio de la más absoluta justicia. El término *venganza* relacionado con Dios es sinónimo de *hacer justicia*. Por tanto, la Biblia enseña que esta acción de justa retribución pertenece sólo a Dios (Ro. 12:19). En este sentido la *venganza* de Dios se aplica a quienes se hacen acreedores de su juicio, bien sean los creyentes o también los incrédulos. Los primeros para disciplina, los segundos para condenación (2 Ts. 1:8). Sin embargo la *venganza* de Dios está desprovista de *vengatividad*, ya que tan solo es la aplicación de su estricta justicia. El versículo es muy enfático y se puede traducir literalmente como: “*A mí la venganza; yo daré el pago*”. Dios dará el pago, equitativo y justo conforme a las acciones que lo determinen. Nadie debe esperar que un pecado voluntario quede sin la justa retribución que le corresponde. Una segunda verdad debe ser tomada en cuenta que la advertencia divina se dirige a hipotéticos hacedores de un pecado voluntario, que son creyentes ya que el versículo dice que “*Dios juzgará a su pueblo*” (Dt. 32:36). Dios es el que juzga y Su pueblo, es decir los creyentes que le pertenecen, son los juzgados. Quien hace siempre justicia porque es eterna y perfectamente justo, se sienta para juzgar el comportamiento de su propio pueblo, de quienes son suyos porque son salvos. A lo largo de la Epístola y de la historia bíblica,

hay evidencias en continuas referencias a que el hecho de ser pueblo de Dios no exime de estar bajo la justicia divina. Este aspecto confirma también que la parénesis está destinada a creyentes y no a inconversos.

Es necesario entender bien el precio que Dios tuvo que pagar para llegar a la realidad de la Iglesia. El Señor dio voluntariamente su vida para hacerlo posible. Quien desprecia o altera la unidad de la iglesia está despreciando lo que Dios tuvo que hacer para alcanzarla, teniendo por despreciable la sangre del Salvador. Ahora bien, este que juzgará a su pueblo y disciplina a quien es instrumento en manos del maligno para dividir lo que Dios hizo unido, se enfrenta con Aquel que habiendo descendido a las partes más bajas de la tierra, está ahora entronizado en la Majestad de las alturas, como Soberano y Señor absoluto. Posiblemente la mejor exégesis para esta verdad del versículo sea la segunda parte del párrafo cristológico de Filipenses, que se ha considerado ya anteriormente (Fil. 2:9-11). El Juez supremo tiene autoridad para determinar la disciplina y poder para ejecutarla. Esa lucha contra la unidad de la iglesia trajo como consecuencia la acción disciplinaria de Dios en la iglesia en Corinto, con los que habían provocado divisiones en la congregación, de tal manera que algunos estaban debilitados, otros enfermos y algunos habían muerto por luchar contra la unidad de la iglesia (1 Co. 11:30), despreciando de tal modo la unidad que no tenían inconveniente en sentarse juntos a partir el pan, sin *discernir*, esto es, sin entender debidamente la verdad de la unidad del cuerpo en la unidad de los hermanos (1 Co. 11:29). Estos son profanos, en el sentido de Esaú, que no distinguen la realidad de un solo cuerpo en Cristo. Los tales dice el apóstol que “*comen y beben juicio para sí*” y añade “*por lo cual hay muchos*” que participaban de la mesa del Señor sin discernir, y por tanto, sin aceptar la unidad del cuerpo, lo que les acarrea juicio personal, llegando incluso la disciplina a la muerte física de algunos de los muchos que luchaban contra la unidad de la iglesia, que es el significado del verbo *dormir* usado en este contexto (Jn. 11:11-12; Hch. 7:60; 1 Co. 15:6, 18, 20, 51; 1 Ts. 4:13, 14, 15; 2 P. 3:4). No es posible enfrentarse a Dios y salir airoso. No debemos olvidar que la lucha contra la unidad de la iglesia es un acto de soberbia, y “*Dios resiste a los soberbios, y de gracia a los humildes*” (Stg. 4:6b).

10. El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

ὁ καταβὰς αὐτός ἐστιν καὶ ὁ ἀναβὰς ὑπεράνω πάντων τῶν οὐρανῶν, ἵνα πληρώσῃ τὰ πάντα.
 El que descendió mismo es también el que subió muy por encima de todos los cielos para que llenando lo todo.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con el mismo tema anterior: ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καταβάς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo καταβαίνω *bajar, descender*, aquí *que descendió*; αὐτός, caso nominativo masculino singular del pronombre personal intensivo *mismo*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί *ser*, aquí *es*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀναβάς, caso nominativo masculino singular del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἀναβαίνω, *ascender, elevarse, subir*, aquí *que subió*; ὑπεράνω, preposición de genitivo vinculado a un adjetivo o a un nombre, que en realidad es una preposición adverbial compuesta por la preposición ὑπέρ, *más que, superior a, por encima de, sobre*, con el adverbio ἄνω, *arriba, hacia arriba, de arriba*, aquí adquiere carácter superlativo *muy por encima*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *de todos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; οὐρανῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*; ἵνα, conjunción *para que*; πληρώσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo πληρῶω, *llenar*, aquí como *llenándolo*; τὰ, casi acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*.

Ὁ καταβάς αὐτός. El mismo que descendió es una alusión a Jesucristo, pero, en esta ocasión no estará refiriéndose tanto al descenso en humillación a las partes más bajas de la tierra, del que se trató antes, sino más bien en sentido genérico de Aquel que por la encarnación descendió desde el cielo a la tierra haciéndose hombre. El Verbo eterno de Dios irrumpió en la historia de los hombres revestido de humanidad (Jn. 1:14). La encarnación fue el vehículo que permitió la experiencia de la humillación hasta las partes más bajas de la tierra o, como también dice el apóstol, “*hasta la muerte y muerte de cruz*” (Fil. 2:8). Es desde la tierra desde donde también ocurre el ascenso a los cielos. El propósito en el versículo es expresar el contraste entre el descenso a la tierra y la ascensión a los cielos, con un propósito: “*llenarlo todo*”. Esto forma parte del propósito eterno de Dios, de reunir todas las cosas en Cristo, no solo las de la tierra, sino también las del cielo (1:10). El hecho de que Jesucristo llega a ser *cabeza de todas las cosas* (1:22), obedece a que en su elevación desde la tierra subió por encima de todos los cielos. Este Jesús, que es también el eterno Sumo Sacerdote, “*traspasó los cielos*” (He. 4:14). El Señor Jesús en la culminación de su obra redentora, habiendo ofrecido el sacrificio por los pecados del mundo consistente en dar su propia vida en la Cruz, ascendió a los cielos *traspasándolos*. Esto es, subió hasta lo más encumbrado de los cielos, referido en otros lugares como la diestra de la Majestad en las alturas (He. 1:13; 2:9). Los cielos que Jesús traspasó son las regiones celestiales hasta alcanzar el trono de Dios. Debe tenerse presente que para los judíos había tres cielos: el primero era el atmosférico, el segundo el cielo de los astros y el tercer el cielo de Dios, esto es, donde Dios se manifestaba en la gloria de su trono. Por tanto, Jesús, en

su ascensión *traspasó* los cielos. Incluye esto también el *tercer cielo*, puesto que alcanzó, en la figura del lenguaje, el más alto lugar y el honor supremo hasta sentarse a la diestra de la Majestad. El gran Sumo Sacerdote ἀναβὰς ὑπεράνω πάντων τῶν οὐρανῶν, ἵνα πληρώσῃ τὰ πάντα, “*subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*”. Aquel que había primero descendido “*a las partes más bajas de la tierra*”, es revestido de gloria y ascendido a la más alta dignidad, habiéndole sido dado el nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9-11). En su descenso se solidarizó con los hombres hasta alcanzar la posición más baja del más bajo de ellos para hacerlos salvables, y desde esa posición de humillación fue ascendido a la máxima gloria, ocupando la posición de poder y de honor al haber *traspasado los cielos* y haberse sentado en el lugar más alto que corresponde sólo a Dios. El privilegio de los sumos sacerdotes era pasar una vez al año el velo y entrar en el Lugar Santísimo del santuario terrenal. Por tanto, se vislumbra ya la grandeza y gloria del que había antes descendido. En esta elevación Jesús es “*hecho más sublime que los cielos*” (He. 7:26). Aunque en la construcción gramatical de ese texto griego de la Epístola a los Hebreos, *los cielos* está en genitivo, que permitiría entender que el Señor fue hecho el *más encumbrado* en los cielos, es decir, la Persona más gloriosa de todas las que están en los cielos, el término *los cielos*, es realmente un ablativo, después del adjetivo comparativo *más sublime*, por tanto, debe considerarse como un absoluto que se refiere no a *alguien* en los cielos, sino a los mismos cielos con todo cuanto comprenden. Jesús fue hecho más elevado, glorioso y sublime que los mismos cielos. El Salvador, Hijo-Sacerdote, por la glorificación se encumbró sobre ellos mismos (Fil. 2:8-11). El nombre glorioso recibido por la resurrección de los muertos, le sitúa en la gloriosa dimensión de soberanía absoluta sobre cuanto está en los cielos, en la tierra y aún debajo de la tierra. En su ascensión *traspasó* los cielos, que en el sentido de comprensión hebrea supone situarse sobre todos los cielos al sentarse a la diestra de Dios (He. 4:14; 8:1). Exaltado sobre todo, situado por encima de todo, comparte el trono de Dios sentado a la derecha de la Majestad. Éste es, sin duda, el Sumo Sacerdote que nos convenía, el que nos es propio para un ministerio sacerdotal perpetuo. El lugar de la morada del glorioso Señor es “*la diestra de la Majestad en las alturas*” (He. 1:3). No es un trono elevado, sino el trono absoluto que está en los cielos y que corresponde sólo a Dios. El que descendió a las partes más bajas de la tierra, y fue visto sin atractivo es el Rey de reyes y el Señor de señores. Esa posición, entronizado en los cielos, es el lugar de honor supremo y de suprema autoridad que le es confirmado después de la obra sacrificial de la Cruz y de la resurrección de entre los muertos. En ese proceso tiene el “*nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*” (Fil. 2:9-11). El nombre de autoridad suprema le fue dado, concedido, como el nombre vinculado a la obra de gracia en salvación. Es un

nombre supremo que ha de relacionarse necesariamente con la deidad de Jesucristo. Este es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Jesús fue el nombre dado por Dios para su Hijo aun antes de ser concebido que, como hombre, nacería en Belén (Mt. 1:21; Lc. 1:31). Jesús significa *Yahwe salva*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación es de Jehová (Sal. 3:8; Jon. 2:9). De Jesús se dice que “*Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). Con todo, el hombre Jesús fue considerado como alguien sin atractivo, esto es un hombre sin importancia ni estimable (Is. 53:2). Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla en la crucifixión (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, Jesús es Dios bendito (Jn. 1:1; Ro. 9:5). En el lugar que ocupa en el trono de Dios, su autoridad divina hace que ante Él se doble toda rodilla. Quienes se inclinaron en burla ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo profetizado ya en el Antiguo Testamento (Is. 45:23, 24). Jesús no es un hombre elevado o un Dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios hecho hombre (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre hará que todos confiesen que Él es Señor.

Cristo, con su ascensión llenó el universo con su presencia de señorío universal, lo hace en plenitud, por cuanto se extiende a todo y a todos. En su ascensión se posiciona en la situación de *llenarlo todo*, que ocurrirá definitivamente cuando todo sea atraído a Su plenitud, sujetando a Sí mismo todas las cosas para entregar todo en el final de los tiempos, plenamente restaurado a Dios mismo, a fin de que Dios sea todo en todos (1 Co. 15:28). Desde esa plenitud absoluta puede dar los elementos necesarios, en la forma de creyentes dotados de dones para la edificación de la Iglesia.

Los medios para fortalecer la unidad (4:11-12).

11. Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros.

Καὶ αὐτὸς ἔδωκεν τοὺς μὲν ἀποστόλους, τοὺς δὲ προφήτας,
 Y Él mismo dio ciertamente los apóstoles y los profetas
 τοὺς δὲ εὐαγγελιστάς, τοὺς δὲ ποιμένας καὶ διδασκάλους,
 y los evangelistas y los pastores y maestros

Notas y análisis del texto griego.

El que subió desde el lugar de descenso da provisión a su Iglesia: Καὶ, conjunción copulativa y; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensivo *él mismo*; ἔδωκεν, segunda persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, entregar*, aquí *dio*; τοὺς, caso acusativo

masculino plural del artículo determinado *los*; μὲν, partícula afirmativa que se coloca siempre inmediatamente después de la palabra expresiva de una idea que se ha de reforzar o poner en relación con otra idea y que, en sentido absoluto tiene oficio de adverbio de afirmación, como *ciertamente, a la verdad*; ἀποστόλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *apóstoles*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; προφήτας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *profetas*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*; εὐαγγελιστάς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *evangelistas*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto*; ποιμένας, caso acusativo masculino plural de sustantivo que denota *pastores*; καὶ, conjunción copulativa y; διδασκάλους, caso acusativo masculino plural del sustantivo *maestros*.

Καὶ αὐτὸς ἔδωκεν τοὺς μὲν ἀποστόλους, τοὺς δὲ προφήτας, τοὺς δὲ εὐαγγελιστάς, τοὺς δὲ ποιμένας καὶ διδασκάλους. El que subió sobre los cielos, da dones a los hombres. Puede hacerlo porque está investido de la plenitud de autoridad. Antes el apóstol se refirió a este *dar* de Cristo a la Iglesia: “*dio dones a los hombres*” (v. 8), ahora va a señalar algunos de estos regalos de la gracia, dados con el propósito de la edificación y consolidación de su cuerpo que es la Iglesia. Es interesante apreciar aquí que el apóstol no está interesado en *los dones* del Espíritu, sino en los hombres, hombres y mujeres, dotados de dones del Espíritu, que a lo largo del tiempo de la historia, el Señor va dando a la Iglesia. Nótese que el verbo utilizado es el mismo aquí y en el v. 8, por tanto, el que dio dones a los hombres, da hombres capacitados a la iglesia. El mismo que subió sobre todos los cielos, es el mismo que da estos regalos a la Iglesia. La traducción ἔδωκεν, *constituyó* de RV60, no es posiblemente la más feliz, porque *constituir* indica poner en una posición de dignidad, mientras que *dar* expresa una posición de servicio. El que es constituido es puesto para ser honrado, el que es dado es puesto para servir. No están estos constituidos como autoridades, sino entregados como siervos. No están sobre la Iglesia, sino en ella misma para servir (1 P. 5:1-4).

El detalle de las personas dotadas que son el regalo de Cristo a la Iglesia, se expresa en el orden natural desde la fundación de la Iglesia en adelante. Se detallan según el orden de necesidad para su desarrollo. Hay otros muchos dones que aparecen en las listas en donde se detallan, pero no es intención aquí de referirse a dones, sino a instrumentos capacitados por ellos para el ministerio. Pablo afirma que primeramente dio hombres capacitados para el tiempo fundacional de la iglesia, los apóstoles y los profetas, dotados con *dones fundantes*. Luego menciona a los que siguen la labor de la consolidación de la fe

en los cristianos, los evangelistas, pastores y maestros, a quienes se les da *dones consolidantes*.

Primeramente menciona el regalo de los ἀποστόλους, *apóstoles*. Estos son los que establecen el *fundamento doctrinal* de la Iglesia (2:20). Es una provisión que Cristo hace para la Iglesia, y es una operación Trinitaria que la ejecuta (1 Co. 12:4-6). Los dones son dados soberanamente a cada creyente por el Espíritu Santo (1 Co. 12:4). El apóstol enseña que *“hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo”*, es decir, todos los dones proceden del Espíritu. Es la tercer Persona Divina quien los reparte a cada creyente, obrando soberanamente en esto (He. 2:4). Como Vicario de Cristo conoce las necesidades de la Iglesia en cada momento y distribuye los dones soberanamente conforme a su omnisciencia. En este caso concreto, está dotando a hombres con el don de apóstol para el ministerio fundacional de la Iglesia. Pero junto con el Espíritu, está también la obra del Hijo (1 Co. 12:5). Pablo enseña que *“hay diversidad de ministerios”*. Ministerio equivale a servicio, pero, concretamente en el Nuevo Testamento se habla de ministerio cuando se está haciendo referencia al ejercicio de un don, ya que los dones son dados para servir con ellos a los demás y edificar el cuerpo (1 P. 4:10). Es preciso entender que en la Iglesia hay *oficios y ministerios*. Pablo se refiere a los *oficios*, que no son los dones, como *“buena obra”*, pero no como *“buen ministerio”* (1 Ti. 3:1). El ministerio es el servicio a las órdenes de un dueño. Cristo es Señor, porque también es Cabeza sobre todo en la Iglesia (1:22-23). Como Cabeza todos los ministerios dependen de Él y todos los ministros, en el ejercicio del ministerio, tienen el mismo Señor: *“Pero el Señor es el mismo”*. Siendo todos siervos y teniendo todos el mismo Dueño, no caben distinciones entre siervos. Pero, además de ser la obra del Hijo, la es también del Padre, ya que el apóstol dice que *“Hay diversidad de operaciones”* (1 Co. 12:6), en el sentido de que hay poder para operar con los dones. El verbo expresa la idea de una dotación de poder que capacita para la acción. Estas operaciones son tantas como los dones que han de hacerse operativos: *“Pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo”*, de modo que el poder para actuar y servir con los dones es otorgado por el Padre, como don de la gracia, ya que del Padre viene todo don perfecto y toda buena dádiva (Stg. 1:17). Es el Padre quien produce soberanamente el deseo de servir y da el poder para hacerlo (Fil. 2:13). Las obras poderosas de Cristo, eran el resultado de la operación del Padre en Jesús (Jn.14:10). Un resumen acerca del ejercicio de los dones, es sencillo: (1) Todos los dones proceden del Espíritu Santo que los da soberanamente a quien quiere. (2) Todo el ministerio se lleva a cabo bajo la dirección y en sujeción al Señor. (3) Todo el poder para llevar a cabo el ministerio procede del Padre, que capacita a cada creyente.

Este Dios, Trino y Uno, provee para la iglesia en el cumplimiento del deseo del Hijo: “*Yo edificaré mi iglesia*” (Mt. 16:18). Para esta acción se da prioridad en el otorgamiento de dones, de manera que Pablo habla en primer lugar de los apóstoles, asunto que no es novedoso en la *Carta*, sino que también se reitera en el escrito a los corintios cuando dice que dio “*primeramente*” apóstoles (1 Co. 12:28). Este término en plural *apóstoles*, comprende al *colegio apostólico* de los doce, incluido Matías, y a Pablo, como apóstol especialmente llamado y enviado a los gentiles. En sentido general el término hace referencia a quien es enviado en alguna misión. En este sentido se llama *apóstol* a Epafrodito, como enviado de la iglesia en Filipos para llevar una ofrenda de amor y comunión al apóstol (Fil.2:25), pero, en el sentido específico comprende sólo a los doce y a Pablo. Sólo ellos recibieron el don y sólo ellos fueron acreditados con señales específicas (2 Co. 12:12). Estos son aquellos que anteriormente se mencionaron como *santos apóstoles* (3:5), receptores de la revelación de Dios, del *misterio* oculto desde siglos, entre los que está Pablo como se dijo antes y como se fundamente en la *Carta* (3:1ss). No hay ninguna razón bíblica en el escrito para suponer un grupo más amplio de apóstoles que los doce y Pablo. El don se da para establecer -entre otras cosas- las bases doctrinales de la Iglesia, lo que es el *fundamento apostólico*, y para la escritura del Nuevo Testamento (2:20), por tanto, en este sentido este don no está operativo hoy.

En segundo lugar también Dios dio a la Iglesia τοὺς προφῆτας, *los profetas*. Aquellos que reciben un mensaje de Dios y lo transmiten con fidelidad a quienes son sus destinatarios, siendo guiados en su declaración y autenticados por el Espíritu. Eran aquellos que, no estando completos los escritos del Nuevo Testamento, recibían revelaciones del *misterio*, es decir, de lo concerniente a la doctrina de la Iglesia y a los acontecimientos escatológicos para ser comunicados a los creyentes en las iglesias. Esta podía y en principio lo fue, una *tradición* doctrinal, es decir, la transmisión oral de la revelación divina, hasta el momento en que tanto los apóstoles como los profetas escriben las revelaciones y se completa el Canon del Nuevo Testamento (2:20). No se describe con detalle cual era la función profética para que estuviese vinculada tan directa y estrechamente con los apóstoles, pero, en ambos casos, la unidad ministerial consistía en la recepción y comunicación de revelaciones directas de Dios mismo.

Sin embargo, deben hacerse necesariamente tres distintos niveles del ejercicio profético: (1) El de revelación de lo que no era conocido y que procedente de Dios se comunica como una revelación nueva y concreta de la doctrina bíblica. Este aspecto de la profecía no está operativo hoy, por cuanto no se puede añadir más a lo que ya es Palabra de Dios escrita. (2) El ejercicio de *edificación, exhortación y consolación*, en el que quien tiene el don de profecía

ejerce ministrando la Palabra a la congregación en de los tres aspectos antes mencionados (1 Co. 14:3). Posiblemente estos sean los profetas mencionados de la iglesia en Antioquia (Hch. 13:1). Nada tiene que ver con nuevas revelaciones que añadir a la Escritura, y tampoco debe confundirse con el ministerio de pastores o maestros. (3) La profecía en la expresión de algún mensaje personal que el Señor envía para algún creyente en concreto, especialmente en atención a circunstancias específicas que le van a afectar, como era el caso de Agabo, profetizando la prisión de Pablo o el hambre en Jerusalén (Hch. 11:27-29). Como todos los dones del Espíritu son dados a creyentes, por tanto, indistintamente a hombres y a mujeres, es decir, no existen dones para hombres y dones para mujeres, como se aprecia en que las hijas de Felipe tenían el don de profecía (Hch. 21:9), ejerciéndolo para edificación en la iglesia como corresponde a la razón de ser de los dones del Espíritu. El primer nivel del don de profecía no está operativo hoy, por cuanto el Canon del Nuevo Testamento está cerrado.

Luego de los profetas, se lee literalmente en el texto griego, τοὺς δὲ εὐαγγελιστάς, “y los evangelistas”, entrando en el grupo de creyentes dotados de dones *consolidantes*, que adquieren esta calificación porque *consolidan* lo que los apóstoles y profetas comunicaron, primero por tradición y luego por escritura. Es interesante apreciar que si en otros lugares, como en la lista de 1 Co. 12, los dones se numeran ordinalmente, como primero, segundo, luego, etc. aquí se presentan como un todo, distinguiéndolos unos de otros mediante la conjunción copulativa y, precediendo luego el sustantivo del correspondiente artículo determinado. El evangelista es el creyente a quien el Espíritu Santo ha dado ese don. No se trata de la capacidad para predicar el evangelio, aunque la comprende, ya que la evangelización universal corresponde a la responsabilidad de cada creyente que es enviado a las naciones para hacer discípulos. Creyentes sencillos de la iglesia en Jerusalén, iniciaron la evangelización en Antioquia hasta constituir el núcleo primario de aquella iglesia (Hch. 11:19-22). El don de evangelista es dado para discipular a los recién convertidos, teniendo en cuenta el mandato de Jesús de “enseñarles todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:20). Son ministros que complementan la obra de los apóstoles y profetas, enseñando la doctrina fundamental a quienes son alcanzados por el evangelio y necesitan la formación necesaria para su vida personal y eclesial. Ese era el don de Felipe, de uno de los siete diáconos de Jerusalén (Hch. 21:8), evangelista por don y diácono por oficio. Los evangelistas *enseñaban* e *interpretaban* la Escritura a quienes necesitaban esa enseñanza, como ocurrió con el mismo Felipe y el eunuco etíope (Hch. 8:26, 30-35). Probablemente Timoteo no tenía el don de evangelista, pero era necesario que atendiese aquella necesidad e hiciese la veces, o complementase la labor de los evangelistas, por lo que el apóstol Pablo le exhorta a “hacer la obra de evangelista” sin dejar de “cumplir su ministerio” (2 Ti. 4:5). Los evangelistas eran generalmente *misioneros*

itinerantes, visitando los lugares donde se establecían las nuevas iglesias, por tanto el evangelista era colaborador el ministerio fundacional de la iglesia, siguiendo a lo que los apóstoles y profetas habían comunicado antes. Debiera esto hacer reflexionar sobre la necesidad de discipular convenientemente a los recién convertidos. Una persona nacida de nuevo debe ser instruida en la santísima fe, enseñándole desde un nivel elemental, pero siempre completo, la doctrina del Nuevo Testamento. No se trata de enseñarles algunos aspectos congregacionales, costumbristas o denominacionales, sino principios bíblicos de la fe, que les permita progresar en el crecimiento de su vida cristiana, a fin de que salgan de la situación infantil en donde son fácilmente arrastrados por cualquier viento de doctrina (4:14).

El apóstol se refiere luego a los creyentes con don de *pastor*, τοὺς δὲ ποιμένας, y los *pastores*. Existe una discusión sobre si se trata de un solo don, en este caso el de *pastor-maestro*, o son dos dones distintos. En el texto griego los dos van precedidos por un único artículo determinado plural, lo que pudiera entenderse como que una misma persona tiene los dos dones o bien un don doble consistente en *pastor y maestro*, ποιμένας καὶ διδασκάλους, literalmente *pastores y maestros*. Con todo es interesante apreciar que aunque van precedidos de un mismo artículo van ligados por una conjunción copulativa, lo que permite entender también que uno es el don de pastor y otro el don de maestro. No cabe duda que *pastorear* lleva implícito dar pasto, esto es, alimentar el rebaño y el alimento en caso del rebaño de Dios, la Iglesia de Jesucristo, no puede ser otro que la enseñanza de la Palabra. A los pastores se les demanda capacidad para enseñar la Palabra, pero, no es menos cierto que en algún otro lugar del Nuevo Testamento, se habla de los enseñadores o maestros, pero no de los pastores (Ro. 12:7). No es bíblico confundir el don de pastor y el de maestro con los ancianos, sobreveedores, o presbíteros de las iglesias locales. El ancianato es un oficio de la iglesia local y por el mismo hecho de ser los líderes de las congregaciones locales, ya ejercen funciones pastorales de conducción. Quien lidera, en alguna medida al pueblo de Dios, no puede dejar de hacer trabajo pastoral, por esa misma causa se dice que el Señor levantará a su siervo David como pastor para Israel (Ez. 34:23), e incluso se dice de Ciro que “*será mi pastor*” (Is. 44:28), porque proveería de libertad y ayudaría al pueblo de Dios. Los ancianos o sobreveedores hacen funciones pastorales en la conducción del pueblo que Dios puso a su cuidado. Esa es la razón por la que Pablo exhorta a tener cuidado pastoral y apacentar el rebaño de Dios a los ancianos de Éfeso, en su despedida en la playa de Mileto (Hch. 20:28), y de la misma manera lo hace también el apóstol Pedro (1 P. 5:2). Sin embargo, el servicio de anciano es un oficio, necesario para la buena marcha y conducción de la iglesia local, pero no aparece como don en ninguna de las listas de dones del Nuevo Testamento. Las condiciones bíblicas para el oficio no descansan en dones, sino en capacidades y condiciones personales (cf. 1 Ti. 3:1-16; Tit. 1:5-

11). La única condición que pudiera considerarse como don es que sean “*aptos para enseñar*”, esto supone que el anciano, presbítero o sobreveedor, tiene que conocer la Palabra para conducir al pueblo con ella, ejercer la disciplina necesaria conforme a ella, y ser capaz de dar respuesta a cualquier interrogante mediante ella. Es, pues, más consecuente considerar el don de pastor distinto al don de maestro. El pastor es el que está cerca de cada oveja atento a las necesidades personales de cada una. El que, por conocerlas individualmente, puede darle la porción de alimento espiritual que necesita conforme a sus peculiaridades. Este ministerio es vital en cada congregación, por tanto, no debiera haber ninguna iglesia que no tuviese pastores, en el sentido de creyentes con don de pastor. El manual del pastor es el cumplimiento pormenorizado del Salmo 23. El don de pastor produce carga espiritual en quien lo ha recibido que lo orienta hacia las necesidades individuales de cada creyente. Es el que está con el miembro de la congregación siempre que lo necesita, el que le ayuda en las respuestas necesarias de cada día, el que lo exhorta con gracia, el que lo amonesta con mansedumbre, el que llora a su lado en sus penas, y el que lo lleva sobre sus hombros cuando la debilidad espiritual lo está afectando. Es el que lo busca cuando esta extraviado, el que va al lugar desierto del mundo para darle un abrazo de misericordia, el que restaura en las caídas y el que, por llevar la carga de cada uno de los miembros de la iglesia sobre su alma, dedica tiempo cada día a orar por ellos. Por esta causa es preferible entender el don de *pastor* como uno y el de *maestro* como otro. En este sentido escribe el Dr. Lacueva:

*“...aún cuando todos los pastores han de ser competentes para enseñar, hay líderes particularmente equipados para la enseñanza, mientras otros destacan por sus dotes de gobierno, siendo especialmente dignos de doble honor los que ejercen fielmente ambas funciones”*³⁵.

No cabe duda que en la práctica el ministerio de unos y otros, es decir, de pastores y maestros, debió estar unido frecuentemente.

El último grupo de creyentes capacitados con un don del Espíritu para un determinado ministerio de consolidación en la iglesia, son los *maestros*. Este don se traduce por *doctores* en algunas versiones. Es el creyente capacitado para la enseñanza y exposición de la Palabra. Estos son los comisionados para dar la enseñanza e instrucción Bíblica, exponiendo la Palabra en las congregaciones. Es decir, hacer entender a los creyentes el cuerpo doctrinal del Nuevo Testamento y también la interpretación del texto bíblico del Antiguo Testamento. Por medio del *don* o del *carisma* del Espíritu, se adquiere la *capacidad* para este ministerio, pero es necesario entender también que la capacitación para ello procede del estudio profundo y sistemático de la Escritura

³⁵ F. Lacueva. o.c., pág. 159.

bajo la dirección de otros maestros. Tal cadena de enseñanza está establecida por el apóstol Pablo para la Iglesia (2 Ti. 2:2). Como quiera que el *maestro* es un don, y no todos los creyentes tienen los mismos dones, la enseñanza congregacional debe estar reservada para los *maestros*, debidamente formados y preparados en la Palabra. Los creyentes pueden contribuir a la edificación del cuerpo en el ministerio de la Palabra, ejerciendo las labores proféticas de edificación, exhortación y consolación (1 Co. 14:3), pero la enseñanza doctrinal y la interpretación consonante de la Palabra debe estar en manos de *maestros*. Lo más peligroso para el estancamiento espiritual de una congregación, es que la enseñanza esté en manos de *personas espirituales* aunque no hayan recibido el don de maestro, ni hayan sido preparados convenientemente en la Palabra. La enseñanza eficaz de la congregación es la que está en manos de hombres dotados para ello por Dios mismo y preparados bajo la instrucción de otros creyentes capaces para hacerlo. La iglesia de Antioquía es un claro ejemplo de las consecuencias fortalecedoras y saludables de un ministerio de enseñanza en manos de hombres dotados y competentes, como eran entonces Pablo y Bernabé (Hch. 11:25, 26). Aquellos dos estuvieron enseñando a la iglesia naciente durante todo un año. Una de las necesidades imperiosas en las iglesias locales tiene que ver con la exposición sistemática de la Palabra. No hay medio más eficaz -e incluso diría que es el único modo bíblico de enseñanza- que la exposición sistemática de la Escritura. Lamentablemente hay congregaciones a las que nunca les ha sido expuesto el libro de Levítico, o los profetas menores, o el Cantar de los Cantares en la interpretación literal y no alegórica. Muchos líderes consideran que es mejor el mensaje temático, consistente en predicar sobre los *asuntos urgentes de la sociedad actual*. Este ministerio es el parche puesto a un grano cuando ya está infectado. La Palabra de Dios expuesta en toda su extensión da sabiduría al creyente y la meditación en ella hace vidas victoriosas y santas. El liderazgo de las iglesias debiera estar atento a creyentes a quienes Dios dio el don de *maestro* para proveer para ellos de lo necesario a fin de capacitarlos para el ejercicio de su ministerio. No siempre es posible tener en la propia iglesia local, maestros que enseñen a otros, pero, es posible aportar, bien individualmente o en la comunión fraterna con otras iglesias de recursos financieros que permitan al hermano en cuestión desplazarse a una institución en donde pueda recibir toda la enseñanza necesaria para llevar a cabo eficazmente el ejercicio del don. El don de maestro requiere el estudio continuado de quien lo ha recibido. Nadie piense que porque tiene un mayor conocimiento que antes, o porque a lo largo del tiempo va teniendo mayores recursos para la enseñanza ya ha alcanzado el nivel óptimo y no necesita más. La experiencia del maestro bíblico es que nunca llega a alcanzar el nivel de conocimiento que no pueda superar. Esto requiere que el liderazgo de las iglesias provea de los recursos necesarios para que el maestro pueda, sin quebranto grave para su propio medio de vida, adquirir los libros necesarios que le permitan una mayor investigación del texto bíblico. Otro asunto necesario es

que el maestro debe conocer los idiomas originales en que está escrita la Palabra, para que pueda interpretarla como corresponde en la mayor dimensión y precisión posible. La iglesia que deja de insistir en la enseñanza sistemática de la Palabra cae en el infantilismo, con las gravísimas consecuencias que le acompañan (1 Co. 3:1-4; He. 5:11-14).

12. A fin de perfeccionar a los santos para la obra de ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.

πρὸς τὸν καταρτισμὸν τῶν ἁγίων εἰς ἔργον διακονίας, εἰς
 Con el fin del equipamiento de los santos para obra de servicio para
 οἰκοδομὴν τοῦ σώματος τοῦ Χριστοῦ,
 edificación del cuerpo - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Apelando al propósito de los creyentes dotados con dones, escribe: πρὸς, preposición de acusativo *con el fin de*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καταρτισμὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *equipamiento*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del sustantivo *santos*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἔργον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *trabajo, obra, acción, ocupación, actividad*; διακονίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de servicio, de diaconado, de ministerio*; εἰς, preposición de acusativo *para*; οἰκοδομὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *edificación*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; σώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

El apóstol va a dar las razones por las cuales se han dado a la Iglesia, en el principio y luego en el correr del tiempo los creyentes dotados con los dones que se han considerado. Hay, sin embargo, cierta dificultad interpretativa en el texto griego, ya que es preciso determinar la dependencia de los tres complementos precedidos de preposición que aparecen en el texto³⁶. ¿De quien dependen estos complementos preposicionales? Es muy difícil vincular esta dependencia sólo con los dones de *pastores y maestros*, ya que la oración se inicia antes y es necesario unir todos ellos a *dio*, o como traduce RV60 a *constituyó*, por tanto no se deben relacionar solo con los dos últimos, sino con todos los que figuran en la oración.

Πρὸς τὸν καταρτισμὸν τῶν ἁγίων εἰς ἔργον διακονίας, εἰς
 οἰκοδομὴν τοῦ σώματος τοῦ Χριστοῦ. Todos los creyentes dados con la

³⁶ Una vez con la preposición πρὸς, y las otras dos con la preposición εἰς.

capacitación correspondiente de los dones del Espíritu, lo fueron para la *καταρτισμὸν*, *edificación*, o tal vez mejor, *el equipamiento* de los creyentes. El sustantivo se usaba en el léxico de la medicina de entonces y es un *hápx legómenon*³⁷. El sentido del sustantivo puede ser expresado por el verbo³⁸ de la misma raíz, para dar a entender la capacitación de los creyentes para que sean capaces de servir, es decir, llevar a cabo su ministerio en la iglesia local. Este servicio no puede ser entendido más que como la tarea de la edificación del cuerpo de Cristo. De manera que tanto los apóstoles, como los profetas, como los evangelistas y también los pastores y maestros, tienen como misión principal *capacitar*, *hacer aptos*, a los creyentes en la Iglesia para el ministerio al que Dios los llame, pero, que en este sentido y contexto es la edificación y desarrollo del cuerpo de Cristo. Nótese que en el texto griego ministerio está en relación con *servicio ministerial*³⁹, es decir, cada cristiano en la iglesia, con el don que ha recibido debe servir a los demás (1 P. 4:10), pero para que sea posible llevar a cabo esa labor, se requiere la capacitación bíblica de cada uno de los creyentes en la iglesia. En la mente del apóstol está la preparación bíblica necesaria para el ejercicio correcto de cualquier don. El verbo, del que antes se ha considerado, tiene que ver con *amueblar algo totalmente*, o *equipara a alguien convenientemente*. El equipamiento del creyente permite a éste servir a otros con el don o dones recibidos. De ahí que nuevamente aparezca el énfasis de que el ministerio de enseñanza no puede ser puesto en manos de cualquiera porque está en juego el correcto servicio de sus miembros. La iglesia ha de procurar la capacitación de todos los creyentes con un objetivo: “*servir más y mejor*”. El lugar de la enseñanza para capacitación es la iglesia local. Sin embargo, antes hice mención a las instituciones de formación bíblica. Estas no pueden tener otro objetivo más que la formación de creyentes para servir mejor en el ámbito de la iglesia local. Ninguna institución está por encima ni paralela a la iglesia local, sino bajo ella para servir ayudando a equipar a los santos para el ministerio. Las instituciones de enseñanza complementan, pero nunca sustituyen a la iglesia local ni pueden asumir su responsabilidad.

La idea del texto es fundamental: No se trata de que quienes edifican la iglesia son solo los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, sino que apóstoles y profetas, en un principio y luego en el tiempo los otros restantes, capacitan a cada uno de los creyentes para que todos ministren, conforme a los dones que el Espíritu soberanamente les otorgue, para que todos los creyentes trabajen ministrando con el objetivo del desarrollo del cuerpo que es la iglesia. Es decir, la iglesia entera está ocupada en el ministerio. De ahí la

³⁷ Que significa *una sola vez*, en que la palabra aparece en todo el Nuevo Testamento.

³⁸ Griego: *καταρτίζω*, que significa, *remendar, preparar, terminar la instrucción, poner en orden, perfeccionar*, términos que van desde *crear*, hasta *terminar*.

³⁹ Griego: *διακονίας*.

necesidad de entender el sacerdocio universal de los cristianos. Así escribe Hendriksen:

“La asistencia a la iglesia debería significar más que ir a escuchar al Rv. X. A menos que, en relación con el culto haya una adecuada preparación, un deseo de comunión cristiana, una participación de todo corazón, y un espíritu de adoración, existe el peligro que se transforme en un sacrilegio dominical. Y también, durante la semana cada miembro debe equiparse a sí mismo para realizar un ministerio definido, sea impartiendo aliento a los enfermos, enseñando, evangelizando al vecindario, distribuyendo tratados, o cualquier obra para la cual esté especialmente equipado. El significado de 4:11, 12 es, además, que la tarea de los oficiales de la iglesia es equipar a la iglesia para estas tareas. Es, sin embargo, importante añadir a todo esto que la efectividad del testimonio positivo y consciente del cristiano dependen en gran parte de la vida del creyente en aquellos momentos no dedicados a tal testimonio”⁴⁰.

Es necesario tener bien claro que cada cristiano, tanto mujeres como hombres, son sacerdotes espirituales que ministran en el santuario de Dios que es la iglesia. Nadie puede impedir el ministerio espiritual del cristiano, pero, al igual que los sacerdotes de la antigua dispensación tenían un tiempo de preparación para poder ejercer bien su ministerio sacerdotal, así también los que somos sacerdotes en el Nuevo Pacto, necesitan preparación para ministrar eficazmente en el Santuario de Dios que es la Iglesia, sirviendo con los dones que cada uno ha recibido. Privar del ejercicio de un don dado por el Espíritu a un creyente, hombre o mujer, es oponerse directamente a la acción determinada por el Señor para edificación de su Iglesia. La edificación del cuerpo equivale al desarrollo armónico del mismo. Es interesante notar que aquí se presenta una aparente imposibilidad ya que Pablo habla de edificar un cuerpo y de hacer crecer un edificio (4:16). Ambas cosas pueden edificarse y crecer. Los creyentes son miembros en un cuerpo y piedras en un edificio (1 P. 2:5). Como miembros deben crecer. Las piedras son vivas, por tanto, no sólo puede ser construido y levantado el edificio, sino que puede crecer ya que es vivo en sí mismo. Cualquier actividad de cualquier creyente dentro de la iglesia ha de ir encaminada a la edificación (Ro. 15:2). Bueno será para cada uno de nosotros que examinemos nuestro comportamiento en el seno de la congregación local donde se desarrolla nuestra vida cristiana y la comunión hermanable, considerando hasta que punto estamos coadyuvando a edificar, o de lo contrario, si no edificamos hasta donde estamos destruyendo, aunque sea por mera pasividad.

Unidad de fe y conocimiento (4:13-16).

⁴⁰ W. Hendricksen. o.c., pág. 216.

13. Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

μέχρι καταντήσωμεν οἱ πάντες εἰς τὴν ἐνότητα τῆς πίστεως καὶ τῆς
 Hasta que lleguemos los todos a la unidad de la fe y del
 ἐπιγνώσεως τοῦ Υἱοῦ τοῦ Θεοῦ, εἰς ἄνδρα τέλειον, εἰς μέτρον
 conocimiento pleno del Hijo - de Dios a varón perfecto a medida
 ἡλικίας τοῦ πληρώματος τοῦ Χριστοῦ,
 de estatura de la plenitud - de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con el mismo tema añade: con una cláusula temporal que comienza con μέχρι, preposición con significado de *hasta*, con idea de tiempo, *hasta que*; καταντήσωμεν, primera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo καταντάω, *llegar*, aquí *lleguemos*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*, πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido articular *todos*, en sentido de radicalmente todos; εἰς, preposición propia que rige acusativo, *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular *la*; ἐνότητα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *unidad*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo *fe*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐπιγνώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *conocimiento, reconocimiento, conciencia*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Υἱοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Hijo*, primer elemento del nombre propio compuesto, propio de la segunda Persona Divina; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; εἰς, preposición de acusativo *a*; ἄνδρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *varón*; τέλειον, caso acusativo masculino singular del adjetivo *perfecto, adulto, iniciado*; εἰς, preposición propia de acusativo *a*; μέτρον, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *dimensión, medida*; ἡλικίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado que denota *estatura, edad*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; πληρώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *completo, plenitud, lo que llena, estado perfecto*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

El objetivo final o la causa definitiva de la razón para la edificación del cuerpo es que éste llegue καταντήσωμεν οἱ πάντες εἰς τὴν ἐνότητα τῆς πίστεως καὶ τῆς ἐπιγνώσεως, “*a la unidad de la fe y del conocimiento*”, alcanzando definitivamente la *dimensión* correspondiente al cuerpo, cuya Cabeza es Cristo. Dicho de otro modo, que la dimensión del cuerpo sea

proporcional a la de la cabeza. Sin duda el texto, como otros muchos de la *Carta*, tiene cierta dificultad para comprenderlo e interpretarlo.

Un elemento que debe tenerse en cuenta en el momento de interpretar el pensamiento del apóstol es la *totalidad* sobre la individualidad, de manera que se trata de que πάντες, “*todos*” lleguemos a un determinado nivel, y no sólo algunos. Aunque la Iglesia está formada por creyentes, individuales, ella, en sí misma, es una unidad colectiva, esto es, el resultado de la integración de todos ellos. La idea, por tanto, aunque de forma natural afecta y está orientada a cada creyente, está pensada en la unidad del cuerpo que es la Iglesia. El pensamiento es que todos los creyentes forman una comunidad que los comprende a todos y que debe alcanzar una determinada dimensión espiritual. Esta dimensión no la ha alcanzado la Iglesia, pero está encaminada hacia ella, de ahí el uso del aoristo de subjuntivo del verbo *llegar*⁴¹, eso es algo irrenunciable y se proyecta hacia la consecución del propósito, es decir, es el tránsito o el movimiento que progresa hacia una determinación final. En la medida que los creyentes progresan en el crecimiento de la fe y en la misma medida la Iglesia va edificándose, así también las diferencias doctrinales van desapareciendo. Quienes vivimos cerca del mar y en los lugares donde hay mareas pronunciadas, hemos podido observar muchas veces que cuando el mar está bajo, las rocas de la costa se ven claramente aquí y allá, pero cuando el mar sube, estas desaparecen bajo el agua. Así también el creyente, en la medida en que va creciendo en la fe, las diferencias entre cristianos disminuyen para dar paso a la unidad del océano de la fe.

El objetivo aquí es que la Iglesia, como cuerpo, alcance εἰς τὴν ἐνότητα τῆς πίστεως καὶ τῆς ἐπιγνώσεως τοῦ Υἱοῦ τοῦ Θεοῦ, “*la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios*”, eso es lo que se pretende indicar mediante el uso de una cláusula con genitivos explicativos sobre lo que es el alcance de la unidad. La culminación se consigue cuando el cuerpo, esto es, todos los miembros que lo integran, alcanzan la única fe y llegan al único conocimiento del Hijo de Dios. El *pleroma*, la *plenitud* de ese conocimiento se consuma en llegar a la unidad de la fe y a la unidad del conocimiento del Señor. La unidad corporativa de la iglesia en Cristo, hecha por el Espíritu, que ha de mantenerse y expresarse en la paz vinculante de cada creyente (4:3), es una unidad que alcanza no solo la corporatividad en Cristo, sino el conocimiento tanto de la fe como del Señor mismo. Es necesario recordar que, como el cuerpo es uno, así también la base unitaria de la fe es también una sola y misma fe (4:5). No son los creyentes los que crean la unidad de la fe, sino que todos ellos *entran* a esa misma unidad de fe, que procediendo de Dios mismo es dada como norma a todos los que integran el cuerpo que es la Iglesia. Junto con la fe está

⁴¹ Griego καταντάω.

también el *conocimiento*. La palabra griega⁴² que el apóstol usa implica un conocimiento vivencial o experimental, mucho más que intelectual, aunque sin duda lo comprende también, en cierta medida. El conocimiento a alcanzar en suprema dimensión es el del *Hijo de Dios*. La fe deja la intelectualidad para pasar a la experimentalidad, ya que aquello que la fe detalla, la experiencia en la fe alcanza. Los dones de enseñanza, que presentan la expresión de la fe, traen como consecuencia, en el fruto de la fe, el conocimiento pleno del Hijo de Dios para todos los creyentes. En el conocimiento cada vez mayor del Hijo de Dios, cada creyente procura “*andar como Él anduvo*” (1 Jn. 2:6). El creyente maduro se identifica cada vez más con Cristo, por tanto hay una unidad real entre los cristianos que alcanzan grados elevados de madurez espiritual. Lo contrario, esto es, los carnales o niños en Cristo, que siguen a hombres en lugar de seguir al Señor, aquellos que están llenos de sus propios pensamientos personales, son incapaces de mantener la unidad del cuerpo (1 Co. 3:1-4).

Esta dimensión alcanza un punto todavía más elevado: εἰς ἄνδρα τέλειον, “*a un varón perfecto*”. Es decir, cuando el creyente alcanza la unidad de la fe y entra en la dimensión existencial o vivencial del Hijo de Dios, llega a la plenitud. Pero, como esta plenitud está relacionada con la colectividad, esto es, con la Iglesia, esta llega a *un varón perfecto*. No hay nada novedoso en este calificativo para la iglesia ya que antes dijo que la obra de Dios en Cristo permitió llegar a un solo y *nuevo hombre* (2:15). La enseñanza es que cada creyente y la colectividad, en la medida en que realiza un movimiento hacia la unidad de la fe y del conocimiento, alcanza la plenitud en la dimensión del cuerpo proporcional a la cabeza que es Cristo mismo. La unidad de la fe y del conocimiento alcanza cada vez una mayor identificación con Cristo mismo, en una aproximación de dimensión correspondiente o concordante del cuerpo con la Cabeza. Un creyente progresa hacia un estado espiritualmente completo, maduro en pensamiento (1 Co. 14:20). Ese desarrollo es continuo y el creyente alcanzará la perfección cuando esté en la presencia del Señor. Esta fue la experiencia del mismo apóstol (Fil. 3:13-14).

El apóstol prosigue a la última consecuencia en este progreso de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, que es alcanzar la εἰς μέτρον ἡλικίας τοῦ πληρώματος τοῦ Χριστοῦ, “*medida de la plenitud de Cristo*”. Esta plenitud⁴³ es una expresión que puede referirse a *edad* de vida o *tiempo de vida* (por ejemplo: Lc. 2:52; 12:25, donde añadir a su estatura un codo es una figura para extender edad a la vida, Jn. 9:21, 23; He. 11:11) pero, como debe entenderse aquí, tiene que ver con la estatura del cuerpo, como se utiliza en otros lugares del Nuevo Testamento (Lc. 19:3). En el contexto del pasaje la

⁴² Griego ἐπίγνωσις.

⁴³ Griego ἡλικία.

orientación hacia la plenitud de la fe, del conocimiento y de la plenitud de Cristo supone un movimiento dimensional, por tanto, debe entenderse como la magnitud de Cristo. De ahí que en el caminar de cada creyente y de la colectividad de la Iglesia hacia el *hombre perfecto*, es decir, hacia Cristo, o si se prefiere mejor *hacia el Cristo*, considerado como Cabeza que es el Señor y su cuerpo que es la Iglesia, llegará a la magnitud de la medida concordante del cuerpo con la Cabeza. Jesucristo en sí mismo, es el *pleroma* divino, y tiene, por tanto el grado supremo de perfección o madurez. La Iglesia, como Su cuerpo, ha de ir progresando hasta equipararse al tamaño de la Cabeza. Esto será una gloriosa realidad en el futuro (1 Jn. 3:2). Ha de tenerse en cuenta que la Iglesia por sí misma nunca podría llegar a la suprema perfección a no ser por la vinculación con la Cabeza, que es Cristo, de quien se sustenta y nutre y con quien forma una unidad espiritual perpetua. Lo que Pablo está enseñando es que la Iglesia en su progresión habrá alcanzado la perfección, en consonancia con la Cabeza, cumpliendo el proyecto de Dios para ella (Ro. 8:29).

Con todo, aunque la enseñanza puede considerarse como referida a la colectividad de la iglesia, no cabe duda que lo que afecta a la colectividad del cuerpo, afecta también a cada uno de los miembros. No se trata de alcanzar corporativamente una dimensión equilibrada o acompasada con la Cabeza, sino que esta experiencia tienen, necesariamente que alcanzar a cada uno de los creyentes individualmente. El cuerpo no puede ser considerado armónico, al margen de la armonía de cada uno de sus miembros, el *pleroma de Cristo*, hacia el que tiende la Iglesia, es la unión del propio Cristo, como Cabeza y de cada uno de los fieles unidos a Él y que forman el cuerpo que es la Iglesia. Se trata de proseguir, individualmente hasta alcanzar la madurez individual que será, en esa misma medida madurez colectiva, conforme a la dimensión de la cabeza que es Cristo mismo. En eso se cumple el propósito divino que cada creyente sea conformado a la imagen del Hijo (Ro. 8:29). En la medida en que el cristiano viva en el Espíritu (Gá. 5:16), en esa misma medida progresa hacia la dimensión establecida en el pensamiento de Dios. Sin embargo, la plenitud espiritual, que alcanza el grado de la “*medida de la estatura de la plenitud de Cristo*”, no es realizable en esta vida. El propio apóstol Pablo afirma que Él no lo ha alcanzado, por tanto, se extiende hacia la meta de la perfección del supremo llamamiento de Dios (Fil. 3:12-14).

14. Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.

ἵνα μηκέτι ὦμεν νήπιοι, κλυδωνιζόμενοι καὶ περιφερόμενοι
Para que no más seamos niños pequeños sacudidos por las olas y llevados de aquí para allá

παντὶ ἀνέμῳ τῆς διδασκαλίας ἐν τῇ κυβείᾳ τῶν ἀνθρώπων,
 por todo viento de la enseñanza en virtud de la astucia de los hombres
 ἐν πανουργίᾳ πρὸς τὴν μεθοδεῖαν τῆς πλάνης,
 con mala intención para la asechanza del error.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, escribe: ἵνα, conjunción, *para que*; μηκέτι, adverbio, *ya no, no más*; ὦμεν, primera persona plural del presente de subjuntivo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *seamos*; νήπιοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *niño pequeño*, κλυδωνιζόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo κλυδωνίζομαι, *ser sacudido por el oleaje*, aquí *sacudidos por las olas*; καὶ, conjunción copulativa y; περιφερόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz pasiva del verbo περιφέρω, *llevar de un lado para otro*, aquí *llevados de aquí para allá*; παντὶ, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido declinado *por todo*; ἀνέμῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *viento*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; διδασκαλίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *enseñanza*; ἐν, preposición de dativo *en virtud de*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; κυβείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que literalmente significa *juego de dados*, figuradamente *astucia, riesgo, azar*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *de los*; ἀνθρώπων, caso genitivo masculino plural del sustantivo genérico *hombres, personas*; ἐν, preposición de dativo *con*; πανουργίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *mala intención, astucia*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; μεθοδεῖαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *astucia, asechanza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; πλάνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *engaño, error*.

El propósito de Dios en relación con la plenitud de la Iglesia, afecta, como ya se ha dicho antes, a cada uno de los miembros de ese cuerpo que son los creyentes. Llegar a la plenitud, es llegar a la madurez espiritual y pasar de ser ἵνα μηκέτι ὦμεν νήπιοι, niños a fluctuantes a hombres solidamente establecidos. Pablo dice que estos niños son κλυδωνιζόμενοι, *sacudidos por las olas*, de ahí el sentido del adjetivo traducido por *fluctuantes*. Este crecimiento tiene que ver con la experiencia directa de la unidad de la fe (v. 13). En la medida que la fe nos lleve a la experiencia más íntima con Cristo y a un mayor conocimiento de Él, se irá produciendo en cada uno el desarrollo hasta la dimensión consonante con Cristo. El apóstol compara a los que no han crecido en la fe y en el conocimiento del hijo de Dios, con *niños*, literalmente *niños pequeños*⁴⁴. Sin embargo, el término en el griego clásico se usaba para referirse a alguien que es inexperto, incluso pueril y si se apura un poco más el

⁴⁴ Griego νήπιοι.

significado a un *necio*, de ahí que en Hebreos se diga que una persona es inexperta porque es *niño*, usando el mismo término que Pablo usa aquí. De la misma manera aquí el apóstol se refiere a una forma de inestabilidad a inmadurez que se elimina o corrige mediante el crecimiento en la fe. La inexperiencia de los neófitos se elimina mediante la firmeza en la fe, hasta el punto que dejan de ser *niños*.

Los niños son imperfectos, incapaces de distinguir correctamente el valor de las cosas, por tanto, no saben lo que puede hacerles daño. Además, son crédulos a lo que les enseñan quienes son mayores que ellos. De ahí que Pablo enfatice que estos *niños*, son καὶ περιφερόμενοι παντὶ ἀνέμῳ τῆς διδασκαλίας, “*llevados por doquiera de todo viento de doctrina*”. Las figuras que usa Pablo para ilustrar la situación son dos: Primeramente habla de ser “*sacudidos por las olas*”, para lo que usa un verbo que procede del sustantivo *ola*⁴⁵, de modo que con ello pretende indicar un objeto llevado a la deriva, impulsado de un lugar a otro por las olas del mar, posiblemente tuviese en mente el mar embravecido que golpea cuando encuentra y lo desplaza conforme se producen las olas, no debemos olvidar que el apóstol estuvo en varios naufragios y en su recuerdo estaría el golpear frenético del mar embravecido (Hch. 27:14-44). A la figura del mar une también la del viento, que no deja de estar también vinculado con el mar, puesto que habla de ser “*llevados de aquí para allá*”, es decir, *a la deriva* por todo viento de doctrina. A la enseñanza se la compara aquí con un viento que sopla. Sin duda está pensando, no en la doctrina bíblica sino en las doctrinas o enseñanzas procedentes y nacidas de los hombres (Col. 2:22). Es a los colosenses a quienes el apóstol advierte que se cuiden de modo que “*nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilizas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo*” (Col. 2:8). En el pensamiento de Pablo está el mundo del que surgen vientos continuos de doctrinas fundamentadas en enseñanzas de hombres, que soplan sobre la iglesia, agitan la paz que debiera ser su expresión visible y mueve a quienes tienen poca solidez en la fe, porque no están firmemente anclados en Cristo. La única defensa a este acosar continuo desde del mundo está en la maduración firme en la común fe, de modo que pueden resistir el espíritu de falsa enseñanza del mundo que como vientos soplan contra la Iglesia.

La segunda parte de la oración se introduce mediante una preposición⁴⁶, que aquí adquiere el sentido de *en virtud de*, sirviendo para relacionar los complementos que siguen, y que deben considerarse como complementos no solo a la enseñanza, sino a toda la oración, explicando la situación en que se

⁴⁵ Griego κλυδών.

⁴⁶ Griego ἐν.

encuentran los cristianos en un mundo agitado por diversos vientos de doctrina. El primer complemento trae aparejada la idea de *τῇ κυβείᾳ*, *astucia* y *engaño*. La palabra usada⁴⁷ se refiere al juego de dados, de ahí que el sentido sea el de engañar. Los creyentes son engañados por quienes traen distintas formas de enseñanzas que son del mundo y proclamadas por sus mensajeros. ¿Por qué utilizar una palabra semejante? Porque el apóstol pretende enfatizar en que la enseñanza doctrinal que arrastra a los creyentes en un *juego* de hombres hecho con *astucia* y *artimañas*, con un solo propósito: *engañar*. De ahí que utilice también en el versículo ἐν πανουργίᾳ, *con mala intención*. Todo esto tiene que ver con una determinada actuación a la que el apóstol califica de μεθοδείαν, *asechanza* o, tal vez mejor, *artimañas*. El término griego⁴⁸ utilizado aquí y traducido por *artimañas*, en otras versiones *asechanzas*, está vinculado al error, literalmente μεθοδείαν τῆς πλάνης, *artimañas del error*. La idea aquí es la de un plan premeditado para inducir al error. Por tanto, los juegos de los hombres, son las artimañas que están utilizadas para inducir al error. Es el fiel reflejo de lo que Satanás hizo en el principio de la historia humana para inducir a Eva en la tentación a la caída. En el ambiente del mundo, el *cosmos* opuesto a Dios, surgen las corrientes intelectuales continuamente variables que agitan el mar de los hombres y procuran arrastrar en su viento diabólico, si fuese posible a los creyentes, que no estén firmemente anclados en la fe. Por tanto, la obligación moral de los líderes de la iglesia es capacitar a todos los creyentes en la fe, para que sean capaces de permanecer firmes en medio del turbión desatado por la falsa enseñanza, de manera que los creyentes maduros dejen de ser vulnerables a las enseñanzas procedentes de los hombres y, en último extremo, de Satanás.

Pablo enfatiza el problema de los inmaduros en el conocimiento: “*son llevados por doquiera de todo viento de doctrina*”. Los falsos maestros progresan en un medio de *niños espirituales*. Los creyentes inmaduros están siempre entusiasmados con *voces nuevas*, que les enseñan generalmente doctrina incorrectamente expresada, cuando no falsa. Esto ocurría claramente en Corinto, en cuya iglesia aceptaban a quienes se presentaban como personas “*de renombre*”, para enseñarles incorrecciones doctrinales (2 Co. 7:2; 10:12; 11:13-15). Los inmaduros son engañados por personas que tienen un plan definido para ello, utilizando una *estratagema*, es decir, poner trampas en su enseñanza. Utilizan la *astucia*, en el peor sentido (cf. Lc. 20:23; 1 Co. 3:19; 2 Co. 4:2; 11:3). Se sirven de *artimañas*, es decir, de un plan premeditado y predicando *error*, extraviando a los creyentes sencillos. Tal vez la idea que está sugiriendo el comentario es de graves formas heréticas de doctrinas, sin duda lo comprenden, pero se trata de algo mucho más sencillo pero igualmente

⁴⁷ Griego κυβεία.

⁴⁸ Griego μεθοδείαν.

perjudicial, como es basar la vida de libertad en la opresión de las costumbres enseñadas como doctrinas bíblicas. Tal fue el problema que tuvo que denunciar el apóstol escribiendo a los colosenses, de formas de piedad consistentes en asuntos tales como “*no manejes, ni gustes, ni aun toques*”, cosas que tienen “*reputación de sabiduría*” (Col. 2:20-23). Este tipo de enseñanza es muy típico de quienes se consideran a ellos mismos como dechados de santidad y ejemplo de perfección. Son los que para mantener el sistema religioso que les satisface, no dudan en generar remordimiento de conciencia en los hermanos más sencillos. Son los que llevan tras ellos cautivos a quienes se dejan embaucar por enseñanzas que no tienen consistencia en la Biblia, pero que se enseñan por los que se sirven de esas artimañas para tener tras ellos seguidores. No tienen interés por la libertad cristiana, sino por la opresión religiosa. Les importa muy poco que los cristianos giman bajo la angustia de un peso de tradición agobiante, con tal de que se mantenga el sistema impidiendo la verdadera libertad del evangelio. Son estos los que buscan textos fuera de contexto para convertirlos en base para sus pretextos. Son los que no dudan en separar familias en base a una aparente lealtad a la Palabra, quebrantando el mandamiento del amor, por la ruina de una piedad aparente. Son los que buscan hacer prosélitos, pero no tienen ningún interés en hacer cristianos. Pero, también son aquellos que se burlan de la verdadera piedad y consisten en vidas mundanas sin denunciar el pecado. Son también quienes tratan de contextualizar la Biblia a la forma licenciosa de vida mundana de estos tiempos, para quienes la santidad no es sino una opción de vida, en lugar de la razón esencial de la misma. Ambas posiciones son igualmente peligrosas y dañinas para el pueblo de Dios. Todos estos, unos y otros, mantienen a los creyentes en el infantilismo espiritual en beneficio de sus propias pretensiones. Este tipo de persona hace más daño a la iglesia que el ataque de mil demonios desencadenados contra ella. Pablo advierte de este tipo de vientos doctrinales que soplan en la iglesia y arrastran a los *niños* en Cristo.

15. Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo.

ἀληθεύοντες δὲ ἐν ἀγάπῃ αὐξήσωμεν εἰς αὐτὸν τὰ πάντα, ὃς
 Antes bien, hablando verdad en amor crezcamos hacia Él en lo todo el que
 ἐστὶν ἡ κεφαλὴ, Χριστός,
 es la cabeza Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

En contraste con la movilidad y el infantilismo el creyente tiene otro objetivo: ἀληθεύοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀληθεύω, *decir verdad*, aquí *hablando verdad*; δὲ, partícula

conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; ἐν, preposición de dativo, *en*; ἀγάπη, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*; αὐξήσωμεν, primera persona plural del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo αὐξάνω, *crecer, difundirse, multiplicarse*, aquí *crezcamos*; εἰς, preposición de acusativo *hacia*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal *Él*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado declinado *en lo*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; ὅς, caso masculino singular del pronombre relativo *Él que*; ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *es*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; κεφαλή, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *cabeza*; Χριστός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

Ἀληθεύοντες δὲ ἐν ἀγάπῃ. La prevención para el problema considerado antes, para no caer o ser extraviados, se ha de progresar, saliendo del infantilismo espiritual para caminar hacia la madurez espiritual. En la primera dimensión del crecimiento, la inseguridad que produce el hecho de ser *niños* en Cristo, se cambia por el mentir de quienes utilizan las artimañas del error, por el *hablar verdad en amor*. La primera relación es clara: no se puede amar a quien se está engañando. Pero *el hablar verdad en amor* está relacionado con la forma en que debe llevarse a cabo el crecimiento del cristiano. Una de las características del que es maduro en Cristo es una vida “*en palabra de verdad*” (2 Co. 6:7). Esta palabra formativa que conduce a la madurez espiritual, no es otra que la “*Palabra verdadera del Evangelio*” (Col. 1:5). La doctrina bíblica que el maestro enseña en la congregación es la “*palabra de verdad*” (2 Ti. 2:15).

Debe apreciarse que no es sólo el crecimiento resultado de la correcta exposición de la Palabra, sino también del amor. No es posible entender la verdad bíblica sin manifestar amor incondicional de los unos hacia los otros. La verdad está siempre unida íntimamente al amor. Predicar verdad sin amor, es calentar el cerebro y dejar frío el corazón. La proclamación de la verdad se expresa bajo la forma del amor. Como se apreciará en el siguiente versículo no puede haber crecimiento espiritual sin amor (v. 16). No se puede enseñar que Dios es amor, y hablar de Su amor eterno que ejecuta en el tiempo el propósito salvífico, sin amar con amor de entrega a aquellos por quienes El determinó el plan de salvación. Esa es la razón por la que el apóstol Juan enseña que quien es incapaz de amar a su hermano “*permanece en tinieblas*” (1 Jn. 2:9), y “*es mentiroso*”, es decir, no está en la verdad (1 Jn. 4:20). Es necesario entender claramente que no es posible disociar ortodoxia con ortopraxis, y conocimiento con amor. Lo que distingue a los cristianos no es la identificación en el entender la fe, sino en la manifestación del amor (Jn. 13:35). La proclamación de la verdad sólo es posible llevarla a cabo en el amor. Como escribe Hendriksen:

“Ahora bien, el error jamás puede ser vencido por mera negación. Contra los engaños de los maestros del error los efesios debían aferrarse a la verdad, esto es, practicar la integridad. ¿Y qué ministerio puede ser más noble que aquel que, resistiendo resueltamente el error, oponiendo contra él la fidelidad de la palabra y la vida, realiza todo esto en un espíritu de amor? Existen dos grandes enemigos en contra de un ministerio prospero, sea que éste se desarrolle entre creyentes o entre no creyentes. Uno es el apartarse de la verdad, el acomodarse a la mentira, sea en palabras o en hechos. El otro es la fría indiferencia con respecto a corazones y vidas, dificultades y pruebas, de las personas que uno ostensiblemente está procurando persuadir. Pablo tiene la verdadera solución: la verdad ha de ser puesta en práctica con amor (3:18; 4:2; 5:1, 2), que era exactamente lo que en forma constante hacía él (2 Co. 2:4; Gá. 4:16, 19; 1 Ts. 2:7-12); y enseñaba a otros a hacerlo (1 Ti. 4:11-13).

Con todo, el propósito del crecimiento, no tiene que ver sólo con la fe e incluso con el amor, sino con el propósito final de Dios αὐξήσωμεν εἰς αὐτὸν τὰ πάντα, ὅς ἐστιν ἡ κεφαλὴ, Χριστός, *“que crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza”*. Todo el crecimiento va acompasando el cuerpo como colectividad y los miembros como individualidades al nivel de la Cabeza que es Cristo. No se puede entender la vida cristiana sin vinculación con Cristo, expresado con palabras del mismo apóstol: *“Para mí el vivir es Cristo”* (Fil. 1:21).

16. De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

ἐξ οὗ πᾶν τὸ σῶμα συναρμολογούμενον καὶ συμβιβασόμενον
De el que todo el cuerpo bien unido y coaligado
διὰ πάσης ἀφ᾽ ἧς τῆς ἐπιχορηγίας κατ' ἐνέργειαν ἐν μέτρῳ ἐνὸς
por medio de toda juntura del suministro según actividad en medida de una
ἐκάστου μέρους τὴν αὐξήσιν τοῦ σώματος ποιεῖται εἰς οἰκοδομὴν
cada una parte el crecimiento del cuerpo lleva a cabo para edificación
ἐαυτοῦ ἐν ἀγάπῃ.
del mismo en amor

Notas y análisis del texto griego.

Llegado a la conclusión del párrafo, escribe: ἐξ, preposición de genitivo *de*; οὗ, caso genitivo masculino singular del pronombre relativo *el que*; πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; σῶμα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; συναρμολογούμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo συναρμολογέω, *recibir cohesión, recibir unidad,*

estar unido, aquí bien unido; καὶ, conjunción copulativa *y*; συμβιβάζόμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo συμβιβάζω, *unir, estar seguro, coaligar, aquí coaligado*; διὰ, preposición de genitivo *por medio*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de toda*; ὁφῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *ligamento, juntura, articulación*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *de la*; ἐπιχορηγίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *suministro*; κατ', forma escrita de la preposición de acusativo κατά, *en*, por elisión ante vocal con espíritu suave; ἐνέργειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *actividad*; ἐν, preposición de dativo *en*; μέτρῳ, caso dativo neutro singular del sustantivo *medida*; ἐνὸς, caso genitivo neutro singular del adjetivo numeral cardinal declinado *de uno*; ἐκάστου, caso genitivo neutro singular del adjetivo indefinido *cada uno*; μέρους, caso genitivo neutro singular del sustantivo *parte, pieza*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; αὔξησιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *crecimiento*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; σώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *cuerpo*; ποιῆται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ποιέω, *hacer, llevar a cabo, realizar, producir, aquí lleva a cabo*; εἰς, preposición propia de acusativo *para*; οἰκοδομὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *edificación*; ἑαυτοῦ, caso genitivo neutro singular del pronombre reflexivo declinado *del mismo*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀγάπῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *amor*.

El crecimiento del cuerpo está firmemente vinculado a la Cabeza que es Cristo. Ese desarrollo armónico comprende a todo el cuerpo y, por tanto, comprende a cada uno de los miembros de ese cuerpo, esto es, a cada creyente, ya que todos han de llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, que es el término perfecto del crecimiento (v. 13). El crecimiento y la funcionalidad del cuerpo se opera mediante el ejercicio de los dones que cada miembro ha recibido por acción soberana del Espíritu (1 Co. 12:11). La dimensión a que tiende el desarrollo del cuerpo es total, de ahí la expresión que literalmente es ἐν μέτρῳ ἐνὸς ἐκάστου μέρους, “*en la medida de cada una de las partes*”. Nadie queda excluido de la necesidad del crecimiento espiritual y todos son necesarios para llevarlo a cabo. Por esa misma razón ἐξ οὗ πᾶν τὸ σῶμα συναρμολογούμενον καὶ συμβιβάζόμενον “*todo el cuerpo está bien concertado y unido entre sí*”. Esa unidad bien coordinada entre sí se lleva a cabo por medio de los ligamentos y las articulaciones. Los primeros expresan la figura de la unidad del cuerpo en el que cada miembro está íntimamente unido a cada uno de los restantes, mientras que las articulaciones permiten el libre movimiento de cada miembro en pro de la funcionalidad del cuerpo.

La función de los ligamentos tiene misión de sustento y ayuda. En el cuerpo de Cristo, su Iglesia, no hay lugar para miembros inoperantes o inactivos, ya que cada uno en unión de los demás, se sirven unos a otros y todos

ellos llevan a cabo la realidad del cuerpo unido. Una vez más la idea de unidad en la diversidad es notable en el versículo. La Iglesia es una, como cuerpo, pero como tal es diverso, es decir, formado por miembros diferentes que se unen entre sí para dar realidad al cuerpo. Toda la diversidad coopera a la unidad y funciona en base a ella. Ningún miembro está aislado del otro, porque todos ellos forman una unidad en comunión con la Cabeza. De ahí el concepto bíblico de *comunión* entre hermanos, que es resultado de la comunión vertical que por esa misma causa se extiende a la horizontalidad (1 Jn. 1:3). Por tanto, el cuerpo que crece es un cuerpo perfectamente *articulado y vertical*. Éste es el sentido de los dos verbos que usa el apóstol⁴⁹. Sobre el significado de los dos verbos, escribe el Dr. Lacueva:

“El primero es συναρμολογούμενον, vocablo que se compone de tres partes: συν (con), αρμο (articulación; de él procede el vocablo ‘armonía’) y λογούμενον (del verbo lego, en su primer sentido de estar colocado); significa, pues, que los miembros han de estar juntamente colocados articuladamente, esto es, bien conectados. El segundo es συμβιβάζ μενον y está compuesto de dos partes (συν ante labial) y βιβάζ μενον, que significa levantar; da, pues, a entender que los miembros están conectados en posición vertical con la Cabeza... el primero enfatiza la articulación; el segundo, la receptividad conjunta”⁵⁰.

Ἐν μέτρῳ ἐνὸς ἐκάστου μέρους τὴν αὔξησιν τοῦ σώματος ποιεῖται εἰς οἰκοδομὴν ἑαυτοῦ. Sorprendentemente todo el cuerpo y cada miembro individualmente cooperan al crecimiento de ese cuerpo. Esa es la razón por la que antes se enseñó que el Señor dio a unos *apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros*, para que por medio de los dones fundantes y consolidantes, se iniciara la labor del crecimiento del cuerpo, pero que, a causa de que cada miembro tiene dones espirituales, con ellos debe servir a los demás en vistas a la edificación, o crecimiento, del cuerpo (1 P. 4:10). En ese sentido el crecimiento del cuerpo que el Señor procura llevar a cabo por medio del ejercicio de los dones, es realizado por el cuerpo mismo, crecimiento que se produce en base a la vinculación con Cristo. De otro modo: el crecimiento de los creyentes es también el crecimiento del cuerpo.

Toda la tarea de la edificación del cuerpo, en el ejercicio de los dones con los que el Espíritu capacita a los miembros del cuerpo para las tareas de edificación, descansa en un solo principio reiterado a lo largo de lo que antecede en la *Carta: el amor*. Toda actividad en el cuerpo que supone múltiples manifestaciones descansa necesariamente ἐν ἀγάπῃ, *en amor*, esto es, en un amor desinteresado, o si se me permite decirlo así, absolutamente interesado en

⁴⁹ Griego: συναρμολογέω y συμβιβάζω.

⁵⁰ F. Lacueva. o.c., pág. 162.

llevar a cabo el propósito de Dios y el desarrollo espiritual de los hermanos. Una responsabilidad de cada miembro es ser canal que permita a los otros recibir lo necesario para crecer. El alimento procede de la Cabeza, pero se comunica a cada miembro por las unidades que le ligan a los restantes. Un creyente puede ser de bendición o un obstáculo en el desarrollo de una iglesia local. El crecimiento del cuerpo es consecuencia del amor de unos miembros hacia los otros. El amor es capaz de soportar las flaquezas ajenas y persistir en comunicarle lo necesario para su edificación. La expresión ἐν ἀγάπῃ, “*en amor*”, se repite varias veces en la epístola (1:5; 3:17; 4:2, 15, 16; 5:2). El creyente ha sido objeto del amor divino desde la eternidad, por tanto no puede sino amar a quienes son también con él, objetos del amor de Dios. El desarrollo general está en razón del amor de entrega de cada miembro hacia los demás. El compromiso eclesial es, fundamentalmente, un compromiso de amor.

No es posible dejar este párrafo sin hacer una referencia a la unidad del cuerpo, que es la unidad de la Iglesia y de lo que ya se ha tratado antes. En ningún lugar de la Escritura se habla de otro modo acerca de la Iglesia sino como una unidad espiritual en Cristo. El Señor oró al Padre para que esta unidad fuese absoluta y definitiva (Jn. 17:21-23). El Espíritu hace posible la unidad vinculando a cada creyente en Cristo y bautizándolo en Él (1 Co. 12:13). Todo intento de fraccionar la Iglesia es luchar directamente contra el propósito de Dios. Nadie puede luchar contra Dios sin exponerse a la disciplina consecuente, en algunos casos tan grave como la pérdida de la vida física. Quien no entiende la unidad de la iglesia y genera fracciones en ella, es que no ha entendido el propósito de Dios y, aún más grave, tal vez nunca ha conocido a Dios. La base del mantenimiento de la unidad es el amor y la razón del crecimiento hacia la madurez espiritual, la Palabra. Ambas cosas son complementarias y ninguna puede excluir a la otra. Cuanto más se profundiza en la Palabra y mayor conocimiento se alcanza de Dios, se descubre que Él es naturalmente amor. De otro modo, Dios no puede ser Dios sin amar. De la misma manera no es posible llamarse hijo de Dios si el amor de Dios, en la dimensión admirable de la entrega hacia otros, no se manifiesta en la vida cristiana. Es posible que exista la incapacidad de comprender algunos aspectos profundos de la doctrina, pero no hay lugar posible para dejar el amor. La acusación a una iglesia como Éfeso, bien establecida, con maestros en la Palabra, con una excelente organización eclesial en tiempos apostólicos, es el haber dejado a un lado el primer amor. Cuando se margina de la vida o se contrista al Espíritu Santo, en esa misma medida disminuye el amor en la experiencia cristiana. El secreto de la buena relación entre creyentes y del mantenimiento solícito de la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (4:3), no consiste en ser capaces de *definir* el amor de Dios y sus muchas perfecciones y manifestaciones, sino en *vivir* ese amor en la experiencia cotidiana de la vida

cristiana. Sin amor no existe unidad y sin ella es imposible el testimonio evangélico al mundo (Jn. 17:21).

El compromiso de la nueva vida (4:17-32).

La parénesis de la *Carta* se extiende de aquí en adelante en una forma especial, ya que, aunque hubo aplicaciones personales antes, son más directas e intensas desde ahora, especialmente en relación con el modo visible de la vida cristiana en distintos aspectos. La doctrina sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo, tienen que producir unas consecuencias prácticas en la vida de cada creyente. Estas consecuencias se expresan en términos de vida y ética que alcanzan a todos los sectores sociales en donde un creyente pueda estar. Este modo de comportamiento es lo que corresponde a los *escogidos de Dios*. Aquellos que son llamados a mantenerse solícitos en conservar la unidad, han de manifestar el mismo cuidado en vivir vidas santas. La esencia del mensaje es muy sencilla: “*Los que son cristianos no pueden seguir viviendo como los que son del mundo*”. Las demandas son las mismas para el momento actual. Sin duda habrán cambiado las formas de expresión de vida de los que nos rodean, pero no ha cambiado el pecado en que se desenvuelven esas vidas. Los que antes estaban perdidos y eran esclavos del pecado, vivían en esa esfera, pero el cristiano transformado por el poder de Dios, tiene que vivir con un comportamiento distinto, manifestando los valores nuevos como consecuencia de la razón fundamental de la vida cristiana que es “*vivir a Cristo*” (Fil. 1:21).

El modo de vida sin Cristo (4:17-21).

17. Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente.

Τοῦτο οὖν λέγω καὶ μαρτύρομαι ἐν Κυρίῳ, μηκέτι ὑμᾶς περιπατεῖν,
 Esto pues digo y testifico en Señor no más vosotros andéis
 καθὼς καὶ τὰ ἔθνη περιπατεῖ ἐν ματαιότητι τοῦ νοῦς αὐτῶν,
 como también los gentiles andan en vanidad de la mente de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Introduciendo un nuevo párrafo, escribe: Τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; οὖν, conjunción *pues*; λέγω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo *hablar, decir*, aquí *digo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μαρτύρομαι, primera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo *μαρτυρέω, testificar*, aquí *testifico*; ἐν, preposición de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Señor*, referido a Dios; μηκέτι, adverbio negativo de tiempo *ya no, no más, nunca más*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; περιπατεῖν, tercera persona plural

del presente de infinitivo en voz activa *andéis*; καθὼς, conjunción que significa *según, en la medida de, como*; καὶ, adverbio de modo *también*; τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔθνη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *gentiles*; περιπατεῖ, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *andan*; ἐν, preposición propia que rige dativo *en*; ματαιότητι, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *vanidad, frustración*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; νοῦς, caso genitivo masculino singular del sustantivo que denota *mente, pensamiento, propósito*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal declinado *de ellos*.

La exhortación a la vida que corresponde a quienes son hijos de Dios y miembros del cuerpo de Cristo, adquiere un tono solemne a la vez que enfático. La misma introducción τοῦτο οὖν λέγω, “*esto, pues, digo*” adquiere un sentido de llamada de atención de modo que los lectores presten consideración a lo que sigue, *esto* que va a decir, reforzado con la conjunción *pues* que enfatiza aún más la atención requerida sobre lo que viene. Además de esto, los lectores deben considerar las demandas del apóstol como un μαρτύρομαι ἐν Κυρίῳ *testimonio del Señor*, que aquí adquiere el sentido de *instar, requerir*. El testimonio o requerimiento del apóstol es verdadero, por cuanto procede del mismo Señor, ya que el apóstol en su misión apostólica es enviado por Cristo mismo y con su misma autoridad para establecer los principios doctrinales que rijan la vida de la Iglesia y de cada creyente. El testimonio de Dios es verdadero, por tanto, quien desprecia la demanda consideraría al que testifica como *mentiroso*, y su demanda indigna de ser atendida. Es necesario entender claramente que el testimonio o requerimiento de Pablo al darlo *en el Señor* se da también *como del mismo Señor*. La expresión es semejante a la que aparece en la Epístola a los Tesalonicenses, cuando escribe: “*Por lo demás hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús*” (1 Ts. 4:1). Las palabras de Pablo adquieren aquí, como en otros lugares, la autoridad de Jesús (1 Co. 14:37). No deja de ser intensamente profunda la introducción que hace Pablo, puesto que al tratarse de un *testimonio en el Señor*, está apelando a la posición en donde se desarrolla la vida de cada creyente, en la esfera en donde se produce la razón de vida cristiana: “*para mí el vivir es Cristo*” (Fil. 1:21). Todo cuanto viene a continuación afecta el testimonio de ese ámbito de vida propia de cada creyente y visible para el mundo. Como dice Hendriksen refiriéndose a Bengel: “*Cuando el apóstol amonesta, lo hace de manera que los que la reciben actúen libremente; cuando alienta, es para que actúen alegremente; y cuando testifica es para que actúen reverentemente con adecuado respeto hacia la voluntad de Dios*”⁵¹.

⁵¹ W. Hendriksen. o.c., pág. 227.

La exhortación se dirige a los creyentes para que cuiden su *estilo de vida*. La construcción negativa: μηκέτι ὑμεῖς περιπατεῖν “no andéis”, tiene la referencia al *andar* de los gentiles. Es una expresión enfática, literalmente: *no andéis vosotros más*. Hubo un tiempo en que ellos vivían de esa manera (2:2, 3), pero la regeneración espiritual, produce un cambio de vida y la dotación de una nueva naturaleza, que se manifiesta en una forma diferente de *andar* (2 Co. 5:15). Los cristianos procedían del paganismo, con sus prácticas idolátricas e inmorales, propias de esa condición, por tanto, los creados en Cristo Jesús, debieran cuidar diligentemente no regresar a aquel sistema de vida contrario a la voluntad de Dios. Los que eran desobedientes y vivían conforme a los deseos de la carne y eran, por esa razón, hijos de ira (2:3), son “*llamados a ser santos*” (Ro. 1:7; 1 Co. 1:2). Es más, son llamados a *ser* de Jesucristo (Ro. 1:6), por consiguiente, en esa nueva forma de vida, renuncian a su pasado y a las perversidades propias de la vieja forma de vida. La santidad de vida, no es una opción religiosa de quienes se consideran cristianos, sino la única forma de vida propia de quienes verdaderamente lo son (1 P. 1:14-16).

La principal razón para el comportamiento de καθὼς καὶ τὰ ἔθνη “los otros gentiles” es que surge de una mente, esto es, de un pensamiento *vano*: περιπατεῖ ἐν ματαιότητι τοῦ νοῦς αὐτῶν, *andan en la vanidad de su mente*. La primera idea que sugiere la *vanidad* es la de una vida sin sentido (Ecl. 1:2). La segunda idea tiene que ver con el comportamiento consecuente con una mente vana, que conduce a pensamientos, deseos, planes y acciones perversos (Ro. 1:21). Pablo hace énfasis en la manera propia del pensamiento pagano, esto es, de los gentiles sin Dios, de donde los lectores procedían y habían salido como resultado del llamamiento celestial. Los gentiles en su condición natural no regenerada y, por tanto, carnal, no pueden entender las cosas de Dios, que deben ser comprendidas espiritualmente, por tanto se oponen a ellas (1 Co. 2:14). Por esa razón los no regenerados que *son* de la carne, piensan en las cosas de la carne (Ro. 8:5). Estos están controlados por la carne y su pensamiento está vinculado a las obras de la carne, poniendo su mente en ellas. Estos viven de bajas pasiones y también de mera religión (Gá. 5:20). Piensan y siguen las cosas de la carne, las valoran y las aman. De otro modo, se ponen al lado de la carne. Por el contrario, el creyente que *es del Espíritu* vive *según* el Espíritu y bajo su dirección, poniéndose del lado del Espíritu, es decir, del lado de Dios. Los gentiles no regenerados, viven bajo la ira de Dios, a causa de la vanidad de su mente, por cuanto “*habiendo conocido a Dios, no le glorificaron*” (Ro. 1:21). Estos no responden en consonancia con el conocimiento que tienen de Dios, negándose a glorificarle, sin darle el lugar que le corresponde por lo que es y por lo que ha hecho. A esta rebeldía se le une la ingratitud, ya que conociendo a Dios no le dieron gracias. No sólo le niegan el reconocimiento de su deidad, sino también le niegan la gratitud. La razón no es otra que la *vanidad de su mente*, o como dice el apóstol en Romanos: “*se envanecieron en sus*

razonamientos” (Ro. 1:21). El pensamiento se pone al servicio de la vanidad para negar a Dios. Los tales pretenden sustituir la fe por el raciocinio, buscando argumentos humanos para sustituir al Creador y su obra evidente. Tal mente vana es la consecuencia de lo que es el no regenerado en sí mismo: “*necio*”, esto es, sin discernimiento. El necio es quien coloca a Dios al margen de su vida alejándose de Él y negándole el derecho de intervenir en ella (Sal. 14:1). Por alejarse de la luz. La vanidad mental les conduce al desvarío del pensamiento, ya que son profesantes de sabiduría (Ro. 1:22), esto es, se consideran y proclaman sabios, aunque son realmente necios al rechazar el principio de la sabiduría (Job 28:28; Sal. 111:10; Pr. 1:7; 9:10; 15:33).

La exhortación tiene razones contundentes: Τοῦτο οὖν λέγω καὶ μαρτύρομαι ἐν Κυρίῳ, μηκέτι ὑμᾶς περιπατεῖν καθὼς καὶ τὰ ἔθνη, “*Digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles*”. Es, pues, necesario que cada creyente proceda continuamente a una renovación espiritual que le permita ajustar su vida a las demandas reales de Dios, adquiriendo por el poder del Espíritu un modo de pensamiento que converja con el criterio moral de Dios (Ro. 12:2). Esa renovación de la mente, es decir, del pensamiento que conduce a la acción, impide al creyente *adoptar* o *conformarse* al esquema del mundo, propio de los gentiles. La transformación conduce a dejar de andar conforme al estilo del mundo, con sus criterios y actitudes. El Señor no pidió al cristiano que salga del mundo (Jn. 17:15), puesto que su ministerio evangelístico y su testimonio está precisamente en la esfera del mundo, en donde están “*los otros gentiles*” que viven en la vanidad de la mente. No se trata de huir de los mundanos (1 Co. 5:9, 10), sino de mantenerse fuera de la influencia de los moldes del mundo que conforman la vida de los gentiles no regenerados, de cuyos moldes el creyente ha sido liberado por Cristo (Gá. 1:4). Por la identificación con Cristo el creyente viene a vivir en una esfera de libertad de la esclavitud del mundo y de sus cosas (Gá. 6:14). Ese *dejar* de andar conforme al mundo, es el resultado de un cambio en la misma esencia de la persona creyente, un cambio interior, que produce una *metamorfosis* de modo semejante al de una oruga convertida en mariposa. El creyente puede adoptar la forma externa del mundo, pero el mundo nunca podrá vivir la transformación del cristiano. Pablo no está pidiendo a los efesios un cambio de forma, es decir, que dejen una forma correspondiente al anterior modelo de vida, para adoptar otra forma distinta. No se trata de vivir una piedad aparente (2 Ti. 3:5), sino *andar*, es decir, mostrar el estilo de vida propio de quien ha sido transformado por el poder de Dios. Esta transformación que cambia el sistema propio de la ἐν ματαιότητι τοῦ νοῦς αὐτῶν “*vanidad de su mente*” del hombre natural, es una renovación mental resultante de la obra del Espíritu Santo (Tit. 3:5). La renovación de la parte íntima y personal del creyente, que incluye el pensamiento, transforma todo el *andar* del cristiano. La idea es que la mente vana, propia de quien no tiene a Dios, da paso a la mente del creyente que tiene

“la mente de Cristo”, de modo que el pensamiento que ordena la forma de vida corresponde al pensamiento de Jesús. Este cambio en la naturaleza cristiana sujeta todo pensamiento a la obediencia de Cristo (2 Co. 10:5).

18. Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón.

ἐσκοτωμένοι τῇ διανοίᾳ ὄντες, ἀπηλλοτριωμένοι τῆς ζωῆς τοῦ
 Entenebrecidos el entendimiento siendo alienados de la vida -
 Θεοῦ διὰ τὴν ἄγνοιαν τὴν οὖσαν ἐν αὐτοῖς, διὰ τὴν πώρωσιν
 de Dios a causa de la ignorancia de la que hay en ellos a causa de la dureza
 τῆς καρδίας αὐτῶν,
 del corazón de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Prosigue la descripción de los gentiles mediante dos oraciones de participio, con complementos introducidos con preposiciones: ἐσκοτωμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo σκοτόω, *oscurecer, entenebrece, aquí entenebrecidos*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; διανοίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *mente, espíritu, entendimiento, modo de pensar, sentido*; ὄντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εἶμι, *ser, aquí siendo*; ἀπηλλοτριωμένοι, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz pasiva del verbo ἀπαλλοτριόω, *excluír, alejar, alienar, aquí alienados*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ζωῆς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *vida*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; διὰ, preposición de acusativo *a causa de*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἄγνοιαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ignorancia*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; οὖσαν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo εἶμι, *ser, aquí que hay*; ἐν, preposición propia que rige dativo *en*; αὐτοῖς, caso dativo neutro plural del pronombre personal declinado *en ellos*; διὰ, preposición de acusativo *a causa de*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πώρωσιν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *dureza*; τῆς, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; καρδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de corazón*; αὐτῶν, caso genitivo neutro plural del pronombre personal declinado *de ellos*.

La mente envanecida se concreta aquí mediante dos oraciones de participio. La primera expresa la condición de los gentiles que viven en consecuencia con una mente *entenebrecida*, literalmente se lee: ἐσκοτωμένοι τῇ διανοίᾳ ὄντες, “*siendo de entendimiento entenebrecido*”, es decir, sin luz alguna para alumbrar su entendimiento. Es posible que el término traducido por

*entendimiento*⁵², que denota también *modo de pensar*, sea, en el pensamiento de Pablo, equivalente a *corazón*, en el sentido del núcleo de la personalidad humana de donde salen los pensamientos (Lc. 1:51). Un corazón vano, genera pensamientos vanos, que se oponen y dejan sin efecto la verdad. Es ese corazón envanecido de donde surgen los pensamientos e intenciones que generan el estilo de vida propio de los gentiles no regenerados: “*Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre...*” (Mt. 15:19-20a). Lo que aflora al exterior desde un corazón entenebrecido, reviste múltiples formas de pecado. Los deseos que surgen en la intimidad del corazón y afloran al exterior en actos diversos. Sea el corazón o, como concretamente se lee en el versículo, *la mente*, en donde se inicia el movimiento íntimo hacia la consecución de una acción, será siempre algo propio de las tinieblas, por cuanto se trata de un entendimiento entenebrecido.

El entendimiento entenebrecido expresa la realidad de una vida que es ajena a la vida de Dios. Esa vida de Dios es la que los creyentes tienen y que es concedida por Dios mismo a quien cree (Jn. 3:16). Ahora bien, Pablo enseña que todos los no regenerados están ἀπηλλοτριωμένοι τῆς ζωῆς του Θεοῦ, *ajenos*⁵³ a esa vida, literalmente: *alienados de la vida de Dios*. El término tiene un significado amplio, de ahí que se pueda traducir como *alienados*, es decir, de conciencia muerta. El término encaja bien puesto que antes el apóstol se refirió a que los gentiles “*andan en la vanidad de su mente*” (v. 17), lo cual es una equivalencia a locura espiritual. Estos son los que voluntariamente se alejan de la vida de Dios. Tal vez se encuentre una buena ilustración del sentido de lo que el apóstol dice, en el hijo pródigo, que voluntariamente se alejó del padre, para vivir perdidamente, esto es, una vida de pecado y desenfreno lejos de él. Sólo se produjo un cambio cuando *volvió en sí* (Lc. 15:17). Estaba, pues alienado, loco, y volvió a la cordura. La vida de Dios que es luz y se vive en la luz, es extraña para ellos, por tanto la verdadera luz que alumbra a todo hombre, se extingue en ellos y para ellos, ya que la vida de Dios es siempre luz, de manera que quien no vive la vida de Dios, vive en tinieblas y el mismo está entenebrecido. Los no salvos están alejados, no sólo de la ciudadanía de Israel, como se dijo antes (2:12), sino lo que es más grave: de la vida de Dios.

Sería suficiente la descripción que el apóstol hace del modo de vivir de los gentiles, pero enfatiza todavía más añadiendo a las dos oraciones de participio otros dos complementos preposicionales, y ambos complementan o explican los participios anteriores. La situación de su vida obedece primeramente al hecho de que la *ignorancia*, se ha asentado en ellos, o mejor

⁵² Griego διάνοια.

⁵³ Griego ἀπαλλοτριόω.

aún se ha hecho parte de su propia existencia: διὰ τὴν ἄγνοιαν τὴν οὖσαν ἐν αὐτοῖς, *a causa de la ignorancia que hay en ellos*. Esa ignorancia los ha conducido a rechazar a Dios, por sus propios dioses, ya que “*profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles*” (Ro. 1:22-23). Esta elección del *no dios*, en sustitución del verdadero Dios, trae una inmediata consecuencia, el alejamiento de la vida y de la luz, juntamente con el endurecimiento del corazón.

En la vida de quien no tiene a Dios, hay absoluta insensibilidad: διὰ τὴν πώρωσιν τῆς καρδίας αὐτῶν. El corazón de los tales se compara en la Biblia a un “*corazón de piedra*” (Ez. 36:26), que se hace insensible a todo afecto hacia Dios y hacia el prójimo, viviendo sólo para ellos mismos. El corazón va endureciéndose a causa del pecado. Esta dureza de corazón incapacita al hombre para conocer y servir a Dios (Jn. 12:40), expresándose en incredulidad (Mr. 16:14).

19. Los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza.

οἵτινες ἀπηλγηκότες¹ ἑαυτοὺς παρέδωκαν τῇ ἀσελγείᾳ εἰς ἐργασίαν ἀκαθαρσίας πάσης ἐν πλεονεξίᾳ.
 Los cuales habiéndose hecho insensibles a sí mismos entregaron a la lascivia para práctica de impureza de toda con avidez.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἀπηλγηκότες, *habiéndose hecho insensibles*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, A, B, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1319, 1573, 1639, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L] *Lect* syr^{h, hgr}, cop^{sa, bo}, Clemente, Orígenes, Crisóstomo, Teodoro-Ancira; Griego mss^{según Jerónimo}.

ἀπηλπικότες, *habiéndose hecho desesperantes*, es lectura en **p**⁹⁹, D, P, 1241, l 617, it^{ar}, b, d, f, g, mon, o, vg, syr^p, arm, eth, slav. Ireneo^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Jerónimo, Pelagio, Speculum.

Las consecuencias de la condición entenebrecida se describe como οἵτινες, caso nominativo masculino plural del pronombre relativo *los cuales*; ἀπηλγηκότες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto en voz activa del verbo ἀπαλγέω, *perder la sensibilidad*, aquí *habiéndose hecho insensibles*; ἑαυτοὺς, caso acusativo masculino plural del pronombre reflexivo declinado *a sí mismos*; παρέδωκαν, tercera persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo παραδίδωμι, *entregar, permitir*, aquí *entregaron*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo

determinado declinado *a la*; ἀσελγεία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *lascivia*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἐργασίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *práctica*; ἀκαθαρσίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de impureza*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido declinado *de toda*; ἐν, preposición de dativo *con*; πλεονεξία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *avidez*.

Οἵτινες ἀπηλγηκότες ἑαυτοὺς. Un corazón endurecido pierde toda sensibilidad moral. Es la consecuencia del *endurecimiento* que aparece en el versículo anterior. El apóstol utiliza un verbo en participio perfecto⁵⁴ que significa *hacerse insensible*, y que en la forma en que se usa indica que el hecho, una vez producido, se convierte en algo permanente. El endurecimiento del corazón es la forma permanente de la sensibilidad del no salvo. Cuando al endurecimiento del corazón se añade la ceguera espiritual, la condición personal se hace sumamente grave y pecaminosa, ya que la insensibilidad va acompañada de la imposibilidad de distinguir -por falta de visión- la realidad de una vida ajena a la verdadera vida de Dios.

Esta vida se manifiesta en toda clase de pasiones corrompidas y corruptas, que es lo que Pablo define como παρέδωκαν τῇ ἀσελγείᾳ, “*entrega a la lascivia*”. La vida, ajena a Dios, se hace disoluta y se entrega al desenfreno moral. El concepto de *lascivia*, es mucho más que el libertinaje sexual, es la entrega a una vida voluptuosa en la que una de las expresiones son las perversiones sexuales. En buena medida se explica esta situación por el apóstol cuando al escribir a los romanos dice: “*Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos*” (Ro. 1:24). Los corazones insensibles a la voluntad de Dios son sensibles a las pasiones pecaminosas, a causa de las conciencias cauterizadas (1 Ti. 4:2). En este estado nada les redarguye en cuanto a pecado. Las vidas endurecidas son entregadas a la inmoralidad, tal como enfatiza el apóstol al decir que παρέδωκαν, “*se entregaron*”, lo que indica la responsabilidad moral en la práctica del pecado. Nadie les empujó en esa dirección, ellos mismos tomaron con gusto ese camino. El término *lascivia*, como ya se dice más arriba se usa para expresar una de las obras de la carne (Gá. 5:19), como orientación y base para la comisión de cualquier tipo de inmoralidad: εἰς ἐργασίαν ἀκαθαρσίας πάσης ἐν πλεονεξίᾳ, *para la práctica de impureza con toda avidez*. Esa es la consecuencia de haber sido entregados a una “*mente reprobada, para hacer cosas que no convienen*” (Ro. 1:28). Una situación espiritual semejante satura, llena hasta rebosar, las expresiones de la maldad humana estando “*atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de*

⁵⁴ Griego ἀπαλγέω.

envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Ro. 1:29-32). Lo mas sorprendente es que el hombre entiende que tales prácticas no son conformes a la voluntad de Dios, pero la impiedad manifiesta los lleva, no solo a cometerlas con avidez, sino a gozarse con quienes practican tales perversidades.

La comisión del pecado es hecha “*con avidez*”⁵⁵. El término expresa la idea de una actuación pecaminosa sin freno alguno. Probablemente nunca mejor que estos días para entender el significado de la expresión. Una vida vacía de Dios cae inexorablemente en el desenfreno buscando con ello llenar el vacío espiritual que se produce. La vida lasciva se manifiesta en la intensificación de la avidez, que no es otra cosa que apropiarse de todo lo que sirve para satisfacción personal. De ahí el desenfreno, porque la avidez no logra alcanzar jamás su objetivo de dejar satisfecho al hombre. La practica de este estilo de vida no es la de *alguna impureza*, sino otra sumamente peor: “*toda clase de impureza*”. No hay limite ni en la intensidad ni en la cantidad. Todo lo que contamina y es inundo de por sí, es ávidamente deseado y practicado por quienes no tienen a Dios. Es el rechazo y la contradicción manifiesta a la santidad divina demandada para la vida humana.

20. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo.

ὁμοῖς δὲ οὐχ οὕτως ἐμάθετε τὸν Χριστόν,
Pero vosotros no así aprendisteis - a Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Para marcar el contraste con los cristianos dice: ὁμοῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a οὕτως, adverbio de modo *así*; ἐμάθετε, segunda persona plural del aoristo segundo de indicativo en voz activa del verbo μαρθάνω, *aprender, enterarse*, aquí *aprendisteis*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστόν, caso acusativo masculino singular del nombre propio declinado *a Cristo*.

⁵⁵ Griego πλεονεξίᾳ.

Ἵμεῖς δὲ οὐχ οὕτως ἐμάθετε τὸν Χριστόν. Los gentiles llevan una vida disoluta que es propia de la naturaleza caída y de su condición de no regenerados. Las prácticas pecaminosas, no importa cual sea la forma o el alcance, le son propias y las cometen con avidez. Pero, los cristianos no caminan así. La vida nueva en Cristo tiene orientación celestial (Col. 3:1ss), por tanto las formas pecaminosas propias del hombre natural no corresponden a quienes han sido engendrados en Cristo y, por tanto, tienen una nueva naturaleza. Para estos, los que no son del mundo porque *están en Cristo*, “*las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (2 Co. 5:17). Esas muchas abominaciones pecaminosas, propias de quienes no conocen a Cristo, no se practican por cristianos y, aún más, ni siquiera se nombran, es decir, son objeto de conversaciones (5:3), “*porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto*” (5:12).

El texto griego es un tanto complejo, ya que la estructura gramatical del verbo traducido por *aprendisteis*⁵⁶ expresa la idea de conocer no solo la doctrina sobre Cristo y, por consiguiente, sobre la ética del seguimiento a Cristo, sino el hecho de conocer a Cristo mismo. Ambas cosas está unidas aquí y son complementarias la una con la otra. Esto es, con la frase, el apóstol pretende dar a entender que el conocimiento sobre Cristo, conduce a una forma de vida según la moral concebida por Cristo y mandada enseñar a todos los cristianos como forma propia y natural de su vida en Él (Mt. 28:20). Los cristianos no se limitan a la práctica de una forma moral enseñada por Cristo y predicada por los apóstoles, sino que ellos mismos por la presencia de Cristo en ellos, *viven a Cristo*, y aprenden mucho más que asuntos *acerca* de Cristo, aprenden a Cristo mismo.

En el primer sentido, el apóstol está recordando a los efesios lo que habían aprendido en la proclamación del evangelio mediante la enseñanza apostólica, bien directamente de los apóstoles, bien de los enviados por ellos. La verdad aprendida es que hay un cambio de vida como resultado de una nueva posición en Cristo que lleva a la expresión visible mediante una ética radicalmente diferente a la de los gentiles no creyentes. El ἐμάθετε, *aprendisteis* a Cristo, supone, en este caso, el seguimiento a la doctrina anunciada en el evangelio. Esta doctrina procede de Cristo mismo (Gá. 1:11-12). Lo que los primeros cristianos hacían era *predicar el evangelio* (Hch. 8:35), en el que estaba contenida la enseñanza sobre la salvación y la forma propia de vida de quienes aceptaban el mensaje. Debe entenderse con claridad que lo que predicaban los primeros cristianos al mundo que les rodeaba era el evangelio, pero siempre el “*evangelio del Señor Jesús*” (Hch. 11:20). Este evangelio anunciaba el camino de salvación y demandaba un cambio de vida en los

⁵⁶ Griego μαθησάμενοι.

cristianos. Era la predicación del evangelio de Jesús y de su resurrección, por tanto, la ética de los cristianos que habían sido resucitados con Cristo, tenía que ser, necesariamente, una forma de vida diferente a la de quienes no conocían al Señor. La ética cristiana no puede estar desvinculada del evangelio de Cristo: “*A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*” (Col. 1:27-28). Al anunciar a Cristo y hacerse, en el creyente que escucha el mensaje y deposita fe en Él, la esperanza de gloria, incluye también la amonestación que conduce a cada uno de los creyentes a proseguir hacia la perfección de cada uno de ellos *en* Cristo. Coinciden, por tanto, plenamente todas estas referencias para enfatizar el primer aspecto de la enseñanza de Pablo: los creyentes *han aprendido* de forma tal a Cristo, que sus vidas no pueden discurrir por el mismo derrotero de las vidas de los gentiles que no tienen a Cristo. Dicho de otro modo: el cristiano escucha primeramente el mensaje del evangelio que anuncia a Cristo como Salvador, lo acepta por fe y, al aceptarlo, acepta también la enseñanza que los mismos que predicaron al Salvador, hicieron sobre la vida propia del cristiano (1 Ts. 4:2-3). Solo es posible *recibir* a Cristo para *andar* en Cristo (Col. 2:6). La predicación apostólica conducía a un determinado estilo de vida, del que los mismos apóstoles eran ejemplo: “*Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced...*” (Fil. 4:9). El primer ejemplo de vida cristiana tiene que ser visto en quienes predicán el evangelio de la gracia (1 Ts. 4:1). Esto llevaba aparejado que los creyentes debían *apartarse* en el sentido de no tener comunión íntima con quienes llamándose hermanos, anduviesen desordenadamente, “*y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros*” (2 Ts. 3:6). Esa es la razón por la que la evidencia de no *haber aprendido* a Cristo, el ser “*arrastrados por diversas concupiscencias*” (2 Ti. 3:6). El verdadero cristiano es aquel que *persiste* en lo que aprendió (2 Ti. 3:14).

El segundo aspecto del sentido de la oración del versículo se aprecia en el sentido del verbo, comentado más arriba, que aquel que aprende la doctrina de Cristo, aprende también a Cristo mismo. Es decir, el creyente no solo acepta la doctrina sobre Cristo, sino que acepta a Cristo mismo. En la enseñanza sobre Cristo se transmite a Éste como presente. Todavía más, Cristo es el lugar en donde los cristianos son enseñados, puesto que todo aquel que cree es posicionado en Cristo, para recibir vida eterna y venir a formar parte del cuerpo cuya cabeza es el mismo Señor (1:13). Todo aquél que está en Cristo y es adoctrinado en esa posición espiritual en que se encuentra, Jesús mismo reclama lo que quiere de él, que es su mismo modelo de conducta, producido por el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23). La gran demanda del apóstol en el versículo es que los creyentes *no aprendieron* de tal modo a Cristo, bien en la predicación del

evangelio de salvación que los condujo a Él, bien en la enseñanza de la doctrina bíblica después, que puedan vivir al estilo pagano en su vieja conducta. Los cristianos han de desvincularse de su conducta anterior para vivir, no una nueva ética, sino mucho más, vivir a Cristo mismo (Fil. 1:21). La experiencia de vivir a Cristo en un conocer a Cristo, es algo progresivo. La salvación por gracia mediante la fe es instantánea en el momento de creer (2:8-9), pero la santificación, que es la experiencia cotidiana y visible de la salvación en el obrar del creyente, es progresiva, en un camino a la perfección espiritual. De ahí que la ética cristiana sea más evidente en unos que en otros, pero, en ningún caso, el verdadero cristiano puede vivir cometiendo con avidez toda clase de pecado, porque quien persiste en el pecado o vive gozosamente pecando, no es de Dios sino del diablo (1 Jn. 3:8), ya que *“todo aquel que permanece en Él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido”* (1 Jn. 3:6). Ninguna persona que aprende a Cristo, es defensor del pecado, ya que en su mente se ha producido un cambio de orientación que le impide seguir en la vida que llevaba. Dios levantó de ellos la ignorancia que tenían y en corazón endurecido, haciéndolos pasar de las tinieblas a la luz (4:17-19). Por tanto, el cristino no solo aprende *acerca* de Cristo, sino que aprende *a Cristo mismo*. Este conocimiento es personal y experimental, permitiendo que el creyente enfoque, vea y haga las cosas como Cristo lo hubiera hecho.

21. Si en verdad le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.

εἰ γε αὐτὸν ἠκούσατε καὶ ἐν αὐτῷ ἐδιδάχθητε, καθὼς ἐστὶν
 Si ciertamente a Él oísteis y en Él fuisteis enseñados tal como es
 ἀλήθεια ἐν τῷ Ἰησοῦ,
 verdad en - Jesús.

Notas y análisis del texto griego.

Confirmando la afirmación anterior, añade, mediante una condición de primera clase, que adquiere el sentido de afirmación y no de condición, con εἰ, conjunción afirmativa condicional *si*, que establece una condición de primera clase; γε, partícula encíclica que hace oficio de conjunción y de adverbio, y recalca el sentido de la palabra a la que se une, como *por lo menos, al menos, siquiera, por tanto, cierto es que, justamente, ciertamente, etc.*; αὐτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre personal declinado a Él; ἠκούσατε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar, enterarse*, aquí *oísteis*; καὶ, conjunción copulativa y; ἐν, preposición de dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *El*; ἐδιδάχθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo, διδάσκω, *enseñar*, aquí como *fuisteis enseñados*; καθὼς, conjunción que significa *según, en la medida de, como*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; ἀλήθεια, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *verdad*; ἐν, preposición

de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Ἰησοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jesús*.

En unión con el versículo anterior, la condición de primera clase con que inicia el texto: εἰ γε, *si ciertamente*, dan un énfasis notorio a lo que dice en el anterior, que lo convierte en una expresión imperativa, como consecuencia del principio del párrafo en el que el apóstol *requiere* a los creyentes que ya no anden como los gentiles (v. 17). Por tanto, la expresión “*si en verdad*” no es una condición de posibilidad, sino una afirmación absoluta de una realidad. Los cristianos en Éfeso habían *aprendido* a Cristo, y quien aprende a Cristo no vive conforme a la pecaminosidad del mundo, sino según la santidad de Jesús (1 P. 1:14-16), que se hace vida en cada cristiano por la acción del Espíritu (Gá. 2:20; Fil. 1:21).

El apóstol Pablo no está poniendo en duda la realidad espiritual de los destinatarios de la *Carta*, sino haciéndoles reflexionar sobre la necesidad de verificar el conocimiento real que tienen de Cristo. Es un tanto curiosa la expresión καὶ ἐν αὐτῷ ἐδιδάχθητε, “*habéis sido por Él enseñados*”. Es prácticamente seguro que ninguno de los creyentes en Éfeso conociera personalmente a Jesús y mucho menos que alguno de ellos hubiera estado presente en alguna ocasión en que el Maestro enseñaba. Pero, la enseñanza recibida de los apóstoles no era sino la repetición fiel de las enseñanzas de Jesús. Él había establecido esto cuando les dijo: “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre el Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...*” (Mt. 28:19-20a). Este asunto reviste una enorme importancia y ha venido recalcándolo el apóstol en lo que antecede. Junto con la *comisión* de predicar el evangelio en todo el mundo y la *práctica*, de la ordenanza de bautizar a los creyentes, está la *misión* de enseñar a todos los convertidos a Cristo. Este ministerio de enseñanza precede al bautismo, como enseñanza doctrinal en la predicación del evangelio, y sigue al bautismo como necesidad formativa de todos los cristianos. Ambas cosas, la evangelización y la formación bíblica de los creyentes forman una misma necesidad que debe ser atendida. No se puede evangelizar sin discipular y no se puede discipular sin evangelizar. Los creyentes y de forma muy especial los líderes en la iglesia deben estar tan interesados en la conversión como en la santificación. Jesús enfatiza que la enseñanza debe ser integral y total, comprendiendo no *algunas*, sino *todas* las cosas que *os he mandado*. La doctrina bíblica es mandamiento por cuanto procede de Dios, es decir, se ha dado para ser obedecida. La Biblia no es un libro de *información*, sino de *formación*. El cristiano no estudia la Palabra y es instruido en ella para *saber* más de ella, sino para *vivir* conforme a ella. En un interesante resumen sobre el alcance de este mandamiento, escribe Hendriksen:

“Que tal enseñanza no debe cesar cuando una persona ha sido bautizada se entiende de las palabras, ‘enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado’. Considérese:

- a. Todos los maravillosos discursos de Cristo.*
- b. Todas sus parábolas; tanto en a. como en b. se incluye gran cantidad de ‘mandatos’ tanto implícitos como explícitos. Entre ellos están:*
 - c. Dichos preciosos, tales como: ‘Permaneced en mí... que os améis unos a otros... daréis testimonio también’ (Jn. 15:4, 12, 27); ‘Amad a vuestros enemigos’ (Mt. 5:44); ‘Niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame’ (Lc. 9:23).*
 - d. Predicciones específicas y promesas o garantías: ‘El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás’ (Jn. 6:35); ‘En el mundo tendréis aflicción, mas confiad, yo he vencido al mundo’. Repárese en las instrucciones implícitas para la conducta cristiana.*
 - e. Añádase esto: las lecciones sobre la cruz, la hipocresía, la proclamación del evangelio; sobre la oración, la humildad, la confianza, el espíritu perdonador, la ley.*
 - f. ¿Y no está el relato de la permanencia de Cristo sobre la tierra –las narraciones de sus corazones, viajes, sufrimientos, muerte, resurrección, etc.- lleno de ‘mandatos’ implícitos?*
- ‘Enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado’, ¡que orden! Para los once en primer lugar y para todos los maestros ordenados; pero en un sentido ciertamente también para toda la iglesia, todos sus miembros. Cada miembro verdadero es un testigo”⁵⁷*

Nuestro Señor no deja la enseñanza al arbitrio de la Iglesia, sino que la define como prioridad esencial y la establece como mandamiento. La enseñanza a los nuevos creyentes comienza desde antes de la conversión, ya que la predicación del evangelio es la exposición de una doctrina. Será interesante y necesario recordar esto. El apóstol Pablo habla de la evangelización como la proclamación de la doctrina, la *palabra* de la Cruz (1 Co. 1:18). Con la proclamación de la doctrina sobre la Cruz de Cristo, en todo el alcance de sus obra salvadora, comienza ya la enseñanza que pone delante del perdido los elementos necesarios para afirmar su fe que descansará en el Resucitado, el Salvador del mundo. La evangelización no es entregar las cuatro reglas o los cuatro principios básicos para la salvación, sino expresar el discurso, la palabra, la doctrina en que descansa la verdad manifestada que presenta la obra salvífica hecha por el Señor Jesucristo. La doctrina de la salvación en base a la muerte en cruz del Hijo de Dios (Ro. 5:6-10). El poder de Dios para salvación no está tanto en el mensaje, sino en el hecho de la muerte del Señor ocupando el lugar del pecador (Jn. 3:16, 17), pero ese *poder para salvación*, se expresa en las palabras del *mensaje de la cruz*. No se trata, pues, de contar emociones o

⁵⁷ G. Hendriksen. *Mateo*. pág. 1051.

tradiciones a los inconversos, sino de presentarles la doctrina de la salvación, a fin de que tengan base suficiente para ejercer la fe en el Salvador. La evangelización no es un discurso para entretener a quienes, por no saber nada o saber muy poco de la verdad bíblica, deben ser llevados a simplezas, a experiencias subjetivas o a narraciones extrabíblicas que los dispongan para hacer una decisión por Jesús. Al pecador perdido debe enfrentársele con la realidad del pecado, tal como lo expresa la Biblia, con la situación personal en que se encuentra a causa del pecado, con la condenación eterna que es el resultado del pecado, para abrir delante de él la obra realizada por el Salvador, llamándolo a un encuentro personal con Él en fe. Esto es evangelizar, y esto es cumplir el mandato de Jesús en una *preevangelización*. Es tiempo de que la iglesia se de cuenta y se convenza de que la evangelización no es un sermón de segundo nivel, sino la expresión, en lenguaje comprensivo a todos, de la obra realizada por Dios para salvación del pecador perdido. No es posible olvidar que Dios bendice y honra su Palabra y no la de los hombres, por tanto, la única vía con resultados conforme a la voluntad de Dios es la predicación del evangelio bíblico, que descansa en la exposición de verdades fundamentales apoyadas y tomadas de la Palabra. La evangelización debe ser Cristocéntrica, es decir, descansando en la Persona y obra del Salvador. Los grandes discursos evangelísticos que aparecen en el Nuevo Testamento, son todos ellos *Cristocéntricos*; en cada uno el Salvador está claramente presente, de modo que ningún oyente de ese mensaje puede alegar ignorancia en relación con quien es el único Salvador y tampoco ignorará como alcanzar la salvación, que es por gracia mediante la fe (Ef. 2:8-9). Pablo afirma que este es el mensaje y la forma que utilizaba para la evangelización: *“Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado”* (1 Co. 1:23); y añade *“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”* (1 Co. 2:1-5). La evangelización no es discusión, ni polémica, sino simplemente la proclamación de la Cruz de Cristo. Un mensaje que no satisface las exigencias de los hombres, pero proclama satisfechas las de Dios. Nadie puede variar este mensaje sin despreciar a Dios. El apóstol sometía la evangelización al plan y propósito de Dios, de modo que cuando evangelizaba anunciaba el testimonio de Dios. El evangelista debe proclamar el mensaje como testigo y no como sabio. Lo que debe proclamar es el *testimonio de Dios*, o el testimonio que procede de Dios. El evangelio es un mensaje divino que debe ceñirse en todo a la Palabra de Dios (Gá. 1:11-12). Pablo cumplía fielmente la encomienda de Cristo (Hch. 1:8). No buscaba la excelencia de palabras, en el sentido de un discurso filosófico, porque no pretendía pronunciar

un discurso desde la erudición humana, ya que no estaba involucrado en el oficio de un retórico o de un filósofo, sino en el testimonio de un testigo. Sin embargo esto no excluye la oratoria y la mejor retórica posible, en la expresión del mensaje bíblico para proclamar el evangelio. El mensajero puede y debe ser lo más elocuente y correcto posible en la exposición del mensaje, porque esto honra el testimonio de Dios que proclama. La chabacanería, un mensaje improvisado apoyado en anécdotas e ilustraciones sin límite, donde el discurso es historia y no Biblia, y donde, en ocasiones, se le une los chistes fáciles que producen explosiones de jolgorio en el auditorio, es el enemigo más grande del evangelio bíblico. El mensaje a proclamar es solemne porque se trata de advertir sobre la vida o la muerte como resultado de la aceptación o rechazo del Salvador. El evangelio debe ser desprovisto de elementos propios de la sabiduría humana que puedan sustituir a la única sabiduría de Dios y que dejen de enfocar la Cruz de Cristo. Para algunos “*evangelistas*” la Cruz, con la tremenda dimensión del sufrimiento y de la muerte del Salvador, el pecado del hombre, la condenación en el tormento eterno, no deben estar presentes en el mensaje del evangelio porque no son del agrado del hombre. Esto es una gran verdad, porque al hombre natural, no puede agradarle nada que proceda de Dios. Sin embargo es el único mensaje posible para predicar el evangelio y no tenemos derecho alguno a dulcificarlo y mucho menos a modificarlo. Si en la proclamación del evangelio no está presente la Cruz de Cristo, se habrá despojado el mensaje del único valor salvífico posible. Un evangelio desprovisto de estos elementos doctrinales básicos es el evangelio que Satanás desea que se proclame, porque no salvará a nadie de la condenación eterna. Predicar al Salvador tiene que presentar a su Persona y también a su obra: “*a éste crucificado*”, esto es, la doctrina sobre la Cruz. Un mensaje semejante de importancia suprema y procedente de Dios, debe producir *debilidad y temor* en quien lo predica. El evangelista ha de sentirse sin fuerzas propias para depender sólo de Dios y del poder de su gracia. El evangelista debe sentir un profundo y reverente respeto delante de Dios al proclamar su mensaje. El temor natural para no añadir o restar nada que pueda hacer infructuoso el evangelio. No es posible proclamar el evangelio sin sentir la responsabilidad que conlleva hacerlo, ante el solemne contenido de la importancia infinita de la obra de Jesús. Quien predica con *temor y temblor*, verá a los oyentes recibir el mensaje del mismo modo (2 Co. 7:15). Una cosa más que el predicador del evangelio debe saber es que la persuasión a los oyentes no procede de él, sino del Espíritu, tanto para el inconverso (Jn. 16:7-13), como para el creyente, por medio de la Palabra (He. 4:12). Todo este sentido de responsabilidad en la proclamación del evangelio, tiene una razón de ser: que la fe del oyente no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. No hay otro fundamento que Cristo (1 Co. 3:11), por tanto, la fe debe descansar en el Salvador y en su obra (Hch. 16:31). Cualquier otra base de fe debe ser desechada. La sabiduría de los hombres hace vana la cruz de Cristo (1 Co. 1:17). No hay salvación por la

sabiduría de los hombres, sino aceptando la de Dios (1 Co. 1:21). La fe salvífica no es asunto del intelecto sino del corazón (Ro. 10:9-10). Luego de la evangelización está la enseñanza, que Jesús establece claramente: *“enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”*. La formación bíblica del creyente no concluye nunca. Los apóstoles entendieron esto muy claramente y se dedicaron a formar a los creyentes en la Palabra. Cuando una iglesia nacía como resultado de la evangelización se buscaba el modo mejor para que maestros formasen en la Palabra a los nuevos creyentes. Eso fue lo que Bernabé hizo con la iglesia en Antioquía, buscando a Pablo en Tarso y reuniéndose los dos durante un año para formar a los creyentes (Hch. 11:25-26). El mismo apóstol Pablo establece la cadena de la enseñanza en la iglesia: *“lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”* (2 Ti. 2:2). No cabe duda que en el pensamiento apostólico estaba la formación de los creyentes, de ahí que Pablo demande una y otra vez de Timoteo que *predique la Palabra*. Jesús ordenó a los suyos que enseñasen *“todo lo que os he mandado”*, con lo que limita el campo de la enseñanza a lo que está revelado en la Palabra. Aquel que ha establecido ese mandamiento dará también los elementos necesarios para llevarlo a cabo. Por un lado, entregando a la Iglesia su Palabra, tanto la del Antiguo como la del Nuevo Testamento, a fin de que la enseñanza descansa en los mandamientos de Dios, manifestados exclusiva y excluyentemente en la Palabra. Además, junto con la Palabra, el Señor de la Iglesia ha dado creyentes capaces, dotados por el Espíritu para la enseñanza de la Palabra. Comenzó el Señor dando *primeramente* apóstoles (1 Co. 12:28), que incluye a los Doce, del colegio apostólico y a Pablo como apóstol especial a los gentiles. Ellos recibieron del Señor la enseñanza que debía comunicar y sus revelaciones especiales fueron trasladadas a los escritos del Nuevo Testamento. Este don se dio, entre otras cosas, para establecer y desarrollar la base doctrinal de la iglesia conforme a las enseñanzas que recibieron del Señor (Ef. 2:20). Junto con ellos también los profetas. En su primer nivel transmitieron y escribieron revelaciones directas de Dios que no estaban en los escritos bíblicos anteriores. También desarrollaron la profecía del Antiguo Testamento ampliándola y ajustándola con nuevas revelaciones en los escritos que tenemos en el Nuevo Testamento. En tercer lugar la provisión consistió en *maestros*, que son creyentes a quienes, por medio del don que les concedió el Espíritu, se les encomienda la labor de enseñar la Palabra para edificación de los creyentes en todos los tiempos de la Iglesia. Son creyentes dotados por Dios para explicar y aplicar el conjunto de detalles de la Palabra. Este no es un don general sino específico. Para el ejercicio de este don se requiere una preparación personal que se alcanza mediante el estudio en profundidad de la Escritura. Resulta evidente que los maestros del Nuevo Testamento, incluidos los apóstoles, dedicaban tiempo al estudio de la Palabra, de manera que Pedro conocía en profundidad los escritos de Pablo (2 P. 3:15-16), y que Pablo pedía, aun en los momentos anteriores a su muerte, los libros y

mayormente los pergaminos (2 Ti. 4:13). Por esa razón en la *Carta*, el apóstol se refirió al ministerio de la enseñanza en manos de *apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros* (4:11). Ya se dijo antes que el maestro, traducido en ocasiones como *doctor*, es la persona capacitada para la enseñanza y exposición de la Palabra. La enseñanza eficaz en la congregación es la que está en manos de creyentes dotados para ello por Dios mismo. La iglesia de Antioquía, citada antes, es un claro ejemplo de esto (Hch. 11:25, 26). Cuando la enseñanza está en manos de creyentes no capacitados para hacerlo, el nivel espiritual de la congregación decae. La iglesia que deja de insistir en la enseñanza cae en el infantilismo, con las gravísimas consecuencias que le acompañan (1 Co. 3:1-4; He. 5:11-14). El propósito que el Señor de la Iglesia tiene al dar creyentes dotados para la enseñanza, es capacitarles para el seguimiento fiel del discipulado, que tiene que ver, fundamentalmente con el servicio, ya que Jesús fue el Siervo supremo. Es necesario entender bien que el don *capacita*, pero no *forma*, al maestro. Es decir, el maestro tiene que dedicar tiempo al estudio de la Palabra formándose para poder enseñar. El equipamiento bíblico permite al creyente servir a otros con el don de la enseñanza, edificando a los hermanos (1 P. 4:10). El mandato de Jesús establece un ciclo continuado para la Iglesia hasta el día de Su venida (2 Ti. 2:2). Por tanto, la Iglesia no debe poner el ministerio de la Palabra en manos de cualquiera porque está en juego el correcto servicio de sus miembros. El lugar de la enseñanza es donde estén los discípulos. Generalmente se relaciona con la iglesia local. Sin embargo, esto no descarta las instituciones de enseñanza bíblica que concentran a maestros reconocidos y capaces para formar a otros en el ministerio. Estas instituciones no deben tener otro propósito que la formación de creyentes para servir mejor en el ámbito de la iglesia local. Ninguna institución está por encima de la iglesia, sino que deben estar supeditadas a ella, en un servicio para la formación de creyentes idóneos y capaces para enseñar a otros. Las instituciones de enseñanza bíblica complementan, pero nunca sustituyen a la iglesia local, ni pueden asumir su responsabilidad en el campo de la enseñanza. El propósito del mandamiento es la edificación por medio de la enseñanza de la Palabra (4:12). La edificación del cuerpo equivale al desarrollo armónico del mismo. Los discípulos de Jesús son miembros en un cuerpo y piedras vivas en un edificio (1 P. 2:5). Como tales deben crecer. Cualquier actividad del cristiano dentro de la iglesia ha de ir orientada a la edificación (Ro. 15:2). Esa es la razón por la que el apóstol Pablo, como se dice antes, desarrolla el objetivo final del propósito que Jesús tenía al establecer el mandamiento: “*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe*” (Ef. 4:13). El apóstol utiliza un verbo que indica alcanzar un término. Por consiguiente es una progresión continua cuyo grado de perfección sólo se logrará al final de los tiempos en la presencia del Señor (5:27). El camino del discípulo progresa en una identificación cada vez más íntima en cuanto a la fe. La doctrina es uno de los elementos de la unidad de la Iglesia. A medida que va edificándose en el conocimiento de la Palabra, las diferencias

doctrinales van disminuyendo. En esa progresión hacia la madurez se alcanza también el conocimiento, no solo teológico, sino también experimental del Hijo de Dios. En ese conocimiento cada discípulo procura “*andar como Él anduvo*” (1 Jn. 2:6). El creyente maduro se identifica cada vez más con Cristo, por tanto hay una unidad real entre los cristianos que alcanzan grados elevados de madurez espiritual. Lo contrario son los inmaduros, carnales, o niños en Cristo, que siguen a los hombres en lugar de seguir al Señor (1 Co. 3:1-4). El discípulo que es instruido en la Palabra va creciendo hacia un estado espiritualmente completo que Pablo califica como “*un varón perfecto*” (4:13), maduro en pensamiento (1 Co. 14:20). Este desarrollo es continuo y el creyente no llegará a la perfección hasta que esté en la presencia del Señor. Esa era la experiencia de los mismos apóstoles a quienes Jesús encomendó inicialmente la labor de la enseñanza a los nuevos discípulos (Fil. 3:13, 14). El discípulo instruido en la Palabra adquiere una medida espiritual que se va adecuando a “*la plenitud de Cristo*”. Quien no camina hacia la madurez persiste en el infantilismo espiritual, semejante a “*niños fluctuantes*” (4:14). Los niños son inmaduros, por tanto, incapaces de distinguir plenamente entre el valor de las cosas, siendo crédulos en cuanto a lo que les enseñan sus mayores. El problema de un discípulo que no ha sido enseñado en la Palabra es su propensión a “*ser llevado por doquiera de todo viento de doctrina*”. Los falsos maestros progresan en medio de *niños espirituales*. Los creyentes inmaduros están generalmente entusiasmados con *voces nuevas*, que les enseñan en muchas ocasiones doctrina incorrecta, cuando no falsa. Esto ocurría claramente en Corinto, en cuya iglesia aceptaban maestros por ser *de renombre*, que les enseñaban cosas incorrectas (2 Co. 7:2; 10:12; 11:13-15). Los inmaduros son engañados por personas que tienen un plan definido para ello, utilizando una *estratagema*, es decir, poner trampas en su enseñanza. Esto es una manifestación de *astucia*, en el peor sentido (cf. Lc. 20:23; 1 Co. 3:19; 2 Co. 4:2; 11:3). Los maestros que se valen de creyentes inmaduros se sirven de artimañas en un plan premeditado de confundirles. Para evitar este peligro, se ha de progresar en el conocimiento de la Palabra. El creyente que está asido de la verdad es un discípulo estable.

Otro serio problema consiste en enseñar a discípulos por incapaces de hacerlo, es decir, por otros creyentes no preparados. Generalmente enseñarán lo que *entienden* en la lectura de la Palabra, pero carecen de preparación para una correcta interpretación de la Biblia. Estos hacen generalmente fuerza en todo aquello que los *antiguos* nos han enseñado, sin valorar la verdadera razón de la interpretación dada a algunos pasajes bíblicos. Generalmente estos maestros incapaces de enseñar, generan discípulos a su imagen y semejanza, tan incapaces como ellos que, por no tener capacidad de interpretación bíblica siguen sujetando a esclavitud al pueblo de Dios, enseñándoles como doctrina lo que ni siquiera es una correcta interpretación del texto bíblico. En un equivocado concepto espiritualoide de que no es necesario el estudio profundo

de la Escritura, ni el conocimiento de las lenguas bíblicas, ni el estudio de una correcta hermenéutica y, mucho menos, la capacitación al lado de reconocidos maestros bíblicos, ya que el Espíritu y la lectura de la Palabra es más que suficiente para capacitar al maestro, distorsionan, tuercen y faltan –con o sin intención- a la verdad bíblica, enseñando como doctrinas lo que son simplemente pensamiento de hombres. Jesús enfatizó que los discípulos debían ser instruidos en *todo* lo que había mandado. En este mandamiento está comprendida la enseñanza sistemática de toda la Escritura. Es necesario entender claramente que toda la Palabra es inspirada por Dios (2 Ti. 3:16), y que cualquier parte de ella que no se considere, estudie y exponga a la iglesia, debilita sistemáticamente la vida espiritual de los creyentes. Cuando deja de enseñarse alguna parte de la Escritura los discípulos retroceden a los primeros rudimentos, no progresando hacia la madurez espiritual (He. 5:12). Esos creyentes descienden al infantilismo, necesitando leche, esto es, los fundamentos de la fe, cuando debían haber progresado al disfrute del alimento sólido de la Palabra. Cada discípulo alcanza un determinado nivel de madurez espiritual, por tanto, debe ser dosificada la enseñanza de acuerdo con su capacidad, pero siempre incrementándola en lo que pueden asimilar para que el crecimiento espiritual no se detenga. Pensar que cualquier hermano con buen testimonio debe enseñar a la congregación es contrario a la voluntad de Dios y conduce a un retroceso en el crecimiento espiritual de los discípulos. Es preciso avanzar más allá de los rudimentos de la doctrina (He. 6:1). No significa esto que la doctrina básica fundamental no deba ser repasada y considerada continuamente, el mismo apóstol Pablo estaba dispuesto a hacerlo en la defensa y fundamento de la fe (Fil. 3:1). Lo que debe entenderse es que los cristianos debemos progresar en el estudio de la Escritura pasando de las doctrinas fundamentales hacia otros temas más profundos. Las enseñanzas elementales son la base inicial para la enseñanza de nuevos discípulos, por tanto la propuesta de los fundamentos de la fe deben dar paso a posiciones más profundas en el conocimiento y estudio de la Palabra. No es preciso poner nuevamente el fundamento, sino afirmarse en él. La Iglesia debe buscar el modo adecuado para que este mandato de Jesús sea llevado a cabo continuamente en ella. El apóstol insiste en que los creyentes habían sido enseñados por Cristo mismo, ya que los que los habían enseñado se habían ajustado firmemente a lo recibido del Señor y sólo eso es lo que les habían dado, por tanto, es en realidad, ser enseñados por Jesús mismo.

Un segundo aspecto que añade es que καθὼς ἐστὶν ἀλήθεια ἐν τῷ Ἰησοῦ, “*la verdad está en Jesús*”. Los creyentes fueron enseñados que la verdad está en Jesús, puesto que Él mismo es la verdad (Jn. 14:6). La Verdad absoluta sólo está y procede de Dios y Jesús es Dios manifestado en carne (Jn. 14:1). Es interesante notar que el apóstol, que generalmente usa como título Jesucristo o Cristo, al referirse al Señor, utiliza aquí el nombre Jesús, sin otro

complemento. Para muchos de los gnósticos cerintos, de los tiempos de Pablo, establecían una distinción entre Cristo, como eón de Dios y Jesús, el hombre en el cual se manifestaba la deidad instrumentalizándolo para tal misión. Pablo dice que Jesús -nombre dado para el hombre- es la Verdad y esa Verdad absoluta está en Jesús porque en Él “*habita corporalmente toda la plenitud de la deidad*” (Col. 2:9). El alcance de esto es absolutamente diferente a un mero *conocer* la verdad. No se trata de una enseñanza sobre la verdad -que sin duda la comprende también en la didascalía eclesial- sino de *vivir* la verdad, ya que todo aquel que vive a Cristo, vive indiscutiblemente en la verdad (Jn. 14:6). El creyente que está en comunión con Cristo para vida, lo está también para andar en la verdad (1 Jn. 1:6). Andar en la verdad tiene que ver con vivir en obediencia a Cristo, siendo testigos en una santa manera de vivir (1 Jn. 2:6). Por esa causa, como quiera que la conversión a Cristo de los efesios era una realidad, no podían vivir una vida que no fuese la vida de Cristo en ellos, enseñándoles la ética de esa vida por medio de los maestros, haciéndose Él mismo ejemplo de vida y haciéndola posible por medio de la acción del Espíritu Santo en ellos (Gá. 5:22-23).

Despojarse y revestirse (4:22-24).

22. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojados del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos.

ἀποθέσθαι ὑμᾶς κατὰ τὴν προτέραν ἀναστροφὴν τὸν παλαιὸν
Que os despojéis vosotros en cuanto a la anterior conducta el viejo
ἄνθρωπον τὸν φθειρόμενον κατὰ τὰς ἐπιθυμίας τῆς ἀπάτης,
hombre el que se corrompe de acuerdo con los deseos del engaño.

Notas y análisis del texto griego.

Introduce aquí una nueva figura sobre la forma de vida cristiana: ἀποθέσθαι, aoristo segundo de infinitivo en voz media del verbo ἀποτίθημι, en voz media *quitarse (la ropa), despojarse de, meter (en la cárcel)*, aquí *que os despojéis*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; κατὰ, preposición de acusativo, *en, por, hacia, delante de, de acuerdo con, en cuanto a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; προτέραν, caso acusativo femenino singular del adjetivo comparativo *primero, antes, la primera vez*, aquí con sentido de *la anterior*; ἀναστροφὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *conducta*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; παλαιὸν, caso acusativo masculino singular del adjetivo *viejo, antiguo*; ἄνθρωπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo genérico que denota *hombre, persona*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; φθειρόμενον, caso acusativo masculino singular del participio de presente en voz pasiva del verbo φθείρω, *corromper, destruir, perjudicar, hacer daño*, en pasivo, *perecer*, aquí *que se corrompe, que perece*; κατὰ, preposición de acusativo, *en, por, hacia, delante de, de acuerdo con*,

en cuanto a; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐπιθυμίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *deseo, ambición, codicia, pasión*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀπάτης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *falsedad, error*.

La demanda general establecida para los creyentes se concreta ahora con acciones precisas. Quien aprendió *de* Cristo y aprendió *a* Cristo no puede perseverar en el sistema de vida propio de quienes no son de Él. Esto implica un *despojarse* de algo que forma parte vital en la forma antigua de vida, es decir, en la vida que era propia antes de creer; en relación directa con los efesios, en la vida del paganismo, de donde provenían. El apóstol está llamando la atención a considerar el antiguo modo de vida, que ha de ser evitado en la vida nueva de la salvación, propia del nuevo nacimiento.

La demanda consiste en *despojarse* de la antigua forma de vida. El verbo traducido por *despojarse*⁵⁸, lo usa Pablo en otros lugares en el sentido de dejar algo, quitarse el vestido antiguo, despojarse o desechar “*las obras de las tinieblas*” (Ro. 13:12), de ahí que use el término para referirse a la necesidad de dejar las cosas que expresan visiblemente la condición propia de quien no ha sido regenerado: “*dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoo despojado del viejo hombre con sus hechos*” (Col. 3:8-9). En este mismo capítulo volverá a usar el verbo un poco más adelante (4:25). El mismo uso lo da también el apóstol Pedro: “*Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones*” (1 P. 2:1). Santiago exhorta a “*desechar toda inmundicia y abundancia de malicia*” (Stg. 1:21). La demanda no consiste en despojarse de algún aspecto de la vida en la carne, sino en *despojarse* del viejo hombre en sí mismo, esto es, de la vieja naturaleza adámica, propia del hombre no regenerado, contaminada y esclavizada por el pecado, depravada, viciada en deseos engañosos, sin que de ella pueda proceder nada bueno según Dios (Ro. 7:18). Ese *viejo hombre*, es el hombre que vive en sí mismo de espaldas a Dios, incapaz de alcanzar la dimensión espiritual que Dios mismo demanda y que deja paso al *nuevo hombre*, creado en Cristo Jesús para buenas obras (2:10). Los creyentes se han despojado potencialmente del *viejo hombre*, con sus hechos (Col. 3:9). El hombre viejo ha sido crucificado con Cristo y dejó ya de tener poder y autoridad sobre el creyente, como algo plenamente hecho y consumado: “*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*” (Ro. 6:6). La potencialidad de la obra de Dios en la Cruz de Cristo, revierte el poder del *viejo*

⁵⁸ Griego ἀποτίθημι.

hombre, con su yo arrogante y opuesto a Dios, de modo que surja la realidad del *nuevo hombre*, que es una creación *en* Cristo, de manera que vive *a* Cristo (Fil. 1:21), y se sustenta en el poder de Cristo (Fil. 4:13). Esa es la razón potencial que permite el cambio en la vida del creyente: “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*” (Gá. 2:20a). Esta nueva vida en Cristo tiene una dinámica especial de funcionamiento, como sigue el apóstol diciendo: “*y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gá. 2:20b). Quiere decir esto, que la dependencia de Jesús para la vida cotidiana, traerá como consecuencia la experiencia de la vida nueva en contraposición con la vieja, propia del *hombre viejo*.

Sin embargo, no debe olvidarse que en el creyente, creado en Cristo Jesús para buenas obras (2:10), permanece la *vieja naturaleza*, que solo será separada de él en la glorificación. No cabe duda que la potencialidad de la Cruz aplicada a la vida del cristiano por la acción del Espíritu que reproduce a Cristo en cada uno de los creyentes, permite mantener inoperante a la naturaleza adámica, en la medida en que el cristiano viva en el Espíritu. Pero, en ocasiones, la vieja naturaleza hace su aparición con su poder de atracción y arrastra al creyente que ha dejado de depender de Jesús, por medio del Espíritu, lo que Pablo llama “*vivir en el Espíritu*” (Gá. 5:16), a las pasiones y concupiscencias propias de la carne, elemento potencial de la vieja naturaleza (Stg. 1:14). Esa es la razón por la que el apóstol exhorta a *despojarse*, que expresado mediante un aoristo de infinitivo indica una acción completada hasta llevarse a cabo plenamente, de otro modo, podría considerarse la idea de *ir despojándose* de la forma propia de vida de la naturaleza caída. El creyente, que ya es un nuevo hombre en Cristo, va siendo conformado a Cristo por el Espíritu, a lo largo de su vida, para llegar finalmente al cumplimiento de lo predestinado por Dios para cada creyente, que es llegar a ser conformados a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). De ahí que la perfección plena, no se logra en esta vida, sino en la glorificación, cuando el creyente sea separado de la presencia del pecado. Mientras tanto, hemos de decir con el mismo apóstol: “*No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto;... Hermanos, yo mismo no pretende haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*” (Fil. 3:12a-14). Bajo esa verdad se comprende la demanda de “*despojarse*” del viejo hombre, para permitir la renovación progresiva y continua del nuevo hombre hacia la perfección (Col. 3:10).

El aspecto que manifiesta que ciertamente se está en el *despojarse* del viejo hombre es el cambio pleno de la conducta anterior, ya que el viejo hombre “*está viciado conforme a los deseos engañosos*”. De esa forma de vida en el engaño de la corrupción contraria a Dios, se pone de manifiesto que el pecado

ha dejado de *reinar*, es decir controlar tiránicamente la vida del cristiano, como hacía antes de la regeneración, por tanto, “*no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias*” (Ro. 6:12). De esas formas propias de la naturaleza caída, el creyente ha de ir despojándose día a día. El único medio para llevarlo a cabo es este: “*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*” (Gá. 5:16), es decir, mientras dependamos del Espíritu y estemos bajo su control, no satisfaremos los deseos de la carne. No se trata de dos cosas diferentes: andar en el Espíritu y además, no satisfacer los deseos de la carne; sino de uno sólo, porque mientras se anda en el Espíritu, en la misma medida no se satisfacen las obras de la carne. La liberación de la esclavitud del hombre viejo es la fortificación del nuevo, que se considerará más adelante. Lo que el apóstol pretende y desea de los cristianos es que estén verdadera liberados del viejo hombre, corrompido por el pecado y las pasiones carnales, que producen, como corresponde a las obras de la carne, un efecto destructor. Lo que antes era imposible para el hombre natural “*despojarse del viejo hombre*”, porque sería despojarse de su naturaleza y, por tanto, de sí mismo, es posible ahora en Cristo, mediante el poder que dimana de la Cruz (Gá. 5:24).

23. Y renovaos en el espíritu de vuestra mente.

ἀνανεοῦσθαι δὲ τῷ πνεύματι τοῦ νοῦς ὑμῶν
Y os renovéis en el espíritu de la mente de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, escribe: ἀνανεοῦσθαι, presente de infinitivo en voz pasiva del verbo ἀνανεόω, *renovar*, aquí *os renovéis*, que precede a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado declinado *en el*; πνεύματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *espíritu*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; νοῦς, caso genitivo masculino singular del sustantivo *mente, forma de pensamiento, actitud, intención*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

Ἀνανεοῦσθαι δὲ τῷ πνεύματι τοῦ νοῦς ὑμῶν. La progresión hacia un *despojarse* del viejo hombre, trae aparejada una continua *renovación* en el espíritu de la mente cristiana. El movimiento de renovación está expresado por un infinitivo verbal en voz pasiva⁵⁹, que debe tomarse como una acción también progresiva y que equivale a *dejarse renovar*, así es como lo usa el apóstol en otros lugares (cf. Col. 3:10; 2 Co. 4:16). El mandato de renovación se establece

⁵⁹ Griego ἀνανεοῦσθαι.

también en la Epístola a los Romanos: *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”* (Ro. 12:2). La renovación de la mente implica necesariamente la renovación de la forma de pensar. La primera consecuencia es que el cristiano deja de *conformarse* a este siglo, donde la concupiscencia de la carne se manifiesta como forma propia de vida de quienes están en él. Pablo está exhortando a *despojarse del viejo hombre*, lo que equivale en un antónimo expresivo a *no conformarse* adaptando *el esquema* del mundo. La transformación exige dejar de vivir al estilo del mundo, con sus criterios y actitudes. Dios no pide al cristiano que salga del mundo convirtiéndose en un solitario (Jn. 17:15). No exige esto que huya de los mundanos (1 Co. 5:9, 10). Lo que demanda es una acción en que el creyente disfrute de la libertad del molde mundano (Gá. 1:4). Por la identificación con Cristo, el creyente viene a vivir en una esfera de libertad de la esclavitud del mundo y de sus cosas (Gá. 6:14). Este cambio que nace en una mente transformada, se produce en la intimidad de la persona, produciendo una transformación comparable con la oruga que se transforma en mariposa. El término que el apóstol utiliza en Romanos, para referirse a los resultados de la transformación de la mente es precisamente el castellano *metamorfosis*. Lamentablemente el creyente podrá adoptar la forma externa del mundo, pero el mundo nunca podrá vivir la transformación del creyente. Pablo no está demandando a los efesios que sustituyan una forma exterior de vida por otra diferente, eso sería tan solo buscar una piedad aparente (2 Ti. 3:5), sino que se *dejen transformar*, sin oponer resistencia a quien puede hacerlo que es el Espíritu Santo, siendo llevados, por esa transformación, de gloria en gloria por la operación del Espíritu (2 Co. 3:18). El modo de operar la transformación es τῷ πνεύματι τοῦ νοῦς ὑμῶν, *por medio de la renovación del pensamiento*, de la mente, de la forma de pensar. La renovación mental es también una obra del Espíritu (Tit. 3:5). La renovación es íntima, de la parte espiritual, que incluye el pensamiento y que comprende toda la vida consciente del cristiano, esto es, una renovación de la disposición interna del individuo (Col. 3:9, 10). Esa renovación sujeta todo el pensamiento a Cristo (2 Co. 10:5).

¿A que espíritu, se está refiriendo Pablo en el versículo? Algunos entienden que es una renovación en el Espíritu Santo. Así por ejemplo, el profesor Juan Leal:

“Aquí empieza el aspecto positivo de la vida cristiana. Para despojarse el hombre viejo es preciso vestirse del nuevo. La novedad afecta de una manera especial a la mente, sensus (Ro. 12:2). Ser renovados: le damos sentido pasivo al infinitivo, porque la renovación es fundamentalmente obra del Espíritu y no tanto del hombre, renovarse (sentido medio); τῷ πνεύματι τοῦ νοῦς ὑμῶν: literalmente ‘por el espíritu de vuestra mente’. Frase ambigua, que puede tener

dos explicaciones, según que espíritu sea increado (*Haupt, Schlatter, Mason, González Ruiz*) o creado (*Abbott, Médebielle, Bover*) y tenga sentido activo agente o pasivo y de relación. Nosotros en la traducción lo consideramos como dativo agente y lo referimos al Espíritu Santo, que es quien nos renueva por su acción misteriosa en nosotros”⁶⁰.

No cabe duda que el Agente renovador es el Espíritu Santo, pero actuando sobre la mente del creyente y cambiando la forma de pensar y, por tanto, la acción de vida producto de ese pensamiento. La renovación del pensamiento cristiano es una operación del Espíritu de Dios. El pronombre personal en genitivo, *de vosotros*⁶¹, expresa una esfera de posesión, es decir, es la mente personal de *cada uno de vosotros*, en donde actúa el Espíritu Santo que mora en el creyente. Al decir el apóstol τῷ πνεύματι τοῦ νοῦς ὑμῶν, “*en el espíritu de vuestra mente*” está refiriéndose a la intimidad general del hombre nacido de nuevo, algunos explican esto como si dijese: “*renovaos en vuestro espíritu y en vuestra mente*”⁶². En síntesis, el apóstol está diciendo a los creyentes que se dejen renovar por la acción del Espíritu que actúa también en vuestra mente. No cabe duda que toda renovación es obra del Espíritu (Ro. 12:2; 2 Co. 3:18). La exhortación a dejarse renovar indica claramente que el creyente no oponga resistencia a la acción del Espíritu. La renovación de la mente es indispensable para ajustar la conducta a la vida nueva, ya que aquella es la exteriorización de las convicciones íntimas. La nueva mentalidad es la que permite ajustarse a las demandas de Dios al conocerlas (1 Co. 2:14ss). Es la renovación de una mente ya renovada, esto es, controlada plenamente por el Espíritu que inhabita al creyente.

24. Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

καὶ ἐνδύσασθαι τὸν καινὸν ἄνθρωπον τὸν κατὰ Θεὸν κτισθέντα ἐν
Y os vistáis el nuevo hombre que según Dios fue creado en
δικαιοσύνῃ καὶ ὁσιότητι τῆς ἀληθείας.
justicia y santidad de la verdad.

Notas y análisis del texto griego.

Llega a la conclusión del párrafo vinculado lo que sigue con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa y; ἐνδύσασθαι, aoristo primero de infinitivo en voz media del verbo ἐνδύω, *revestirse de*, aquí como *os vistáis*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καινὸν, caso acusativo masculino

⁶⁰ Juan Leal. o.c., pág. 712.

⁶¹ Griego ὑμῶν.

⁶² Entre otros Jerónimo, Agustín, Estío, etc.

singular del adjetivo *nuevo*; ἄνθρωπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *hombre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; κατὰ, preposición de acusativo *según, de acuerdo con*; Θεὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Dios*; κτισθέντα, caso acusativo masculino singular participio aoristo primero en voz pasiva del verbo κτίζω, *crear*, aquí *creado*; ἐν, preposición de dativo *en*; δικαιοσύνη, caso dativo femenino singular del sustantivo *justicia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ὁσιότητι, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *santidad*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀληθείας, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *verdad*.

Καὶ ἐνδύσασθαι τὸν καινὸν ἄνθρωπον. Una nueva acción se demanda a los creyentes. Antes se les había exhortado a que se *desvistiesen o despojasen* del viejo hombre y ahora, como consecuencia de la acción se les insta a que se *vistan* del hombre nuevo. El uso del infinitivo conduce a una fórmula imperativa. De nuevo no se trata de asuntos puntuales, como pudieran ser algunos aspectos, sobre todo los visibles, propios de la vida cristiana, sino de una transformación absoluta y plena, que consiste en *vestirse* del *hombre nuevo*. No se trata del hombre con las virtudes y características que tenía cuando salió de la mano del Creador, ni tampoco se refiere específicamente al *revestirse de Cristo*, sino que se trata de expresar visiblemente la condición del hombre renovado por la gracia de Dios. No cabe duda que esta renovación es elemento esencial en la antropología bíblica para entender como era el hombre en estado de inocencia, no afectado por el pecado, pero el pensamiento del apóstol no tiene que ver con ese aspecto, sino con la nueva naturaleza alcanzada por la gracia en la regeneración. Es la forma de vida propia del hombre *creado* en Cristo (2:10) y creado también *conforme* a Cristo (Col. 3:10). Este hombre nuevo es consecuencia de la inhabitación de Jesucristo en el cristiano, por la fe (3:16s), que lo condiciona y conforma hacia una realidad espiritual, que se expresa visiblemente en el exterior mediante la vida de los cristianos. El *nuevo hombre* es aquel que habiendo sido creado en Cristo está ahora posicionado en Él con consecuencias renovadoras o, si se prefiere, transformadoras: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (2 Co. 5:17). Es en Jesús que toma carácter y ser la nueva creación de Dios, el *hombre nuevo* (Gá. 6:15). El compromiso del creyente es *ser* diariamente ese *hombre nuevo*, que estando en el interior de la persona se manifiesta al exterior mediante las obras propias de su condición natural, o de su nueva naturaleza.

De ahí que el apóstol que conminó a dejar *el viejo hombre*, con todas sus miserias y corrupción, avance a la consecuencia propia de desvestirse de uno para *vestirse* de otro. En la medida que se despoja del viejo hombre, así se reviste del nuevo. Ambas cosas son acciones propias del progreso en la vida de santificación. La salvación en origen se hace salvación del día a día, mediante la

experiencia de la santificación, por la cual el revestirse del nuevo hombre, va manifestando la conformación a la imagen el Hijo, establecida como destino final para los creyentes por el Padre (Ro. 8:29). La consecuencia es natural: si nos identificamos y revestimos del nuevo hombre, nos identificamos inexcusablemente con sus formas de ser. En lugar de la inmundicia propia del viejo hombre, vendremos a la experiencia de las virtudes de Jesús, expresadas mediante el fruto del Espíritu (Gá. 5:22-23).

El *nuevo hombre*, creado en Cristo, como imagen de Dios, manifiesta tres aspectos propios de esa nueva creación: Justicia, santidad y verdad, si se prefiere, el *nuevo hombre* es *justo, santo y verdadero*, como se lee en el texto griego: τὸν κατὰ Θεὸν κτισθέντα ἐν δικαιοσύνῃ καὶ ὁσιότητι τῆς ἀληθείας, *que según Dios fue creado en justicia y santidad de la verdad*. El compromiso del cristiano con estas perfecciones no es opción de vida, sino manifestación de ella. La justicia que se expresa no es la propia del creyente, sino la de Dios en Él. En Cristo somos hechos justicia de Dios (2 Co. 5:21). Esta es la justicia con respecto a las demás personas y al mismo mundo, pero también comprende necesariamente el aspecto de justicia con respecto a Dios y a los hermanos, que se traduce muchas veces por *piedad*⁶³ e incluso por *fidelidad*. La santidad no es la que corresponde a apariencias religiosas, sino la santidad de Jesús, operada en el cristiano por el Espíritu Santo, cuya expresión visible tiene que manifestarse en todos los aspectos de la vida: “...sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:15b-16). Jesús, es la vida oculta en el *nuevo hombre* en la intimidad del cristiano, o si se prefiere mejor, es la razón de vida del cristiano (Fil. 1:21), de modo que todo aquel en quien Cristo se hace vida, no puede sino manifestar la expresión continua de santidad propia de Aquel a quien vive en el poder del Espíritu. De la misma manera el creyente es *verdadero*, porque está en la Verdad, que es Cristo mismo (Jn. 14:6). Por tanto, verdad tiene que ver con las manifestaciones visibles y válidas expresadas en la *palabra de verdad* (1:13; Col. 1:5). Estos principios de vida se estudiarán en mayor detalle en lo que resta del capítulo.

Ambas acciones, *despojarse* y *revestirse* se manifiestan visiblemente al exterior. Pablo está enseñando el modo de hacer visible a todos, la realidad espiritual del nuevo nacimiento. El vestido es lo que más ven aquellos que nos rodean. De otro modo: lo que se trata es de exhibir ante todos el nuevo hombre, manifestando claramente ante todos que somos una nueva creación (2:10). El apóstol exhorta a los creyentes en el párrafo que concluye con este versículo, a vivir de un modo distinto al que les era natural y propio en la gentilidad de donde provenían. Aquella forma de vida era pecaminosa y licenciosa como

⁶³ Griego ὁσιότητες.

correspondía a la expresión natural del *viejo hombre*, caído en el pecado y esclavizado por él. Entre aquella forma vida y la actual se ha manifestado Jesucristo en ellos. Es decir, para aquellos creyentes de Éfeso, y para nosotros en el tiempo actual, hay un antes y un después del encuentro con Cristo para salvación. De modo que tanto Jesús, como sus enseñanzas, suponen una renovación visible en la expresión de vida cristiana, consistente en abandonar definitivamente el viejo hombre y sus actos, para asumir el nuevo en sus perfecciones. No sirven, en el verdadero cristianismo, propuestas intelectuales o teológicas de vida, sino la realidad de una vida nueva en la comunión personal con Jesucristo y en el poder del Espíritu. De nuevo es preciso reafirmarse en que ser cristiano no es asunto de religión, sino de relación con Cristo y de comunión con Él. No se trata de establecer teológicamente lo que es la justicia, la santidad y la verdad, sino en *vivirlas*, haciéndolas visibles delante de todos los hombres. Ese es el genuino y auténtico testimonio cristiano, al que todos somos llamados (Hch. 1:8). Esa es la única manera de hacer visible ante los hombres la realidad transformadora del evangelio de la gracia que predicamos.

Aplicación personal (4:25-32).

25. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.

Διὸ ἀποθέμενοι τὸ ψεῦδος λαλεῖτε ἀλήθειαν ἕκαστος μετὰ τοῦ
 Por lo cual desechando la mentira hablad verdad cada uno con el
πλησίον αὐτοῦ, ὅτι ἐσμὲν ἀλλήλων μέλη.
 prójimo de él pues somos unos de otros miembros

Notas y análisis del texto griego.

Iniciando una nueva sección aplicativa, consecuencia de la anterior, por lo que la introduce con διὸ, conjunción *por eso, por esa razón*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; ἀποθέμενοι, participio aoristo segundo en voz media del verbo ἀποτίθημι, *quitarse la ropa, despojarse de*, aquí *despojándoseos, desechando*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ψεῦδος, caso acusativo neutro singular del sustantivo que denota *falsedad, mentira*; λαλεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar, decir*, aquí *hablad*; ἀλήθειαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *verdad*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; πλησίον, adverbio articular *cerca de*, en este caso literalmente sería *el cerca de*, que en definitiva corresponde al sustantivo español *prójimo*, el que *está cerca*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἐσμὲν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *es*, aquí *somos*;

ἀλλήλων, caso genitivo masculino plural del pronombre recíproco *unos de otros*; μέλη, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *miembros*.

Como consecuencia de cuanto ha dicho antes, especialmente en el último párrafo en el que apeló a despojarse del viejo hombre con todas sus manifestaciones y revestirse del nuevo con las virtudes que conlleva, avanza a destacar algunas expresiones de la vida nueva en Cristo. La sección nueva se vincula con la anterior mediante una conjunción⁶⁴ que equivale en español a *por eso, por esa razón*, es decir, por cuanto se dijo antes. El creyente debe ajustar su vida al nuevo hombre en Cristo, por lo que desaparecerán de ella elementos que eran propios de la condición anterior y, por tanto, pecaminosos y contrarios a la posición nueva en Cristo.

Posiblemente para enfatizar el *despojarse del viejo hombre*, por tanto, de lo que le corresponde, dedica una serie de versículos en los que establece prohibiciones, o asuntos que deben abandonarse (4:25-5:18), para producir un cambio introduciendo luego mandatos sobre varios aspectos de la ética cristiana (5:19-6:9), si bien, tanto las prohibiciones enfáticas como el resto, es todo ello una sucesión de preceptos que el apóstol, con su autoridad establece, y que corresponde a la forma nueva de vida de los creyentes en Cristo.

Ἀποθέμενοι τὸ ψεῦδος λαλεῖτε ἀλήθειαν. En el comienzo de la parénesis, el apóstol vuelve a utilizar el mismo verbo que usó antes para referirse a *despojarse*, o *desechar* (v. 22), antes en sentido general y ahora en sentido puntual o particular. Quien *desecha* el viejo hombre, *desecha* también la mentira. Se trata de *desvestirse*, *despojarse* de ella. La construcción griega de la expresión, permite dos interpretaciones: 1) como un mandato a dejar la mentira. 2) como una condición de haber dejado la vieja manera de vivir, en este caso equivaldría a: “*Ya que os habéis despojado de la mentira, hablad verdad...*”. Más bien debe entenderse como un mandato que el apóstol establece y que lo hace como buscando que los creyentes manifiesten en esto una evidencia de que se han despojado del *viejo hombre*. Sin embargo debe entenderse que cuando los efesios abrazaron la verdad, como consecuencia renunciaron a la mentira. Ahora bien, los cristianos a quienes Pablo escribe, procedentes del paganismo, tenían como algo natural mentir unos a otros. Esta práctica tendía que ser desterrada absolutamente entre los cristianos, pero, la vieja costumbre tal vez no había terminado totalmente en algunos, por lo que el apóstol les conmina a hacerlo definitivamente. Tal vez por esto mismo la exhortación se establece en la forma que aparece en el profeta Zacarías, en cuyos días la mentira y el engaño se manifestaba entre quienes eran del pueblo de Dios: “*Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo*” (Zac.

⁶⁴ Griego διό.

8:16). No hay duda que la prohibición se sustenta ya en lo que es ley moral establecida por Dios mismo, por medio de su siervo profeta, para todo Su pueblo. ¿Cuál es realmente el alcance de la exhortación? ¿Se trata simplemente de no expresar mentiras en el hablar con otro? Sin duda alcanza mucho más allá de decir mentiras. No está enfatizando tanto en el hecho de decir mentiras, sino de vivir vidas que son en sí mismas una mentira. El viejo hombre está viciado con “*deseos engañosos*”, que es una expresión amplia de la mentira. La apariencia de piedad que niega la eficacia de ella es un aspecto muy extendido de la mentira, ya que con la vida aparente se conduce al engaño de quienes no lo pueden detectar. Jesús llamó hipócritas a los fariseos, no porque ellos mintieran con su boca -aunque posiblemente lo hiciesen también- sino porque engañaban al pueblo con sus vidas aparentes, carentes de piedad. La vida del *viejo hombre* es vanidad, esto es, mentira. Quienes han dejado esa vida, *hablan, expresan* verdad con la nueva vida en Cristo. La mentira alcanza también la dimensión de la calumnia contra el prójimo: “*No hablarás contra tu prójimo falso testimonio*” (Ex. 20:16). Jesús mismo se refirió a este como uno de los mandamientos al que se debía prestar atención para no quebrantarlo (Mt. 19:18). La mentira que desprestigia al prójimo es una manifestación propia de la vieja naturaleza. Quien actúa de ese modo, aunque sea cristiano, está manifestando que todavía no se ha *despojado* del *hombre viejo*, con sus pasiones y pecados.

La prohibición no queda simplemente establecida negativamente en el *no mentir*, sino positivamente en el λαλεῖτε ἀλήθειαν ἕκαστος μετὰ τοῦ πλησίον αὐτοῦ, “*hablad verdad cada uno con su prójimo*”. El creyente no puede ser neutral, al dejar la mentira tiene que practicar activamente la verdad. El que sigue a Cristo debe ser conocido en la sociedad como persona cuya palabra no ofrece duda alguna. Esa fue la enseñanza y el desafío de Jesús en el Sermón del Monte: “*Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede*” (Mt. 5:37). No cabe en la forma de hablar de un cristiano otra cosa que no sea la verdad. La palabra del creyente se respalda por el cumplimiento de lo que afirma o de lo que niega, de ahí que Jesús diga que el modo de hablar de los que le siguen sea *sí* cuando dicen *sí*, y *no* cuando dicen *no*. Las gentes que observan el cumplimiento fiel de la palabra dada, no necesitan confirmarla con un juramento porque el dicho del creyente es suficiente garantía. No debe haber en las palabras del salvo una doble intención, que es una forma de mentir. La ética cristiana y la experiencia sobre la seguridad de sus palabras, hace innecesaria cualquier confirmación, porque la experiencia de quienes le conocen no les permite dudar de su palabra. La palabra mentirosa tiene una procedencia. El Señor dice que “*todo lo que es más de esto*”, la palabra mentirosa y la conducta perjura proceden del *mal*, literalmente *del maligno*. Satanás es el creador e inductor de la mentira. En la primera tentación llamó mentiroso a Dios afirmando que lo que el Creador decía

no era verdad (Gn. 3:4). Así mintió ante Dios en relación con el justo Job, acusándolo de egoísta e interesado (Job 1:9-11). Apela a la Escritura con parcialidad para sustentar sus propuestas malvadas (Mt. 4: 6, 10, 11). El Señor dijo que no había verdad en el diablo (Jn. 8:44). Es Satanás quien llenó el corazón de un creyente para llevarlo al grave pecado de mentir a Dios (Hch. 5:3). En el futuro la presencia del Anticristo, el hombre de pecado, llevará a la máxima expresión la mentira satánica (2 Ts. 2:9-11). El juramento falso es propio de quienes son mentirosos. Es necesario distinguir bien lo que supone decir una mentira ocasional, a ser un mentiroso. Lo primero puede ser un accidente consecuente con la vieja naturaleza, lo segundo forma parte inseparable de la misma vida. Un creyente, es llevado por Dios a la verdad y su forma de expresión y de vida debe ser verdadera. El que tiene comunión con Cristo y vive a Cristo está en la verdad y habla verdad. Esta verdad se manifiesta, como se dice antes, no sólo en palabras, sino especialmente en una vida verdadera porque anda en la verdad. Evitar las mentiras no es lo suficientemente útil a no ser que en la misma forma que no se miente, se practique la verdad.

La verdad se habla μετὰ τοῦ πλησίου, *con el prójimo*, literalmente con *el cercano*. En este caso, aunque comprende la exhortación a hablar verdad comprende a toda persona, tiene un énfasis muy especial con el hermano, de modo que *prójimo* aquí se relaciona principalmente con quien es hermano porque es hijo del mismo Padre y miembro del mismo cuerpo, como puntualmente escribe el apóstol: ὅτι ἐσμὲν ἀλλήλων μέλη, “*porque somos miembros los unos de los otros*”. Sobre esto escribe J. Stott:

*“La razón que se da no sólo es que la otra persona es nuestro prójimo, a quien la Escritura nos manda amar, sino que en la Iglesia nuestra relación es aún más estrecha, porque somos miembros los unos de los otros. Pablo nos remonta a su doctrina de la Iglesia como cuerpo de Cristo (cf. vv. 12-16) e implica que una mentira es una puñalada en lo más vital del cuerpo de Cristo. Porque la comunión se construye sobre la confianza, y la confianza se construye sobre la verdad. Por lo tanto, la falsedad va minando la comunión, mientras que la verdad la fortalece”*⁶⁵.

De manera que el apóstol no apela tanto al mandamiento establecido por Dios, aunque sin duda alguna lo cita, sino al hecho mismo de nuestra posición como miembros en el cuerpo de Cristo. Todo mal hecho a un miembro se está haciendo en contra de la Cabeza. Esa fue la gran primera lección teológica que aprendió Pablo en el camino a Damasco: perseguir a un cristiano es perseguir a Cristo (Hch. 9:4). Todo ello como consecuencia de un hecho fundamental

⁶⁵ John Stott. o.c., pág 177.

enseñado en la *Carta* y mencionado en otros lugares por el apóstol: Todos nosotros, formamos parte de un mismo cuerpo y somos miembros los unos de los otros, no para engañarnos, sino para ayudarnos mutuamente (4:16).

26. Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo.

ὀργίζεσθε καὶ μὴ ἁμαρτάνετε· ὁ ἥλιος μὴ ἐπιδυέτω ἐπὶ τῷ
 Airaos y no pequéis; el sol no se ponga sobre el
 παροργισμῷ ὑμῶν,
 paroxismo de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

De la exhortación sobre la mentira pasa a la ira: ὀργίζεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo οργίζω, *enojarse, enfurecerse, encolerizarse*; καὶ, conjunción copulativa *y*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἁμαρτάνετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ἁμαρτάνω, *pecar, cometer pecado*, aquí *pequéis*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἥλιος, caso nominativo masculino singular del nombre común *sol*; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de negación condicional, *no*; ἐπιδυέτω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἐπιδύω, *ponerse*, el sol, aquí *ponga el sol*; ἐπὶ, preposición de dativo *sobre*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; παροργισμῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo *paroxismo*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

Ὁργίζεσθε καὶ μὴ ἁμαρτάνετε. La exhortación sobre las relaciones entre personas comienza con una cita tomada de los Salmos: “*Temblad y no pequéis*” (Sal. 4:4), en el sentido de estremecerse interiormente a causa de la ira. La ira de Dios, como consecuencia del pecado, aparece ampliamente en el Nuevo Testamento, que cuando se usa para referirse a ella, el que Pablo utiliza aquí⁶⁶, expresa el enojo divino a causa del pecado. La ira de Dios se manifiesta sobre quienes practican el pecado. La raíz de la palabra griega expresa la idea de llenar hasta rebosar, o desear algo con vehemencia, que en relación con Dios se refiere a la indignación divina a causa del pecado. Pero, no es la ira de Dios a la que Pablo directamente se refiere aquí, sino a la de los hombres, concretamente a la de los cristianos. Si en el sentido divino sólo puede haber *ira santa*, en el humano debe relacionarse mejor con una *ira correcta*, en la medida que sintoniza y se manifiesta en razón de identidad moral con Dios, la otra forma de ira humana es incorrecta y, por tanto, pecaminosa porque surge de las pasiones activadas por la carne. Cristo enseñó de la pecaminosidad de toda ira

⁶⁶ Griego ὀργή.

humana que se oriente hacia el prójimo (Mt. 5:22). La ira humana, cruel, adámica, no es conforme a la justicia de Dios (Stg. 1:19). Esta ira humana aparece siempre entre los pecados que figuran en las listas del Nuevo Testamento (4:31; Col. 3:8; Tit. 1:7), así como entre las obras de la carne⁶⁷ (Gá. 5:20). La ira impide que la oración sea oída y, por tanto, respondida (1 Ti. 2:8).

Sin embargo, existe una *ira correcta*, puesto que el apóstol exhorta a que sea *sin pecado*, concretamente: ὀργίζεσθε καὶ μὴ ἁμαρτάνετε, “*airaos, pero no pequéis*”. Esta ira no es generada por el hombre natural como algo propio, sino producida como resultado de la participación del creyente en la ira de Dios. De esa manera se entiende la ira de Jesús, nuestro Señor, cuando en su condición de hombre se airó ante el acecho de que era objeto por los fariseos cuando sanaba a alguien en sábado (Mr. 3:5). Esta ira divina, manifestada en el plano humano, se expresa en palabras duras contra la conducta de aquellos al final del ministerio de Jesús (Mt. 23:1ss). La expresión *correcta* de ira en el creyente ocurre cuando los creyentes, en una forma semejante a la de Cristo, son “*consumidos del celo de Dios*”. Esta ira nace de la reacción frente al pecado. Es el reflejo de una manifestación propia de Dios (5:6). Esto nos enseña que el pecado no puede ser contemplado con impasibilidad por ningún creyente. La idea permisiva que enseña que “*el amor cubrirá multitud de pecados*” (1 P. 4:8), descansa en una mala exégesis del texto bíblico. El pecado tiene que producir un santo rechazo en el que es verdadero cristiano. Cuando un creyente considera el pecado, no puede por menos que enojarse contra sus propios pecados y contra los de otros. Esa es la razón de la advertencia de Pablo ante la ira del creyente: “*no pequéis*”. El cristiano ha de asegurarse que el enojo no proceda del orgullo herido, del amor propio, del rencor, de la malicia o de la animosidad contra otro. Sobre todo ha de cuidar que ese enojo no exprese o se motive por un espíritu de venganza. El creyente no puede *acariciar* la ira, eso es pecado.

Sin embargo, como quiera que la ira de Dios es “*por un momento*” (Sal. 30:5), así también la de aquel que está en comunión con Dios, viviendo en él la vida de Jesús, por tanto, el apóstol pone un límite a la duración de la *ira correcta*, cuando dice: ὁ ἥλιος μὴ ἐπιδύετω ἐπὶ τῷ παροργισμῷ ὑμῶν, “*no se ponga el sol sobre vuestro enojo*”. Esto pone de manifiesto una clara y franca disposición al perdón. La ira no debe mantenerse mucho tiempo, aunque sea *correcta*. Jesús se airó contra los mercaderes en el templo procediendo a la limpieza del santuario, pero no extendió esa acción más allá de lo necesario para efectuarla. Pablo utiliza aquí una figura muy elocuente: no debe concluir el día sin restaurar la comunión entre hermanos. Extender la ira en el tiempo es convertirla en venganza. El creyente ha de olvidar su enojo en el mismo

⁶⁷ Aunque en esta referencia se usa θυμῷ, una expresión intensa de la ira.

momento en que se de cuenta de que se ha infiltrado algún elemento personal y egoísta que convierte la *ira correcta* en *ira pecaminosa*. Esa es también la causa por la que el apóstol habla aquí de una ira extrema, utilizando literalmente en el texto griego⁶⁸ una palabra que significa *paroxismo*. El paroxismo es la exaltación extrema de los efectos y las pasiones. En ese sentido queda registrada en el Nuevo Testamento la discusión que alcanzó el paroxismo entre Pablo y Bernabé a causa de Juan Marcos. Aquella discusión comenzó con la *ira correcta* de Pablo contra el comportamiento de deserción en que había incurrido Juan Marcos, pero degeneró hasta producir una discusión violenta que dejó de ser *ira correcta*, para resultar en *ira carnal*, concluyendo con la consecuencia natural de la ira: la división (Hch. 15:36-41). Por tanto, una buena norma, es que el enojo no dure más allá de la puesta del sol. Esto de forma muy especial tiene que ver con el matrimonio.

Un gravísimo pecado es mantener el enojo, en especial si proviene de la carne, entre hermanos de la congregación mientras se atreven en ese estado a participar de la Mesa del Señor. No debiera consentirse en la Iglesia, que ningún hermano participe en el Partimiento del Pan, mientras persiste en él un odio manifiesto hacia otro hermano. Los que viven excluyendo a otros, los que manifiestan animosidad contra algún hermano, suelen disfrazar su pecado cubriéndolo con la apariencia de una ira santa, pero, habitualmente, ninguno de esos da un solo paso para buscar la restauración de la comunión con el hermano. Estos están inhabilitados para cualquier ministerio en la Iglesia y son una mancha en el convite espiritual de la Cena del Señor.

27. Ni deis lugar al diablo.

μηδὲ δίδοτε τόπον τῷ διαβόλῳ.
Ni deis lugar al diablo.

Notas y análisis del texto griego.

Corresponde esta oración al versículo anterior como final del mismo: μηδὲ, partícula negativa que significa *y no, ni*; δίδοτε, tercera persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir*, aquí *deis*; τόπον, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *lugar, espacio, sitio*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; διαβόλῳ, caso dativo masculino singular del nombre *diablo*.

Μηδὲ δίδοτε τόπον τῷ διαβόλῳ. La disposición al perdón es vital entre creyentes. El apóstol enseña que el cristiano espiritual no es aquel que está dispuesto a airarse contra otro, a reprenderle con rigidez o a marginarle de su

⁶⁸ Griego παροργισμος.

comunión, sino aquel que busca al que ha pecado para restaurarle (Gá. 6:1). Quien persiste en su cólera contra otro está dando lugar al diablo, porque provee de victoria a Satanás, al proveer para él de un elemento contra un cristiano para realizar su obra destructiva y, lo que es más lamentable, es que lo hace utilizando a otro creyente. Un cristiano o incluso toda una iglesia podrán tener razón para el enojo, pero si no es capaz de perdonar y buscar la reconciliación, está dando lugar al diablo.

Diablo es el nombre aplicado a Satanás, siempre con artículo determinado en el Nuevo Testamento, y que significa *calumniador*, que incluye también el oficio de *acusador* (Ap. 12:10). Normalmente Pablo utiliza el término Satanás para referirse al diablo, pero en esta ocasión usa el calificativo diablo para referirse al querubín caído. El diablo es *homicida* y su propósito es destruir al creyente y con ello oponerse a la obra de Dios, que es oponerse a Dios mismo. Es también mentiroso y “*padre de mentira*” (Jn. 8:44), por lo que procura engañar a los creyentes en este asunto de la *ira correcta*, de modo que persista el repudio contra alguien y que con el tiempo de mantenimiento de ese rechazo, se convierta en una manifestación de odio contra otro que sustituya la demanda de amor que Cristo estableció como distintivo para los creyentes (Jn. 13:35). Muchas veces, la obstinación en persistir contra otro hermano, produce divisiones en las iglesias con lo que el diablo está logrando sus propósitos en contra del propósito divino de la unidad, la ayuda mutua y el amor.

La disciplina a un creyente que no anda conforme a la voluntad de Dios y que ha caído en pecado, sin reconocerlo y confesarlo, es una acción triste pero bíblica. Sin embargo, persistir en la disciplina por más tiempo del necesario para la restauración, manteniendo al miembro en una disciplina que se convierte en castigo, es dar lugar al diablo debilitando el cuerpo de Cristo (2 Co. 2:10, 11). El diablo ha engañado con su astucia a muchos líderes que quieren ser honestos e intransigentes con el pecado, manteniendo limpia la congregación, sin darse cuenta que en muchas ocasiones están actuando sobre principios personales y no bíblicos para disciplinar a un hermano, todo esto es el resultado de la acción diabólica que separa el pensamiento del liderazgo de la gracia, para centrarlo en el pecado. Es decir, consigue que los que conducen al pueblo de Dios estén mirando continuamente las faltas y los pecados para sancionarlos, en lugar de mirar a Jesús para aplicar la restauración con Su gracia, siguiendo Su ejemplo. Estas personas caen en el engaño de rendir culto a la santidad a costa de sacrificar la gracia y el amor. El verdadero seguidor de Cristo perdona como él mismo ha sido perdonado (4:32), y restaura siguiendo los muchos ejemplos del Maestro. Incluso el diablo es capaz de inducir a pensar que la disciplina es un castigo corrector por un pecado cometido, sin darse cuenta que todos los pecados del creyente han sido llevados por Cristo en la Cruz, y que todos ellos, tanto los pasados, como los presentes y aún los futuros nos han sido perdonados

(Col. 2:13). La disciplina ha de ser impuesta con lágrimas y nunca con severidad.

Escribe Hendriksen: *“El diablo rápidamente aprovechará la oportunidad para cambiar nuestra indignación, sea justa o injusta, en agravio, rencor, fuente de ira, resistencia al perdón. Pablo se hallaba muy consciente de la realidad, poder, y engaño del diablo, según lo muestra en 6:10. Lo que da a entender, por tanto, es que desde el comienzo mismo el diablo debe ser resistido (Stg. 4:7). No debe concedérsele lugar alguno, ninguna entrada, ningún punto de apoyo donde colocar un pie. No se le debe ceder en ningún punto ni transigir con él en aspecto alguno. No debe dejársele ninguna oportunidad para aprovechar nuestra ira y lograr sus siniestros propósitos”*⁶⁹.

Ante la demanda del apóstol, se debe recordar otro mandato suyo: *“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”* (Ro. 12:19). La advertencia tanto a los romanos, como aquí a los efesios es evitar que se imponga la propia justicia basándose en una *ira correcta*. Este es un mandato que se establece ya en el Antiguo Testamento (Lv. 19:18). La llamada *ley del talión*, no establece o legaliza la venganza, sino que regulaba el ejercicio de la justicia desde una base de equidad. La instrucción era dada a los jueces y no al pueblo en general, de modo que no se excedieran, quienes practicaban la justicia, en las penas impuestas (Ex. 21:24, 25; Lv. 24:20; Dt. 19:21). Por tanto, Pablo prohíbe tomar represalias contra otro, dando con ello lugar al diablo. Por el contrario el cristiano debe dejar lugar para la actuación de la *ira de Dios*, que siendo de Él, no es solo *correcta*, sino también justa y santa. La afirmación bíblica de que la venganza es del Señor y que Él pagará, ha de producir un descanso profundo en el creyente, que descansa en sus promesas (Pr. 20:22), trayendo como reacción a la *ira correcta*, el cancelar el enojo en forma rápida dejándolo en manos del Señor. Cuando un creyente actúa ejecutando él la ira acumulada en su alma contra otro, está anticipándose al juicio de Dios. Como conclusión en lugar de actuar, descansar en Dios, y con ello el cristiano, no da lugar al diablo, sino que lo resiste, como está escrito (Stg. 4:7; 1 P. 5:9).

28. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga que compartir con el que padece necesidad.

ὁ κλέπτων μηκέτι κλεπτέτω, μᾶλλον δὲ κοπιᾷ τῷ ἐργαζόμενος
El que hurta ya no hurte sino mas bien trabaje produciendo
ταῖς¹ ἰδίαις χερσὶν τὸ ἀγαθόν, ἵνα ἔχη μεταδιδόναι τῷ
con las propias manos lo bueno para que tenga compartir con el

⁶⁹ W. Hendriksen. o.c., pág. 238.

χρείαν ἔχοντι.
que necesidad tiene.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ταῖς ἰδίαις χερσὶν τὸ ἀγαθόν, *con las propias manos lo bueno*, lectura atestiguada en κ*, A, D, F, G, 075, 0150, 81, 104, 256, 263, 365, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 2127, 2464, 1596, it^{b, d, f, g, mon}, vg^{cl}, arm, geo¹, slav, Basil, Victorino-Roma, Jerónimo, Agustín.

ταῖς χερσὶν τὸ ἀγαθόν, *con las manos lo bueno*, como se lee en p^{46, 49vid}, κ², B, it^{ar, o}, vg^{ww, st}, Ambrosiaster, Pelagius.

τὸ ἀγαθόν ταῖς χερσὶν, *lo bueno con las manos*, alternativa en Ψ, 424*, 1852, 2200, Biz^{pt} [L] *Lect* Orígenes, Basil, Crisóstomo, Teodoro^{lem}.

τὸ ἀγαθόν ταῖς ἰδίαις χερσὶν, *lo bueno con las propias manos*, lectura en 436, 1912, 1962, Byz^{pt} [K] l 60, l 422, geo², Teodoro^{lat}.

ταῖς ἰδίαις χερσὶν, *con las propias manos*, que aparece en l 597

τὸ ἀγαθόν, *lo bueno*, se lee en P, 6, 33, 424^c, 1739, 1881, Clemente, Gregorio-Nisa, Dídimo, Pelagius^{ms}, Speculum.

Siguiendo con la exhortación escribe ahora sobre el hurto: ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; κλέπτων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa, articular, del verbo κλέπτω, *robar, hurtar*, aquí *que hurta*; μηκέτι, adverbio negativo de tiempo *ya no, no más, nunca más*; κλεπτέτω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo κλέπτω, *robar, hurtar*, aquí *robe, hurte*; μᾶλλον, adverbio comparativo *más*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, sino, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; κοπιᾶτω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo κοπιᾶω, *trabajar, fatigarse, cansarse*, aquí *trabaje*; ἐργαζόμενος, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo ἐργάζομαι, *trabajar, obrar, ocuparse, llevar a cabo, producir*, aquí *produciendo*; ταῖς, caso dativo femenino plural del artículo determinado declinado *con las*; ἰδίαις, caso dativo femenino plural del adjetivo *propias*; χερσὶν, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *manos*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; ἀγαθόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo articular *bueno*; ἵνα, conjunción *para que*; ἔχη, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo ἔχω, *tener, poseer*, aquí *tenga*; μεταδιδόναι, presente de infinitivo en voz activa del verbo μεταδίδωμι, *compartir, comunicar*, aquí *compartir*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *con el*; χρείαν, caso acusativo femenino singular del

sustantivo *necesidad*; ἔχοντι, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *que tiene*.

En la vida cristiana se manifiesta plenamente el cambio en relación con las formas de la vieja naturaleza. De tal manera que no sólo ha de eliminarse la práctica de la mentira y de la ira, como expresión del enojo humano, sino también el robo o el hurto. Sorprendentemente se dirige a quienes practican el robo o el hurto, ya que utiliza un participio de presente que indica una acción continuada como propio de una manera de ética: ὁ κλέπτων, *el que hurta*. Podría decirse “*el hurtador*”, como definición del que practica el hurto. Es de suponer que en la comunidad cristiana naciente había quienes viniendo del paganismo estaban acostumbrados a vivir del hurto. El término griego se aplica a quien practica el robo en cualquier modo. Es traducida como hurtar, tal vez para aminorar la acción en el idioma español, ya que el hurto es la apropiación de algo que pertenece a otro, sin ejercer violencia.

El hurto está prohibido en la ley moral, como el octavo mandamiento del Decálogo: “*No hurtarás*” (Ex. 20:15), y es una forma de robo. El hurto puede adquirir muchas formas diferentes, pero la exhortación está definidamente orientada hacia quien vive sin trabajar apropiándose de lo ajeno para la subsistencia propia o hacia quien se beneficia ilegalmente del trabajo que realiza. Desatender el trabajo, no rendir lo necesario en las tareas demandadas, apropiarse de elementos de la empresa en beneficio personal, es hurtar. De igual modo, el empresario que no paga lo que es justo al trabajo realizado, está hurtando. Evadir el pago de los impuestos es también una clara forma de hurto, uniendo, en este caso concreto, el quebrantamiento de dos preceptos, el que prohíbe el hurto, y el que establece la obligación moral del pago de los impuestos (Ro. 13:1, 7). Es indudable que quien es ladrón no puede estar en la comunión de la Iglesia, de modo que “*no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere... ladrón: con el tal ni aun comáis*” (1 Co. 5:11).

El mandato no es sólo negativo: ὁ κλέπτων μηκέτι κλεπτέτω, *el que hurta ya no hurte*, esto es, basado en una prohibición para obrar en un determinado sentido, sino que junto con ella está la parte positiva mediante la acción: μᾶλλον δὲ κοπιᾶτω ἐργαζόμενος ταῖς ἰδίαις χερσὶν τὸ ἀγαθόν, “*trabajar, haciendo con las manos lo que es bueno*”. Al hurto en el trabajo se opone la virtud de la laboriosidad. Pablo mismo era ejemplo, pudiendo decir: “*nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos*” (1 Co. 4:12). El apóstol pasó fatiga trabajando mientras predicaba el evangelio para atender a las propias necesidades y a las del equipo que estaba trabajando con él (Hch. 20:34). En todo esto seguía el ejemplo de nuestro Señor, quien también tuvo un oficio y era conocido en su sociedad como *el carpintero y el hijo del carpintero* (Mr. 6:3). Había trabajado como debe hacerlo el hombre, a pesar del ser el

Unigénito del Padre y en el plano de su humanidad heredero del trono de David. El trabajo es un mandamiento divino establecido para todo hombre (Gn. 2:15), de manera que en la Iglesia, quienes con algún pretexto se niegan a trabajar, están incluidos entre los *desordenados* y a quienes no debe facilitársele la comida mientras no se ocupen en trabajar (2 Ts. 3:10). El cristiano debe ocupar sus manos, expresión de trabajo, en τὸ ἀγαθόν, *lo bueno*, o “*lo que es bueno*”. Frente a la enseñanza y práctica del mundo, la conducta cristiana sitúa un testimonio de limpieza personal en el mundo laboral y de la empresa haciendo en el trabajo “*lo que es bueno*”, esto es, lo que está en consonancia con quien se le llamó “*Maestro bueno*” (Mt. 19:17). La incorrecta forma de vida impide al creyente la comunión con Cristo. Unas manos activas en hurtar -no importa cuál sea la dimensión del hurto- no son manos limpias y, por tanto, impiden la correcta forma de la oración y la respuesta de Dios a ella (1 Ti. 2:8). Puede darse el caso de algún hermano, bien sea empresario o trabajador, que durante la semana practique el hurto en sus múltiples formas y vengán luego a la reunión de la iglesia para tomar parte en la oración o compartir con los demás la Cena del Señor, con la comunión con Dios impedida a causa de ese pecado. El pecado del hurto se corrige mediante la laboriosidad en el trabajo.

Con todo no puede pasar desapercibido que el apóstol demande el trabajo, no sólo como modo de evitar el hurto, y como forma de conseguir honestamente lo necesario para la vida cotidiana, sino que su objetivo es poner al creyente en relación con el amor al necesitado, de modo que ἔχη μεταδιδόναι τῷ χρείαν ἔχοντι, “*tenga que compartir con el que padece necesidad*”. Ese es el pensamiento *social* más elevado de todos cuantos se han propuesto a lo largo de la historia. El trabajo no solo se orienta al bien propio, sino a satisfacer las necesidades del prójimo. Lo normal en nuestro mundo es el esfuerzo de trabajo encaminado a la acumulación de riquezas en provecho personal. En contraste, la nueva naturaleza del creyente le lleva a un amor desinteresado y desprendido, expresado de otro modo: “*ninguno busque su propio bien, sino el del otro*” (1 Co. 10:24). La razón del mandamiento es el amor fraternal, amor de entrega, que busca los intereses del otro antes del privilegio o beneficio propio, siguiendo el ejemplo del Señor (Fil. 2:6; 2 Co. 8:9). Especialmente importante es si se trata además de un necesitado, de un hermano en la fe. La dimensión de la entrega en amor hacia los demás alcanza hasta la propia vida de quien vive a Cristo, que manifestó su amor desinteresado por nosotros dando la suya (1 Jn. 3:16). De ahí que quien “*tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?*” (1 Jn. 3:17). No se puede hablar de amor, sin amar (1 Jn. 3:18). La obra social de ayuda al necesitado va íntimamente ligada a la proclamación del evangelio. Es verdad que un espíritu de orientación social hacia las necesidades materiales, no debe sustituir en ningún modo la proclamación del mensaje de salvación que llama al hombre a la fe, para perdón de sus pecados y recepción de vida eterna.

Esto sin duda es lo más importante, porque es lo más vital ya que trasciende a cualquier tipo de vida temporal, proyectándose a la perpetuidad que trasciende al tiempo. Pero, de la misma manera que debe mantenerse la prioridad de la salvación del alma, no debe olvidarse juntamente con ello, la acción social que satisfaga, según nuestras posibilidades el hambre y la miseria humana. Quien reserva para sí lo que el prójimo necesita urgentemente, está evitando la práctica del amor, con lo que su vida y ministerio queda espiritualmente estéril (1 Co. 13:1, 3). La fe que obra por el amor vive comunicando con las necesidades de los hermanos. Así lo enseña Santiago: “*Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?*” (Stg. 2:15-16). Mediante esa acción de comunicar con las necesidades del otro, se muestra la realidad de la fe, ya que “*si no tiene obras, es muerta en sí misma*” (Stg. 2:17). Pablo enseña que el creyente trabaja para tener también con qué socorrer al necesitado. En lugar de vivir a cuenta de la comunidad, como hace el que hurta, comienza a contribuir a ella.

29. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.

παῖς λόγος σαπρὸς ἐκ τοῦ στόματος ὑμῶν μὴ ἐκπορευέσθω, ἀλλὰ
 Toda palabra corrompida de la boca de vosotros no salga pero
 εἴ τις ἀγαθὸς πρὸς οἰκοδομὴν τῆς χρείας¹, ἵνα δῶ χάριν τοῖς
 si alguna buena para edificación de la necesidad para que de gracia a los
 ἀκούουσιν.
 que oyen.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ χρείας, *necesidad*, atestiguada en **p**^{46, 99}, **s**, **A**, **B**, **D**², **I**^{vid}. **Ψ**, 075, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, *Byz* [**K**, **L**, **P**] *Lect* **vg**^{ww, st}, **syr**^{h, pal}, **cop**^{sa, bo}, **arm**, **eth**, **geo**, **slav**, **Clemente**, **Orígenes**, **Crisóstomo**, **Teodoro**^{lat}, **Teodoreto**, **Jerónimo**.

πίστεως, *fe*, lectura en **D**^{*}, **F**, **G**, **it**^{ar, b, d, f, g, mon, o}, **vg**^{cl}, **Basil**, **Gregorio-Nisa**, **Tertuliano**, **Cipriano**, **Victorino-Roma**, **Abrosiaster**, **Cromacio**, **Latin**, **mss**^{según Jerónimo}, **Pelagio**, **Sepeculum**.

Sobre la correcta utilización de la palabra, escribe: **παῖς**, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; **λόγος**, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *palabra*, *discurso*, *dicho*; **σαπρὸς**, caso nominativo masculino singular del adjetivo *corrompido*, *dañoso*, *grosero*, *de mala calidad*; **ἐκ**, preposición de

genitivo *de*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo *boca*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; μή, partícula negativa que hace las funciones de adverbio de negación condicional, *no*, y que aquí negativiza a ἐκπορεύεσθω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz media del verbo ἐπορεύομαι, *salir*, aquí *salga*; ἀλλὰ, conjunción adversativa que significa *pero, sino*; εἰ, conjunción afirmativa *si*; τις, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *alguno*; ἀγαθός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *bueno*; πρὸς, preposición de acusativo *para*; οἰκοδομῆν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *construcción, edificación, edificio*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; χρείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *necesidad*; ἵνα, conjunción *para que*; δῶ, tercera persona singular del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir*, aquí *de*; χάριν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; τοῖς, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *a los*; ἀκούουσιν, caso dativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἀκούω, *oír, escuchar*, aquí *que oyen*.

Sin interrupción de la parénesis, pero sin vinculación específica con lo que antecede, introduce aquí un mandato sobre el modo de hablar. El versículo anterior regulaba el trabajo de las manos, este lo hace con la actividad de la lengua, destacando las dos consecuencias que puede producir, por un lado corromper o destruir y por otro edificar.

Πᾶς λόγος σαπρὸς ἐκ τοῦ στόματος ὑμῶν μὴ ἐκπορεύεσθω. Utilizando una fórmula típica veterotestamentaria habla de la palabra “*que sale de vuestra boca*”, para referirse a lo que se dice (cf. Nm. 32:24; Dt. 8:3; Jer. 17:16; etc.). El apóstol reprueba la palabra *corrompida* que es el sentido más literal del adjetivo usado en el texto griego⁷⁰. El sentido es el de algo que está podrido y, por tanto puede producir un grave daño al que lo toma. Este adjetivo aparece ocho veces en el Nuevo Testamento, de ellas, siete en los evangelios (Mt. 7:17, 18; 12:33; 13:48; Lc. 6:43). Las palabras *corrompidas*, son las que *envenenan*, las que tienen en sí mismas el germen corruptor del pecado. No son las palabras ociosas o deshonestas que se considerarán más adelante (5:4), sino el hablar con mala intención. Sin duda una expresión típica de palabras corrompidas tiene que ver con la murmuración (Stg. 4:11). Santiago afirma que la lengua puede ser utilizada como instrumento en manos del maligno, comparándola con un “*fuego, un mundo de maldad*”, que está “*puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno*” (Stg. 3:6). La lengua se presenta como un fuego que devora y destruye, en un orden conectado a la maldad, propio de quienes no han sido regenerados, o incluso del creyente que

⁷⁰ Griego σαπρὸς.

no se ha despojado del viejo hombre. El grave problema es que la murmuración está orientada a creyentes y de quien se murmura es de un hermano, miembro del cuerpo. El poder corruptor de la palabra alcanza tanto al que la pronuncia como al que la escucha. Toda palabra *corrompida* es impulsada por la vieja naturaleza y utilizada por el maligno. De otro modo, el que habla mal está siendo instrumento del maligno. Esta forma de hablar corrupta utiliza palabras maliciosas contra el hermano, especialmente cobarde cuando aquel de quien se habla desprestigiándolo, no está presente. El creyente que habla mal de su hermano está actuando bajo la influencia del maligno que es el “*acusador de los hermanos*” (Ap. 12:10). Junto con la murmuración están también los chismes y las críticas, asunto prohibido ya en la Ley moral (Lv. 19:16). La Biblia de las Américas traduce este texto de este modo: “*No andarás de calumniador en medio de tu pueblo*”. La maledicencia es hablar de los males de los hermanos con ánimo de desprestigiarlos. Es notorio que el malediciente consuetudinario no debe estar en la comunión de la iglesia local (1 Co. 5:11).

El hablar del cristiano ha de ser edificante: εἰ τις ἀγαθὸς πρὸς οἰκοδομὴν τῆς χρείας, ἵνα δῷ χάριν τοῖς ἀκούουσιν, *si alguna buena para edificación de la necesidad, para que de gracia a los oyentes*. El apóstol contrasta el adjetivo *corrompido*, del que se habló antes, con otro adjetivo ἀγαθός, traducido aquí como *bueno*, de manera que si el hablar del mundo es corrompido, el hablar del cristiano ha de ser bueno. Sin embargo, la construcción gramatical establece dos cláusulas de propósito. La primera con la preposición *para*⁷¹, seguida del sustantivo articular *edificación*⁷², que como genitivo libre sirve para enfatizar la labor de edificación; la segunda se construye con la conjunción *para que*⁷³, acompañada del verbo *dar*⁷⁴, y el sustantivo *gracia*⁷⁵, es decir, el hablar correcto o el buen hablar está orientado a dar gracia al que escucha, y esta gracia tiene que ver con la edificación. No hay neutralidad tampoco en esto. Cuanto no edifica, destruye. Por tanto, el hablar del creyente tiene que ir orientado a la edificación y edifica solo cuando *da gracia* a quienes oyen. Tanto en la LXX como en el griego clásico se utiliza el término para referirse a *hacer bien*, pero, en el pensamiento de Pablo, la edificación se alcanza mediante la gracia. Esta gracia ha estado presente en cuanto antecede de la *Carta*, como el elemento que salva al hombre, en expresión plena de amor de Dios. Fue la gracia la que salvando al pecador consigue el propósito divino de establecer la Iglesia, como cuerpo de Cristo. Es la gracia, en trabajo continuado del Señor, la que edifica Su Iglesia (Mt. 16:18).

⁷¹ Griego πρὸς

⁷² Griego χρείας.

⁷³ Griego ἵνα

⁷⁴ Griego δίδωμι.

⁷⁵ Griego χάρις

Es también la gracia la que glorificará a la Iglesia en la manifestación de Jesucristo (1 P. 1:13). La gracia satura plenamente la persona y obra del Señor (Jn. 1:14), por tanto, sus palabras son palabras de vida eterna (Jn. 6:68). El que está en Cristo, por tanto, quien vive a Cristo tiene también *palabras de gracia*, que son las que edifican. No son las palabras hirientes del legalista, sino las palabras restauradoras, alentadoras y animadoras del discípulo de Jesús. Esa es la razón por la que el apóstol exhorta a los colosenses y les dice: *“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis como debéis responder a cada uno”* (Col. 4:6). La gracia, por tanto, ha de saturar el corazón del creyente y con la abundancia del corazón lleno de gracia, hablará con su boca palabras de gracia. La vinculación con Cristo, el vivir a Cristo, no puede sino traer un hablar consecuente en esa condición: *“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor...”* (Col. 3:16). Cuando la palabra de Cristo está arraigada en el creyente, el discurso cristiano no puede ser sino de edificación, sustentado en la gracia. El bien que se puede hacer mediante una palabra de gracia es enorme.

30. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuiste sellados para el día de la redención.

καὶ μὴ λυπεῖτε τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον τοῦ Θεοῦ, ἐν ᾧ ἐσφραγίσθητε
 Y no contristéis el Espíritu el Santo - de Dios con el que fuisteis sellados
 εἰς ἡμέραν ἀπολυτρώσεως.
 para día de redención.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con una advertencia solemne sobre la relación con el Espíritu Santo: καὶ, conjunción copulativa y; μὴ, partícula negativa que hace las funciones de adverbio de negación condicional, *no*; λυπεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo λυπέω, *entristecer, causar pesar, contristar*, aquí *contristeis*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*; Πνεῦμα, caso acusativo neutro singular del nombre propio *Espíritu*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado declinado *al*; Ἅγιον, caso acusativo neutro singular del adjetivo, en este caso como nominal en funciones de nombre propio, *Santo*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἐν, preposición de dativo *con*; ᾧ, caso dativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; ἐσφραγίσθητε, segunda persona plural del aoristo primero de indicativo en voz pasiva del verbo ἐσφραγίζω, *sellar*, aquí *fuisteis sellados*; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἡμέραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *día*; ἀπολυτρώσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de redención*.

Καὶ μὴ λυπεῖτε τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον τοῦ Θεοῦ. La solemne advertencia de no contristar al Espíritu, sigue inmediatamente a “*dar lugar al diablo*”. El creyente tiene sólo dos modos de vida: carne o Espíritu (Gá. 5:16). La primera esfera corresponde a una situación de pecado bajo el control de Satanás; la segunda corresponde a la vida bajo el control del Espíritu. El versículo pone la ética cristiana en relación con el Espíritu Santo. De ahí que a las prohibiciones anteriores se una ahora la advertencia solemne que afecta directamente, no solo a la relación, sino a la misma persona de Dios, el Espíritu Santo. Sin ningún otro aditamento es suficiente motivo para conducir a la obediencia de los creyentes. La razón de ser del cristiano se debe a la obra del Espíritu Santo, a la que se ha referido en los capítulos anteriores. El Espíritu regenera al pecador, en el momento de creer en Cristo, uniéndolo vitalmente al Señor para que por el único Mediador entre Dios y los hombres, fluya la vida eterna que es la natural del que ha nacido de nuevo. El Espíritu hace posible la unidad de la Iglesia (4:3), por tanto, cualquier acción contra el propósito divino para la vida cristiana, afecta directamente a la Persona Divina que lo hace posible y que, por Su fruto, reproduce el carácter de Cristo en el cristiano (Gá. 5:22-23).

La grave ofensa que ha de evitarse consiste en καὶ μὴ λυπεῖτε τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον τοῦ Θεοῦ, “*contristar al Espíritu Santo*”. Es interesante el énfasis articular que se hace en el texto griego, en donde literalmente se lee τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον τοῦ Θεοῦ, “*al Espíritu, al Santo, de Dios*”, convirtiendo el adjetivo articular en nombre de la Persona Divina, a quien se llama en la Biblia el Espíritu Santo. No es esta una novedad doctrinal del apóstol, sino que Dios mismo ha llamado la atención a un hecho histórico en el cual los israelitas contristaron al Espíritu Santo (Is. 63:10), donde se lee en hebreo: “*hicieron enojar su Santo Espíritu*”, si bien la traslación de la palabra hebrea está más acorde con *entristecer*⁷⁶. El versículo proporciona además un argumento firme en relación con la personalidad del Espíritu Santo, ya que el término indica *causar dolor*, que sólo es posible cuando se trata de una Persona, y mucho más solemne cuando se trata de una Persona Divina, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Cualquier situación pecaminosa *entristece, contrista, causa dolor* al Espíritu de Gracia. No es posible entender el alcance de la afirmación, puesto que se trata de una Persona Divina, que por serlo es gozo infinito y felicidad suprema. Sin embargo, el Espíritu, es el Vicario de Cristo en la tierra y el Consolador, el Paracletos enviado por el Padre y el Hijo para morar en el creyente (Jn. 15:26). El Espíritu es increado, y como procedente del Padre se le llama Espíritu de Dios, y como enviado por el Hijo, se le llama Espíritu de Cristo (Ro. 8:9).

⁷⁶ La LXX traduce aquí el término por παρώξυναν.

Fundamentalmente se contrista al Espíritu cuando en la vida del creyente hay pecado oculto o prácticas pecaminosas sin confesar. Debe entenderse bien que la palabra *confesar*, procede del latín y significa *decir lo mismo*. Significa, por tanto, que cuando se *confiesa* no se está recordando el pecado cometido y un intenso pesar por él, aunque puede comprenderlo, sino un *decir lo mismo* que Dios dice sobre el pecado, lo que conlleva inexorablemente al arrepentimiento y al cambio de actitud. El Espíritu Santo tiene como misión -entre otras- reproducir la imagen de Jesús en cada cristiano (Ro. 8:29), cualquier rebeldía del creyente impide la acción del Espíritu, contristándolo, es decir, se contrista cuando un cristiano es inconsecuente con la vida santa y honesta que corresponde a su nueva naturaleza. El Espíritu Santo es contristado por la práctica de las prohibiciones mencionadas antes por el apóstol, así como por la pasividad de vida que no lleva a cabo las propuestas positivas dichas también en los versículos precedentes. El Espíritu es contristado por los pecados de la mentira en cualquiera de sus expresiones (v. 25) el pecado de la ira contra otros (v. 26); el pecado del hurto (v. 28) y del hablar corrompido en el creyente (vv. 29). Pero, además de estas causas, están también todas aquellas que, en alguna medida y forma, se oponen al propósito de Dios en el *misterio* revelado para la Iglesia. Quien trabaja para fragmentar la unidad de la iglesia, el que no ama a sus hermanos, el que se llena de enojo porque otros no piensan como él, el que busca la corrección pero no la gracia, el que es incapaz de mantener la comunión con los miembros de la familia de Dios, está oponiéndose en lucha abierta contra la obra del Espíritu Santo.

Cuando el Espíritu se contrista, deja de producir el fruto en el creyente que le provoca a ser contristado, notándolo el causante en la pérdida de las virtudes que conforman el fruto, especialmente sensibles en el amor, el gozo y la paz. De otro modo, la tristeza que el pecado en el creyente produce al Espíritu Santo, elimina en la experiencia del creyente el gozo del Espíritu. La solución a este gravísimo problema espiritual está en la confesión del pecado por el que lo ha cometido (1 Jn. 1:9). El pecado reconocido y confesado, exige la disposición para dejarlo definitivamente; en caso contrario, la confesión se convierte en una grave hipocresía. El arrepentimiento lleva aparejado un cambio de vida que retorna a una esfera de santidad práctica (Ap. 2:5). El pecado sin confesar y, sobre todo, si además se procura mantener oculto, es la consecuencia fundamental de la falta de bendiciones en la vida del creyente, ya que *“el que encubre sus pecados no prosperará; más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”* (Pr. 28:13).

El apóstol recuerda la gravedad del pecado de contristar al Espíritu cuando concluye recordando que el Espíritu es además la garantía segura de la esperanza, puesto que en Él fuimos *ἐν ᾧ ἐσφραγίσθητε εἰς ἡμέραν ἀπολυτρώσεως*, *“sellados para el día de la redención”*. El sello del Espíritu

fue considerado antes (1:13), considerando entonces el aspecto de pertenencia y propiedad que ese sello supone en relación con el creyente y Dios. El Espíritu testifica con Su sello que quien lo tiene es eterna propiedad de Dios y que su salvación está eternamente garantizada. El aspecto de *sellados* corresponde al principio del proceso de salvación y se produce en el momento de creer, donde también se recibe al Espíritu de Cristo (Ro. 8:9), para actuar en todas las funciones que tiene encomendadas en relación con el pueblo de Dios. El término de ese proceso salvífico lo expresa Pablo como “*el día de la redención*”, apuntando al momento de la glorificación de los cuerpos de cada creyente y el traslado de ellos a la presencia de Dios. La redención es un hecho consumado, pero cuyo desarrollo tiene lugar a lo largo del tiempo histórico de los creyentes, comenzando por la justificación, proveyendo para su santificación y concluyendo con la glorificación. La redención comprende además del perdón de los pecados y la regeneración del perdido (1:7), la transformación final de los cuerpos en la resurrección (1 Co. 15:51). Mediante la redención el creyente fue comprado plenamente por Dios y para Dios, sin embargo, el cuerpo físico es un cuerpo mortal, que ha de pasar por la experiencia de la muerte o, en caso del traslado de la iglesia, por la transformación para recibir el cuerpo de resurrección en el cual todo el creyente será glorificado. En esa ocasión el Espíritu culminará el propósito de Dios de hacer semejante a cada creyente con Cristo, habiendo sido definitivamente conformados a Su imagen (Ro. 8:29). Entre ambos momentos discurre la vida de santificación, en la cual el Espíritu va modelando al creyente y conformándolo a Jesús (2 Co. 3:18). La voluntad de Dios es la santificación de quienes son suyos (1 Ts. 4:3), por tanto, cuando el creyente, por pecado, se resiste a la voluntad de Dios, el Espíritu Santo se contrista. Sin embargo, la gracia sobreabundante de Dios, continúa, aún en medio de las crisis espirituales de los cristianos, garantizando su eterna salvación ya que el Espíritu los sella “*para el día de la redención*”, es decir, del encuentro con Cristo, en donde todos habremos sido conformados a la imagen del Señor. Tal grandeza de misericordia, amor y gracia, debiera impulsar a cada creyente a vivir en santidad (1 Jn. 3:3). Al dejar esta consideración sobre el contristar al Espíritu, debiéramos recordar que la ofensa voluntaria contra el Espíritu, es ofensa voluntaria contra Dios, cuyas consecuencias pueden ser muy graves para el creyente, aunque en modo alguno perderá su salvación (He. 10:26-31).

31. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.

πᾶσα πικρία καὶ θυμὸς καὶ ὀργὴ καὶ κραυγὴ καὶ βλασφημία ἀρθήτω
 Toda amargura y enojo e ira y griterío y maledicencia quítese
 ἀφ’ ὑμῶν σὺν πάσῃ κακίᾳ.
 de vosotros con toda malicia.

Notas y análisis del texto griego.

Sigue la exhortación, escribiendo: *πᾶσα*, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; *πικρία*, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *amargura*; *καὶ*, conjunción copulativa *y*; *θυμὸς*, caso nominativo masculino singular del sustantivo *enojo*; *καὶ*, conjunción copulativa *e*; *ὀργή*, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ira*; *καὶ*, conjunción copulativa *y*; *κραυγή*, caso nominativo femenino singular del sustantivo *griterío*; *καὶ*, conjunción copulativa *y*; *βλασφημία*, caso nominativo femenino singular del sustantivo *blasfemia*, *maledicencia*; *ἄρθήτω*, tercera persona singular del aoristo primero de imperativo en voz pasiva del verbo *αἶρω*, *quitar*, aquí *quítese*; *ἄφ'* forma que adopta la preposición de genitivo *ἀπό*, por elisión de la *ι* final y asimilación de la *π* ante vocal o diptongo con aspiración, y que significa *de, desde, lejos de, proceder de, por causa de, por medio de, con, contra*; *ὕμῶν*, caso genitivo plural del pronombre personal *vosotros*: *σὺν*, preposición de dativo *con*; *πάσῃ*, caso dativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; *κακία*, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *malicia*.

Cuando se contrista al Espíritu que produce, entre otras virtudes, en su fruto, el gozo, el creyente está en disposición de caer en una serie de pecados que tienen que ver directamente con diversas manifestaciones de falta de gozo o, si se prefiere mejor, con diversas manifestaciones de estar enojado. El apóstol conmina a los cristianos a que desaparezcan todas estas acciones contrarias al Espíritu. El mandamiento está establecido mediante el uso de un verbo en aoristo de imperativo, cuya idea podría expresarse como: *ἄρθήτω ἄφ' ὑμῶν* “¡*Quítese de una vez por todas!*”, los asuntos que siguen. Es necesario apreciar en la construcción gramatical del texto griego el adjetivo indefinido ingresivo *todas*, que vincula a las diferentes manifestaciones pecaminosas que siguen luego. No se trata de dejar *alguna* de esas cosas, sino todas ellas; y no se trata de dejarlas ocasionalmente, sino de hacerlo definitivamente, de modo que nunca más aparezcan en la vida cristiana.

Lo primero que ha de *quitarse* es *πᾶσα πικρία toda amargura*, que por el enfado conduce también al resentimiento. El sustantivo⁷⁷ que usa el apóstol da idea de un espíritu y una forma expresiva altamente agria. Aristóteles uso la palabra para designar “*el espíritu resentido que rehúsa la reconciliación*”⁷⁸. Todo aquel que no quiere perdonar y recuerda permanentemente la ofensa recibida, vive una vida de amargura. La amargura no afecta sólo al que la vive, sino que se extiende y contamina a muchos, como escribe el escritor a los Hebreos: “...*que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados*” (He. 12:15). Al no abandonar la *amargura*, se está dejando a un lado la vida en el Espíritu que trae aparejada la consecuencia

⁷⁷ Griego *πικρία*.

⁷⁸ Citado por F. Lacueva. o.c., pág. 166.

primaria que ocasiona y que es la pérdida del gozo sustituida por raíces de amargura. Las palabras que definen la situación, según aparecen en Hebreos, están tomadas de una referencia del Antiguo Testamento: *“No sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajeno”* (Dt. 29:18b), siguiendo, como es normal, la lectura de la versión LXX. Esto sería, en el texto del Pentateuco, la consecuencia para quienes dejasen a Jehová y siguiesen a otros dioses. La amargura fructifica en el corazón del creyente en donde brota. Quiere decir lo mismo en relación con la vida en el Espíritu. La contaminación comienza amargando al creyente en donde ha brotado la raíz de amargura, pero no queda el problema en él sólo, sino que, como planta venenosa se extiende y contamina a otros. La santidad no se contagia, pero el pecado sí. Un pecado íntimo y personal se extiende luego a la congregación afectando a muchos. La pérdida del gozo que se transforma en experiencia de amargura es el resultado de dejar a un lado la gracia, es decir, la vida en dependencia y bajo el control del Espíritu. Jesús vino con el propósito de producir, con su presencia en el cristiano, una vida de gozo abundante en donde antes había sólo -como dice Eclesiastés- vanidad y aflicción de espíritu. El mismo lo afirmó: *“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”* (Jn. 10:10). En esa abundancia de vida está necesariamente presente el gozo de Jesús en la vida de sus seguidores: *“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”* (Jn. 15:11). La provisión de la gracia produce efectos contrarios a las raíces amargas: *“Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”* (Jn. 16:24). En la oración intercesora, nuestro Señor pidió por el gozo completo de cada creyente: *“Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos”* (Jn. 17:13). La bendición divina en la gracia produce paz y gozo en la vida cristiana (Ro. 15:13). Sin embargo, todo lo que tiene que ver con gozo, tiene que ver con la acción del Espíritu Santo en la vida cristiana, ya que *“el fruto del Espíritu es...gozo”* (Gá. 5:22). Una raíz de amargura que brota es evidencia clara de la falta de acción del Espíritu Santo en la vida del creyente. Pero, esta disfunción espiritual no afecta sólo al que la padece, sino que contamina y corrompe su entorno. Un cristiano amargado es amargura al resto de los hermanos. La influencia perniciosa de un amargado ocasiona desaliento y desánimo en quienes están en contacto con él. Normalmente el amargado procura extender el veneno de su amargura a otros, por medio de la lengua. De ahí el mandato a quitar *toda*, no solo alguna, amargura de la experiencia personal del creyente. La amargura se opone a la mansedumbre, a la comprensión hacia otro y a la cordial relación fraterna. La amargura conduce, dentro de la familia, a un trato incorrecto del marido con la esposa, a quienes Pablo exhorta para no ser *amargos* con ellas (Col. 3:19).

Un nuevo pecado debe ser apartado del cristiano, καὶ θυμὸς, *el enojo*. Es la progresión lógica: cuando no se deja la amargura, inmediatamente se

manifestará el enojo. El término *enojo*⁷⁹, puede expresar aspectos como *animosidad, rabia o furor*. Esta es una de las obras de la carne, contraria al fruto del Espíritu (Gá. 5:20). El término se usa para referirse a aspectos íntimos de cólera, que pueden manifestarse externamente. En este caso se aplica a aspectos de cólera interna que saturan a la persona y se manifiestan luego en arrebatos de ira. La palabra aquí, en plural abarca a todo tipo de arrebatos o explosiones de malhumor propios de aquellos que carecen de *dominio propio*.

El pecado anterior, si persiste, conducirá a la ὀργή, *ira*. Contrapuesto al enojo, que *estalla violentamente*, la ira guarda el sentimiento interiormente. Se trata de una manifestación de hostilidad rencorosa, es -como dice el profesor Juan Leal- “*un movimiento lento en el brotar y constante o duradero en el perseverar*”⁸⁰. Es, por tanto, el término que describe un determinado sentimiento, o un impulso íntimo y personal conteniendo una profunda emoción pasional. Sobre este pecado advirtió Jesús en el Sermón del monte: “*Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio...*” (Mt. 5:22), donde el verbo enojarse es de la misma raíz que *ira* en el versículo de la *Carta*. Los maestros de los tiempos de Jesús enseñaban al pueblo a temer las consecuencias que producía quebrantar los mandamientos desde el exterior, es decir, con acciones que pudiesen servir de base para acusar al delincuente. Cristo enseñaba un alcance mayor, que correspondía al pensamiento que Dios tuvo cuando dio su ley al pueblo por medio de Moisés. No se trataba de atemorizarse por las consecuencias que podría acarrear la sentencia de un tribunal humano en un juicio, sino el temor de ofender a Dios en la intimidad del pensamiento y de las intenciones. Lo que el Señor enfatizaba era la actitud del corazón ante el inapelable tribunal de la justicia de Dios, que no se conforma con acciones externas, sino que juzga las intenciones del corazón (1 S. 16:7). El mandamiento conduce a evitar no sólo la acción externa que produciría la muerte de una persona, sino las intenciones íntimas contra ella en las que ya está el germen del homicidio. No solo debe evitarse el homicidio, sino que debe manifestarse una actitud justa y afectuosa para con los demás. La vida de santidad no consiste en lo que se hace, sino en lo que se es. El Señor da la interpretación y con ella el alcance del mandamiento según la intención que Dios tuvo al darlo. Comienza incluyendo el enojo como parte de la prohibición del mandamiento. El sustantivo *enojo*, expresa una manifestación de ira contra el prójimo. Esa ira es el resultado del odio interno hacia alguien. El Nuevo Testamento desarrolla la afirmación de Cristo, presentando el odio que se manifiesta en el enojo como una actitud contraria al amor y a la gracia de Dios. Quien es incapaz de amar manifiesta que no ha conocido a Dios (1 Jn. 4:8). Quien ha *conocido*, esto es, quien ha intimado y participa en el amor de Dios,

⁷⁹ Griego θυμός.

⁸⁰ Juan Leal. o.c., pág. 715.

ama a su hermano hasta ser capaz de poner su vida por él, porque también Jesús lo hizo (1 Jn. 3:16: 4:9-10). La identificación con Cristo exige al cristiano un estilo de vida en amor, lejos del odio y rencor contra el prójimo y mayormente contra el hermano. Quien no ama a su hermano debe preguntarse si realmente ha nacido de nuevo (1 Jn. 3:14). El enojo por principios santos quebrantados no es la expresión de ira pecaminosa, sino la manifestación de una reacción a causa del amor a Dios y su santidad (4:26). Sin embargo si la reacción ante una ofensa cometida contra Dios se acumula y permanece en el corazón, se está dando lugar al diablo, ya que se convierte en odio humano lo que simplemente debió haber sido una reacción de amor hacia la ofensa contra Dios (4:27). El enojo contra el hermano es pecado y está prohibido expresamente para el creyente (4:31). Como escribe el Dr. Lacueva:

“El enojo es una pasión natural; hay casos en que es legítimo y laudable; pero cuando nos enojamos sin causa, es pecado. Cuando surge sin que exista una provocación justa; sin causa, o sin causa buena, o sin causa proporcionada; cuando nos enojamos por suposiciones sin fundamento, o por afrentas triviales que no merecen respuesta. Cuando no hay ningún objetivo bueno en perspectiva, no sólo es vano, sino que hace daño; mientras que, si en alguna ocasión nos enojamos, debería ser para incitar al ofensor a arrepentirse, e impedir así que vuelva a ofender. Cuando sobrepasa los debidos límites, cuando va acompañado del ultraje y de la frase maliciosa, cuando tratamos de herir en lo vivo a quienes se van a resentir de ello. Todo esto es un quebrantamiento del sexto mandamiento, pues quien se enoja de este modo, llegaría a matar si pudiese o se atreviese a ello, ya que está dando los primeros pasos en esa dirección”⁸¹.

El Señor enseña que cuando el enojo va acompañado de palabras hirientes está dentro del límite que Cristo aplicaba al alcance del mandamiento. Este tipo de enojo entra de lleno dentro de la prohibición “no cometerás homicidio”.

Por regla general a la ira, sigue el κραυγή, *griterío*, que es el dar voces movido por la cólera interna que se mantiene contra alguien. Estos gritos llevan siempre expresiones ofensivas contenidas en ellos. Eso está dentro del límite enseñado también por Jesús: “...y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio” (Mt. 5:22b). Según la enseñanza de Cristo el siguiente paso es el insulto personal. Aquel que se había enojado dentro de sí contra su hermano, pasa luego a proferir contra él palabras injuriosas, llamándole *necio*, literalmente *raká*, un término griego que equivale a *insensato*, *necio*, *imbécil*, que expresa la idea de alguien alelado, escaso de razón,

⁸¹ F. Lacueva. *Comentario Matthew Henry. Mateo*. Editorial Clie. pág. 78.

perturbado de mente. Llamar *necio* al hermano expresa una actitud de profundo desprecio contra él, considerándolo como poco fiable o indigno. Una frase reveladora clarifica el alcance de este insulto cuando los fariseos, enojados contra los alguaciles que se habían negado a prender a Jesús cautivados por su enseñanza, dicen de ellos: “*Mas esta gente no sabe la ley, maldita es*” (Jn. 7:49). Este desprecio conduce al odio porque considera al hermano como vil y, por tanto, indigno de ser amado. Sitúa al que insulta en una posición de arrogante superioridad despreciando a su hermano (Ro. 12:3, 10, 16). El arrogante, orgulloso, es resistido por Dios (Stg. 4:6). El Señor enseña que el insulto al hermano pone de evidencia los deseos homicidas que alberga contra él en su corazón. Esa actitud es condenable y quien la manifieste es reo de muerte ante el Sanedrín, la Corte Suprema de Justicia de Jerusalén, formada por setenta y un miembros, que entendía en los casos más graves de delitos contra la ley. Siempre que la ira contenida estalla en gritos contienen expresiones ofensivas contra otro.

Al griterío que debe dejarse, sigue otro pecado que ha de cesar también: βλασφημία, *la maledicencia*. En el texto griego se usa la palabra *blasfemia*, que es hablar mal de otro. Podría buscarse aquí el sinónimo de difamación, que adquiere diversas formas como hablar por detrás desprestigiando al otro cuando no está delante; hablar contra de otro con el propósito de difamarlo; e incluso buscar un grupo de oposición contra alguien buscando adeptos por medio del desprestigio personal. De todo esto se consideró antes cuando se estudió el sentido de las *palabras corrompidas* (v. 29). Pero, siguiendo como comentario la enseñanza de Jesús en el Sermón del monte, el Maestro dijo: “... *y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego*” (Mt. 5:22c). El que odia a su hermano pasará del insulto a la difamación. El primer paso queda reducido al ámbito de los dos: el que odia y el hermano odiado que recibe un insulto. La difamación es ya mucho más grave porque extiende a otros maliciosamente acusaciones contra quien no puede defenderse. La palabra que Jesús pone en boca del difamador, según recoge Mateo, es la de *fatuo*, mejor tal vez *renegado*. Una palabra fuerte que pudiera equivaler también a *canalla*, persona malvada y de mal proceder. Difamar a un hermano es un grave pecado. La difamación comprende muchas maneras, entre otras la maledicencia, de la que debe apartarse todo creyente (Stg. 4:11). Malediciente es el que habla mal de otro, no solo calumniándole, aunque puede comprenderlo, sino haciendo creer a otros su supuesta mala fama. Un malediciente reiterado que practica la maledicencia, es decir, el que habla mal de los hermanos, no debe estar en la comunión de la iglesia (1 Co. 5:11). El que difama comete homicidio en el sentido de quitar la honra, la moralidad a la persona difamada y con ello destruye su reputación y su vida. La difamación es según la Biblia un veneno de áspid, es decir, mortal, bajo la lengua que lo inocular en el pensamiento y corazón del que escucha la maledicencia y que mata secretamente (Ro. 3:13-

14). Esta es la raíz que conduce al homicidio. Los escribas y fariseos limitaban la enseñanza al cumplimiento aparente y literalista del mandamiento. Para ellos sólo era culpable quien cometía un homicidio, sin importarle que en el odio interno contra otro estuviese ya contenida la intención de hacerlo. Dios no se conforma con la apariencia sino con la realidad espiritual del corazón. De este modo también se conducen algunos en la iglesia de Jesucristo. Hay grandes *ortodoxos* que luchan denodadamente por el literalismo de la Palabra, ajustando su vida a las formas, es decir, a lo que aparentemente dice la Biblia, sin importarles que en el corazón del luchador por la *sana doctrina*, haya resentimientos contra otro hermano. Es más, algunos justifican esa actitud como una manifestación de ira santa contra quien se desvía, según sus criterios, de la doctrina establecida por Dios en su Palabra, atendiendo generalmente a asuntos externos de formas y costumbres, olvidándose que lo que Dios ama es la misericordia, mucho más que los sacrificios (Os. 6:6). No cabe excusa alguna para justificar la maledicencia contra un hermano, es un acto de impiedad que expone al malediciente al juicio de Dios y exige su segregación de la comunión de la iglesia (1 Co. 5:11).

Finalmente el apóstol ordena apartarse de *πάση κακίᾳ*, *toda malicia*. La inclinación perversa que procura dañar al prójimo. Especialmente grave cuando se trata de un hermano. Malicia aquí debe entenderse en el sentido general que se le da en los escritos de Pablo (cf. Ro. 1:29; 1 Co. 5:8; 14:20; Col. 3:8; Tit. 3:3), o en otros escritos (cf. Stg. 1:21; 1 P. 2:1, 16). Generalmente la malicia aparece cuando ninguno de los otros pecados consigue apaciguar en la vida del malicioso su amargura contra alguien. La malicia busca la forma de destruir la vida del que es objeto del odio, la moral individual de la persona, no sólo descubriendo y exagerando sus defectos, sino incluso calumniándole para alcanzar el propósito. La malicia es la consecuencia de la influencia diabólica en la vida de la persona. Quien no anda en el Espíritu, vendrá a cualquier experiencia pecaminosa como las que se han considerando.

32. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

γίνεσθε δὲ εἰς ἀλλήλους χρηστοί, εὐσπλαγχνοί, χαριζόμενοι
 Y haceos para unos a otros benignos compasivos perdonándoos
 ἑαυτοῖς, καθὼς καὶ ὁ Θεὸς ἐν Χριστῷ ἐχαρίσατο ὑμῖν.¹
 vosotros mismos como también - Dios en Cristo perdonó os.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ὁμῖν, *os*, lectura atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, **A**, **F**, **G**, **P**, 0150, 6, 81, 256, 263, 365, 1319, 1573, 2127, *l* 593, *l* 596, *l* 884, *l* 1159, *l* 1365, *it*^{ar, b, d, f, g, mon, o}, *vg*^{cl}, *cop*^{sa,bo}, *eth*, Clemente, Orígenes^{lat}, Basilio, Crisóstomo^{lem}, Teodoro^{lat}, Tertuliano, Victorino-Roma, Ambrosiater, Pelagio, Agustín.

ἡμῖν, *nosotros*, lectura en **p**⁴⁹, **B**, **D**, **Ψ**, 075, 33, 104, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2464, *Biz* [**K**, **L**], *Lect* *vg*^{ww, st}, *syr*^{p, h, pal}, *cop*^{bo/mss}, *arm*, *slav*, Orígenes, Crisóstomo^{com}, Nilo, Proclo, Tertuliano, Jerónimo, Agustín.

Concluye la exhortación con: γίνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse*, aquí *haceos*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; εἰς, preposición de acusativo *para*; ἀλλήλους, caso acusativo masculino plural del pronombre personal recíproco *unos a otros*; χρηστοί, caso nominativo masculino plural del adjetivo *benignos, bondadosos, suaves, buenos*; εὐσπλαγχοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *compasivo, misericordioso*; χαρίζόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo χαρίζομαι, *dar, regalar, conceder, perdonar*, aquí *perdonando*; ἑαυτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre reflexivo declinado *a vosotros mismos*; καθὼς, conjunción condicional *como, según, en la medida que*; καὶ, adverbio de modo *también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Dios*; ἐν, preposición de dativo *en*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Cristo*; ἐχαρίσατο, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz media del verbo χαρίζομαι, *perdonar*, aquí *perdonó*; ὁμῖν, caso dativo del pronombre personal *os*.

Como ocurre con la parénesis anterior, no queda simplemente en prohibición negativa, en un dejar de hacer, sino todo lo contrario, el creyente debe tener siempre una vida activa y positiva: γίνεσθε δὲ εἰς ἀλλήλους, *y haceos unos para otros*, es decir, *sed unos con otros*. Ha de dejar todo cuanto tiene que ver con el *viejo hombre*, pero debe que dar expresión al *nuevo*, creado en Cristo y conformado a Él. De ahí que las virtudes que siguen están vinculadas con la vida de Jesús a quien el creyente vive (Fil. 1:21), y sigue (1 P. 2:21).

La primera manifestación del carácter cristiano es ser *χρηστοι*, *benignos*, aquí se establece a modo de mandamiento al usar el apóstol el imperativo del verbo ser en voz media cuyo sentido equivale a *persistid en volveros benignos*. En una forma semejante, pero más extensa, aparece el mandato en Colosenses: “*Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad...*” (Col. 3:12), quien se viste como *santo*, es porque está *revestido* de Cristo, que fue benigno. Por formar parte del carácter moral de Jesús, es producido por el Espíritu en el creyente (Gá. 5:22). Expresa

el carácter de Dios, que es capaz de favorecer a todos, incluyendo a los ingratos y malos, de modo que quien es hijo de Dios en Cristo debe demostrarlo: *“para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”* (Mt. 5:45). Lucas ajusta ese modo de actuar a la benignidad de Dios: *“Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque Él es benigno para con los ingratos y malos”* (Lc. 6:35). La benignidad no implica debilidad, sino entrega voluntaria buscando el bien de los otros. Así estaba profetizado en relación con Jesucristo: *“Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”* (Is. 53:7). Un pasaje ilustrativo de la benignidad del Señor, demandada al creyente y llevada a cabo en él por el Espíritu son las palabras de Pablo: *“Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Ro. 5:7-8). Para dimensionar la benignidad de Dios, contrasta su amor con el humano. Aun éste se expresa muy poco: *“apenas”*. No es fácil, es más, es casi imposible encontrar alguien que quiera morir por un justo. Sería muy difícil pero pudiera hallarse alguien dispuesto a dar su vida por favorecer a una persona noble, generosa, de corazón bondadoso. Tal vez se pudiera encontrara alguien que *osara, se atreviera*, a morir por el bueno, aquel que lo es no solo en su carácter, sino también en su actuación, una persona benéfica, benigna. Pero Dios pone de manifiesto su amor en el hecho de que Cristo murió por los pecadores, que eran enemigos de Dios en malas obras. Aquellos que voluntariamente se desvían del objetivo que Dios marca. El Señor Jesús no murió por justos o buenos, sino por pecadores. Lo asombroso de su benignidad es que la idea en el texto griego del versículo de Romanos, podría trasladarse así: *“Dios manifiesta su amor hacia nosotros, en que mientras nosotros estábamos pecando, Cristo estaba muriendo por nosotros”*. La benignidad es requerida de los cristianos, pero especialmente se demanda como elemento para el servicio (2 Ti. 2:24-26).

Además de benignos, también *εὐσπλαγχνοί*, *misericordiosos* o *compasivos*. El término tiene que ver con *buenas entrañas*, que es la base para ser compasivo. La palabra ocurre sólo dos veces en el Nuevo Testamento, una aquí y otra en la Primera Epístola de Pedro (3:8). Se refiere a creyentes de buen corazón, llenos del amor misericordioso de Cristo en ellos. Un verbo de la misma raíz se usa varias veces en los evangelios para referirse al amor de Jesús, como conmoviéndose en sus entrañas ante las dificultades y necesidades de la gente (cf. Mt. 9:36; 14:14; 15:32; 18:27; 20:34; Mr. 1:41; 6:34; 8:2; 9:22; Lc. 7:13; 10:33; 15:20).

Todo esto conduce sin remedio al *perdón*: χαριζόμενοι, *perdonándoos*. Un generoso aspecto de la manifestación de la gracia. La capacidad de perdonar está en el creyente genuino, mientras que la ira está presente en el que se deja dominar por la carne. El perdón demandado aquí ha de ser total y generoso, en una dimensión, en cuanto a alcance, como el que Dios nos ha otorgado en Cristo. De otro modo, el perdón mutuo que se otorgan los creyentes, se basa y presupone el perdón divino concedido en Cristo. Este perdón divino es el que impulsa y hace posible el perdón recíproco entre hermanos. El definitivo perdón de Dios en Cristo, se ha considerado antes (2:1ss). El mismo Señor incluyó el perdón cuando puso el ejemplo de oración en el Padre Nuestro: “*Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*” (Mt. 6:12). Dada la importancia de la demanda al perdón mutuo, es necesario aclarar un poco el texto del Padre Nuestro. Quien ora delante de Dios, debe tener presente su condición personal, en contraste con la santidad infinita del Padre celestial. Él es infinita, absoluta y definitivamente Santo, mientras que el hombre, por perfecto que pueda ser, será siempre un pecador. Se hace, por tanto, necesaria la confesión que reconoce el pecado personal, siempre presente. El término *deudas* usado aquí por el Señor en el ejemplo de la oración, es un modo de expresar la ofensa por el pecado. De ese modo aparece el texto en el paralelo de Lucas: “*Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben*” (Lc. 11:4). El pecador es un deudor permanente ante Dios. Así lo ilustra el Señor con la parábola de los dos deudores. La deuda del pecado no se mide por la acción cometida, sino por quien la recibe. Todo pecado es ofensa a Dios (Sal. 51:4). La más pequeña acción requiere una satisfacción imposible de alcanzar por el pecador. Sólo Dios, en su gracia infinita, en razón a la obra de Jesús en la cruz, puede perdonar el pecado sin menoscabo de su justicia, ya que todas nuestras rebeliones y pecados le fueron imputados (Is. 53:4). En base a esa obra Dios perdona el pecado que sus hijos cometen, bastando la confesión para una restauración plena de la comunión con Él (1 Jn. 1:9). No debe olvidarse que el pecado produce un efecto de ceguera en la vida espiritual, cambiando el camino luminoso de la comunión con Dios en el seguimiento de Cristo (Jn. 8:12), por uno de desorientación y tinieblas (1 Jn. 1:6). El cristiano puede andar en luz o en tinieblas. Las bendiciones de Dios están sólo en el caminar en *la luz*. El pecado en el cristiano produce también la pérdida del gozo. El gozo que el creyente disfruta no es otro que el mismo gozo de Jesús, impartido en su vida por la acción del Espíritu (Jn. 15:11; Gá. 5:22). Solo en la comunión con Dios se alcanza el cumplimiento pleno del gozo (1 Jn. 1:4). Pero, una de las circunstancias más lamentables que el pecado produce en el creyente es la pérdida de la comunión con Dios (1 Jn. 1:3-7). Junto con las pérdidas antes mencionadas, el pecado produce también la pérdida de la experiencia de paz en la intimidad del cristiano (1 Jn. 3:4-10). El pecado practicado con gozo es propio de los no regenerados. El creyente que vive en el pecado siente la falta

del gozo de Dios en Él, al no operar el fruto del Espíritu en su vida (Gá. 5:22). La falta de confianza en la oración es también otra de las consecuencias del pecado en la vida cristiana (1 Jn. 3:19-22). Dios estableció la confesión como remedio para las consecuencias que acarrea el pecado en la vida del cristiano (1 Jn. 1:7, 9). Dios actúa en justicia cuando perdona el pecado que el creyente confiesa. Lo hace además de en misericordia, en justicia por cuanto el Hijo de Dios llevó sobre sí nuestros pecados en el madero. Jesús es continuamente “*la propiciación por nuestros pecados*” (1 Jn. 2:2). A causa de las consecuencias de Su muerte, Dios es propicio y libre de perdonar y limpiar al cristiano que confiesa su pecado. No se trata de un perdón genérico de todos los pecados, que ocurre en el momento de la conversión (Col. 2:13), sino la restauración de la correcta relación entre el Padre ofendido y el hijo ofensor. La seguridad de salvación es permanente y no puede romperse jamás para el que ha sido salvo. La confesión del pecado produce la renovación de la comunión con Dios. Jesús enseña aquí a *pedir* el perdón para recibirlo, no en el sentido de salvación sino en el de restauración, como enseña Juan (1 Jn. 1:9). Debe entenderse bien que *pedir* el perdón es para el cristiano, una expresión semejante a *confesar* a Dios el pecado. En ningún caso se enseña en la Biblia que el perdón se recibe por *pedirlo*. Cuando el pecador responde al llamado de Dios, recibe el perdón por *creer*; cuando ya es un regenerado restaura la comunión por *confesión*. En ambos casos la *petición* tiene que ver con la expresión de una determinación personal. Tanto el *creer* como el *confesar*, es la acción humana que corresponde a la demanda divina. En ambos casos la *salvación* y la *restauración*, se reciben sin necesidad de ningún ruego, en base a que Jesús es “*la propiciación por nuestros pecados*” (1 Jn. 2:2). La condición para una oración de confesión es la disposición al perdón: “*como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*”. El verbo en la forma en que aparece en el texto griego, indica el modo de comportamiento propio de la vida de quien confiesa sus pecados, reconociendo la necesidad del perdón de sus deudas. Dios no perdona porque el creyente perdona, es decir, no perdona al creyente que confiesa su pecado como pago al perdón que él puede otorgar generosamente a sus deudores, esto es, un perdón otorgado como correspondencia a un mérito personal. El alcance de esta enseñanza se comprende mejor a la luz de la parábola de los dos deudores (Mt. 18:21-35), que será considerada en su lugar. La disposición al perdón evidencia la realidad de haber sido perdonado. El que realmente es consciente de lo que supone el perdón de sus pecados otorgado por gracia, está dispuesto a perdonar cualquier ofensa que pueda recibir, porque todas ellas, aún la más grande, es infinitamente menor que la ofensa que le fue perdonada por Dios en base a la obra de Cristo.

La disposición al perdón es la evidencia más notoria de haber sido perdonado y conocerlo. Una oración hecha sin perdonar es una oración estéril, porque está impedida o estorbada. Así lo enseña Pedro cuando se refiere a las

desavenencias matrimoniales sin resolver, producto de un resentimiento personal que no perdona (1 P. 3:7). El que ora pidiendo, esto es, *confesando* a Dios su pecado, y no perdona la ofensa recibida su oración de confesión se convierte en un pecado de hipocresía. El que pide *perdón como yo perdono* está en la disposición natural para ser restaurado a la comunión por Dios. En caso contrario, cuando confiesa su pecado y demanda del Señor el perdón, sin perdonar a otros, no está en condiciones de que la sangre de Cristo lo limpie de todo pecado, puesto que alberga un pecado no confesado delante de Dios (1 Jn. 1:7, 9). El perdón del creyente a sus ofensores descansa en varias razones: a) En la identificación con Cristo que otorga el más amplio y generoso perdón. El que *vive a Cristo*, es impulsado por Cristo, que se hace vida en él mismo a perdonar ya que el Señor pidió perdón por sus verdugos (Lc. 23:34). El deber de la restauración de un hermano caído, es la gran enseñanza del lavamiento de los pies, en donde Jesús dice a los suyos: *“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”* (Jn. 13:15). Las relaciones del creyente con sus hermanos y aun con sus enemigos, como consecuencia de la identificación con Cristo, lleva inexorablemente a una disposición de perdón, a la que es exhortado, en una dimensión semejante a la del perdón que Dios otorga en Cristo: καθὼς καὶ ὁ Θεὸς ἐν Χριστῷ ἐχαρίσατο ὑμῖν: *como también Dios, en Cristo, os perdonó*. Es la enseñanza semejante en otro escrito del apóstol: *“Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviera queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”* (Col. 3:13). El perdón contra el ofensor es una consecuencia de la identificación con Cristo: *“Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”* (5:2). b) En segundo lugar el creyente debe perdonar porque Dios mismo lo establece, determinando que la retribución a las ofensas cometidas es asunto personal suyo (Dt. 32:35). Dejar de perdonar es un modo de vengarse personalmente de la ofensa, lo que contradice también a lo dispuesto en el Nuevo Testamento: *“No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”* (Ro. 12:19). c) Una tercera razón para perdonar las ofensas está en el pago de la continua e inextinguible deuda de amor que gravita sobre cada uno de los cristianos: *“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley”* (Ro. 13:8).

No se trata, pues, de un perdón meritorio por saber perdonar, sino de la disposición de un perdón auténtico hacia los demás que se pone como evidencia delante del Señor a quien se confiesa y pide el perdón de las ofensas cometidas contra Él. La oración hecha sin perdonar es una oración impedida. El que no es capaz de perdonar y pide ser perdonado es un hipócrita que no puede ser

restaurado a la comunión con Dios, por pecado sin confesar. Aquel que no es capaz de perdonar, tal vez nunca fue realmente perdonado por Dios.

Será necesario, al final de este capítulo formularnos tres sencillas preguntas y responderlas honestamente delante de Dios: ¿Estoy viviendo conforme a la nueva vida recibida, y reproduciendo a Cristo en mí por el poder del Espíritu? ¿Cómo se está ajustando mi vida a las demandas establecidas por el apóstol en el pasaje? ¿Pueden ver aquellos que me rodean, en mi forma de vida, la realidad de Cristo en mí?

CAPÍTULO V

VIDA EN EL ESPÍRITU

Introducción.

El apóstol sigue concretando la ética que corresponde al creyente que como miembro de una nueva sociedad celestial, el Cuerpo de Cristo, tiene que conformarse a la dignidad del llamamiento celestial. No sólo ha de vivir entre los creyentes conservando con solicitud la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz que Dios ha determinado para su pueblo, sino que como aquel que ha sido santificado para Dios, esto es, apartado del mundo para Él, ha de cultivar unos valores espirituales que se manifiestan abiertamente delante de aquellos que lo observan. La santidad es irrenunciable para el creyente, no es una opción de vida, sino la expresión de la vocación celestial a que fue llamado. Es notable observar que esto no es algo de relativa importancia como lo evidencian las frases que el apóstol utiliza para expresarlo: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor”*, esto es, *“demandando esto en el nombre del Señor”*, estableciendo el mandamiento con la autoridad que había recibido del Señor, que lo dio a la Iglesia como apóstol suyo.

Las manifestaciones de vida cristiana se hacen visibles en todos los aspectos de ella, desde la relación de amor fraterno (v.2), pasando por la limpieza moral (v. 3), un modo correcto en la forma de hablar (v. 4), la no participación con las formas de vida de los no creyentes (v. 7) y, por otro lado, la manifestación visible de lo que cada creyente debe ser, como luz en medio de las tinieblas, en razón de ser hijos de luz (v. 8). Estas expresiones visibles de una vida nueva son posibles por la acción del Espíritu que las produce como fruto en el cristiano (v. 9). Tal acción divina en el salvo lo impulsa en dirección hacia aquello que es agradable al Señor, no participando y reprendiendo las obras de las tinieblas, manteniendo una abierta separación con lo que es forma natural expresiva de la vida de quienes no han sido regenerados (vv. 10-13).

Esto lleva al apóstol a hacer una referencia hacia la *plenitud del Espíritu*, cuando exhorta a que cada creyente se deje llenar por Él (v. 18). A lo largo de la carta, se han hecho referencias a la Persona y obra del Espíritu Santo. De manera que entre otras cosas, se enseñó que Él es el que sella al creyente (1:13), y se instruyó a no contristarle (4:30). Aquí, el apóstol progresa hacia la experiencia de relación con el Espíritu en la vida de *plenitud* o *llenura* del Espíritu en cada cristiano. La vida bajo el control pleno del Espíritu, es considerado por algunos como algo prácticamente inalcanzable, pero, el Nuevo Testamento enseña que es el estado que Dios desea para cada creyente. Sin duda, para llegar a la *plenitud del Espíritu* es preciso dejar algunas cosas, de las

que Pablo indica algunas en la *Carta*, tales como las consideradas en el estudio anterior. Esta limpieza dispondrá el camino necesario para que el Espíritu se manifieste en plenitud. Los resultados de esta presencia plena, serán hechos patentes en las formas que se citan en el capítulo (vv. 19, 20).

Mediante la *plenitud del Espíritu*, se hace posible llevar a cabo el testimonio cristiano que el Señor encargó a los apóstoles y por extensión a cada cristiano (Hch. 1:8). Donde esté un creyente, allí debiera manifestarse un testigo de Cristo. Esto se expresa en forma muy elocuente en la esfera de la familia y, dentro de ella, en las relaciones del matrimonio. Éstas deben constituir un ejemplo visible de la relación espiritual que hay entre Cristo y la Iglesia. Sobre el matrimonio cristiano recae la responsabilidad de ser un mensaje viviente del afecto, comunión, ayuda, etc. que se produce en la relación entre el Señor y los suyos. La relación matrimonial y familiar se asienta en el campo de la entrega y *sumisión*, es decir, la disposición a buscar el bien del otro y no el propio. La expresión de amor es lo que el mundo debiera ver en el matrimonio cristiano para entender el amor de Cristo hacia la humanidad. Las demandas para las relaciones matrimoniales tuvieron que cuasar verdadero asombro en los tiempos apostólicos, cuando la mujer era casi un objeto destinado a servir y satisfacer las necesidades del marido. Las reglas establecidas son insuperables en cualquier sociedad y modelo admirable de comportamiento y afecto en cualquier tiempo.

La división del capítulo para su estudio sigue la establecida en el Bosquejo de la *Carta*:

1. El creyente bajo el Espíritu Santo (5:1-6:9).
 - 1.1. Andar en amor (5:1-7).
 - 1.2. Andar en luz (5:8-14).
 - 1.3. La demanda a una vida en sabiduría (5:15-17).
 - 1.4. La vida en la plenitud del Espíritu (5:18-6:2).
 - A) Gozo y oración (5:18-20).
 - B) Deberes matrimoniales (5:21-33).

El creyente bajo el Espíritu Santo (5:1-6:9).

Andar en amor (5:1-7).

1. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados.

Γίνεσθε οὖν μιμηταὶ τοῦ Θεοῦ ὡς τέκνα ἀγαπητὰ
 Haceos pues imitadores - de Dios como hijos amados.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la misma sucesión de exhortaciones, expresa una nueva demanda, que podría estar incluida en el capítulo anterior, sin necesidad de uno nuevo: Γίνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, convertirse en*, aquí *haceos*; οὖν, conjunción continuativa *pues*; μιμηταί, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *imitadores*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *del*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τέκνα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *hijo*; ἀγαπητὰ, caso nominativo neutro plural del adjetivo *amados*.

La división de capítulos no se corresponde, en esta ocasión, con los párrafos de la *Carta*. No se trata de una nueva sección, sino de la continuación de la anterior. Terminó exhortando a no contristar al Espíritu y a la expresión de un carácter de bondad, amor y respeto hacia los demás, reflejando con ello la actuación de Dios con nosotros (4:30-32). Ahora, sigue estableciendo una nueva demanda, semejante a las anteriores, pero que progresa un poco más, ya que se eliminan los límites de los hechos concretos para establecer un *modo* pleno en la vida del cristiano. Pablo pide que los cristianos seamos, o nos hagamos γίνεσθε οὖν μιμηταί τοῦ Θεοῦ ὥς τέκνα ἀγαπητὰ, “*imitadores de Dios, como hijos amados*”. El verbo que utiliza el apóstol¹, expresa la idea de *llegar a ser, hacerse*, aquí en presente de imperativo, como un mandato de obligado cumplimiento, se lee, por tanto, literalmente: “*Haceos, pues, imitadores de Dios, como hijos amados*”. Siendo un presente de imperativo, no sólo adquiere la condición de mandamiento, sino de continuidad, es decir, no se trata de ser imitador de Dios en algún momento, sino permanentemente.

La imitación requerida es la de Dios, y especialmente en relación con la dinámica del amor, que es el gran tema entre ambas partes de la parénesis, la que está en el capítulo anterior y la de este. Quienes son llamados a amar, lo son en la forma en que Dios lo hizo para ellos, perdonándoles en Cristo (4:32). Por tanto, los creyentes son llamados a *andar en amor* en la forma en que “*también Cristo nos amó*” (v. 2). Cuando consideramos quien es Dios, sentimos un profundo temor en su presencia por la gloria de sus perfecciones. Es necesario que sigamos sintiéndonos lo que somos, pequeños, infinitamente pequeños delante de Dios, pero el apóstol que nos conmina a ser *imitadores de Dios*, sabe que eso, que a los ojos del hombre es imposible, es posible para el cristiano, específicamente porque el Espíritu, del que se consideró en el capítulo anterior, nos capacita a ello y porque la *imitación*, no tiene que ver con acciones sobrenaturales y mucho menos de las perfecciones incommunicables de Dios,

¹ Griego γίνομαι.

sino de imitarle especialmente en la esfera del amor, para lo cual Él mismo, lo derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Ro. 5:5). Es notable considerar que esta demanda de ser *imitadores* de Dios, está también en el pensamiento de Juan, cuando afirma que “*como Él es, así también nosotros en el mundo*”, uniéndolo también a la condición divina del amor (1 Jn. 4:16, 17). De la misma manera ocurre con el Señor, que cuando habla de amar incluso a los enemigos (Mt. 5:44), entiende que es una manifestación clara de ser hijo de Dios (Mt. 5:45), para concluir llamando a los creyentes a ser “*perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*” (Mt. 5:48). Esta demanda del Señor estaba en plena armonía con la Ley que demanda para el pueblo de Dios una vida santa, en semejanza de la santidad de Dios que los había separado para ser su pueblo (Lv. 19:2). Dios había establecido en su Palabra que su pueblo fuese perfecto delante de Él (Dt. 18:13). La palabra que Mateo pone en boca del Señor para *perfectos*², no quiere decir, en modo alguno, que fuesen impecables, cosa imposible para los hombres, incluso para quienes son hijos de Dios y están en su reino. Se refiere a vidas que alcanzan realmente una verdadera madurez espiritual que corresponde al carácter de quienes son hijos de Dios. Son aquellos que ya no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro. 8:4; Gá. 5:16). La razón para una vida de esta condición obedece al ejemplo supremo del Padre celestial. Él es perfecto porque es capaz de amar sin condiciones, generosamente, sin limitación alguna a todos los hombres, tanto a quienes en la sociedad llevan vidas aparentemente dignas, como a quienes son una escoria social. El Padre del cielo es capaz de perdonar generosamente a todos, teniendo compasión de cada uno, como expresaba el profeta Daniel: “*De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra Él nos hemos rebelado*” (Dn. 9:9). El admirable Dios del cielo es bueno para con todos (Sal. 145:9). Nahum afirma que Él es bueno (Nah. 1:7). Por esa causa, quienes están en relación directa con Él como sus hijos, han de mostrar el carácter del Padre, en un amor sin límites ni condiciones.

Sobre esa base podemos entrar en el análisis del versículo, comenzando con el objetivo de la demanda, que literalmente dice: γίνεσθε οὖν μιμηταὶ *haceos, pues, imitadores*. El sustantivo *imitadores*³ tiene que ver con quienes *imitan*, por tanto se hacen *imitadores*. Ahora bien, ¿en que sentido se debe entender el sustantivo? No en el sentido de *imitar* como *copiar*, sino en de *imitar* como *emular*, que es intentar igualar en algo a una persona imitando sus acciones, comportamientos, etc. mientras que *copiar* es simplemente imitar o remedar a una persona. Estamos, pues, ante un proceso eminentemente moral, pero sin dejar a un lado el proceso ontológico. Este concepto aparece en distintos lugares de los escritos del apóstol Pablo. Así habla de que los

² Griego τέλειος.

³ Griego μιμηταί.

tesalonicenses han venido a ser “*imitadores de nosotros y del Señor*”⁴ (1 Ts. 1:6). Debe entenderse que ser imitador de Cristo es ser imitador de Dios, puesto que no solamente Jesús es Dios, manifestado en carne, sino que es expresión exhaustiva y plena de Dios, hasta el punto que puede decir: “*el que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn. 14:9), porque también dijo: “*yo y el Padre uno somos*” (Jn. 10:30). El vino para hacer visible al Invisible y revelar a Dios (Jn. 1:18), por ese motivo no es posible imitar a Dios, sin imitar a Cristo y viceversa. Pero también dice Pablo *imitadme a mí*, (1 Co. 4:16, 11:1; 1 Ts. 1:6; 2 Ts. 3, 7, 9; Fil. 3:17), la razón de esta demanda es que Pablo era *imitador* de Cristo (1 Co. 11:1). Un tercer aspecto de la *imitación* en el pensamiento de Pablo es el de hacerse *imitadores de las iglesias*⁵, teniendo como referencia al modo de conducirse de los cristianos en la iglesia, según el ejemplo que habían recibido de él y de sus colaboradores (1 Ts. 2:14). Por tanto, el apóstol entiende varios aspectos del *hacerse imitadores*, que todos ellos concurren en una misma orientación: 1) una imitación del Señor y del apóstol; 2) una imitación mutua de los creyentes; 3) una imitación de Dios por cada creyente.

Lo más importante es como puede realizarse esa *imitación*. Según el pensamiento del apóstol expresado a los tesalonicenses, consiste en integrarse en el *tipo*⁶ o *modelo* expresado y contenido en la Palabra (1 Ts. 1:6). De la práctica de esta forma o de este *modelo* de vida, hay referencia clara en los apóstoles y en sus colaboradores (2 Ts. 3:6ss). De otro modo, la vista de quienes son llamados a ser imitadores de Dios, puede ser puesta en la referencia de vida de quienes se conducen para ser ejemplo a los cristianos (Fil. 3:17). Tener delante el comportamiento ético del apóstol y de su enseñanza (1 Co. 4:16ss). La imitación corresponde, en todo caso, al seguimiento de Cristo, y a la entrega incondicional del Señor en un acto de amor infinito hacia quienes no tenían razón alguna para ser objetos de amor de Dios (Fil. 2:6-8). Los cristianos están imitando a Dios, esencialmente en el contexto de la *Carta*, en el perdón mutuo que es manifestación de amor desinteresado. Este versículo, por tanto, vincula la expresión del amor, con el amor mismo, del versículo siguiente. Es decir, el apóstol exhorta a quienes antes eran gentiles y ahora son santos, a que *imiten* a Dios de modo que vivan su vida en el amor.

La razón del porqué el creyente debe convertirse en *imitador* de Dios obedece al hecho de que cada uno es un “*hijo amado*”. Esta imitación de Dios corresponde y es posible sólo a quienes son hijos suyos y, por tanto, amados de Él, literalmente τέκνα ἀγαπητὰ “*hijos amados*”⁷. Se ha considerado antes la

⁴ Griego: μιμηται γίνεσται Κυρίου.

⁵ Griego: μιμηται γίνεσται τῶν ἐκκλησιῶν.

⁶ Griego: τύπος.

⁷ Griego: τέκνα ἀγαπητά.

condición que tenemos de ser hijos de Dios, para lo cual Él nos adoptó en Cristo (Gá. 4:4-5). Cada creyente es puesto *en* Cristo, vinculado a Él para que podamos ser considerados en el Hijo amado, hijos amados en Él. Cristo en su obra ha hecho posible, al hacerse hombre y realizar por los hombres la expiación de los pecados, que éstos, marginados de Dios (2:2, 3, 12), puedan ser incorporados en su familia (2:19), mediante el posicionamiento en Cristo que otorga, en base a su obra la *condición de hijos*, mediante la *filiación adoptiva*⁸, por consiguiente Dios los adoptó como hijos. Con todo, el proceso de adopción es la culminación de una amplísima obra con múltiples manifestaciones, que se extienden desde el eterno conocimiento de Dios, hasta la ejecución de la obra salvadora por medio de Jesucristo, asuntos considerados especialmente en los tres primeros capítulos. El concepto bíblico de hijos de Dios es que todo aquel que cree alcanza esa nueva posición. La expresión “*hijos de Dios*”, aparece veinte veces en la Biblia, cuatro de ellas en el Nuevo Testamento. Todas las referencias del Antiguo Testamento se refieren a los ángeles. Por la obra divina, los creyentes alcanzan una relación con Dios de Padre a hijos. Sólo los creyentes son *hijos de Dios*, el resto de los hombres son, por su condición perdida, hijos del diablo (Jn. 8:44). Esta nueva relación se alcanza por la fe en Cristo (Gá. 3:25-26). El modo de llegar a la condición de hijos de Dios, se expresa concisamente por el apóstol Pablo (Gá. 4:4-5), enseñando que mediante una acción divina Dios, vincula consigo al pecador. El proceso pasa esencialmente por dos operaciones: 1) Redimir; 2) adoptar. El término *redimir*⁹, usado por Pablo (Gá. 4:5), indica el hecho de efectuar una compra pagando un precio y sacar lo comprado del lugar en donde se encontraba. En relación con los creyentes implica el hecho de pagar el precio de redención y llevar consigo al redimido, cambiándolo de una posición a otra (Col. 1:13). En esa admirable operación, Dios manifiesta su amor, expresándolo en el precio pagado, consistente en la vida de su Hijo (1 P. 1:18-20). Esa obra redentora permite a Dios la acción salvífica del pecador, y el traslado a la condición de hijo. El término usado aquí por Pablo para *hijo*¹⁰, es el término general para referirse a un nacido en la familia, es decir, un hijo con todos los derechos que le da esa condición. En esto no existe excepción alguna ya que todo creyente es también *hijo* de Dios (Gá. 3:26). El apóstol enseñó esto antes y también entonces se ha considerado (2:19). El Espíritu de Dios da testimonio a cada creyente de la condición de hijo de Dios que ha alcanzado (Ro. 8:16). La vinculación de familiaridad plena (Ro. 8:5), concede el derecho de acceso al Padre en Cristo (2:18), por tanto, de acceso al trono de la gracia (He. 4:16). La condición de hijo de Dios, implica también la dotación de una nueva naturaleza, mediante la regeneración del Espíritu. Es necesario entender que no solo existe un proceso

⁸ Griego: υιοθεσία.

⁹ Griego: ἐξαγοράζω.

¹⁰ Griego: τέκνα.

de adopción, sino un proceso de *nueva creación* en Cristo, de cada uno de los salvos. Todos los hijos lo son por haber sido puestos en el Hijo, mediante cuya unión vital alcanzan la vida eterna (Jn. 10:27-30) y una nueva orientación celestial (Col. 3:1-4). Todos los hijos de Dios, por adopción en Cristo, son de condición y ciudadanía celestiales (Fil. 3:20-21). La nueva posición de hijos, como individuos en la misma familia de Dios (2:19), les permite disfrutar de una nueva esfera de vida, en el admirable reino de libertad y seguridad de Jesucristo (Col. 1:13-14). Estos hijos de Dios, por ser herederos de todo en Cristo, tienen en Él su esperanza de gloria (Col. 1:27). Todos ellos son coherederos en la nueva herencia inmutable, reservada para ellos en el cielo (1 P. 1:3-4), siendo herederos de Dios por condición de hijos (Ro. 8:17). Todos los creyentes somos *hijos amados* de Dios, habiendo sido objetos de su amor antes de la creación del mundo (1:4-5), y siéndolo eternamente, sin que nada ni nadie pueda alterar ese amor del Padre celestial hacia cada uno de sus hijos (Ro. 8:37-39).

La imitación de Dios es posible para estos que son τέκνα ἀγαπητὰ, “*hijos amados*” y es algo que se espera de cada uno. Los creyentes son hijos de Dios, tanto es su condición genérica de *hijo*¹¹, como de *hijo*¹² *con capacidad operativa* como tal. Todos estos hijos han recibido el “*Espíritu de adopción*”¹³ (Ro. 8:15), que conserva en ellos la condición de hijos y les da testimonio personal a cada uno para certeza de esa realidad. Ese *Espíritu de adopción* en cada uno les conduce e impulsa a llamar al Padre del cielo de la misma forma que el Hijo Eterno hacía durante su ministerio terrenal: “*Abba*”. Debe llegarse a una solemne y admirable conclusión: Los cristianos, a quienes Pablo demanda el ser “*imitadores de Dios como hijos amados*”, no son solo criaturas de Dios, sino *nueva creación de Dios* en Cristo, que por esa obra de gracia han recibido la condición de hijos en la que eternamente perviven. Por tanto, a causa de esa nueva condición recibida de Dios, los hijos amados llegan a ser *imitadores de Dios*. No se trata de algo sobrenatural para ellos, sino por el contrario, lo que naturalmente corresponde a su nueva naturaleza que refleja visiblemente la condición de hijos de Dios.

2. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.

καὶ περιπατεῖτε ἐν ἀγάπῃ, καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς ἠγάπησεν ἡμᾶς¹
 Y andad en amor como también - Cristo amó nos
 καὶ παρέδωκεν ἑαυτὸν ὑπὲρ ἡμῶν προσφορὰν καὶ θυσίαν τῷ Θεῷ
 y entregó a sí mismo por vosotros ofrenda y sacrificio - a Dios

¹¹ Griego: τέκνα.

¹² Griego: υἱοὶ.

¹³ Griego: πνεῦμα υἱοθεσίας.

εἰς ὀσμὴν εὐωδίας.
 en olor de fragancia.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἡμῶς, *nos*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**², D, F, G, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 104, 256, 263, 365, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L] *Lect* it^{d, g, o}, vg, syr^{p, h, pal}, arm, geo, Clemente, Basilio, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Cirilo, Juan-Damasceno, Ambrosio, Jerónimo, Pelagio, Agustín, Varimadum.

ὁμῶς, *os*, lectura en **κ**^{*}, A, B, P, 0159, 81, 1175, 1241, 1912, *l* 60^{1/3}, *l* 593, *l* 597^{1/2}, it^{ar}, b, f, mon, vg^{ms}, cop^{sa, bo}, eth, slav, Clemente^{1/2}, Victorino-roma, Abrosiaster, Agustín^{2/8}, Speculum.

ὕπερ ἡμῶν προσφορὰν, *por vosotros ofrenda*, lectura en **p**^{46, 49}, A, F, G, Ψ, 075, 0150, 0159, 6, 33, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1319, 1573, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L, P] *Lect* it^{ar, d, f, g, o}, vg, syr^{p, h, pal}, arm, geo, Clemente, Basilio, Cristóstomo, Teodoro^{lat}, Cirilo, Ambrosio, Jerónimo, Pelagio, Agustín^{1/9}, Varimadum.

ὕπερ ὁμῶν προσφορὰν, *por vosotros ofrenda*, como se lee en B, 1175, *l* 1356, it^{b, mon}, cop^{sa, bo}, eth, slav, Victorino-Roma, abrosiaster, Agustín^{1/10}. Speculum.

Como consecuencia de lo que antecede, escribe: καὶ, conjunción copulativa y; περιπατεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *andad*; ἐν, preposición de dativo, *en*; ἀγάπη, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *amor*; καθὼς, conjunción condicional *como, según, en la medida que*; καὶ, adverbio de modo, *también, asimismo*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἡγάπησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *amó*; ἡμῶς, caso acusativo plural del pronombre personal en primera persona *nos*; καὶ, conjunción copulativa y; παρέδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo παραδίδωμι, *entregar*, aquí como *entregó*, ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo *a sí mismo*, ὕπερ, preposición de genitivo, *por*; ἡμῶν, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal, *nosotros*; προσφορὰν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *ofrenda*; καὶ, conjunción copulativa y; θυσίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *sacrificio*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Dios*; εἰς, preposición de acusativo *en*; ὀσμὴν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *aroma, olor*; εὐωδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo declinado *de fragancia*.

El versículo complementa a la demanda del anterior. Los hijos amados deben ser imitadores de Dios, y lo son en la medida en que también lo son de Cristo, el Hijo que se entregó a sí mismo, en expresión de amor sacrificial. Será interesante notar como este aspecto se va a reiterar más adelante, en las relaciones entre el matrimonio, en donde el marido debe amar a la esposa con un amor de entrega. Cristo mostró ese amor entregándose por nosotros. Es necesario entender bien que no se trata de amar puntual o genéricamente, sino de περιπατεῖτε ἐν ἀγάπῃ, *andar* en amor. Es decir, el amor no es una expresión en la vida, sino la razón misma de ella. Se trata de una vida que está gobernada, impulsada y conducida por el amor. Anteriormente se usó una expresión semejante, cuando al referirse a las buenas obras que Dios preparó de antemano “*para que anduviésemos*” en ellas (2:10). De la misma manera con el amor, en unión vital con Cristo, no sólo el creyente está *capacitado* en Él para amar desinteresada y sacrificialmente, sino que Jesús se convierte también en el ejemplo a seguir en la senda del amar (1 P. 2:21). El amor de Dios, con que Jesús nos amó, fue comunicado por medio del Espíritu Santo y derramado sin limitación alguna en cada creyente (Ro. 5:5), no para que *amemos*, sino para que *andemos en amor*. Andar aquí tiene sentido de *estilo de vida*. El amor de Dios se expresa absolutamente en el *andar* de Jesús. Dios comunicó Su amor personal para que cada creyente muestre en su vida la condición de lo que es ser una nueva criatura en Cristo. Esta nueva creación de Dios tiene necesariamente que *despojarse* del viejo hombre que tiene un modo de obrar propio de la naturaleza caída y que lo pone de manifiesto con las obras de la carne (Gá. 5:19-21), para *vestirse* del nuevo que se va renovando conforme a la imagen del que lo creó (Col. 3:9-10). Estando en Cristo como nuevas criaturas (2 Co. 5:17), habiendo sido resucitados en Él (2:6), escondiendo Dios nuestra nueva vida con Cristo en Él (Col. 3:3), somos de tal manera en Cristo que el camino de la vida cristiana no puede ser otro que el de la reproducción, o conformación a Jesús, en el poder del Espíritu. Ese es el destino final y definitivo que el Padre ha preparado para quienes son una nueva creación en Cristo (Ro. 8:29). La condición para poder llevar a cabo este propósito divino, en el camino de las buenas obras conforme a Jesucristo, no es otro que la vivencia personal de Jesús, esto es, que el Señor se haga vida en la vida del creyente por su Espíritu a fin de alcanzar lo que Pablo expresa como “*para mí el vivir es Cristo*” (Fil. 1:21). En la identificación vital con Cristo se alcanza la demanda de Dios para un *andar en amor*. Él dispuso que el creyente *adopte* una conducta, forma de vida, consecuente con la fe, orientada al amor, como corresponde a quien vive en Cristo y vive a Cristo (Gá. 2:20).

La demanda es a un amor desinteresado, καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς ἠγάπησεν ἡμᾶς, como el de Jesús que καὶ παρέδωκεν ἑαυτὸν ὑπὲρ ἡμῶν, “*se entregó a sí mismo por nosotros*”. Es un amor abarcante, en el sentido de que comprende a todos. Nadie está fuera del amor divino y de forma

especial, cada creyente ha sido, es y será objeto directo de ese amor. Este admirable Señor fue “*entregado por nuestras transgresiones*” (Ro. 4:25). El Padre entregó al Hijo en una manifestación de amor, pero no es menos cierto que el Hijo “*se dio a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre*” (Gá. 1:4). Cristo se entregó a sí mismo a Dios *por* nosotros. La preposición en este versículo tiene el sentido tanto de *a favor* de nosotros, como *en lugar* de nosotros. Ambas cosas ocurren en el acto de entrega de Jesucristo. Es una entrega a nuestro favor, para que podamos alcanzar las riquezas de la gracia, pero lo es también en *sustitución*, para que tengamos en Él el perdón de todos nuestros pecados. Cristo no sólo murió en beneficio del creyente, sino ocupando su lugar. La dimensión de esa entrega se aprecia al contrastarla con la condición de aquellos por quienes lo hizo (Ro. 5:6, 8, 10). A los creyentes se nos llama a seguir ese mismo ejemplo de amor, de modo que no solo amemos a nuestros hermanos, sino incluso a nuestros enemigos. Quien no manifiesta amor, desconoce, o no ha entrado en el verdadero conocimiento de Dios (1 Jn. 4:8). No se trata de que los cristianos puedan hablar del amor de Cristo y establecer los parámetros de la virtud del amor, se trata de amar como Cristo nos amó a cada uno de nosotros. Es necesario entender con claridad que lo que distingue al verdadero cristiano no es la capacidad de enseñar la doctrina a sus hermanos, sino de amarlos con el amor de Cristo. El que no es capaz de amar a su hermano “*no es de Dios*” y “*permanece en muerte*” (1 Jn. 3:10, 14).

El amor que se demanda es un amor sacrificial: προσφορὰν καὶ θυσίαν τῷ Θεῷ εἰς ὁσμὴν εὐωδίας, “*ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*”, literalmente: “*ofrenda y sacrificio a Dios en olor de fragancia*”. El Señor se ofreció voluntariamente. Lo ilustró con el ejemplo del Buen Pastor que da su vida por sus ovejas (Jn. 10:11, 14, 17, 18). La expresión de esa entrega es admirable: “*se hizo pobre siendo rico*” con un determinado propósito, que con su pobreza cada uno de los miserables pudiéramos ser enriquecidos (2 Co. 8:9). La ofrenda de Cristo como expresión de amor sacrificial es llamada aquí por el apóstol: “*ofrenda de olor de fragancia*”. Sin duda en alusión a las ofrendas de “*olor suave*” que se describen en Levítico (Lv. 1-3), llamadas así por no tener relación directa con el pecado. El que era inocente se entregó por los impíos: “*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él*” (2 Co. 5:21). Sobre una víctima absolutamente pura, Dios cargó nuestros pecados (Is. 53:5, 6), condenándolo a la muerte como si se tratara de un maldito (Gá. 3:13). Sobre el inocente descargó la ira por nuestros pecados (Is. 53:10), para que el pecador llegara a ser justificado por Dios (Ro. 5:1), y pueda tener plena comunión con Él. Ese amor es personal, el mismo apóstol Pablo podía escribir a los gálatas: “*me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gá. 2:20b). Las ofrendas de *olor grato*, en el Antiguo Testamento son figuras de Cristo, tanto en su muerte, caso del

holocausto, como en su vida, como, por ejemplo, la oblación (Lv. 2:1 ss). En el holocausto está la propiciación, pero, no hay referencia alguna a llevar simbólicamente el pecado, ni nada de imputación del mismo, ni de manifestación de la ira divina. El hecho de consumirse totalmente el holocausto, sin que nadie participara de él, lo pone de manifiesto. Habría que dedicar un espacio aquí para estudiar los sacrificios de *olor suave*, pero no es lugar ni propósito en el comentario, simplemente relacionar al lector con el origen de la expresión que Pablo utiliza de προσφορὰν καὶ θυσίαν τῷ Θεῷ εἰς ὁσμὴν εὐωδίας, “*ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*”.

La demanda firme para cada creyente, en el versículo, tiene que ver con “*andar en amor*”, en una disposición semejante a la del Señor Jesús, envuelto en su mismo interés y sentimiento: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*” (Fil. 2:5), que traerá como consecuencia que cada uno deje de mirar por lo suyo propio y se oriente hacia el bien del otro (Fil. 2:4). El amor a los hermanos tiene que ser un amor de entrega, que llegue al sacrificio (1 Jn. 3:16). Ese sacrificio espiritual es expresión misma del *culto* que el cristiano debe tributar continuamente a Dios (Ro. 12:1). El amor de entrega comprende todo afecto entrañable hacia el hermano, compartiendo también para sus necesidades, cuando las tenga (1 Jn. 3:17). La vida cristiana no consiste en *hablar* de amor, sino en *amar* (1 Jn. 3:18).

3. Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos.

Πορνεία δὲ καὶ ἀκαθαρσία πᾶσα ἢ πλεονεξία μηδὲ ὀνομαζέσθω ἐν
 Pero fornicación e impureza toda o avaricia ni sea nombrada entre
 ὑμῖν, καθὼς πρέπει ἁγίοις,
 vosotros como conviene a santos.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva exhortación establecida a modo de contraste sigue en el párrafo: Πορνεία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *fornicación*, unida a δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; καὶ, conjunción copulativa y; ἀκαθαρσία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *impureza*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; ἢ, conjunción disyuntiva o; πλεονεξία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *avaricia*; μηδὲ, partícula negativa que significa *y no, ni*; ὀνομαζέσθω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz pasiva del verbo ὀνομάζω, *dar nombre, llamar, invocar, mencionar*, aquí *sea nombrada*, ἐν, preposición de dativo *entre*; ὑμῖν, caso dativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; καθὼς, conjunción, que hace las veces de adverbio de modo *como*; πρέπει, tercera persona singular del presente de indicativo en

voz activa del verbo πρέπω, *convenir*, aquí *conviene*; ἁγίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo declinado *a santos*.

La vida cristiana no solo es contenido en amor, sino también en santidad. El amor cristiano debe ser como el de Cristo, de entrega sin buscar compensación. Frente a ese amor, está el amor egoísta que busca la satisfacción personal, aun a costa del perjuicio de otro, sin tener en cuenta el daño que pueda representar para el prójimo aquello que satisfaga a uno. Unido al verdadero amor al Señor está la fidelidad a Él, de ahí que el apóstol, utilizando una forma muy natural en él, establezca un profundo contraste entre el verdadero amor y las expresiones que pervierten ese amor. El amor y la santidad no son opciones en la vida cristiana, sino la forma misma de esa vida, ya que todo aquel que *vive a Cristo* (Fil. 1:21), no puede sino amar y ser santo como fue el estilo de vida de Jesús. De ahí que Pablo establezca ahora una lista de pecados que afectan tanto al amor como a la santidad. La lista es comparable con otras semejantes en escritos del apóstol (cf. Ro. 1:18-32; 1 Co. 5:9-11; 6:9, 10; Gá. 5:19-21; Col. 3:5-9; 1 Ts. 4:3-7; 1 Ti. 1:9, 10; 2 Ti. 3:2-5; Tit. 3:3).

La perversión en el terreno de la sexualidad, era la forma natural de ética de la mayoría de los paganos o gentiles, de donde procedían los cristianos de las iglesias fundadas por el apóstol. La vida en una práctica licenciosa marcaba un sello en las personas del que no siempre era fácil eliminar. Algunos cristianos, aún no habían conseguido eliminar totalmente esos pecados (1 Co. 5:1ss). Pablo llama a separarse en primer lugar de la πορνεία, *fornicación*. Este pecado tiene dos expresiones o se utiliza el término para referirse a dos cosas: 1) En primer término a relaciones sexuales ilícitas, fuera del matrimonio, entre solteros. La Escritura sanciona tales relaciones como pecado. Los liberales quieren hacer creer que tal práctica no estaba sancionada en la Escritura, y que no está nombrada la fornicación como un pecado en la Ley. Sin embargo, se olvida que la Ley condenaba la fornicación, especialmente en el tiempo del período llamado de los desposorios (Dt. 22:20-21). En el Nuevo Testamento se manda a los creyentes apartarse de la compañía de quienes practica ese pecado o lo tienen por cosa sin importancia (1 Co. 5:9). El mismo apóstol enfatiza más adelante en esta *Carta*, que ningún fornicario tiene herencia en el reino de Dios (5:5). Quienes practica ese pecado están expuestos a juicio divino (He. 13:4). La *fornicación* en la Biblia alcanza una extensión genérica superior al pecado del adulterio, ya que no se limita a la relación ilícita fuera del matrimonio de personas solteras, sino que abarca un campo mucho mayor de acepciones. Fornicación aquí tiene como primera connotación cualquier intimidad fuera de la relación matrimonial y es pecado. 2) Se usa el término para referirse a uniones matrimoniales en grado de parentesco próximo, prohibidas por Dios en su Ley (Lev. 18:1ss). En ese mismo sentido usa el apóstol el término para referirse a una relación incestuosa entre un hijo y la mujer de su padre, con toda

seguridad su madrastra (1 Co. 5:1). 3) Una tercera connotación de la palabra es el uso que se le da en sentido espiritual para referirse a una relación idólatra, dejando a Dios para *unirse* en relación íntima con los ídolos, que no es tanto el contexto inmediato en este versículo. En una sociedad permisiva como la nuestra, se han puesto de moda las relaciones íntimas entre solteros llamándolo *matrimonio a prueba*. Las relaciones prematrimoniales entran de lleno dentro de la *fornicación*. El problema tiene que ver con el testimonio del cristiano en una sociedad licenciosa que funciona según la carne, manifestando la realidad de una nueva vida en el Espíritu, recibida en la regeneración al creer en Jesús (1 Ts. 4:3). La fornicación es un pecado propio de las obras de la carne (Gá. 5:19). Una advertencia solemne del apóstol Pablo en relación con este pecado está claramente expresada: “*los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*” (Gá. 5:21). No se trata de un pecado ocasional, sino de la práctica habitual del mismo. Es necesario reiterar con profunda determinación y convencimiento que la santidad no es una opción de vida para el creyente, sino el único modo de ella.

En segundo lugar, luego de la fornicación el apóstol prohíbe ἀκαθαρσία πᾶσα, *toda inmundicia*, literalmente *impureza toda*. No se trata de dejar algo que tiene que ver con este pecado, sino dejarlo en plenitud. No sólo aquí sino también en la Segunda Carta a los Corintios, aparecen juntas la fornicación y la impureza (2 Co. 12:21). El término¹⁴ usado por Pablo tiene el sentido primario de *desorden, confusión*, esencialmente denota un sentido de *suciedad*, tanto físico como moral, que implica el hecho de la sensualidad y de las falsas doctrinas unidas frecuentemente a ella. En general se trata también de todo pensamiento moralmente corrompido, deseos, conversaciones lascivas, etc. No implica necesariamente la comisión del pecado sexual, pero sí incurre en la falta moral que lo propicia. Un elocuente ejemplo de la inmundicia está expresado por Jesús en el Sermón del Monte al referirse a desear la mujer del prójimo, que convierte el deseo *impuro* en pecado potencial (Mt. 5:27, 28). Según la enseñanza de Cristo, el pecado de adulterio ocurre junto con el de codicia, igualmente condenado en la ley: “*no codiciarás la mujer de tu prójimo*” (Ex. 20:17; Dt. 5:18). Los fariseos enseñaban que sólo el hecho consumado revestía quebrantamiento y era pecado contra el sexto mandamiento. Cristo condena tanto la comisión literal del adulterio como la mirada codiciosa hacia una mujer que no sea la esposa. La Biblia da testimonio de Job como de un hombre “*perfecto, recto, temeroso de Dios y apartado del mal*” (Job 1:1), que tenía un esmerado cuidado con las miradas codiciosas porque sabía hasta donde conducían: “*Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?*” (Job 31:1), por ese cuidado especial, sin miradas codiciosas, el deseo de su corazón se mantuvo íntegro (Job 31:7). Job conocía las consecuencias que

¹⁴ Griego: ἀκαθαρσία.

acarreaba el pecado de adulterio: “*Si fue mi corazón engañado acerca de mujer, y si estuve acechando a la puerta de mi prójimo, muela para otro mi mujer, y sobre ella otros se encorven. Porque es maldad e iniquidad que han de castigar los jueces*” (Job 31:9-11). Normalmente el pecado de adulterio comienza por una mirada codiciosa, como fue en el caso de David con Betsabé, la mujer de Urías heteo (2 S. 11:2). La mirada codiciosa activa la concupiscencia del corazón de donde salen los malos deseos que procurarán ejecutarse, y en muchos casos llegarán a hacerse realidad (Mt. 15:19-20). Los ojos son la puerta de entrada del elemento que genera la perversidad. La afirmación de Jesús debe entenderse claramente. El pecado no está en *mirar a una mujer*; la pecaminosidad está en la mirada puesta en ella *para codiciarla*. El Señor afirma que esa mirada codiciosa hacia la mujer del prójimo incurre ya en la comisión del pecado condenado en su ley, por cuanto está el deseo de llevarlo a cabo aunque falte la oportunidad para hacerlo realidad. La intención es lo que Dios juzga y considera en todos los actos del hombre. Pablo exhorta a los cristianos a liberarse de *toda inmundicia*.

Igualmente cita, en tercer lugar, *πλεονεξία*, *la avaricia*. Es notable apreciar que la *avaricia*, en el versículo aparece como sinónimo de *inmundicia*, ya que ambas palabras están separadas entre sí por la conjunción disyuntiva *o*. La avaricia tiene el sentido general de *codicia*, que en el contexto inmediato adquiere el sentido de todo afán personal por obtener satisfacción de los placeres sexuales. Esto expresa todo lo contrario al amor desinteresado, ya que se trata del amor egoísta en grado máximo. La avaricia es el signo distintivo de una vida que ignora a Dios (Ro. 1:29; 1 Co. 6:10) y, por tanto, una vida sin fe y sin obediencia (1 Co. 5:10s). En el momento en que el pecado interrumpe el vínculo de amor entre la criatura y el Creador, en el instante en que nace el amor propio egoísta, en ese momento comienza el desorden propio de la *inmundicia*. El hombre deja de buscar la plenitud en Dios para buscarla en sí mismo. Los cristianos son llamados a no tener comunión con quienes practica la avaricia (1 Co. 5:11), y son ellos mismos, los que por su *avaricia* se excluyen de la comunión con Cristo y, por tanto, de la comunión con los creyentes. Este pecado propio de la vieja naturaleza, no debe estar presente en ningún grado en la vida renovada de quien ha nacido de nuevo.

Insistiendo en la exhortación sobre los vicios, especialmente sobre la avaricia *μηδὲ ὀνομαζέσθω ἐν ὑμῖν*, “*ni aún se nombre entre vosotros*”. No solo no debe practicarse, sino tampoco mencionarse. No debe entenderse esto en el extremo del literalismo, como que ni siquiera el nombre del pecado debe salir de la boca del cristiano, es decir, no quiere prohibir el apóstol que se pueda mencionar e incluso enseñar sobre su significado, ya que él mismo acaba de hacerlo. La prohibición tiene un gran contenido figurativo. Estos pecados han de ser alejados del creyente de tal manera, que no puedan ser nombrados ni

como insinuación de su presencia en la vida de un cristiano. Los vicios pecaminosos antes citados no deben estar presentes en modo alguno en la práctica de un cristiano, de manera que pueda ser acusado de ellos en cualquier grado que comporte esa práctica. Tiene que ver también con conversaciones sobre estas prácticas, que son contrarias a la moral cristiana.

La prohibición de estos vicios y pasiones pecaminosas es natural, καθὼς πρέπει ἁγίοις, “*como conviene a santos*”, es decir, un santo no puede vivir en la inmundicia del pecado porque fue separado de él en su conversión a Cristo.. La santidad de los miembros del cuerpo de Cristo conviene a ese mismo cuerpo y a la Cabeza que es santa. Al ser cristiano corresponde una existencia determinada, conformada a la condición propia que conlleva el hecho en sí mismo. Ese código de ética exige que entre los cristianos no haya fornicación, ni inmundicia, ni tampoco avaricia. De ahí que antes Pablo haya dicho que todas esas manifestaciones de pecado μηδὲ ὀνομαζέσθω ἐν ὑμῖν, “*ni aun se nombre entre vosotros*”. Dicho de otra manera: “*ni se oiga que hay algo de esto entre vosotros*”. Quien es verdadero creyente es también *santo*, apartado del pecado para glorificar a Dios con su vida. La santidad expresa la verdadera forma de vida cristiana y los actos correspondientes a ella, glorifican a Dios, por quienes observan la vida de un creyente (Mt. 5:16). Una vida separada de la contaminación del pecado expresa visiblemente la realidad de quienes son verdaderamente hijos de Dios. Es la forma natural de los que son “*hijos amados*” e “*imitadores de Dios*” (v. 1).

4. Ni palabras deshonestas, ni necesidades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias.

καὶ αἰσχροῦτης καὶ μωρολογία ἢ εὐτραπελία, ἃ οὐκ ἀνῆκεν, ἀλλὰ
 Y obscenidad y hablar necio o chocarrería lo que no convienen sino
 μᾶλλον εὐχαριστία.
 más bien acción de gracias

Notas y análisis del texto griego.

Continúa con la exhortación sin interrupciones, vinculando con lo que antecede mediante καὶ, conjunción copulativa y; αἰσχροῦτης, caso nominativo femenino singular del sustantivo *obscenidad*; καὶ, conjunción copulativa y; μωρολογία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *hablar necio*, palabra compuesta con μωρο, *insensato, loco, irreflexivo*, y λόγος, *palabra*; ἢ, conjunción adversativa o; εὐτραπελία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *chistes de mal gusto, chocarrería*; ἃ, caso nominativo neutro plural del pronombre relativo *lo que*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que

negativiza a ἀνῆκεν, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo ἀνήκω, *ser conveniente*, aquí *conviene*; ἀλλὰ, conjunción adversativa, *pero, sino, más bien, por el contrario*; μᾶλλον, adverbio de comparación *más, más bien, antes bien, tanto más*; εὐχαριστία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *acción de gracias*.

Entre las cosas que no deben darse en la comunidad cristiana están también las αἰσχρότης, *palabras deshonestas*, tal vez mejor *obscenidades*. El término¹⁵ que usa Pablo es fuerte y se usa para expresar todo aquello que es *feo, sucio, vergonzoso*. En general lo que pasa de la inmoralidad a la vulgaridad inmoral. Se trata de conversaciones *indecentes*. Es necesario entender que las conversaciones, desde el punto de vista bíblico, solo son de dos tipos: edificantes o destructoras, como se ha considerado antes (4:29). Son las palabras contrarias a la moral y a la honestidad, comprendiendo también las formas insinuantes y de doble sentido que son tan del agrado de los impíos. Es lo que Pablo llama también *palabras deshonestas*, o *lenguaje vergonzoso* (Col. 3:8), que incluye la expresión de sentimientos, pensamientos, deseos, palabras, hechos, etc. contrarios a la moral divina, de los que cualquier hijo de Dios siente vergüenza.

Añade también la forma de hablar propia de un necio, μωρολογία, que RV traduce como *necedades*. La palabra en el griego¹⁶ es una acepción compuesta de dos voces, la primera significa *insensato, loco, irreflexivo*, y la segunda *hablar*, de ahí que se traduzca como *necedades*, porque es la forma de hablar propia del necio. Son conversaciones de quienes, por el pecado, no están en su sano juicio. Hehdriksen las compara a las conversaciones de un tonto o de un borracho, “*es el tipo de conversación que se esperaría oír de labios de un necio o de un ebrio*”¹⁷. El necio es aquel que voluntariamente rechaza a Dios y con ello toda idea moral procedente de Él (Sal. 14:1). El hablar del necio conduce a la caída moral: “*El sabio de corazón recibirá los mandamientos; mas el necio de labios caerá*” (Pr. 10:8). Las conversaciones procedentes de los necios son consideradas como “*calamidad cercana*” (Pr. 10:14). A los creyentes se les exhorta no sólo a no hablar necedades, sino a apartarse de la compañía de los necios: “*Vete de delante del hombre necio, porque en él no hallarás labios de ciencia*” (Pr. 14:7). Las conversaciones de quienes hablan necedades sólo son del agrado de los faltos de entendimiento, porque “*la necedad es alegría al fallo de entendimiento*” (Pr. 15:21). Esos faltos de entendimiento son los que no han sido alcanzados por la gracia y, por tanto, no son hijos amados y santos, como los cristianos.

¹⁵ Griego: αἰσχρότης.

¹⁶ Griego: μωρολογία.

¹⁷ G. Hendriksen. o.c., pág. 249.

La exhortación sobre el modo de hablar que debe evitarse alcanza también a las εὐτραπελία, *chocarrerías* o *truhanerías*. La palabra¹⁸ en el griego tiene que ver con *chistes de mal gusto*. Los clásicos la utilizaban para referirse a la respuesta fácil y chistosa, lo que en el lenguaje coloquial actual se conocen como *conversaciones* o *chistes verdes*, expresiones sucias e indecorosas. Son aquellas personas que buscan la vulgaridad mediante un humor sucio, con respuestas y oraciones que sugieren inmoralidades. Este tipo de broma sólo puede causar gracia a quienes son sucios de mente y corazón, pero han de repugnar al verdadero creyente. Los chistes obscenos son la expresión más baja y vulgar del ingenio.

A estas formas de hablar que han de evitarse, las llama el apóstol ὅ οὐκ ἀνῆκεν, *inconvenientes*, concretamente “*que no convienen*”. El griego expresa la idea de algo que no *llega al nivel*. Las vulgaridades, cosas groseras, chistes inmorales y bromas de este estilo, más o menos burdas, son asuntos que no dicen bien en la boca de los cristianos, no sólo son cosas que *no convienen*, sino aún más, son cosas *impropias* de ellos. El creyente genuino rechaza, por principio moral de vida, no sólo la práctica de actividades sexuales ilícitas, sino también los equívocos de los chistes basados en ellas. Esas son las conversaciones apropiadas para quienes no han sido regenerados, pero son totalmente indignas de cristianos transformados por el poder de Dios. Pablo no está prohibiendo conversaciones distendidas, chispeantes y graciosas, lo que prohíbe es que esas conversaciones sean alimentadas de indecencia.

Ἀλλὰ μᾶλλον εὐχαριστία. Por el contrario la boca del creyente debe estar llena de *alabanza*, literalmente *acción de gracias*¹⁹. La *eucaristía* es la acción de gracias o la oración de acción de gracias. Esta era una de las formas expresivas más comunes en el apóstol, que se hace *ejemplo a imitar* para los cristianos, especialmente cuando oraba a favor de las iglesias (cf. Ro. 1:8; 16:4; Ef. 1:16; Fil. 1:3; Col. 1:3; 1 Ts. 1:2; 2:13; 3:9; 2 Ts. 1:3; 2:13). De la misma manera encarga a las iglesias que eleven incesantemente acciones de gracias en el culto y en la vida privada (2 Co. 4:15; 9:11; Ef. 5:19; Fil. 4:6; Col. 1:12; 3:17; 1 Ts. 5:18; 1 Ti. 2:1). El dar gracias a Dios y alabar Su nombre es la forma propia y preferida de hablar que deben tener los cristianos, es la expresión reconocida de quien ha sido favorecido por la gracia y hecho hijo de Dios. La alabanza renueva la forma propia de ser de la criatura ante el Creador. La lengua, con todo el cuerpo y el alma son santificados para Dios, apartados para Su servicio y gloria. El creyente es también un templo santo, dedicado plenamente a Dios. Incluso si la conversación tienen el tema de la sexualidad, ha de llevarse a cabo de tal modo que glorifique a Dios y le agradezca por los

¹⁸ Griego: εὐτραπελία.

¹⁹ Griego: εὐχαριστία.

dones recibidos en este ámbito, recordando que la sexualidad y la fertilidad son dones de Dios (Gn. 1:28). El cristiano no debe manchar su boca con malas palabras y necias conversaciones, porque está consagrado a Dios. Por eso, su forma de hablar debe estar dedicada a la alabanza y la bendición de Dios. Una forma de saber si las conversaciones que se desarrollan glorifican a Dios o no, es simplemente preguntándose si se podría dar gracias a Dios por ellas.

5. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Dios.

τοῦτο γὰρ ἴστε γινώσκοντες, ὅτι πᾶς πόρνος ἢ ἀκάθαρτος ἢ
 Porque esto sabed conociendo que todo fornicario o impuro o
 πλεονέκτης, ὃ ἐστὶν εἰδωλόλατρες, οὐκ ἔχει κληρονομίαν ἐν τῇ
 avaro el que es idólatra no tiene herencia en el
 βασιλείᾳ τοῦ Χριστοῦ καὶ Θεοῦ.
 reino - de Cristo y de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Una nueva advertencia enfática como una llamada de atención sigue ahora: τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἴστε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa de la forma verbal οἶδα, *saber, conocer, entender, comprender*, aquí *sabed*, aunque la misma forma que para el imperativo es también para el perfecto de indicativo en voz activa, en cuyo caso tendría el sentido de *entendéis bien*; γινώσκοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer, entender, aprender, enterarse de, darse cuenta, reconocer, recordar, saber*, aquí *entendiendo o conociendo*, probablemente el sentido sea el de *saber por propio conocimiento o experiencia*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que, que*; πᾶς, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; πόρνος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *fornicario*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; ἀκάθαρτος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *impuro*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; πλεονέκτης, caso nominativo masculino singular del sustantivo *avaro*; ὃ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; εἰδωλόλατρες, caso nominativo masculino singular del sustantivo *idólatra*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔχει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *tiene*; κληρονομίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota, *propiedad, posesión, herencia*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; βασιλείᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo *reino*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; καὶ,

conjunción copulativa y; Θεοῦ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

La exhortación va en medio de una solemne advertencia establecida mediante el uso de dos verbos precedidos que ambos tienen que ver con el conocimiento de algo y unidos expresan la idea de un conocimiento propio y experimental sobre algo, que literalmente puede traducirse como τοῦτο γὰρ ἴστε γινώσκοντες, “*esto sabéis conociendo*”. Posiblemente lo único que quiere decir en forma solemne es sencillamente: “*sabéis bien*”. El apóstol afirma que ninguna persona inmoral, impura o avariciosa, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. De otro modo, lo que está expresando es que quien practica tales pecados en forma habitual no es un hijo de Dios.

Ὅτι πᾶς πόρνος ἢ ἀκάθαρτος. El primer pecado o vicio pecaminoso al que hace referencia es la fornicación, de modo que la práctica habitual convierte en *fornicario*²⁰, asunto sobre el que se ha considerado ya antes (v. 3). Unido a este pecado va también la *inmundicia*²¹, que apareciendo como un adjetivo articular, puede ser considerada como un pecado vinculado con el anterior, aunque también pudiera considerarse como un adjetivo calificativo de la fornicación, que es *inmundicia*, o *impureza*.

En la relación introduce el apóstol también πλεονέκτης, ὃ ἐστὶν εἰδωλολάτρης, *el avaro, el cual es idólatra*. Cabe preguntarse aquí si el sentido de *idólatra* comprende a los que practican los tres vicios o corresponde sólo al último, es decir, a la avaricia. La construcción griega de toda la frase, separando el sustantivo *fornicario*, y el adjetivo *impuro*, mediante la conjunción disyuntiva ἢ, o, lo permitiría. Sin embargo seguido al sustantivo *avaro*, va un pronombre personal en primera persona y en neutro, que exige vincularlo a lo que antecede, es decir, al *avaro*. Ese vicio es considerado como *idolatría*. Con todo, los vicios mencionados tienen que ver todos ellos directamente con el egoísmo personal, que se convierte en idolatría cuando el honor que se debe sólo a Dios, es impedido por la criatura buscando su propio disfrute personal, de modo que se convierte en *egolatría*, adoración a uno mismo que es la peor manifestación de idolatría. Por esa razón en otro lugar se dice que la avaricia es *idolatría* (Col. 3:5), apareciendo también unidas en la Primera Carta a los Corintios (1 Co. 5:11).

Οὐκ ἔχει κληρονομίαν ἐν τῇ βασιλείᾳ τοῦ Χριστοῦ καὶ Θεοῦ. Queda claro que los que practican el pecado en esta forma, no tendrán *parte*, o *herencia* o *posesión* en el reino de Cristo y de Dios. La posesión es el disfrute

²⁰ Griego: πόρνος.

²¹ Griego: ἀκάθαρτος.

mismo del *reino de Cristo y de Dios*, representada ya en las arras de la herencia que esperamos (1:14), que se manifestará en el futuro pero que ya se disfruta por la fe en el presente. El *reino de Cristo y de Dios*, es posesión espiritual de todo creyente desde el momento que ha creído (Col. 1:13). Quiere decir, pues, que el que practica esas formas de pecado, *no tiene* parte alguna en el reino de Cristo y de Dios, es decir, no ha nacido de nuevo, por tanto, no disfruta del regalo de la gracia ahora, ni de la posesión definitiva en el futuro de la glorificación. Están ausentes del gozo que supone el *participar* de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12s), porque tal persona no ha sido trasladada al reino de “*su amado Hijo*” (Col. 1:13), estando, por tanto, en la esclavitud de las tinieblas. El reino de Cristo es también el reino de Dios. Quienes practican la fornicación y la inmundicia, sirven a otros dioses, son, por tanto, idólatras y se excluyen a ellos mismos del reino de Dios, tanto en el presente como en las manifestaciones futuras y perpetuas. Tales personas no tienen *lugar* en el reino ahora, ni habrá para ellos entrada en el futuro.

Lo que está diciendo sencillamente el apóstol es que la inmoralidad y la salvación son incompatibles. Aunque no se hace alusión directa a tales prácticas entre los creyentes en Éfeso, no cabe duda que el gnosticismo que justifica la conducta disoluta como algo propio de mortales, pudiera estar entrando ya en el contexto de las iglesias que habían sido establecidas como resultado del ministerio del apóstol. De alguna manera quedaría justificada esta forma de pensar por la advertencia que hace a su colaborador Timoteo que ministraba en el ámbito del Asia Menor y especialmente en la iglesia en Éfeso (2 Ti. 3:1-9), uniendo también la advertencia del versículo siguiente (v. 6). El apóstol Juan, escribiendo a creyentes de este ámbito geográfico tiene que atacar directamente este error, propio del gnosticismo (cf. 1 Jn. 3:4-10; Ap. 2:6, 14, 15, 20). De igual modo el apóstol Pedro (cf. 2 P. 2:12-19). Por tanto, con esta advertencia solemne avisa a los creyentes sobre el peligro que acechaba. Nadie que practique los vicios pecaminosos propios de la condición del no regenerado, puede esperar tener parte en el reino de Cristo y de Dios.

6. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.

Μηδεὶς ὑμᾶς ἀπατάτω κενοῖς λόγοις· διὰ ταῦτα γὰρ ἔρχεται ἡ
 Nadie os engañe con vanas palabras porque por causa de estos viene la
 ὀργή τοῦ Θεοῦ ἐπὶ τοὺς υἱοὺς τῆς ἀπειθείας.
 ira - de Dios sobre los hijos de la desobediencia

Notas y análisis del texto griego.

Enfatizando lo que dice en el versículo anterior, escribe: Μηδεὶς, caso nominativo masculino singular del pronombre indefinido *nadie*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del

pronombre personal *os*; ἀπατάω, tercera persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἀπατάω, *engañar, seducir*, aquí *engañe*; κενοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo declinado *con vanas*; λόγοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *palabras, discursos*; διὰ, preposición de acusativo, *por, por causa de*; ταῦτα, caso acusativo neutro plural del pronombre demostrativo *estos*; γὰρ, conjunción causal *porque*; ἔρχεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz media del verbo ἔρχομαι, *venir, llegar, regresar, aparecer*, aquí *viene*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀργή, caso nominativo femenino singular del sustantivo *ira*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἐπὶ, preposición de acusativo *sobre*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; υἱοὺς, caso acusativo masculino plural del sustantivo *hijos*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἀπειθείας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *desobediencia*.

La advertencia anterior se completa aquí con palabras sumamente enfáticas. Quien vive en la práctica de los pecados anteriormente citados, no está incluido entre los que están en el reino de Cristo y de Dios, por tanto siguen entregados a la ira de Dios, que desciende sobre los desobedientes, es decir, sobre quienes no han obedecido al llamado de Dios y están todavía en perdición.

Μηδεὶς ὑμᾶς ἀπατάω κενοῖς λόγοις. Los desobedientes a Dios tienen su propio discurso de razonamiento para justificar las prácticas pecaminosas, con tales enseñanzas contrarias a la verdad de Dios procuran seducir, o alcanzar a los mismos cristianos. Las palabras del discurso pecaminoso de quienes son aún desobedientes, carecen de fundamento o de base que pueda sustentarlas, por tanto son discursos vanos o κενοῖς λόγοις, *palabras vanas*. Tales palabras no conducen a la verdad, sino todo lo contrario, al *engaño*²², mediante un esfuerzo de *seducción*, que es el sentido de la palabra. La doctrina de engaño procura hacer creer que esos pecados no tienen consecuencia alguna y que su práctica es satisfactoria y lícita. Sin embargo, el apóstol afirma que por esos pecados *viene* la ira de Dios.

Διὰ ταῦτα γὰρ ἔρχεται ἡ ὀργὴ τοῦ Θεοῦ ἐπὶ τοὺς υἱοὺς τῆς ἀπειθείας. La manifestación de la ira de Dios alcanza a quienes siendo *hijos de desobediencia*, son también *hijos de ira* (2:3). Ese aspecto de la ira que viene sobre los pecadores, no es aquí una referencia escatológica solamente (Ro. 2:5; 5:9; 9:22; 1 Ts. 5:9), sino también presente, en una posición de enemistad y confrontación con Dios (Ro. 1:18ss; 3:5). No hay duda que la ira de Dios será descargada sobre los pecadores rebeldes en la consumación de los tiempos. Es también cierto que el mundo experimentará una manifestación de la ira de Dios

²² Griego: ἀπάτη.

durante el tiempo de la tribulación. Sin embargo, la ira de Dios en la situación actual se manifiesta en las consecuencias que la práctica de esos vicios acarrea habitualmente (Ro. 1:24, 26, 27), porque quienes practican tales cosas son dignos del juicio y de Dios, y dignos de muerte, como consecuencia del salario del pecado (Ro. 1:32). Esta rebeldía es doblemente mala, puesto que el apóstol la llama con un término que tiene que ver con el modo propio de quien no se deja persuadir.

Ante esta verdad algunos, instrumentos en manos de maligno, procuran engañar a los creyentes haciéndoles creer que esos pecados no tienen ya importancia para quienes han sido salvos por gracia. Posiblemente en un esfuerzo por separar el cuerpo del alma, asentando en el primero todas las concupiscencias y poniendo al segundo como prisionero en espera de la liberación, por tanto, las prácticas hechas con el cuerpo no afectan al espíritu y tan solo se peca con el cuerpo que será destruido con la muerte. Tales enseñanzas se argumentaban filosóficamente, pero, puesto que son contrarias a la enseñanza de la Palabra, cualquier argumentación en ese sentido, tendente a desviar de la verdad a los oyentes, se convierten en argumentos *vanos*, carentes de consistencia. Nada que proceda de los hombres en oposición a la voluntad de Dios es otra cosa que *vanidad*.

7. No seáis, pues, partícipes con ellos.

μη οὖν γίνεσθε συμμέτοχοι αὐτῶν
No, pues, os hagáis copartícipes de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

El apóstol añade una nueva advertencia: *μη*, partícula negativa que hace las veces de un adverbio de negación condicional, *no*; *οὖν*, conjunción continuativa *pues*; *γίνεσθε*, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo *γίνομαι*, *llegar a ser, hacerse*, aquí *os hagáis*; *συμμέτοχοι*, caso nominativo masculino plural del adjetivo *copartícipes*; *αὐτῶν*, caso genitivo masculino plural del pronombre personal declinado *de ellos*.

Μη οὖν γίνεσθε συμμέτοχοι αὐτῶν. Teniendo en cuenta la ira que desciende sobre quienes practican tales pecados, no hay otra opción de comportamiento para el creyente mas que no recaer en la práctica pecaminosa propia de quienes son rebeldes. El énfasis que se imprime a la advertencia es notable y expresa una prohibición firme de no tener comunión en el obrar propio de los gentiles no regenerados. Pero, probablemente vaya aún más allá: el pronombre está en genitivo masculino²³, por lo que puede aplicarse a no tener

²³ Griego: αὐτῶν.

comuni3n con los mismos gentiles, es decir, con quienes practican obras que acarrear la ira de Dios sobre ellos.

De manera que el ap3stol est3 prohibiendo el compa3nerismo con tales personas y, por supuesto, incluye el no actuar como ellos. Sin embargo, aunque el cristiano no puede dejar de relacionarse con ellos (1 Co. 5:9-11), a3n as3 debe *evitarlos*. La advertencia que el ap3stol hace a los g3latas, es semejante a esta (G3. 6:7).

Andar en luz (5:8-14).

8. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Se3or; andad como hijos de luz.

ἦτε γάρ ποτε σκότος, νῦν δὲ φῶς ἐν Κυρίῳ· ὡς τέκνα
 Porque erais en otro tiempo tinieblas, mas ahora luz en Se3or; como hijos
 φωτὸς περιπατεῖτε
 de luz andad.

Notas y an3lisis del texto griego.

Continuando con la exhortaci3n pasa a referirse a la condici3n de los creyentes, escribiendo: ἦτε, segunda persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aqu3 *erais*; γάρ, conjunci3n causal *porque*, pospuesta al verbo y que en espa3ol lo precede actuando como *conjunci3n coordinativa*; ποτε, adverbio *en otro tiempo*; σκότος, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *tinieblas*; νῦν, adverbio, *ahora, al presente, actualmente*; δὲ, part3cula conjuntiva que hace las veces de conjunci3n, con sentido de *pero, m3s bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunci3n coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. despu3s de καί; φῶς, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *luz*; ἐν, preposici3n de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *Se3or*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunci3n comparativa; τέκνα, caso nominativo neutro plural del sustantivo *hijos*; φωτὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo declinado *de luz*; περιπατεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aqu3 *andad*.

Ἦτε γάρ ποτε σκότος. Un nuevo aspecto complementa y completa el hilo de la exhortaci3n. El creyente tiene una raz3n m3s para apartarse de las pr3cticas pecaminosas propias de los gentiles. No se trata s3lo de la ira que acarrear, sino del cambio operado en los creyentes por la regeneraci3n. La pecaminosidad es propia de quienes son hijos de las tinieblas y act3an en ese 3mbito, pero el cristiano ya no es *tinieblas*, sino *luz*. La idea de que el pecado es tinieblas y la santidad luz, esta muy extendida en Juan, pero no es desconocida en Pablo, como se aprecia aqu3 y en otros lugares de sus escritos (cf. Ro. 13:12-14; 1 Ts. 5:4-8).

Νῦν δὲ φῶς ἐν Κυρίῳ. Es necesario prestar atención a las oraciones del texto griego y a la precisión de sus expresiones. No se dice aquí que los cristianos pertenecen a la luz, o se hallan en la luz, o que proceden de la luz, todo esto es cierto, pero Pablo afirma que los cristianos *son luz*. Esta condición se alcanza por la posición del creyente en Cristo. El Señor dijo que Él era la luz del mundo (Jn. 8:12), pero, al mismo tiempo afirmó que los creyentes son también la luz del mundo (Mt. 5:14). La luz tiene como condición propia la de comunicarse disipando las tinieblas. Fue el primer elemento creado por Dios (Gn. 1:3). Sin duda nada más importante e imprescindible que la luz. Un universo en tinieblas es impensable; la vida sobre la tierra no sería posible sin la luz. El Evangelio según Juan presenta a Jesús como la luz de Dios que hacía irrupción en el mundo en tinieblas, brillando para todos los hombres (Jn. 1:9). En la Biblia la luz equivale al verdadero conocimiento de Dios, de tal modo que el salmista dice: *“contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz”* (Sal. 36:9). La luz o la vida en la luz está relacionada con la bondad, justicia y verdad (5:8-9). El camino del justo está rodeado de luz; la luz ilumina continuamente su senda produciendo con ello alegría y gozo, por eso la Biblia dice: *“luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón”* (Sal. 97:11). La presencia del Mesías en la tierra hizo que el pueblo que andaba en tinieblas viese gran luz (Is. 9:2). La metáfora de la luz puede ampliarse hasta comprender todas las bendiciones que proceden de la salvación (Lc. 1:77-79). La verdadera luz es Dios y está en Él, de ahí que se afirme que Dios es luz (1 Jn. 1:5). En ese sentido, quien está en Dios y Dios en él por Cristo, se convierte en un luminar al resplandecer en él la luz de Dios (Fil. 2:15). Cuando se habla de *brillar*, de lucir como un luminar, una lumbrera, en un mundo en tinieblas se está diciendo lo mismo que *vivir a Cristo* (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Solo es luminosa la vida del que Dios se hace vida y luz en el mismo por su presencia vivencial. El creyente no es luz por sí mismo, sino que la luz de Dios le es comunicada por la presencia de Cristo en él. El Señor es la única y verdadera luz. Por eso el salmista dice que *“el Señor es mi luz y mi salvación”* (Sal. 27:1); y por tanto solo en él *“veremos luz”* (Sal. 36:9). La luz necesaria para el camino santo y sin tropiezo del creyente procede de Dios, a quién se dirige la súplica: *“Envía tu luz y tu verdad; estás me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas”* (Sal. 43:3). Mientras que el mundo desorientado es conducido por sendas que concluyen en muerte, el creyente alumbrado por Dios es conducido a Dios mismo, su alegría y su gozo (Sal. 43:4). Dios ha dado a Cristo por luz de salvación a todas las naciones (Is. 49:6). De ahí que el profeta diga al pueblo que estaba en la esperanza del Mesías, que su llegada traería consigo la luz y la gloria de Dios (Is. 60:1). La irrupción del Verbo de Dios hecho carne, en el mundo de los hombres, hizo resplandecer la luz de Dios como la aurora naciente del día de salvación, para dar luz a los que estaban en tinieblas y alumbrar el camino de la paz (Lc. 1:78-79). La luz de Dios para los gentiles se manifestó también en Cristo (Lc. 2:32). Por eso nadie más que Jesús podía decir de sí

mismo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12); y afirmar que “entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo” (Jn. 9:5). Cuando el Señor llamó a la fe lo hizo también en relación con la luz, proclamando un cambio de las tinieblas a su luz admirable: “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que sedáis hijos de luz. Yo, la luz, he venido a este mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Jn. 12:35, 46).

El creyente no es luz en sí mismo, pero es luz en el Señor. La acción salvadora de Dios hace posible esta transformación, “*porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*” (2 Co. 4:6). Por esa razón dice Pablo aquí, al referirse a los cristianos: “*porque en otro tiempo erais tinieblas, más ahora sois luz en el Señor*” (5:8). Quien permanece en comunión con Cristo, quien vive la luz de Dios en Cristo en su propia vida, es luz a los demás (Jn. 15:4, 5). Andar en luz, brillar, ser luz, es poder señalar el rumbo al que vive en tinieblas, lo que es el cumplimiento fiel de la comisión que Cristo dio a los creyentes (Hch. 1:8).

Ὡς τέκνα φωτός περιπατεῖτε. El contraste está marcadamente establecido entre *el antes* y el *ahora*. En otro tiempo el creyente era *tinieblas*, no solo viviendo en ellas, sino siendo tinieblas en sí mismo, pero, por la regeneración es ahora *luz* en el Señor. Está pues, hablando de un estilo de vida que no solo es luminoso, sino que es luz. De ahí la necesidad de una vida que corresponda a la condición de ser *hijos de luz*. Por esa causa escribe ὥς τέκνα φωτός περιπατεῖτε, “*andad como hijos de luz*”. Esa forma de vida, en contraste con la de los que están en tinieblas, se convierte en un modo de alabanza a Dios, como dijo Jesús: “*Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mt. 5:16). El creyente está llamado a llevar a cabo la misión para la que Dios le ha dotado, resplandeciendo como lumínar donde se encuentre. La luz de Dios brilló en las tinieblas del mundo alumbrando a todo hombre (Jn. 1:9). Aquel brillar de la luz de Dios en la persona de Jesucristo puso de manifiesto la suciedad del pecado en los hombres, que reaccionaron contra la luz porque denunciaba su situación personal (Jn. 3:19). De otro modo, los hombres que amaban su vida de pecado, procuraron apagar la luz de Dios que brillaba en la Persona y obra de Jesucristo, hasta el extremo de procurar y ejecutar su muerte. Es natural que quien vive en pecado desprecie la luz (Jn. 3:20). La luz de Dios en el testimonio y ejemplo del Señor, ponía en evidencia la miseria de quienes sólo eran meros profesantes, pero que mantenían una vida contraria a la verdadera piedad. Jesús fue perseguido, despreciado, cuestionado

y finalmente crucificado porque manifestó lo oculto de las tinieblas que había en el hombre. En identificación con Cristo, brillando con la luz que Él es en cada uno de los que han nacido de nuevo, el creyente lleva a cabo ahora la misma obra que fue la del Señor, en la denuncia sin palabras, con la luz de una vida transformada y poderosa de la realidad de vidas entenebrecidas por el pecado.

La luz que pone de manifiesto la realidad de las tinieblas también explica *la causa* de las tinieblas. La razón de la situación del mundo no tiene explicación para el hombre, que busca respuestas en su propio razonamiento, autoconvenciéndose falsamente de lo que no es real. La única respuesta a la situación de entenebrecimiento del mundo obedece a la rebeldía del hombre como consecuencia de un corazón malo. Las alteraciones y fracasos, la violencia y miseria moral de la sociedad ocurren a causa de un corazón que no ha querido tener en cuenta a Dios (Ro. 1:18ss). La desorientación del mundo que busca un camino que conduzca a la solución de su fracaso, o de sus múltiples fracasos, es la consecuencia de seguir un camino sin luz, en abierto rechazo a Cristo y su oferta (Jn. 8:12). No hay descanso porque se busca en donde no se puede alcanzar, mientras el Señor invita a todos los fracasados a acudir a Él para encontrar en Él descanso para el alma (Mt. 11:28). Es necesario seguir de cerca a Cristo para gozar de su luz admirable (Jn. 12:35). Nadie puede advertir al mundo de su fracaso en relación con la búsqueda de la luz orientadora, más que aquellos que han pasado de las tinieblas a la luz y que resplandecen como luminares en el mundo.

La luz ofrece también la única salida a la situación de oscuridad y tinieblas. El hombre necesita recibir el mensaje de buenas nuevas que lo conduzca a la única luz que es Cristo mismo. El Evangelio, aceptado por fe, produce un cambio profundo e íntimo que hace que el pecador ame la luz, cuando antes se deleitaba en las tinieblas. El Evangelio es poder de Dios para salvación (Ro. 1:16, 17). Este mensaje transformador no sólo debe ser proclamado con palabras, sino también y muy especialmente con la vida luminosa de quienes son hijos de luz. La conducta de ellos conducirá a muchos a Cristo *sin palabras*, a ver su ejemplo de vida (1 P. 3:1). El Señor determina, junto con el mandamiento de alumbrar, el modo de hacerlo: "*para que vean vuestras buenas obras*". Es el evangelio silencioso que se expresa con acciones y no con palabras. La vida en luz del creyente no alumbra para que el mundo vea al creyente y lo alabe a él por sus buenas acciones, sino que sea un elemento para glorificar a Dios. Las buenas obras son evidencia visible de la fe salvífica. Es cierto que el creyente no se salva por obras, pero se salva para obras. De modo que la fe que no obra, es decir, que no opera en una manifestación de vida transformada, no es verdadera fe, sino mera credulidad (Stg. 2:17, 26). Las buenas obras no se hacen para ser santos, sino porque se es santo. Es decir, no

se hacen para santificación, sino como expresión visible de ella. No es suficiente que los hombres oigan el evangelio predicado por los creyentes con buenas palabras, es preciso que lo vean expresado en las buenas obras de quienes lo predicán. Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo personal del cristiano, sino el estilo propio de vida de quien ha sido salvo. Es un obrar en consonancia con la voluntad de Dios, que determinó de antemano el buen obrar para que el creyente ande en Él (Ef. 2:10). Es necesario entender bien que Dios no estableció esas buenas obras para que el creyente *las practique*, sino para que *ande* en ellas, es decir para que el buen obrar, el pasar *haciendo bienes*, sea el modo natural de su vida. Este buen obrar conforme a la voluntad de Dios fue manifestado por Cristo, quien anduvo *haciendo bienes* (Hch. 10:38), por tanto, sólo es posible vivir en la dimensión que Dios demanda en la medida en que se viva a Cristo, y esto depende de la entrega y sujeción a la dirección y control del Espíritu (Gá. 5:16). Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo religioso, sino el estilo de vida del salvo, operado en su intimidad por el poder de Dios (Fil. 2:12-13). El objetivo final del mandato de Jesús tiene que ver con la gloria de Dios. Que Dios sea glorificado por la conducta y testimonio de sus hijos. Es necesario entender claramente que cuando Dios salva a alguien lo hace con un propósito principal, que sea glorificado en él. Por tres veces enfatiza el apóstol Pablo esta verdad, que Dios salva para alabanza de su gloria (1:6, 12, 14). El creyente está puesto para glorificar a Dios. Ese debe ser el objetivo principal que motive toda acción: “*Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios*” (1 Co. 10:31). Una buena forma de entender lo que es correcto o no en la vida cristiana es preguntarse si se puede dar gracias a Dios por lo que se está haciendo, o si aquello está glorificando a Dios. En el pasaje se menciona por primera vez en el Nuevo Testamento la relación paterno-filial de Dios con el creyente. Dios es para el creyente *el Padre que está en los cielos*. Por tanto, quien tiene a Dios por Padre debe reflejar su carácter, “*pues como Él es, así somos nosotros en este mundo*” (1 Jn. 4:17). El mandamiento del Señor se traslada a la Iglesia en los escritos apostólicos, cuando se dice: “*manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras*” (1 P. 2:12). El proceso es sencillo y claro: El creyente practica y sigue una vida de buen obrar. El mundo le observa. Dios es glorificado por el estilo de vida del que se llama su hijo. Esta enseñanza del *Sermón del Monte*, sirve para entender que la alabanza no es una *actividad*, sino una *actitud*, que no se alaba con ciertas formas, como el cántico y la oración, sino con cada momento de la vida cristiana. De otro modo, el creyente alaba o prestigia a Dios con su vida.

9. (Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad).

—ὁ γὰρ καρπὸς τοῦ φωτὸς¹ ἐν πάσῃ ἀγαθωσύνῃ καὶ δικαιοσύνῃ καὶ
 Porque el fruto de la luz en toda bondad y justicia y
 ἀληθείᾱ—
 verdad.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ φωτὸς, *luz*, es la alternativa más segura, atestiguada en **p**⁴⁹, **κ**, **A**, **B**, **D**^{*}. **F**, **G**, **P**, 6, 33, 81, 256, 424^c, 1175, 1319, 1739, 1881, 1962, 2127, 2464, *it*^{ar, b, d, f, g, mon, o}, *vg.* *Syr*^{p, pal}, *cop*^{sa, bo}, *arm eth*, *geo*¹, Orígenes, Gregorio. Taumaturgo, Ps-Ciprinao, Victorio-Roma, Ambrosiaster, Lucifer, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

πνεύματος, *Espíritu*, que se lee en **p**⁴⁶, **D**², **Ψ**, 048, 075, 0150, 104, 263, 365, 424^{*}, 436, 459, 1241, 1573, 1852, 1919, 2200, *Biz* [**K**, **L**], *Lect syr*^h, *geo*², *slav*, Crisóstomo, Teodoro^{lat}.

Siguiendo la exhortación sobre la vida en la luz, escribe a modo de paréntesis: —ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; καρπὸς, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *fruto*; τοῦ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; φωτὸς, caso nominativo neutro singular del sustantivo *luz*; ἐν, preposición de dativo *en*; πάσῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; ἀγαθωσύνῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *bondad*, *generosidad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δικαιοσύνῃ, caso dativo femenino singular del sustantivo *justicia*, *rectitud*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀληθείᾱ—, caso dativo femenino singular del sustantivo *verdad*.

La realidad de ser luz se pone de manifiesto en la conducta de quienes son *hijos de luz* y viven en ella como esfera, y de ella como principio vital en Aquel que es *la luz* del mundo. Este modo de vida da pruebas de su realidad mediante ὁ καρπὸς τοῦ φωτὸς, *el fruto de la luz*, que es la expresión más fiable en las variantes que presenta el texto griego. Algunos mss leen “*fruto del Espíritu*”, pero, probablemente sea una expresión tomada de la Epístola a los Gálatas (Gá. 5:22), como un modo más claro de entender el versículo, sin embargo, si se está tratando de la luz y de la vida en la luz, no hay razón alguna para cambiarlo a la vida en el Espíritu. El fruto de la luz es la expresión luminosa de quienes viven en la luz.

De este fruto se dan tres características. La primera es la manifestación de ἐν πάσῃ ἀγαθωσύνῃ, “*toda bondad*”. Equivale a todo lo que es bueno. En una misma forma el apóstol dice a los creyentes de la iglesia en Roma que estaba “*seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis*

llenos de bondad...” (Ro. 15:14). Bondad es la generosidad de corazón y de acción. La palabra aparece cuatro veces en el Nuevo Testamento (Ro. 15:14; Gá. 5:22; Ef. 5:9; 2 Ts. 1:11). El término griego²⁴ procede de una raíz que significa *ser útil* o *servicial*. Es el resultado de un carácter que combina la justicia con el amor. Cristo “*anduvo haciendo bienes*” (Hch. 10:38), por consiguiente quienes *viven a Cristo*, tienen que hacerlo en *toda bondad*. Nótese que de nuevo Pablo no establece límites bajos, sino altos. No es vivir manifestando *alguna* bondad, sino *toda* bondad. El término es el opuesto a *toda malicia* mencionado antes (4:31). Es una perfección divina comunicada a los creyentes por la obra del Espíritu Santo. No se trata de una benignidad natural, sino de la expresión externa de la plenitud del Espíritu en los creyentes y en la iglesia. El fruto del Espíritu es también el fruto de la luz, que no es otra cosa que la reproducción en cada creyente del carácter de Cristo por la acción del Espíritu. Es notable ver como la bondad y la paz están vinculadas a la espiritualidad de un creyente. El creyente que anda en la luz, mediante el *fruto de la luz*, expresa y lleva a cabo el cumplimiento del propósito de Dios (2 Ts. 1:11).

En segundo lugar el fruto de la luz es καὶ δικαιοσύνη *en toda justicia*. La estructura gramatical con la conjunción καὶ, vincula también δικαιοσύνη, *justicia*, con el adjetivo indefinido πᾶσι, *toda*, que precede en la cláusula anterior a ἀγαθωσύνη, *bondad*. El sustantivo *justicia*²⁵ tiene que ver, en relación con el hombre, con un comportamiento o conducta justa. El carácter de Jesús, la *luz del mundo*, era absolutamente justo (1 P. 3:18). Vivir en justicia es ajustar la vida plenamente a la voluntad de Dios. La conducta *justa* del creyente es aquella para la que Dios no establece reprensión alguna. Toda justicia tiene que ver también con las relaciones correctas con los demás. Mientras que los impíos se comportan con injusticia, practicando el engaño (4:22), el creyente, regenerado y, por tanto, renovado por medio del Espíritu, actúa en una forma absolutamente diferente (4:23, 24). El comportamiento justo de un creyente debe manifestarse en todas sus actividades y formas de vida. La justicia, lo mismo que la santidad, no son opciones de vida, sino el único modo de aquellos que están en la luz y viven en ella.

La tercera manifestación de la vida en la luz es un comportamiento en καὶ ἀληθεία, *toda verdad*, por la misma razón apuntada en el párrafo anterior para *justicia*. La palabra ἀληθεία, *verdad*, tiene que ver con todo aquello que es verdadero. Anteriormente se habló del estilo de vida consistente en “*seguir la verdad en amor*” (4:15). Una de las características del que es maduro en Cristo es una vida “*en palabra de verdad*” (2 Co. 6:7). Esta palabra formativa que

²⁴ Griego: ἀγαθωσύνη.

²⁵ Griego: δικαιοσύνη.

conduce a la madurez espiritual, no es otra que la “*Palabra verdadera del Evangelio*” (Col. 1:5). La doctrina bíblica que el maestro enseña en la congregación es la “*palabra de verdad*” (2 Ti. 2:15). Quiere decir esto que andar en *toda verdad* tiene que ver con ajustar la vida a las demandas que Dios establece en su Palabra. Esta verdad está en Jesús, por tanto, la vida en verdad es la vida que sigue a Cristo y, todavía más, la vida que *vive* a Cristo (Fil. 1:21). El creyente en Cristo está revestido de santidad porque está en la verdad (4:24). Más adelante volverá a vincular al cristiano con la verdad al considerar la armadura defensiva que Dios ha provisto para vencer sobre los intentos diabólicos (6:14). Vivir en la verdad es llevar a cabo un comportamiento del que nadie puede dudar. De la misma manera que nadie puede dudar de las afirmaciones de Dios (Sal. 19:9; 119:160), así tampoco debiera haber duda de las afirmaciones del cristiano. Tan fiel debe ser el comportamiento que no precise apoyar sus palabras con juramento (Mt. 5:33-37). El Señor quiere detener esa práctica, por tanto dice: “*no juréis en ninguna manera*”. No estaba prohibiendo lo que Dios establecía en su ley, es decir, jurar por Su nombre, pero lo hacía en relación con juramentos inválidos que generaban una práctica pecaminosa. Lo que el Señor quiere enseñar está relacionado con la vida en la verdad haciendo alusión a la firmeza que debe tener la palabra de un creyente. No cabe en la forma de hablar de un hijo del reino otra cosa que no sea la verdad. La palabra del creyente se respalda por el cumplimiento de lo que afirma o de lo que niega, de ahí que Jesús diga que el modo de hablar de los hijos del reino de los cielos, sea *sí* cuando dicen *sí*, y *no* cuando dicen *no*. Las gentes que observan el cumplimiento fiel de la palabra dada, no necesitan confirmarla con un juramento porque el dicho del creyente es suficiente garantía. No debe haber en las palabras del salvo una doble intención, que es una forma de mentir. La ética cristiana y la experiencia sobre la seguridad de sus palabras, hace innecesaria cualquier confirmación, porque la experiencia de quienes le conocen no les permite dudar de su palabra. La palabra mentirosa tiene una procedencia ya que “*todo lo que es más de esto, del mal procede*”, la palabra mentirosa y la conducta perjura proceden del *mal*, literalmente *del maligno*. Satanás es el creador e inductor de la mentira. En la primera tentación llamó mentiroso a Dios afirmando que lo que el Creador decía no era verdad (Gn. 3:4). Así mintió ante Dios en relación con el justo Job, acusándolo de egoísta e interesado (Job 1:9-11). Apela a la Escritura con parcialidad para sustentar sus propuestas malvadas (Mt. 4: 6, 10, 11). El Señor dijo que no había verdad en el diablo (Jn. 8:44). Es Satanás quien llena el corazón de un creyente para llevarlo al grave pecado de mentir a Dios (Hch. 5:3). En el futuro la presencia del Anticristo, el hombre de pecado, llevará a la máxima expresión la mentira satánica (2 Ts. 2:9-11). Es necesario distinguir bien lo que supone decir una mentira ocasional, a ser un mentiroso. Lo primero puede ser un pecado ocasional, lo segundo forma parte inseparable de la misma vida. Un creyente, es llevado por Dios a la verdad y su forma de expresión y de vida debe ser

verdadera (Zac. 8:16; Ef. 4:25). El que tiene comunión con Cristo y vive a Cristo está en la verdad y habla verdad.

Las tres virtudes que hacen que un creyente sea *bueno, justo y verdadero*, son dones de la luz, que ponen de manifiesto la realidad de la vinculación con Cristo. La luz que cada cristiano es en el Señor, puesto que al ser hijos de la luz lo son en Jesús y sólo en Él, hace que cada uno produzca un fruto que es luminoso y que expresa ante el mundo la realidad visible de la bondad, la justicia y la verdad. La mentira se descubre y derriba la confianza hacia el que la dice, mientras que la verdad permanece (Pr. 12:19).

10. Comprobando lo que es agradable al Señor.

δοκιμάζοντες τί ἐστὶν εὐάρεστον τῷ Κυρίῳ,
comprobando que es agradable al Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad sigue con δοκιμάζοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo δοκιμάζω, *examinar, poner a prueba, aprobar*, aquí *poniendo a prueba, aprobando, comprobando*; τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *qué*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; εὐάρεστον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *agradable*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Señor*.

Δοκιμάζοντες τί ἐστὶν εὐάρεστον τῷ Κυρίῳ. La experiencia de vida cristiana en la luz, exige una continua toma de decisiones, para lo que deben existir parámetros de valoración que las haga correctas. El creyente debe examinar cada acción para *comprobar*²⁶, es decir, valorar sopesando bien, aquello que es εὐάρεστον τῷ Κυρίῳ, "*agradable al Señor*". Al examinar cada cosa para hacer sólo lo que es agradable o conforme con el Señor, se toman las decisiones conforme a la luz, de tal manera que en aquello que es *bueno, justo y verdadero*, se difunde la luz. Es necesario recordar que los creyentes son *luz* en las tinieblas. La vida debe ajustarse a aquello que es agradable a Dios, como conviene a hijos de luz. Esa vida es *agradable* a Dios. El adjetivo²⁷ expresa la condición de aquello que Dios considera como correcto.

Esta forma de comportamiento es la lógica de quienes ven renovarse su pensamiento día a día por el poder del Espíritu (Ef. 4:23; Ro. 12:2). El ejemplo

²⁶ Griego: δοκιμάζω.

²⁷ Griego: εὐάρεστο

de Jesús es elocuente: “...*porque yo hago siempre lo que le agrada*” (Jn. 8:29). El apóstol que es imitador de Cristo, es consecuente con esta demanda que establece aquí para los creyentes: “*Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables*” (2 Co. 5:9). El anhelo del verdadero hijo de Dios, e hijo de la luz, es agradar al Señor. El creyente, al examinar las acciones a realizar, debiera comprobar que cada una de ellas está siendo del agrado de Dios, apartándose de todo aquello que no lo sea. Comprobar implica también *sopesar celosamente* las acciones para aprobar sólo aquello que es grato a Dios. Esa es la forma natural del comportamiento cristiano: “*para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo*” (Col. 1:10). El conocimiento vivencial de Dios conduce inevitablemente a un modo de vida.

El verbo δοκιμάζω, *comprobar*, concretamente aquí δοκιμάζοντες, *comprobando*, aparece en participio de presente, e indica una atención permanente y expresa tanto el propósito como el resultado. Es el modo de vida que agrada al Señor *en todo*. El conocimiento de la Palabra y la madurez espiritual lleva a una vida digna del Señor (4:1; Fil. 1:27; 1 Ts. 2:12; 3 Jn. 6). Agradar a Dios es someterse incondicionalmente a Él en todo, obedeciendo su Palabra (1 Jn. 3:21, 22).

11. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.

καὶ μὴ συγκοινωνεῖτε τοῖς ἔργοις τοῖς ἀκάργοις τοῦ σκότους,
 Y no compartáis las obras las infructuosas de las tinieblas
 μᾶλλον δὲ καὶ ἐλέγχετε.
 sino más bien también reprendedlas

Notas y análisis del texto griego.

El versículo establece una prohibición vinculada a lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa y; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*, que negativiza al verbo συγκοινωνεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo del verbo συγκοινωνέω, *compartir, tener comunión con, hacerse solidario*, aquí *compartáis*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἔργοις, caso dativo neutro plural del sustantivo que denota *obras*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *las*; ἀκάργοις, caso dativo neutro plural del adjetivo *infructuoso*, de κάρπος, *fruto, cosecha*, con α privativa; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de los*; σκότους, caso genitivo neutro singular del sustantivo *tinieblas*; μᾶλλον, adverbio de comparación *más, más bien, antes bien, tanto más*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien, sino*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ἐλέγχετε, segunda persona plural del presente de

imperativo en voz activa del verbo ἐλέγχω, *reprender, amonestar, convencer*, aquí *reprendedlas*.

El versículo continúa con la exhortación hacia el comportamiento propio de los hijos de luz. Como es muy habitual en Pablo, hay dos orientaciones: una hacia atrás, que vincula la oración con lo que antecede y otra hacia adelante, que fortalece la exhortación sobre el modo de vida en la luz. La conducta luminosa de los hijos de luz es incompatible con la práctica de las obras propias de las tinieblas. Esa es la razón del enfático καὶ μὴ συγκοινωνεῖτε τοῖς ἔργοις τοῖς ἀκάργοις τοῦ σκότους, *y no compartáis las obras infructuosas de las tinieblas*.

Mientras que las virtudes de la vida en la luz se les llama *fruto*, a las acciones pecaminosas de las tinieblas se les llama ἔργοις, *obras*. Dos aspectos importantes están comprendidos en ello: 1) las virtudes de *bondad, justicia y verdad*, son realización del Espíritu de Dios en el cristiano y constituyen el fruto del Espíritu que se manifiesta en obras. 2) las perversidades de la carne son *obras*, esto es, inducen al obrar conforme a la pecaminosidad o concupiscencia propia de ella. Ese conjunto de prácticas propias de las tinieblas las denomina el apóstol como *obras de la carne* (Gá. 5:19). Esas obras de las tinieblas o de la carne se califican o denominan en el versículo como ἀκάργοις, *infructuosas*, un adjetivo enfático que mediante un alfa privativo expresa la ausencia total de fruto. De manera que las tinieblas producen obras que se oponen al fruto del Espíritu, es decir, producen *obras infructuosas*. Ese obrar de las tinieblas genera obras estériles y, por tanto, sin fruto. Todo cuanto surge de la esfera de las tinieblas produce aquello que es connatural en ellas, esto es, vanidad tenebrosa, aquello que es absolutamente nada. De estas obras infructuosas deben mantenerse alejados los hijos de la luz. El mandamiento del apóstol que antes prohibió la comunión con los que viviendo en tinieblas practican las obras propias de ellas (v. 7), pasa a establecer aquí la prohibición expresa de cometer tales obras. De otro modo, antes prohibía el compañerismo con los malos obreros, ahora con las malas obras. El apóstol enseña que el hijo de la luz no puede tener comunión²⁸, que es un término mucho más enfático que *participación*.

Sin embargo, la vida cristiana no es pasiva, es decir, simplemente alejada de la práctica de obras de las tinieblas, sino activa orientada hacia un fin. Pablo demanda que con la separación de las prácticas pecaminosas se oriente hacia la acción de *reprender* tales obras, o si se prefiere *denunciarlas*. Esto va más allá de la simple oposición a ellas, como se expresa con la construcción gramatical μᾶλλον δὲ καὶ ἐλέγχετε, traducida como “*sino más bien, también*”

²⁸ Griego: συγκοινωνέω.

reprehendedlas". Tal fórmula gramatical es sumamente enfática e indica una acción complementaria al *comprobando* del v. 10. Se trata de una investigación profunda que permite sacar a la luz lo que se ha averiguado de este modo. El sentido del término *reprehendedlas*²⁹, expresa una acción que equivaldría a *redargüirlas*, que quiere decir ponerlas en evidencia hablando contra ellas y llamándolas por su nombre. Este es el sentido que el apóstol utiliza en una construcción semejante, cuando escribe a los corintios: "*Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón de hace manifiesto...*" (1 Co. 14:24, 25a). Una acción para que "*no se nombren*" (v. 3) es denunciarlas, o reprenderlas. En ocasiones será también necesario reprender a las personas que practican tales obras (1 Ti. 5:20), como escribe el Dr. Lacueva:

*"Redargüirlas significa exponerlas a la luz... sin cubrirlas con bonitos nombres. Lo peor de nuestra sociedad actual es que se le ha cambiado la etiqueta al pecado. No es que en los siglos pasados se pecase menos, pero lo que realmente alarma en nuestros días es el afán de pintar los pecados más vergonzosos con los más bellos colores. Tenemos hombres ordenados para el ministerio pastoral que declaran sin vergüenza ni remordimiento su prolongada práctica de la homosexualidad. ¿Qué puede esperarse de la sociedad cuando los que habrían de ser luces son densas tinieblas de pecado cubierto de malas excusas?"*³⁰.

Quienes son hijos de la luz, no pueden permanecer neutrales en relación con las obras de las tinieblas. El pecado y sus manifestaciones deben ser declarados y expuestos públicamente. Es un grave problema suavizar las tremendas manifestaciones que generan las obras infructuosas de las tinieblas, como si se tratase de sencillas desviaciones sin importancia. Un gravísimo problema es pensar que las manifestaciones pecaminosas son *propias* del mundo. Esas manifestaciones son siempre impropias tanto en el mundo como en el cristiano, porque se oponen abiertamente a las demandas que Dios ha establecido para la conducta moral del hombre. No se trata simplemente de *revelar* las obras infructuosas de las tinieblas, sino de *reprobarlas* y *condenarlas*.

12. Porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto.

τὰ γὰρ κρυφῇ γινόμενα ὑπ' αὐτῶν αἰσχρόν ἐστιν καὶ λέγειν,
Porque las cosas ocultas hechas por ellos vergonzoso es aun decir.

²⁹ Griego: ἐλέγχω.

³⁰ F. Lacueva. o.c., pág. 172.

Notas y análisis del texto griego.

El apóstol apunta una razón para redargüir las obras de las tinieblas cuando escribe τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al artículo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; κρυφῇ, adverbio *vergonzoso*; γινόμενα, caso acusativo neutro plural del participio de presente en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, hacerse*, aquí *hechas*; ὑπ' forma que toma la preposición de genitivo ὑπό, ante vocal con espíritu suave y que equivale a *por*; αὐτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre personal *ellos*; αἰσχρόν, caso nominativo neutro singular del adjetivo *vergonzoso*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo *ser*, aquí *es*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también, aun*; λέγειν, presente de infinitivo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*.

Τὰ γὰρ κρυφῇ γινόμενα ὑπ' αὐτῶν αἰσχρόν ἐστίν καὶ λέγειν. Una razón evidente para *denunciar* las obras infructuosas de las tinieblas es que las prácticas inmorales y libertinas de los hijos de las tinieblas, que suelen hacerse en secreto, hasta mencionarlas resulta vergonzoso. Posiblemente el apóstol esté refiriéndose aquí a ciertas prácticas de ritos ocultos de los misterios de la gnosis.

Los impíos practican ciertas obras reservadamente. Los pecados mencionados antes (v. 3), suelen practicarse ocultamente. Con todo, a medida que el tiempo avanza, el pecado no solo cauteriza la conciencia, sino la moral y sus expresiones, de modo que algunos de estos pecados ya se están practicando abiertamente. En tiempos de Pablo había prácticas de prostitución sagrada que solían llevarse a cabo en los lugares reservados dentro de los templos en que esa era un modo del culto pagano. Lo que Pablo quiere decir es que, aunque esas obras causan vergüenza simplemente al mencionarlas no sólo para el cristiano sino para el hombre decente, es preciso hablar de ellas para denunciarlas y reprenderlas. Una seria advertencia sobre el ministerio de la Palabra que exige manifestar claramente el pecado, anticipándose a las nuevas manifestaciones de impiedad. El hecho de que mencionar las obras perversas que los hijos de las tinieblas hacen en secreto, ponen de evidencia el desorden moral que conllevan tales prácticas. Con todo hay una dificultad en el texto: si es vergonzoso mencionar esas obras ¿cómo puede llevarse a cabo la reprobación de las mismas? La respuesta es sencilla: esas obras se denuncia mediante una vida de *bondad, justicia y verdad* (v. 9). El cristiano que es luz, denuncia las obras infructuosas de las tinieblas simplemente con alumbrarlas mediante la luz que está en él.

13. Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifestas; porque la luz es lo que manifiesta todo.

τὰ δὲ πάντα ἐλεγχόμενα ὑπὸ τοῦ φωτὸς φανεροῦται, πᾶν γὰρ τὸ
 Y las todas redargüidas por la luz son manifestadas. Porque todo lo
 φανερούμενον φῶς ἐστίν.
 que es manifestado luz es.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la argumentación, escribe: τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; πάντα, caso nominativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*, aquí en sentido de “*los todos*”, es decir, *todas las cosas*; ἐλεγχόμενα, caso nominativo neutro plural del participio de presente en voz pasiva del verbo ἐλέγχω, *reprender, amonestar, convencer, redargüir*, aquí *redargüidas*; ὑπὸ, preposición de genitivo *por*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado *lo*; φωτὸς, caso genitivo neutro singular del sustantivo *luz*; φανεροῦται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo φανερόω, *manifestar, dar a conocer, revelar, mostrar*, aquí *son manifestadas*; πᾶν, caso nominativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*; γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al adjetivo y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; φανερούμενον, caso nominativo neutro singular del participio de presente en voz pasiva del verbo φανερόω, *manifestar, dar a conocer, mostrar, revelar*, aquí *que es manifestado*; φῶς, caso nominativo neutro singular del sustantivo *luz*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *es*.

Τὰ δὲ πάντα ἐλεγχόμενα ὑπὸ τοῦ φωτὸς φανεροῦται. La evidencia de las cosas impuras y repugnantes de los impíos, son manifestadas, es decir, hechas patentes por medio de la luz. La labor de *denunciar* o de *redargüir* sobre las obras de las tinieblas, está encomendada a los cristianos (v. 11) y esta labor silenciosa se lleva a cabo mediante la exhibición de la luz que convierte a cada uno de los salvos en “*luminares en el mundo*” (Fil. 2:15). Estos luminares que iluminan con luz las tinieblas, son el resultado de la presencia en ellos de la verdadera *Luz del mundo* que es Jesús (Jn. 8:12).

Del mismo modo que Jesús, brillando en el mundo con la luz de su santidad, puso de manifiesto la pecaminosidad de las tinieblas, así también los cristianos, que son luminares, lo producen también, πᾶν γὰρ τὸ φανερούμενον φῶς ἐστίν, *porque todo es manifestado por la luz*. En cierta medida la luz que pone en evidencia y denuncia esas obras de las tinieblas no es otro que Jesús mismo, como más adelante se expresa directamente (v. 14b). El verbo *manifestar*³¹ expresa la idea no solo de sacar a la luz, sino de hacer que

³¹ Griego: φανερόω.

algo sea manifiesto. Quiere decir esto que la luminosidad de los cristianos, establecida en la luz de Cristo en ellos, no solo *pone de manifiesto*, sino que es revelación directa de la condición de los impíos en sentido pleno. En esa labor, no sólo la vida de los cristianos sirve para que las obras infructuosas de las tinieblas salgan a la luz, sino que los mismos incrédulos son convencidos y conducidos a la luz que es Cristo. Esta es la acción del testimonio silencioso de los cristianos que conducen a muchos a la luz como expresión de la evangelización encomendada por Cristo. Las obras de las tinieblas quedan en evidencia frente a la luz de una vida santa. Ocurrió así con la vida de Cristo (Jn. 3:19). La presencia luminosa de la vida de Jesús resplandecía en las tinieblas, siendo rechazado por quienes amaban un modo perverso de vida, pero siendo iluminación que condujo a la luz a los que creyeron. Así debe ser también la vida de los creyentes. El creyente tiene el privilegio y la responsabilidad de vivir una vida luminosa y transparente (1 P. 4:1-3). La vida cristiana consecuente es un obstáculo para los perversos (1 P. 4:4b). Las tinieblas ocultan las tremendas realidades del pecado; la vida de testimonio las pone al descubierto. El cristiano debe estar dispuesto a pagar el precio de una vida santa (2 Ti. 3:12).

14. Por lo cual dice:

**Despiértate, tú que duermes,
Y levántate de los muertos,
Y te alumbrará Cristo.**

διὸ λέγει·
Por lo cual dice:
ἐγείρε, ὁ καθεύδων,
Levántate el que duerme
καὶ ἀνάστα ἐκ τῶν νεκρῶν,
y ponte en pie de entre los muertos
καὶ ἐπιφάνησιν¹ σοι ὁ Χριστός.
Y alumbrará a ti - Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἐπιφάνησιν σοι ὁ Χριστός, *alumbrará a ti Cristo*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, A, B, D², F, G, Ψ, 048, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L, P] *lect* it^{ar, f, g, mon, o}, vg, syr^{p, h, pal}, cop^{sa, bo}, arm, eth, geo, slab, Marción^{según Epifanio}, Clemente, Maassenos^{según Hipólito}, Hipólito, Orígenes, Orígenes^{dub}, Josipo, Atanasio, Dídimo, Epifanio, Crisóstomo, Marcos Eremita, Teodoro^{lat}, Cirilo, Ambrosio, Jerónimo, Pelagio, Agustín, Quodvultdeus, Varimadum.

ἐπιφάσει τοῦ Χριστοῦ, *alumbrará Cristo*, lectura en D*, it^{b, d}, Orígenes^{lat}, mss^{según} Crisóstomo y Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Latin mss^{según} Jerónimo, Paulino-Nola, Agustín.

Reforzando la exhortación apela a un escrito que traslada con: διό, conjunción *por eso, por esa razón*, se usa para coordinar lo que sigue con lo que precede; λέγει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *hablar, decir*, aquí *dice*: ἔγειρε, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἐγείρω, *levantar, despertar, sacar, quitar, resucitar, levantarse*, aquí *levántate*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; καθεύδων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo καθεύδω, *dormir*, aquí *que duerme*; καί, conjunción copulativa *y*; ἀνάστα, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἀνίστημι, *levantarse*, aquí *levántate*; ἐκ, preposición propia de genitivo *de*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; νεκρῶν, caso genitivo masculino plural del sustantivo que denota *muertos*; καί, conjunción copulativa *y*; ἐπιφάσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo ἐπιφάσκω, *iluminar, alumbrar, resplandecer*, aquí *alumbrará*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal declinado *a ti*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστός, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

El apóstol usa una cláusula con la expresión vinculante διὸ λέγει, “*por lo cual dice*”, que ya usó antes (4:8) para introducir una cita que es difícil precisar de donde la toma: ἔγειρε, ὁ καθεύδων, καὶ ἀνάστα ἐκ τῶν νεκρῶν, καὶ ἐπιφάσει σοι ὁ Χριστός, “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*”. Algunos de los antiguos como Hipólito, consideraba que se trataba de una combinación de pasajes del Antiguo Testamento, Is. 60:1ss; 26:19, 21 y 51:17. Pero, es difícil encontrar una construcción basada en esas combinaciones. Esto llevó a considerarse como una cita apócrifa introducida en el contexto de la *Carta*. Ante la dificultad, algunos padres de la Iglesia, entre ellos Severiano de Gabala, pensaron que se trataba de un himno de la iglesia primitiva. La posición sobre el origen de la cita es diferente según los intérpretes. Hay quienes defienden que se trata de la traslación de un texto de Isaías (Is. 60:1). Este es el pensamiento, entre otros, de Hendriksen, que escribe:

“No existe buena razón para interpretar ‘(el) dice’ en forma distinta a 4:8; de ahí que debe ser, ‘Dios dice’, puesto que el apóstol obviamente considera estas palabras como inspiradas. ¿De donde provienen? Entre las muchas respuestas las dos más conocidas son: a) Is. 60:1 (y tal vez ciertos pasajes algo semejantes como, Is. 9:2; 26:19; 52:1); b) un antiguo himno cristiano. En cuanto a la primera, favorecida por Calvino, Findlay, Hodge, y otros, parece que hoy tiene a ser abandonada de inmediato al considerar la observación de que no hay, o hay muy poca semejanza entre Ef. 5:14 e Is. 60:1.

En lo que a mi concierne, cuanto más estudio Is. 60:1 a la luz de su propio contexto tanto más comienzo a ver ciertas semejanzas. Tal vez sería de utilidad colocar los dos pasajes uno al lado del otro:

Isaías 60:1
Levántate, resplandece;
Porque ha venido tu luz,
Y la gloria de Jehová ha nacido
sobre ti.

Efesios 5:14
Despiértate, tú que duermes,
Y levántate de entre los muertos,
Y Cristo resplandecerá sobre ti

1. En el contexto del pasaje de Isaías a la hija de Sion se la representa como abandonada, su tierra desolada (Is. 62:4). Leemos acerca de cautivos y prisioneros (Is. 61:1). También el pasaje de Efesios presupone una condición de miseria, el sueño de la muerte que ha o había descendido sobre los lectores.

2. En ambos pasajes se les manda a los que se describen como yacentes en sueño o muerte que se levanten (cf. Ro. 13:11; 1 Ts. 5:6).

3. En los dos casos los exhortados reciben aliento.

4. La esencia de este aliento es la mira en ambos casos, vale decir, que se otorgará luz al que hasta este momento ha estado en tinieblas.

5. En Isaías El que imparte esa luz es Jehová, e un contexto que Jesús interpretó como referencia a Él mismo (cf. Is. 61:1, 2a con Lc. 4:16-21). En Efesios el que resplandece sobre el que antes se hallaba en miseria es Cristo.

6. En Isaías 40-66 la liberación de la cautividad babilónica mediante Cristo, ungido de Jehová (véase especialmente cap. 40-48) parece ser símbolo de la liberación de la cautividad espiritual mediante el Siervo de Jehová ungido gloriosamente (véase especialmente cap. 49-59). Los cap. 58-66, en los cuales ocurre 60:1, hablan de la gloria de la Sión redimida. No es imposible, por tanto, que la iglesia primitiva de la nueva dispensación viera a Cristo en este pasaje (Is. 60:1) como Aquel que hace que la luz de la salvación resplandezca sobre los que se levantan de su mortal sueño de pecado. Si a Jesús le fue posible interpretar el pasaje del capítulo 61 como una referencia a Sí mismo, como ya se ha indicado, ¿por qué habría de considerarse imposible explicar o al menos aplicar un pasaje del capítulo inmediatamente precedente similarmente?

Mi propia convicción es, por tanto, que la teoría de acuerdo a la cual, sea directa o indirectamente, el pasaje de Efesios en cuestión tiene su base en Is. 60:1 no debe ser tan rápidamente descartada como asunto ya definido. Puede que no haya suficiente razón para considerar totalmente establecida entre estos dos pasajes pero no existe ciertamente base alguna para rechazar aun la posibilidad de tal conexión”³².

³² G. Hendriksen. o.c., pág. 256s.

En la iglesia antigua algunos consideraron también que estas palabras, que no se encuentran en ningún lugar de la Escritura, pudieron haber sido introducidas de este modo por Pablo en un modo de profecía, hablando por su cuenta al estilo de los profetas de la antigüedad. Sin embargo, Teodoreto habla ya de un salmo de la antigua iglesia. Aun otros consideran que pudiera tratarse más bien de una sentencia del culto más que de un himno. Frente a las dificultades que llevan a establecer la procedencia de la frase, debemos llegar a la conclusión que fuese tomada de donde fuese, es inspirada plenariamente por cuanto las palabras todas de la *Carta*, son inspiradas por Dios.

Por su contenido, la segunda parte del versículo es un llamamiento para despertar y alentar a los desanimados. El texto entraña también cierta dificultad porque, en principio, parece que debiera aplicarse a inconversos que duermen entre los muertos y son llamados a acudir a Cristo para recibir luz, que equivale a vida. Pero, el pasaje está dirigido a creyentes, por lo que sería difícil que Pablo estuviera pensando en otro grupo. Algunos autores consideran que es un llamamiento a los impíos que se describen en el pasaje por sus obras. Debe ser considerado como un llamado a los creyentes para que vivan vidas consecuentes con su condición. Despertar para volver a una nueva esfera de plena comunión. El ministerio de enseñanza que *redarguye* hace efecto en quienes viven en una esfera de indiferencia frente al pecado. Nótese que no se habla de *resucitar*, sino de *despertar*, que es más bien cuestión de conciencia que de regeneración. Levantarse de los muertos aquí es literalmente *de entre* los muertos. La preposición de genitivo traducida por *de*, implica aquí un salir de entre los muertos, lo que exige dejar el modo de vida propio de los que están espiritualmente muertos. Algo semejante se aprecia en el escrito a los corintios (2 Co. 6:17). Al levantarse de entre los muertos sigue la disposición de seguir a Cristo, de modo que el seguidor de Jesús vive bajo la influencia de Su luz (Jn. 8:12). Esa sería, muy gráficamente, la experiencia del pródigo (Lc. 15:11ss). Despertó a la realidad de su estado (v. 17); se levantó para retornar al Padre (v. 18); gozó de la luz de la comunión y bendiciones renovadas en la casa del Padre (vv. 22-24).

La demanda a una vida en sabiduría (5:15-17).

15. Mirad, pues, con diligencia como andéis, no como necios sino como sabios.

Βλέπετε οὖν¹ ἀκριβῶς πῶς περιπατεῖτε, μὴ ὡς ἄσοφοι ἀλλ' ὡς σοφοί,
Mirad, pues, con esmero como andáis, no como necios sino como sabios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ οὖν ἀκριβῶς πῶς, *pues, con esmero como*, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ***, B, 0150, 33, 81, 104, 436, 459, 1175, 1241, 1739, 1962, **cop**^{sa}, slav, Orígenes^{lem}, Crisóstomo^{lem}.

οὖν πῶς ἀκριβῶς, *pues, como con esmero*, según aparece en D, F, G, Ψ, 075, 6, 256, 263, 365, 424, 1319, 1573, 1952, 1881, 1912, 2127, 2200, Biz [K, L, P] *Lec* it^{b, f, g, mon}, vg^{mss}, syr^{p, h, pal}, Basilio, Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiater, Lucifer, Jerónimo.

οὖν, ἀδελφοί, πῶς ἀκριβῶς, *pues, hermanos, como con esmero*, lectura en **κ**², A, 2464, it^{ar, o}, vg, **cop**^{bo/mss}, Pelagio.

El versículo introduce un nuevo párrafo con una llamada de atención mediante βλέπετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo βλέπω, *mirar, fijarse, prestar atención, tener cuidado*, aquí como *mirad*; οὖν, conjunción continuativa *pues*; ἀκριβῶς, adverbio, que significa *con exactitud, con precisión*, de ahí *diligencia*; πῶς, partícula interrogativa adverbial, que realmente es un pronombre interrogativo *como, de que manera, por qué medio*; περιπατεῖτε, segunda persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo περιπατέω, *andar*, aquí *andáis*; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἄσοφοι, caso nominativo masculino plural del adjetivo *necios, insensatos*; ἀλλ' forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλὰ que significa *pero, sino*; ὥς adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; σοφοί, caso nominativo masculino plural del adjetivo *sabios, expertos*.

Con el versículo se entra en un nuevo párrafo, que va a servir de transición para la sección que trata de los deberes sociales, especialmente en la familia. El propósito parenético del párrafo consiste en llamar la atención al lector sobre todo aquello que tiene que ver con la voluntad del Señor, indicando también el modo de alcanzarlo.

Βλέπετε οὖν ἀκριβῶς πῶς περιπατεῖτε. La advertencia comienza con una llamada a prestar atención diligente, para lo que usa, como es propio en el griego, el verbo *mirar*³³, que adquiere rango incluso de expresión admirativa ¡*mirad!* Los cristianos son llamados a vivir en la luz, de modo que el apóstol procura que éstos presten atención sobre el modo de desarrollar la vida en la luz. Una enfática conjunción continuativa *pues*³⁴, sirve de enlace entre la llamada a prestar atención y lo que sigue, que es también una admonición a prestar atención ἀκριβῶς, *con diligencia*, como pone de manifiesto el uso del adverbio³⁵, que significa literalmente *con exactitud, con precisión*, de ahí el

³³ Griego: βλέπω.

³⁴ Griego: οὖν.

³⁵ Griego: ἀκριβῶς.

sentido de diligencia. Esa vida en la luz está amenazada continuamente, desde adentro por la vieja naturaleza que desea vivir en la carne y por tanto producir obras infructuosas propias de las tinieblas (v. 11); pero, también está amenazada desde afuera, por lo que es el mundo con su poder de seducción. Tal situación necesita una atención preferente, un *mirar* con *diligencia*.

Μὴ ὡς ἄσοφοι ἀλλ' ὡς σοφοί. Esta observación atenta sobre la conducta cotidiana establece una decantación en dos parámetros: la necedad y la sabiduría. Las riquezas de la gracia de Dios sobreabundaron para los creyentes, comunicándoles la sabiduría y el entendimiento (1:8). Además el apóstol intercedió antes por los creyentes para que se les diese *espíritu de sabiduría* (1:17). Tal sabiduría y entendimiento les permite un correcto examen en relación con su modo de vivir. Sin la aplicación de la sabiduría recibida de Dios al control de la vida cristiana, ésta se convierte en un estilo *necio*, *insensato*, como expresa el adjetivo³⁶ que aparece en el texto griego. En ese sentido la sabiduría no es un conjunto de conocimientos, sino una conducta ante Dios. La necedad, como antónimo de sabiduría, no es la ausencia de conocimiento, sino una actitud o comportamiento equivocado en relación con Dios.

Cristo se reveló como el *portento* -que es el sentido en el griego- y *saber* de Dios (1 Co. 1:24). El pensamiento del necio rechaza la sabiduría de Dios (1 Co. 1:23). La verdadera sabiduría es ajustarse al pensamiento divino (1 Co. 2:2). Esto implica una sumisión a la voluntad de Dios en total obediencia. Cualquiera que no se somete incondicionalmente a la voluntad de Dios desde la base de una absoluta entrega, se muestra como un *necio*, en el sentido bíblico de la palabra. La necedad es el rechazo de Dios y la autoexaltación del hombre (Ro. 1:18ss; 1 Co. 1:21).

16. Aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos.

ἐξαγοραζόμενοι τὸν καιρὸν, ὅτι αἱ ἡμέραι πονηραὶ εἰσιν.
Redimiendo el tiempo, porque los días malos son.

Notas y análisis del texto griego.

Continúa sin interrupción: ἐξαγοραζόμενοι, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz media del verbo ἐξαγοράζω, *redimir, rescatar liberar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; καιρὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἡμέραι, caso nominativo femenino plural del sustantivo *días*; πονηραὶ, caso nominativo femenino plural del adjetivo *malos, malignos, malvados*,

³⁶ Griego: ἄσοφος, de σοφος, *sabio*, con α privativa *no sabio*.

peligrosos; εἰσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *son*.

Ἐξαγοραζόμενοι τὸν καιρόν. Pablo exhorta a que los creyentes aprovechen el tiempo para una forma de vida sabia delante de Dios. De ahí que cada creyente deba *redimir* -como literalmente se lee en el griego- al usar un verbo³⁷ que tiene el sentido de *comprar* el tiempo, *rescatándolo* del entorno del mal en que los impíos lo utilizan. En ese sentido se pone delante de los creyentes el buen uso del tiempo, sacándolo del contexto en que se utiliza para aprovecharlo para vivir en él una vida luminosa. La idea es muy ilustrativa, como si el tiempo estuviera a la venta en el mercado y el creyente lo compra para ponerlo a su servicio en una vida conforme a la voluntad de Dios. La misma expresión aparece en Colosenses (Col. 4:5).

Para los impíos, que no viven en sabiduría sino en necesidad, Ἐξαγοραζόμενοι τὸν καιρόν, “*aprovechar bien el tiempo*”, sería algo así como aprovechar cualquier ocasión para practicar el pecado en egoísmo propio. Para el creyente que vive sabiamente, el tiempo ha de ser utilizado para hacer el bien, en una vida de santificación que es del agrado de Dios. Usar el tiempo en este último sentido es perderlo definitivamente, es decir, sin nada de provecho que pueda encontrarse en él. Muy ilustrativo para entender este sentido es la enseñanza de Jesús: “*El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará*” (Mt. 10:39). Jesús establece aquí una aparente contradicción. La expresión *hallar su vida*, puede ser equivalente a *hallarse a sí mismo*, de ahí la posibilidad de intercambiar los dos conceptos en este pasaje. Es notable observar el énfasis marcado en el pronombre personal *mí*, que como contraste al *mí* de Cristo está el *yo* del hombre, expresado en su forma de vida. Sólo se puede *ganar* la vida según el mundo cuando se renuncia a Cristo. Por eso el Señor dice que todo aquel que *halla*, es decir, gana la vida conforme al pensamiento del mundo la pierde para Dios. Por el contrario quien *pierde* la vida conforme al criterio del mundo la gana para Dios. Perder la vida equivale a *tomar la cruz*, y seguir al Crucificado en la senda que trazó para sus discípulos. Estos que pierden la vida la recuperan para vida eterna.

Lo que se trata aquí es de Ἐξαγοραζόμενοι, *redimir*, literalmente *redimiendo*, esto es, aprovechar sabiamente el tiempo para vivir en él conforme a la voluntad de Dios. El término *tiempo*³⁸ se refiere a una época y que aquí está incluida en la idea de “*los últimos tiempos*”, que se refiere a la época actual. El creyente está en una admirable época, en la que se manifiesta de forma especial la gracia divina (2 Co. 6:2). Incluye esta época hasta el tiempo del fin como

³⁷ Griego ἔξαγοράζω.

³⁸ Griego: καιρός.

tiempo de Dios (cf. 1 Co. 4:5; 2 Ts. 2:6; 1 Ti. 6:15). Este tiempo es también un tiempo de decisión para el actuar cristiano (Ro. 13:11) Es el tiempo en que oferta de salvación por parte de Dios se hace con intensidad (2 Co. 6:2). Esta época pone de manifiesto un bien que pasa y que no es posible recuperar. Cada día Dios presenta oportunidades de hacer bien, y mostrar a todos en nuestra vida, la realidad de ser hijos de la luz. El tiempo es, por tanto, un tesoro que tiene que ser bien utilizado. Pablo está enseñando que el creyente debe ordenar bien la vida, aprovechando toda oportunidad para el testimonio. Aprovechar bien el tiempo es *apoderarse* de la oportunidad para hacer el bien.

La razón para ese diligente aprovechamiento del tiempo es ὅτι αἱ ἡμέραι πονηραὶ εἰσιν “*porque los días son malos*”. Los días de la época, que miden el paso del tiempo, están bajo el poder de Satanás (1 Jn. 5:19). No sólo el tiempo de Pablo, sino también el actual. Los días están gobernados por el mal, porque discurren, para el mundo bajo el control del maligno. Esos días son malos, no porque lo sean en sí mismos, sino por la actuación en ellos del *maligno*³⁹, el *diablo*, unido a la acción de quienes son sus huestes los *espíritus del mal*⁴⁰. Son los días del reino de las tinieblas, controlados por el dios de este siglo. Las ocasiones para hacer el bien están siempre por debajo de las ocasiones para pecar, que pueden aparecer cada día, por lo que aquéllas han de ser aprovechadas. El tiempo ha de ser bien usado porque no siempre durará (Sal. 90:12). Nadie puede *estirar* el tiempo, pero todos podemos utilizarlo sacándole el máximo provecho. Pablo está enseñando al creyente el uso disciplinado del tiempo. El creyente como siervo de Dios, tendrá que dar cuenta de la administración sabia del tiempo que Dios le ha entregado.

17. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.

διὰ τοῦτο μὴ γίνεσθε ἄφρονες, ἀλλὰ συνίετε τί τὸ θέλημα τοῦ Κυρίου.
 Por esto no os hagáis insensatos sino entendid cual la voluntad del Señor.

Notas y análisis del texto griego.

El apóstol alcanza una conclusión cuando escribe: διὰ, preposición de acusativo *por medio, a causa, a través de, por*; τοῦτο, acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; μὴ, partícula de negación que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*; γίνεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse*, aquí como *os*

³⁹ Griego: πονερός.

⁴⁰ Griego: πνευματικὰ τῆς πονηρίας.

hagáis; ἄφρονες, caso nominativo masculino plural del adjetivo *insensatos, necios*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino, pero*; συνίετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo συνίημι, *entender, comprender*, aquí *entended*; τί, caso nominativo neutro singular del pronombre interrogativo *cual*; τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; θέλημα, caso nominativo neutro singular del sustantivo que denota *voluntad, designio, arbitrio*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del título divino *Señor*.

El secreto para utilizar bien el tiempo está en conocer continuamente cual es la voluntad del Señor. Esta voluntad del Señor está expresada en *lo bueno, lo agradable y lo perfecto* (Ro. 12:2), en todo momento y en toda situación. Para aprovechar bien el tiempo es necesario entender las exigencias concretas para el tiempo actual que Dios demanda, en medio del tiempo cuyos días son malos. Al entender cual es la voluntad de Dios, el cristiano actúa en sabiduría. Esa es la razón por la que escribe: διὰ τοῦτο μὴ γίνεσθε ἄφρονες, *por eso, no os hagáis insensatos*.

El insensato pregunta continuamente sobre cuál es la voluntad de Dios para su vida. Hay incluso creyentes que se detienen en el obrar en medio de los días malos, porque supuestamente para ellos no está clara cual sea la voluntad de Dios para su vida, poniendo ese aparente desconocimiento como justificación para su inactividad. Es preciso conocer la voluntad de Dios porque esa es la verdadera sabiduría: ἀλλὰ συνίετε τί τὸ θέλημα τοῦ Κυρίου, *sino entended cual la voluntad del Señor*. La voluntad personal o voluntad propia en relación con el aprovechamiento correcto del tiempo, es necesidad. Cristo enseña y da ejemplo de la importancia de la voluntad de Dios, estableciéndola como elemento básico en la oración: “...hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt. 6:10). Es el deseo natural en el creyente de que todo se sujete a la voluntad de Dios sin resistencia. Este fue el modo de la oración del Señor Jesús en la angustia de Getsemaní (Mt. 26:42; Lc. 22:42). Es la expresión que pone de manifiesto el deseo de que se produzca una obediencia total y no sólo parcial a los deseos de Dios. La petición pone de manifiesto la misma disposición de obediencia por parte de quien ora. Es el ruego también para quienes son hermanos en la fe, de modo que todos los creyentes, hijos de Dios por adopción en Cristo, se dejen gobernar por Dios sin reserva alguna. De otro modo, la petición tiene que ver con el deseo de que la tierra se parezca cada vez más al cielo, donde Dios es obedecido sin ninguna resistencia, ni reserva, en modo gozoso y voluntario. Pedir por obediencia, es decir, para hacer la voluntad de Dios compromete al que ora. El creyente es hijo de obediencia. Cuando pide para que la voluntad de Dios se haga en la tierra del mismo modo que en el cielo, está aceptando voluntariamente una posición de completa obediencia. Lo que pide a Dios que haga en todos, lo hará

primeramente en él mismo. Quien no está dispuesto a obedecer a Dios, no puede, salvo una hipócrita manifestación de piedad, ser desobediente. Una petición continuada para que Dios sea obedecido en el mundo como lo es en el cielo, haría vidas más obedientes en aquellos que presentan ante Él esa oración. Es, sin duda, una de las peticiones menos escuchadas en las oraciones de los creyentes y, posiblemente sea esa una de las razones por las que no se manifiesta obediencia en cada momento de la vida cristiana. La voluntad de Dios fue prioritaria en la vida de Jesús (Jn. 4:34), y la deseó incluso con angustia (Lc. 22:42).

En relación con la vida de santificación, la voluntad de Dios está claramente expresada en la Escritura. Su voluntad es que el creyente viva en continua gratitud (1 Ts. 5:18). Su voluntad es que el creyente viva en docilidad (He. 13:20, 21). Su voluntad es la vida santa para cada creyente (1 Ts. 4:3). No hay disculpa para no vivir redimiendo el tiempo conociendo la voluntad de Dios, porque es manifestada para cada uno de los creyentes. A la luz del contexto vivir en la voluntad de Dios es mostrar por medio de vidas luminosas el poder y la gloria de Dios que transforma al salvo, exponiendo mediante la luminosidad personal como consecuencia de la luz de Dios en cada cristiano, la maldad de aquellos que no son de Él.

La vida en la plenitud del Espíritu (5:18-6:2).

Gozo y oración (5:18-20).

18. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, antes bien sed llenos del Espíritu.

καὶ μὴ μεθύσκεσθε οἴνῳ, ἐν ᾧ ἐστὶν ἀσωτία, ἀλλὰ πληροῦσθε ἐν
 Y no os embriaguéis con vino en lo que hay desenfreno, sino sed llenos por
 Πνεύματι,
 Espíritu.

Notas y análisis del texto griego.

En el inicio de un nuevo párrafo, el escritor establece la vinculación con lo que antecede mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa y; μὴ, partícula de negación que hace las funciones de adverbio de negación condicional *no*; μεθύσκεσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo μεθύσκω, que en voz pasiva equivale a *emborracharse, embriagarse, beber en demasía*, aquí *embriaguéis*; οἴνῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo declinado *con vino*; ἐν, preposición de dativo *en*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *lo que*, o *lo cual*; ἐστὶν, tercera persona de singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser, estar, haber*, aquí *hay*; ἀσωτία, caso nominativo femenino singular del

sustantivo que denota *libertinaje, desenfreno*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino, pero*; πληροῦσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo πληρόω, *llenar, rellenar, cumplir, completar*, aquí *sed llenos*; ἐν, preposición de dativo *por*; Πνεύματι, caso dativo neutro singular del nombre propio *Espíritu*.

Entramos en un extraordinario párrafo de enorme importancia en la *Carta*, en el que Pablo aborda la forma de conseguir una vida como corresponde a los hijos de luz. La dimensión de esa vida no es posible alcanzarla por determinación y esfuerzo personal. Dios ha determinado que los hijos suyos sean hechos conformes a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29), cuya imagen es la expresión visible de la condición moral de Jesús. Tal conformación sólo es posible mediante la acción del Espíritu Santo. Será necesario precisar o puntualizar la enseñanza del versículo para poder acceder a las consecuencias que ello produce expresadas en los que siguen.

Καὶ μὴ μεθύσκεσθε οἴνῳ, ἐν ᾧ ἐστὶν ἄσωτία, ἀλλὰ πληροῦσθε ἐν Πνεύματι. El apóstol introduce la verdad de una vida en la plenitud del Espíritu, mediante un contraste notable: una persona llena de vino o llena del Espíritu. La idea fundamental está en el control de algo sobre alguien, o mejor, aquí de Alguien sobre alguien. Una persona embriagada, literalmente *llena de vino*, está controlada por el alcohol y no es dueño de sus propias acciones. Es creyente *lleno del Espíritu* es controlado y dirigido plenamente por Él. Las acciones bajo la acción del Espíritu no son actos fuera del control del creyente, sino actividades plenamente comprendidas por él y hechas bajo el impulso del Espíritu.

La primera cuestión es determinar si Pablo establece uno o dos mandamientos, es decir, si lo que pretende es contraponer la embriaguez, como control de alguien por el vino para referirse a la consecuencia que produce la plenitud del Espíritu ejerciendo control sobre el que está lleno de Él, o más bien se trata de aprobar lo que produce la vida cristiana, aprovechando para denunciar una acción propia de quienes viven en las tinieblas y practican las acciones pecaminosas propias de ellas. Ambas cosas son posibles aquí. Debe recordarse que el problema de ingerir vino en exceso y la plenitud del Espíritu son contrastes que se producían en algunos creyentes de las iglesias del tiempo de Pablo. El apóstol tenía presente una situación en la que eran posibles ambas cosas: embriagarse o llenarse del Espíritu. En el contexto eclesial de entonces había reuniones que se llamaban *ágapes*, en las que “*cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga*” (1 Co. 11:21). En aquellas reuniones no había amistad y comunión cristianas al no esperarse unos a otros para iniciar juntos la comida fraternal (1 Co. 11:33). Las divisiones se aprecian en el egoísmo de comer cada uno “*su propia cena*”, la que habían traído cada uno para sí, sin compartir con quienes no tenían y quedaban con

hambre, hermanos pobres, tal vez esclavos, que no podía traer nada y que cuando llegaban, ya habían terminado de cenar los que habían traído abundancia de provisiones, mientras ellos quedaban hambrientos. Habían convertido en una mera apariencia de comunión, lo que era todo lo contrario. Pero, había quienes comían y bebían en exceso. Sin duda lo que se está prohibiendo es el abuso del vino, pero no el uso (1 Ti. 5:23). El mandamiento de Pablo es claro: μή μεθύσκεσθε οἴνω, ἐν ᾧ ἐστὶν ἀσωτία, “no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución”. La razón para no embriagarse es que se trata de una acción disoluta, propia de las tinieblas pero absolutamente impropia para un hijo de luz. Es más, quien está incurso en una situación de embriaguez como algo habitual no debe estar en la comunión de la iglesia: “Mas bien os escribí que no es juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere...borracho...con el tal ni aún comáis” (1 Co. 5:11).

Ahora bien, el objetivo del apóstol no es denunciar o prohibir la ebriedad, sino avanzar a lo que es la plenitud absoluta conforme a la voluntad de Dios, para la vida cristiana. La ebriedad, como modo de *disolución*, es una de las características propias de la vida de los que están en tinieblas. La vida para aquellos se desarrollaba en una esfera de vicio y corrupción entre cuyas prácticas estaba el embriagarse. El apóstol está desarrollando una enseñanza sobre la gloriosa vida en Cristo bajo el poder del Espíritu, no como alternativa a la vieja y corrupta vida de los gentiles, sino como expresión única del ser cristiano. Para una mayor comprensión de lo que quiere decir, establece la similitud entre ambos estilos de vida contrastando la esfera de control ejercida sobre el hombre, bien por el vino o bien por el Espíritu. El apóstol introduce desde aquí algunas de las manifestaciones que son posibles sólo en la conducción del Espíritu y que ponen de manifiesto en forma visible el contraste que no sólo hace diferente la vida en el Espíritu de la que actúa en la vieja naturaleza, sino que pone de manifiesto que la vida cristiana es *contraria*, por principio de vida, a la propia del no regenerado. Esto lo va a mostrar por medio de un contraste que establece entre lo que supone para un hombre estar *embriagado*, o como traducen otros *lleno de vino*, y el estar lleno del Espíritu.

Con todo, hace una afirmación manifiesta en relación con el pecado de la embriaguez. Pablo dice que el exceso en el vino que conduce a ebriedad, es una manifestación pecaminosa de ἀσωτία, *disolución*, o *desenfreno*. Es interesante apreciar que esta palabra es la misma que Lucas usa para referirse al estado espiritual a que llegó el hijo pródigo que vivió perdidamente (Lc. 15:13). El apóstol está enfatizando, por contraste, en una vida ordenada, sabia, que redime el tiempo, a la que apeló antes (vv. 15-16). El énfasis en la vida en el Espíritu, no es de negativismo, en la que *no se pueden hacer cosas*, sino en una vida positiva en la que se alcanza la verdadera libertad, en una vida no controlada

por pasiones y vicios, sino libremente establecida en conformidad con la voluntad de Dios.

A la prohibición de no vivir en disolución bajo el control del alcohol, sigue el mandamiento positivo en relación con el Espíritu: ἀλλὰ πληροῦσθε ἐν Πνεύματι, “sino sed llenos del Espíritu” o también “dejaos llenar por el Espíritu”. Debe apreciarse en primer lugar que no se trata de una opción de vida, sino de un mandamiento que debe ser obedecido. El verbo aparece en imperativo⁴¹, lo que enseña que la plenitud del Espíritu es posible, sino el mandamiento carecería de sentido.

Un error común es entender que la *plenitud del Espíritu* está vinculada con la manifestación de dones especiales, yo diría, “espectaculares” o como algunos llaman *dones carismáticos*, referidos especialmente a *sanidades, milagros y lenguas* (1 Co. 12:9, 10), todos los cuales no están *operativos* hoy en la dimensión en que estaban en tiempos apostólicos. La plenitud del Espíritu no presupone una mayor abundancia de dones en el creyente. Primeramente porque los dones son dados soberanamente y no en razón a méritos personales (1 Co. 12:11). En segundo lugar porque la espiritualidad o carnalidad no están en relación con los dones otorgados. Sirva de ejemplo la iglesia en Corinto en donde todos tenían abundancia de dones y Pablo los llama carnales (1 Co. 3:1, 4). La *plenitud del Espíritu* no es Su venida, es decir, un nuevo descenso, porque tal descenso ha tenido lugar una sola vez para siempre en relación con la Iglesia y los creyentes (Hch. 2:2-4). Sin el descenso del Espíritu no sería posible la Iglesia, porque no podría haber un cuerpo en Cristo (1 Co. 12:13). El creyente no debe pedir, bien en oración o en el canto, que *venga el Espíritu*, porque ya vino. La *plenitud del Espíritu* tampoco es el bautismo del Espíritu Santo. Esa fue una acción divina hecha una sola vez en la vida del cristiano (1 Co. 12:13), por tanto, no hay repetición del bautismo. De igual manera la *plenitud del Espíritu* no es la morada del Espíritu. El Espíritu mora en todo creyente desde el día que creyó (1 Co. 3:16; 6:19). Quien no tiene el Espíritu de Cristo no es salvo (Ro. 8:9). Los apóstatas no tienen el Espíritu, por tanto, se vuelven atrás (Jud. 19). El Espíritu no se retira jamás del creyente una vez que ha venido a él y ha hecho morada en él (Jn. 14:16). Ningún pecado que el creyente pueda cometer acarrea la pérdida del Espíritu Santo. Si eso pudiera ocurrir, se podría perder la salvación. Algunos textos de la carta a los Hebreos son usados incorrectamente para enseñar la posibilidad de la pérdida de salvación (cf. He. 2:1-4; 6:4-8; 10:26-31). Finalmente, la *plenitud del Espíritu* no es el sello del Espíritu. Sobre este aspecto se consideró antes (1:13).

⁴¹ Griego: πληροῦσθε.

La *plenitud del Espíritu* es la acción que ejerce en aquel que no la impide ni la limita, de otro modo, es el hecho de ser controlado total y absolutamente por el Espíritu (v. 18). El Espíritu viene a controlar plenamente al creyente, tomando posesión absoluta de todo cuanto es, conduciéndolo conforme a Su voluntad, y produciendo en él Su fruto sin limitaciones. Una característica notable es la reiteración de esta manifestación. La *plenitud* ocurre varias veces en la experiencia cristiana, de modo que quienes fueron llenados del Espíritu lo son nuevamente en otras ocasiones (Hch. 2:4; 4:31). Ésta es una de las grandes bendiciones, ya que si no fuera repetible, el creyente, a causa de la vieja naturaleza y del pecado que se comete en mayor o menor dimensión, no estaría lleno por mucho tiempo. La plenitud del Espíritu puede o no ser acompañada de manifestaciones externas de gozo y alabanza, pero, en ocasiones la plenitud se manifiesta en la admirable paz y tranquilidad que produce la presencia de Dios en plenitud en el creyente. Entender que deben manifestarse acciones espectaculares como consecuencia de la plenitud es someter la voluntad operativa de Dios a la voluntad del hombre. La plenitud es la forma propia que Dios establece para la vida cristiana y no debiera ser una excepción, sino la condición natural de la nueva vida en Cristo. Impedir la acción del Espíritu, que es igual a impedir la plenitud es pecado, por cuanto se trata de quebrantar el mandamiento: πληροῦσθε, “*sed llenos*”.

Las condiciones para ser llenos del Espíritu comienza por “*no apagar*” el Espíritu (1 Ts. 5:19). Allí el verbo está también en modo imperativo y significa: “*dejad ya de apagar al Espíritu*”. Apagar es resistirle, es decir, todo lo contrario a una vida rendida totalmente a Él (Ro. 12:1). Una segunda condición es “*no contristar al Espíritu*” (4:30), que se consideró en su lugar, recordando simplemente que el Espíritu se contrista cuando hay pecado sin confesar. A las dos condiciones negativas sigue una positiva: “*andad en el Espíritu*” (Gá. 5:16). Ese *andar* significa una vida de plena dependencia de Dios en perfecta sujeción al Espíritu. Es imprescindible, ya que las demandas de la vida cristiana son superiores a las fuerzas del creyente. Este entregarse sin condiciones ni limitaciones al control del Espíritu es imprescindible también para la victoria sobre la carne (Gá. 5:16).

Debido a que el texto, especialmente esta segunda parte, ha causado y causa cierto conflicto en la interpretación que algunos le dan, conviene hacer una aproximación más extensa. En algunos pasajes del Antiguo Testamento e incluso en los evangelios se hace referencia a personas que fueron *llenas* del Espíritu para cumplir alguna misión especial. Tal fue el caso de Bezaleel de quien se dice que fue llenado del Espíritu para darle capacidades excepcionales a fin de que pudiera trabajar en la construcción de elementos del mobiliario del tabernáculo (Ex. 31:3). Igualmente se dice de Juan el Bautista que sería lleno del Espíritu desde el vientre de su madre, lo que sin duda le permitiría llevar a

cabo el ministerio profético para el que había sido llamado (Lc. 1:17). Lo mismo ocurre con Elisabet que al ser llena del Espíritu exclamó a gran voz verdades relativas al Mesías, gestado ya -en su humanidad- en el vientre de la Virgen María (Lc. 1:41). Lo mismo se dice de Zacarías el padre de Juan el Bautista, que fue lleno del Espíritu para que profetizase (Lc. 1:77). En todos estos casos y otros que podrían citarse, las personas fueron llenas con el Espíritu para ser capaces de llevar a cabo un determinado ministerio o una determinada función.

Una segunda forma de utilización de concepto πληροῦσθε ἐν Πνεύματι, *ser llenos del Espíritu*, tiene relación con el descenso del Espíritu en el día de Pentecostés (Hch. 2:4). En aquella ocasión, los que fueron llenos del Espíritu comenzaron a hablar en lenguas, en un acontecimiento único porque es la única vez que se dice que las dos cosas ocurrieron en el mismo momento. En aquella ocasión, el apóstol Pedro, "*lleno del Espíritu*" contestó a las insinuaciones de las gentes que no entendía que estaba ocurriendo y pronunció el primer gran mensaje del evangelio en la historia de la iglesia. Pero, quien había sido lleno del Espíritu en el día del descenso de Éste en Pentecostés, un tiempo después vuelve a serlo para responder al sumo sacerdote (Hch. 4:8). En esta ocasión se cumple, posiblemente por primera vez en la experiencia de los creyentes, la advertencia de Cristo de que no se inquietasen ni preparasen para responder en un tribunal cuando fuesen acusados, porque el Espíritu Santo les daría lo que debían decir (Mr. 13:11). Sin embargo debe entenderse que aunque el recurso potencial del Espíritu se manifiesta en ocasiones para llevar a cabo una determinada misión, la plenitud del Espíritu debiera ser lo natural y propio en la vida de cada creyente. En ese sentido se dice que Bernabé era un hombre *lleno del Espíritu* (Hch. 11:24) y, que los creyentes en medio de los conflictos y dificultades estaban *llenos del Espíritu* (Hch. 13:52). De este modo se puede entender un poco mejor lo que el apóstol establece en el mandamiento de πληροῦσθε ἐν Πνεύματι, "*sed llenos del Espíritu*", indicando con ello una acción continuada, como establece el verbo en tiempo presente, en sentido de que "*sed continuamente llenos del Espíritu*". Es necesario aquí una advertencia más: El Espíritu Santo no es una fuerza o un caudal de poder que puede llenar a una persona en la medida en que esta se despoja de lo que impide la plenitud, el Espíritu Santo es una Persona Divina, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Por tanto el ser llenos del Espíritu es permitir que esa Persona ocupe en autoridad y acceda en ella a cada una de las parte de nuestra persona ocupándola y usándola conforme a Su voluntad. Estar llenos del Espíritu equivale a estar posesionado plenamente por Él. Quiere decir esto que el propósito de Dios en relación a la plenitud es que ocurra como cosa propia y natural de quienes viven reconociendo la autoridad de su Persona y se entregan incondicionalmente a Él. Es muy necesario recordar que el creyente ha sido comprado por precio y ya no es de él y que su cuerpo es templo del Espíritu

Santo y, por tanto, su vida pertenece a Dios y no a él (1 Co. 6:19). Es solo en la plenitud del Espíritu que podrán llevarse a cabo las demandas y el testimonio que se establecerá en los siguientes versículos. La vida en la esfera de la santificación se lleva a cabo porque Dios, que mora por su Espíritu en nosotros, produce “*el querer y el hacer, por su buena voluntad*” (Fil. 2:13).

19. Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestro corazón.

λαλοῦντες ἑαυτοῖς ἐν ψαλμοῖς καὶ ὕμνοις καὶ ᾠδαῖς¹
 Hablando a vosotros mismos con salmos e himnos y cánticos
 πνευματικαῖς, ᾄδοντες καὶ ψάλλοντες τῇ καρδίᾳ ὑμῶν τῷ Κυρίῳ,
 espirituales cantando y salmodiando en el corazón de vosotros al Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ᾠδαῖς πνευματικαῖς, *cánticos espirituales*, lectura atestiguada en κ¹, D, F, G, Ψ, 048^{vid}, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lect* it^{ar, f, g, mon, o}, vg, syr^{p, h, pal}, cop^{sa, bo}, arm, geo, slav, Orígenes, Asilio^{vid}, Cirilo-Jersualén, Dídimo, Crisóstomo, Hesiquio-Jerusalén, Teodoro^{lat}, Juan Damasceno, Victorio-Roma, Jerónimo, Pelagio, Agustín.

ᾠδαῖς πνευματικαῖς ἐν χάριτι, *cánticos espirituales, con gracia*, lectura en A, Niceta.

ᾠδαῖς, *cánticos*, aparece en p⁴⁶, B, it^{b, d}, Ambrosiaster.

El llamamiento a plenitud del Espíritu se acompaña con la exhortación al gozo y la alabanza: λαλοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí *hablando*; ἑαυτοῖς, caso dativo masculino plural del pronombre reflexivo declinado *a vosotros mismos*; ἐν, preposición de dativo *con*; ψαλμοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo *salmos*; καὶ, conjunción copulativa y; ὕμνοις, caso dativo masculino plural del sustantivo *himnos*; καὶ, conjunción copulativa y; ᾠδαῖς, caso dativo femenino plural del sustantivo *cánticos*; πνευματικαῖς, caso dativo femenino plural del adjetivo *espirituales*; ᾄδοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ᾄδω, *cantar*, aquí *cantando*; καὶ, conjunción copulativa y; ψάλλοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ψάλλω, *cantar, entonar salmos, salmodiar*, aquí como *salmodiando*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; καρδίᾳ, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *corazón*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Señor*, referido a Dios.

La plenitud del Espíritu y la vida en Él, produce manifestaciones espirituales que acreditan ese modo de andar. El apóstol señala aquí una forma de hablar: λαλοῦντες ἑαυτοῖς, “*hablando entre vosotros mismos*”. No se trata de un diálogo interior reflexivo y personal sino las conversaciones entre hermanos, especialmente en el ámbito de la iglesia local. El hablar personal e íntimo se menciona por el apóstol en otro lugar, cuando alguien en la iglesia habla en lenguas pero no tiene quien interprete, en cuyo caso debe guardar silencio y hablar para él mismo (1 Co. 14:28). Pablo está aplicando en la práctica lo que es la plenitud del Espíritu y comienza a hacerlo en primer lugar por la iglesia en que los creyentes se reúnen para culto, luego en la familia y finalmente en la sociedad. Que el pensamiento de Pablo está dirigido al modo de hablar de los creyentes entre sí, se confirma con una expresión semejante en la Epístola a los Colosenses (Col. 3:16). Las obras de la carne producen separaciones entre hermanos y rotura de comunión (Gá. 5:20; 1 Co. 1:10-12). El creyente lleno del Espíritu ama la reunión eclesial para el culto que se lleva a cabo en comunión con sus hermanos. Quien no ama las reuniones y no asiste a ellas, salvo impedimentos, quien tiene la mala costumbre de faltar a los cultos congregacionales, no vive en la plenitud del Espíritu (He. 10:25). El modo a que se refiere la manifestación expresiva de unos a otros, se define como ἐν ψαλμοῖς καὶ ὕμνοις καὶ ᾠδαῖς πνευματικαῖς, “*con salmos, con himnos y cánticos espirituales*”. Cabe preguntarse que debe entenderse por cada uno de ellos.

Sin duda los Salmos tienen que ver con los cánticos del libro de Salmos, que se usaba por el pueblo de Israel. Estos Salmos se mencionan en varios lugares del Nuevo Testamento (cf. Lc. 20:42; 24:44; Hch. 1:20; 13:33). El mismo Señor cantó, junto con los discípulos, uno de estos Salmos en la última cena, antes de salir para el huerto de los olivos (Mt. 26:30). Al levantarse de la mesa, como correspondía al desarrollo de una cena pascual, se cantó el himno, que era una parte de lo que se llamaba el *Hallel*, como grupo de Salmos cuyo tema es la alabanza. Generalmente se cantaban los dos primeros antes de la cena y los restantes después de esta. Por tanto, Jesús y los discípulos habrían cantado alguna porción comprendida entre los Salmos 115 al 118. Una de las características de los Salmos que se destinaban al cántico, es que en ellos se expresa el ritmo y los instrumentos que los debían acompañar. Pensar que el cántico en la iglesia primitiva era sin instrumentos porque no se citan estos en los relatos históricos, no tiene ninguna base bíblica. Ningún tipo de instrumento está vedado para la alabanza siempre que use “*decentemente y con orden*”. El pietismo extremo que afecta a algunas iglesias fundamentalistas, ha generado una seria discusión e incluso divisiones a causa del uso de instrumentos en el culto y de las clasificaciones que se hicieron de estos, llegando a calificar de *mundanos* a unos y de *piadosos* a otros. La realidad no es que haya instrumento carnal o espiritual, hay músico carnal y músico espiritual. La alabanza celestial

se une a instrumentos y aunque sea una forma antropológica para describir hechos que salen del ámbito de los hombres, el Espíritu no podría ilustrarla con cosas que no fuesen aceptables delante del Señor.

Los himnos debían ser cánticos que sin ser tomados de los Salmos, expresan aspectos doctrinales y elementos solemnes de adoración y de alabanza, de modo que el sustantivo va asociado al cántico de alabanza en los cielos (Ap. 4:11; 5:9s). Hay algunas muestras de himnos de la iglesia primitiva en el Nuevo Testamento y como vía de ejemplo el himno sobre el misterio de la piedad (1 Ti. 3:16), pero hay otros ejemplos (cf. Fil. 2:5ss; Col. 1:12ss; 1 P. 2:2ss).

En tercer lugar están los ᾠδαὶ πνευματικαί, *cánticos espirituales*. El término *cántico*⁴² se relaciona con la acción de cantar, de ahí que vaya acompañado del adjetivo *espiritual*⁴³ que concreta el sentido de la letra que se canta, de la razón del canto y de la orientación del mismo. Los cánticos espirituales tienen su origen en el impulso del Espíritu, es decir, son suscitados por Él. Ahora bien, ninguno de estos cánticos espirituales, tanto los de antes como los actuales son *inspirados*, como lo es la Escritura. Tan solo los himnos que están registrados en el Nuevo Testamento y las canciones espirituales que puedan estar incluidas en el texto son inspirados, porque forman parte de la única Palabra inspirada plenariamente. La afirmación que algunas veces se hace de que los himnos más antiguos son inspirados y los más modernos no, no tiene ninguna base bíblica y es contrario a la misma Escritura, ya que no hay nada inspirado a no ser la Biblia. La música coral e instrumental están incluidas en la forma de los salmos (cf. Sal. 150). Sobre esto escribe el Dr. Lacueva:

*“Quienes, por un falso puritanismo, se niegan a usar instrumentos músicos (¡ni siquiera un pequeño armonio!) en el culto eclesial, están desobedeciendo al apóstol”*⁴⁴

La música instrumental en el culto no es, por sí misma necesaria, pero es conveniente para la afinación y el buen canto. Cualquier instrumento musical debidamente usado, con la reverencia que requiere el culto, es apto para ayudar a la alabanza congregacional. Sin duda, las costumbres y tradiciones han hecho de la música y de la forma del canto, que incluye expresiones rítmicas como palmas, percusiones, etc., sean verdaderos tabúes, ocasionando no pocos problemas y limitando la libertad cristiana. Por otro lado, el desorden generalizado con música sensual, que en ocasiones apaga y sustituye las voces de los creyentes, es un peligro a evitar tan importante como el anterior.

⁴² Griego: ᾠδή.

⁴³ Griego: πνευματική.

⁴⁴ F. Lacueva. o.c., pág. 177.

La alabanza ha de salir de un corazón controlado por el Espíritu, por eso escribe: ᾄδοντες καὶ ψάλλοντες τῇ καρδίᾳ ὑμῶν τῷ Κυρίῳ, “cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”. Jesús mismo dijo que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Lc. 6:45). De ese modo, un corazón lleno del Espíritu conduce al creyente a alabar al Señor. La alabanza no es una actividad, sino una actitud. De esa manera surge al exterior en cánticos cuando el corazón alaba íntima y plenamente a Dios en el poder del Espíritu.

20. Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

εὐχαριστοῦντες πάντοτε ὑπὲρ πάντων ἐν ὀνόματι τοῦ Κυρίου ἡμῶν
 Dando gracias siempre por todos en nombre del Señor de nosotros
 Ἰησοῦ Χριστοῦ τῷ Θεῷ καὶ Πατρὶ.
 Jesús Cristo al Dios y Padre.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la exhortación, escribe: εὐχαριστοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo εὐχαριστέω, *dar gracias, estar agradecido*, aquí *dando gracias*; πάντοτε, adverbio *en todo tiempo, siempre*; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; ἐν, preposición de dativo *en*; ὀνόματι, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *nombre*; τοῦ, caso genitivo masculino singular *del*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Señor*, correspondiente a título divino; ἡμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεῷ, caso dativo masculino singular del nombre *Dios*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Πατρὶ, caso dativo masculino singular del nombre *Padre*, referido a título divino.

Εὐχαριστοῦντες πάντοτε ὑπὲρ πάντων. A la manifestación de alabanza en el cántico, se une también la expresión de acción de gracias. Al usar nuevamente un participio de presente indica que se trata de la misma manifestación de los cristianos en la congregación eclesial para el culto. Se trata, evidentemente de una misma cadena con el uso de los participios, y aunque esté último no está subordinado a los dos primeros, puede entenderse de este modo: λαλοῦντες ἑαυτοῖς, “hablándose unos a otros... ᾄδοντες, cantando... ψάλλοντες, salmodiando... εὐχαριστοῦντες, dando gracias”. La palabra que utiliza para *dar gracias*, es un verbo⁴⁵ que literalmente equivale a *eucaristía*, expresión de gratitud y que en varias ocasiones es usado por el apóstol para referirse a la acción de gracias de los creyentes reunidos, o cuando

⁴⁵ Griego: εὐχαριστέω.

menos, a todos los creyentes (cf. 1 Ts. 5:18). Se usó ya antes en este mismo capítulo y se ha considerado entonces (5:4). Esta acción de gracias debe ofrecerse siempre por los cristianos.

La razón de la acción de gracias es expresar la gratitud ὑπὲρ πάντων, “*por todos*”, como se lee directamente en el texto griego. ¿A qué se está refiriendo, o qué agrupa esta expresión? La preposición utilizada⁴⁶ puede significar *a favor*, o *en pro* de todos, y también *por* todos. Si se considera en la primera acepción, la exhortación llamaría a los creyentes a una expresión de gratitud e intercesión por todos. Sin embargo, el contexto exige más bien que se entienda como *por* todos, en el sentido no tanto de *todos* los hombres, o de *todas* las cosas, sino como manifestación de gratitud por *todos* los bienes espirituales, especialmente la redención, recibidos de Dios por su gracia. En medio de cualquier circunstancia el creyente está llamado a ser agradecido. La gratitud, por tanto, es una gratitud sin límite (Fil. 4:6; 1 Ts. 5:18). Pablo no enseña a que demos gracias por los males que padecemos, sino que mostremos un espíritu de gratitud por los bienes espirituales y materiales recibidos, aún cuando podamos estar rodeados de dificultades (Job. 1:20, 21). La inmensidad de los beneficios recibidos supera en todo a las pruebas que padecemos. La exhortación tiene un paralelismo en la Epístola a los Colosenses: “...*sed agradecidos*”⁴⁷ (Col. 3:15), en donde debe entenderse no solo como *sed agradecidos*, sino como *haced acciones de gracias*. La acción de gracias es el reconocimiento de los beneficios recibidos. Quien se detiene a considerar las bendiciones recibidas, especialmente el don admirable de la gracia para salvación, se da cuenta que proceden benéficamente de Dios sin derecho alguno del que es objeto de ellas, y que todas estas bendiciones superan cualquier dimensión ya que son sobreabundantes (Ro. 5:20; Stg. 4:6). La acción de gracias no debiera detenerse, el apóstol dice: “*siempre*”, es decir, en cualquier circunstancia y en cualquier ocasión. La alabanza debe ser por “*todas las cosas*”, cuando las bendiciones son extraordinarias, a ojos nuestros, como cuando son las que consideramos normales o habituales en cada día. Pero, incluso debe darse gracias a Dios tanto por las cosas recibidas como por aquellas que no hemos recibido. El apóstol dio gracias a Dios cuando estaba preso y no había recibido aún la libertad (Fil. 1:12-14). El mismo apóstol da gracias por las consecuencias producidas por su prisión y exhorta a los cristianos a ser agradecidos, ya que para él Dios conduce para que todas las cosas cooperen a bien (Ro. 8:28).

Ἐν ὀνόματι τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ τῷ Θεῷ καὶ Πατρὶ. Esta gratitud se dirige al Padre, ya que de Él proviene toda buena

⁴⁶ Griego: ὑπὲρ.

⁴⁷ Griego: καὶ εὐχάριστοι γίνεσθε.

dádiva y todo don perfecto (Stg. 1:17). Además, como quiera que no hay alabanza ni gratitud sin oración, ésta se dirige al Padre en el nombre del Señor Jesucristo, que hace posible que la oración acceda a la presencia de Dios por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). Además es sólo en Él en quien recibimos “*todas las cosas*” (Ro. 8:32).

Deberes matrimoniales (5:21-33).

21. Someteos unos a otros en el temor de Dios.

Ἑποτασσόμενοι ἀλλήλοις ἐν φόβῳ Χριστοῦ,
Sometiéndose unos a otros en temor de Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Inicia un nuevo párrafo con una exhortación que permite entender las demandas para la familia, escribiendo: Ἑποτασσόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio ingresivo de presente en voz pasiva del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí *sometiéndose*; ἀλλήλοις, caso dativo masculino plural del pronombre recíproco *unos a otros*; ἐν, preposición de dativo *en*; φόβῳ, caso dativo masculino singular del sustantivo *temor*, *respeto*, *reverencia*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*.

Ἑποτασσόμενοι ἀλλήλοις ἐν φόβῳ Χριστοῦ. El apóstol dirige la atención de los lectores hacia lo que es el desarrollo de la vida en el Espíritu. La plenitud del Espíritu transforma la experiencia cristiana en una manifestación de compromiso hacia los demás, en el seguimiento de Cristo. Esta forma de vida comprende todos los aspectos, tanto el eclesial como el familiar y el social. La introducción o el paso de un tema a otro se produce, en esta ocasión, de un modo tal que casi pasa desapercibido y que sitúa el versículo, por algunos como final del párrafo anterior y por otros como inicio e introducción para el actual. El cuarto participio que aparece como ingresivo en la oración pudiera fácilmente considerarse como unido a los tres anteriores, pero, considerado detenidamente debe entenderse como una frase de transición entre ambos párrafos. Esta frase contiene el principio activo que condiciona las demandas establecidas en lo que sigue. La sumisión de unos a otros exige necesariamente la plenitud del Espíritu para llevarlo a cabo. Esta sumisión es imprescindible para las relaciones en el seno familiar. No cabe duda que el apóstol está teniendo delante el sistema familiar propio de su tiempo. En el párrafo que sigue Pablo comienza considerando las relaciones fundamentales dentro del matrimonio, tanto para las esposas -por quienes comienza- como para los maridos (vv. 22-33), para seguir, sin solución de continuidad, con las de los hijos y los padres (6:1-4), concluyendo con las sociales en el plano de los amos y los esclavos (6:5-9). El interés más destacado tiene que ver con la familia,

como se pone de manifiesto en la extensión con que la aborda Pablo, centrándose dentro de este entorno, especialmente en las relaciones dentro del matrimonio. Sorprende ya desde el principio que la demanda a sumisión de unos hacia otros se sitúe como algo que es impropio o imposible en la cultura general de entonces, donde la autoridad del marido sobre la mujer y los hijos era fuertemente aceptada y, sobre todo, donde la autoridad de los amos sobre los esclavos impedía aceptar una demanda semejante.

La primera observación tiene que ver con la estructura gramatical del texto en el que aparece introduciendo toda la oración un participio de presente ὑποτασσόμενοι, del verbo que significa *someter*⁴⁸, y que en su etimología tiene que ver con la disposición a colocarse en un plano inferior. Muchas veces se traduce el verbo como un presente de imperativo “*someteos*”, pero realmente la intención es referirse a una manifestación de continuidad: “*sometiéndose*”. Con todo, no debe considerarse esta frase como una mera introducción de lo que sigue, sino también como una continuidad consecuente de cuanto ha estado diciendo antes. Esta demanda está orientada hacia quienes no están cayendo en la disolución de estar llenos de vino, sino que son llenos del Espíritu (v. 18). Es necesario entender bien esto, porque ninguna persona natural, no regenerada o incluso creyentes que no viven en la plenitud del Espíritu, podrán llevar a cabo la demanda contenida en esta frase del apóstol. No se trata solo de poder hacer esto, sino que quien no está en el Espíritu no querrá aceptarla. Esta demanda está orientada a quienes se reúnen para el culto y que mantienen comunión gozosa unos con otros expresándose en el lenguaje espiritual de los Salmos, los himnos, las canciones espirituales, mientras agradecen a Dios por las bendiciones recibidas (vv. 19-20). Por tanto, quienes están realmente controlados y viviendo en el Espíritu han de manifestarlo visiblemente en el trato de los unos hacia los otros. Los cristianos han dejado su individualidad egoísta correspondiente a la vieja naturaleza para someterse sólo a la Cabeza que es Cristo, para hacer cuanto la Autoridad suprema del Señor determine que lleve a cabo. El cristiano es un individuo, una persona diferente a la del resto de sus hermanos, pero en ningún modo esto le permite ser un *egoísta* o amante de sí mismo, sino que su vida ha de estar orientada, en semejanza a la de Cristo, hacia los otros. El sometimiento de unos a otros es la antítesis del egoísmo. El que está orientado hacia sí mismo no puede ocuparse gozosamente de los demás, ni en la iglesia, ni en la familia, ni en la sociedad.

La primera necesidad para llevar a cabo la demanda del apóstol: ὑποτασσόμενοι ἀλλήλοις ἐν φόβῳ Χριστοῦ, “*sometiéndose unos a otros*” pasa por tener una correcta medida de lo que realmente somos. En alguna medida debe recordarse continuamente lo que Pablo decía a modo de

⁴⁸ Griego: ὑποτάσσω.

exhortación contra la vanidad y engreimiento: “¿*Qué tienes que no hallas recibido?*” (1 Co. 4:7). Sólo el Espíritu puede conducir a la humildad necesaria para aceptar esta igualdad de todos delante de Dios. Por otro lado, el apóstol en otro escrito enseña que “*vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular*” (1 Co. 12:27). Cada cristiano, siendo parte de un todo, está llamado a la atención hacia quienes forman parte de ese todo, que son cada uno de sus hermanos en Cristo. Quien alcanza la comprensión necesaria de lo que es, estará dispuesta a declinar todos sus derechos en bien de los demás. Tal fue la expresión suprema de la libertad en Cristo, que siendo Dios y teniendo derechos divinos, desciende a *someterse*, a la humillación para beneficiarnos a quienes no teníamos derecho alguno (Fil. 2:6-7). La experiencia de la *sumisión* conlleva, en ocasiones, el sufrimiento por amor a los otros. Lo que tenemos que entender claramente es que la única forma de estar *sometido* a los demás es la que está llena del Espíritu Santo.

Sin embargo, debe apreciarse en el versículo que la demanda está vinculada con el *temor*, es decir, con el respeto reverente hacia Cristo: ὑποτασσόμενοι ἀλλήλοις ἐν φόβῳ Χριστοῦ, “*sometiéndooos unos a otros en el temor de Cristo*”, como se lee claramente en el original. Esto conduce y orienta los límites de esta disposición espiritual. No significa que el someterse unos a otros, tenga que pasar por aceptar doctrinas contrarias a la Biblia que otros puedan sostener. No se trata de pasar por alto lo que Dios no pasaría, ya que la sumisión va íntimamente ligada con el *temor de Cristo*. Es necesario entender claramente que quien recibe a Cristo como Salvador, pasa luego a tenerlo como Señor. Es decir, no es necesaria la aceptación del *señorío de Cristo* para salvación, ya que para salvación es precisa la fe, pero, no hay salvo que no acepte inmediatamente como principio natural de su nueva vida, el señorío de Cristo. De ahí en adelante el cristiano no obedece por principio impositivo, sino por comunión personal con Cristo que se hace vida en la vida del cristiano mediante la acción del Espíritu. Por esa razón los cristianos nos sometemos unos a otros, porque Cristo nos enseñó a hacerlo con su ejemplo. La sumisión es expresión manifiesta de amor, y Jesús dijo: “*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*” (Jn. 13:35). La expresión de amor tiene que ver primeramente con Cristo mismo, por tanto, si le amamos verdaderamente guardaremos sus mandamientos. Aquí, el apóstol, bajo la autoridad de Jesús que le envía, establece el mandamiento de la sumisión, si amamos al Señor cuidaremos de cumplir la demanda bajo el poder del Espíritu. El principio del *temor* que gobierna este aspecto que se considera, tiene que ver también con la escatología. En su momento, cada uno, comparecerá ante el Tribunal de Cristo. No todos los que corren en el estadio llevan el premio, sino sólo el que corre legítimamente, de ahí que el *temor*, sirve de respeto para correr de modo que alcancemos el premio de la soberana vocación en Cristo (1 Co. 9:24-27). La carrera cristiana se desarrolla, desde la

conversión, en la esfera de la santificación. Lo que el apóstol va a establecer a continuación en la ética matrimonial, forma parte expresiva de la vida de santificación. El mismo apóstol enfatiza: “*ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor*” (Fil. 2:12), es preciso, pues, que con temor reverente atendamos a la esfera de la santificación en los aspectos relativos a la familia y a la sociedad en donde se desarrolla esa vida de santificación. El encuentro futuro con Cristo para dar razón del desarrollo de la vida en la santificación debiera ser suficiente para aceptar la *sumisión* de unos a otros en el temor de Cristo. Por consiguiente la *sumisión* de unos a otros, no es solo una manifestación hacia los demás, sino específicamente “*como al Señor*”.

22. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor.

αἱ γυναῖκες¹ τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὡς τῷ Κυρίῳ,
Las esposas a los propios esposos como al Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ γυναῖκες τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὡς, *esposas a los propios esposos como*, atestiguada en **p**⁴⁶, B, Clemente Teodoreto^{lat/com}, Griego mss^{según Jerónimo}.

γυναῖκες ὑποτάσσεσθε τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὡς, *esposas sujetas a los propios maridos como*, lectura en D, F, G, it^{d, g/txt}.

γυναῖκες τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὑποτάσσεσθε ὡς, *esposas a los propios maridos sujetas como*, se lee en 075, 0150, 424* 1852, 1912, 2200, Biz [K, L] Lect it^f, syr^h, geo, slav, Crisóstomo.

γυναῖκες τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὑποτάσσεσθωσαν ὡς, *esposas a los propios maridos estén sujetas como*, lectura en κ, a, I, P, 6. 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424^c, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1473, 1739, 1881, 1962, 2127, 2464, l 596, l 895, l 1178, it^{ar, b, g/v, mon, o}, vg, syr^{pal}, arm, eth, Orígenes^{gr, lat}, Basilio, Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Ambrosio, Gerónimo^{le}, Pelagio, Agustín.

El apóstol se dirige a las mujeres con: αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; γυναῖκες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *mujeres, esposas*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἰδίοις, caso dativo masculino plural del adjetivo articular *propios, suyo propios, sus propios*, que como es frecuente hace funciones de pronombre posesivo; ἀνδράσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *hombres, maridos, esposos*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre *Señor*, referente a la Deidad.

Luego de establecer el principio de la sumisión de unos a otros, se dirige a las esposas, literalmente αἱ γυναῖκες, *las mujeres*, aunque en el contexto se refiere a mujeres casadas, esposas, para demandar que estén *sujetas*, τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν, a sus propios maridos. La dimensión de la demanda es de gran alcance porque esa sujeción ha de ser ὡς τῷ Κυρίῳ, “*como al Señor*”. La relación se aclarará más adelante, porque la sujeción de la esposa al esposo tiene una relación semejante a la que la iglesia tiene con Cristo (v. 23). Por consiguiente los maridos son para las esposas en el matrimonio una representación de lo que el Señor es para la Iglesia.

Esta demanda tiene que ver directamente con el *andar sabiamente* que no solo debe producirse en el ámbito de la iglesia, sino también en el del matrimonio (1 P. 3:7). Una diferencia notable es que el apóstol Pedro dedica en su carta seis versículos a los deberes de las esposas y uno sólo al de los maridos, mientras que Pablo dedica tres a las esposas (vv. 22-24) y siete a los maridos (vv. 25-31). Las relaciones se basan en dos aspectos: 1) Estar en Cristo obliga a vivir como Él en el poder del Espíritu (Gá. 2:20). 2) En la esfera del testimonio, imitando a Cristo y reproduciendo su carácter en el fruto del Espíritu (Gá. 5:22, 23).

En razón de la *sumisión* (v. 21), se establece aquí la *subordinación*. La sujeción aquí de la mujer al esposo, no es en modo alguno una expresión servil y sin posibilidad más que de obediencia, es más bien *subordinación*, esto es, la aceptación del orden que Dios establece para que el hogar y la familia funcione convenientemente. No quiere decir, en modo alguno, que la esposa sea *inferior* en condiciones, capacidades y funcionalidad en el hogar, sino que Dios estableció una determinada posición entre los dos sexos. Esa sujeción se hace *como al Señor*, es decir, no solo *en* el Señor, esto es, por nueva posición *en* Cristo, sino “*como al Señor*” en razón de obediencia a quien es Salvador, y por tanto es también, como condición derivada, Señor. La demanda tiene que ver con *subordinación*, es decir, aceptación de un orden, que en modo alguno disminuye la posición propia que Dios mismo determina para la esposa en el hogar.

Una observación precisa es que el verbo suplido *sujetar*, por tanto *estén sujetas*, no figura en los originales más seguros en donde literalmente se lee: αἱ γυναῖκες τοῖς ἰδίοις ἀνδράσιν ὡς τῷ Κυρίῳ, “*Las esposas a los propios esposos como al Señor*”, y se suple de otros códigos que se han reseñado en el aparato crítico más arriba. Con todo, como quiera que el versículo sobre las esposas es continuativo del mandato de *someterse unos a otros*, significa que el mismo principio o demanda continúa y se extiende a la relación que la esposa debe asumir con el marido. Posiblemente el hecho de mencionar primeramente a las esposas refleje el énfasis que el apóstol quiere dar a la *sumisión* de los unos

a los otros. Ya que la demanda es de someterse a los demás, mucho más importante será esa relación en el ámbito de las mujeres casadas a sus *propios maridos*, es decir, si cada mujer cristiana debe entender y asumir el mandamiento de someterse, tendrá prioridad para ellas hacerlo a sus propios maridos. La prueba más clara de que este es el énfasis que el apóstol quiere imprimir al párrafo es que más adelante cuando hable de las relaciones entre padres e hijos lo hará comenzando por los hijos, y lo mismo cuando establezca las relaciones entre amos y siervos empieza por los siervos, ya que el tema general es el de la sumisión. No debe olvidarse tampoco el contexto social que ocurría con las mujeres cristianas en tiempos del apóstol. El ambiente dentro del paganismo, de donde habían salido, era de dominio pleno del marido sobre la mujer, por cuya razón en muchas ocasiones las esposas eran poco menos que objetos al servicio del esposo. La conversión a Cristo iba en el entorno de un mensaje de libertad. Las mujeres cristianas, como era el caso de la iglesia en Corinto, abusaban de una libertad mal entendida, de modo que como ya no había “*judío, ni griego;...esclavo ni libre... varón ni mujer*” (Gá. 3:28), podía generar serios conflictos matrimoniales. Otro serio peligro es la dicotomía que suele hacerse entre la expresión cultural de la vida cristiana y la vida particular y personal del cristiano. La realidad es que la vida cristiana comprende todos y cada uno de los momentos de la vida del creyente. Por tanto, Pablo advierte a las mujeres cristianas que la sumisión no tiene que ver sólo con los hermanos en la iglesia, sino que comprende y comienza por la relación con el marido en el hogar. Pero, además de todo esto, el apóstol va a dar a las esposas cristianas una razón contundente para la práctica de la *sumisión* en la relación con sus esposos: Ellas son figura visible de la relación que existe entre la Iglesia y Cristo (v. 32). Quiere decir que el matrimonio cristiano solo puede ser entendido conforme al pensamiento de Dios, en la medida en que los cónyuges entiendan la relación entre Cristo y la Iglesia. El matrimonio cristiano no se sustenta en relaciones personales y disfrute ético de la intimidad conyugal, ni tampoco en principios que la ortodoxia regula, sino que es conducido por la sujeción al principio divino que Dios establece como manifestación actual de la relación absoluta que es la de Cristo y la Iglesia. Si los cristianos supiéramos entender claramente esto, las discordias matrimoniales se eliminarían y con ellas las tragedias de divorcios y fracasos que se experimentan continuamente entre quienes son llamados a la comunión y a la convivencia en Cristo Jesús.

Sin embargo, ¿significa la instrucción de Pablo que las casadas se sometan a sus maridos de la misma forma que se someten al Señor? Desde un pietismo desbordante es aprovechado por los literalistas y legalistas en beneficio personal para hacer que sus mujeres pierdan absolutamente su autoestima y obedezcan sin rechistar a todo cuanto los maridos determinen. Leía en un libro sobre el liderazgo del hombre creyente en su hogar, que a la esposa no hay que consultarle nada si se quiere ser un líder bíblico, que es el esposo el que ha de

determinar incluso los más pequeños detalles de la forma en que debe vestir la esposa, como debe peinarse, etc. etc. Este sistema de piedad extrema es más dañino en las relaciones familiares que mil demonios juntos atacando la paz y la estabilidad del hogar. La sumisión de cada creyente al Señor Jesús es absoluta, porque somos *esclavos de Cristo*, comprados por Él y sólo a Él pertenecemos ya que no somos nuestros (1 Co. 6:20). Este mandato debe entenderse en el plano general de la sumisión expresada en el versículo anterior (v. 21). El sentido es este, que las casadas se sometan a sus propios maridos como parte de la sumisión al Señor. Es decir, no solo lo lleva a la práctica porque ama a su marido, sino porque ama al Señor y lo demuestra agradándole en todo. Cualquier aspecto de la vida cristiana debe ser llevado a cabo con el objetivo principal de buscar la gloria de Dios (1 Co. 10:31). En una sociedad que se descompone y en la búsqueda humanista de una igualdad absoluta entre hombres y mujeres en todos los aspectos y relaciones, el cristianismo propone la sumisión al principio bíblico establecido desde la constitución del primer matrimonio por Dios mismo, en el que cada uno de los cónyuges aceptan el papel que deben desempeñar en la sociedad matrimonial. Esto se convierte en un modo de proclamación del evangelio, porque genera la pregunta de por qué ese comportamiento en el matrimonio que contrasta con la ética social humanista, para recibir como respuesta que el creyente vive continuamente en obediencia a Cristo. Hay un notable ejemplo de la efectividad evangelizadora del ejemplo personal, cuando el apóstol Pedro escribe sobre una mujer que *sin palabras*, sólo con su ejemplo y conducta personal, llevó a Cristo a su esposo incrédulo (1 P. 3:1).

23. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su Salvador.

ὅτι ἀνὴρ ἐστὶν κεφαλὴ τῆς γυναικὸς ὡς καὶ ὁ Χριστὸς κεφαλὴ
 Pues marido es cabeza de la esposa como también - Cristo cabeza
 τῆς ἐκκλησίας, αὐτὸς σωτὴρ τοῦ σώματος
 de la Iglesia Él mismo Salvador del cuerpo.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la argumentación sobre la sumisión de la mujer al marido, escribe: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; ἀνὴρ, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *hombre, varón, esposo*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *es*; κεφαλὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *cabeza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; γυναικὸς, caso genitivo femenino singular del sustantivo *mujer, esposa*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστὸς,

caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; κεφαλὴ, caso nominativo femenino singular del sustantivo *cabeza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἐκκλησίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *iglesia*; αὐτὸς, caso nominativo masculino singular del pronombre intensivo *Él mismo*; σωτὴρ, caso nominativo masculino singular del nombre *Salvador*, título propio del Señor; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; σώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*.

Ὅτι ἀνὴρ ἐστὶν κεφαλὴ τῆς γυναικὸς ὡς καὶ ὁ Χριστὸς κεφαλὴ τῆς ἐκκλησίας. En la realización de la demanda expresada en el versículo anterior, dentro de la vida matrimonial, convierte al matrimonio en imagen expresiva de las relaciones de la Iglesia con Cristo y de Cristo con la Iglesia. La posición de Cristo es la de ser κεφαλὴ τῆς ἐκκλησίας, *cabeza de la Iglesia*. Esto, en relación con Cristo, comprende también una posición única de supremacía y superioridad, es decir, Cristo está sobre la Iglesia como Señor (1:22-23). La argumentación que Pablo introduce en este versículo y que complementa a la enseñanza del anterior, se da como una verdad conocida y aceptada en la Iglesia de su tiempo. El principio establecido aquí es diferente al de la Primera Epístola a los Corintios, ya que allí se la vincula con la *gloria* del varón (1 Co. 11:2ss). En el versículo que se considera Pablo establece la posición de cada uno de los cónyuges en el matrimonio, como ejemplo de la posición entre Cristo y la Iglesia, reflejando, por tanto, en sus relaciones matrimoniales el ejemplo visible de esta relación. La realidad espiritual entre Cristo y la Iglesia se hace visible en el testimonio de subordinación de la esposa al marido. En esa actitud, el mundo comprende lo que significa la sujeción de la Iglesia al Señor. La condición de *cabeza* del marido en el matrimonio, no es, fundamentalmente asunto de autoridad y dominio, sino de responsabilidad. El marido tiene que tener un testimonio irreprochable para dignificar el hogar en el que Dios lo colocó como el responsable directo delante de Él. Nótese que el apóstol habla de una Cabeza, que es Cristo, el que a su vez es el Salvador, el que se entrega. Esto señala la responsabilidad de entrega que el marido ha de manifestar en sus relaciones con la esposa.

Pablo hace un énfasis notorio en que Cristo, Cabeza de la Iglesia, es también el αὐτὸς σωτὴρ τοῦ σώματος “*el mismo Salvador del cuerpo*”. La Iglesia que es esposa, es también *cuerpo*, como ya se ha considerado antes. A favor de ese cuerpo, nuestro Señor, como Salvador se entregó a Sí mismo. Y por esta entrega a la muerte, como precedente de la resurrección, Él es Señor, quien en su condición de Cabeza comunica vida al cuerpo. En ese sentido, el marido debe ser quien comunica a la esposa el canal del principio vital, espiritualmente hablando, de vida en la obediencia a Cristo, lo que supone ejercer un influjo vital de salvación, es decir, de santificación, para la esposa.

Este concepto de *cabeza* como *comunicación* de vida es el sentido de la enseñanza de Pablo a los corintios: “*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo*” (1 Co. 11:3). La vida de Cristo es comunicada por el Padre, tanto en la eterna relación intratrinitaria, sin principio de existencia, y de la misma manera la vida de la mujer es tomada del varón en el acto creador de Dios, constituyendo el principio vital más allá del sentido de autoridad. Al introducir Pablo, como complemento al sentido de Cabeza de Cristo en relación con la Iglesia, que Él es el Salvador, está enfatizando que la metáfora *cabeza* tiene aquí un sentido vital y soteriológico. De esa forma, en la proporcionalidad que corresponde debe entenderse el sentido de cabeza en relación con el marido, que no es tanto de autoridad que puede ejercer dominio, sino de quien responsablemente se entrega a la esposa buscando su bien, como Cristo el Salvador hizo y hace con la Iglesia. Esta declaración puede resultar una sorpresa para quienes enseñan la *autoridad* del marido sobre la mujer en forma dominante, cuando el énfasis apostólico radica en la entrega benéfica y no en las demandas de obediencia. Además, un matrimonio o un hogar sin *cabeza*, en el sentido de trabajo responsable como quien ha de dar cuenta delante de Dios, es una invitación al fracaso matrimonial. Esa es la razón por la que Dios colocó como responsabilidad fundamental sobre los hombros del marido, el peso del hogar, correspondiendo a las funciones y capacidades que Dios le dio en la creación. El marido toma el ejemplo de Cristo y se convierte en *cabeza protectora* para la esposa. De ahí la gran bendición del sometimiento de la esposa cristiana al marido que busca sólo el bienestar espiritual de ella y se entrega a ella para conseguirlo, como objetivo prioritario en su vida, ya que la relación que busca tiene como ejemplo el sacrificio de Cristo y la entrega de su vida para la salvación de la Iglesia.

La esposa debe tener presente la demanda de *sumisión* al esposo conforme a la condición cristiana y a la regeneración que el Espíritu opera en ambos. Esa es una de las razones para que el matrimonio se celebre entre *cristianos*, entendiendo por esto, no el sentido *nominal* sino la condición *real* que es la conversión. Cuando un matrimonio se establece entre una esposa cristiana que asume su lugar y un marido que busca sólo su beneficio *entregándose* a sí mismo para conseguirlo, la estabilidad matrimonial está garantizada. No hay ejemplo más admirable de esto que la experiencia que personalmente tuve con un líder de una organización misionera. Él era un hombre admirable, espiritualmente hablando, comprometido, con corazón de pastor y con pasión por las almas. Sin embargo, en cuanto a condiciones intelectuales y capacidades humanas, era muy inferior a su esposa. Esta era una mujer brillante en todo, procedente de una familia de clase alta en la sociedad de su país, con estudios superiores y capacidades personales elevadas. En un tiempo que pasé hospedado en su casa, cuando las conversaciones pasaban a un

plano técnico que el esposo no dominaba, ella tomaba las riendas de la conversación pero, en sus afirmaciones o conclusiones sobre el tema involucraba al esposo con una encantadora pregunta: “¿Verdad cariño?”, como si lo que ella estaba diciendo fuese también lo que hubiera dicho su esposo sobre ese asunto.

La enormidad de la crisis matrimonial en nuestros días, el incremento preocupante de los divorcios, no sólo entre no creyentes sino entre los creyentes, obedece a que ha dejado de entenderse el matrimonio conforme a la voluntad y propósito de Dios. La autoridad delegada en los padres está fracasando en arras de la anarquía que el humanismo ha introducido. Pero, la razón de la pérdida de autoridad de los padres, obedece a la dejación de sus funciones como marido y mujer. El absurdo materialismo que nos envuelve, determina que el marido tenga que estar ausente del hogar más de lo prudente y que la esposa esté haciendo lo mismo. Quienes pagan las consecuencias de haber dejado el orden divino son los hijos. Son criaturas criadas en un ambiente de inseguridad y de ausencia de valores absolutos y de referencias puntuales, por tanto se convierten en conflictivos, crueles e intemperantes. Las dificultades surgidas son tratadas por consejeros y psicólogos, pero, no es un asunto de psicología sino de obediencia a la Palabra de Dios. Sin duda también ha influido en esto lo que antes se ha dicho sobre *pietistas* que viven en la absurda sugestión de que la rigidez y autoritarismo es la única forma consecuente con la vida cristiana, creando en su entorno angustia en los hijos y tristeza en las esposas. Sobre este comportamiento escribe el Dr. Loyd Jones:

“Lo que se requiere es simplemente un poco de sentido común y sabiduría y el espíritu de compañerismo y una actitud de dar y recibir. Los hombres y las mujeres saben todo acerca de esto y siempre lo han sabido. Hasta que Dios sea la autoridad y el hombre y la esposa se sometan a Él, hasta que ellos hagan todas las cosas como para el Señor, hasta no comprender que se trata del mismo tipo de liderazgo que el que vemos en Cristo sobre el hombre, no habrá esperanza. En la medida en que los hombres y mujeres durante los últimos cien años se han apartado más y más de la autoridad de la Biblia, esta terrible enfermedad social y este problema han llegado a ser más y más evidentes. Yo sé que me va a decir, ‘obviamente usted quiere retornar a aquel esposo y padre severo, represivo, autocrático, victoriano’. Ello es totalmente falso. Yo sé que en gran parte el problema moderno se debe a una reacción contra el victorianismo⁴⁹, y condeno el victorianismo tanto como condeno a la posición actual. Debemos regresar a la Biblia. Lo que estoy diciendo es: Vuelva a Dios, vuelva a Cristo, vuelva a la revelación que se

⁴⁹ *Victorianismo* se aplica al sistema de comportamiento rígido y autoritario propio del tiempo de la reina Victoria en el Reino Unido.

encuentra en la autoridad de la Palabra de Dios. Vuelva a considerar Su perfecto plan, el hombre y a su lado la mujer complementándolo, siéndole de ayuda idónea; amándose mutuamente, reverenciándose, respetándose, honrándose el uno al otro, pero nunca confundiendo ambas esferas”⁵⁰.

Es necesario entender también el simbolismo que Pablo coloca sobre la relación de la esposa y el esposo, como figura de la de Cristo y la Iglesia. La Iglesia y Cristo son también una misma unidad de cuerpo. Se ha enseñando esto antes. El Señor es la cabeza, los cristianos somos el cuerpo. En ese mismo sentido se produce también una unidad en el matrimonio, ya que desde el momento de la unidad matrimonial dejan de ser dos para ser ambos un solo cuerpo o una sola carne, tal como estableció Dios mismo en el origen del matrimonio (Gn. 2:24). El cuerpo no es simplemente una serie de miembros y órganos aislados, sino la conjunción armónica de todos ellos unidos en un elemento que se llama vida, entre los que también está la cabeza, como principio rector, coordinador y controlador de todo el cuerpo. De ahí que la esposa es al esposo lo que el cuerpo es a la cabeza. Es vital entender todo esto: la esposa y el esposo ya no son dos, sino uno, esto es, no viven independientes y se relacionan ocasionalmente bajo unos principios consensuados, sino que han venido a ser una unidad de vida y, de la misma manera que la cabeza tiene unas funciones y el cuerpo otras, así también Dios asignó funciones al marido y a la esposa que ambos deben aceptar, reconocer y practicar. La sujeción de la esposa al marido no es un asunto de pasividad y entrega a sus deseos. Pero la esposa no debería vivir en independencia de su marido. Cuando el cuerpo actúa descoordinado o separado de la cabeza se manifiesta una situación anormal y degenerativa, es decir, el cosmos orgánico se convierte en un caos. Así también la actividad de la esposa dentro del orden divinamente establecido. De nuevo debe enfatizarse que no implica este orden que la esposa viva en absoluta pasividad, pero, expresa la condición de funciones plenamente compartidas y coordinadas. Esto no permite en modo alguno considerar que la esposa está en una condición de inferioridad en relación con el marido, simplemente Dios ha establecido un orden, como lo hizo también en el cuerpo, para un correcto funcionamiento.

24. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

ἀλλὰ ὥς ἡ ἐκκλησία ὑποτάσσεται τῷ Χριστῷ, οὕτως καὶ αἱ
 Pero como la iglesia está sujeta - a Cristo así también las

⁵⁰ Lloyd Jones, Martín, *La vida en el Espíritu*. Editorial TELL. Grand Rapids, 1983, pág. 102.

γυναῖκες τοῖς ἀνδράσιν ἐν παντί.
 esposas a los maridos en todo.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, escribe: ἀλλὰ, conjunción adversativa *pero*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐκκλησία, caso nominativo femenino singular del sustantivo *iglesia*; ὑποτάσσεται, tercera persona singular del presente de indicativo en voz pasiva del verbo ὑποτάσσω, *someter*, aquí *está sometida*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio declinado *a Cristo*; οὕτως, adverbio de modo *así*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; αἱ, caso nominativo femenino plural del artículo determinado *las*; γυναῖκες, caso nominativo femenino plural del sustantivo que denota *mujeres, esposas*; ἀνδράσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo declinado *a varones, a hombres, a esposos*; ἐν, preposición de dativo *en*; παντί, caso dativo neutro singular del adjetivo indefinido *todo*.

Ἀλλὰ ὥς ἡ ἐκκλησία ὑποτάσσεται τῷ Χριστῷ, οὕτως καὶ αἱ γυναῖκες τοῖς ἀνδράσιν ἐν παντί. De igual manera que la Iglesia a de subordinarse a Cristo, así las esposas han de hacerlo con sus maridos. Es necesario entender que todos, hombres, mujeres, maridos, esposas, siervos o libres, son iguales en cuanto a personas (Gá. 3:28). Pero, no son iguales en cuanto al lugar que ocupan. Dios ha dado a cada uno una misión distinta y en razón del oficio de cada uno, le ha dado una determinada posición. Los que tienen un oficio -misión que cumplir- sean gobernadores, magistrados, maridos, padres o empresarios, tienen una cierta autoridad dada por Dios que debe ser reconocida por el creyente (Ro. 13:1, 2). Esa es la razón por la que el apóstol escribe las palabras de este versículo. El matrimonio es un exponente visible de las relaciones de Cristo con la Iglesia. Siendo el Señor la *Cabeza*, comprende consecuentemente que la Iglesia se subordine a Él en plena obediencia. Por tanto, si el matrimonio es una imagen de las relaciones mutuas entre el Señor y su Iglesia, significa que la esposa debe estar sujeta, subordinada, a su marido *en todo*. Es notable el énfasis que adquiere el versículo al utilizar el apóstol el complemento “*en todo*”. Es necesario entender que no se trata aquí del *hombre* genéricamente tomado y de la *mujer* en igual forma, sino de un hombre y de una mujer, específicos como marido y esposa. Sin embargo, también debe volver a recordarse que el sentido de *Cabeza* de Cristo sobre la Iglesia contiene el de vida, ya que la Iglesia crece por Él y hacia Él (1:22; 4:15), cosa que solo en un sentido limitado y espiritual ocurre en la actividad espiritual del marido hacia su esposa.

La extensión del mandamiento comprende todos los aspectos de la relación de la esposa con el marido, a la luz de la enseñanza general de la

Biblia. Esta relación comprende un extenso campo de manifestaciones puntuales. Así la mujer debe amor sincero a su esposo (Tit. 2:4). De la misma manera que la Iglesia debe amor al Esposo celestial. Una subordinación al marido solo es posible establecerla en un espíritu de paz y de equilibrio en el hogar (1 P. 3:3, 4). La mujer que actúa como ejemplo visible de la relación entre Cristo y la Iglesia, buscará agradar a su marido con una presencia física lo más atractiva posible, dentro del decoro y la modestia. El apóstol Pedro no prohíbe, como algunos se empeñan en enseñar, el uso de joyas o de peinados, sino del *abuso* de esas cosas. Pedro enseña que la mujer no debe tener como objetivo prioritario en su vida los adornos externos, sino que la prioridad debe estar en manifestar un espíritu afable y apacible. Lo contrario genera habitualmente serios problemas en el hogar. En el libro de los Proverbios se hace mención de una esposa *rencillosa*, que no se subordina al marido, comparándola como “*gotera continua en tiempo de lluvia*” (Pr. 27:15). Es el tipo de esposa que continuamente está incidiendo con sus críticas y reproches hasta convertir la convivencia en una situación tensa y poco deseable. De ahí que, siguiendo la misma línea de figuras, quien tiene una esposa de esa condición prefiere abandonar la comodidad de la morada y pasar a ocupar un lugar a la intemperie en un rincón de la azotea (Pr. 25:24). Si la situación continúa de esa manera llega a crear una imposibilidad de convivencia tal que aún en el terrado no está bien de modo que abandonando la casa y buscando alejarse de la cercanía de tal persona dice que “*mejor es morar en tierra desierta que con mujer rencillosa e iracunda*” (Pr. 21:19). La esposa que conociendo su lugar, conforme al propósito de Dios, lo asume, será una mujer respaldadora de su marido, de modo que éste es respetado por todos por el testimonio de su esposa (Pr. 31:23). He conocido a muchos líderes en la obra que llegaron al fracaso en su ministerio a causa de esposas inconformes con su situación en el hogar y con el lugar que Dios ha determinado para esa relación. Una mujer en la esfera de la subordinación, será una persona pulcra y correctamente vestida para su marido (Pr. 31:22b). De la misma manera que la Iglesia debe estar adornada para el Esposo, así también la mujer para su marido.

Volviendo un momento más a la demanda de Pablo, que las esposas estén αἱ γυναῖκες τοῖς ἀνδράσιν ἐν παντί, *sujetas a sus maridos en todo*, es necesario recordar lo que ya se dijo antes, que ese todo está también condicionado. No se trata de todo absolutamente, que comprenda incluso aquellas acciones en la intimidad matrimonial que resulten ofensivas o que confronten la conciencia de la esposa. En las relaciones matrimoniales, el esposo no tiene derecho alguno a forzar la conciencia de la esposa en provecho y beneficio personal suyo. Ahora bien, la conciencia no es tampoco el recurso para vivir en unas convicciones sin base bíblica o en lo que se ha inculcado como tabúes en el matrimonio, por quienes se encargan no solo de enseñar lo que la Biblia enseña, sino que añaden sus propios criterios haciéndolos pasar

por verdades bíblicas. Solo cuando el esposo trate de hacer que la esposa cometa actos ilícitos o pecaminosos es cuando ella, en honor a la obediencia bíblica y para no quebrantar su propia conciencia renuncia a las exigencias que su esposo pretenda imponerle. Si el esposo demanda algo contrario a los principios morales establecidos por Dios, la sumisión sería incorrecta (4:19-20).

25. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.

Οἱ ἄνδρες, ἀγαπᾶτε τὰς γυναῖκας, καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς ἠγάπησεν
 Los maridos amad a las esposas como también - Cristo amó
 τὴν ἐκκλησίαν καὶ ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς,
 a la iglesia y a Sí mismo entregó por ella.

Notas y análisis del texto griego.

De las demandas para las esposas, pasa a establecer las de los maridos: Οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄνδρες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *varones, maridos*; ἀγαπᾶτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *amad*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; γυναῖκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *mujeres, esposas*; καθὼς, conjunción condicional *como, según, en la medida que*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἠγάπησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *amó*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἐκκλησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *iglesia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *a Sí mismo*; παρέδωκεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo παραδίδωμι, *entregar*, aquí como *entregó*; ὑπὲρ, preposición propia de genitivo *por*; αὐτῆς, caso genitivo singular del pronombre personal *ella*.

Οἱ ἄνδρες, ἀγαπᾶτε τὰς γυναῖκας, καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς ἠγάπησεν τὴν ἐκκλησίαν καὶ ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς. Si a las esposas se le demanda sumisión, al esposo se le reclama amor. Se trata de un amor sincero y sin límites ni egoísmo. El amor del marido para la mujer y la relación entre ambos, en todos los términos de la palabra han de descansar en el amor. Es muy importante notar que no se hace aquí una comparación sobre la relación simbolizada en el marido de la que hay entre Cristo y la iglesia, es decir, no se trata de una relación sino de una acción de Cristo, en la que Él amó a la Iglesia. De este amor de Cristo se ha hecho ya referencia antes (5:2). El objeto del amor de Cristo es la Iglesia, en una dimensión tal que ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς, “*se entregó a sí mismo por ella*”. Quiere decir que

para que la Iglesia viniese a ser una realidad Cristo tuvo que entregarse por ella, de otro modo, la Iglesia se constituyó como tal a causa de la operación de entrega de Cristo en amor por ella. La Iglesia necesitó de la obra de salvación y ésta solo se produce en un acto de entrega incondicional de Cristo por amor. El Salvador se entregó a sí mismo a favor de la Iglesia. La expresión de esta verdad está muy ligada al mensaje profético sobre Cristo (Is. 53:4, 5). Más adelante el apóstol va a decir el propósito de esta entrega, para santificarla (v. 26) y para glorificarla (v. 27).

El amor que se demanda aquí para el marido no es el *eros*, natural que se funda en la valía y belleza de la mujer, es el desinteresado *agape*, que expresa un amor desinteresado y de entrega. Se trata de que el marido ame a la esposa, *no con la intensidad y dimensión* con que Cristo amó a la iglesia, cosa imposible en el plano limitado del hombre, sino con un amor *de la misma calidad*, que el que tuvo Cristo para la iglesia. El apóstol recuerda que en ese amor de entrega Χριστὸς... ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς, “Cristo se entregó a sí mismo por ella” (Jn. 10:11, 15, 17, 18; Gá. 2:20c; 1 Jn. 3:16a). Es un amor de entrega que sólo busca el beneficio de la esposa sin interés egoísta alguno, la ama no por lo que puede recibir, sino por necesidad personal de amarla. La importancia del tema es tal que el apóstol introduce el mandamiento mediante el uso de un imperativo que demanda amor para las esposas y que al estar en plural se refiere a la totalidad de los maridos y a la totalidad de las esposas. Todos los maridos sin excepción deben amar a sus esposas. Tal demanda está plenamente justificada en un contexto en que anteriormente pidió sujeción a las esposas. Aunque el marido pueda entender que Dios lo ha colocado en una posición de liderazgo y, por tanto, de responsabilidad en relación con la esposa, no significa, en modo alguno que esa relación se convierta en un mero arbitrio autoritativo. Se trata de que el marido no se considere señor y por tanto sea un tirano para la esposa, sino todo lo contrario, que el marido busque como fin prioritario y absoluto amar desinteresadamente a la esposa y manifestárselo en sus relaciones. La autoridad del marido es una autoridad en amor. El liderazgo dentro del hogar y del matrimonio sólo es posible en amor. Ese amor demandado no es posible encontrarlo en el plano del hombre natural, ya que surge solamente en el poder y la plenitud del Espíritu (v. 18). Es el mismo amor de Dios que se derrama en el corazón del cristiano por la acción del Espíritu (Ro. 5:5). ¿Supone esto que cualquier otra forma de amor del marido para la esposa queda excluida? ¿Debe entenderse que el amor *erótico*, propio del *eros*, no cabe en esta demanda? Cabe absolutamente, puesto que el amor erótico que comprende las actividades sexuales está santificado por Dios dentro del matrimonio. Un mal entendimiento en esto puede traer problemas. Es verdad que Pablo pide amor *agape*, desinteresado, de entrega, pero debe tenerse en cuenta que las relaciones íntimas en el matrimonio descansan precisamente en esto. El marido no es dueño de su propio cuerpo sino

la esposa y viceversa (1 Co. 7:4). El amor *agape* es el que deja de buscar en el amor *eros* su satisfacción para buscar también la satisfacción del otro (1 Co. 10:24). Lo mismo que cabe el amor *eros*, cabe también el *filia*, amor de amistad y compañerismo. Nada puede haber más destructivo que dejar de ser amigo de la esposa. Es una entrañable y encantadora relación de amistad cotidiana la que debe desarrollarse en el matrimonio. Ello requiere que haya tiempo para diálogo, actividades comunes que unen y vincula, objetivos sociales y culturales en los que se involucren ambos cónyuges. El amor desinteresado en que se funda el mandato, eleva a las otras expresiones de amor porque las levanta al desinterés y a la entrega. Este es precisamente el campo en donde el cristiano tiene acceso y debe ser su experiencia natural de vida.

Sin embargo, para que no quede duda alguna de la dimensión del mandato de amar a las esposas, el apóstol añade al καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς ἠγάπησεν τὴν ἐκκλησίαν, “*así como Cristo amó a la iglesia*” un elemento de capital trascendencia: καὶ ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς, “*y se entregó a sí mismo por ella*”. La primera razón de este énfasis y precisión en el amor demandado es para que el creyente, en este caso los maridos, presten atención al infinito amor con que Cristo amó a la iglesia. Es necesario entender que ese amor es un amor general, pero no deja de ser un amor personal. Pablo dice que “*El Señor me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gá. 2:20). En la medida en que el esposo cristiano comprenda el alcance del amor de Cristo por él, estará en condiciones de comprender el alcance del mandamiento de amar a su esposa. En segundo lugar para que el marido conozca el alcance testimonial de ese mandamiento, ama a la esposa para que sea una expresión del profundo *misterio* del amor de Cristo para con la Iglesia (v. 32). En la práctica la relación de amor del marido hacia la esposa debe entenderse en la misma calidad de amor con que Cristo amó a la Iglesia. El Señor amó y ama a la Iglesia a pesar de sus defectos, indignidades e incluso rebeldía, por tanto, de esa misma manera tiene que manifestar el esposo su amor hacia su esposa. No tuvo el Señor en cuenta como éramos, simplemente dice la Biblia que el Salvador murió por nosotros, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2:8).

Es también necesario entender que el amor que se demanda, si es semejante al de Cristo, no puede ser algo teórico basado solo en meras palabras o en buenos propósitos. El marido que ama a su esposa con un amor de entrega lo pone de manifiesto en hechos concretos. Si se ha de seguir el ejemplo de Cristo, el Señor se entregó renunciando a todos sus derechos, ya que siendo en forma de Dios, no consideró esa condición como algo que debía ser mantenida, sino que se despojó a sí mismo en un acto supremo de entrega incondicional (Fil. 2:6-7). Esta es la demanda de amor para el creyente: “*haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*” (Fil. 2:5). Ese es el amor que se resume y expresa en la enseñanza de Pablo (1 Co. 13).

El aspecto práctico de esta manifestación desinteresada de amor, se expresa en otros pasajes que complementan la demanda. Una de las expresiones de ese amor desinteresado y de entrega se manifiesta en el *trato afable* con la esposa (Col. 3:19). Es la convivencia en la que no se genera amargura para la vida de la esposa. El esposo que ama desinteresadamente busca solo la verdadera y genuina felicidad de la esposa. El amor de entrega está involucrado en la *fidelidad absoluta* (Mal. 2:13-16). La fidelidad no es solo la lealtad que excluye toda otra relación con una mujer que no sea la propia esposa, sino también la lealtad de no ocultar nada a la esposa. Es interesante apreciar que en el relato de los primeros tiempos de la relación matrimonial de Adán y Eva se dice que “*estaban ambos desnudos y no se avergonzaban*” (Gn. 2:25). No puede tratarse de una vergüenza producida por pecado o lascivia porque no habían pecado, es, sin duda, una ilustración a que como en la desnudez no se puede ocultar nada, así tampoco en la relación del matrimonio conforme a la voluntad de Dios, puesto que los dos son una sola carne. Nada más impropio y negativo que entre creyentes la esposa desconozca mucho de la vida y ocupaciones del marido. Hay mujeres que ignoran todo lo relativo a los negocios del esposo y a la vida de este a lo largo del día fuera del hogar. Lo más grave es la disculpa que el esposo suele dar afirmando que los negocios y los resultados de ellos son cosa suya. Un marido que ama desinteresadamente a la esposa no oculta nada de su vida porque reconoce que ella tiene *derecho* a saber todo lo relativo a él. Como una sociedad con los mismos objetivos, el marido debe dar a conocer todo cuanto tenga en su intimidad a quien es con él una sola carne. Otro aspecto de la demanda de amor para el marido se manifiesta en una *comunidad permanente* (1 P. 3:7). El problema de la rotura de comunión con la esposa cristiana en quien concurre, por esa razón, la condición de hermana espiritual, trae como consecuencia obstaculizar la comunión con Cristo. La consecuencia no puede ser más grave, puesto que un comportamiento semejante impide y obstaculiza las oraciones del marido. La restauración de la comunión es un asunto vital con cualquier hermano y mayormente, por la trascendencia que tiene, en el plano del matrimonio cristiano (1 P. 3:7; 2 Ti. 2:8). El amor desinteresado y de entrega se manifiesta por la *disposición al perdón*. Es consecuencia de la aplicación de los mandamientos generales que regulan la forma de vida entre cristianos (Ef. 4: 26; Hch. 20:35). Es la identificación en la forma de obrar de Cristo para con la iglesia (Ap. 3:20). En la reproducción de Cristo por el poder del Espíritu, el esposo es el que tiene la responsabilidad moral de dar el primer paso en el perdón y en el arreglo de cualquier situación de conflicto que pueda presentarse en el matrimonio. Casi siempre el hombre, en un mal entendido sentido de autoridad, espera que sea la esposa la que de el primer paso de reconocimiento de una situación conflictiva y se apreste para pedir disculpas. Quien entiende claramente la actitud de búsqueda del buen pastor y el llamado por amor de Cristo a la puerta de la iglesia, entenderá también la obligación moral que tiene como esposo de iniciar siempre el camino

de la aproximación a la esposa restaurando la comunión y perdonando la ofensa. El amor como Cristo que Pablo establece para el marido tiene que ver también con la *condescendencia entrañable* (1 P. 3:7). El marido cristiano debe vivir con la esposa en plena comprensión de lo que ella es. Esto exige el esfuerzo de *entender* a la esposa. Nadie ignora que la psicología femenina no es como la masculina y que hay factores emotivos en la mujer que no están tan presentes en el hombre, por tanto, el verdadero marido conforme al pensamiento de Dios, busca entender a la esposa en toda la extensión de su condición de mujer. Eso trae la responsabilidad de aproximarse a ella buscando conocer las circunstancias personales de sus situaciones anímicas. El esposo cristiano debe ocuparse de los problemas de la esposa como si fueran los suyos propios. Además de esto al esposo, en la manifestación de amor como el de Cristo, se le pide *sabiduría en el trato* con su esposa (1 P. 3:7). Vivir sabiamente con la esposa requiere la aplicación de las demandas bíblicas, ya que la Palabra es la que hace *sabio al sencillo* (Sal. 19:7). Si la Biblia no está sobre el corazón del marido y dedica tiempo a su lectura y meditación personal, no será capaz de vivir sabiamente con la esposa. El principio de la sabiduría es el temor de Dios (Sal. 111:10). A este temor reverente somos llamados todos por el apóstol (v. 21). El temor respetuoso a Dios, impide la falta de respeto hacia la esposa. Esto comprende todos los aspectos de la vida matrimonial: Físicos, psíquicos y espirituales. El marido que ama a su esposa conforme al amor de Cristo da *honor* a la esposa (1 P. 3:7). Ésta debe ser tratada con todo honor. No enseña el texto que la mujer sea más frágil, pero el trato debe ser como si lo fuera. La esposa se compara con un vaso de cristal de altísimo valor, en ese sentido, es un vaso único, que Dios lo entrega como la mayor bendición para el esposo. El trato respetuoso hacia la esposa es el que corresponde a quien es igual en cuanto a herencia y posición espiritual en Cristo (Gá. 3:28). De la misma manera quien ama a la esposa en amor desinteresado y entregado, le manifiesta *galantería y caballerosidad* (Pr. 31:28-29). El cuadro del libro de Proverbios es muy elocuente. Se trata de una comida familiar en la que el padre ha invitado a sus hijos a la mesa. Como casi siempre ocurre, el que sirve, en este caso la esposa no está desde el principio sentada, pero, cuando llega al convite, el marido le expresa en una frase extraordinaria: *“muchas mujeres hicieron el bien, mas tú sobrepasas a todas”* (Pr. 31:29), una manifestación testimonial de gratitud por cuanto ella estaba haciendo por la familia. Es una expresión de admiración por lo que la esposa es en el hogar. Un ejemplar testimonio de gratitud delante de los hijos de lo que la esposa es para el marido. Lamentablemente muchas esposas de cristianos que predicán y hablan de amor, no tienen la experiencia de un marido que se sienta con ella tranquilamente y tomándola de las manos le dice: *“Gracias, por todo cuanto estás haciendo por mí”*. Los hijos aprenderán a tratar a sus cónyuges en la medida que lo vean hacer a sus padres. Quien ama a la esposa con el amor y corazón de Jesús, siente por ella *ilusión permanente* (Gn. 26:8). Es muy elocuente el ejemplo de Abraham, un hombre viejo que

acariciaba a su esposa. A medida que transcurren los años, la esposa va perdiendo el atractivo físico de la belleza que tenía siendo más joven. Pero, quien entiende la bendición única que significa la esposa como regalo de la gracia, impide que el tiempo haga disminuir la ilusión por ella cuando el matrimonio se hace mayor en edad. El marido debe buscar nuevas formas de belleza moral y espiritual, cuando la belleza física declina.

26. Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra.

ἵνα αὐτὴν ἀγιάσῃ καθάρισας τῷ λουτρῷ τοῦ ὕδατος ἐν ῥήματι,
Para la santificar purificando con el lavamiento del agua por palabra.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo en el mismo argumento, expresa los objetivos del amor de Cristo por la Iglesia cuando dice, mediante una cláusula de propósito con ἵνα, conjunción *para*; αὐτὴν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; ἀγιάσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ἀγιάζω, *santificar, poner aparte*, aquí *santificar*; καθάρισας, caso nominativo masculino singular del participio aoristo primero en voz activa del verbo καθαρίζω, *limpiar, purificar, declarar limpio*, aquí *purificando*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado declinado *con el*; λουτρῷ, caso dativo neutro singular del sustantivo *baño*, de ahí *lavamiento* en sentido de purificación; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; ὕδατος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *agua*; ἐν, preposición de dativo *por*; ῥήματι, caso dativo neutro singular del sustantivo *palabra, dicho, asunto*.

“ἵνα αὐτὴν ἀγιάσῃ El amor de entrega de Cristo por la Iglesia tiene como propósito *santificarla*, esto es, separarla para sí. Para ello καθάρισας, la purifica, limpiándola de todo aspecto negativo y pecaminoso. La muerte de Cristo sirvió para liberar de toda culpa de pecado a la iglesia, haciéndola apta para vivir separada del mundo para Dios (He. 9:22, 23; 10:29). En la purificación de la iglesia va implícita la muerte de Cristo en entrega por ella ya que la purificación legal, como tipo en el Antiguo Testamento era hecha con sangre (He. 9:22, 23). Casi todas las cosas se purificaban de este modo, salvo pocas excepciones reguladas. Sin embargo, como nota general, la sangre se había establecido para la remisión de los pecados. El texto de Levítico es clave: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Lv. 17:11). La sangre se consideraba como sede de la vida, de modo que la efusión de la sangre era como la destrucción de una vida que es el modo de cancelar la demanda penal por el pecado y el juicio que merece la ofensa contra Dios que siempre alcanza una gravedad infinita. No quedaba, en

el simbolismo levítico, sino destruir la vida en un animal, como representación vicaria de la vida del pecador. Esa es la razón por la que se enuncia como principio fundamental que sin efusión de sangre no se hace remisión. Por el hilo conductor de la argumentación, el escritor debía tener en mente la acción santificadora del sacrificio de Cristo, representada en figura por la purificación con sangre en el Antiguo Testamento. Como aplicación general de esta enseñanza, la paga del pecado es la muerte (Ro. 6:23). Jesús, el Sumo Sacerdote, identificado plenamente con el hombre, tomó su lugar y dio su vida, vertiendo Su sangre y haciendo, de una vez para siempre, expiación por el pecado. Sin la efusión de la sangre de Cristo no hay remisión en el Nuevo Testamento, ni la hubo tampoco en el antiguo pacto. De ahí que el principio mencionado en el versículo es universalmente válido para todos los casos. Por esa razón, Jesucristo, es hecho para nosotros *“justificación, santificación y redención”* (1 Co. 1:30). Es más las *cosas celestiales* que fueron purificadas con sangre (He. 9:23), pudiera muy bien referirse al mismo pueblo de Dios, la esposa de Cristo, su Iglesia, que ha sido purificada para ser el santuario de Dios. Tendría que ver entonces con las conciencias que quedan purificadas, como ya apuntó en este mismo contexto (v. 14). Esto sería una *aplicación* a quienes son ahora *“el santuario de Dios”* su morada en Espíritu (2:20-22). Es el mismo pensamiento de la enseñanza del apóstol Pedro, coincidiendo también con la *aplicación* (1 P. 2:5). Éstos, para ser morada de Dios, tuvieron que ser rociados -en el sentido de aplicación- con la sangre de Cristo (1 P. 1:2, 19, 22ss). Al ser dotados de una nueva naturaleza son un pueblo de condición celestial tanto en cuanto a su ciudadanía (Fil. 3:20-21), como en cuanto a su posición (2:6). En cierta medida esta es también la idea del profesor Bruce, comentando He. 9:23:

“Frecuentemente se ha preguntado en qué sentido las cosas celestiales necesitan limpieza; pero nuestro autor ha provisto la respuesta en el contexto. Lo que necesitaba limpieza era la conciencia contaminada de hombres y mujeres; esta es la purificación que corresponde a la esfera espiritual. El argumento del v. 23 puede ser parafraseado diciendo que, mientras que el ritual de purificación es adecuado para el orden material, que no es sino una figura terrenal del orden espiritual, se necesita una clase mejor de sacrificio para efectuar una purificación en el orden espiritual. Si vemos la morada celestial de Dios en algo así como términos materiales (y, rodeados como estamos por el universo material, es difícil evitar hacerlo), nos encontraremos tratando de explicar la necesidad de su purificación de maneras que se alejan de la intención de nuestro autor. Pero ya hemos tenido razones para enfatizar que el pueblo de Dios es la morada de Dios, que su lugar de habitación está en su medio. Ellos son los que requieren purificación interior, no sólo para que su acercamiento a Dios pueda estar libre de contaminación, sino también para que sean una habitación adecuada para Él. Así como el tabernáculo en el desierto, junto con su mobiliario, tenían que ser ungidos y santificados para

que Dios pudiera manifestar su presencia allí entre su pueblo y para que pudieran servirle allí, así el mismo pueblo de Dios necesitaba estar limpio y santificado a fin de llegar a ser morada de Dios en Espíritu (Ef. 2:22). La misma enseñanza esencial vuelve a aparecer en 1 P. 2:5, donde se describe a los creyentes en Cristo como edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Pero para poder ser una morada espiritual de esta clase deben haber experimentado regeneración y purificación y haber sido rociados con la sangre de Jesucristo (1 P. 1:2, 19, 22s.)⁵¹”.

Sin duda ambas cosas, el sentido de purificación de los creyentes y el sentido de inauguración del santuario celestial, pueden estar presentes y ser una correcta interpretación del pensamiento del escritor en relación con este asunto. Con todo, la idea de interpretar todo esto en relación con la iglesia, como morada de Dios en Espíritu, no está en el contexto próximo, e incluso en el general de la Epístola a los Hebreos. Es cierto que se invita en ella a los creyentes a acercarse al trono de la gracia (He. 10:22), pero esa es una bendición consecuente de la obra de Cristo. En el contexto general de la argumentación no está refiriéndose tanto a la iglesia como al sacerdocio de Jesucristo. Por tanto, siguiendo la argumentación general, como el santuario terrenal fue inaugurado previo un ministerio de purificación tanto de los objetos del culto y del mismo santuario, así como de los sacerdotes que ministraban en él, teniendo en cuenta que un sacrificio fue necesario para autenticar y poner en vigencia el pacto, así también, en el Nuevo Pacto, el sacrificio de Jesucristo lo establece, por un lado y simbólicamente santifica el santuario celestial para que sea desde su ascensión a los cielos por cuya operación, como Sumo Sacerdote, entró en el santuario celestial para su ministerio sacerdotal, ese sacrificio *inaugura* el oficio sacerdotal desde el santuario celestial. Nunca antes el cielo de Dios había tenido un Sumo Sacerdote en intercesión por su pueblo, ni un Sumo Sacerdote que habiendo ofrecido el sacrificio de sí mismo, ha alcanzado para los salvos una eterna redención.

Τῷ λουτρῷ τοῦ ὕδατος ἐν ῥήματι. El lavamiento *que purifica*, está aquí en conexión con la palabra hablada⁵². Algunos entienden que se trata del bautismo de agua, que en alguna medida impartiría beneficios de santificación. Pero, en ningún lugar de la Escritura se encuentra base para llegar a tal conclusión. Está relacionado con la petición de Cristo al Padre: “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (Jn. 17:17). Es la Palabra aplicada por el Espíritu a la vida del creyente que tiene capacidad para santificar. No se trata solo de la justificación que Cristo llevó a cabo con su muerte, sino del siguiente

⁵¹ F. F. Bruce. Hebreos, pág. 221s.

⁵² Griego ῥῆμα.

proceso en la experiencia de salvación que es la santificación, como experiencia de salvación en la vida cotidiana. Mediante la obra de redención el Salvador abre acceso a una nueva experiencia para los suyos que son su Iglesia, a quienes el Padre traslada del poder de las tinieblas al reino de su amado Hijo (Col. 1:13). De ahí que sin ser perfectos, somos ya una nación santa (1 P. 2:9). Sin embargo, cuando Pablo escribe a quienes antes eran paganos les dice que han sido santificados en el nombre de Jesucristo y por el Espíritu de Dios (1 Co. 6:9-11). Esa obra santificadora es operada en y por la Palabra, que procede de Dios por medio del Espíritu (2 Ti. 3:16; 2 P. 1:20-21). El instrumento que utiliza el Espíritu para la santificación del creyente es la Palabra. Esta purificación es un continuo proceso hacia la perfección definitiva que se considerará más adelante. Una verdad que se necesita enfatizar es que el Espíritu no opera santificación aparte de la Palabra y, a su vez ésta, opera en el poder del Espíritu. No es posible desvincular de la Palabra ningún momento de la santificación, que fue implantada en el creyente y puede *salvar*, en el sentido de santificar nuestras almas (Stg. 1:21). La regeneración con la que se inicia el proceso de santificación está vinculada a la Palabra (1 P. 1:23). Luego la misma palabra actúa en quienes han sido regenerados para una vida victoriosa en la santificación: *“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes”* (1 Ts. 2:13). Mediante esa Palabra, Dios produce en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad, en orientación a nuestra santificación (Fil. 2:13).

27. A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

ἵνα παραστήσῃ αὐτὸς ἑαυτῷ ἔνδοξον τὴν ἐκκλησίαν, μὴ ἔχουσαν, Para presentar el a sí mismo gloriosa la iglesia, no que tenga σπίλον ἢ ῥυτίδα ἢ τι τῶν τοιούτων, ἀλλ' ἵνα ἡ ἁγία καὶ ἄμωμος. mancha o arruga o algo de las tales cosas sino para que sea santa y sin tacha.

Notas y análisis del texto griego.

La entrega de Cristo tiene propósitos concretos que se detallan con una nueva cláusula final de propósito con ἵνα, conjunción *para que, para*; παραστήσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo παρίστημι, *poner a disposición, presentar*, aquí *presentar*; αὐτὸς, caso dativo masculino singular del pronombre intensivo declinado *él mismo*; ἑαυτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *a sí mismo*; ἔνδοξον, caso acusativo femenino singular del adjetivo *gloriosa*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐκκλησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *iglesia*; μὴ, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación condicional *no* y que negativiza a

ἔχουσιν, caso acusativo femenino singular del participio de presente en voz activa del verbo ἔχω, *tener*, aquí *que tenga*; σπίλον, caso acusativo masculino singular del sustantivo *mancha*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; ῥυτίδα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *arruga*; ἢ, conjunción disyuntiva *o*; τι, caso acusativo neutro singular del pronombre indefinido *algo*; τῶν, caso genitivo neutro plural del artículo determinado declinado *de lo*; τοιούτων, caso genitivo neutro plural del adjetivo demostrativo *tal, tanto, de tal naturaleza, semejante*, de ahí *tales cosas*; ἀλλ', forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa ἀλλά que significa *pero, sino*; ἵνα, conjunción *para que, para*; ἡ, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *sea*; ἁγία, caso nominativo femenino singular del adjetivo *santa*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἄμωμος, caso nominativo femenino singular del adjetivo *sin mancha, sin tacha*, literalmente *sin ley*, es decir, sin que haya motivo de acusación legal.

Ἴνα παραστήσῃ αὐτὸς ἑαυτῷ ἕνδοξον τὴν ἐκκλησίαν, μὴ ἔχουσιν, σπίλον ἢ ῥυτίδα ἢ τι τῶν τοιούτων, ἀλλ' ἵνα ἡ ἁγία καὶ ἄμωμος. El objetivo final del propósito salvífico de Cristo es escatológico, consistente en la presentación a Sí mismo de la Iglesia en perfección absoluta. Para esta orientación el apóstol utiliza un verbo⁵³ que tiene un amplio espectro de significados, como *mostrar, ofrecer, presentar, poner a disposición*, dando todos ellos la idea de poner algo delante que puede ser apreciado u observado. El contexto conduce a considerar esto como el acontecimiento que tendrá lugar en el traslado de la Iglesia de este mundo a la presencia de Dios, acontecimiento que está descrito con detalle por el mismo apóstol en la Primera Epístola a los Tesalonicenses (1 Ts. 4:16-17). En la última cena, el Señor hizo una promesa solemne a los discípulos asegurándoles que su partida era momentánea y que vendría nuevamente para buscar a los suyos, luego de prepararles un lugar (Jn. 14:1-4). La promesa de Jesús se entiende mejor si la comparamos con el modo de realizarse una boda hebrea. El novio no era el que buscaba la novia, sino que era el padre del novio quien lo hacía. Una vez que determinaba la mujer idónea para su hijo, se firmaba un contrato de desposorio en el que se hacía constar, entre otras cosas, la fecha de la celebración del matrimonio. Luego la novia quedaba bajo custodia en la casa de su padre y el novio dedicaba el tiempo de los desposorios, para preparar la casa para la novia. Llegado el cumplimiento del tiempo acordado, venía, recogía a la novia en casa de su padre y la conducía al hogar preparado, donde consumaba el matrimonio, festejándolo luego en la fiesta de las bodas. El Padre es el que llama a los perdidos y los conduce a Cristo (Jn. 6:33, 44, 45), el Hijo los salva y santifica para sí comprometiéndose a recogerlos como Iglesia (1:13-14) y finalmente, en el tiempo determinado por Dios, vendrá a tomar a su esposa, la Iglesia, para trasladarla a Su presencia, en donde tendrá lugar las Bodas del Cordero, para venir luego con ella a la tierra y celebrar aquí la Cena de las Bodas. El apóstol, en el versículo que se considera

⁵³ Griego: παρίστημι.

enseña que Cristo se presentará a Sí mismo a una esposa inmaculada. El proceso de santificación en la historia terrenal de la Iglesia, concluye definitivamente en la glorificación de ella. Los creyentes han sido predestinados por el Padre para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). Esta imagen de perfección y santidad plena, se va produciendo durante el tiempo de la peregrinación terrenal, mediante la acción del Espíritu Santo que con el fruto reproduce el carácter moral de Jesús en cada cristiano (Gá. 5:22-23). Sin embargo, la perfección plena no se alcanza en la tierra, por cuanto la vieja naturaleza actúa limitando una vida en continua plenitud del Espíritu. El mismo apóstol dice que él no lo alcanzó pero que prosigue al blanco (Fil. 3:13-14). La perfección plena se alcanzará cuando la Iglesia sea trasladada de la tierra al cielo, donde se producirá el tribunal de Cristo (Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). En ese momento los ojos como de fuego del Señor, mirarán a la Iglesia, eliminando - como quien quema lo que no es válido- todo lo que pudiera afean o contaminarla. Este acontecimiento tiene que ver con el examen de lo que cada creyente ha hecho con su vida y su servicio a Dios (2 Co. 5:10), ya que cada uno de nosotros hemos sido comprados para Él y llamados a una vida de santidad y servicio (1 Co. 6:19-20). El examen ante el tribunal de Cristo, traerá como consecuencia una limpieza absoluta de cada creyente y, por tanto, de la Iglesia como cuerpo de creyentes. No habrá ya nada oculto que no salga a la luz (1 Co. 4:5a), ni nada impuro que no sea eliminado por el fuego divino (Ap. 1:14), ni ninguna intención contraria a la santidad demandada (1 Co. 4:5b). La iglesia recibirá el adorno de las coronas de victoria que correspondan a cada creyente: Corona incorruptible para los victoriosos sobre el viejo hombre (1 Co. 9:25), de gozo para los ganadores de almas (1 Ts. 2:19), de vida para quienes hayan resistido las pruebas (Stg. 1:12), de justicia para los que aman la venida del Señor (2 Ti. 4:8) y de gloria para quienes han pastoreado la grey (1 P. 5:4). Estas coronas de oro son destinadas a proclamar la gloria de Dios en Su presencia y puestas delante del trono en señal de adoración y reconocimiento (Ap. 4:10).

La presentación de una iglesia inmaculada será el momento de las Bodas del Cordero y que comprende sólo a Cristo y a la Iglesia (Ap. 19:7-8). Los creyentes habrán sido resucitados y glorificados (1 Ts. 4:16-17). En ese acontecimiento, Cristo se presentará a Sí mismo a la Iglesia, en perfección absoluta. Para ello vino en cuerpo humano, haciéndose hombre (Jn. 1:14), con un propósito de salvación (Col. 1:22). La obra de salvación alcanzada en la entrega de Cristo mismo, hace posible la presentación de una Iglesia santa y sin mancha ni arruga. Es la realidad del *matrimonio* entre Cristo y la Iglesia al que Pablo se refiere en esta parénesis (vv. 29ss). Al presentarse a Sí mismo a la Iglesia esta se convierte en una “*iglesia gloriosa*”, como corresponde ya a su

condición celestial. Allí ya no existirá *mancha*. El sustantivo⁵⁴ usado por Pablo hace referencia una mancha que ensucia (2 P. 2:13). Tampoco tendrá *arruga*, que posiblemente no se refiera tanto al vestido, aunque pudiera comprenderlo, sino a la edad, es decir, la iglesia no estará ya en el tiempo que envejece, sino en la dimensión perpetua de eterna juventud en la presencia de Dios. Esa idea está ya en el Antiguo Testamento: *“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad, desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud”* (Sal. 110:3). El cuerpo de la humillación habrá desaparecido, para dar paso al glorioso cuerpo de gloria. La Iglesia que Cristo se presenta a Sí mismo es ya siempre joven. Cristo conduce al hogar celestial a la esposa joven y pura, para vivir para siempre en ese estado. Alcanzando la plenitud expresiva que Pablo busca para referirse a esa realidad escatológica, al estar separada, ajena, a *cosas semejantes*, es decir, a lo que puede afean o contaminar. Todos estos aspectos describen la santidad y la condición inmaculada de la Iglesia en el tiempo venidero. Cristo se entregó por la Iglesia para presentársela a sí mismo perfecta y gloriosa.

La Iglesia culmina aquí un proceso de santificación. La santidad de vida no es algo optativo para los creyentes, sino la expresión visible de la esperanza en el encuentro con Cristo. Nadie puede anhelar o esperar ese acontecimiento sin purificarse a sí mismo: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, como Él es puro”* (1 Jn. 3:2-3). No debemos olvidar que el propósito de salvación tiene que ver con la presentación a Sí mismo de una Iglesia santa. La condición gloriosa de la Iglesia tiene que ver fundamentalmente en que en ella no habrá μή ἔχουσιν σπῖλον ἢ ῥυτίδα ἢ τι τῶν τοιούτων, *mancha ni arruga, ni cosa semejante*. El examen más cuidadoso no será capaz de detectar ninguna imperfección ni impureza en ella. La gloria futura de la Iglesia está apuntada ya en el Antiguo Testamento: *“Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido”* (Sal. 45:13). El término que Pablo usa y que se traduce *sin mancha*⁵⁵ se refiere a un aspecto legal en el que no hay nada que pueda ser reprobado con la ley. En cierto modo debe entenderse como *sin reproche*. Es la culminación del propósito divino. Dios nos ha escogido para que delante de Él fuésemos santos y sin macha, es decir, santos irreprochables. Ese proceso está en marcha y no se detendrá hasta alcanzar la perfección. Nada lo puede detener porque es el propósito que el Padre determinó en su soberanía. En relación con esta *predestinación* que Dios estableció para su pueblo, el apóstol expresó antes su doxología: *“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho*

⁵⁴ Griego: σπῖλος.

⁵⁵ Griego: ἄμωμος.

más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (3:20, 21). El momento culminante llegará y la Iglesia será presentada perfecta en la gloriosa presencia de Dios. Nada mejor que trasladar lo que la Palabra dice sobre este glorioso acontecimiento: “Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y demosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Ap. 19:6-8). Quien no se ocupa de la santidad de vida con temor y temblor (Fil. 3:12), no ha entendido nada sobre la doctrina que el apóstol está desarrollando de la presentación final de su Iglesia en perfección y santidad.

28. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.

οὕτως ὀφείλουσιν καὶ οἱ ἄνδρες ἀγαπᾶν τὰς ἑαυτῶν γυναῖκας
 Así deben también los maridos amar a las de sí mismos esposas
 ὥς τὰ ἑαυτῶν σώματα. ὁ ἀγαπῶν τὴν ἑαυτοῦ γυναῖκα ἑαυτὸν
 como a los de sí mismos cuerpos; el que ama a la de sí mismo esposa a sí mismo
 ἀγαπᾷ
 ama.

Notas y análisis del texto griego.

Retoma nuevamente la enseñanza hacia los esposos, escribiendo: οὕτως, adverbio de modo *así*; ὀφείλουσιν, tercera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo ὀφείλω, *deber (tener deudas), tener obligación*, aquí *deben*; καὶ, adverbio de modo *asimismo, también*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; ἄνδρες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *hombres, varones, maridos, esposos*; ἀγαπᾶν, presente de infinitivo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado declinado *a las*; ἑαυτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre reflexivo declinado *de sí mismos*; γυναῖκας, caso acusativo femenino plural del sustantivo *mujeres, esposas*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; ἑαυτῶν, caso genitivo masculino plural del pronombre reflexivo declinado *de sí mismos*; σώματα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *cuerpos*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἀγαπῶν, caso nominativo masculino singular del participio de presente articular del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *que ama*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *de sí mismo*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo

mujer, esposa; ἑαυτὸν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado a sí mismo; ἀγαπᾷ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, amar, aquí ama.

Οὕτως ὀφείλουσιν καὶ οἱ ἄνδρες ἀγαπᾶν τὰς ἑαυτῶν γυναῖκας ὡς τὰ ἑαυτῶν σώματα. Después del detalle de la glorificación de la Iglesia y la presentación de ella sin mancha ante Cristo que la rescató para ese fin, vuelve nuevamente a la exhortación a los maridos sobre el comportamiento y las relaciones con las esposas. La argumentación aquí se complementa con otra razón para un trato basado en el amor. No sólo se ha de amar a la esposa en razón de ser cabeza de ella, sino porque forma con ella “*una sola carne*” (Gn. 2:24). El esposo, en amor hacia quien es una unidad con él, debe expresar por la esposa un cuidado esmerado. De igual modo que el hombre cuida de no lastimar su propio cuerpo, así el marido tiene que tener el mismo esmero en relación con su esposa. El amor del marido se ha de expresar en hecho y no sólo en palabras. El marido ha de tratar a la esposa como a un vaso frágil, con suma delicadeza (1 P. 3:7), recordando lo que ya se ha dicho antes, que el marido no debe entender que la mujer *sea* un vaso frágil, sino *como* si lo fuera. El marido ha de vivir con sabiduría, esto tiene que ver con la ética del comportamiento. El principio de la sabiduría es el temor a Dios (Pr. 1:7). Vivir sabiamente tiene que ver con una relación concordante con la voluntad de Dios expresada en su Palabra. Las demandas que ponen de manifiesto ese amor desinteresado y cuidadoso, han sido expuestas antes.

Es necesario entender bien el sentido de la oración del texto: No se trata de amar a las esposas *tal como* aman a sus propios cuerpos, sino deben amarlas *porque* estas son *sus* propios cuerpos. Es decir, son una unidad espiritual con Él, del mismo modo que la Iglesia es el cuerpo y Cristo la cabeza de ese cuerpo. Esa relación expresa la intimidad existente en la relación matrimonial, a quien Dios considera como *una sola carne* (Gn. 2:24). La tarea del esposo en la manifestación del amor por la esposa, tiene aquí el sentido de un cuidado para edificación y ayuda a la esposa en el proceso de la vida de santificación. Si la verdad de que la esposa es una unidad inseparable con el esposo ha sido asimilada, el marido tratará con amor sincero a su mujer.

Todo esto está vinculado también a lo que el matrimonio suponía para el pensamiento de Dios. Dios creó al varón como el primer elemento de la humanidad. En Adán estábamos todos. No se trata -como quieren hacer entender los evolucionistas teístas- que el varón llamado Adán por Dios mismo era una *persona colectiva* en la que estaban el varón y la mujer y que por evolución posterior se dividió en los dos sexos que tenemos hoy. Tal idea no solo es contraria a la Escritura sino antibíblica por completo. El Creador hizo al hombre en la persona de Adán que era sólo el varón de la raza humana. La

observación divina sobre la condición del varón solo es elocuente: “*Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él*” (Gn. 2:18). El varón que había sido creado como tal, no debía estar solo, puesto que necesitaba el complemento que es la mujer, ayuda idónea para él. El Creador no *creó* a la mujer, sino que tomó de lo que había sido ya creado relativo a la humanidad que era la *carne humana*, tomándola del varón. No se trataba de un elemento nuevo distinto a la humanidad creada en Adán, sino uno dentro de ella. La humanidad en la mente de Dios constaba de dos elementos a quienes el Señor llama *Adán*, en el sentido de nombre genérico *hombre* o *humanidad* (Gn. 5:2). La ayuda idónea traída por el Creador y presentada al hombre fue reconocida por él como el complemento idóneo llamándola Varona. No quiere decir que ese fue el nombre que le dio Adán, sino el reconocimiento que hizo de ella. De otro modo, la mujer era como él, pero diferente. El era el *varón* ella la *varona*, alguien igual pero diferente. El Creador establece para ese primer matrimonio condiciones precisas: “*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*” (Gn. 2:24). La primera condición es la de una relación exclusiva entre el hombre y su mujer. La segunda es de una relación reconocida, por lo que *dejará* la que antes había en el hogar de sus padres para iniciar una nueva en el hogar que establece con su mujer. La tercera es una relación de entrega, al *unirse* a su mujer. Finalmente hay también una relación permanente, siendo *una sola carne*, desde ahí en adelante.

La unidad que Dios establece, como ejemplo o figura de la relación entre Cristo y la Iglesia, comprende la idea de *crecimiento* y cooperación al mismo. De esta forma se lee acerca de la relación entre Cristo y la Iglesia: “*Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*” (4:15-16). La idea expresa una relación vivencial. De ahí que Adán, refiriéndose a su esposa dijese: “*Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne*” (Gn. 2:23), lo que establece la ejemplaridad en relación con el misterio de Cristo y la Iglesia, de quien Pablo dice que “*somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*” (v. 30). La esposa debe ser amada porque es de la misma sustancia que el hombre, de su *carne* y de sus *huesos*. El gran misterio se representa en el matrimonio, en que siendo dos, son también uno solo.

La expresión suprema del amor de Cristo se manifiesta en la entrega que hizo de sí mismo para conseguir que la Iglesia pudiera venir a la existencia. La entrega fue total y absoluta para la redención de ella, pero se extiende luego, en el tiempo cuidando y edificándola porque como su cuerpo la ama entrañablemente. La unidad de la Iglesia y Cristo, se expresa visiblemente en la

unidad entre el marido y la mujer que ya no son dos sino uno solo. No se puede alcanzar la comprensión plena de lo que es el matrimonio cristiano si no se entiende con claridad el *misterio* que se revela en el Nuevo Testamento sobre la unidad y relación de Cristo y la Iglesia. Una conclusión sencilla es que ó *ἀγαπῶν τὴν ἑαυτοῦ γυναῖκα ἑαυτὸν ἀγαπᾷ*, “*quien ama a su mujer a sí mismo se ama*”. La razón es lógica: la esposa es parte del esposo, por tanto el marido debe amarla como lo que es y ayudarlas para que lleguen a ser lo que debe ser, es decir, ayudarlas en el proceso de la santificación. Esta ayuda tiene que ver con el ministerio de la Palabra en el hogar, pero no puede desprenderse de la enseñanza con el ejemplo. El marido debiera ser para la esposa modelo a imitar, de la misma manera que Jesús es el modelo a seguir y el que debe estar en la visión de cada creyente como referencia para el camino a seguir (He. 12:2).

29. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia.

Οὐδεὶς γάρ ποτε τὴν ἑαυτοῦ σάρκα ἐμίσησεν ἀλλὰ ἐκτρέφει καὶ
 Porque nadie jamás a la de sí mismo carne odió sino sustenta y
 θάλπει αὐτήν, καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς τὴν ἐκκλησίαν,
 cuida con solicitud la como también - Cristo a la iglesia.

Notas y análisis del texto griego.

La razón para el amor a la esposa la expresa con οὐδεὶς, pronombre indefinido masculino singular *nadie*, seguido de γάρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ποτε, adverbio *en otro tiempo, alguna vez*, de ahí la acepción *jamás* más enfática que conviene aquí; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *de sí mismo*; σάρκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *carne, cuerpo*; ἐμίσησεν, tercera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo μισέω, *odiar, aborrecer, olvidarse de*, aquí como *odió*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; ἐκτρέφει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἐκτρέφω, *alimentar, nutrir, sustentar*, aquí *sustenta*; καὶ, conjunción copulativa *y*; θάλπει, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo θάλπω, *cuidar, tratar con cariño, cuidar con solicitud*, aquí *cuida con solicitud*; αὐτήν, caso acusativo femenino singular del pronombre personal *la*; καθὼς, conjunción condicional *como, según, en la medida que*; καὶ, adverbio de modo *también*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστὸς, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἐκκλησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *iglesia*.

Οὐδεὶς γάρ ποτε τὴν ἑαυτοῦ σάρκα ἐμίσησεν ἀλλὰ ἐκτρέφει καὶ θάλπει αὐτήν. Con el mismo argumento de semejanza entre la realidad espiritual de Cristo y la Iglesia y la figura de ella en el matrimonio, el apóstol avanza todavía un paso más en las demandas para el esposo, instruyéndole a que procure el alimento para la esposa proveyéndola también de cuidado esmerado. De manera que el esposo debe ἐκτρέφει καὶ θάλπει, *sustentar y cuidar* a su mujer. Los dos verbos usados por el apóstol son relevantes para entender bien la demanda. El primero⁵⁶ de ellos, que se traduce en RV60 por *sustentar*, tiene que ver con *nutrir* y se usaba para referirse al cuidado de un niño. El sentido es que el marido debe proveer de todo el cuidado necesario para el *sostenimiento* de la esposa. Tiene que ver, sin duda con la provisión material, pero específicamente se refiere a la ayuda espiritual que debe prestarle para alcanzar su madurez. El segundo verbo⁵⁷, traducido por *cuidar*, tiene el sentido de *tratar con cariño, calentar, cuidar con solicitud*, de manera que el esposo no solo debe proveer de lo necesario para el sostenimiento de la esposa, sino que ha de mostrar hacia ella un cuidado esmerado. En tal modo de comportamiento no cabe la aspereza en el trato con la esposa (Col. 3:19).

El alcance de la enseñanza se establece mediante un contraste: el hombre nunca maltrata su propia carne, referido al cuerpo porque sería una practica contraria a su propia vida y estima. Por tanto, como ya antes enseñó, que la esposa es su propia carne, quien está actuando contra el principio del buen trato y cariño hacia ella, está actuando directamente contra sí mismo. Es preciso entender que el matrimonio cristiano alcanza niveles que ningún otro puede alcanzar, porque se eleva a la categoría de semejanza al que se da entre Cristo y la Iglesia, como insiste el apóstol: καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς τὴν ἐκκλησίαν, *como también Cristo a la Iglesia*. No se trata de evitar que los fracasos de otros matrimonios no se den entre los creyentes, es mucho más, se trata de buscar positivamente la realización del matrimonio dentro de los parámetros que presenta la relación entre Cristo y la Iglesia. Buscar, pues, la relación de la esposa proveyendo para ella conforme a lo que Pablo indica es buscar el propio beneficio personal. El matrimonio no es ya más dos personas, sino una sola carne. Más adelante lo recalcará el apóstol (v. 31). El marido no tiene derecho alguno de tomar decisiones a nivel personal como si alguna parcela de su vida no correspondiera también a la esposa. No es él y ella, sino que son ellos. Esto es posible en la medida en que entendamos también el mandato que se ha considerado antes: “*Someteos unos a otros en el temor de Dios*” (v. 21). El mandamiento dado a los varones tiene como objetivo implícito destruir el egoísmo personal y enseñar la necesidad de compartir toda la vida con la esposa. Es preciso comprender que no solo son uno, sino que la esposa es parte,

⁵⁶ Griego: ἐκτρέφω.

⁵⁷ Griego: θάλπω.

según la figura del cuerpo que Pablo utiliza, del esposo o, dicho de otro modo, el marido debe entender que su esposa es una parte de él mismo. De manera que la actitud hacia la esposa debe ser semejante a la actitud hacia su propio cuerpo. Pero, todavía algo más, el amor del marido hacia la esposa no es *como* a su cuerpo en sentido comparativo, sino *como* una realidad, es decir, no ama como hubiera hecho con su cuerpo, sino porque entiende que es su mismo cuerpo.

Obsérvese otro asunto importante: Οὐδείς γάρ ποτε τὴν ἑαυτοῦ σάρκα ἐμίσησεν, “*Nadie aborreció jamás a su propia carne*”. La enseñanza es clara, aborrecer, subestimar, descuidar a la esposa es un acto de enajenación. Quien desprecia a su esposa no entiende en absoluto lo que es el matrimonio a los ojos de Dios. El aborrecer a la esposa se convierte en despreciarla e incluso abusar de ella. Quien hace semejantes acciones sufrirá a lo largo tanto como hace sufrir a la esposa. Pero no es necesario llegar a semejante violencia moral, *aborrecer* a la esposa es simplemente *descuidarla*, o si se prefiere mejor, no tener cuidado esmerado hacia ella. El esposo no puede dedicar tiempo para él mismo, enfrascado en actividades que le satisfacen, aunque estas sean moralmente irreprochables, él tiene que dedicar tiempo a su mujer. Descuidar a la esposa conduce muchas veces a fracasos irremediables en el matrimonio y siempre al sentimiento de frustración y fracaso de la mujer. Es necesario advertir nuevamente que un hombre no puede actuar en su vida de matrimonio como si fuese soltero; su esposa ha de estar implicada plena y totalmente en todos los aspectos de su vida, porque ambos son una unidad. Uno de los aspectos que procuro cumplir en mi ministerio internacional es aceptar solo las invitaciones en las que pueda viajar con mi esposa. Entiendo que el llamado al ministerio fue hecho al matrimonio; entiendo que mi esposa forma parte inseparable de mi vida; entiendo que ya no somos dos independientes con ministerios separados, sino una unidad en Cristo en todo el amplio sentido de la palabra. Existen muchas mujeres de líderes evangélicos que no son otra cosa que viudas con marido vivo. En muchas ocasiones el esposo justifica un amor especial por la obra del Señor, de modo que está enfrascado en reuniones, comités, comisiones, etc. mientras su esposa permanece enclaustrada en su casa esperando que el espiritual marido le conceda la gracia de su compañía. La disculpa que suelen poner quienes se comportan de este modo es que es preciso priorizar las actividades del reino de Dios, sobre la familia. Quienes piensan de este modo se olvidan de que son casados y que su responsabilidad, sin abandonar la obra, es atender a su mujer. ¿Es bíblica esta posición? Naturalmente; así escribe Pablo para los casados: “...*El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer*” (1 Co. 7:32b-33). La conducta de quien abandona a la esposa para atender otras ocupaciones que suponen todo el tiempo de que dispone es algo contrario a la enseñanza bíblica, por tanto, todo cuanto contradiga a la Palabra es pecado. Ningún esposo tiene

derecho a tomar compromisos en la obra del Señor que le separe totalmente de su esposa. Estos compromisos han de ser asumidos equilibradamente entre ambos, dialogando sobre los propósitos que se pretenden alcanzar con ellos y llegando a un acuerdo mutuo de cómo deben ser resueltos.

El esposo tiene el compromiso de ἐκτρέφει καὶ θάλπει, *sustentar y cuidar* a su esposa siguiendo la analogía de cómo actúa Cristo con la Iglesia. El marido debe estar atento a todo cuanto pueda ayudar y fortalecer a la esposa. La responsabilidad está en atenderla buscando todo aquello que la satisface y la hace prosperar, especialmente en el plano psicológico, moral y espiritual. Uno de los valores más notables en este sentido es el tiempo de conversación con la esposa. Una señal sumamente grave en el matrimonio es cuando el silencio existe porque no hay nada que decir. Poco a poco, el silencio distancia a la pareja y, en muchas ocasiones es preferible para ellos la ruptura que el silencio que los condena a vivir bajo un mismo techo sin tener nada que compartir. El esposo debe dialogar con la esposa, ella necesita conocer por medio de la conversación, sus proyectos, propósitos, deseos, objetivos, etc. tiene, como parte del marido, la necesidad y el derecho de saber todo sobre su otra parte que es él. El término *cuidar*, entraña el sentido de protección, una acepción de la palabra tiene que ver con un cuidado solícito. Esto conduce inexorablemente a la preocupación que el marido debe tener por el cuidado psicológico de su esposa. No todos somos iguales, pero todos necesitamos afecto y respeto por nuestras propias características. La esposa tiene características físicas y espirituales que requieren la atención del marido. Por tanto, de la misma manera que cuando conocemos nuestro cuerpo lo protegemos para que no se debilite, así también es necesario actuar con la esposa. De otro modo, hemos de hacer cuanto esté a nuestro alcance para hacerle superar sus debilidades. ¿Por qué todo esto? Porque καθὼς καὶ ὁ Χριστὸς τὴν ἐκκλησίαν “*también cuida así Cristo de la Iglesia*”. No es posible olvidar la suprema dimensión de la relación del Señor con la esposa, si queremos entender y atender a las demandas que el apóstol establece en el capítulo.

30. Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.

ὅτι μέλη ἐσμὲν τοῦ σώματος αὐτοῦ¹.

Pues, miembros somos del cuerpo de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ Αὐτοῦ, *de Él*, lectura atestiguada en **p**⁴⁶, **κ***, A, B, 048, 6, 33, 81, 424^c, 1739*, 1881, 2464, l 422, it⁹, cop^{sa, bo}, eth, Orígenes^{lat}, Metodio, Jerónimo, Agustín^{vid}, Ps-Jerónimo. Αὐτοῦ καὶ ἐκ τῶν ὀστέων αὐτοῦ, *de Él, y de los huesos de Él*, lectura en 0150.

Αὐτοῦ ἐκ τῆς σαρκὸς αὐτοῦ καὶ ἐκ τῶν ὀστέων αὐτοῦ, *de él de la carne de Él, y de los huesos de Él*, conforme a la lectura de κ², D, F, G, Ψ, 075, 104, 256, 263, 365, 424*, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1473, 1739^c, 1852, 1962, 2127, 2200, Biz [K, L, P] l 147, l 1154, it^{ar}, b, d, f, g, mon, o, vg, syr^h, arm, geo, slav, Ireneo^{gr, lat}, Victorio-Roma, Abrosiaster, Ambrosio, Pelagio.

Siguiendo la alternativa de lectura más probable, se lee: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; μέλη, caso nominativo neutro plural del sustantivo *miembros*; ἐσμὲν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí *somos*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; σώματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *cuerpo*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Ὅτι μέλη ἐσμὲν τοῦ σώματος αὐτοῦ. El amor y trato hacia la esposa conviene a quienes son amados y tratados de esa manera por Cristo mismo. Como antes se dijo de la esposa como *cuerpo* del marido, para referirse a una unidad vivencial y de comunión con él, se enfatiza de nuevo la relación de la Iglesia con Cristo, de cuya unión el matrimonio es figura. Los creyentes individualmente -nótese el pronombre personal en primera persona plural, contemplado en el verbo *somos*- y la Iglesia en conjunto, son parte integrante de una unidad con Cristo, de cuya unidad los creyentes somos miembros del cuerpo y estamos vinculados inseparablemente a la Cabeza que es Cristo.

Sobre la unidad de Cristo y la Iglesia se ha considerado ya en varios lugares del comentario de la *Carta*, por lo que es suficiente cuanto se ha estudiado. Sólo en el aspecto técnico de la crítica textual, hay varias alternativas en la lectura, considerando la más segura la que literalmente dice μέλη ἐσμὲν τοῦ σώματος αὐτοῦ, “*somos miembros de su cuerpo*”. Sin embargo, en varios códices se le también “*de su cuerpo y de sus huesos*”, de lo que también se hizo referencia antes.

31. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos será una sola carne.

ἀντὶ τούτου καταλείψει ἄνθρωπος τὸν πατέρα καὶ τὴν μητέρα
 Por esto dejará hombre al padre y a la madre
 καὶ προσκολληθήσεται πρὸς τὴν γυναῖκα αὐτοῦ, καὶ ἔσονται οἱ δύο
 y se unirá a la mujer de él y serán los dos
 εἰς σάρκα μίαν.
 para carne una sola.

Notas y análisis del texto griego.

Se establece una conclusión al tema apelando a una cita del Antiguo Testamento: ἀντὶ, preposición de genitivo *por, a causa de, en vez de*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; καταλείπει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo καταλείπω, *descuidar, abandonar, dejar*, aquí *dejará*; ἄνθρωπος, caso nominativo masculino singular del nombre común *hombre*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; πατέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *padre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; μητέρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *madre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; προσκολληθήσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz pasiva del verbo προσκολλάω, en voz pasiva *unirse*, aquí *se unirá*; πρὸς, preposición propia de acusativo *a*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *mujer, esposa*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de él*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔσονται, tercera persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí *serán*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δύο, caso nominativo masculino plural del adjetivo numeral cardinal *dos*; εἰς, preposición de acusativo *hacia, para, dentro de, en relación con*; σάρκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *carne*; μίαν, caso acusativo femenino singular del adjetivo numeral cardinal *una*, aquí en sentido de *una sola*.

Ἀντὶ τούτου καταλείπει ἄνθρωπος τὸν πατέρα καὶ τὴν μητέρα καὶ προσκολληθήσεται πρὸς τὴν γυναῖκα αὐτοῦ, καὶ ἔσονται οἱ δύο εἰς σάρκα μίαν. Pablo apela a la Escritura para confirmar y resumir las demandas y argumentaciones anteriores. La cita está tomada del Génesis, tomado al pie de la letra (Gn. 2:24). ¿Es una cita para confirmar la relación matrimonial como algo establecido desde el principio por Dios? No cabe duda que el mandamiento divino en el origen de la humanidad tiene que ver con las relaciones en el matrimonio y la ética matrimonial, pero, en el pensamiento del apóstol, el tema tiene una relación directa con Cristo y la Iglesia, como confirma el siguiente versículo (v. 32). Para el apóstol, la cita no está tomada para hablar de un hombre y de su mujer, sino de la relación de Adán con Eva. Adán es el *hombre* que se une a su mujer, que es tomado por Pablo como tipo de Cristo y de la Iglesia. Esto recalca firmemente lo que está argumentando: el marido debe amar a su esposa, como a su propia carne, porque de esa misma manera ama Cristo a la Iglesia.

Con todo, como en base a la relación de Cristo y la Iglesia, se establecen las demandas para el marido y la mujer, el texto tiene una aplicación directa al matrimonio. La enseñanza se relaciona, primeramente, con la necesidad de entender que la relación matrimonial anula toda relación de dependencia antecedente. La anterior familia queda reemplazada por la nueva. No queda ya obligación para el hijo que contrae matrimonio con su esposa, que la de honrar a

los padres (6:2). Las confidencias del marido no serán ya para sus progenitores, sino para su esposa. Muchos maridos viven una doble relación con su esposa y con sus padres. La intimidad del hogar en todos los sentidos es para el matrimonio. El hombre debe cariño y respeto a sus padres, pero nunca ha de compartir con ellos lo que corresponde sólo a su esposa, si no es por acuerdo de ambos para consejo.

A la luz del texto de Génesis que Pablo utiliza, la unidad es el principio básico del matrimonio. Es una unidad esencial: ἔσονται οἱ δύο εἰς σάρκα μίαν, “*los dos serán una sola carne*”. La firmeza y exclusividad de la unidad matrimonial se define mediante lo que supone la unidad entre el hombre y su propio cuerpo. No puede haber un hombre sin un cuerpo, que expresa visiblemente la realidad personal. Así tampoco puede haber un matrimonio sin una unidad plena entre el marido y la mujer que vienen a ser σάρκα μίαν, “*una sola carne*”, por lo que pueden ser figura de la unidad entre Cristo y la Iglesia. Muchas tragedias matrimoniales se producen porque no se ha entendido o, tal vez mejor, no se acepta el sentido bíblico de unidad entre el marido y la mujer, sosteniéndose la individualidad de cada uno de ellos, reclamando sus derechos personales frente al otro.

Cuando Dios estableció el matrimonio, haciendo a Eva como ayuda idónea de Adán, antes solo y en un estado imperfecto (Gn. 2:18), determinó conforme a Su pensamiento que el hombre debía dejar padre y madre y unirse a su mujer. Sorprendentemente el mandamiento está dirigido al varón, al hombre que se convierte en esposo, porque debe entender como *cabeza* responsable delante de Dios de la marcha del hogar, que el Creador establece una nueva relación que tiene lugar sólo con su esposa. Tal vez no hubo otra explicación en el origen del matrimonio que el mandamiento establecido soberanamente por Dios, pero, para nosotros hay una bendición añadida en las palabras del apóstol que enseña la razón de aquel mandamiento: “*porque somos miembros de su cuerpo*”, por esa razón, como la Iglesia lo es de Cristo en una inseparable unidad, así también el marido debe entenderlo en relación con la esposa. Por tanto, cuando un hombre se une en matrimonio rompe todas las relaciones anteriores para generar una nueva y definitiva. Hasta el momento del matrimonio la lealtad del varón estaba directamente relacionada con sus padres, pero, desde el momento del matrimonio tiene otra esfera de lealtad que es su esposa. El mandamiento bíblico de obedecer a los padres concluye en el momento del matrimonio, aunque persiste el de la honra, que se considerará en el siguiente capítulo. Este mandamiento no conduce a que el hijo se convierta en un ser distante de sus padres, lo que Pablo enseña es que desde el momento del matrimonio, el hombre no debe considerarse como un hijo de sus padres, sino como el esposo de su mujer. No está ya en una relación de subordinación con sus padres, sino que es cabeza de una nueva familia. Una consecuencia muy

práctica es que el marido no debe consentir que sus padres lo controlen y ejerzan autoridad sobre él como hicieron antes del casamiento. Los años transcurridos bajo la tutela de los padres, pueden -y de hecho siempre ocurre- generar hábitos y costumbres, propias y naturales de la organización y administración de la familia en que estaba insertado, pero, desde el momento del matrimonio la forma anterior de vida tiene que dar paso a la nueva en la que las costumbres y prácticas cotidianas deben variar o confirmarse las formas anteriores solo en aquello que sea conveniente a la nueva relación matrimonial. Estos aspectos, en el mundo moderno en el que la relación en el hogar no es tanto de dominio del hombre sobre la mujer sino de diálogo mutuo y decisiones consensuadas, deben ser también aceptados como mandamiento por la esposa. Hay ocasiones en que los gustos más simples del marido, como puede ser la comida, el vestido, los pasatiempos, no los llega a alcanzar en el hogar porque la esposa se mantiene aferrada a lo que le era propio bajo la supervisión de sus padres. Sobre todo, esto tiene una amplia repercusión cuando cualquiera de los dos, tanto el esposo como la esposa, han vivido bajo la dirección de un padre autoritativo. El apóstol, bajo la dirección del Espíritu, advierte al matrimonio sobre la necesidad de καταλείπει ἄνθρωπος τὸν πατέρα καὶ τὴν μητέρα “*dejar padre y madre*” para volcarse el uno en el otro y establecer una nueva relación. Pero, también, el mandamiento para el matrimonio debería entenderse y afectar el comportamiento de los padres de ambos cónyuges. El hijo o la hija ya no están en el hogar, ha constituido una nueva familia y la posición que antes ocupaba en relación con ellos ha concluido. Los padres deben entender que la nueva relación generó una nueva relación y que la primera lealtad del hijo no tiene que ver con ellos, sino con su esposa. Es muy difícil para los padres dejar de dar instrucciones a sus hijos casados, considerándolos aún como si estuviesen bajo su dirección. Lo único que pueden hacer en la nueva relación matrimonial de sus hijos es orar por ellos y aconsejarlos cuando sea necesario, pero, entiéndase bien: aconsejar y no ordenar.

El texto es enfático en dos verbos: *dejar* y *unirse*. La familia es la unidad que Dios ha establecido y para que eso funcione el marido debe *dejar* a sus padres y *unirse* a su esposa. Eso implica un cambio de mentalidad. Ya no se trata de un pensamiento individual que le era propio en su estado de soltero, ahora el pensamiento deja de ser hacia el *yo* para orientarse hacia *nosotros*, aún más, si hay que tomar alguna opción radical el pensamiento del marido no debe ser el egoísta que busca su propio bien, sino el de su esposa (1 Co. 10:24). Esto evitará también la actitud dominante que algunos maridos adquieren en la relación matrimonial, por esa causa el mismo apóstol dice: “*Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas*” (Col. 3:19). El matrimonio no es una relación de señorío sino de amor. El legalismo unido al literalismo ha producido muchas distorsiones y conflictos en este sentido. El hecho de que el hombre sea *cabeza* del hogar no lo convierte en un jefe de tribu. A la condición

de cabeza acompaña la entrega en amor, de manera que cada marido tiene que amar a su mujer como a sí mismo. Solo es posible una armoniosa relación en el matrimonio en la medida en que el marido y la mujer sean cristianos “*llenos del Espíritu*” (5:18). Cuando el Espíritu controla todos los aspectos de la vida del creyente, el matrimonio adquiere la relación estable y grata que la Escritura determina. Con la obligación de *dejar padre y madre*, para el esposo, está para la mujer la de *sujetarse al marido como al Señor*. Ambas cosas son complementarias y ninguna funciona bien sin la otra. La esposa debe tratar al marido con respeto y deferencia. Ambos cónyuges son uno, pero en la unidad hay distinción entre la cabeza y el cuerpo, no porque aquella sea mayor, sino para que cada uno guarde su propia posición en esa unidad.

32. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia.

τὸ μυστήριον τοῦτο μέγα ἐστίν· ἐγὼ δὲ λέγω εἰς Χριστὸν καὶ εἰς τὴν
El misterio este grande es. Pero yo digo de Cristo y de la
ἐκκλησίαν.
iglesia.

Notas y análisis del texto griego.

La enseñanza anterior respecto al matrimonio refleja el misterio de Cristo y de la Iglesia como indica con: τὸ, caso nominativo neutro singular del artículo determinado *lo*; μυστήριον, caso nominativo neutro singular del nombre común *misterio*; τοῦτο, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; μέγα, caso nominativo neutro singular del adjetivo *grande*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *es*; ἐγὼ, caso nominativo singular del pronombre personal *yo*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καὶ; λέγω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo λέγω, *decir*, aquí *digo*; εἰς, preposición que rige acusativo *de*; Χριστὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰς, preposición de acusativo *de*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐκκλησίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *iglesia*.

Τὸ μυστήριον τοῦτο μέγα ἐστίν. El versículo presenta un resumen compendiado a modo de conclusión de la parénesis anterior, reorientando nuevamente hacia lo que es el tema fundamental en la *Carta* relacionado con el *misterio* de Cristo. Las relaciones del matrimonio son ejemplo visible de lo que es un gran *misterio* revelado: las de Cristo con la Iglesia, comprensibles mejor desde la perspectiva práctica de la vida matrimonial. Un largo hilo conductor en relación con la enseñanza general sobre las relaciones Cristo-iglesia, se aprecian claramente en el capítulo: La Iglesia es el cuerpo de Cristo (v. 23); quien la amó

y se entregó por ella (v. 25b); la santificó (v. 26); la purificó para presentársela a sí mismo gloriosa (v. 27); como prefigurado en Adán se une con su esposa que es la Iglesia (v. 31); en esa relación matrimonial Cristo nutre y cuida a su esposa como su propia *carne* (vv. 29b, 30); la esposa salvada está unida y sujeta a Él en obediencia (v. 24). Todo esto constituye parte del *misterio* revelado a nosotros que estaba oculto en Dios desde la eternidad.

Ἐγὼ δὲ λέγω εἰς Χριστὸν καὶ εἰς τὴν ἐκκλησίαν. El *misterio que es grande*, no tiene que ver con el matrimonio en sí, sino con lo que Dios ha revelado en *los últimos* tiempos sobre la relación de Cristo y de la Iglesia, y que el apóstol ha venido tratando a lo largo de la *Epístola*. Cristo y la iglesia forman una unidad como el hombre y su esposa forman una sola carne. Este misterio, como todo lo que tiene que ver con la Iglesia, estuvo reservado por Dios hasta que Él mismo lo reveló a sus siervos los apóstoles y profetas (3:5). El *misterio* no está en la unión del hombre y de la mujer, conocida desde el principio de la historia, sino en la vinculación entre Cristo y su esposa, formada por judíos y gentiles en Él (3:6). El *misterio*, como ya se estudió antes es un hecho escatológico y mesiánico que Dios mantiene en Sí y que va revelando gradualmente a sus escogidos. El gran misterio es la unión de Cristo y de la Iglesia, descrito en los términos que se refieren al matrimonio en Génesis (Gn. 2:24). Este *misterio* estuvo escondido por los siglos, pero ahora ha sido revelado para nosotros. La doctrina fundamental tiene que ver con la unión de Cristo y la Iglesia, y que es aplicada a las relaciones naturales dentro del matrimonio cristiano. Por tanto, éste alcanza una dimensión nueva en el plano de lo sobrenatural como expresión visible del misterio de la unidad de Cristo y de la Iglesia.

33. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

πλὴν καὶ ὑμεῖς οἱ καθ' ἓνα, ἕκαστος τὴν ἑαυτοῦ γυναῖκα
 En todo caso también vosotros - uno por uno cada uno a la de él mismo esposa
 οὕτως ἀγαπάτω ὡς ἑαυτόν, ἡ δὲ γυνὴ ἵνα φοβῇται τὸν ἄνδρα
 así ame como a sí mismo y la mujer que respete al marido.

Notas y análisis del texto griego.

Con este versículo alcanza la conclusión sobre la enseñanza aplicada al matrimonio, escribiendo: πλὴν, adverbio que significa *además, sin embargo, en todo caso*; καὶ, adverbio de modo *también*; ὑμεῖς, caso nominativo plural del pronombre personal *vosotros*; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; καθ', forma de la preposición de acusativo *κατά*, por elisión y asimilación ante vocal con espíritu áspero, que equivale a *por*; ἓνα, caso acusativo masculino singular del adjetivo numeral cardinal *uno*; es una expresión que equivale a *uno por uno*; ἕκαστος, caso

nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; ἑαυτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *de él mismo*; γυναῖκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *mujer, esposa*; οὕτως, adverbio *así, de esta manera*; ἀγαπάτω, tercera persona de singular del presente de imperativo en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí *ame*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; ἑαυτόν, caso acusativo masculino singular del pronombre reflexivo declinado *a sí mismo*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; δέ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; γυνή, caso nominativo femenino singular del nombre común *mujer, esposa*; ἵνα, conjunción *para que, para*; φοβῆται, tercera persona singular del presente de subjuntivo en voz media del verbo φοβέω, *tener miedo, temer, reverenciar, respetar*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; ἄνδρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *varón, hombre, esposo, marido*.

El versículo ofrece un compendio de las exhortaciones para el matrimonio, a la vez que alcanza el final de éstas. Es interesante que la oración se inicia con un adverbio ingresivo πλὴν, equivalente a *en todo caso, en fin*, que corta con lo que ha venido diciendo y enfatiza en lo que es importante, tal vez decisivo. Por tanto, conforme a cuanto se dijo antes, el apóstol concluye pidiendo a los esposos, cada uno de ellos sin excepción, que amen a sus respectivas esposas: καὶ ὑμεῖς οἱ καθ' ἓνα, ἕκαστος τὴν ἑαυτοῦ γυναῖκα οὕτως ἀγαπάτω ὥς ἑαυτόν, *cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo*. La cuestión espiritual profunda de la relación entre Cristo y la Iglesia, se debe ver reflejada en la relación entre el marido y la esposa, de modo que el marido cristiano, figura y manifestación visible de la relación correspondiente a Cristo, debe amar a su mujer como a sí mismo. Nótese la puntualización del apóstol: el marido debe amar a τὴν ἑαυτοῦ γυναῖκα, *su propia esposa*, no a cualquier otra, lo que implica una fidelidad constante que no permite opción alguna a la separación y quebrantamiento del pacto matrimonial; este mandato alcanza a todos ἕκαστος, *cada uno*, no puede haber excepciones en esta relación y en la demanda del amor hacia la esposa; el amor debe ser ὥς ἑαυτόν, *como a sí mismo*, no cabe menos amor, ha de ser amplio y desinteresado; ἀγαπάτω, *ame*, como presente de imperativo indica una acción continuada, debe amarla siempre, sin alteración posible en el tiempo, es un amor que se mantiene en el transcurso de los años.

Nuevamente insiste también, como consecuencia de toda la enseñanza anterior y en base a que la esposa cristiana es figura de la Iglesia en su relación con Cristo, debe respetar al marido. El verbo⁵⁸ utilizado por Pablo es un verbo

⁵⁸ Griego φοβέω.

fuerte que expresa la idea de un temor reverente, que equivale a reverenciar o respetar al marido. Es interesante apreciar que el verbo se usa muy a menudo para referirse al respeto que merece Dios de sus criaturas. Como quiera que en la revelación del *misterio* se manifiesta la relación que la iglesia tiene con el Señor, en la misma forma se demanda a la esposa que respete a su marido. Es necesario enfatizar que el matrimonio es *figura* que simboliza la relación suprema entre Cristo y su Iglesia.

Ya que esta es lo que se llama la *parte práctica* de la *Carta*, ninguna aplicación personal mejor que formularse una sencilla pregunta: ¿Cómo están nuestras relaciones matrimoniales? ¿Se ajustan plenamente a las demandas de la Palabra? La responsabilidad de testimonio exige un cumplimiento fiel de las demandas bíblicas.

CAPÍTULO VI

HOGAR, TRABAJO, VICTORIA Y PODER

Introducción.

El apóstol Pablo va a concluir el desarrollo de la llamada *parte practica* de la *Carta*, llamando la atención sobre el testimonio de la vida nueva en la esfera del hogar y del mundo laboral. La responsabilidad del creyente comprende tanto a los padres como a los hijos. No existe acepción de personas. Todos tienen responsabilidades que cumplir como consecuencia de la sumisión mutua que busca el bien del otro (5:21). No es sólo cuestión de que los hijos *se sometan* a los padres, sino que éstos han de *someterse* a los hijos en el sentido de procurar lo mejor para ellos. Pablo habla de privilegios para los hijos, estableciendo demandas claras para los padres (v. 4). Esto era algo impensable en la sociedad de aquellos tiempos en que los hijos eran considerados, en ocasiones, como una molestia que soportar y, muchas veces, eran meros objetos al servicio de padres despóticos. Las demandas apostólicas en relación con el trato de los padres hacia los hijos, tenían que resultar impactantes entonces y las gentes podían comprender, viendo esa manifestación de ética familiar, lo que significaba el mensaje *transformador* del evangelio. En base al testimonio cristiano, Pablo establece las normas generales que regula las relaciones paternofiliales en el hogar cristiano.

El cristiano está también inmerso en el mundo laboral. Es cierto que nada tiene que ver, en cuanto a derechos de quienes trabajan, a las vidas de los esclavos a quienes el apóstol se dirige. Pero, no hay duda que el poder transformador del Espíritu y la vida en Su plenitud, transforman las relaciones de los cristianos entre amos y esclavos, lo que contextualizado para hoy serían los patronos y los trabajadores. De igual manera establece los principios éticos que se sustentan en la gloriosa realidad de la presencia y poder del Espíritu, en cuya plenitud está llamado a vivir cada cristiano (5:18). Las demandas bíblicas en el campo de las relaciones laborales en nada son comparables a las más elevadas normas que regulan el trabajo en nuestra sociedad actual. Era mucho más difícil vivir las demandas de la ética laboral en un sistema de esclavitud que en el actual de relaciones legisladas. Pero, por esa razón, la dificultad de vivir en sujeción a los principios establecidos es también difícil ahora.

La *Carta* ha seguido una admirable progresión, comenzando con la enseñanza sobre el propósito eterno de Dios en relación con los creyentes. Este propósito tiene que ver con la gloriosa realidad espiritual de un cuerpo en Cristo, donde las diferencias históricas entre judíos y gentiles quedaron abolidas para formar una unidad espiritual en Cristo Jesús. Esta posición no es temporal

sino perpetua y definitiva. Dios ha creado en Cristo una nueva humanidad con objetivos y visión diferentes a todo cuanto antes había. Las reglas de comportamiento son consecuencia de esa posición espiritual. El cristiano ha de vivir, por tanto, una vida que corresponda a la dignidad del llamamiento celestial que lo ha elevado de la condenación hasta las más altas cotas en Cristo Jesús. Los vínculos de amor debieran ser la norma de relación entre los miembros de la familia espiritual de Dios. Todo ello ha sido considerado con detalle a lo largo de la carta.

Ahora, al final, Pablo va a confrontar a los lectores con otra realidad: la lucha continua contra las fuerzas de maldad que pretenden la derrota del creyente de modo que no pueda llevarse a cabo el propósito de Dios para este tiempo. El apóstol ofrece ante los lectores de la carta la realidad de este conflicto espiritual. Pablo advierte sobre una situación que se mantiene permanentemente ya que no hay descanso ni tregua en este combate. Sin embargo, Dios pone a disposición del creyente armas espirituales que le garantizan el triunfo en el mantenimiento de la posición de victoria en que está colocado en Cristo.

La división del capítulo para el estudio corresponde a la que se dio en el Bosquejo de la Carta:

1. Hijos y padres (6:1-4).
2. Siervos y amos (6:5-9).
3. La vida cristiana como lucha (6:10-20).
 - 3.1. La fortaleza y la armadura de Dios (6:10-17).
 - 3.2. Oración intercesora (6:18-20).
4. Conclusión (6:21-24).
 - 4.1. Asuntos personales (6:21-22)
 - 4.2. Bendición y doxología (6:23-24).

Hijos y padres (6:1-4).

1. Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.

Τὰ τέκνα, ὑπακούετε τοῖς γονεῦσιν ὑμῶν ἐν Κυρίῳ¹. τοῦτο γάρ
 Los hijos obedeced a los progenitores de vosotros en Señor; porque esto
 ἐστὶν δίκαιον.
 es justo.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἐν Κυρίῳ, atestiguada en **p**⁴⁶, **κ**, **A**, **D**¹, **Ψ**, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2299, 2464, *Biz* [**K**, **L**, **P**] *Lect*, *it*^{ar. mon}, *vg*, *syr*^{p, h}, *cop*^{sa, bo}, *arm*, *geo*, *slav*, Orígenes, Basilio, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Cirilo, Jerónimo, Pelagio.

Se omite en **B**, **D***, **F**, **G**, *it*^{a, d, f, g, o}, Marción^{según Tertuliano}, Cirilo-Jerusalén^{vid}, Cipriano, Abrosiaster.

Pasando al tema de relaciones paterno-filiales, escribe: Τὰ, caso nominativo neutro plural del artículo determinado *los*; τέκνα, caso nominativo neutro plural del sustantivo que denota *hijos*; ὑπακούετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ὑπακούω, *obedecer, estar sometido*, aquí *obedeced*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; γονεῦσιν, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *progenitores*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐν, preposición de dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Señor*; τοῦτο, caso nominativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; γάρ, γὰρ, conjunción causal *porque*, pospuesta al pronombre y que en español lo precede actuando como *conjunción coordinativa*; ἐστίν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμι, *ser*, aquí *es*; δίκαιον, caso nominativo neutro singular del adjetivo *justo, honrado, bueno, recto*.

Τὰ τέκνα De las exhortaciones a los esposos pasa ahora a los hijos y a los padres. Las coincidencias, que algunos aprecian entre esta *Carta* y la de los Colosenses, son meras apariencias, a pesar de algunas palabras comunes entre ellas, que pueden manifestarse también entre otros escritos del apóstol, como se ha considerado en la *introducción*. La carta contiene un párrafo especialmente dirigido a los hijos, de modo que si la lectura del escrito se hacía en el culto público de la iglesia, es una evidencia que desde el principio del culto cristiano, tanto las mujeres como los niños estaban presentes. Esto no es una novedad de tiempo de la Iglesia, sino que ya se practicaba en las reuniones -por lo menos en las especiales- del pueblo de Israel (Neh. 8:2). Pablo se dirige a los hijos de ambos sexos, como aparece en el término griego que usa¹. En el texto griego la frase es una llamada de atención, como si dijese: “*Vosotros, los hijos*”.

A los hijos se les manda ὑπακούετε τοῖς γονεῦσιν ὑμῶν ἐν Κυρίῳ, *obedecer en el Señor a sus padres*. La exhortación descansa en la obediencia estableciendo nuevamente un mandato al usar el presente de imperativo del verbo obedecer. Los hijos, por tanto, deben obedecer a sus padres. No hay un mandato concreto en la Ley en relación con la obediencia a los padres, sin embargo, está ampliamente extendida en referencias del Antiguo Testamento y es uno de los grandes temas en el Libro de Proverbios: “*Guarda, hijo mío, el*

¹ Griego: τέκνα.

mandamiento de tu padre” (Pr. 6:20), o también: “*Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre*” (Pr. 1:8). Para los padres, los hijos son motivo de tristeza o de alegría, a causa de su comportamiento, por eso Salomón dice: “*El que engendra al insensato, para su tristeza lo engendra; y el padre del necio no se alegrará*” (Pr. 17:21), o también “*El hijo necio es pesadumbre de su padre, y amargura a la que lo dio a luz*” (Pr. 17:25). Sin embargo cuando el hijo es sabio, el corazón del padre está alegre (Pr. 23:15-16), por eso “*mucho se alegra el padre del justo, y el que engendra sabio se gozará con él*” (Pr. 23:24). La obediencia a la enseñanza de los padres producirá una vida abundante para el hijo: “*Oye, hijo mío, y recibe mis razones, y se te multiplicarán años de vida*” (Pr. 4:10), no quiere decir que un hijo obediente viva más tiempo que uno que no lo es, pero tendrá una vida bendecida y gozosa. La obediencia a los padres es expresión de la aceptación de la autoridad divina delegada, por tanto, es una manifestación de obediencia a Dios mismo quien dice: “*Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán*” (Pr. 3:1-2). El hijo que obedece a sus padres entiende lo que ellos representan y se siente orgulloso de ellos, de modo que “*corona de los viejos son los nietos, y la honra de los hijos, sus padres*” (Pr. 17:6). El hijo debe hacer honor al legado moral de sus padres y mantenerlo ante los demás. El mandamiento está respaldado por la instrucción dada en la Escritura y como Palabra de Dios inspirada debe ser obedecida.

La obediencia a los padres se establece en la misma dimensión que la relación de las esposas con los maridos, esto es, la obediencia a los padres es ἐν Κυρίῳ, *en el Señor*. La expresión se omite en varios mss. de los más seguros, por lo que es dudoso que realmente se hubiera escrito así. Sin embargo, el modo de llevar a cabo cualquier acción en la vida de un creyente, sea hijo o sea padre, es “*en el Señor*”. En relación a los hijos como los que viven unidos a Cristo y viven a Cristo, que es ejemplo en esto, sujetándose a sus padres en todo (Lc. 2:51). En la Carta a los Colosenses el mandato descansa no sólo que es justo, sino en que “*agrada al Señor*” (Col. 3:20).

Pero, la obediencia a los padres es una de las expresiones de la práctica de justicia en la vida del creyente y esta obediencia debe extenderse a *todo* (Col. 3:20). De ahí la puntualización del apóstol: τοῦτο γάρ ἐστιν δίκαιον, *porque esto es justo*. No sólo es *bueno*, sino *justo*, por cuanto es un mandamiento expresado en la Ley, norma de máxima expresión de justicia para los hombres, conforme a lo procedente de Dios mismo. Los límites del mandamiento corresponden a la obediencia *en el Señor*, por tanto, todo cuanto quebrante la voluntad expresa de Cristo en su Palabra no puede ser atendido, porque, en cierta medida sería amar más al padre o a la madre que a Cristo mismo (Mt. 10:37). Esta obediencia del hijo al padre tiene que ver con la convivencia dentro

del hogar. El padre es el responsable del orden en el hogar, por tanto, el hijo debe sujetarse a ese orden mientras viva en la familia. Frente a esto, el padre tiene la obligación moral de no establecer mandamientos que puedan herir la sensibilidad del hijo. La mejor forma de establecer estos límites es que el padre se someta él mismo a la disciplina que desea para el resto de los miembros del hogar.

El versículo es en sí mismo un marcador que señala la evidencia de las épocas de apostasía, que aparecerá en los tiempos actuales, “*los postreros días*” y que por esa razón los convertirán en “*tiempos peligrosos*”, una de cuyas características es la *desobediencia a los padres* (2 Ti. 3:2), cuyo pecado está incluido en una larga lista de perversidades morales e incluso naturales que el apóstol relaciona en el escrito a Timoteo. La ausencia del respeto reverente a Dios va acompañada siempre de actos de desobediencia, generalmente unidos a otros de violencia. El desorden de la sociedad actual se pone de manifiesto en la violencia y desobediencia de los hijos a los padres y, en general, hacia los mayores que ejercen cualquier tipo de autoridad sobre ellos. La enseñanza de la Biblia, la devoción en el hogar, la falta de ejemplaridad de los padres, son elementos que conducen a esta situación. El testimonio eficaz ante el mundo que los hijos pueden dar -más adelante se considerará el de los padres- es el de sujeción y obediencia, respeto y lealtad hacia sus padres.

Nuestro Señor es ejemplo, desde el plano de su humanidad, para los hijos cristianos y, como se ha indicado antes, es ejemplo como modelo de sujeción a los padres: “*Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos*” (Lc. 2:51). La referencia histórica tenía que ver con un niño de doce años. Cristo tenía, a causa de su conciencia mesiánica, que había asuntos prioritarios en su vida, *los negocios de su Padre*, en los que le convenía estar, pero, los intereses del Padre comprendían también la sujeción de los hijos a los padres, por tanto, no había que dejar lo primero desatendiendo lo segundo, sino cumpliendo ambas cosas. Los hijos cristianos, tienen en Cristo el modelo a seguir y en su comportamiento con los padres la forma de caminar conforme a la voluntad de Dios.

2. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa.

τίμα τὸν πατέρα σου καὶ τὴν μητέρα, ἥτις ἐστὶν ἐντολὴ πρώτη ἐν
Honra al padre de ti y a la madre que es mandamiento primero con
ἐπαγγελία,
promesa.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la exhortación a los hijos, añade: τίμα, segunda persona singular del presente de imperativo en voz activa del verbo τιμάω, *honrar, apreciar*, aquí *honra*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; πατέρα, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *padre*; σου, caso genitivo singular del pronombre personal declinado *de ti*; καὶ, conjunción copulativa *y*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado declinado *a la*; μητέρα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *madre*; ἥτις, caso nominativo femenino singular del pronombre relativo *la que*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; ἐντολὴ, caso nominativo femenino singular del nombre común *mandamiento, precepto, orden, encargo*; πρώτη, caso nominativo femenino singular del adjetivo numeral ordinal *primera*; ἐν, preposición que rige dativo *con*; ἐπαγγελίᾳ, caso dativo femenino singular del nombre común *promesa*.

En la demanda para los hijos, se determina no sólo la obediencia sino también el cuidado personal. Para ello apela al quinto mandamiento del decálogo, el último de la primera tabla, tal como aparece en la Ley: “*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da*” (Ex. 20:12) y que prácticamente se repite en Deuteronomio (Dt. 5:16), tomando del mandamiento la primera parte: τίμα τὸν πατέρα σου καὶ τὴν μητέρα, *honra a tu padre y a tu madre*. Sorprendentemente el apóstol dice que este es el ἥτις ἐστὶν ἐντολὴ πρώτη ἐν ἐπαγγελίᾳ, “*primer mandamiento con promesa*”, sin embargo el segundo mandamiento del decálogo contiene también una promesa: “...*hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos*” (Ex. 20:6; Dt. 5:10). ¿Cómo debe entenderse la expresión de Pablo? La dificultad hace que algunos traduzcan: “*éste es el primer mandamiento, al que se le añade una promesa*”². Hay quienes sitúan este mandamiento como el primero de la segunda tabla, pero quedaría una con cinco y otra con seis. Los judíos pusieron siempre cinco en cada una y es preferible entenderlo como el último de la primera tabla que contiene los mandamientos que se relacionan con Dios. Es difícil determinar si el adjetivo *primero*³, debe entenderse como *primero* en cuanto a orden o como *primero* en cuanto a primacía o importancia. Esto conllevaría a entender que siendo la primera tabla la que corresponde a Dios y su honra, la primera promesa, en cuanto a orden está relacionada con la fidelidad que se aparta de la idolatría, y la segunda, en relación con la fidelidad a quienes son figura de Dios como padres y dotados de autoridad por Él. De este modo debe entenderse como *primordial* en lugar de cómo primero en cuanto a orden.

² Entre otros Crisóstomo, Teodoreto, Ecumenio, Teofilacto, Cayetano y los modernos Robinson y Meinertz.

³ Griego: πρῶτος.

El alcance del mandamiento tiene que ver con la ayuda que el hijo debe prestar a sus padres cuando éstos lo necesiten. El concepto *honra* va mucho más allá que el de obediencia u honor. Pablo establece el alcance de este término en las instrucciones que da sobre la beneficencia en la Iglesia, especialmente relacionada con las viudas (1 Ti. 5:3, 4). La ayuda a los padres queda extendida no sólo a los hijos, sino también a los nietos. Ayudar a los padres, sobre todo cuando son de edad avanzada y no pueden valerse por ellos mismos, no debe ser delegada a instituciones que lo hacen, salvo que los padres lo deseen y sea de mutuo acuerdo con los hijos. Con todo, mientras sea posible, los hijos deben prestar la ayuda necesaria, el consuelo, el afecto entrañable, la asistencia y el cobijo para los padres que debido a sus circunstancias personales lo requieran.

El mandamiento paulino es preciso. La *honra* a los padres queda establecida no como algo opcional, sino bajo la condición de un mandamiento que procediendo de un apóstol tiene la autoridad del mismo Señor que lo envía (1 Co. 14:37). El mandamiento rompe todo un contexto social y religioso, especialmente notorio entre los judíos y de forma todavía más enfática entre los religiosos fariseos, a cuyo grupo pertenecía el apóstol antes de su conversión. Estos habían ideado un sistema que les permitía eludir la responsabilidad de cuidar de sus mayores: *“Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofensa a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición”* (Mt. 15:4-6). La inmoralidad de aquellos era de tal dimensión que al pronunciar la palabra *corbán*, un hijo no sólo quedaba sin la obligación de atender a los padres, sino que, ¡mucho peor! quedaban obligados a no prestarles ayuda. El texto griego es impactante: *“de ningún modo honrará al padre o a la madre de él”*. Es más, los rabíes entendían que ese era un voto que no podía anularse, porque –según ellos– las cosas ofrendadas a Dios eran más importantes que las dadas a los hombres, por tanto, consagrar una cosa a Dios era suficiente para anular cualquier promesa o la más alta obligación en relación con los hombres, incluidos los deberes hacia los padres. Todavía revestía una mayor gravedad una tradición semejante porque el Talmud enseñaba que la palabra *corbán*, no se refería sólo a algún don especial, sino que podía decirlo una vez para que comprendiese absolutamente todo cuanto pudiera ser de ayuda a los padres, por tanto una sola palabra pronunciada, no bajo el amor a Dios y sus cosas, sino como manifestación de la mas abyecta codicia, le impediría hacer jamás, bajo ningún concepto, cosa alguna a favor de sus padres. Los bienes con que el hijo pudiese socorrer al padre y que por *corbán* dedicaba al templo, no estaba obligado a entregar aquello que había dedicado al templo literalmente, llevándolo al santuario, sino que podía quedárselo indefinidamente para su propio uso, o podía darlo incluso a alguna otra persona pero *jamás*, a aquella

sobre la que había hecho el voto. De modo que el hijo seguía gozando de los bienes, conforme a la casuística farisaica, aunque con ligeras condiciones insignificantes. La tradición enseñaba a los hijos un modo válido y justo para no ayudar a los padres y muchos desalmados usaban el artilugio de la tradición para evitar el cumplimiento de lo establecido por Dios en su ley. Esta tradición *invalidaba*, es decir, *destruía* quitándole toda fuerza a la ley de Dios para sustituirla por los mandatos de hombres que superaban, en este y otros muchos casos, a la Palabra de Dios. Dicha tradición invalidaba el mandamiento porque lo dejaba sin efecto. Ya era un serio pecado quebrantar la ley de Dios, pero uno todavía más grave era enseñarlo a los hombres (Mt. 5:19).

3. Para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.

ἵνα εὖ σοι γένηται καὶ ἔσῃ μακροχρόνιος ἐπὶ τῆς γῆς.

Para que bien te suceda y seas de larga vida sobre la tierra

Notas y análisis del texto griego.

Concluyendo la cita bíblica traslada el texto: ἵνα, conjunción *para que, para*, que es una conjunción locativa final; εὖ, adverbio de modo *bien*; σοι, caso dativo singular del pronombre personal *te*; γένηται, segundo aoristo de subjuntivo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, empezar a existir, hacerse, ser hecho, suceder*, aquí *suceda*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἔσῃ, segunda persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo εἰμί, *ser*, aquí *seas*; μακροχρόνιος, caso nominativo masculino singular del adjetivo que significa *de larga vida*, literalmente *de largo tiempo*; ἐπὶ, preposición propia de dativo, *sobre*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado *la*; γῆς, caso genitivo femenino singular del nombre *tierra*.

Ante la falsedad de los religiosos que buscaban el beneficio personal a costa de no atender a los padres en sus necesidades, el apóstol establece el principio natural para los cristianos consistente en honrar a sus mayores, proveyendo para ellos en sus necesidades. Es la nueva *sociedad* de creyentes, en donde el egoísmo no debe manifestarse y en la que los hijos honran a sus padres con gozo, contribuyendo a su sostenimiento si es preciso. Una razón para cumplir el mandamiento, sigue al versículo anterior: ἵνα εὖ σοι γένηται καὶ ἔσῃ μακροχρόνιος ἐπὶ τῆς γῆς, “*para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra*”, y que a menudo se toma desde el mayor literalismo, como una promesa de bienestar y longevidad. Sin embargo, Dios no promete que por el hecho de cumplir con la ayuda a los padres, los hijos vayan a tener vida cómoda y larga. Lo que sí establece son dos principios fundamentales: El de justicia retributiva, en donde cada uno recibirá conforme a lo que ha sembrado (Gá. 6:7), y el de la bendición por la obediencia a la voluntad de Dios, expresada en el mandamiento de honrar a los padres. El apóstol tomó la referencia bíblica conforme a la LXX, suprimiendo el final que hace referencia a la tierra que

Dios le daba a Israel, en alusión directa a Canaán para darle un sentido genérico al mandamiento, de modo que sirva para todos en cualquier tiempo y lugar.

Debe entenderse bien que el mandato de *honrar padre y madre*, en este lugar del Nuevo Testamento incluye a cualquier tipo de padres, sean cristianos o no. Hay ocasiones en que los hijos, escudándose en que los padres no son temerosos de Dios, los hacen a un lado y no cumplen con ellos el mandamiento de honrarles, esto es no solo una equivocación, sino una desobediencia. Unos padres no cristianos debieran ser tratados esmeradamente, para que con el ejemplo de amor puedan ser atraídos a Cristo. El hijo creyente que no honra a sus padres no creyentes, está quebrantando el mandamiento establecido por Dios mismo. Los hijos cristianos deben servir como modelo absoluto en cuanto a ética social con sus padres, porque tienen un entendimiento espiritual de las cosas que el mundo no tiene. Todo cristiano obra por acción del Espíritu, que reproduce a Cristo en la vida personal, haciéndolo vivencial para cada creyente. Por tanto, si Jesús se sujetó a sus padres y honró a sus padres trabajando en el hogar para el sostenimiento familiar, como *carpintero* que era (Mr. 6:3) obedeciendo en todo la Palabra, así también cuando se hace, no sólo modelo a seguir, sino vida en el creyente, éste se conducirá con sus padres conforme a la nueva vida que se produce en Él, por la presencia de Cristo y el poder del Espíritu.

4. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Καὶ οἱ πατέρες, μὴ παροργίζετε τὰ τέκνα ὑμῶν ἀλλὰ ἐκτρέφετε
 Y los padres no provoquéis a ira a los hijos de vosotros sino nutrid
 αὐτὰ ἐν παιδείᾳ καὶ νοουθεσίᾳ Κυρίου.
 los en disciplina y corrección del Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Del mandamiento para los hijos, pasa a referirse a los padres, vinculando con lo que antecede mediante el uso de Καί, conjunción copulativa y; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; πατέρες, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *padres*; μὴ, partícula de negación que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*; παροργίζετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo παροργίζω, *conducir ira, producir ira, irritar, excitar a la ira*, aquí *provoquéis a ira*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado declinado *a los*; τέκνα, caso acusativo neutro plural del sustantivo que denota *hijos*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; ἐκτρέφετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ἐκτρέφω, *alimentar, nutrir, educar*, aquí *nutrid*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado

los; ἐν, preposición que rige dativo en; παιδεία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota educación, disciplina, pedagogía, corrección; καὶ, conjunción copulativa y; νοουθεσία, caso dativo femenino singular del sustantivo corrección, llamado de atención, buenos consejos; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del título divino declinado del Señor.

Καὶ οἱ πατέρες. El apóstol se dirige especialmente a los padres varones y no tanto a las madres, posiblemente por cuanto va a centrar la exhortación sobre la disciplina y la corrección que conforme a la Escritura corresponde principalmente a los padres varones (Pr. 1:8a). A las madres les corresponde otros cometidos en la educación de los hijos como es la dirección (Pr. 1:8b). Para la madre se reserva la orientación de los hijos (1 Ti. 2:15), en donde el concepto *engendrar* no significa sólo concebirlos y alumbrarlos, sino fundamentalmente conducirlos y criarlos. Pablo enseña que el principal privilegio y la vida de santificación de la mujer está en esta tarea. En el contexto social de los tiempos de Pablo, el ejercicio de autoridad sobre los hijos era llevado a cabo por el padre, en cuyo cometido también colaboraba la madre, pero la disciplina correspondía en última instancia al padre. **La disciplina nunca es una acción punitiva, sino correctora.** La palabra tiene que ver con *pedagogía*, que no es otra cosa que la ciencia que se ocupa de la educación y, por extensión, la enseñanza por doctrina y ejemplo. Siendo este asunto uno de los elementos de orden dentro del hogar y de la familia, hace que el padre, como cabeza sea el responsable delante de Dios de la conducción del hogar. La Biblia pone la disciplina en manos del padre, principalmente en razón de la autoridad delegada de Dios. El Padre Celestial, disciplina a sus hijos y, en esto el padre terrenal se sujeta y actúa con el mismo propósito y orientación (He. 12:5-7).

Μὴ παροργίζετε τὰ τέκνα ὑμῶν. Pablo inicia la exhortación demandando del padre un trato hacia el hijo que no lo *provoque a ira*. El verbo⁴ que utiliza el apóstol es enfático, compuesto de una preposición que intensifica el sentido del verbo que significa *airar, provocar a ira*. No se trata de un gobierno dictatorial, sino de un gobierno establecido en el amor y, sobre todo, en unos padres que se *someten* en el temor de Dios (5:21), buscando siempre el bien del hijo. No es un asunto de obediencia que pone de manifiesto la autoridad, sino de un trato que busca la correcta orientación de la vida del hijo conforme a lo que Dios establece en su Palabra, no sólo para el hijo, sino mayormente para el padre que ha de servirle de ejemplo. El ejercicio de la disciplina es esencial para la vida del hijo, pero, junto con él está también una conducta que respeta la personalidad del hijo y evita, por todos los medios, conducirlo a una rebeldía interna contra la imposición del padre.

⁴ Griego: παροργίζω.

Una de las obligaciones del padre está en la enseñanza del hijo. Este es un elemento fundamental en la *pedagogía*. La Biblia es clara en este sentido: “*Hijo mío, guarda mis razones, y atesora contigo mis mandamientos. Guarda mis mandamientos y vivirás, y mi ley como las niñas de tus ojos. Lígalos a tus dedos; escríbelos en la tabla de tu corazón*” (Pr. 7:1-3). La enseñanza sobre la conducta del hijo está vinculada absolutamente a la Palabra, de modo que la enseñanza basada en ella condiciona y orienta el comportamiento del hijo. La enseñanza es también asunto de la madre (Pr. 1:8, 9; 6:20). Esta enseñanza es la principal fuente de la pedagogía de los padres para con los hijos, y una necesidad vital para equipar al hijo en el camino de la vida: “*Entonces andarás por tu camino confiadamente, y tu pie no tropezará*” (Pr. 3:23). No debe olvidarse que la ciencias producen *técnicos*, pero solo la Biblia produce *sabios*, porque sólo Jehová da la sabiduría (Pr. 2:5). La enseñanza a los hijos debe comenzar desde que son capaces de entender algo: “*Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él*” (Pr. 22:6). La enseñanza basada en la Palabra conduce al hijo en una senda segura: “*Cuando anduvieres, no se estrecharán tus pasos, y si corrieres, no tropezarás*” (Pr. 4:12). Una enseñanza pedagógica y bíblica produce personas honorables en la sociedad: “*Engrandécela, y ella te engrandecerá; ella te honrará, cuando tú la hayas abrazado. Adorno de gracia dará a tu cabeza; corona de hermosura te entregará*” (Pr. 4:8-9). Pero, en todo caso, la enseñanza no puede ser impositiva sino razonada. El padre que enseña al hijo y que, por esa misma razón, establece también prohibiciones en cuanto a comportamiento, debe explicar por qué lo hace: “*Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti... entonces entenderás justicia, juicio y equidad, y todo buen camino... La discreción te guardará... Para librarte del mal camino*” (Pr. 2:1, 9, 11, 12). De la misma manera que Dios establece su enseñanza e indica las razones finales de los actos que ejecuta y de los mandamientos que establece, así también el padre con su hijo. Pero, **para poder enseñar hay primero que aprender**. No puede pretenderse que un padre eduque a su hijo conforme a lo que la Palabra establece si él no estudia, medita y dedica tiempo a la Biblia. **La enseñanza correcta va acompañada del ejemplo de quien enseña**: “*Camina en integridad el justo; sus hijos son dichosos después de él*” (Pr. 20:7). **No podemos esperar cualidades en los hijos que primero no hayan visto en los padres.**

Otro asunto importante en el versículo es el tipo de actuación del padre que cría a sus hijos en *disciplina*. Esta palabra tiene que ver siempre con enseñanza positiva y nunca con castigo penal. La corrección se establece en la Palabra: “*Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma*” (Pr. 29:17). Pero en todo esto hay un magnífico equilibrio: *Criar a los hijos en disciplina y amonestación, pero sin provocarlos a ira*, es también la enseñanza de la Escritura: “*Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se*

apresure tu alma para destruirlo” (Pr. 19:18). La disciplina es necesaria a causa de la naturaleza humana: *“La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él”* (Pr. 22:15). No corregir a un hijo es una clara manifestación de falta de amor hacia él, porque *“el que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”* (Pr. 13:24). La corrección es fundamentalmente por convicción, es decir, mediante palabras, por tanto *“el necio menosprecia el consejo de su padre; mas el que guarda la corrección vendrá a ser prudente* (Pr. 15:5). ¿Establece la Palabra un castigo corporal con vara, palo, o algo semejante para corregir a los hijos? Entender que es así, es decir, que al hijo hay que golpearlo para que aprenda algo, es una interpretación procedente de un pietismo literalista extremo. Cuando en el hebreo se lee sobre *vara* en el ejercicio de la disciplina, no está refiriéndose necesariamente a golpear, sino al ejercicio de una disciplina seria en un nivel alto, de ahí que se insista: *“La vara y la corrección dan sabiduría”* (Pr. 29:15) y *“no rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara y librarás su alma del Seol”* (Pr. 23:13-14). El término hebreo traducido por vara equivale a corrección severa o azote de Dios, como lo usa el Salmo: *“Entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades”* (Sal. 89:32), no siendo posible entender literalmente la figura, sino en el sentido de una disciplina enfática con la que Dios corrige las desviaciones de los suyos. La vara tiene relación con la seguridad y da descanso (Sal. 23:4). Dios establece la disciplina no para castigar sino para que el creyente participe de Su santidad (He. 12:10). Esta acción correctora da *“fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”* (He. 12:11). El término *vara* en la palabra hebrea utilizada en los textos antes citados, sólo se refiere una vez en toda la Escritura al hecho de golpear a alguien con un palo, que en modo alguno se trata de un hijo, sino de un esclavo rebelde (Ex. 21:20). La exhortación de la Escritura, cuando menciona la vara se refiere a no escatimar una disciplina fuerte.

La disciplina rígida, victoriana, no encaja en modo alguno en ningún concepto bíblico y mucho menos en el texto que se comenta. De este modo escribe el Dr. Martín Lloyd-Jones:

“Anteriormente teníamos lo que hoy la gente llama, con tono burlón, la perspectiva victoriana respecto de la disciplina. Admitamos inmediatamente y con toda franqueza que, sin lugar a dudas, esa conducta había excedido sus límites. Fue una conducta represiva, muchas veces brutal; con todo se puede decir que algunas veces fue inhumana. El padre victoriano, el abuelo victoriano, constituyen un tipo bien conocido y bien reconocido. En su concepto de paternidad y de la disciplina familiar había un elemento -ciertamente un elemento considerable- de tiranía. Los hijos eran gobernados severa y ásperamente y se decía que, los hijos deben ser vistos pero no oídos. Y por

cierto, esa actitud era puesta en práctica. A los niños no se les permitía expresar su opinión, con frecuencia no se les permitía hacer preguntas; se les indicaba qué hacer, y tenían que hacerlo; y si se rehusaban eran castigados con gran severidad. No necesitamos dedicar mucho tiempo a esto; es algo que ha sido atacado, ridiculizado y caricaturizado de tal manera que todo el mundo, sin lugar a dudas conoce el cuadro. La mayoría de nosotros probablemente no tengamos suficiente edad para recordarlo en la práctica, excepto aquellos que hayan pasado los sesenta años; sin embargo, todos nosotros conocemos el cuadro y la idea en general. Esa era la situación hace aproximadamente cien años, situación que continuó en forma más o menos igual hasta la Primera Guerra Mundial”⁵.

Sin embargo, de una situación abrumadora en cuanto a disciplina, hemos pasado al polo opuesto que conduce a un libertinaje en la sociedad producto de la crianza de los hijos sin limitaciones establecidas, en un mal entendido sentido de la libertad. Esta forma está establecida sobre los principios de la *tolerancia* o, tal vez mejor, de lo que se llama *nueva tolerancia*, que es no imponer normas a otros para que no se coarte en nada su libertad. Este aspecto afecta profundamente al cristianismo actual que ha llegado a diferenciar el Dios del Antiguo Testamento, como el Dios de las venganzas y de la ira, y el del Nuevo Testamento que es el Dios de la gracia, por tanto, la disciplina firme corresponde al Antiguo y la tolerancia al Nuevo Testamento. Tal disposición conduce inexorablemente a quebrantar el mandamiento que el apóstol establece aquí: ἐκτρέφετε αὐτὰ ἐν παιδείᾳ καὶ νοουθεσίᾳ Κυρίου, “*Padres...criadlos en disciplina y amonestación del Señor*”. El haber abandonado la enseñanza de la Biblia, la lectura de la Palabra en los hogares y en los colegios, las normas éticas como un asunto del pasado, están trayendo como resultado la violencia infantil y juvenil en la sociedad actual. La idea de que no se debe obligar a un niño a hacer lo que no quiere conduce inexorablemente a la creación de una sociedad infantil, adolescente y juvenil que se convierte en tiranos de los mayores y árbitros de sus propias pasiones, miserias y libertinaje. Este pensamiento se establece en la mentira humanista de que el hombre es eminentemente bueno y que los fracasos de conducta se deben a dificultades propias y naturales en el individuo. La Biblia afirma lo contrario: “*No hay justo ni aún uno*” (Ro. 3:10). Cuando se coloca la Palabra a un lado para seguir el pensamiento humano, las consecuencias que deben esperarse no son otras que aquellas que están afectando nuestro mundo y nuestra sociedad.

El mandato del apóstol es enfático: “*Padres someted a vuestros hijos a la disciplina y amonestación, pero hacedlo correctamente*”. La forma correcta

⁵ Martín Lloyd-Jones. o.c., pág. 236.

tiene que ver, primeramente con el término *criadlos*. El verbo griego⁶ usado por Pablo, tiene que ver con *nutrir*, *alimentar* y de ahí *educar*. A los padres hombres se les llama a *nutrir* a los hijos, que en el sentido más primario de la palabra es darles el alimento necesario, cosa que corresponde a la madre en el nacimiento y a la atención de los padres en cuanto a comida. Sin embargo, lo que Pablo está enseñando aquí es que la disciplina correctamente establecida descansa en darle al niño el ejemplo imitable de su padre. Nutrir equivale a darles de la propia sustancia. En ese sentido Pablo apela a los padres para que sean, ante todo, ejemplo a sus hijos. Ningún padre puede establecer reglas de disciplina en el hogar que él mismo esté quebrantando. Puede exigir lealtad hacia la madre si él la está practicando con su esposa. Debe pedir una vida piadosa, si él es ejemplo de esa vida que demanda. Debe pedir compromiso si él es un hombre comprometido. De otra manera, es como si Pablo dijese: *Padres, no pidáis ni disciplinéis a vuestros hijos en aquello que vosotros no estéis dispuestos a cumplir.* Este *criar* a los hijos descansa en la *disciplina*, la pedagogía que conduce al hijo por el camino de la ética honesta y justa. Se trata de un ejercicio continuado de enseñanza. No es simplemente establecer una normativa que ha de cumplirse, sino de enseñar las razones éticas que la amparan y, sobre todo, conducir a los hijos hacia la Palabra, única norma de ética para el cristiano. La segunda base de la disciplina tiene que ver con la *amonestación*, que no es otra cosa que hacer presente alguna cosa para que se considere, procure o evite. Amonestar es esencialmente *prevenir*, esto es, venir al lado de uno para ayudarle orientándole y conduciéndole hacia el camino correcto.

La disciplina del padre ha de ser tan positiva que μή παροργίζετε, *no provoque ira* en los hijos que son disciplinados, es decir, que no genere actitud de resentimiento hacia los padres. Cuando un padre disciplina a su hijo en una forma que genera resentimiento en el hijo, está haciendo un mal mucho mayor que el bien que pretende. Lo que Pablo está demandando es que en el ejercicio de la disciplina el padre no debe actuar por impulsos propios o mucho menos por gustos personales. El hijo nota enseguida que las demandas que se le establecen nacen de un criterio personal del padre pero no tienen sustento bíblico. Esto incluye naturalmente las reacciones temperamentales del padre. La educación de un niño tiene que estar libre de situaciones en las que el disciplinado nunca pueda predecir cual va a ser el estallido de ira de su progenitor. La rebeldía de muchos hijos contra la disciplina paterna viene producida por determinar si su padre está de buen o mal humor cuando se relaciona con él. Muchos padres no son gobernados por la razón sino por los sentimientos más primarios en su conducta. Por otro lado el padre debe estar dispuesto siempre a escuchar las razones que su hijo da de sus propios actos.

⁶ Griego: ἐκτρέφω.

Nada hay más irritante para un hijo que saber que sus razones nunca serán atendidas por el padre, que lo único que pretende es establecer sus reglas y normas sin tener en cuenta las atenuantes que puedan afectar a cada caso concreto de la conducta del hijo. De igual modo el egoísmo del padre puede despertar este estado de ira en su hijo, cuando el padre impone sus gustos personales sin tener en cuenta para nada la personalidad de su hijo, sus gustos y sus deseos. Un padre posesivo es un padre tirano. El padre posesivo no permite desarrollar la personalidad de su hijo, convirtiendo la disciplina en la peor de las tiranías. Para establecer una norma y determinar una disciplina, el padre tiene que tener razones lógicas para hacerlo que sean comprensibles y que necesariamente han de ser explicadas a sus hijos. **Para establecer una disciplina debe haber una razón lógica para hacerlo.** La razón de la sinrazón es aquella que lleva a un padre a decir a su hijo: *“Esto se hace así porque lo digo yo”*. Esto es la antítesis de la disciplina. **La disciplina nunca es represiva ni severa, sino llena de gracia, comprensión y amor.** En asuntos como formas de vestir, de relaciones sanas, de gustos personales, el padre ha de tener mucho cuidado de no imponer sus gustos sobre los de su hijo, y simplemente ha de orientarlo en aquello que sea más acorde con lo que Dios establece en su Palabra.

Esto nos lleva a un punto crucial para entender el texto que estamos considerando: ἐκτρέφετε αὐτὰ ἐν παιδείᾳ καὶ νοουθεσίᾳ Κυρίου, *“criadlos en disciplina y amonestación del Señor”*. Es decir, sólo es lícito aquello que corresponda a lo que se debe llevar a cabo en el Señor o, si se prefiere de otro modo, a una actuación que corresponda con lo que el Señor hubiera hecho en cada una de las circunstancias que envuelven el acto de la disciplina. Hacer algo en el Señor conduce a dos principios básicos desarrollados en la *Carta*. Primeramente la norma de orientación en toda disciplina es la Palabra. Una referencia de la Ley ayudará a entender esto: *“Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas”* (Dt. 6:6-9). Aparentemente los versículos son reiterativos de un mismo tema; para algunos sería suficiente con que dijese el Señor: *“sujetaros en todo a la Biblia”*, pero el Espíritu nunca usa demasiado ni menos de lo necesario. La primera condición para el correcto funcionamiento de una relación entre padres e hijos tiene que ver con que la Biblia ejerza autoridad absoluta sobre los padres: *“Estas palabras... estarán sobre tu corazón”*. No se trata de tenerlas en la mente, sino de que estén gobernando el corazón, en donde se asientan los sentimientos y la voluntad que da lugar a las acciones. De otro modo, la primera necesidad de un padre en la correcta educación de su hijo es que la Palabra esté controlando su vida en plenitud. Quiere decir esto que el padre ha de ser un verdadero lector, conocedor y obediente a la Escritura. En

segundo lugar la Palabra ha de ser comunicada los hijos. Sin embargo, el que la repita no significa que lo haga para que el niño la conozca simplemente de memoria o memorice los textos que el padre le enseña, sino que cada acto relativo a la disciplina del hijo debe descansar en una manifestación clara de la Palabra. El hijo sabrá que cuanto el padre demanda de él, no sale de su capricho personal, sino de aquello que Dios demanda en su Palabra. En tercer lugar, los asuntos del hogar se han de contemplar a la luz de la Biblia: *“hablarás de ellas estando en tu casa”*. Las conversaciones del hogar corresponderán a la ética bíblica, de ahí que *“ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”* (4:29). Todo asunto relacionado con lo que no edifica debiera estar desterrado de las conversaciones que los hijos oigan en el hogar. Dentro de la relación en el hogar, las preguntas que un hijo haga sobre aspectos de ética personal, han de ser contestadas a la luz de la Biblia y nunca bajo el criterio humano del padre. Una nueva dimensión tiene que ver con lo que el Señor establecía en la Ley: *“y andando por el camino”*. El camino es símbolo de testimonio, porque es el lugar en donde se hace más visible en caminar de la persona. Toda la conducta del hogar que incluye primeramente la del padre, como ejemplo de ella, ha de estar regulada por la Biblia. Ningún padre puede prohibir lo que la Escritura no prohíba, ni transigir en aquello que abiertamente no transija la Palabra. El último pensamiento en el hogar debiera ser un pensamiento edificante en relación con la Palabra, que lleve a reconocer las bendiciones divinas a lo largo de la jornada, por eso el Señor dice: *“y al acostarte”*. Por la mañana la Biblia debe abrir la jornada: *“y al levantarte”*. La mente del hijo con un pensamiento bíblico antes de salir para sus quehaceres, estará orientada hacia lo que Dios desea y su voz, eficaz siempre, conducirá al hijo por sendas de justicia. Ningún padre creyente debe olvidar que es la Palabra la que sirve para hacer limpio el camino del joven (Sal. 119:9). La Palabra debe ser el elemento que controle la conducta laboral de toda la familia, por eso se presenta como *atada en tu mano*. Sobre esto seguirá enseñando el apóstol en lo que sigue de la *Carta*. La orientación de la vida familiar, la disciplina que se establezca, han de ser controladas mediante una visión conforme a Dios, de ahí que la Biblia debe estar *“como frontales entre tus ojos”*, una hermosa figura de la orientación que en la forma de ver las cosas ha de tener la Escritura. Además, la Palabra ha de estar próxima al padre y, por consiguiente a cada uno de los miembros de la familia: *“Las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas”*. La idea literalista de que la Biblia debe estar decorando las paredes del hogar y que el mejor medio de defensa espiritual es llenar de textos el hogar, no tiene ningún sustento bíblico. La enseñanza aquí es que la Biblia debe estar a mano -paredes- y en las decisiones como *entrar y salir* -puerta- para que fácilmente se acceda a ella. La primera gran demanda para una correcta disciplina *“en el Señor”* es que sea establecida sobre las demandas de la Palabra y en obediencia a ella. A esta disciplina no se someten los hijos solamente, sino también el padre. Una

segunda forma de establecer la disciplina “*en el Señor*” tiene que ver con una vida en la plenitud del Espíritu (5:18). El padre, en el Espíritu, se *somete* al hijo, buscando su bien sobre todos los demás aspectos (5:21), y de la misma forma el hijo al padre. La disciplina solo es posible en amor. Cuando haya falta de amor en el ejercicio de la disciplina debe dejar de ejercerse, ya que el fruto del Espíritu es “*amor*” (Gá. 5:22). El padre no puede pensar primeramente en él y luego en el hijo, sino justo al revés, porque esa es la forma del pensamiento de Dios de amor hacia nosotros. El padre debe entender que el hijo es un regalo que la gracia de Dios le otorga para que bajo su cuidado responsable y rodeado de amor, pueda ser conducido como persona hacia Dios mismo, alcanzando en el conocimiento de Él y del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, la vida eterna. En otras palabras, el hijo, es una persona encomendada al padre para conducirlo a Dios. Nada tiene que ver esto con establecer en la mente del hijo el concepto de religión, vacía de contenido y solo revestida de formas. La hipocresía de un comportamiento estereotipado conduce al fracaso de muchos hijos de creyentes, que son introducidos en preceptos religiosos, pero que no han sido llevados al amor de Dios en Cristo. Muchos hijos se rebelan, no sólo contra los padres, sino contra Dios mismo, por haber sido disciplinados en la angustia de un sistema pietista de negación y tristeza, propio de quienes adoran la Biblia, pero desconocen al Dios de la Biblia.

Siervos y amos (6:5-9).

5. Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo.

Οἱ δοῦλοι, ὑπακούετε τοῖς κατὰ σάρκα κυρίοις μετὰ φόβου καὶ
 Los siervos obedeced a los según carne señores con temor y
 τρόμου ἐν ἀπλότητι τῆς καρδίας ὑμῶν ὡς τῷ Χριστῷ,
 temblor en sencillez del corazón de vosotros como - a Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

Terminada la exhortación a los padres y a los hijos, pasa a considerar las relaciones en el trabajo, entre siervos y amos: Οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; δοῦλοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *siervos, esclavos, criado, funcionario*; ὑπακούετε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ὑπακούω, *obedecer, estar sometido*, aquí *obedeced*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; κατὰ, preposición que rige acusativo *según*; σάρκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *carne, humanidad*; κυρίοις, caso dativo masculino plural del nombre común *señores*; μετὰ, preposición que rige genitivo, *con*; φόβου, caso genitivo masculino singular del nombre común *temor, miedo, respeto profundo*; καὶ, conjunción copulativa y; τρόμου, caso genitivo masculino singular del sustantivo que

denota *temblor*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀπλότητι, caso dativo femenino singular del nombre común *sencillez, sinceridad, generosidad*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; καρδίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo *corazón*; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Χριστῷ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

De nuevo es preciso recordar que todas las regulaciones establecidas a partir de 5:18, obedecen al hecho de una vida en la plenitud del Espíritu. Es por esta razón que el creyente puede *someterse unos a otros*, en el temor de Dios (5:21), por tanto, lo que es sumisión voluntaria en bien del otro en el campo del matrimonio y de la relación paterno-filial, lo es también en el aspecto del trabajo dependiente. Las exhortaciones están dirigidas a un tercer grupo social en los tiempos de Pablo. El primero era el de los matrimonios, el segundo el de los padres e hijos y el tercero el de los amos y siervos.

El apóstol se está dirigiendo a los οἱ δοῦλοι, *los siervos*, que en el contexto histórico de la *Epístola*, eran generalmente *los esclavos*; aunque el término que utiliza en el griego⁷ comprende a los siervos tanto en la condición de esclavo, como de subordinado en general, como un criado o incluso un funcionario en la administración. Sin embargo la alusión es evidente al situar a estos siervos bajo τοῖς κατὰ σάρκα κυρίοις, *los amos según la carne*, es decir, *amos terrenales*, lo que solo es posible en la condición de un esclavo y de su señor. Por tanto el apóstol se está dirigiendo a quienes trabajaban en las condiciones más duras: *los esclavos*. La esclavitud era en ocasiones una forma de vida sujeta a privaciones e incluso atrocidades. El apóstol no está diciendo que el cristiano tiene que vivir en una condición de trabajo humillante como si eso fuera lo mejor o como si hubiera virtud en el sufrimiento. Él mismo aconseja al esclavo que si puede conseguir su libertad que lo haga (1 Co. 7:21). Aplicado al momento presente, lo que se está regulando aquí es la ética que debe seguir el creyente mientras esté en una determinada relación de dependencia laboral, obedeciendo a los dirigentes de la empresa. La Biblia no autoriza, en modo alguno, la subversión laboral en cualquier aspecto que pueda manifestarse. Lo que está enseñando en la práctica es que quienes están llenos del Espíritu deben someterse unos a otros, y en ese sentido, está la sumisión de los siervos a los amos. Las tensiones en el mundo laboral generan conflictos que se hacen particularmente sensibles a quienes dependen de esta relación para el sustento cotidiano. Pero, la enseñanza aquí no está dirigida a la sociedad en general, sino específicamente a cristianos verdaderos, que nada tienen que ver, en cuanto a forma de vida, con el resto del mundo, no porque no tengan o

⁷ Griego: δοῦλος.

sientan sus problemas, sino porque han sido regenerados por el Espíritu y tienen una naturaleza nueva, cuyo pensamiento contrasta abiertamente con el del mundo porque “no son del mundo” (Jn. 17:14, 16). El cambio es tan profundo como lo expresa antes el apóstol: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (5:8). El ámbito y alcance de la enseñanza supera cualquier propuesta social, por buena que sea, de cualquier tiempo. La razón de esta sumisión tiene que ver con el testimonio cristiano: “Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos... honrad a todos... criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar” (1 P. 2:15, 17, 18). Es necesario entender bien que el asunto no es tanto el de una relación entre hombres, sino de la relación entre el creyente y Dios. Generalmente se abordan los temas de conflicto social desde los matices humanos del problema. Algunos en un sentido y otros en otro. Hay quienes defienden un principio de autoridad humana al que debe someterse sin condiciones cada trabajador, y hay otros que se desplazan hacia principios sociales en la teología de la liberación. Todos ellos, en diferentes aspectos abordan el problema sin un enfoque correcto, porque no es lo que ocurre en el plano de los hombres lo que define la postura de un verdadero cristiano, sino lo que sucede en la relación entre el cristiano y el Señor en cuya esfera se producen los acontecimientos del vivir diario. Es muy interesante observar que cuando se preguntó a Jesús sobre cual era el primer mandamiento de la Ley, el Señor respondió que era el de amar a Dios sobre todas las cosas y añadió un segundo también importante consistente en amar al prójimo como a uno mismo (Mt. 22:39). Esto es, en la medida en que exista una correcta relación con Dios, así también la existirá con el prójimo. En la medida en que se produzca una correcta relación con el Señor celestial, así también la habrá con los señores terrenales.

Sobre estas premisas se establecen los elementos de la relación entre los siervos y los amos. La primera es μετὰ φόβου καὶ τρόμου, “con temor y temblor”. Enormemente sorprendente es esta manifestación de Pablo. La expresión se usa habitualmente en la Biblia para referirse a Dios. Una de las veces en que aparece se lee textualmente: “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Fil. 2:12b). En este texto la referencia a salvación tiene que ver con la santificación, que es la salvación en la práctica de cada día. Las obras correctas de los creyentes sirven para que las gentes glorifiquen a Dios por esa conducta (Mt. 5:16). El Señor determina, junto con el mandamiento de alumbrar, el modo de hacerlo: “para que vean vuestras buenas obras”. Es el evangelio silencioso que se expresa con acciones y no con palabras. La vida en luz del creyente no alumbra para que el mundo vea al creyente y lo alabe a él por sus buenas acciones, sino que sea un elemento para glorificar a Dios. Las buenas obras son evidencia visible de la fe salvífica. Es cierto que el creyente

no se salva por obras, pero se salva para obras. De modo que la fe que no obra, es decir, que no opera en una manifestación de vida transformada, no es verdadera fe, sino mera credulidad (Stg. 2:17, 26). Las buenas obras no se hacen para ser santos, sino porque se es santo. Es decir, no se hacen para santificación, sino como expresión visible de ella. No es suficiente que los hombres oigan el evangelio predicado por los creyentes con buenas palabras, es preciso que lo vean expresado en las buenas obras de quienes lo predicán. Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo personal del cristiano, sino el estilo propio de vida de quien ha sido salvo. Es un obrar en consonancia con la voluntad de Dios, que determinó de antemano el buen obrar para que el creyente ande en Él (Ef. 2:10). Es necesario entender bien que Dios no estableció esas buenas obras para que el creyente *las practique*, sino para que *ande* en ellas, es decir para que el buen obrar, el pasar *haciendo bienes*, sea el modo natural de su vida. Este buen obrar conforme a la voluntad de Dios fue manifestado por Cristo, quien anduvo *haciendo bienes* (Hch. 10:38), por tanto, sólo es posible vivir en la dimensión que Dios demanda en la medida en que se viva a Cristo, y esto depende de la entrega y sujeción a la dirección y control del Espíritu (Gá. 5:16). Las buenas obras no son el resultado del esfuerzo religioso, sino el estilo de vida del salvo, operado en su intimidad por el poder de Dios (Fil. 2:12-13). El objetivo final del mandato de Jesús tiene que ver con la gloria de Dios. Que Dios sea glorificado por la conducta y testimonio de sus hijos. Es necesario entender claramente que cuando Dios salva a alguien lo hace con un propósito principal, que sea glorificado en él. Por tres veces enfatiza el apóstol Pablo esta verdad, que Dios salva para alabanza de su gloria (Ef. 2:6, 12, 14). El creyente está puesto para glorificar a Dios. Ese debe ser el objetivo principal que motive toda acción: “*Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios*” (1 Co. 10:31). Una buena forma de entender lo que es correcto o no en la vida cristiana es preguntarse si se puede dar gracias a Dios por lo que se está haciendo, o si aquello está glorificando a Dios. En el pasaje se menciona por primera vez en el Nuevo Testamento la relación paterno-filial de Dios con el creyente. Dios es para el creyente *el Padre que está en los cielos*. Por tanto, quien tiene a Dios por Padre debe reflejar su carácter, “*pues como Él es, así somos nosotros en este mundo*” (1 Jn. 4:17). El mandamiento del Señor se traslada a la Iglesia en los escritos apostólicos, cuando se dice: “*manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras*” (1 P. 2:12). El proceso es sencillo y claro: El creyente practica y sigue una vida de buen obrar. El mundo le observa. Dios es glorificado por el estilo de vida del que se llama su hijo. Esta enseñanza del *Sermón del Monte*, sirve para entender que la alabanza no es una *actividad*, sino una *actitud*, que no se alaba con ciertas formas, como el cántico y la oración, sino con cada momento de la vida cristiana. De otro modo, el creyente alaba o desprestigia a Dios con su vida. La primera relación con los dueños, los amos,

los que están en autoridad sobre quien sirve, es el *respeto*. El *temor y temblor* es el estado propio de aquel que conoce su responsabilidad como testigo de Cristo y que sabe que su comportamiento compromete el buen nombre de Dios. El temor a Dios es el principio de la sabiduría (Sal. 111:10) y el secreto de la justicia (Pr. 8:3). El temor a Dios en cualquier esfera distingue al creyente de quien no lo es (Sal. 147:11). Este respeto es necesario en toda relación laboral. Es necesario seguir enfatizando que las relaciones horizontales del creyente son consecuencia de una correcta relación vertical. Por esa razón la vista del cristiano no puede estar puesta en asuntos terrenales para darle prioridad, sino en asuntos celestiales de modo que si verdaderamente se ha resucitado con Cristo la mira estará puesta en las cosas celestiales donde está el verdadero interés del hijo de Dios (Col. 3:1-2). Si el objetivo del creyente es perfeccionar la santificación en el temor de Dios (2 Co. 7:1), lo es también en todo cuanto tiene que ver con sus actividades laborales.

Una segunda demanda es servir con ἐν ἀπλότητι τῆς καρδίας ὑμῶν “*sencillez de vuestro corazón*”. Dos palabras interesantes son *sinceridad* y *sencillez*. La primera tiene que ver con aquello que no oculta nada. Los orificios hechos en una madera por un carpintero se tapan luego con cera, de ahí que lo que es *sincero* es aquello que no oculta nada a la vista. La segunda, *sencillez*, tiene que ver con un comportamiento *sin doblez*, que no procura aparentar lo que no es. La sencillez de vida es la consecuencia de la sencillez de corazón. El cristiano debe ser un hombre *sin doblez*, siempre de la misma forma y en la misma actitud se mire por donde se mire. Es alguien cuya ética permite fiarse de él.

Todo esto es la consecuencia de servir a los hombres como ὡς τῷ Χριστῷ, “*a Cristo*”. Pablo coloca al creyente en la única posición posible, bajo un único Dueño, que es Cristo. El cristiano ha sido comprado por precio (1 P. 1:18, 19), por cuya causa ya no se pertenece, ni pertenece a ningún otro (1 Co. 6:19, 20). El servicio en el mundo del trabajo, no es un servicio para los hombres, sino un servicio a Cristo en medio de los hombres. Por tanto, todo cuanto tiene que ver con la relación laboral se convierte para el cristiano en algo sagrado, porque debe ser hecho para el Señor. El alcance de esta dimensión es excepcionalmente elevado. La obediencia diaria de un esclavo a su dueño - poniéndonos en la peor de las circunstancias para trabajar- tiene una relación vinculante con Cristo, es decir, es un servicio que requiere obediencia, lealtad y profundo respeto porque se presta a Cristo. La obediencia a los amos es prueba distintiva de la obediencia a Cristo. La versión RV traduce “*obedeced a vuestros amos terrenales*” pero, en el texto griego se lee distintivamente “*a los según la carne, señores*”⁸, de manera que el *señor según la carne* para el

⁸ Griego: τοῖς κατὰ σάρκα κυρίοις

esclavo es tipo del Señor. Tal entendimiento facilita el servicio al amo terrenal aunque su relación humana sea insoportable, ya que la sitúa por encima de todas las relaciones humanas y la coloca sobre cualquier defecto o maldad los amos *terrenales* puedan tener.

6. No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios.

μη κατ' ὀφθαλμοδουλίαν ὡς ἄνθρωπάρεσκοι ἀλλ' ὡς
 No según servicio al ojo como el que trata de agradar a los hombres sino como
 δοῦλοι Χριστοῦ ποιοῦντες τὸ θέλημα τοῦ Θεοῦ ἐκ ψυχῆς,
 siervos de Cristo haciendo la voluntad - de Dios de alma.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, añade: *μη*, partícula negativa que hace funciones de adverbio de negación condicional *no*; *κατ'*, forma escrita de la preposición de acusativo *κατά*, *según*, por elisión ante vocal con espíritu suave; *ὀφθαλμοδουλίαν*, caso acusativo femenino singular del nombre común que significa *servicio al ojo*; *ὡς*, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa *ἄνθρωπάρεσκοι*, caso nominativo masculino plural del adjetivo que designa *el que trata de agradar a los hombres*; *ἀλλ'* forma escrita ante vocal de la conjunción adversativa *ἀλλά* que significa *pero, sino*; *ὡς*, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; *δοῦλοι*, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *siervo, esclavo*; *Χριστοῦ*, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Cristo*; *ποιοῦντες*, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo *ποιέω*, *hacer, crear, realizar*, aquí *haciendo*; *τὸ*, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; *θέλημα*, caso acusativo neutro singular del nombre propio *voluntad*; *τοῦ*, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; *Θεοῦ*, caso genitivo masculino singular del nombre declinado *de Dios*; *ἐκ*, preposición de genitivo *desde, en*; *ψυχῆς*, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *alma*.

Una nueva condición completa la forma de comportamiento de los siervos ante los amos y, en general, del empleado con el patrono, se trata de trabajar a *pleno rendimiento*. El creyente ha de rendir en su trabajo cuando están presentes los superiores o cuando no lo están. Esa es la figura del leguaje que utiliza aquí: *μη κατ' ὀφθαλμοδουλίαν*, “*no sirviendo al ojo*”, que indica un servicio dedicado cuando hay vigilancia o presencia de los que ocupan lugares de jefatura. Una forma sencilla de entender lo que Pablo está tratando de enseñar es que los siervos cristianos deben obedecer en todo, sin estar mirando permanentemente a los señores sino al trabajo que están realizando. Es normal que en muchas ocasiones los trabajadores rindan solo cuando hay vigilancia sobre ellos. En una ocasión presencié a un grupo de operarios del mantenimiento de jardines de nuestra ciudad que vinieron en un vehículo

municipal para trabajar en los que están frente a nuestra casa. Mientras el supervisor estaba presente ordenando el trabajo y viendo como iniciaban la tarea, todo era diligencia y rendimiento, pero, en cuanto subió al vehículo municipal y salió del lugar, los operarios comenzaron a trabajar con más calma, hasta que alguno detuvo de todo la labor para conversar con sus compañeros apoyado en el mango de la herramienta. Pasado un tiempo uno de ellos dio el aviso de que volvía el vehículo municipal y todos ellos reanudaron el trabajo con aparente entrega. Sólo trabajaban a pleno rendimiento cuando tenían sobre ellos vigilancia. El cristiano no sirve a un amo que está presente en ocasiones, sino al Señor que con su continua presencia verifica la actividad que desarrolla el creyente en el trabajo, a cuya mirada nadie puede sustraerse. La falta de rendimiento en las actividades laborales es un mal testimonio ante el mundo. Cuando un creyente rinde en el trabajo en presencia de sus superiores y rebaja el rendimiento en ausencia de ellos cae en dos graves pecados: Primeramente es un *hipócrita*, porque aparenta diligencia cuando realmente es un haragán. En segundo lugar es un *ladrón*, por cuanto está apropiándose de un salario que se da en contraprestación al trabajo diligente para el que se le ha contratado. La Biblia enseña que un creyente no debe ser un mentiroso y la hipocresía es una forma de mentir. El bajo rendimiento, aún en lo que se conoce como *reivindicaciones laborales*, no es, por lo menos, honesto y lícito para un cristiano. La razón para el rendimiento pleno en el trabajo es la misma que se indicó en el texto anterior: El creyente es siempre servidor de Cristo, por tanto, su conducta tiene que ver esencialmente con la relación con su Señor. Pablo es muy enfático en la precisión de la enseñanza, no se trata de ἀνθρωπάρεσκοι “*agradar a los hombres*”, ἀλλ’ ὥς, sino como lo que en realidad se es: δοῦλοι Χριστοῦ, “*siervo de Cristo*”. Cuando un creyente es capaz de entender bien esto, el trabajo le resulta grato por cuanto Quien lo ha comprado por precio, lo sitúa en el mundo laboral, no sólo para alcanzar lo necesario para cada día, sino como testigo suyo en el mundo, como luz en las tinieblas y como sal en la tierra. Por consiguiente ningún creyente tiene derecho a usar el tiempo del trabajo para cualquier otra cosa que no sea rendir en las tareas que le han sido encomendadas. Algunos consideran que es lícito usar el tiempo del trabajo para evangelizar, usando el tiempo que les están pagando para hablar de Cristo a otros. La mejor evangelización en el trabajo es la realización de las tareas con verdadera entrega.

Además de rendimiento el cristiano ha de trabajar ποιῶντες τὸ θέλημα τοῦ Θεοῦ, “*haciendo la voluntad de Dios*”. Quiere decir que el trabajo es uno de los aspectos de la voluntad de Dios. Fue en el principio de la historia cuando Dios determinó y estableció el trabajo cotidiano para el hombre, encomendándole el cuidado y cultivo del huerto en donde lo había colocado (Gn. 2:15). Algunos creen que el trabajo es la consecuencia del pecado, pero quienes piensan de este modo ignoran la Biblia. El mismo Señor es ejemplo de

trabajo. Durante su vida en el hogar familiar, trabajó como carpintero. Luego, durante su ministerio terrenal, dijo que *“mi Padre hasta ahora trabaja y yo trabajo”* (Jn. 5:17). Por tanto trabajar es parte de la voluntad de Dios para el hombre. Cuando un cristiano no trabaja o no procura trabajar está oponiéndose a la voluntad de Dios y vive desordenadamente. Así lo enseña el mismo apóstol Pablo cuando escribe a los tesalonicenses y, refiriéndose a desordenados dentro de la iglesia, les encarga que *amonesten a los ociosos* (1 Ts. 5:14). Tiempo después, a causa de la persistencia de algunos ociosos en la congregación escribe: *“Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan”* (2 Ts. 3:11-12), recordarles que personalmente les había ordenado que *“Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”* (2 Ts. 3:10). De otro modo, quienes no se entregan al trabajo en la forma que sea, son desordenados delante de Dios, a quienes no se les debe alimentar, para que reaccionen y busquen en el trabajo la forma natural de conseguir el sustento cotidiano. Puesto que el trabajo es una determinación divina, el creyente debe entregarse a él de corazón, como se lee literalmente en el versículo: *ποιοῦντες τὸ θέλημα τοῦ Θεοῦ ἐκ ψυχῆς*, *“haciendo la voluntad de Dios de alma”*, es decir, *con toda el alma*, por esa razón se traduce: *“de corazón”*. Es decir, poniendo todo el interés en el trabajo. Cuando el corazón está lleno de voluntad para trabajar, la acción del trabajo es siempre deseable, aunque el trabajo en sí mismo pudiera resultar poco cómodo. La disposición ante el trabajo procede, como todo cuanto el apóstol está enseñando, del concepto claro de lo que es el creyente en relación con Dios. El Señor lo ha comprado al precio de su sangre (1 P. 1:18-20), por tanto siendo suyos son destinados por Él a diferentes lugares en donde trabajan, no tanto para los hombres, sino para el Señor que como dueño es su propietario. Cuando se ve el trabajo de esta forma, se puede entregar a él de corazón.

7. Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres.

μετ' εὐνοίας δουλεύοντες ὡς τῷ Κυρίῳ καὶ οὐκ ἀνθρώποις,
Con buena voluntad sirviendo como al Señor y no a hombres.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la exhortación sobre el trabajo, escribe: μετ' forma escrita de la preposición de genitivo μετά, por elisión ante vocal con espíritu suave, que significa *con*; εὐνοίας, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *buena voluntad, ánimo pronto*; δουλεύοντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo δουλεύω, *servir*, aquí *sirviendo*; ὡς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular

del título divino *Señor*; καὶ, conjunción copulativa y; οὐκ, adverbio de negación *no*; ἀνθρώποις, caso dativo masculino plural del sustantivo declinado *a hombres*.

Nadie debe perder de vista la condición del creyente como *esclavo* de Cristo. Este era el concepto personal que Pablo tenía de sí mismo: “*Téngannos los hombres por servidores de Cristo*” (1 Co. 4:1). De esa manera podía llevar a cabo el trabajo misionero encomendado con gozo, a pesar de las grandes dificultades por las que atravesaba cada día para llevarlo a cabo. El que tenía en su cuerpo las marcas de Cristo (Gá. 6:17), podía sentir gozo en la labor encomendada, porque no servía a los hombres sino al Señor.

Un servicio en la dimensión espiritual de la relación del cristiano con Cristo traerá como consecuencia el hacerlo μετ’ εὐνοίας δουλεύοντες “*sirviendo de buena voluntad*”, o como también puede traducirse “*con ánimo pronto*”. A las condiciones anteriormente dadas para el trabajo se añade aquí la de *diligencia*. El trabajo hecho con sencillez de corazón, no buscando el servir al ojo, se llevará a cabo con diligencia. La expresión que utiliza Pablo es también muy enfática en el griego⁹ y va más allá de la diligencia entrando de lleno en el entusiasmo, que involucra la mente que genera la idea y el corazón que produce la disposición para llevarla a cabo. El trabajo es un deber y el hacerlo como para el Señor un privilegio y una bendición. En ocasiones el creyente trabaja pero apáticamente, sin entusiasmo alguno. Recuerdo que en una visita a una iglesia en los Estados Unidos, un hermano de la congregación nos llevaba una noche a mi esposa y a mí a cenar a su casa. Durante el camino el hombre iba bastante callado y noté que algo no estaba funcionando bien. Para distender un poco la situación le comentaba sobre el hermoso día que habíamos tenido y que ahora nos esperaba la bendición de un sueño reparador para enfrentarnos a las tareas de la siguiente jornada. Fue entonces cuando me dijo que le hubiera gustado no tener que enfrentarse nuevamente con el trabajo, porque estaba cansado de hacer lo que hacía todos los días. Le pregunté en que consistía su trabajo y me dijo que era especialista en diseño gráfico por computadora y que su labor consistía en entrar cada día a su mesa de trabajo a donde le llevaban planos de equipos de prospección para pozos de petróleo que tenía que modificar según las instrucciones que le hacían llegar, así una y otra vez -me dijo- y así todos los días. Le alenté sugiriéndole que viera el trabajo como una cesión que Cristo hacía de él, como técnico, a una empresa de petróleo y que se trataba de una disposición que el Señor hacía de él mismo conforme a Su propósito. Terminó la visita en aquella ocasión y pasado un año, volvíamos a estar en la misma iglesia y el mismo hermano nos llevaba nuevamente a cenar a su casa. Era un hombre jovial, contento y satisfecho. Le pregunté por el trabajo y me dijo que estaba contento con él. Supuse que había

⁹ Griego: μετ’ εὐνοίας

cambiado de sección en la empresa o estaba en otro lugar de trabajo, pero, cuando le pregunté me dijo que seguía en la misma empresa y en el mismo lugar, con la misma actividad, sólo que ahora había entendido que trabajando donde estaba lo hacía sirviendo al Señor. Esa es la dimensión que Pablo está dando al comportamiento del creyente tanto en el plano del matrimonio, como en la relación familiar y ahora en el trabajo. No se trata simplemente de trabajar, sino de hacerlo con toda el alma porque es ὡς τῷ Κυρίῳ καὶ οὐκ ἀνθρώποις, *como para el Señor y no para los hombres*. En ningún momento debe perderse de vista la condición del cristiano, rescatado de la esclavitud del pecado y hecho siervo de la justicia (Ro. 6:17-18). Es el Señor quien permite que sus siervos sirvan en el trabajo cotidiano a otros aquí en la tierra. Sin embargo, puesto que son sus siervos, el trabajo hecho para otros debe ser contemplado desde la dimensión de servicio al Señor. La perspectiva laboral cambia absolutamente cuando se alcanza esta convicción.

8. Sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.

εἰδότες ὅτι ἕκαστος ἐάν τι ποιήσῃ ἀγαθόν, τοῦτο κομίσεται παρὰ Κυρίου εἴτε δοῦλος εἴτε ἐλεύθερος.

Señor ya sea esclavo ya sea libre.

Notas y análisis del texto griego.

Concluye la parénesis a los siervos con εἰδότες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo οἶδα, *saber, conocer, entender, comprender*, aquí *sabiendo*; ὅτι, conjunción copulativa *que*; ἕκαστος, caso nominativo masculino singular del adjetivo indefinido *cada uno*; ἐάν, conjunción que denota suposición en virtud de la cual un concepto depende de otro, *si*; τι, caso acusativo neutro singular del adjetivo y pronombre indefinido enclítico *algo, cuanto*, la forma neutra, como en este caso, tiene uso como adverbio con la significación de *algo, un poco, casi*; la locución formada con la conjunción precedente tiene el sentido de *sea que*; ποιήσῃ tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo ποιέω, *actuar, cumplir, efectuar, ejecutar*, aquí como *haga*; ἀγαθόν, caso acusativo neutro singular del adjetivo *bueno, bien*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; κομίσεται, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz media del verbo κομίζω, *recibir, recuperar, recobrar*, aquí *recobrará*; παρὰ, preposición de genitivo *de parte de*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del sustantivo *Señor*; εἴτε, conjunción que se utiliza para relacionar condiciones hipotéticas, *sea, ya sea, sea que, ora... ora*; δοῦλος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *siervo*; εἴτε, conjunción que se utiliza para relacionar condiciones hipotéticas, *sea, ya sea, sea que, ora... ora*; ἐλεύθερος, caso nominativo masculino singular del adjetivo *libre*.

Εἰδότες ὅτι ἕκαστος ἐάν τι ποιήσῃ ἀγαθόν, τοῦτο κομίζεται παρὰ Κυρίου εἴτε δοῦλος εἴτε ἐλεύθερος. La motivación final que se establece en relación con la ética laboral conlleva la comparecencia delante del Señor para rendir cuentas de lo que hallamos hecho en cuerpo, sea bueno o malo (2 Co. 5:10). Nadie podrá eludir esa comparecencia y todos seremos examinados no conforme a las apariencias sino de acuerdo con las realidades internas. No tiene tanta importancia para el Señor la obra hecha, sino la forma en que fue hecha. El examen del creyente ante el tribunal de Cristo será para determinar las *intenciones* del corazón en la obra que cada creyente haya hecho. El creyente recibirá el bien que haya sembrado, de manera que ningún trabajo hecho “*en el Señor*” es en vano (1 Co. 15:58). Esta perspectiva evitará el trabajo sin estímulo, ya que “*no nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos*” (Gá. 6:9).

La verdad de la justa retribución que Dios ha establecido (Gá. 6:7), debiera producir una entrega al trabajo con dedicación e interés. El que haya trabajado con dedicación, como para el Señor, recibirá “*la recompensa de la herencia*” (Col. 3:24). Esta esperanza anula cualquier incomodidad, incomprensión o dificultad que pueda producirse en la experiencia laboral. El cristiano no espera recompensa por su trabajo en un mundo que es injusto por naturaleza, pero sirve porque el Señor le ha prometido la recompensa de la herencia eterna. Cualquier contratiempo en el presente produce un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Co. 4:17). Sin embargo, si la esperanza de la herencia sirve de aliento a las dificultades, no es menos importante la contrapartida a la injusticia: “*Más el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas*” (Col. 3:25). Dios no puede ser burlado, nadie se mofa de Él sin recibir las consecuencias de su acto impío. Nadie puede burlarse impunemente de Dios. Su gracia y misericordia no evitan la acción de su justicia sobre la impiedad. Lo que el hombre sembrare eso segará. Dios tiene un tiempo para manifestar su justicia, y el hombre recogerá el fruto de lo que ha sembrado. Los hombres pretenden evitar la disciplina divina como consecuencia del quebrantamiento de Su voluntad, pero no podrán evadirse. La advertencia es válida para todos, tanto creyentes como incrédulos. Ciertamente no afectará a la salvación de quien es salvo, pero aun aquel que lo es no podrá evitar la disciplina a su injusticia. De otro modo, no debe el que es injusto esperar otra cosa que la injusticia con que será tratado. Porque no hay acepción de personas.

9. Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para Él no hay acepción de personas.

Καὶ οἱ κύριοι, τὰ αὐτὰ ποιεῖτε πρὸς αὐτούς, ἀνιέντες τὴν ἀπειλήν,
 Y los señores lo mismo haced con ellos dejando la amenaza
 εἰδότες ὅτι καὶ αὐτῶν καὶ ὑμῶν ὁ Κύριος ἐστὶν ἐν οὐρανοῖς
 sabiendo que también de ellos y de vosotros el Señor está en cielos
 καὶ προσωποληψία οὐκ ἔστιν παρ' αὐτῷ.
 y acepción de personas no es con Él.

Notas y análisis del texto griego.

La exhortación concluye con una referencia a los dueños, a la que se da continuidad mediante el uso de καὶ, conjunción copulativa y; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; κύριοι, caso nominativo masculino plural del sustantivo que denota *señores*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; αὐτὰ, caso acusativo neutro plural del pronombre personal *mismo*; ποιεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer*, aquí *haced*; πρὸς, preposición de acusativo *con*; αὐτούς, caso acusativo masculino plural del pronombre personal *ellos*; ἀνιέντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀνίημι, *soltar, dejar*, en sentido de *dejar a un lado*, aquí *dejando*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἀπειλήν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *amenaza*; εἰδότες, caso nominativo masculino plural del participio perfecto del verbo οἶδα, *saber, conocer, comprender, entender*, aquí *sabiendo*; ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; καὶ, adverbio *también*; αὐτῶν, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de ellos*; καὶ, conjunción copulativa y; ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ὁ, caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; Κύριος, caso nominativo masculino singular del título divino *Señor*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser, estar*, aquí *está*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; οὐρανοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *cielos*; καὶ, conjunción copulativa y; προσωποληψία, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *acepción de personas*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί, *ser*, aquí como *es*; παρ', preposición de dativo en la forma que adopta la preposición παρὰ, por elisión de la α final cuando precede a una palabra que comienza con vocal, equivale a *con*; αὐτῷ, caso dativo masculino singular del pronombre personal *Él*.

Καὶ οἱ κύριοι. Al cierre de la exhortación sobre los deberes en el campo del trabajo, el apóstol exhorta también a los amos en relación con los esclavos, a los dueños en lo relativo a los servidores, en general es una demanda para quienes están en la responsabilidad de la dirección laboral y tienen otros bajo su mandato. El texto griego con que introduce la exhortación es un tanto ambiguo: τὰ αὐτὰ ποιεῖτε πρὸς αὐτούς, “*haced con ellos lo mismo*”. Indudablemente no se puede referir al comportamiento establecido para los siervos, en un trabajo de buena voluntad, ya que aquí no son siervos sino

señores. Podría referirse a la última parte en la que se exhorta sobre el hacer bien cuya recompensa se recibirá del Señor. Sin duda las recompensas están en la mano de Dios para el que obra bien como para el que obra mal. Con todo, las demandas parecieran estar relacionadas con amos creyentes, ya que el Señor del siervo y el del amo es el mismo y está en los cielos. En los tiempos de Pablo era habitual que hubiera esclavos en las congregaciones cristianas, y todavía más, algunos creyentes tenían esclavos a su servicio como era el caso de Filemón con Onésimo (Flm. 16). En esa relación se transforma para el dueño cristiano ya que el siervo creyente es también su hermano en Cristo. Por tanto, como cristianos los dueños deben cumplir la voluntad de Dios en el comportamiento para con sus subordinados.

El objetivo del empresario cristiano no es sólo obtener beneficios, elemento imprescindible para la pervivencia de la empresa, sino buscar el bienestar de quienes el Señor ha puesto bajo sus órdenes. La vida del empleador bajo el poder del Espíritu es buscar el bien del otro antes que el propio (1 Co. 10:24). Es una relación entre hermanos que supera en todo las propias relaciones laborales. El empleado cristiano procurará beneficiar con su trabajo a quien le facilita el empleo, en una doble medida, porque es su deber como cristiano en la ética laboral y porque está beneficiando a un hermano, por eso enseña el apóstol: *“Y los que tiene amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos, sino sírvanles mejor, por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio”* (1 Ti. 6:2). Si al empresario se le manda ser justo, la misma demanda es para el trabajador creyente. Lamentablemente este concepto no está en la mente de todos los cristianos en las relaciones laborales. Muchas veces el creyente que trabaja para otro creyente cree que porque es hermano en la fe puede abusar de él, detrayendo su actividad en el trabajo. Incluso en ocasiones, cuando un empresario cristiano ha tenido que llamar la atención a un trabajador cristiano, se ha generado un problema que se extiende a la iglesia en forma de acusaciones de mal corazón delante de los pastores de la congregación. Esa es la triste experiencia que evita, muchas veces, que un empresario cristiano emplee a creyentes, al no saber cual va a ser la reacción de estos con él en el trabajo. Con todo, nada de esto rebaja las obligaciones morales del creyente que tiene trabajadores a su servicio. Una grave manifestación de impiedad consiste en no pagar satisfactoriamente los servicios prestados por el trabajador y, todavía más grave, cuando se les retiene con engaño las retribuciones prometidas. Una situación semejante produce *clamar* del productor delante de Dios, quien tomará a su cargo la defensa del débil con la justicia que sólo Él sabe y puede ejercer (Stg. 5:4). Alcanzar riquezas por este procedimiento es pecaminoso.

Un aspecto concreto tiene que ver con *la amenaza*, ἀνιέντες τὴν ἀπειλήν, *dejando las amenazas*, forma de coacción que se emplea cuando se

trata de extorsionar o buscar del trabajador un rendimiento superior al normal. El apóstol enseña que aunque los trabajadores están sujetos al dueño, no puede este tratarlos como si fuese propietario de ellos para hacer con ellos lo que mejor le parezca sin miramientos. No tienen que ver las circunstancias que rodeen al dueño, ni la situación psíquica en que pueda encontrarse. Las variaciones de humor y temperamento no deben afectar a una correcta relación con los trabajadores. Es más, el empresario cristiano no solo debe respeto a quienes están a su servicio porque son personas, sino que ha de amarles entrañablemente porque es cristiano. Las amenazas son armas de coacción que no caben en el creyente. Pero, sobre todo, no es una demanda establecida en principios éticos personales, sino que como enseña continuamente, el comportamiento nace de la relación personal del dueño con Dios: εἰδότες ὅτι καὶ αὐτῶν καὶ ὑμῶν ὁ Κύριος ἐστὶν ἐν οὐρανοῖς, “*sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos*”. El dueño debe entender que también él es un siervo del Señor celestial. Los siervos que sirven en el trabajo cotidiano y que son creyentes tienen el mismo señor que el dueño si es cristiano. Ellos, los siervos, darán cuenta de sus actos delante de Cristo, y de igual manera lo hará también el dueño. Incluso aun cuando no sea cristiano debe saber que dará cuenta ante Dios de sus acciones, puesto que es un ser moral y responsable.

Καὶ προσωπολημνία οὐκ ἔστιν παρ’ αὐτῷ. Este Dios ante el que dará cuenta no hace “*acepción de personas*”. Acepción es una palabra que significa literalmente *juzgar por el rostro*, es decir, juzgar por apariencia, pero Dios juzga conforme a intenciones y no por apariencias (1 Co. 4:5). El término griego es la traducción literal de una palabra hebrea que significa *ser partidista, tener favoritismos*. La equidad empresarial demanda justicia en el trato con todos los subordinados, sin tener inclinaciones humanas por favorecer a unos más que a otros. Esto debe estar bien presente en la ética de los patronos porque el Señor del cielo no tiene favoritismos con los señores terrenos, que no tienen inmunidad alguna ante Su santa justicia, siendo tanto Señor para ellos como para los siervos. Especial relevancia tenía esto en los tiempos de Pablo en donde los amos usaban castigos corporales que, a veces, llegaban a ocasionar la muerte del esclavo. En los tiempos modernos las amenazas son más sutiles pero también destructivas para la personalidad del trabajador, como las tocantes a la seguridad del trabajo, el despido, etc. La autoridad del empresario ha de ejercerse con firmeza -va en ello la existencia de la propia empresa- como corresponde al ejercicio de la autoridad que proviene de Dios (Ro. 13:3), pero siempre con la autoridad debe ir el amor. El empresario cristiano debe entender que el obrero debe ser considerado, no como un elemento en la cadena productiva de la empresa, sino como el prójimo. Entendiendo también que delante de Dios, en la esfera de la salvación y en la realidad de la Iglesia, ya no hay “*esclavo ni libre... porque todos son uno en Cristo*” (Gá. 3:28), y sobre todos, siervos y libres cristianos, Cristo es todo en todos (Gá. 3:26, 28). La

unidad espiritual entre hermanos supera absolutamente toda relación entre obrero y empresario. Sometiéndose unos a otros en el Señor (5:21), cada uno realizará sus funciones buscando el bien del otro y las diferencias que puedan producirse serán resueltas por el vínculo del amor fraterno.

Este versículo cierra la parénesis que algunos llaman la “*tabla de los deberes sociales*”, en los que el apóstol presentó las formas propias de la ética en el matrimonio, en el hogar y en el trabajo. Sólo posible en la medida en que se viva bajo el control y plenitud del Espíritu (5:18) que conducirá a la *sumisión de unos hacia otros*. El creyente está puesto para que, en reproducción de Jesús, lleve las cargas de sus hermanos, como Cristo lleva también las de la Iglesia. Como sacerdotes que somos cada creyente delante de Dios, necesitamos ofrecer el sacrificio del bien hacer y de la ayuda mutua (He. 13:16). El primero de ellos tiene que ver con la experiencia de la nueva vida en Cristo, que en el plano de la identificación con el Señor, hace que el creyente, siguiendo la senda del Maestro, pase por la vida “*haciendo bienes*” (Hch. 10:38). El creyente no está llamado simplemente a no hacer mal, sino que positivamente tiene la demanda de hacer el bien. Así lo enseñó Jesús: “*Así que, todas las cosas que querías que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas*” (Mt. 7:12). Quien se llama a sí mismo hijo del Padre, debe mostrar una forma de vida consecuente con esa relación espiritual (Mt. 5:48). El que no manifiesta ese estilo de vida, o no es hijo suyo, o por lo menos no lo es como debiera. Jesús mismo enseñó que el creyente no debe conformarse con una vida de justicia aparente, sino vivirla en plenitud y verdad (Mt. 5:20). La demanda del Señor es positiva y puede expresarse así: “*haced cuanto deseéis que hagan con vosotros*”. El presente del verbo indica una acción continua. No se trata de acciones puntuales, sino de un estilo de vida. Dios demanda un corazón recto que se manifiesta mediante acciones justas. Los fariseos distorsionaban la verdad mediante una expresión negativa. Ellos decían a las gentes: “*No hagas a otros lo que no quieras para ti*”, así se lee en el apócrifo de Tobías 4:16. Eso no representa ningún merito personal, ni es tampoco expresión de justicia, simplemente es la forma natural de vida que no ofende a otros. Pero la grandeza del mandamiento es su expresión positiva: “*Haz a los demás lo que quieras que ellos hagan contigo*”. De la misma manera que Dios toma la iniciativa en la manifestación de su gracia para con todos, así quienes son sus hijos lo hacen en una misma forma de comportamiento hacia los demás. El mandamiento es una exigencia a tomar la iniciativa en el bien hacer hacia otros. No se trata de la pasividad de no actuar, ni tan siquiera a no hacerlo incorrectamente, es una demanda para actuar en bien de otros, en una dimensión tal como hubiera deseado que otros hicieran con él. La razón de este modo de obrar está vinculado con la justicia: “*porque esto es la ley y los profetas*”, es decir, quien hace bien al prójimo ha cumplido la ley. Tal modo de obrar cumple plenamente el mandamiento en relación con el

prójimo (Lv. 19:18). Dios establecía el amor al prójimo en acciones concretas, algunas de ellas se han considerado antes (Lv. 19:9-18). Dios establecía dar provisión para los pobres; evitar el robo y la mentira; pagar puntualmente el salario al jornalero; no hacer acepción en el juicio; cuidar de no desprestigiar al prójimo promoviendo chismes contra él; no despreciar a nadie; no guardar rencor. Todo ello se cumple y aún se supera cuando se ama al prójimo como a uno mismo. Ese es el mismo principio de vida propio de los cristianos en la dispensación de la Iglesia. El gran mandamiento del amor fraterno hace pleno el cumplimiento de las demandas morales de la ley (Ro. 13:8-10). Lo que el hombre busca de los otros es alguna manifestación de amor, eso es precisamente lo que Jesús establece para el comportamiento de los hijos del reino. Es la forma de vida ajustada a la voluntad de Dios expresada en la Escritura, la ley y los profetas. Puede expresarse la aplicación que resume esta enseñanza para el tiempo presente de una forma muy sencilla. Quien vive en buena relación con Dios, vivirá también en buena relación con sus hermanos. Quien ama al Señor ama también a los que son suyos (Gá. 6:2). La verdadera vida de piedad se manifiesta en una correcta actitud hacia los demás. Por tanto, la vida cristiana no consiste en abstenerse de hacer mal a otros, sino en esforzarse por hacer bien a todos. Tal comprensión obliga a ponerse continuamente en el lugar del otro, procurando su propio bien (1 Co. 10:24). Quien desea ser amado debe amar primero, siguiendo el ejemplo de Jesús (1 Jn. 1:7; 3:11; Jn. 13:35; 1 Jn. 3:14-18). Quien desee ser ayudado debe comenzar por ser ayuda a todos (Mt. 18:15; Ro. 15:2; Gá. 6:1; Stg. 4:11). El creyente debe aprovechar toda oportunidad para practicar el bien, que no tiene destinatarios selectivos, es decir, no es para algunos de los hermanos en la familia de la fe, ni siquiera para todos ellos, sino que ha de comprender a quien esté en el alcance del bien obrar del creyente. Es la expresión del amor de Cristo en la vida cristiana (Lc. 9:54-56; 10:25-37; 17:11-19). El creyente está llamado a hacer bien a todos los hombres y mayormente a los de la familia de la fe (Gá. 6:10). Todos los creyentes constituimos una familia, a la que nos debemos en amor y verdad (1 Jn. 3:17, 18). El hacer bien incluye también la práctica cristiana de las relaciones laborales, sobre todo cuando se trata de relaciones entre creyentes (1 Ti. 6:2). Esta es la voluntad de Dios, de la que Él se agrada (6:6), porque es manifestación de la vida de Cristo en el creyente y, por tanto, es un testimonio sustentado por Él. Para quienes, en aquel tiempo, pensaban que los cristianos no eran dignos de ser considerados sino como *ateos*, porque no tenían sacrificios al estilo de otras religiones, tienen aquí una respuesta admirable de sacrificios que no consisten en muerte de animales o en entregas de ofrendas, sino en expresión desinteresada de amor que se entrega hacia los demás sin esperar recibir nada por ello. De otro modo, el cristiano ama y lo expresa en obras de amor, no porque le sea ordenado, sino por necesidad, al hacerse vida en cada uno el amor personal de Jesús.

La vida cristiana como lucha (6:10-20).

Concluida la enseñanza sobre aspectos sociales, pasa a considerar el modo de alcanzar la victoria en una lucha continuada que la Iglesia y cada creyente como individuo deben afrontar con las huestes de maldad que procuran la derrota del creyente. Contra tales enemigos no valen las armas humanas, sino las que Dios mismo provee para enfrentarse victoriosamente a ellos.

La fortaleza y la armadura de Dios (6:10-17).

10. Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.

Τοῦ λοιποῦ, ἐνδυναμοῦσθε ἐν Κυρίῳ καὶ ἐν τῷ κράτει τῆς ἰσχύος
De lo demás, sed fortalecidos en Señor, y en el vigor de la fuerza
αὐτοῦ.
de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Cambiando el tema, escribe: Τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; λοιποῦ, caso genitivo neutro singular del adjetivo *demás, restante, futuro, final*; ἐνδυναμοῦσθε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz pasiva del verbo ἐνδυναμόω, *dar fuerzas, fortalecer*, aquí *sed fortalecidos, sed llenos de poder*; ἐν, preposición que rige dativo, *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del título divino *Señor*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐν, preposición de dativo *en*; τῷ, caso dativo neutro singular del artículo determinado *lo*; κράτει, caso dativo neutro singular del sustantivo que denota *vigor, poder, fuerza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; ἰσχύος, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fuerza, poder*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular del pronombre personal declinado *de Él*.

Τοῦ λοιποῦ. Ya al final de la *Carta*, el apóstol dirige una exhortación a los creyentes a quienes iba destinada, para recordarles la situación en que se encuentran frente a fuerzas externas de maldad. La expresión introductoria “*por lo demás*”¹⁰, pudiera tener sentido de expresión conclusiva, que equivaldría a *finalmente*, como despedida, como ocurre en otros lugares (cf. Fil. 3:1; 4:8; 1 Ts. 4:1; 2 Ts. 3:1). Pero, más bien debe entenderse como la introducción a una exhortación que tiene que ver con el tiempo venidero, lo que supondría “*de lo futuro*”, ya que el adjetivo utilizado equivale también a futuro, final. El apóstol está llamando la atención a la actuación de los creyentes en lo sucesivo. Los lectores deben mentalizarse en que están inmersos en una lucha continua.

¹⁰ Griego: τοῦ λοιποῦ.

Ἐνδυναμοῦσθε ἐν Κυρίῳ καὶ ἐν τῷ κράτει τῆς ἰσχύος αὐτοῦ. Esta exhortación tiene que ver con alcanzar fortaleza espiritual para ser capaces de alcanzar victoria en la lucha que detalla seguidamente. Es la continuación práctica de lo que fue motivo de su oración por la iglesia antes (3:16). La base de la fortaleza no está en sus capacidades personales sino en el poder del Señor. Los cristianos son fuertes en la medida en que estén vinculados con Cristo y reciban de Él su poder. Solo en la medida en que el Señor sea su poder, ellos serán investidos con el poder de Su fuerza. La fortaleza del cristiano está en el Señor, de modo que el sentido del imperativo del verbo *fortaleceos*, equivale a mantenerse asidos a la fuerza de Cristo, en otra manera, vivir sujetos y dependientes del poder del Señor.

El gran discurso del Resucitado tiene que ver con su poder. Así lo expresó él mismo: *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”* (Mt. 28:18). Si realmente era el victorioso Señor, tenía que manifestar el poder que le acredite como tal. De esto es de lo que habló Jesús a los once. No les habló en la distancia, sino que se acercó a ellos para darles el mensaje que nunca antes les había dado sobre la autoridad suprema, universal y cósmica que le era propia, porque la había recibido del Padre en la resurrección de entre los muertos. Jesús afirma ante los once su dominio universal. El es realmente el Rey de reyes y el Señor de señores. No podía vincularse y limitarse el reino, sobre el que tenía autoridad, a Israel, sino a todo el universo comprendiendo en ello la plenitud absoluta de toda la creación, tanto de los ángeles en los cielos, como de los hombres en la tierra y, en general, el señorío supremo sobre todo sin limitación alguna. Nada ni nadie escapaba al ejercicio de su soberanía. El apóstol Pablo escribió sobre esta manifestación de la soberanía relacionada con el Resucitado enseñando que como consecuencia de la muerte del Salvador, *“Dios también le exaltó hasta lo sumo”* (Fil. 2:9). La Cruz era el punto de partida para la exaltación suprema; literalmente *“le superexaltó”*. Es la respuesta al deseo de quien se había humillado hasta lo sumo: *“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”* (Jn. 17:4-5). Es también el cumplimiento de la enseñanza de Jesús: *“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”* (Mt. 23:12). La exaltación después de la humillación es concordante con la enseñanza bíblica en general (Lc. 1:52; 14:11; 18:14; Stg. 4:10; 1 P. 5:6). A causa del padecimiento de muerte el Señor recibió la exaltación hasta lo sumo (He. 2:9; con 1:3; 12:2). La exaltación de Jesucristo supera cualquier otra ya que no sólo fue promovido a la gloria como lo serán los creyentes, sino que el Mediador traspasó los cielos (He. 4:14). Este Salvador resucitado fue hecho más sublime que los cielos (He. 7:26). Todavía más, su exaltación se ha puesto sobre los cielos, subiendo por encima de ellos (4:10). La exaltación suprema de Jesús le ha hecho sentar a la diestra del trono de Dios, lugar de suprema autoridad y

de suprema dignidad (Mr. 16:19; Hch. 2:33; 5:31; Ro. 8:34; He. 1:3; 12:2). Aquel que se había manifestado como un hombre entre los hombres, es entronizado como Rey de reyes y Señor de señores, sobre toda autoridad, ahora y por siempre (1:20-22). La exaltación pasa por tres etapas: primero por la resurrección de entre los muertos (Jn. 10:18; Ro. 8:11; 10:9); en segundo lugar por la ascensión a los cielos (Lc. 24:26); y finalmente por la sesión a la diestra de Dios (Mr. 16:19). El sujeto de la exaltación es el Verbo de Dios en su naturaleza humana. A ese hombre perfecto, el Padre *“le dio el nombre que es sobre todo nombre”*. No se trata de *un* nombre, sino del *único* nombre. El nombre le fue dado, concedido, como el hombre vinculado a la obra de gracia. La raíz de gracia está en el verbo que Pablo utiliza: *“dio”*, del texto. Pablo aclara de qué nombre se trata, pero antes afirma que es el *“nombre sobre todo nombre”*, que se relaciona necesariamente con la deidad de Jesucristo. Éste es, por tanto, el nombre humano del Verbo de Dios encarnado, dado por Dios mismo. Cuando María, su madre, y José su padre adoptivo, pusieron nombre al recién nacido, le dieron aquel que el ángel les había indicado: *“llamarás su nombre Jesús”* (Lc. 1:31). Jesús significa *“Yahweh salva”*, es, por tanto, un nombre divino, ya que la salvación corresponde absoluta, exclusiva y excluyentemente a Dios (Sal. 3:8; Jon. 2:9). Por esa razón de Jesús se dice que *“el salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt. 1:21). Sin embargo, el nombre *Jesús*, fue considerado como el nombre de alguien sin atractivo, esto es, el nombre de un hombre sin importancia e inestimable (Is. 53:2). Jesús no tuvo atractivo como Rey y mucho menos como Salvador entre los hombres y, especialmente, entre los de su pueblo. Ellos esperaban un Rey-Mesías conquistador, victorioso que establecería el reino que ellos esperaban conforme a su entendimiento teológico y a la interpretación que hacían de los pasajes proféticos y, ese Jesús, que se llamaba a El mismo *Hijo de Dios*, había muerto en una cruz. Si de poca estima era en cuanto a reino, menos lo era en cuanto a Salvador. Los judíos estaban enseñados a alcanzar la justificación por descendencia natural de Abraham y por cumplimiento de las demandas legales, especialmente las ceremoniales. De forma especial los principales entre los judíos, los sacerdotes, escribas y fariseos, no sentían ninguna necesidad de la sustitución personal, ni de la justicia imputada para salvación. Cuando Jesús declaró su deidad fue amenazado de muerte por los hombres (Jn. 10:33). Fue el nombre de burla establecido como causa escrita sobre su cruz, que provocaba las burlas de los que presenciaban su martirio (Mt. 27:37, 39). Sin embargo, pese a las burlas de las gentes y a la ignorancia voluntaria de quienes le negaban como Mesías, es Dios bendito manifestado en carne (Jn. 1:1; Ro. 9:5). Dios levantó de entre los muertos a la humanidad del Verbo eterno y a ese hombre Jesús, resucitado y revestido de inmortalidad se le nombra cósmicamente como la autoridad suprema en igualdad divina, hasta el punto que bajo su nombre de autoridad *“se doble toda rodilla”*. Pablo enseña que hay un reconocimiento universal de su deidad y, por tanto, de su señorío. Quienes se inclinaron en burla

ante Jesús de Nazaret crucificado, habrán de hacerlo ante el mismo Jesús glorificado, reconociéndole como Dios. Es algo que ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento, y una impresionante evidencia de la Deidad de Jesús: *“Mirad a mí, y sed salvos, todos lo términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay mas. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a Él vendrán, y todos los que contra Él se enardecen serán avergonzados”* (Is. 45:22-24). Jesús no es un hombre divinizado o un dios rebajado, sino el infinito y eterno Dios manifestado en carne (Jn. 1:14). La autoridad de ese nombre quedó evidenciada en los milagros hechos por Él en su ministerio, y por medio de Él, es decir, bajo su autoridad después de su ascensión (Hch. 3:6; 9:34; 16:18). Nada, ni hombres ni demonios, ni la muerte ni las circunstancias pudieron impedir que después de su resurrección y glorificación, los testigos suyos, y de forma muy destacada los apóstoles, hiciesen las mismas señales de poder que Él hizo durante su vida. Este nombre de suprema autoridad, que corresponde a una Persona Divino-humana, sujeta a toda la creación bajo su soberanía y voluntad, *“los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra”*. Los tres grupos de seres mencionados en tres esferas distintas. Por un lado *“los que están en los cielos”* es una alusión a los órdenes de los ángeles, los querubines, serafines, ángeles y arcángeles, que sirven a Dios en vidas de absoluta santidad. En la misma esfera celestial los millones de salvos por gracia mediante la fe que están en la presencia de Dios (1:21; 3:10; 1 P. 3:22; Ap. 4:8-11; 5:8-12). Luego quienes están sobre la tierra, en clara alusión a los hombres que viven en el planeta, tanto en esta parte de la historia humana, como en la nueva creación de Dios (1 Co. 15:40). La autoridad suprema alcanza también a los que estén *“debajo”* de la tierra, en alusión a los muertos sin salvación y también a los ángeles caídos eternamente condenados por su pecado (Jud. 6). Quienes no hayan querido doblar voluntariamente sus rodillas en adoración, reconociendo la realidad de quien es Jesús, tendrán que hacerlo en el futuro en un reconocimiento universal de su Deidad. El Señorío universal de Jesús será confesado en el futuro (Fil. 2:11). La universalidad de la confesión es cierta: *“Y toda lengua confiese”*, dice el apóstol Pablo. Se trata de las lenguas que corresponden a *“todas las rodillas”* del texto anterior. No sólo es un acto de sumisión, sino de reconocimiento. Esas lenguas *confesarán*, y confesar implica un reconocimiento desde la convicción. El reconocimiento y confesión de Jesús como Salvador, produce ahora la salvación de quienes creen en su corazón y confiesan con su boca (Ro. 10:9-10). No se trata, por tanto, de una *segunda oportunidad* para los rebeldes en un tiempo futuro, ni mucho menos un *universalismo salvífico*, será una confesión universal sobre Jesucristo que no alterará la situación de quienes confiesen entonces. La confesión es una proclamación reconocida *“que Jesucristo es el Señor”*. Todo el universo confesará proclamando que Jesús de Nazaret es el Señor. Equivale al

reconocimiento universal de Jesús como Dios. *Señor* es la traducción griega del nombre inefable de Dios. Así lo declara Pedro en su mensaje de Pentecostés (Hch. 2:36). Hay sin embargo un grupo de seres que confiesan ya esta verdad, y reconocen y exaltan a Jesús de este modo, por un lado los ángeles y salvos en los cielos (Ap. 5:11-14); y por otro los creyentes en la tierra, que por el Espíritu confiesan a Jesús como Señor (1 Co. 12:3). Jesús será proclamado Señor supremo, culminando así el reconocimiento del nombre recibido, en pleno sentido soteriológico y escatológico (Ap. 5:13; 17:14; 19:16). La meta suprema de la exaltación es la gloria de Dios: “*Para gloria de Dios Padre*”. La gloria de Dios es la meta suprema de todo (1 Co. 15:28). En la proclamación universal del señorío de Cristo, el Padre que le exaltó a lo sumo será glorificado (Jn. 13:31, 32; 14:13; 17:1). La potestad que Jesús dice de sí mismo a los discípulos, es un modo expresivo de lo que se produciría un poco después, su exaltación a la derecha del Padre (Hch. 2:33; Fil. 2:9). Estas afirmaciones apostólicas contrastan la acción exaltadora de Dios sobre Jesús, contrastada con la pasión y muerte en donde llevó a cabo su obra en la condición de servidor, que pacientemente descendió a las partes más bajas de la tierra y gustó la muerte por todos. Quien descendió hasta morir la muerte de los esclavos en una cruz, Dios lo eleva a su propia gloria, glorificando su humanidad al unísono de su deidad, con la gloria que eternamente le corresponde en el seno de la Trinidad, de manera que a ese Jesús despreciado, varón de dolores, sin atractivo, todos le tributen el homenaje de adoración que corresponde a Dios. Todos estos muchos elementos expresivos de una misma verdad bajo distintas perspectivas, tales como resurrección, glorificación, exaltación, otorgamiento del nombre de Señor, proclamación de ser Hijo, etc. prevalece la de *resurrección*, por ser en esto la esperanza de quienes nacen en muerte para morir y encuentran en Cristo la vida que supera en todo a la muerte que por condición natural en pecado tendrían que experimentar.

El poder absoluto y supremo de Jesús está vinculado por su propia determinación a los cristianos: “*y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mt. 28:20). Esto que se llama promesa es ya en sí misma una gloriosa realidad. La introducción de este compromiso es muy enfático, la expresión traducida por *he aquí*, expresa una llamada de atención intensa, como si Jesús dijese “*¡Mirad! yo estoy con vosotros siempre*”. Debemos tomar buena nota de esto, prestar atención a este compromiso de Jesús. El mismo Señor que se ha manifestado como revestido de poder y autoridad suprema en cielos y tierra, está con cada uno de los suyos siempre. No sólo en cuanto a extensión de tiempo, sino a continuidad; no solo por siempre, sino en cada instante. En medio de las pruebas, del sufrimiento, de la tristeza y del dolor, está Él ¿al lado? no, ciertamente, sino *en nosotros*. No está próximo, que ya sería una gran bendición, está presencialmente en cada uno en todo momento y en cada circunstancia. En todo momento Aquel en quien descendió

la gracia (Jn. 1:17), dará la provisión de gracia suficiente para cualquier necesidad, conduciendo en Él a todos los suyos en continua victoria. Por eso la Escritura recoge la promesa: *“pero Él da mayor gracia”* (Stg. 4:6). El Señor iba a ascender al cielo, sin embargo su presencia está continuamente con cada uno de los suyos porque como Dios, es omnipresente. Su presencia había estado limitada en vida a los momentos con los discípulos. Como hombre, en su dimensión humana, no podía estar en todos los lugares al mismo tiempo, sin embargo en su condición divina acompañaría a los suyos continuamente. Además, la provisión que daba mediante el envío del Espíritu, haría, como Vicario suyo, realidad la promesa de su presencia en el interior de cada uno de los creyentes (Jn. 14:17-23). La promesa de nuestro Señor de estar con los suyos hace posible el respaldo del ministerio en la realización de la Gran Comisión; la provisión de poder para los recursos necesarios (Fil. 4:13); la posibilidad de llevar mucho fruto en Él, por la acción de su Espíritu, para Dios (Jn. 15:16). El Señor Jesús es Jehová, el Dios que puede *encubrirse*, pero nunca *ausentarse* de los suyos. Este admirable y eterno Dios, Jehová de los Ejércitos, está con nosotros para ser nuestro refugio (Sal. 46:11). Puede ser que la oscuridad del camino parezca ocultar su presencia de nosotros, pero nunca está lejos, porque viven en cada uno de los suyos. La certeza de su presencia es, conforme a su promesa, *“hasta el fin del mundo”*, literalmente *“hasta la consumación del siglo”*, es decir, hasta el final de la andadura en el mundo de su Iglesia peregrina, para luego, en el recogimiento a sí mismo, gozar eternamente de su presencia y comunión (Jn. 14:1-4; 1 Ts. 4:16-17). La promesa de su presencia alienta también a cada discípulo en cualquier circunstancia, es la confirmación de la promesa de Dios: *“No te desampararé, ni te dejaré”* (He. 13:5). De ahí que podamos estar contentos con lo que tenemos en el presente. El contentamiento con lo que se tiene hoy está en la seguridad de provisión para lo que sea necesario mañana (Mt. 6:25-34). Pudiera ser que en su soberanía, alguno de los suyos tenga que pasar por grandes persecuciones e incluso algunos hayan de sellar el testimonio de su discipulado con su propia vida. Sin embargo, aún en esa dificultad suprema el cristiano goza de la presencia y compañía del Señor y sabe que es una concesión suya, que responde a un propósito en la gracia. La promesa de no dejar ni desamparar tiene como sujeto a Jesús mismo. Es la reiteración de la promesa antigua de Dios para los suyos en otras dispensaciones, expresada por medio de Moisés (Dt. 31:6), confirmada a Josué (Jos. 1:5). Una promesa semejante fue dicha a Jacob cuando huía delante de su hermano (Gn. 28:15). En esa seguridad podemos hacer nuestras las palabras del escritor a los Hebreos: *“De manera que podemos decir con fiada: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”* (He. 13:6). La confianza del discípulo es firme porque descansa en la promesa del Maestro que es *Verdad* en sí mismo. La promesa del Señor se apropia por medio de la fe y se convierte en expresión de propia confianza. El discípulo acepta con fiada la promesa porque es palabra de

Dios. De esta manera confiaba el salmista: “*Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. Jehová está conmigo entre los que me ayudan; por tanto, yo veré mi deseo en los que me aborrecen*” (Sal. 118:6-7). No puede haber temor para quien tiene la certeza de la presencia y compañía de Dios en su vida. De otro modo en las palabras de Pablo: “¿*Que, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quien contra nosotros?*” (Ro. 8:31). Dios está *de parte* del creyente, por tanto nadie puede infundir temor porque ningún enemigo es más poderoso que Dios. Porque Dios está a favor del creyente, nadie es poderoso para derrotarlo. Dios lleva al discípulo continuamente en triunfo en Cristo Jesús (2 Co. 2:14). Aun cuando entre en el valle de sombra de muerte, no debe producir temor al que sigue a Cristo, porque Él está también ahí con él (Sal. 23:4). Aun los mayores enemigos no podrán impedir una abundante mesa de bendición y provisión (Sal. 23:5). Incluso en la esfera del fracaso espiritual tenemos al Intercesor sentado a la diestra de Dios intercediendo siempre por nosotros (Ro. 8:34). En la promesa de Jesús está la inseparable seguridad de estar siempre en la esfera del amor de Dios. Nadie podrá separarnos de Él; nadie podrá poner una distancia entre el amor de Dios y el creyente. Ninguna circunstancia menguará el amor de Cristo hacia los suyos. Ni la aflicción en las dificultades externas de toda índole disminuirá esa seguridad, porque las aflicciones son por causa de la fe en el seguimiento a Jesús (Mt. 13:21; Jn. 16:33; 1 Ts. 1:6). En la aflicción el Señor está presente y al lado de los suyos. Pudiera ser también que la senda del discipulado pase por la *angustia*, que tiene que ver con el aspecto interno de la tribulación. El discípulo se encuentra en *estrechez*, *apuros*, *aprietos*. También en esas circunstancias personales e íntimas el Señor está presente con el discípulo y en el discípulo (Sal. 91:15). Tal vez el seguidor de Jesús esté soportando la *persecución*, a causa de su fe en el Señor (Mt. 5:11). En razón de la unidad con Cristo, el Señor está con los suyos que son perseguidos (Hch. 9:5). Cuando el discípulo esté pasando por *hambre*, es decir, por necesidades de sostenimiento, debe saber que en ocasiones viene a su experiencia pero no es, en modo alguno, una manifestación de que Jesús ha dejado de amarle o está lejos de Él. Cristo, el Amado del Padre, pasó por la experiencia del hambre (Mt. 4:2). Acaso la escasez del alimento puede alcanzar también al vestido y el discípulo pase por *desnudez*, necesitado de ropas. El Señor ya anunció esto como la experiencia para algunos de los suyos, especialmente referido al tiempo de tribulación (Mt. 25:36). La experiencia de sus siervos, como ocurrió con Pablo, aún en medio de la fidelidad, puede ser también esta (1 Co. 4:11); pero, aun ahí, el Señor acompaña a los suyos dándoles el aliento necesario y las fuerzas precisas para sobrellevar la prueba. El *peligro* puede ser experiencia del discípulo, pero ni eso lo podrá separar del Señor (2 Co. 11:26). Incluso pudiera ser que la senda del seguimiento discurrese por el estrecho y difícil paso de la muerte violenta y que el creyente tenga que pasar por *la espada*, el instrumento que ejecuta la sentencia de muerte. Si esto llega, debe entenderse que fue también la de alguno de aquellos

de quienes el evangelio afirma que fueron objetos del amor de Jesús hasta el fin (Jn. 13:1), como ocurrió con Santiago (Hch. 12:2); y como otros muchos (He. 11:37). Pero, *“en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó”* (Ro. 8:37). En medio de las mayores dificultades, Dios da provisión para vencer. Dios no retira el problema pero da la gracia necesaria para superarlo (1 Co. 10:13). El Señor amó a la iglesia entregándose por ella (Ef. 5:25). Dios lleva a cada discípulo de Jesús en Cristo de triunfo en triunfo (2 Co. 2:14). El poder para sufrir y vencer está en Jesús mismo (Jn. 15:5; Fil. 4:13). Estando en Jesús, quien tiene todo poder, el discípulo es ya un vencedor. La enorme seguridad produce un definitivo descanso, como Pablo escribe: *“Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús”* (Ro. 8:38-39). La promesa del Señor es suficiente para hacernos estar seguros, literalmente estar *persuadidos*. La muerte ya no puede separar al discípulo del Señor porque descansa seguro en Él y de la muerte ya no tiene terror (He. 2:15). Descansa confiadamente en la promesa del Señor (Jn. 11:25-26). La vida con todas sus circunstancias, dificultades y aflicciones no tienen fuerza para separar al cristiano del Señor. Los ángeles, principados y potestades, sean los santos ángeles de Dios, sean los caídos demonios del infierno con todas sus manifestaciones contra el discípulo (6:12), podrán hacer nada, porque Satanás es un enemigo vencido y derrotado para el creyente. Tampoco el presente con sus situaciones y el futuro con lo que depare, es otra cosa que tiempos diferentes en los que se manifiesta y mantiene inalterable el amor de Dios. Nada habrá en *lo alto*, los cielos, en donde está Cristo mismo, ni en lo más bajo, a donde el mismo Señor descendió (Ef. 4:9; Ro. 10:7), podrá atemorizar al discípulo porque el Señor tiene las llaves del sepulcro y de la muerte (Ap. 1:18). Ninguna cosa creada podrá separarnos del amor de Dios. Ese amor admirable manifestado en la salvación (1 Jn. 4:10). Ese amor de Dios que es en Cristo, por lo que el Padre ama al discípulo porque está en *El Amado*. Unidos a Cristo quedan vinculados al afecto eterno de Dios. Todo esto está garantizado en todo momento; en días de fuerzas y de debilidad; en el éxito y en la derrota; en la alegría y en la tristeza; en los días de la niñez, como en la juventud y aun en la vejez; en la vida y en la muerte; todos los días podemos gozar de la admirable dimensión de la promesa de Jesús. Y esto hasta *“el fin de la época”*, esto es, esa época que comenzó con la primera venida del Hijo de Dios al mundo y terminará con su segunda manifestación gloriosa. Será entonces cuando la presencia espiritual de Jesús se convierte en la gloriosa presencia visible, aunque no menos espiritual. En ese momento en que las lágrimas, el dolor y las penas concluyan, podremos alabar eternamente en la presencia suya a Aquel que ha hecho posible con su muerte y con su vida la realidad de la salvación en Él. Será entonces cuando haciéndose visible le adoraremos a quien sin verle con los ojos del cuerpo le conocemos y amamos. Entonces nosotros, pobres y

pequeños, conoceremos como somos conocidos. Será entonces cuando rendidos a los pies de Aquel que nos amó, entenderemos la dimensión admirable de una obra que excede a cualquier comprensión y conocimiento limitado de cualquier criatura de Dios. Será en la visión de sus manos taladradas que entenderemos hasta donde fuimos amados por Él y entonces, en una entrega perfecta, le adoraremos en gratitud a perpetuidad, mientras disfrutamos de todas las riquezas de la herencia de Dios en Cristo. Allí, entonces, en una explosión de gratitud desde la más gloriosa dimensión espiritual, todos los discípulos, reunidos ante el trono diremos: *“Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”* (Ap. 5:13).

El poder de Jesús se comunica al creyente por la acción del Espíritu. Alguien dirá ¿es el poder del Espíritu o el poder de Jesús? Ambas cosas son verdad. En la Cruz, Jesús es el vencedor supremo y absoluto sobre las fuerzas del mal. Fue allí que derrotó a los principados y a las potestades venciendo sobre ellos (Col. 2:15). Es en su resurrección que el poder se hace absoluto y real. De poco valdría que hubiese muerto si no hubiese resucitado. La comunicación del poder no podría llevarse a cabo porque nadie podría estar en Él y recibir en Él la vida eterna. El Espíritu, como Vicario de Cristo en la tierra, reproduce a Jesús y su poder en la vida del cristiano, de ahí que la profecía hable del poder vinculándolo a la acción del Espíritu: *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”* (Zac. 4:6). Pero, Cristo dijo que el Espíritu *“tomaría de lo suyo”* (Jn. 16:14). Esa es la causa por la que Cristo afirma que *“separados de Mí, nada podéis hacer”* (Jn. 15:5). El Espíritu comunica el poder del Resucitado a la experiencia de vida de los que están en Él. En esa fuente de poder ilimitado el cristiano puede realizar las obras más difíciles para las cuales, humanamente hablando, no tiene posibilidad alguna. Esa es la experiencia del cautivo Pablo cuando dice que *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Fil. 4:13), literalmente *“para todo tengo fuerzas en aquel que me da el poder”*. Cristo derrotó a Satanás y sus huestes, colocando al creyente en Él, en un terreno que le hace partícipe de su victoria.

11. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.

ἐνδύσασθε τὴν πανοπλίαν τοῦ Θεοῦ πρὸς τὸ δύνασθαι ὑμᾶς
 Vestíos la panoplia - de Dios, para - poder vosotros
 στήναι πρὸς τὰς μεθοδείας τοῦ διαβόλου·
 estar firmes frente a las artimañas del diablo.

Notas y análisis del texto griego.

Luego de la advertencia prosigue con la exhortación escribiendo ἐνδύσασθε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz media del verbo ἐνδύω, *vestirse, revestirse*, aquí *vestíos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πανοπλίαν, caso acusativo femenino singular del sustantivo que denota *panoplia*, *todas las piezas de la armadura*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; πρὸς, preposición de acusativo *para, a fin de*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *lo*; δύνασθαι, presente de infinitivo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*; ὑμᾶς, caso acusativo plural del pronombre personal *vosotros*; στῆναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἵστημι, *sostener en pie*, de ahí *estar firmes*; πρὸς, preposición de acusativo *frente*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; μεθοδείας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *astucias, asechanzas, artimañas*; τοῦ, caso genitivo masculino plural del artículo determinado declinado *del*; διαβόλου, caso genitivo masculino plural de nombre *diablo*.

Ἐνδύσασθε τὴν πανοπλίαν τοῦ Θεοῦ. El cristiano llega a fortalecerse con la fortaleza de Dios cuando se reviste de los elementos defensivos que Él mismo le otorga en gracia. El verbo en voz media se usa para referirse al acto de vestirse una ropa, como para el de ceñirse una armadura, anteriormente se refirió al vestirse del nuevo hombre (4:24). Los elementos defensivos se comparan aquí con una armadura. El apóstol estaba permanentemente al lado de soldados romanos armados, por tanto, conocía bien las piezas de la armadura militar. Para hablar de la armadura usa un término¹¹ que en castellano es literalmente la misma forma que en griego, *panoplia*, y que se usa para referirse al conjunto de todas las piezas y armas que componen un equipo militar. No se trata, pues, de vestirse de *algunas* armas, sino de todas ellas, puesto que cada una es necesaria para la defensa. Esa armadura es “*de Dios*”, no sólo en el sentido de ser el proveedor de ella, sino que Dios da su propia armadura como tal.

La razón por la que ha de vestirse de este modo es para poder πρὸς τὸ δύνασθαι ὑμᾶς στῆναι πρὸς τὰς μεθοδείας τοῦ διαβόλου “*resistir las asechanzas del diablo*”, esto es, permanecer firmes a pesar de ellas. Asechanzas aquí equivale a *artimañas*, que tiene que ver con la astucia y poder diabólicos puestos en contra del creyente. En la palabra están comprendidos todos los modos con que el diablo puede actuar contra el cristiano que incluyen las insidias y las maquinaciones. Es necesario entender claramente que clase de enemigo tiene delante el creyente. El calificativo *diablo* o *demonio* significa *calumniador* (cf. Mt. 4:1, 5, 8, 11; 13:39; 25:41; Lc. 4:2, 3, 4, 6, 13; 8:12; Jn. 8:44; 13:2; Hch. 10:38; 13:10; Ef. 4:27; 6:11; 1 Ti. 3:6, 7; 2 Ti. 2:26; He. 2:14; Stg. 4:7; 1 P. 5:8; 1 Jn. 3:8, 10; Jud. 9; Ap. 2:10; 12:9, 12; 20:2, 10), y es un

¹¹ Griego: πανοπλία

nombre dado a Satanás. A pesar de que el mundo liberal enseña que el diablo no existe y que simplemente se trata de una figura que personifica la maldad, la Biblia afirma su existencia, tanto en el Antiguo Testamento (1 Cr. 21:1; Job 1:6, 7, 12; 2:1, 2, 3, 4, 6, 7; Sal. 109:6; Zac. 3:1-2), como en el Nuevo Testamento en donde aparece mención expresa a él en varios lugares y los apóstoles establecen las bases de un amplio cuerpo de doctrina sobre él y su actuación (Lc. 22:3, 31; Jn. 13:27; Hch. 5:3; 26:18; Ro. 16:20; 1 Co. 5:5; 7:5; 2 Co. 11:14; 12:7; 1 Ts. 2:18; 2 Ts. 2:9; 1 Ti. 1:20; 5:15; Ap. 2:9, 13, 24; 3:9; 12:9; 20:2, 7). Nuestro Señor también afirmó su existencia y lo mencionó en varias ocasiones (Mt. 4:10; 12:26; 13:19; 16:23; Lc. 10:18). Sin embargo, Satanás sigue siendo un gran desconocido para muchos creyentes, como consecuencia de que la doctrina sobre los ángeles no es una enseñanza habitual en muchas iglesias.

Será bueno recordar algunos aspectos doctrinales sobre Satanás, con el propósito de precisar a quién se está refiriendo el apóstol en este versículo. Como todos los ángeles fue creado por Dios (Col. 1:16). La referencia bíblica a su creación se precisa en la profecía (Ez. 28:13, 15). Como todos los ángeles fue creado antes que el hombre y, probablemente los ángeles hayan sido la primera creación de Dios (Ez. 28:13; Job 38:6-7). Siendo un ángel es también un espíritu como se verá un poco más adelante. Pertenece al orden de los *querubines* (Ez. 28:14), siendo el ser más perfecto salido de la mano de Dios (Ez. 28:14, 15), así como el más hermoso (Ez. 28:14). Dotado de una vestidura espléndida como corresponde a un ser de su condición y al ministerio que ejercía (Ez. 28:13). Las piedras mencionadas como vestidura del querubín, se entiende que es una figura del lenguaje para describir algo sumamente hermoso. Esas piedras que expresan la gloria de la hermosura exterior del querubín, aparecen tres veces en la Escritura: En el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:15-29; 39:7-8); en las vestiduras de Satanás (Ez. 28:13); en los fundamentos de la ciudad celestial (Ap. 21:18-20). Como todas las criaturas creadas recibió un nombre personal que la Escritura revela como *Lucero* (Is. 14:12). El estado original de Satanás fue de santidad (Ez. 28:15), recibiendo también un ministerio en el orden angelical de excepcional relevancia, que le permitía el acceso al lugar donde Dios manifestaba su presencia por medio de su gloria (Ez. 28:14). Era el querubín más grande y como tal podría haber tenido a su cargo la custodia de la santidad de Dios. Alguien podría preguntar: *¿Tiene Dios necesidad de que algún ser custodie algo suyo? ¿No es Dios omnipotente?*. Sin lugar a duda, Dios no tiene necesidad, en el sentido de precisar o depender de algo o de alguien, pero Él establece en su soberanía modos y tareas como quiso, para expresar algo de su magnificencia, como es el caso de su santidad que impide el paso a su presencia de cualquier cosa impura (Sal. 24:3-4; Gn. 3:24). El pecado en el corazón del querubín surge sin que se pueda dar la razón que lo produjo. La Biblia presenta su orgullo personal en un pasaje en que es interesante apreciar la cantidad de veces que ocurre el término “*tu*” (Ez. 28:17-

18), que visto desde la posición de Satanás se convierte en un *yo* enaltecido. El corazón de Satanás se enaltecíó corrompiéndose (Ez. 28:17). Ese pecado profanó a Satanás (Ez. 28:18-19). El término *tu santuario* que aparece en la profecía es una referencia al propio ser del ángel. De un ser santo, se convierte en instrumento profano, no apto para los usos sagrados de Dios. Por ese acto llegó a ser un pecador que se opone a Dios. Se hace notar que Satanás usó su *libre albedrío*, usándolo en sentido negativo o pecaminoso. La Biblia describe los deseos impíos que surgieron en la intimidad de Satanás. El primero era la determinación de *subir al cielo* (Is. 14:13), referencia probable al *tercer cielo*, donde -conforme al pensamiento judío- Dios se manifiesta como en Su morada. Esta posición le haría superior a cualquier ángel, como lo evidencia Jesucristo en su ascensión (1:20, 21). Satanás consideró insuficiente *la morada* que Dios le había asignado, era poco para él, y consideró impiamente que merecía algo mejor, como correspondía a un ser de su categoría. El segundo deseo impío lo expresa así la Escritura: “*En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono*” (Is. 14:13). *Estrellas* es un equivalente a ángeles (Job 38:7; Ap. 12:3-4; 22:16). “*En lo alto*” es expresión de lugar de autoridad. Satanás deseaba gobernar, sentándose en un trono de autoridad. Ese trono debía estar rodeado de ángeles a su servicio. Dios entonces ya no sería el Soberano. El tercer deseo impío consistía en que “*en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte*”. La aclaración a esta expresión se encuentra en uno de los Salmos mesiánicos (Sal. 48:1-2). Esa referencia tiene que ver con el asiento del gobierno de Dios en la tierra (Is. 2:1-4). La referencia al *testimonio* es una alusión a Israel, y las promesas que se cumplirán en el reino literal del Señor Jesús. El lugar destinado al ejercicio de autoridad del Mesías era codiciado por Satanás. Quería recibir la alabanza y obediencia de las naciones y reinar sobre ellas. Su propósito era anular el divino e impedir que el *Hombre* designado por Dios como Rey, reinara verdaderamente en el mundo (Sal. 2:6-9). Un cuarto deseo impío consistía en que “*sobre las alturas de las nubes subiré*” (Is. 14:14). La nube en la Escritura es figura de la gloria y majestad de Dios (Ex. 40:34-38; Nm. 9:15-23; 1 R. 8:10-11). El salmista dice que las nubes son la *carroza* de Dios (Sal. 104:3; Is. 19:1). Las nubes se vincula también con la aparición gloriosa del Señor Jesús en su venida (Mt. 24:29; Hch. 1:9, 11; 1 Ts. 4:17; Ap. 1:7). La idea del pensamiento diabólico era la de recibir mayor gloria que la que Dios le había dado. No era bastante el honor que Dios le había conferido, quería mucho más. El Anticristo, que surge por el poder de Satanás, se exaltará “*contra todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto*” (2 Ts. 2:4). El quinto deseo impío consistían en que cumplidas las expectativas anteriores sería “*semejante al Altísimo*” (Is. 14:14). En ningún lugar de la Escritura se dice que Satanás quiso ser *como Dios*. El conocía sus limitaciones frente a la infinita esencia divina. La idea bíblica de *imagen*, en relación con Dios, tiene que ver con la condición moral del Ser divino. La idea de *semejanza* está vinculada con la del ejercicio de autoridad. Cuando Dios creó al hombre a su “*imagen* y

semejanza”, lo hizo un ser moral y le confirió el derecho de ejercer autoridad en la parcela asignada para él (Gn. 1:28). La aspiración de Satanás era la de tener una *parcela de autoridad* con lo que sería semejante al *Altísimo*. En dicha parcela ejercería su gobierno al margen de Dios. A consecuencia de la caída, Satanás fue destituido de la presencia de Dios (Ez. 28:16), al igual que cualquier pecador (Ro. 3:23). La gloria que Dios manifestaba en él, y de la que el querubín era reflejo, le fue retirada por haberse corrompido en su propio ser (Ez. 28:18). Ese fuego retirado “*lo consumió*”, es decir, lo redujo a una posición contraria totalmente a la que tenía antes, de modo que pasó de ser “*Lucero, hijo de la mañana*” a un ser entenebrecido a causa de su pecado, destinado a juicio y eterna condenación. Sin embargo, ninguna de sus perfecciones, sabiduría, hermosura, capacidad, fortaleza, etc. le fueron retiradas, de modo que es un ángel caído, pecaminoso y destinado a condenación eterna, pero con capacidades operativas asombrosamente elevadas. Este ser caído peca por condición natural (1 Jn. 3:8), esto es, no puede dejar de pecar porque es su naturaleza. El pecado está arraigado en su corazón y le obliga a pecar, que es su condición natural (Is. 14:13). Satanás no es pecador porque peca, sino al revés, peca porque es pecador. Su condición le conduce a luchar contra Dios, aun sabiendo de su derrota anunciada en la Escritura. Entre sus características perversas es *homicida* (Jn. 8:44), deseando la muerte del pecador y haciendo todo cuanto le es posible para impedir su salvación (Lc. 8:12; 2 Co. 4:4). Es también *mentiroso* (Jn. 8:44), y se le llama *padre de mentira*. Por esa misma condición se constituye en adversario del cristiano procurando su fracaso y como adversario anda cual león rugiente buscando a quien devorar (1 P. 5:8). Se opone a Dios persiguiendo a Sus santos.

Es suficiente lo que antecede para llegar a la conclusión de la dimensión que alcanza el versículo cuando se refiere a “*las asechanzas del diablo*”. No es posible que desde la dimensión del hombre y sus fuerzas pueda llegarse a una victoria contra él. De ahí la importancia de la exhortación del apóstol: nosotros no podemos pero Dios lo hace posible mediante las armas que nos entrega y Su propio poder. Satanás sólo puede ser resistido por un poder mayor que el del creyente. El futuro que Pablo contempla -de ahí el modo de entender la cláusula inicial del v. 10 como la provisión de recursos divinos- es un futuro de victoria en razón del poder de Dios.

12. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

ὅτι οὐκ ἔστιν ἡμῖν¹ ἡ πάλη πρὸς αἷμα καὶ σάρκα ἀλλὰ πρὸς τὰς
 Porque no tenemos nosotros la lucha contra sangre y carne sino contra los

ἀρχάς, πρὸς τὰς ἐξουσίας, πρὸς τοὺς κοσμοκράτορας τοῦ σκότους
 principados contra las potestades contra los dominadores del mundo de las tinieblas
 τούτου, πρὸς τὰ πνευματικὰ τῆς πονηρίας ἐν τοῖς ἐπουρανίοις.
 estas, contra las espirituales de la maldad en las regiones celestes.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἡμῖν, *nosotros*, atestiguada en ⳨, A, D², I, 075, 0150, 6, 33, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1241, 1319, 1573, 1739, 1842, 1881, 1921, 1962, 2127, 2200, 2464, *Biz* [K, L, P] *Lect* ^{it^{qr}, g^{*}}, vg, syr^{sa/mss, bo}, arm, geo, Marción ^{según Tertuliano}, Ireneo^{lat}, Clemente, Orígenes^{gr. lat/20/23}, Metodio, Eusebio, Asterio, Ps-Atanasio, Tito-Bostra, Ps-Ignacio, Gregorio-Nisa, Dídimo, Ammon, Macario/Simeón, Crisóstomo, Marcos-eremita, Teodoro^{lat}, Cirilo, Hesiquio de Jerusalén, Teodoreto, Tertuliano, Cipriano, Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Pelagio.

ὁμῖν, *vosotros*, como se lee en p⁴⁶, B, D*, F, G, Ψ, 81, 1175, l 422, l 592^{2/3}, l 593, l 597, l 1441, it^{b, d, f, g², mon, o}, vg^{ms}, syr^{p, pal}, eth, salv, Orígenes^{lat/23}, Nilos, Ambrosiater, Lucifer, Prisciliano, Gregorio-Elvira, Agustín, Spéculum.

El apóstol expresa las razones para usar la armadura divina: ὅτι, conjunción causal, *pues, porque, de modo que, puesto que*; οὐκ, forma del adverbio de negación *no*, con el grafismo propio ante vocal no aspirada, que negativiza a ἔστιν, primera persona plural del presente de indicativo en voz activa del verbo εἶμί, *tener*, aquí *tenemos*; ἡμῖν, caso dativo plural del pronombre personal *nosotros*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; πάλη, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *lucha*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; αἷμα, caso acusativo neutro singular del nombre común *sangre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; σάρκα, caso acusativo femenino singular del sustantivo *carne*; ἀλλὰ, conjunción adversativa *sino*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἀρχάς, caso acusativo femenino plural del nombre propio *autoridades, poderes, principados*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; ἐξουσίας, caso nominativo femenino plural del sustantivo *potestades*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; κοσμοκράτορας, caso acusativo masculino plural del sustantivo que denota *gobernadores del cosmos, gobernantes del mundo, dominadores del mundo*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; σκότους, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *tinieblas*; τούτου, caso genitivo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; πρὸς, preposición de acusativo *contra*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πνευματικὰ, caso acusativo neutro plural del adjetivo *espirituales*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πονηρίας, caso genitivo femenino singular del nombre común *maldad, mala intención*; ἐν, preposición de dativo *en*; τοῖς, caso dativo neutro plural del artículo determinado *los*; ἐπουρανίοις, caso dativo neutro plural del adjetivo *celestiales*, relativo a *regiones celestes*.

“Ὅτι οὐκ ἔστιν ἡμῖν ἡ πάλῃ πρὸς αἷμα καὶ σάρκα. El futuro que el apóstol contempla en relación con la Iglesia -de ahí la forma de entender la introducción del v. 10, como *para el futuro*, en lugar de *por lo demás*- es una continua lucha dirigida por el diablo que, en unión de sus huestes, lanza sus ardidés y artimañas contra los cristianos. En este versículo se acentúa aún más el carácter sobrehumano de la lucha, ya que esta no es πρὸς αἷμα καὶ σάρκα “*contra carne y sangre*” sino contra las huestes de maldad, en una clara referencia a los demonios, es decir, ángeles caídos que sirven y siguen a Satanás.

Estas huestes están actuando en todos los frentes, siendo los τὰς ἀρχάς, *principados* en este mundo, τὰς ἐξουσίας, *las potestades* es decir, quienes ejercen la autoridad en el orden cósmicamente dañino y pecaminoso establecido por Satanás en oposición al orden divino, y los πρὸς τοὺς κοσμοκράτορας τοῦ σκότους τούτου, *gobernadores de las tinieblas*. Estos últimos son literalmente los *kosmokratores*, literalmente *gobernadores del cosmos*, que tiene que ver directamente con el sistema mundial de gobierno establecido por Satanás. No aparece él mismo actuando directamente pero lo está haciendo por medio de sus *espirituales*, tal como se lee en el texto griego, en relación a los espíritus caídos que le siguen y obedecen. Satanás como príncipe de la potestad del aire y como príncipe de las tinieblas, controla todo el cosmos y reparte sus fuerzas como él quiere. Debe tenerse en cuenta que aunque está derrotado, todavía sigue ejercieron autoridad sobre los reino de la tierra y él los da a quien quiere (Lc. 4:6). El mundo entero, todo el sistema de oposición a Dios establecido en la tierra, está bajo el maligno (1 Jn. 5:19). Satanás como usurpador no aceptó la derrota de la Cruz, ni ha sido atado para que no ejerza su autoridad perversa, de modo que sigue actuando como siempre lo hizo: contra Dios y Su pueblo.

El calificativo πρὸς τὰ πνευματικὰ τῆς πονηρίας, *huestes de maldad* no está en esa misma forma en el texto griego, en donde se lee literalmente *espirituales de la maldad* por lo que se sustituye por *huestes* modo en que se organizan los demonios en imitación impía a la de los ángeles en el cielo. Los demonios son los ángeles caídos que siguen a Satanás. La Biblia enseña que el dragón -título de Satanás- arrastró la tercera parte de las estrellas, en referencia figurada de los ángeles (Ap. 12:4). La Escritura no da detalles de cómo ocurrió esta caída de un número tan grande de ángeles, pero sí sabemos que estos son ahora *los ángeles de Satanás* (Ap. 12:7), a quienes la Biblia llama *espíritus inmundos* (Mr. 9:25). Sus principales características son: 1) son espíritus (6:12). 2) son seres inteligentes: conocen a Jesús (Mr. 1:24), saben su destino final en los tormentos (Mt. 8:29). A diferencia de los hombres pecadores, no pueden poseer fe salvadora, sino un reconocimiento a que lo que Dios dice será cumplido, por tanto en esa certeza *tiembla* ante lo que les espera (Stg. 2:19).

Los demonios tienen una religión y doctrina propia (1 Ti. 4:1-3). La apostasía general de los últimos días, procede de atender a la doctrina de los demonios. Entre ellos hay diversas clases, nombrados especialmente por sus actividades. Todos ellos se oponen a los propósitos de Dios (Dn. 10:10-14; Ap. 16:13-16), extendiendo la autoridad satánica obedeciéndole. Son seres que afligen a los hombres (Mt. 9:33; Lc. 13:11, 16), difunden doctrinas falsas (1 Ti. 4:1), procuran la caída de los creyentes (1 P. 5:8). Los demonios están situados en regiones geográficas concretas en donde ejercen su actividad (Mr. 5:10). Pablo les llama *espíritus de maldad*, traducido por *huestes de maldad*, lo que indica que estos enemigos utilizan sus poderes no para el bien, sino para el mal. Las huestes de las tinieblas están en oposición abierta a la luz y a la verdad. Siendo ángeles son superiores en poder e inteligencia a los hombres.

La posición de las fuerzas enemigas que luchan contra al cristiano es la de ἐν τοῖς ἐπουρανίοις, “*regiones celestes*”, es decir, en el aire. Están, pues, en una posición que no nos permite verlos directamente, primero porque son espíritus, en segundo lugar porque su plano de actividad no es el terrenal, como el nuestro. Su campo de acción es desde el aire. Huestes invisibles que rodean continuamente al creyente. La imposibilidad humana de luchar contra ellas es clara. De ahí la advertencia de Pablo: El creyente debe tomar el poder y la armadura de Dios para no ser derrotado.

13. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.

διὰ τοῦτο ἀναλάβετε τὴν πανοπλίαν τοῦ Θεοῦ, ἵνα δυνηθῆτε
 Por esto tomad la panoplia - de Dios, para que podáis
 ἀντιστῆναι ἐν τῇ ἡμέρᾳ τῇ πονηρᾷ καὶ ἅπαντα κατεργασάμενοι
 resistir en el día el malo y todo habiendo llevado a cabo
 στήναι.
 estar firmes.

Notas y análisis del texto griego.

Cláusula conclusiva con διὰ, preposición de acusativo *por*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἀναλάβετε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἀναλαμβάνω, *recoger, llevar en lo alto, hacerse cargo, empuñar*, aquí *tomad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; πανοπλίαν, caso acusativo femenino singular del nombre común *panoplia*, en sentido de *toda la armadura*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado *el*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*; ἵνα, locución conjuntiva final *para, para que*; δυνηθῆτε, segunda persona plural del primer aoristo de subjuntivo en voz pasiva del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí *podáis*; ἀντιστῆναι, segundo aoristo de infinitivo en voz activa del verbo enfatizado ἀνθίστημι, *resistir*, literalmente *estar*

cara a cara en contra; ἐν, preposición de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἡμέρᾱ, caso dativo femenino singular del sustantivo *día*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; πονηρᾷ, caso dativo femenino singular del adjetivo articular *mala, maligna, malvada, peligrosa*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἅπαντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo *todo*; κατεργασάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo κατεργάζομαι, *hacer, realizar, obrar, producir, llevar a cabo*, aquí *habiendo llevado a cabo*; στήναι, aoristo segundo de infinitivo en voz activa del verbo ἵστημι, *sostener en pie*, de ahí *estar firmes*.

Διὰ τοῦτο ἀναλάβετε τὴν πανοπλίαν τοῦ Θεοῦ. A causa de la situación de conflicto a que el creyente se ve sometido, unido a que quienes combaten contra él son poderosas fuerzas de maldad, formadas por demonios a quienes no puede ver, se exhorta a *tomar* no una parte, como se dijo antes, sino τὴν πανοπλίαν τοῦ Θεοῦ, *toda la armadura de Dios*. Esta armadura no está entregada para el ataque sino para la defensa. Se trata de mantenerse en la posición de victoria en la que el creyente es colocado en Cristo: ἵνα δυνηθῇτε ἀντιστῆναι, *para que podáis resistir, o estar firmes*. Es necesario apreciar que tres veces aparece la expresión “*estar firmes*” (vv. 11, 13, 14). El creyente no está llamado a un *ataque* contra las huestes de maldad, sino a una acción de resistencia a sus ataques manteniendo la posición de victoria en que fue colocado. Las huestes de maldad, Satanás y los demonios han sido derrotados definitivamente por Cristo en la Cruz (Col. 2:15), por tanto, la llamada *guerra espiritual*, no es una lucha contra los demonios, sino una acción de resistencia para que sus artimañas no consigan el propósito de derribar al cristiano en el lugar en donde ha sido puesto. El creyente está puesto en Cristo, por tanto, ocupa ya un lugar de victoria del que nadie podrá separarlo. Satanás procurará hacerlo caer dentro de la posición de victoria que ocupa. La forma verbal que utiliza Pablo, así lo determina, al usar un verbo¹² enfatizado que significa siempre una resistencia plena. La idea de que el cristiano está puesto para salir a buscar a Satanás y sus demonios y pelar contra ellos, la enseñanza de que el cristiano puede *reprender*, que equivale a insultar a los demonios, no solo no es bíblica, sino que es contraria a la Biblia. Nadie puede volver hacer lo que ya esta consumado. Las huestes de maldad han sido derrotadas totalmente por Cristo en la Cruz y al estar en Él, el creyente participa en la victoria y se asienta firmemente en ella.

La lucha es de resistencia y quienes luchan son las huestes de maldad contra los creyentes y no al revés. El tiempo del combate es difícil, por lo que se llama aquí ἐν τῇ ἡμέρᾱ τῇ πονηρᾷ, “*el día malo*” que da idea también de continuidad. Los demonios luchan permanentemente contra los creyentes. En

¹² Griego: ἀνθίστημι.

este día malo, por cuanto el maligno lanza sus ataques insistentemente procurando hacer caer al cristiano, éste está llamado a *resistir, ofrecer resistencia*. Este día malo se extiende no a un momento sino a toda la existencia de la vida cristiana. En cada día pueden producirse los ataques de las huestes de maldad que hacen malos los días. No quiere decir que continuamente y en cada instante se producen estos ataques, pero deben esperarse en cualquier momento. Este tiempo se hace más intensamente malo en la medida en que nos acerquemos al día de la venida del Señor. Ese día malo es el tiempo presente (5:13).

El resultado es el que Dios pretende que cada creyente obtenga: καὶ ἅπαντα κατεργασάμενοι στήναι, “*acabado todo, estar firmes*”. Es una buena expresión para hablar del soldado victorioso después de un duro combate. No ha caído, se mantiene firme, a pesar de la dificultad de la batalla. Todo lo que se le había encomendado fue cumplido. Tal vez lleno de lastimaduras en el combate, pero victorioso, se mantiene erguido, firme, mientras las huestes de maldad quedan derrotadas. El cristiano está firme porque está en Cristo. Nada podrá hacerlo caer de esa posición y resultará victorioso siempre que use toda la armadura de Dios. Los versículos muestran la situación del cristiano. Amenazado por todas partes por las huestes de maldad, por eso es de alto riesgo y de conflicto sobrehumano. Pero en ningún caso el que lucha pierde su vida, simplemente o se mantiene erguido mediante el uso de la armadura, o caerá derrotado en el combate pero no saldrá de la posición de victoria que alcanza en Cristo. Pero, en esa lucha no hay posibilidad alguna de victoria, manteniéndose erguido, ni de ofrecer resistencia, sin ponerse y utilizar toda la armadura de Dios. Cuanto no sea esto será un fracaso.

14. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia.

στήτε οὖν περιζωσάμενοι τὴν ὀσφὺν ὑμῶν ἐν ἀληθείᾳ καὶ ἐνδυσάμενοι τὸν θώρακα τῆς δικαιοσύνης
 Estad firmes, pues, ceñidos los lomos de vosotros con verdad y
 vestidos la coraza de la justicia.

Notas y análisis del texto griego.

Con un notable énfasis comienza la descripción de las armas de la panoplia divina: στήτε, segunda persona plural del aoristo segundo de imperativo en voz activa del verbo ἵστημι, *sostenerse en pie, estar en pie, estar firme*, aquí *estad firmes*; οὖν, conjunción causal, *pues*; περιζωσάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo περιζώννυμι, *ceñir, prepararse*, aquí *ceñidos*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὀσφὺν, caso acusativo femenino singular del nombre común *lomo, cintura, cintura para abajo*;

ὑμῶν, caso genitivo plural del pronombre personal declinado *de vosotros*; ἐν, preposición de dativo *con*; ἀληθεία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *verdad*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἐνδυσάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo ἐνδύω, *vestir*, aquí *vestidos*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; θώρακα, caso acusativo masculino singular del sustantivo *coraza*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; δικαιοσύνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *justicia*.

Pablo va a describir algunas piezas de esa armadura. No está enumerando todos los elementos de la armadura militar, basta con referirse a algunos de los que saca lección espiritual para el lector. Posiblemente cuando lo hizo estaba recordando, o posiblemente viendo, el equipo militar de un soldado romano, con todo, no está interesado en pormenorizar cada una de las armas que un legionario romano usaba, sino que pretende dar el sentido espiritual de algunas de ellas, para que entendamos que sin el uso de la *panoplia* divina, no habrá posibilidad de permanecer firmes ante los ataques de las huestes de maldad.

Antes de las armas está la demanda de *σῴτε οὖν* “*estad, pues, firmes*”. Puesta al principio de la frase adquiere el sentido de llamar la atención del lector, como si dijese: “*ya que debéis estar firmes, ceñiros la armadura de Dios*”. Estas primeras piezas *ciñen* y son dos: *el cinto y la coraza*. El soldado ponía primeramente un cinturón que sujetaba y ceñía su ropa interior e incluso la pequeña faldilla que le cubría desde la cintura a la mitad de las piernas y le permitía una facilidad de movimientos. Ese cinturón servía también para sujeción del soporte de la espada. El orden en que aparecen las piezas de la armadura era el que seguía el soldado para equiparse la ropa de batalla: primero colocaba el cinturón, luego la coraza y en tercer lugar las sandalias.

La primera pieza de la armadura que ciñe es ἀληθεία, *la verdad*. Ahora bien, ¿qué es aquí la verdad? No parece que sea la *intención recta y sin simulación*, que era la interpretación de Tomás de Aquino, sino más bien la *verdad de Dios* que se ha venido mencionando en la *Carta* (4:21) y que se comunica por el evangelio (1:13). Esta verdad es aceptada por el cristiano y en ella vive como consecuencia de su nueva naturaleza, en la verdad que por esa razón hace que sea desechada la mentira (4:25). El fruto de la luz, en el poder del Espíritu es vivir en la verdad (5:9). Se trata, por tanto, de lo que es la vida íntima y personal del creyente que habiendo dejado el mundo de la mentira vive una vida de compromiso con la verdad (Sal. 51:6). En este sentido tiene relación con la integridad y sinceridad. Satanás es mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44), por tanto, quien vive en verdad, impide que su acción de mentira le afecte y derrote. La única manera de mantenerse firme ante las asechanzas del diablo

es permanecer en la verdad. Una vida de mentira, que comprende especialmente la hipocresía, es una vida de derrota espiritual.

La segunda pieza que señala de la armadura es *θώρακα*, *la coraza*, que el apóstol vincula con *τῆς δικαιοσύνης*, *la justicia*. Ambas aparecieron juntas antes (4:24; 5:9). En la profecía se habla del vestido de Dios como con una coraza de justicia (Is. 59:17). La coraza protegía al soldado en el combate rodeándole tanto el pecho como la espalda. La justicia aquí no es la imputada mediante la cual Dios justifica al pecador creyente, sino la justicia de Dios que se hace realidad viva en la vida del que ha creído. Es necesario apreciar que la justicia imputada es con la que Dios cubre al creyente (2 Co. 5:21) y no pide, por tanto, que lo haga él, como es aquí el caso. La justicia imputada no tiene que ver con el combate del creyente, sino con la justificación del pecado. Es, pues, la justicia que se realiza en la vida cotidiana, una de las llamadas virtudes cardinales. La coraza protegía tanto el pecho como la espalda manteniendo al combatiente en seguridad contra las armas arrojadas del enemigo. Esta coraza representa la vida justa del creyente que el mismo apóstol la llama “*coraza de fe y amor*” (1 Ts. 5:8). Sólo mediante la fe que permite vivir a Cristo se alcanza la victoria y sólo está el camino del amor para quien vive a Cristo. Las acciones justas de los creyentes serán uno de los objetivos de Satanás. El primer homicidio en la historia humana tuvo como razón el odio contra quien vivía en justicia (1 Jn. 3:12). Las obras del creyente son testimonio de haber sido justificado y de vivir ya en la justicia (He. 11:4). Pero es necesario entender claramente que no se trata de la armadura del creyente, sino de la armadura de Dios, que Él da al creyente. Las obras de justicia en las que el cristiano *anda*, han sido preparadas de antemano por Dios con ese mismo propósito, dotarle de la justicia que le mantiene firme (2:10). El que vive en justicia se mantiene en victoria frente a las asechanzas del diablo que buscará por todos los medios que el cristiano caiga de esa posición.

15. Y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz.

καὶ ὑποδησάμενοι τοὺς πόδας ἐν ἐτοιμασίᾳ τοῦ εὐαγγελίου τῆς
 Y calzados los pies con apresto del evangelio de la
 εἰρήνης,
 paz.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo la descripción de la armadura, escribe: καὶ, conjunción copulativa y; ὑποδησάμενοι, caso nominativo masculino plural del participio aoristo primero en voz media del verbo ὑποδέω, en voz media *calzarse*, literalmente *atar abajo*, compuesto por ὑπο, *debajo* y δέω, *atar*, aquí como *calzados*; τοὺς, caso acusativo masculino plural del artículo determinado *los*; πόδας, caso acusativo masculino plural del

nombre común *pies*; ἐν, preposición de dativo *con*; ἐτοιμασία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *prontitud, preparación*, más bien aquí en sentido de *apresto*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; εὐαγγελίου, caso genitivo neutro singular del nombre común *evangelio, buena noticia*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; εἰρήνης, caso genitivo femenino singular del sustantivo *paz*.

Καὶ ὑποδησάμενοι τοὺς πόδας ἐν ἐτοιμασίᾳ τοῦ εὐαγγελίου τῆς εἰρήνης. La tercera pieza de la armadura es comparada aquí con las *sandalias*, realmente las *cáligas* que eran las sandalias que usaban los soldados romanos, guarnecidas de clavos. Es interesante notar que relaciona las sandalias con la *paz*, posiblemente tomada también de la profecía: “*¡Cuan hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz!*” (Is. 52:7). No se trata de vestirse con prontitud para anunciar el evangelio de la paz, que es una tarea misionera, sino de hacerlo para tener la capacidad de mantenerse firmes en el terreno de victoria frente a las acciones contrarias de Satanás. El sustantivo que el apóstol une a la acción de calzar las sandalias, traducido por *apresto*¹³ apunta no tanto a la preparación de calzarse sino a la disposición para hacerlo. Se trata de una preparación que permite al soldado pisar seguro en el combate sin lastimar los pies y hacer fuerza frente al enemigo en la lucha cuerpo a cuerpo. No tiene que ver con la predicación del evangelio, sino con la vida consecuente con el evangelio de Dios (Fil. 1:27). El evangelio anuncia la paz con Dios (Ro. 5:1). La paz es lo que el creyente experimenta cuando vive a Cristo, aun en lo más recio del combate, seguro de descansar en el poder infinito del Señor (Jn. 16:33). El cristiano siente profunda paz porque está cierto de mantenerse victorioso en cada acción del combate con el enemigo. Las huestes de maldad son derrotadas en su intento de inquietar al creyente, que vive en la esfera de la paz de relación y de la paz de vinculación (Jn. 14:27). Satanás procura inquietar, pero el cristiano, no solo está afirmado en la paz, sino que él mismo es pacificador por principio propio de la nueva vida (Mt. 5:9). El Dios de paz, comunica su propia paz a quienes son hijos suyos y se sostienen en la esfera de la paz.

16. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

ἐν παντί ἀναλαβόντες τὸν θυρεὸν τῆς πίστεως, ἐν ᾧ δυνήσεσθε
 En todo tomando el escudo de la fe con el que podáis
 πάντα τὰ βέλη τοῦ πονηροῦ τὰ πεπυρωμένα σβέσαι
 todos los dardos del maligno los encendidos apagar.

Notas y análisis del texto griego.

¹³ Griego: ἐτοιμασία.

De la armadura que ciñe a la que cubre: ἐν, preposición de dativo *en*; πᾶσιν, caso dativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; ἀναλαβόντες, caso nominativo masculino plural del participio aoristo segundo en voz activa del verbo ἀναλαμβάνω *llevar en alto, recoger, empuñar*, aquí *tomando*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; θυρεὸν, caso acusativo masculino singular del sustantivo que denota *escudo*; τῆς, caso genitivo femenino singular del artículo determinado declinado *de la*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *fe*; ἐν, preposición de dativo *con*; ᾧ, caso dativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; δυνήσεσθε, segunda persona plural del futuro de indicativo en voz media del verbo δύναμαι, *poder, tener poder*, aquí *podáis*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todos*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; βέλη, caso acusativo neutro plural del nombre común *dardos*; τοῦ, caso genitivo masculino singular del artículo determinado declinado *del*; πονηροῦ, caso genitivo masculino singular del adjetivo articular *maligno*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; πεπυρωμένα, caso acusativo neutro plural del participio perfecto articular del verbo πυρῶομαι, *encender, abrasar, quemar*, aquí *encendidos*; σβέσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo σβέννυμι, *extinguir, apagar*.

Ἐν πᾶσιν ἀναλαβόντες τὸν θυρεὸν τῆς πίστεως. De la armadura que ciñe a la primera pieza de la que cubre. Se trata de un escudo grande, que era levantado sobre la cabeza del soldado y que cuando un grupo de ellos caminaba juntos, ponían los escudos grandes al frente de los que iban en primera fila, luego las restantes filas los levantaban sobre la cabeza, de modo que todo el grupo de soldados iba protegido por planchas de hierro que hacían muy difícil que les alcanzaran los dardos, lanzas o flechas que los enemigos les lanzaran. No era tanto el escudo pequeño¹⁴ y redondo para la lucha personal cuerpo a cuerpo, sino el de mayor dimensión. El escudo debe ser tomado voluntariamente por el creyente y sirve para ilustrar la defensa de la fe.

El escudo de la fe debe ser tomado ἐν πᾶσιν, *en todo*, se lee en el texto griego que da a entender que debe ser tomado *en todos los casos*, en *todas las circunstancias*, quiere decir, *siempre*. Pudiera también ser una referencia a todas las armas anteriores, pero, en cualquier caso, la fe aparece como un arma indispensable en la armadura del cristiano. ¿Se trata de la fe doctrinal o de la fe personal dada por Dios? Ambas cosas son posibles aquí. Por un lado la firmeza en la fe conduce a la derrota del enemigo que no logra sus propósitos, a pesar de que envía sus demonios para predicar mentiras sobre la verdadera fe. Pero, no cabe duda que la fe que salva es la misma fe que conduce a la victoria porque está sustentada y depositada en Cristo Jesús y nos hace vencedores sobre el sistema satánico del mundo (1 Jn. 5:4). Es la unidad de la fe proyectada para el pueblo de Dios (4:13). La fe que se adhiere a la verdad es la fe que sustenta la

¹⁴ Griego ὀσπίς.

firmeza de la estabilidad del creyente ante las acciones diabólicas que procuran derribarle de esa posición. La fe victoriosa descansa en la verdad revelada que enseña el poder infinito de Dios. La fe del creyente descansa plenamente en el Señor, por tanto, descansa firmemente en el poder de Dios. Esta fe, dice Pablo, ἐν ᾧ δυνήσεσθε πάντα τὰ βέλη τοῦ πονηροῦ τὰ πεπυρωμένα σβέσαι, “*con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno*”, es decir, es la pieza de la armadura que permite apagar todos los dardos de fuego que el maligno envía. Este escudo impide que los dardos lanzados por las huestes de maldad alcancen al creyente, pero todavía más, no solo protege sino que también los apaga. La fe ha permitido que el creyente esté en Cristo y por medio de la cual habita Cristo en el corazón del cristiano (3:17).

Quien está lanzando los dardos encendidos contre el creyente se le califica aquí como τοῦ πονηροῦ, *el maligno*, como una referencia directa al diablo, quien no solo envía los dardos de fuego, sino que ataque por sí mismo al creyente. Los dardos de fuego del maligno pueden tomar muchas formas. En ocasiones la contundencia es tan grande que el creyente, a pesar de su fe, se siente vacilante, en esos casos la fe provee de promesas para mantenerse en firmeza, oyendo la voz del mismo Señor que dice a quien está unido a Él por fe: “*No temas: cree solamente*” (Lc. 8:50).

17. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.

καὶ τὴν περικεφαλαίαν τοῦ σωτηρίου δέξασθε καὶ τὴν μάχαιραν τοῦ
 Y el yelmo de la salvación tomad y la espada del
 Πνεύματος, ὃ ἐστὶν ῥῆμα Θεοῦ.
 Espíritu la que es palabra de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Sin interrupción presenta otra pieza que cubre, en la armadura del cristiano: καὶ, conjunción copulativa y; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; περικεφαλαίαν, caso acusativo femenino singular del nombre común *yelmo*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *de lo*; σωτηρίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo *salvación*; δέξασθε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz media del verbo δέχομαι, *recibir, aceptar, acoger*, de ahí también *tomad*, como algo que se recibe, aquí *tomad*; καὶ, conjunción copulativa y; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; μάχαιραν, caso acusativo femenino singular del sustantivo *espada, machete, daga*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre propio de la tercera Persona Divina, *Espíritu*; ὃ, caso nominativo neutro singular del pronombre relativo *el que*; ἐστὶν, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo εἰμί,

ser, aquí *es*; ῥῆμα, caso nominativo neutro singular del nombre común *palabra*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Dios*.

Καὶ τὴν περικεφαλαίαν τοῦ σωτηρίου δέξασθε. Una nueva armadura que cubre es el yelmo, que cubre y protege la cabeza. El yelmo era el casco militar propio de los soldados romanos. Esta pieza debe *recibirse* y *aceptarse* como entregada por Dios mismo. Es notable la variación en la estructura del texto griego que deja la forma participial utilizada hasta ahora para introducir la demanda mediante el uso de un imperativo. Es notable también que en lugar de utilizar *salvación* en femenino lo hace mediante el uso de un neutro articular, que puede ser tomado como un neutro sustantivado y que sustituye a *la salvación*¹⁵. Puede muy bien comprender una esperanza escatológica de la salvación venidera en su momento final, como ocurre en otro escrito del apóstol (1 Ts. 5:8), esperanza a la que fuimos llamados (1:18) y que se revela en el llamamiento del evangelio (4:4). Pero, en general, el llamamiento del evangelio es a salvación en todo el amplio sentido de la palabra, de ahí que el apóstol utilice el neutro para englobar todo el proceso de salvación.

La mente del creyente está segura y protegida cuando el pensamiento de su salvación la rodea plenamente. Es el pensamiento que llena la mente del creyente en relación con la salvación, no sólo escatológica, sino santificante en el momento presente. De esa salvación se ocupa el cristiano en la medida en que situada en su mente satura su pensamiento y lo orienta, haciendo que la ocupación primordial sea ocuparse de ella con temor y temblor, es decir, con profundo respeto (Fil. 2:12). Si este pensamiento está firmemente sujeto a la mente del creyente, se mantendrá firme frente a las artimañas de Satanás. La argumentación del pasaje es sencilla: Satanás procura que la victoria del cristiano no sea plenamente disfrutada por él, de modo que cuando el cristiano está ceñido por la verdad, las mentiras diabólicas no tienen efecto en él; cuando está acorazado de justicia, la injusticia propia de la vida de las tinieblas, no le afecta; cuando los pies están calzados con la paz, la inquietud propia de este mundo no tiene que ver con él; si el escudo de la fe le protege, los dardos de fuego que hacen vacilar la fidelidad no le alcanzan; de ahí que cubierta la cabeza con el yelmo de la salvación, de donde surgen los pensamientos, la inmundicia propia de los pensamientos mundanos (5:6) no tendrán cabida, y el cristiano se mantendrá firme en el terreno de victoria que ocupa en Cristo Jesús.

Καὶ τὴν μάχαιραν τοῦ Πνεύματος, ὃ ἐστὶν ῥῆμα Θεοῦ. Unida a las piezas que cubren y ciñen aparece también la *espada*, que aquí se le asigna al Espíritu y se vincula con la Palabra. De nuevo es necesario prestar atención al término que usa el apóstol para esta espada. No se trata de la espada de

¹⁵ Griego: ἡ σωτηρία.

ataque¹⁶, sino la que es más corta¹⁷. Esta arma era propia para la defensa personal o el combate cuerpo a cuerpo. Algunas veces se traduce por alfanje, cimitarra, daga, etc. Pablo dice que es la espada del Espíritu, el genitivo en este caso no debe considerarse como un genitivo de aposición, sino de cualidad y genitivo agente. Es decir, la Espada es dada por el Espíritu, que por proceder de Él no puede ser otra que la Palabra. Es el Espíritu quien comunico la profecía (2 P. 1:21) y es el Espíritu quien la inspiró (2 Ti. 3:16). Esta palabra es viva y es eficaz, más penetrante que cualquier espada humana que actúa en el interior de la persona (He. 4:12). El Nuevo Testamento mantiene una relación íntima entre el Espíritu y la Palabra (Jn. 3:34; 6:63). En mano del Espíritu, la Palabra es como una espada defensiva, que el Espíritu entrega al creyente, no para que la use en conquista -obra hecha plenamente por Jesús- sino en su defensa personal.

No hay mejor ejemplo del poder de esta pieza de la armadura que la victoria conseguida por Jesús sobre Satanás en la tentación (cf. Mt. 4:4, 7, 10). Aquí surge una necesaria apreciación: La espada del Espíritu, no puede ser manejada si no se conoce como usarla. Muchas veces el creyente cae bajo las artimañas de Satanás porque desconoce lo que la Biblia enseña sobre el particular. Eso es un desafío importante: El creyente tiene que dar tiempo a la Biblia si quiere ser un cristiano victorioso. Nótese la misma enseñanza para los antiguos, que ya se ha considerado anteriormente (Dt. 6:6-9). Con todo es preciso entender bien que la Biblia no es un *amuleto* contra Satanás y que por el simple hecho de citarla ya libra al cristiano del poder del enemigo. La enseñanza es que la victoria consiste en que la Biblia controle absoluta y plenamente la vida del cristiano y que éste se conduzca en obediencia, sujeción y lealtad a la Escritura. De nada vale saber la Biblia de memoria si su contenido no está regulando la ética cristiana.

Oración intercesora (6:18-20).

18. Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.

Διὰ	πάσης	προσευχῆς	καὶ	δεήσεως	προσευχόμενοι	ἐν	παντὶ
Por medio	de toda	oración	y	petición	orando	en	todo
καίρω	ἐν	Πνεύματι,	καὶ	εἰς	αὐτὸ	ἀγρυπνοῦντες	ἐν
tiempo	en	Espíritu	y	para	ello	velando	en
							toda
προσκαρτερήσει	καὶ	δεήσει	περὶ	πάντων	τῶν	ἁγίων	
perseverancia	y	petición	acerca	de todos	los	santos	

Notas y análisis del texto griego.

¹⁶ Griego: ῥομφαία

¹⁷ Griego: μάχαιρα.

Dejando la ilustración de la armadura se extiende ahora a la oración: Διὰ, preposición de genitivo *por medio, por, a través de*; πάσης, caso genitivo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; προσευχῆς, caso genitivo femenino singular del nombre común *oración*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δεήσεως, caso genitivo femenino singular del sustantivo que denota *petición, ruego, súplica*; προσευχόμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz media del verbo προσεύχομαι, *orar*, que se usa siempre para referirse a la oración a Dios, aquí *orando*; ἐν, preposición de dativo *en*; παντὶ, caso dativo masculino singular del adjetivo indefinido *todo*; καιρῷ, caso dativo masculino singular del sustantivo que denota *tiempo*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; Πνεύματι, caso dativo neutro singular del nombre propio de la tercera Persona Divina, *Espíritu*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰς, preposición de acusativo *para*; αὐτὸ, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *ello*; ἀγρυπνοῦντες, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀγρυπνέω, *velar, estar despierto*, aquí *velando*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; πάσῃ, caso dativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; προσκαρτερήσῃ, caso dativo femenino singular del nombre común *perseverancia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; δεήσῃ, caso dativo femenino singular del nombre común *petición*; περὶ, preposición de genitivo *por, acerca*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido declinado *de todos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἁγίων, caso genitivo masculino plural del adjetivo *santos*.

Διὰ πάσης προσευχῆς καὶ δεήσεως προσευχόμενοι ἐν παντὶ καιρῷ. Aparentemente aborda el apóstol otro tema que es el de la oración, sin embargo, está plenamente vinculado con el uso de la armadura, ya que por medio de la oración se alcanzan las fuerzas para utilizar todas las piezas de la panoplia divina. La batalla es de Dios, el creyente ha de mantenerse firme en el lugar de victoria en que fue colocado. Las fuerzas provienen también de Dios y el creyente buscará el recurso de poder mediante la oración de dependencia. Es Dios el que esfuerza al creyente, porque es Dios quien da las fuerzas porque “*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas*” (Is. 40:29). La fortaleza al cansado nace del poder de Dios en él, porque “*Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (Fil. 2:13). La matemática divina es asombrosamente contraria a la humana; en el campo de los hombres cualquier cantidad, por grande que sea, multiplicada por cero, siempre resulta cero. Pero Dios multiplica el cero de nuestras fuerzas poniendo las suyas en donde no hay ningunas y conduciéndonos a la victoria. La victoria se alcanza mediante el recurso de la oración de fe. Una ilustración interesante es el modo en que el pueblo de Israel consiguió victoria frente a Amalec, por medio de la oración intercesora de Moisés (Ex. 17:8-16). Las fuerzas personales son un fracaso ante los enemigos más poderosos que son las huestes de maldad en las regiones celestes, a no ser que actúe en todo la fuerza de Dios (Zac. 4:6). Pablo, por tanto, no abandona el

contexto de la armadura de Dios, porque la oración es otra arma más de Dios, puesta al alcance y como recurso para el creyente.

Esa es la razón por la que utiliza una introducción a la oración mediante el enlace con lo que antecede usando la preposición *por medio* que precede y vincula a πάσης προσευχῆς “*toda oración*” con lo anterior y lo que sigue. La construcción del versículo descansa en los dos participios de presente: *orando* y *velando*, que dependen gramaticalmente de *tomad* del versículo anterior. Es decir, según se toman las armas para mantenerse firmes, así se toma la oración. Estos dos participios tienen aquí sentido de imperativo, constituyéndose, por tanto, en mandamientos. Todas las condiciones victoriosas vinculadas antes con el uso de las diferentes piezas de la armadura, son posibles si ocurren entre *oraciones* y *súplicas*. Pablo está refiriéndose a la oración¹⁸ en general, que en ocasiones será una oración de súplica¹⁹, aunque aquí podría considerarse más bien a ambas como una misma cosa, es decir, la oración continua debe ser una oración de súplica. Estos dos sustantivos que son dos formas de oración o una oración en forma de súplica van precedidos del adjetivo indefinido *todo*, que indica la plenitud de la oración, que debe llevarse a cabo en las formas que se indican en el versículo.

La oración debe ser practicada ἐν παντὶ καιρῷ, “*en todo tiempo*”, es decir, la oración debe ser constante. En el griego se lee *tiempo*²⁰ en el sentido de *oportunidad*. Se trata de una oración incesante. Cualquier asunto de la vida cristiana debe ser tratado en oración, mucho más cuando se trata de resistir las acciones del enemigo. Para algunos la oración es asunto de recurso en los momentos de grandes dificultades. Dios establece la oración en todo tiempo. Cristo mismo da ejemplo de oración. Basta la lectura corrida de los evangelios para verificar que Jesús fue un hombre de oración. Él oraba en todo momento. Lo hacía de un modo diferente al ritualismo de los fariseos, de modo que los discípulos le pidieron que les enseñara a orar. Oraba en gratitud (Jn. 11:41), pero lo hacía también en la angustia cuando la oración se hace lágrimas y palabras de clamar. Oraba en la cruz (Sal. 22:1) y entregaba su vida en oración (Lc. 23:46). Cristo dedicó tiempo a la oración orando con verdadera insistencia, de modo que en alguna ocasión pasó toda la noche orando (Lc. 6:12). El Señor buscaba tiempo tranquilo para orar, por tanto, mientras algunos aún dormían, Él se levantaba temprano cuando el día no había comenzado y buscando un lugar aislado oraba (Mr. 1:35). Iba con frecuencia a lugares solitarios para orar (Lc. 5:16). El Señor oraba en los momentos decisivos. Su ministerio comienza rodeado de oración (Lc. 1:21). Él oraba cuando tenía que tomar una decisión importante, como era

¹⁸ Griego: προσευχῆς.

¹⁹ Griego: δέησις.

²⁰ Griego: καιρός.

la elección de los doce discípulos (Lc. 6:12-13). Cuando tenía delante el final del ministerio con cuanto suponía la Cruz, Jesús oraba (Lc. 9:28-29). En el momento crucial de la agonía oró intensa y largamente (Lc. 22:42), oración hecha con gran clamor y lágrimas (He. 5:7). Al final de la experiencia de abandono en la Cruz, oraba (Mt. 27:46). Jesús oraba conforme a la voluntad de Dios, como Él mismo afirma en la resurrección de Lázaro (Jn. 11:41-42). Oraba también confiada pero insistentemente, como ejemplo la oración en Getsemaní. Cristo oraba también en intercesión por los suyos, a favor de otros, pidiendo asuntos concretos para ellos: “*yo ruego por ellos*” (Jn. 17:9); “*guárdalos en tu nombre, para que sean uno*” (Jn. 17:11); “*guárdalos del mal*” (Jn. 17:15); “*santifícalos en tu verdad*” (Jn. 17:17). Su oración se extendía a todos los creyentes: “*No solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos*” (Jn. 17:20). El mismo Señor pronunció una parábola para enseñar a los suyos la necesidad de orar siempre sin desmayar (Lc. 18:1). El ejemplo de Pablo, siguiendo las pisadas del Maestro es también un ejemplo de oración, abriendo la mayor parte de sus escritos recordando su compromiso de oración a favor de los destinatarios (cf. Ro. 1:9; 1 Co. 1:4; Ef. 1:16; Fil. 1:3-4; Col. 1:3; 1 Ts. 1:2; 2 Ts. 1:3; Flm. 4). El creyente debe orar porque Dios mismo lo establece (Jer. 33:3), siendo un mandamiento con promesa (Jer. 29:12). Debemos orar porque Cristo lo enseñó (Lc. 18:1). Es necesario orar porque el mandamiento para hacerlo aparece reiteradamente en el Nuevo Testamento (Ro. 12:12; Ef. 6:18; Col. 4:2). La oración debe hacerse continuamente, *sin cesar*, lo que enseña que el creyente ha de estar continuamente en relación espiritual con el Padre que le permita el diálogo con Él en toda ocasión. No es preciso buscar un determinado lugar para orar, porque se trata de la conversación propia y natural del hijo con el Padre que está en el cielo. El apóstol enseña aquí a orar en cualquier ocasión: ἐν παντί καιρῷ, “*en todo tiempo*”.

Una segunda característica de la oración es la continuidad e insistencia: καὶ εἰς αὐτὸ ἀγρυπνοῦντες ἐν πάσῃ προσκατερήσει “*y para ello velando con toda perseverancia*”. Se trata de una oración incesante. El combate contra las huestes de maldad es un asunto continuo, por tanto, los recursos de poder han de ser obtenidos continuamente. Cristo vuelve a ser ejemplo de oración para los creyentes, pasando, como se ha considerado antes, noches en oración (Lc. 6:12). La misma iglesia de los tiempos apostólicos es también ejemplo de entrega a la oración buscando los recursos de poder para llevar a cabo la misión encomendada aún a costa del riesgo a que se enfrentaban (Hch. 4:24ss). La forma de la oración perseverante es *velando*, como también lo enseña en otro lugar (Col. 4:2). Es posible entender esto también como un tiempo especial e intenso para orar, lo que suelen llamarse *vigilias* de oración, que van unidas al ayuno para dedicar el tiempo de la comida y del descanso a orar insistente e intensamente. El término que usa Pablo en el texto griego para

referirse a *velar* es un verbo²¹ que implica estar plenamente despierto, pero, también lleva aparejado el prestar atención a algo y tener sumo cuidado con ello, como es el uso que se da en Hebreos (He. 13:17). Esta insistencia y atención a la oración es un mandato establecido para los creyentes en todos los tiempos. Pablo mismo dice que el oraba *día y noche* por los santos (1 Ts. 3:10). La noche en la cárcel de Pablo y Silas fue aprovechada para orar (Hch. 16:25). ¿En que estaba pensado Pablo al recomendar la oración? Posiblemente tanto en la necesidad de oración insistente como en tiempos especiales de oración. Lamentablemente la idea del ayuno bíblico para dedicar tiempo a la oración y de reuniones congregacionales para oración especial, insistente y continua, como por ejemplo una noche de oración, no está teniendo lugar en muchas iglesias. Muchas iglesias, especialmente en lo que suele llamarse el *primer mundo*, no están tan interesadas en la oración como en otras actividades eclesiales. Sin oración no hay vida victoriosa y la demanda del apóstol es a prestar atención en el campo de la oración. La enseñanza del apóstol recibe aquí un sentido concreto: καὶ εἰς αὐτὸ ἀγρυπνοῦντες ἐν πάσῃ προσκατερίσσει, “*velando en ello con toda perseverancia*”. Al estar usando el ejemplo de armamento del soldado, una de las obligaciones del que está empeñado en un combate es velar día y noche atentos al enemigo, de ahí la demanda de hacerlo en relación con la oración, como fuente de poder.

La oración reviste dos aspectos o, como se dijo antes, un aspecto doble. Se trata de una oración con δεήσῃ, *súplica* o de una *oración suplicante*. Es, por tanto, una oración de dependencia. No está imponiendo ni reclamando ninguna respuesta, sino suplicando ante el Trono de gracia que Dios de el oportuno socorro para el tiempo de la necesidad. Es como una mano vacía que se extiende para recibir la provisión del poder de Dios. La iglesia primitiva en preparación para el conflicto que se avecinaba sobre ellos, oraba a Dios reconociendo que él era el Soberano (Hch. 4:24), por tanto tenía derecho a conducir cada circunstancia conforme a Su voluntad, solo rogaban que la gracia les diese la bendición de permanecer firmes predicando con desnudo la Palabra (Hch. 4:29), por tanto, no es de extrañar que a una petición suplicante se produjera la respuesta divina mediante la plenitud del Espíritu que les capacitaba en poder para predicar la Palabra conforme habían pedido. La oración que es respondida es la oración de clamor, conforme a la promesa divina: “*Clama a mí, y yo te responderé*” (Jer. 33:3). Las oraciones rituales, conformadas al sistema propio de la forma habitual según la tradición de la oración, pocas veces tendrán respuesta. Es la oración que *clama*, la que vierte el alma delante del Señor, la que va acompañada del reconocimiento de la inutilidad personal para alcanzar la victoria por sí mismo, la que levanta manos limpias pero vacías de poder pidiendo la ayuda divina, la que recibe la respuesta

²¹ Griego: ἀγρυπνέω.

poderosa de Dios. Entrar al trono de gracia para hallar el socorro oportuno requiere revestirse de humildad, aunque siempre se debe hacer con confianza: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (He. 4:16). El admirable recurso para el creyente no está lejos de Él, ni es difícilmente alcanzable, consiste simplemente en *acercarse* al trono de la gracia. Es sorprendente la cercanía del trono de la provisión divina, al que ya hemos accedido todos en algún momento, por lo que el modo verbal *acerquémonos*, se expresa en el texto griego mediante un presente de subjuntivo volitivo, que expresa la idea de *seguir acercándose* al trono de la gracia. El verbo denota *venir cerca de algo*. No sólo el creyente puede acceder sino que se le exhorta para que lo haga. Además la aproximación debe efectuarse con *confianza*, una palabra que expresa la idea de *seguridad y presencia de ánimo*, que comunica al cristiano la cancelación del problema y responsabilidad penal del pecado. Antes el trono de Dios era un trono de ira, a causa del pecado, pero, cargado éste sobre Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, y extinguida la responsabilidad penal que a causa del pecado recaía sobre el pecador, se convierte en un trono de gracia para todo aquel que está en Cristo. El Sumo Sacerdote hizo la expiación personal por el pecado del creyente (1 Jn. 2:1-2), por tanto no hay razón de temor, en sentido de miedo ante el Juez supremo porque ya *“no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús”* (Ro. 8:1). De ese trono se otorga también la gracia salvífica que concede el perdón de pecados y la vida eterna (Ro. 5:15). A ese trono de gracia puede acercarse por fe el pecador para salvación (Ro. 5:1; Ef. 2:8-9). Esa posición produce confianza. Es la confianza con que en la antigua dispensación se acercaba a Dios el publicano que orando en el templo decía: *“Dios, se propicio a mí, pecador”* (Lc. 18:13). La sangre del sacrificio de la expiación extendida sobre el propiciatorio permitía esa oración confiada. Dios era propicio al pecador a causa de la muerte del animal inocente que figurativamente representaba lo que sería el perfecto sacrificio del Cordero de Dios. El Sumo Sacerdote está sentado en el trono celestial interesado y capacitado para *compadecerse* de las debilidades y flaquezas personales (He. 1:3, 13; 4:15). Los dones perfectos y la gracia abundante descenden del Padre de las lumbreras (Stg. 1:17) que está sentado en el trono y se hacen realidad por el único Mediador entre Él y los hombres que es Jesucristo hombre (1 Ti. 2:5). La actividad de Dios para sus hijos es siempre una actividad de bien. El Dios de gracia se dio a sí mismo al dar a su Hijo, por tanto, con el don supremo se dan también los demás dones (Ro. 8:32). Por otro lado, los dones de la gracia son *perfectos*, es decir, *completos*, abundantes para la superación de la necesidad más acuciante que pueda presentarse. La gracia de Dios siempre es mayor que la mayor de la necesidad del creyente (Stg. 4:6). Dios mismo otorga los dones de la gracia en la dimensión de la gracia misma, que es inagotable. El resultado para el creyente de acercarse al trono de gracia es el *“alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*. Desde ese trono destila el amor que se

manifiesta en misericordia, como expresión compasiva hacia la limitación humana y sus miserias que producen sufrimiento. El creyente encuentra allí *misericordia*, expresión de amor en la solución de la miseria. Es la misericordia el amor que movió los brazos del padre del pródigo para estrecharlo firmemente contra su pecho a pesar de su ruina y suciedad. De la misma manera el Padre del cielo abraza al creyente que ha fracasado y caído, restaurándolo, en base a la obra de su Hijo, a plena comunión con Él. Pero también descende de allí la gracia manifestandose en el *oportuno socorro*. La expresión es sumamente interesante, e indica la *ayuda en el momento justo*, o también la *ayuda en el instante necesario*. De otro modo el auxilio de Dios es poderoso, porque en él está empeñada la gracia, y es oportuno porque llega en el momento necesario, en la hora de la prueba y de la crisis. La gracia de Dios llega en el momento oportuno, pero jamás llega tarde.

Otra característica de la oración es la *intercesión*. Se ora por *περὶ πάντων τῶν ἁγίων* “*todos los santos*”. La oración de la iglesia local debe incluir la intercesión por sus miembros. El combate es para todos los creyentes, por tanto todos necesitan ser apoyados en oración. De forma muy especial por aquellos que están en un servicio donde van a encontrar una mayor oposición de Satanás. De este modo se entenderá la petición de Pablo en el versículo siguiente. Esto conduce a pensar en la intercesión por quienes están en la obra misionera, y tiene que ver con lo que se llama *oración misionera*. Aquellos hermanos que trabajan en las tareas de la evangelización y de la enseñanza son los que están más en el punto de mira de las asechanzas de Satanás. Por ellos deben ser elevadas oraciones de intercesión. El ejemplo de Jesús es claro: oró por los discípulos, pero lo hizo también por los que habían de creer por la palabra de ellos (Jn. 17:20). La oración intercesora de Jesús tenía que ver con la protección de los suyos de las asechanzas del maligno, como se lee textualmente en el texto griego: “*No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno*” (Jn. 17:15). La oración es por *todos los santos*, nadie de los creyentes debe quedar fuera de la intercesión de sus hermanos, porque todos necesitamos ser guardados del poder del maligno. Es notable que la oración de intercesión en relación con la protección del maligno, no sea nada común. Se ora por necesidades materiales, por necesidades espirituales, por problemas físicos, pero no es habitual oír que se pida protección a Dios de modo que los creyentes sean librados de las asechanzas del maligno. El apóstol enseña aquí la necesidad de la oración intercesora para que cada creyente tenga las fuerzas y los recursos necesarios para mantenerse firme en el combate con las huestes de maldad.

19. Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio.

καὶ ὑπὲρ ἐμοῦ, ἵνα μοι δοθῇ λόγος ἐν ἀνοίξει τοῦ στόματος μου,
 Y por mí, para que me sea dada palabra en abrir de la boca de mí
 ἐν παρρησίᾳ γνωρίσαι τὸ μυστήριον τοῦ εὐαγγελίου¹,
 con denuedo para dar a conocer el misterio del evangelio.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ τοῦ εὐαγγελίου, *del evangelio*, atestiguado en ⳨, A, D, I, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1175, 1241, 1319, 1573, 1739, 1852, 1881, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] *Lect* it^{ar, d, f, o}, vg, syr^{p, h, pal}, cop^{sa, bo, fay/ms}, arm, eth, geo, salv, Or'genes, Basilio, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Jerónimo, Pelagio.

Omitida en B, F, G, it^{b, g, mon}, cop^{fay/ms}, Marción según Tertuliano, Victorino-Roma, Ambrosiaster.

La petición personal de Pablo: καὶ, conjunción copulativa y; ὑπὲρ, preposición de genitivo *por*; ἐμοῦ, caso genitivo del pronombre personal *mí*; ἵνα, conjunción *para que*; μοι, caso dativo de la primera persona singular del pronombre personal *me*; δοθῇ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz pasiva del verbo δίδωμι, *dar, conceder, permitir*, aquí *sea dada*; λόγος, caso nominativo masculino singular del sustantivo *palabra, discurso*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; ἀνοίξει, caso dativo femenino singular del nombre común que expresa la *acción de abrir la boca*, literalmente *apertura*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; στόματος, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *boca*; μου, caso genitivo de la primera persona singular del pronombre personal *de mí*; ἐν preposición que rige dativo *en*; παρρησίᾳ, caso dativo femenino singular del nombre común *denuedo*; γνωρίσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo γνωρίζω, *dar a conocer, revelar*; τὸ, caso acusativo neutro singular del artículo determinado *el*; μυστήριον, caso acusativo neutro singular del sustantivo *misterio*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; εὐαγγελίου, caso genitivo neutro singular del sustantivo que denota *evangelio*.

Καὶ ὑπὲρ ἐμοῦ. Uniéndose a los destinatarios de la oración intercesora el apóstol pide que también sea el objeto de la oración de los creyentes. La oración intercesora de la iglesia por los hermanos debe incluir también a Pablo. Esta oración por él y por sus colaboradores era práctica entre los cristianos (2 Co. 1:11; Fil. 1:19). La intercesión a favor del apóstol es intercesión a favor de la extensión del evangelio, ya que la oración tenía que ver con la comunicación de poder ἵνα μοι δοθῇ λόγος ἐν ἀνοίξει τοῦ στόματος μου, ἐν παρρησίᾳ γνωρίσαι τὸ μυστήριον τοῦ εὐαγγελίου, para que diese a conocer el *misterio* del evangelio, haciéndolo con denuedo. Esta petición es un toque de humildad en el escrito. Pablo pidió oraciones a su favor porque reconocía que como creyente necesitaba los recursos de poder para vender en la

lucha. Los ataques de Satanás son distintos en cada caso, pero, no cabe duda, que uno de sus intereses es impedir por todos los medios la predicación del evangelio, para que las personas no se salven.

La petición paulina es interesante porque en ella debe definirse el verdadero propósito de ella. ¿Qué significado tiene el término *denuedo*²² en el versículo? Pudiera entenderse como la ocasión de proclamar el evangelio, tal vez pensando en la liberación de sus prisiones para que pudiera volver al campo misionero. Sin embargo, ya lo estaba haciendo en Roma, a donde había sido conducido prisionero y cuya predicación en la casa de alquiler donde estaba vigilado por soldados romanos, había traído como consecuencia que el evangelio alcanzase a miembros de la *casa de Cesar* (Fil. 4:22). Lo más seguro es pensar que se trata de una petición para que en la predicación del evangelio tuviese las palabras apropiadas para dar a conocer el misterio. Esto sería lo que al *abrir* de su boca debía producirse con la ayuda de Dios. Es una misma petición que la que la iglesia primitiva hizo cuando se avecinaba la persecución: “Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo *denuedo* hablen tu palabra” (Hch. 4:29). El sustantivo *denuedo* en castellano equivale a *brío*, *intrepidez*, lo que posiblemente sea el sentido en esta ocasión y en la petición de Pablo, que ninguna cosa impida que el mensaje del evangelio sea dado a conocer. Es necesario recordar que es Dios quien abre los labios de los profetas para que anuncien su palabra, aún en medio de las dificultades y amenazas, como ocurre con Ezequiel: “Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca, y les dirás...” (Ez. 3:27). En el ministerio de Cristo el *abrir de su boca* era para enseñar a las gentes (Mt. 5:2). Fue Felipe quien al *abrir su boca*, al impulso y dirección del Espíritu proclamó al eunuco etíope el mensaje del evangelio (Hch. 8:35). Lo que realmente está pidiendo es que intercedan por él para que Dios abra sus labios a fin de proclamar el mensaje del evangelio, no sólo con precisión, sino en cualquier circunstancia. Esta petición se entiende mejor cuando se lee el último escrito a Timoteo, en donde se aprecia como Satanás procuró que su ministerio no resultara eficaz, “pero el Señor me dio fuerzas -dice- para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león” (2 Ti. 4:17). El león, figura de Satanás, había intentado amedrentar a Pablo e impedir su ministerio eficaz, sin conseguirlo. Las armas de las huestes de maldad nada pudieron contra la protección divina del ministerio apostólico.

El sentido de la expresión ἐν παρησίᾳ, *con denuedo*, está íntimamente vinculado con la proclamación del τὸ μυστήριον τοῦ εὐαγγελίου, “*misterio del evangelio*”. El genitivo *del evangelio* es en este caso un genitivo de contenido, por tanto, por lo que está pidiendo es sobre proclamar el *misterio* que

²² Griego: παρησία.

es Cristo mismo. En otras palabras, que Dios le de claridad de expresión suficientemente firme como para manifestar a Cristo, su Persona y su obra ante las gentes. Sin duda la expresión tiene siempre algo de indeterminación, pero ambas cosas son posibles aquí: 1) disposición para proclamar el mensaje en cualquier circunstancia; 2) capacidad para declarar a Cristo con claridad. Nótese que el evangelio va vinculado a la proclamación de la persona del Salvador. El evangelio es un mensaje Cristocéntrico, en el que el Salvador es proclamado para ser aceptado como único y suficiente por quienes escuchan el mensaje. Esta es una seria advertencia para nosotros en el tiempo actual. La predicación del evangelio requiere una exposición clara sobre la gloriosa persona de Jesucristo. Cualquier otro asunto que se introduzca en la evangelización no es realmente el evangelio que somos llamados a proclamar. Es en Cristo y solamente en Él que hay salvación para todo el que se entregue a Él por la fe, sin distinción alguna (3:3; 4:9; Ro. 16:25; Col. 1:26, 27; 2:2; 4:3; 1 Ti. 3:9).

20. Por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de Él, como debo hablar.

ὕπερ οὗ πρεσβεύω ἐν ἀλύσει, ἵνα ἐν¹ αὐτῷ παρρησιάζωμαι ὡς
 Por del que soy embajador en cadena para que en Él hable con denuedo como
 δεῖ με λαλῆσαι.
 es necesario yo hable.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἐν αὐτῷ παρρησιάζωμαι, *en Él hable con denuedo*, atestiguada en A, D, F, G, I, Ψ, 075, 0150, 6, 33, 81, 256, 263, 365, 424, 436, 1175, 1241, 1319, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P], *Lect* it^{b, d, f, g, mon, o}vg, syr^{h, pal}, arm, geo, slav, Basilio, Crisóstomo, Teodoro^{lat}, Victorino-Roma, Ambrosiaster, Jerónimo, Pelagio.

παρρησιάζωμαι ἐν αὐτῷ, *hable con denuedo en Él*, lectura en κ, 104, 459, cop^{sa, bo, fay}.

αὐτό, *de ello*, como se lee en p⁴⁶, B, 1739, 1881, syr^p.

La conclusión de la petición de Pablo alude a su condición en el tiempo del escrito: ὑπερ, preposición de genitivo *por*; οὗ, caso genitivo neutro singular del pronombre relativo declinado *del que*; πρεσβεύω, caso genitivo neutro singular del nombre común *ser embajador, ser delegado*; ἐν, preposición de dativo *en*; ἀλύσει, caso dativo femenino singular del sustantivo *cadena*; ἵνα, conjunción *para que*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; αὐτῷ, caso dativo neutro singular de la segunda persona del pronombre personal *Él*; παρρησιάζωμαι, primera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz media del verbo παρρησιάζομαι, *hablar con denuedo*,

aquí *hable con denuedo*; ὥς, adverbio de modo, *como*, que hace las veces de conjunción comparativa; δεῖ, tercera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo δεῖ, *ser necesario, deber*, aquí como *es necesario*; με, caso acusativo singular de la primera persona del pronombre personal *yo*; λαλῆσαι, aoristo primero de infinitivo en voz activa del verbo λαλέω, *hablar*, aquí *hable*.

Ἵπὲρ οὗ πρεσβεύω ἐν ἀλύσει, ἵνα ἐν αὐτῷ παρρησιάζωμαι ὥς δεῖ με λαλῆσαι. La oración de relativo de la primera parte del versículo, pone de manifiesto que el hablar con denuedo del versículo anterior no tiene que ver con una petición de oportunidad para predicar el evangelio, puesto que estaba haciéndolo. La oportunidad existe, puesto que Pablo es el embajador de Cristo en cadena. Es decir, la prisión tenía que ver con la comisión de llevar, como embajador suyo, el mensaje del evangelio (2 Co. 5:20). Era un embajador ἐν ἀλύσει “*en cadenas*”, lo que da una mayor dimensión aún: El embajador estaba preso, pero el mensaje corría libremente, o si se prefiere mejor, el embajador estaba preso para que el mensaje corriese libremente. Pudiera también estar relacionada la petición de Pablo para que pudiese hablar con denuedo el mensaje ante el tribunal que le juzgaría, en el mismo sentido que ocurre en la Epístola a los Filipenses (Fil. 1:12s), lo que también concordaría con su deseo final (2 Ti. 1:8).

Una segunda oración con la conjunción ἵνα, *para que*, orienta el sentido del verbo παρρησιάζωμαι, *hablar con denuedo* el evangelio. El embajador preso tiene como misión en esa circunstancia proclamar don denuedo el evangelio. En esta ocasión el apóstol utiliza un verbo que tiene ese sentido, es decir, una manera concreta de hablar, que aparece en otros lugares (cf. Hch. 9:27; 14:3; 18:26; 19:8), con sentido de *hablar abiertamente*. Este hablar abiertamente procede de los recursos de Dios, como dirá escribiendo a los tesalonicenses: “*pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición*” (1 Ts. 2:2). Cuando el apóstol habla con denuedo, está hablando “*como debo hablar*”, que concuerda con el mandamiento divino que le comisionó y envió para proclamar el mensaje del misterio, que es Cristo mismo. Sin embargo para que pueda hablar denodadamente el mensaje ὥς δεῖ με λαλῆσαι, *como debe*, literalmente *como es necesario que hable*, necesita los recursos de la gracia, confiando que vendrán oportunamente como consecuencia de las oraciones de intercesión de los creyentes. Esa oración es necesaria por cuanto el apóstol estando preso ve limitada la *apertura* de su boca para la proclamación del mensaje, debido principalmente a los pocos que pueden ser alcanzados desde esa condición de prisionero. Lo que el apóstol está pidiendo no es su libertad para predicar en otros lugares y a otras personas el evangelio, sino la capacidad para hacerlo conforme a la encomienda divina y con el denuedo necesario en la situación en

que se encontraba. Un creyente no tiene que preocuparse de su situación, sino del ministerio encomendado.

Conclusión (6:21-24).

El párrafo contiene el final de la *Carta*, con los deseos personales del apóstol y los saludos que incluyen la bendición y la doxología.

Asuntos personales (6:21-22).

21. Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor.

ἵνα δὲ εἰδῆτε καὶ ὑμεῖς τὰ κατ' ἐμέ, τί πράσσω, πάντα
 Y para que sepáis también vosotros los de a mí que estoy haciendo todo
 γνωρίσει ὑμῖν Τύχικος ὁ ἀγαπητὸς ἀδελφὸς καὶ πιστὸς διάκονος
 dará a conocer os Tíquico el amado hermano y fiel ministro
 ἐν Κυρίῳ,
 en Señor.

Notas y análisis del texto griego.

Sobre su propia persona, escribe: ἵνα, conjunción *para que*; δὲ, partícula conjuntiva que hace las veces de conjunción, con sentido de *pero, más bien, y, y por cierto, antes bien*, como conjunción coordinante es la segunda en frecuencia en el N.T. después de καί; εἰδῆτε, segunda persona plural del perfecto de subjuntivo en voz activa del verbo οἶδα, *saber, conocer, comprender, entender*, aquí *sepáis*; καὶ, adverbio de modo *también*; ὑμεῖς, caso nominativo plural de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *los*; κατ', forma escrita de la preposición de acusativo κατά, *de*, por elisión ante vocal con espíritu suave; ἐμέ, caso acusativo singular de la primera persona del pronombre personal declinado *a mí*; τί, caso acusativo neutro singular del pronombre interrogativo *que*; πράσσω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo πράσσω, *practicar, hacer*, aquí *hago*; πάντα, caso acusativo neutro plural del adjetivo indefinido *todo*; γνωρίσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo γνωρίζω, *revelar, dar a conocer*, aquí *dará a conocer*; ὑμῖν, caso dativo de la tercera persona plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; Τύχικος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Tíquico*; ὁ, caso nominativo singular del artículo determinado *el*; ἀγαπητός, caso nominativo singular del adjetivo *amado*; ἀδελφός, caso nominativo singular del nombre común *hermano*; καὶ, conjunción copulativa *y*; πιστός, caso nominativo masculino singular del adjetivo *fiel*; διάκονος, caso nominativo masculino singular del sustantivo que denota *diácono, siervo, ministro*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; Κυρίῳ, caso dativo masculino singular del título divino *Señor*.

“Ἰνα δὲ εἰδῆτε καὶ ὑμεῖς τὰ κατ’ ἐμέ, τί πράσσω, πάντα γνωρίσει ὑμῖν Τύχικος ὁ ἀγαπητὸς ἀδελφὸς καὶ πιστὸς διάκονος ἐν Κυρίῳ. La petición de oración intercesora a su favor exige que haya un informe de la situación personal a fin de que los creyentes intercedan de acuerdo con ella. Pero, en la *Carta*, Pablo no está interesado en él, sino en Dios, su gracia y su obra. Por tanto, cuando casi está concluido el escrito, en lugar de informar sobre su estado en la prisión y las perspectivas, según su parecer, de lo que pudiera esperar, hace una recomendación del mensajero que les informaría de todo esto. El apóstol no informa de sus necesidades, sino que encomienda esta labor al portador de la carta, llamado Tíquico.

Los detractores de la autoría paulina de la *Carta*, encuentran aquí aparentemente un argumento de que es una copia de la Carta a los Colosenses, porque el versículo es prácticamente idéntico en ambas. La reserva de información, la remisión al mensajero para esa labor y el nombre del portador de la carta es el mismo (Col. 4:7). Sin embargo, la coincidencia no es sino una muestra probatoria en sentido contrario. La situación de quien escribe ambas cartas es la misma, las circunstancias de las dos congregaciones muy parecidas y el portador de las dos cartas es el mismo, por tanto, no cabía esperar otra cosa sino esta identidad final. Con todo hay diferencias significativas: Obsérvese que en la Carta a los Colosenses simplemente dice: “*Todo lo que a mí se refiere...*” (Col. 4:7), mientras que aquí escribe: “Ἰνα δὲ εἰδῆτε καὶ ὑμεῖς τὰ κατ’ ἐμέ, τί πράσσω, “*Para que también vosotros sepáis mis asuntos*”. Es evidente que el *también vosotros* es una variante propia al escribir sobre algo que se repite, es decir, el apóstol escribió esto mismo a otros, los colosenses, por tanto dice aquí: *también vosotros*, los efesios, debéis saber lo que digo a otros, los colosenses. De ahí también que la expresión “*mis asuntos*”, literalmente *lo que hago*, no aparece en Colosenses. Todo ello es evidencia clara de no ser una carta pseudoepígrafa sino otra auténtica del apóstol.

Los datos sobre el portador de la carta ponen de manifiesto la proximidad en la confección de los dos escritos, que son entregados a la misma persona para hacerlos llegar a dos lugares relativamente próximo uno del otro como eran Éfeso y Colosas. ¿Podría tratarse de dos viajes de la misma persona? Pudiera ser que la carta a los Colosenses fuese la primera y que acompañando a Tíquico fuese también Onésimo, el esclavo convertido, que pertenecía a Filemón, un cristiano de Colosas, y que desde Colosas regresara nuevamente para visitar a Pablo, por cuyo conducto enviaría ahora la destinada a los efesios. Todo esto pudiera ser así, pero la distancia entre Roma y Éfeso era lo suficientemente grande en los tiempos de Pablo para suponer que más bien fueron enviadas ambos escritos al mismo tiempo, citándose a Onésimo en la Carta a los Colosenses por cuanto iría a aquella iglesia, y no haciéndolo en la de los efesios por ser, tal vez, desconocido en aquella congregación. Mediante la visita de

Tíquico, podrían los creyentes en Éfeso conocer la situación general de Pablo, de ahí la expresión τί πράσσω, que significa “*lo que hago*”, o en un modismo de la época “*como me va*”. Tíquico no solo les informaría de algo, sino de πάντα, *todo*, γνώρισεῖ ὑμῖν Τύχικος todo cuanto aquellos quisieran saber.

El portador de la carta es llamado por Lucas el *asiático* (Hch. 20:4), vinculándolo con Trófimo en el mismo pasaje. Posiblemente era miembro de la iglesia en Éfeso, a donde Pablo lo envió durante su segundo encarcelamiento (2 Ti. 4:12). Debía, por tanto, ser un hermano conocido de los efesios. Sin embargo, junto con la carta va la recomendación personal que Pablo hace de él. En primer lugar es un *hermano*, quiere decir, un cristiano, como tal comprometido con Cristo y su obra. Sólo los creyentes pertenecientes a la Iglesia en esta dispensación pueden ser llamados *hermanos* porque son miembro de la casa de Dios (2:19) e hijos del mismo Padre por adopción (Gá. 4:5). Esa condición le hace ser ὁ ἀγαπητὸς ἀδελφός, *el hermano amado*. Lo que caracteriza a los creyentes es la mutua relación en amor (Jn. 13:35). Quien no ama a los hermanos no pertenece a la comunidad cristiana (1 Jn. 4:8).

La condición del portador de la *Carta*, además de hermano es la de πιστὸς δίακονος ἐν Κυρίῳ, “*fiel ministro en el Señor*”, literalmente *fiel diácono en el Señor*. Quiere decir esto que estaba encargado de un determinado ministerio, bien sea en relación con el apóstol o bien lo sea en la iglesia local en la que estaba integrado. Eso es lo que Pablo dice sobre Timoteo: “*Por eso mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor*” (1 Co. 4:17). Usando también el mismo calificativo “*servidor de Dios*” para referirse a él en otro escrito (1 Ts. 3:2). El servicio lo realiza desde la posición espiritual en la que el nuevo nacimiento lo ha colocado: *En Cristo*. Es semejante expresión a la que usa al escribir a los colosenses haciendo referencia a Epafras (Col. 1:7). Tíquico es un servidor de Dios que presta su servicio para la Iglesia bajo la dirección del apóstol, que en esta ocasión lo envía como portador de una carta. El sentido de *ministro* o *diácono*, en relación con Tíquico, se usa también para referirse a una mujer, *Febe*, diaconisa de la iglesia en Cencreas, que probablemente llevó la carta de Pablo a Roma (Ro. 16:1). Siendo hermano y amado, siendo también siervo de Cristo, es la persona indicada para dar un informe veraz sobre la situación del apóstol. En ese sentido, portador de la carta, tiene la misión también de edificar la iglesia.

22. El cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones.

ὃν ἔπεμψα πρὸς ὑμᾶς εἰς αὐτὸ τοῦτο, ἵνα γνῶτε τὰ περὶ
El que envié a vosotros para esto mismo, para que conozcáis lo acerca

ἡμῶν καὶ παρακαλέσῃ τὰς καρδίας ὑμῶν.
de nosotros y consuele los corazones de vosotros.

Notas y análisis del texto griego.

Sin solución de continuidad, escribe: ὃν, caso acusativo masculino singular del pronombre relativo *el que*; ἔπεμψα, primera persona singular del aoristo primero de indicativo en voz activa del verbo πέμπω, *enviar, comisionar*, aquí como *envié*; πρὸς, preposición de acusativo *a*; ὑμᾶς, caso acusativo de la segunda persona plural del pronombre personal *vosotros*; εἰς, preposición de acusativo *para*; αὐτὸ, caso acusativo neutro singular del pronombre personal *lo mismo*; τοῦτο, caso acusativo neutro singular del pronombre demostrativo *esto*; ἵνα, conjunción *para que*; γνῶτε, segunda persona plural del aoristo segundo de subjuntivo en voz activa del verbo γινώσκω, *conocer*, aquí *conozcáis*; τὰ, caso acusativo neutro plural del artículo determinado *lo*; περὶ, preposición de genitivo *acerca*; ἡμῶν, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; παρακαλέσῃ, tercera persona singular del aoristo primero de subjuntivo en voz activa del verbo παρακαλέω, *consolar, animar*, aquí *consuele*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; καρδίας, caso acusativo femenino plural del sustantivo que denota *corazones*; ὑμῶν, caso genitivo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *de vosotros*.

Ὁν ἔπεμψα πρὸς ὑμᾶς εἰς αὐτὸ τοῦτο. Tíquico, como portador de la carta es enviado por Pablo a Éfeso. Ese es uno de los aspectos del ministerio de ese colaborador del apóstol. El tiempo pasado del verbo *envié* es una forma epistolar del uso del aoristo, para referirse a un hecho que para el lector se había producido, pero que era futuro cuando se escribía la *Carta*. El propósito para el que Tíquico fue enviado a Éfeso era doble: 1) llevar y entregar el escrito a sus destinatarios, 2) ministrar la Palabra para aliento y consolación.

El primer propósito al llevar la *Carta* comprendía también informar a los creyentes sobre la situación personal del apóstol, pero, no solamente de él, sino de todos los que con él estaban colaborando: ἵνα γνῶτε τὰ περὶ ἡμῶν “*sepáis lo tocante a nosotros*”. Pablo consideraba su ministerio desde el conjunto de creyentes involucrados con él, y no desde la individualidad apostólica suya. No cabe duda que él, como apóstol, enviado por Cristo para llevar el evangelio a los gentiles, tenía autoridad y responsabilidad plena en el ministerio. Ninguno de los que le acompañaban era *apóstol* por don como él era, pero todos ellos eran colaboradores en la misión de evangelizar al mundo, que comprendía y alcanzaba a todos ellos. Pablo nunca se olvida de quienes colaboran con él. Eran piezas importantes que Dios ponía a su lado para llevar a cabo la misión. Tíquico era uno de ellos y, en esta ocasión, fue enviado con noticias fidedignas sobre el apóstol y su situación personal. Las iglesias eran conocedoras de la prisión de Pablo. Algunas de ellas, y concretamente la de

Éfeso, sabía que nunca más habían de ver al apóstol, como el mismo dijo en la despedida a los ancianos de la iglesia en la playa de Mileto (Hch. 20:25). Eso generaba mayor deseo en conocer como iban los asuntos del prisionero de Jesucristo. Tíquico era la persona autorizada para informar.

El segundo propósito de la visita del portador de la carta consistía en que παρακαλέσῃ τὰς καρδίας ὑμῶν, “*consuele vuestros corazones*”. Unida a la oración anterior mediante la conjunción *y*, indica que hay dos objetos para el viaje del hermano. No sólo sería el informador, sino que estaría entre ellos ministrando la Palabra. El verbo traducido por *consolar*²³, es el que Pablo usa en la Primera Carta a los Corintios para referirse al ministerio profético en la congregación (1 Co. 14:3), por tanto, el consuelo de que aquí se refiere, no solo tenía que ver con las noticias sobre Pablo, sino especialmente con el ministerio de la Palabra. Debe tenerse en cuenta que *profetizar* en el contexto del Nuevo Testamento tiene que ver con algo más que revelar el misterio oculto, tanto sobre el evangelio, como sobre la escatología del evangelio. Un segundo nivel *profético* era aquel que tomaba de la Palabra escrita, que incluía los escritos apostólicos que iban apareciendo, como la *tradición oral* de los apóstoles en su enseñanza (2 Ti. 2:2), para ministrar con ella palabras de aliento a los creyentes. Una importante lección debiera tenerse en cuenta: La iglesia necesita más aliento que reprensión. Los cristianos necesitan ser ministrados con la Palabra para que reciban aliento para una vida de fe, cada vez más difícil en el mundo actual. Pablo enviaba a Tíquico, no para corregir y reprender -lo que sin duda como iglesia era también necesario en Éfeso- sino para consolar. El sentido etimológico del verbo es el de venir al lado de uno con una palabra de aliento. El hombre de Dios se caracteriza más por la capacidad de restaurar que por la de reprender (Gá. 6:1). El legalista vive siempre pendiente del pecado de los hermanos para reprenderles y agobiarles, el cristiano espiritual, sin transigir con el pecado, busca, sobre todo, la restauración del pecador. Las palabras de consuelo fortalecen y consolidan la obra de Dios (Col. 2:2). La misión de Tíquico era confortar los corazones de los creyentes (Col. 4:8). El gran deseo de Pablo era que los cristianos fuesen consolados (2 Ts. 2:16-17).

Seguro de que Tíquico continuaría entre ellos la parénesis que Él había escrito, da por concluido el cuerpo de la carta, para pasar a la despedida, con los saludos y la bendición.

Bendición y doxología (6:23-24).

23. Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

²³ Griego: παρακαλέω.

Εἰρήνη τοῖς ἀδελφοῖς καὶ ἀγάπη μετὰ πίστεως ἀπὸ Θεοῦ Πατρὸς καὶ
 Paz a los hermanos y amor con fe de Dios Padre y
 Κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ.
 de Señor Jesús Cristo.

Notas y análisis del texto griego.

La despedida manifiesta los deseos personales del apóstol: Εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del nombre común *paz*; τοῖς, caso dativo masculino plural del artículo determinado declinado *a los*; ἀδελφοῖς, caso dativo masculino plural del sustantivo que denota *hermanos*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ἀγάπη, caso nominativo femenino singular del sustantivo *amor*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; πίστεως, caso genitivo femenino singular del nombre común *fe*; ἀπὸ, preposición de genitivo *de*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Dios*; Πατρὸς, caso genitivo masculino singular del nombre propio referido a Dios, *Padre*; καὶ, conjunción copulativa *y*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del título divino declinado *de Señor*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*.

La despedida comprende primero un párrafo de bendición. Algunos consideran que estas palabras era pronunciadas en el culto y que sirven para introducción y despedida de las cartas de Pablo, con alguna variante, que van desde la concisión de algunas (Col. 4:18b) hasta otras más extensas (2 Co. 13:14). En la mayoría de las veces, la bendición es una sola frase aunque en otras es de más de una, incluyendo una interrupción en medio (2 Ts. 3:16, 18).

En la *Carta* la bendición es más impersonal usando la tercera persona en la construcción de la misma, por esa razón se considera como más *litúrgica*, es decir, más propia del culto. La bendición tiene unos destinatarios concretos: τοῖς ἀδελφοῖς, “*los hermanos*”, que comprende a todos los miembros de la iglesia en Éfeso y, por extensión, dada la atemporalidad de los escritos bíblicos, a todos los creyentes en todos los tiempos. A los hermanos les bendice con εἰρήνη, *paz*, como deseo personal para cada uno. Es el deseo de que la paz de Dios descienda sobre ellos y sea propia en la experiencia personal de cada uno. *Paz* es una de las palabras claves de la carta. Nosotros podemos disfrutar de la paz porque Cristo es nuestra paz (2:14). Además, la comunión es posible sin barreras ni limitaciones porque Cristo, que es nuestra paz, hizo la paz de relación entre todos los cristianos, para llevar a cabo el propósito divino de hacer de los dos un solo y nuevo hombre, matando en su carne las enemistades y haciendo la paz (2:15). La paz de relación y la paz con Dios ha sido anunciada por medio del evangelio (2:17). El cristiano por tanto tiene una notable bendición, disfrutar de la paz que Dios nos ha otorgado en Cristo (4:3). La condición de un cristiano está vinculada directamente con la paz, que convierte al creyente en un pacificador y, por esa condición puede ser llamado “*hijo de*

Dios” (Mt. 5:9). El pacificador es aquel que *vive la paz* y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. Es la consecuencia de la relación establecida para el creyente con Dios en Cristo. Es el disfrute consecuente de haber obtenido la reconciliación con Dios (2 Co. 5:18-19). El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (6:15). La santificación adquiere la dimensión de la vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de *seguir* la paz (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar a todos la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído, ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12-15). Una vida en la paz es testimonio incuestionable de ser verdaderamente cristianos y, por tanto, hijos de Dios. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo suyo (Jn. 1:12). Pero, a estos a quienes Dios reconoce como sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven la experiencia de la paz. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para

inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de su paz.

Un segundo aspecto en la bendición, vinculado al primero, es el ἀγάπη, *amor*. Si la paz es una de las manifestaciones del fruto del Espíritu, la primera expresada es el amor. Tanto la paz como el amor son realidades producidas por la acción del Espíritu. Para que el cristiano pueda llevar a cabo su testimonio ante el mundo en una relación de amor (Jn. 13:35), Dios ha derramado su amor en el corazón cristiano por medio del Espíritu (Ro. 5:5). El amor es el vínculo perfecto y la manifestación de la presencia en plenitud del Espíritu en el cristiano (Gá. 5:22). No solo es algo para expresar o manifestar, sino especialmente algo para vivir. La vida cristiana se desarrolla en la experiencia suprema del amor de Dios. La exhortación de Pablo se dirigió a la imitación de Dios consistente en “*andar en amor*” (5:1-2). Esta bendición no es tan solo un deseo personal de Pablo, sino la realidad de la transmisión del amor de Dios a la experiencia del cristiano, posible en la vida en el Espíritu (Gá. 5:16). La relación entre el amor y la paz es una evidencia en el Nuevo Testamento, presentándose al amor como la fuerza unificadora de la paz (4:2-3). No es lugar ni ocasión para extenderse en el aspecto del amor cristiano, simplemente recordar que quien no es capaz de amar con la calidad del amor de Cristo, debe preguntarse si ha nacido de nuevo, porque Juan enseñan que el que no ama está en muerte (1 Jn. 3:14). Cualquier manifestación de vida cristiana al margen del amor es pura hipocresía. Quienes en un alarde de amor por la doctrina, aborrecen a los hermanos que no concuerdan plenamente con ellos, deben preguntarse si están en la verdad, porque quien aborrece a su hermano está en tinieblas (1 Jn. 2:9). Algunos viven adorando la doctrina mientras queman el amor en el altar que levantaron para adorarla. La identificación cristiana ante el mundo está en el amor (Jn. 13:35).

Un tercer elemento en la bendición es μετὰ πίστεως, *la fe*, literalmente *con fe*. Ambos, fe y amor, van juntos a lo largo de la *Carta* (1:15; 3:17; 4:15). Es en el amor en el que se activa la fe, que tiene que ver con la vida de fidelidad a la que cada creyente ha sido llamado. La fe actúa al impulso del amor (Gá. 5:6). La fe del creyente es una fe dinámica que actúa y obra (Stg. 2:26). Una fe que no se manifiesta en obras es una fe muerta en sí misma (Stg. 2:17). Es una enseñanza clara en la epístola que la salvación es por gracia y no por obras (2:8-9), pero no cabe duda que la salvación tiene como objetivo un nuevo obrar cristiano, establecido por Dios de antemano para que sea el estilo propio de vida del regenerado (2:10). Debe llegarse a la conclusión de que si bien no nos

salvamos por obras, sí nos salvamos para obras. Quien no obra al impulso del amor, no puede tener la fe que caracteriza la vida cristiana. No se trata de fe intelectual como resultado de la lectura y estudio de la Biblia, sino de fe vivencial que permite una vida vinculada al Hijo de Dios (Gá. 2:20; Fil. 1:21). Las tres grandes virtudes son la mayor bendición en la experiencia de cada creyente.

Estas tres cosas, la paz, el amor y la fe, proceden como don de la gracia de ἀπὸ Θεοῦ Πατρὸς, “*Dios nuestro Padre*”, de donde viene todo don perfecto y toda buena obra (Stg. 1:17). Todo regalo perfecto *desciende* del Padre, en un movimiento perfecto de amor desde lo Alto hacia los hombres. El verbo en presente indica una acción continuada, de modo que las bendiciones que Dios otorga, no se interrumpen. Sin embargo, todas las dádivas divinas se hacen accesibles al hombre por el único Mediador que es Jesucristo (1 Ti. 2:5), de ahí que al Padre esté unido el Κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ, “*Señor Jesucristo*”, que hace posible que las bendiciones de Dios lleguen a la experiencia del hombre creyente. La paz, el amor y la fe, que proceden del Padre se hacen realidad en y por la obra de Jesucristo. Son dones divinos y en la donación de ellos están unidas aquí las dos Personas Divinas, la del Padre y la del Hijo, sin duda el Espíritu está presente también porque las hace realidad en la experiencia de vida cristiana.

24. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén.

ἡ χάρις μετὰ πάντων τῶν ἀγαπώντων τὸν Κύριον ἡμῶν Ἰησοῦν
La gracia con todos los que aman al Señor de nosotros Jesús
Χριστὸν ἐν ἀφθαρσίᾳ¹.
Cristo con incorruptibilidad.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica textual. Lecturas alternativas.

¹ ἀφθαρσία, *incorruptibilidad, inalterable*, atestiguada en p⁴⁶, κ*, A, B, F, G, 6, 33, 81, 1175, 1241, 1739*, 1881, l 593, it^f, g, mon*, o, vgst, syr^{nal}, cop^{sa, bo/pt, fay}, Orígenes, Teodoro^{lat}, Ambrosiaster, Jerónimo, Pelagio.

ἀφθαρσία. ἀμήν, *inalterable. Amén*, que se lee en κ², D, Ψ, 075, 0150, 104, 256, 263, 365, 424, 436, 459, 1319, 1573, 1739^c, 1852, 1912, 1962, 2127, 2200, 2464, Biz [K, L, P] Lect it^{ar, b, d, mon, r}, vg^{cl, ww}, syr^{p, h}, cop^{bo/pt}, arm, ath, geo, slav, Crisóstomo, Victorino-roma.

ἀφθαρσία εἰς αἰῶνας. ἀμήν, lectura que aparece solamente en l 921.

La bendición final queda expresada con: ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; χάρις, caso nominativo femenino singular del sustantivo que denota *gracia*; μετὰ, preposición de genitivo *con*; πάντων, caso genitivo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; τῶν, caso genitivo masculino plural del artículo determinado *los*; ἀγαπώντων, caso genitivo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἀγαπάω, *amar*, aquí como *que aman*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado declinado *al*; Κύριον, caso acusativo masculino singular del título divino *Señor*; ἡμῶν, caso genitivo de la primera persona plural del pronombre personal declinado *de nosotros*; Ἰησοῦν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Jesús*; Χριστὸν, caso acusativo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἐν, preposición que rige dativo *en*; ἀφθαρσία, caso dativo femenino singular del sustantivo que denota *inmutabilidad*.

La gracia, que fue punto de partida para iniciar la *Carta* (1:3, 6ss), vuelve nuevamente como cierre del escrito. La bendición que descansa en la gracia es la forma típica de concluir sus escritos el apóstol Pablo (cf. Ro. 16:20; 1 Co. 16:23; 2 Co. 13:14; Gá. 6:18; Fil. 4:23; Col. 4:18; 1 Ts. 5:28; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 4:22; Tit. 3:15). Esta bendición tiene peculiaridades propias y especiales, ya que está destinada a μετὰ πάντων τῶν ἀγαπώντων τὸν Κύριον ἡμῶν Ἰησοῦν Χριστὸν ἐν ἀφθαρσία, “*aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable*”. Estos que aman a Dios “*todas las cosas les ayudan a bien*” (Ro. 8:28). Dios ha preparado cosas asombrosas e impensables para el hombre, destinadas a quienes le aman (1 Co. 2:9). Los que aman a Dios son verdaderamente creyentes porque son conocidos por Él (1 Co. 8:3). Las bendiciones de Dios se proyectan más allá de esta vida para quienes le aman (Stg. 1:12), como herederos del reino prometido (Stg. 2:5). Quienes aman a Dios son aquellos que han entendido claramente que primero fueron amados por Él (1 Jn. 4:10). La evidencia de este amor a Dios se expresa en el amor a los hermanos (1 Jn. 4:20). El amor a Dios es evidencia de haber sido engendrado por Él (1 Jn. 5:1). Todos los verdaderos creyentes aman al Dios-hombre exaltado (1 P. 1:8). El amor al Señor Jesucristo es evidencia de la salvación, por tanto, la bendición divina se dirige a quienes le aman verdaderamente.

El énfasis de la oración está en la expresión final: ἐν ἀφθαρσία “*amor inalterable*”. El sustantivo²⁴ que usa Pablo expresa la condición de aquello que es incorruptible, por tanto permanece inalterable, es amarle con amor inmortal o imperecedero. El amor imperecedero es aquel amor que transita el tiempo y se proyecta a la eternidad. La transitoriedad del cristiano es una expresión de la gracia, que alcanza su plena manifestación en la glorificación de los salvos (1 P. 1:13). La gracia, pues, como respuesta a la bendición del apóstol se manifestará en forma personal sobre quienes aman verdaderamente al Señor, cuyo amor no terminará nunca. Solo el verdadero cristiano está en posesión de este amor,

²⁴ Griego: ἀφθαρσία.

derramado abundantemente por el Espíritu Santo (Ro. 5:5). La carta se inicia y termina de la misma manera (1:2, 6:24).

Que las reflexiones hechas a lo largo del comentario sirvan, en el poder del Espíritu de Dios para fortalecer a cada lector en la determinación de considerar la gracia como la bendición de dimensión infinita que procedente de Dios nos ha alcanzado. Esta gracia hace posible la admirable realidad de la Iglesia. Es necesario extender la mirada hacia el futuro, sin olvidar el pasado, pero, entendiendo bien que los triunfos ocurridos antes están dando paso a las victorias del presente y a la firme certeza de otras en el futuro, como manifestaciones de la incommovible realidad de ser llevados siempre en triunfo en Cristo Jesús (2 Co. 2:14). Es necesario entender bien que el propósito divino en la Iglesia alcanzará una gloriosa dimensión, impensable en mente humana, en el futuro, por tanto, no hay nada en el pasado que pueda superar las glorias d venideras. Quienes viven pendientes de los hechos antiguos y fijan su mirada en las aparentes grandezas de la iglesia ya pasada, están perdiendo la bendición de pisar el terreno de victoria por la fe en el presente. Hemos de proclamar con convicción que la iglesia gloriosa no ha sido la del pasado, sino que será la del futuro y que a nosotros nos está reservado en el tiempo presente una vida de victoria en dependencia de fe, que nos vincula con el que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. La mejor oración para nosotros es la de los apóstoles: *“Señor, auméntanos la fe”*.

Que esta gracia admirable de Dios sirva para impulsarnos a todos en aliento y ánimo para seguir y servir fielmente al Señor, mientras le amamos con un amor permanente, incorruptible y eterno.

BIBLIOGRAFÍA.

- Agustín de Hipona. *Del Aprendizaje Cristiano*.
Agustín de Hipona. *Tratado sobre la Trinidad*.
Auer, Johann. *Jesucristo hijo de Dios e hijo de María*. Editorial Herder.
Barcelona, 1989.*
Balthasar von, H. U. *La conciencia de Cristo*. Madrid, 1980*.
Barclay, William. *Gálas y Efesios*. Nuevo Testamento Comentado. Vol. X.
Editorial Aurora, 1973.
Berkhof, L. *Teología Sistemática*. Editorial T.E.L.L. Mexico D. F. Grand
Rapids, 1949.
Boettner, Loraine. *La predestinación*. Editorial T.E.L.L. Grand Rapids.
Morgan, G. Campbell. *El Espíritu de Dios*. Editorial Clie. Terrassa, 1984.
Bultman, Rudolf. *The History of the Synoptic Tradition*. Nueva York, 1963
Broadus, John A. *Comentario expositivo sobre el Nuevo Testamento*. Casa
Bautista 1959.
Bruce, F. F. *El canon de la Escritura*. Editorial Andamio-Clie. Terrasa 1988.
Calvino, Juan. *Institución de la Religión Cristiana*. Fundación Editorial de
Literatura Reformada. Rijswijk. Países Bajos. 1968
Chafer, Lewis Sperry. *Teología Sistemática*. Publicaciones Españolas. Georgia.
1974.
Dencinger. H – Schönmetzer, A. *Enchiridion Symbolorum*. Frigurgi-Barcinone,
1963.
Eusebio. *Historia Eclesiástica*.
Farrar. F. W. *History of Interpretation*. Nueva York, 1870.
Fountain, Thomas. *Claves de interpretación bíblica*. Casa Bautista, 1977.
García Cordero. *Teología de La Biblia*. Editorial BAC. Madrid, 1972.
Geisler, Norman. *Systematic Theology*. Editorial Bethany House. Minneapolis,
2002.
González de Cardedal, Olegario. *Cristología*. BAC, Madrid, 2001. *
Gram., Billy. *El Espíritu Santo*. Casa Bautista de Publicaciones. 1980.
Jeremías Joachim. *Teología del Nuevo Testamento*. Editorial Sígueme.
Salamanca, 1980.
Harrison, Everet. *Introducción al Nuevo Testamento*. Subcomisión de Literatura
Cristiana. Grand Rapids, Michigan, 1980.
Hendriksen, Guillermo. *Efesios*. Subcomisión de Literatura Cristiana.
Grand Rapids, Michigan, 1984.
Hodge, Charles. *Teología Sistemática*. Editorial Clie. Terrassa, 1991.
Küng, Hans. *Ser Cristiano*. Editorial Cristiandad. Madrid, 1977.
Lacueva, Francisco. *Comentario Bíblico Matthew Henry. Efesios*. Clie.
Terrassa. 1980.
Lacueva, Francisco. *La Persona y la Obra de Jesucristo*. Clie. Terrasa. 1979.
Lacueva, Francisco. *La Iglesia, cuerpo de Cristo*. Editorial Clie. Terrassa, 1978.

- Lacueva, Francisco. *Un Dios en tres personas*. Editorial Clie. Terrassa, 1974.
- Lacueva Francisco. *Espiritualidad Trinitaria*. Editorial Clie. Terrassa, 1986.
- Ladd, George Eldon. *Teología del Nuevo Testamento*. Editorial Clie. Terrassa, 2002.
- Leal Juan. *Carta a los Efesios*. Editorial BAC. Nuevo Testamento. Vol. 211. Madrid 1965.
- Lightfoot, J. B. *Los padres apostólicos*. Editorial Clie. Terrassa, 1990.
- Lloyd Jones, Martín, *La vida en el Espíritu*. Editorial TELL. Grand Rapids, 1983.
- MacDonald, William. *Comentario al Nuevo Testamento*. Editorial Clie. Terrassa, 1995.
- Moltmann, Jürgen. *El Dios crucificado*. Editorial Cristiandad. Salamanca, 1977*
- Pache, René. *La Persona y la obra del Espíritu Santo*. Editorial Clie, Terrassa, 1982.
- Packer, J. L. *Conociendo a Dios*. Editorial Clie. Terrassa, 1985.
- Pentecost, J. Dwight. *Vuestro adversario el Diablo*. Logoi. Miami, 1974.
- Pentecost, J. Dwight. *The words and works of Jesus Christ*. Zondervan Publishing House. Grand Rapids, 1981.
- Ridderbos, Herman. *El pensamiento del apóstol Pablo*. Editorial Certeza. Buenos Aires, 1979.
- Ryrie, Charles C. *Teología Bíblica del Nuevo Testamento*. Editorial Outreach Publications.
- Robertson, Archibald Thomas. *Imágenes verbales en el Nuevo Testamento*. Clie. Terrassa, 1985.
- Saphir, Adolph. *Christ Crucified*. Editorial James Nisbet. Londres, 1973.
- Schenke, L. *Die Urgemeinde. Geschichtliche und theologische Entwicklung*. Stuttgart 1990. *
- Schlier, Heinrich. *La Carta a los Efesios*. Editorial Sígueme. Salamanca, 1991.
- Stott, John R. W. *La nueva humanidad*. Ediciones Certeza. Quito, 1987.
- Strong, Augustus H. *Systematic Theology*. Editorial Pickering. Londres.
- Streeter, B. H. *The Four Gospels*. Nueva York, 1925.
- Trenchard, Ernesto y Wickham, Pablo *Efesios*. Editorial Literatura Bíblica. Madrid, 1980.
- Warfield, B. B. *La persona y la obra de Jesucristo*. Editorial Clie. Terrassa, 1993.
- Watson, J. B y otros. *La Iglesia*. Editorial LEC. Buenos Aires,
- Wuest, Kenneth S. *West's Word Studies*. Editorial Eerdmans. Grad Rapid, 1994.

DICCIONARIOS Y MANUALES TÉCNICOS

Diccionario Bíblico Arqueológico. Editorial Mundo Hispano, 1982

- Diccionario de la Biblia*. Editorial Herder, Barcelona, 1981.
- Diccionario de Teología*. Everett F. Harrison. Editorial T.E.L.L. Grand Rapids, 1985.
- Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*. Horst Balz-Gerhard Schneider.
- Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*. Vine, W. E. Editorial Clie. Terrassa, 1984.
- Diccionario Griego Español*. Editorial Ramón Sopena, S.A. Barcelona, 1972.
- Nuevo Diccionario Bíblico*. Editorial Certeza, 1991

TEXTOS BÍBLICOS

- A Biblia*. Editorial SEPT. Vigo, 1992.
- Biblia Anotada*. Charles Ryrie. Editorial Portavoz. Grand Rapids, 1996.
- Biblia de Jerusalén*. Editorial Desclee de Brouwer. Bilbao, 1975.
- Biblia de las Américas*. Editorial Fundación. Anaheim.
- Nuevo Testamento Interlineal*. Francisco Lacueva. Editorial Clie. Terrassa, 1984.
- Nuevo Testamento*. Biblia Textual. Sociedad Bíblica Iberoamericana. 1999.
- Nuevo Testamento Trilingüe*. Bover-O'Callaghan. Editorial BAC. Madrid, 1977
- Sagrada Biblia*. Juan Straubinger. Libros Básicos S.A., 1958.
- Sagrada Biblia*. Cantera-Iglesias. Editorial BAC. Madrid. 1975.
- Septuaginta*. Deutsche Bibelgesellschaft Stuttgart. Stuttgart, 1979.
- The Greek New Testament*. Deutsche Bibelgesellschaft. Stuttgart, 2001.

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO EFESIOS



D. Samuel Pérez Millos es Master en Teología (Th.M.) por el IBE, (Instituto Bíblico Evangélico). Actualmente es miembro de la Junta Rectora del IBSTÉ (Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España), y es profesor en activo de las áreas de Prolegómena, Bibliografía y Antropología de esta institución.

Escritor de más de 30 libros de teología y estudios bíblicos, conferenciante de ámbito internacional y consultor adjunto de Editorial Clie en áreas de lenguas bíblicas, D. Samuel Pérez Millos une a su preparación académica la valiosa experiencia vital y pastoral de su anterior labor por más de 25 años como pastor de la Primera Iglesia Evangélica de Vigo (España).

καὶ γνῶσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς καὶ γνῶσεσθε τὴν ἀλήθειαν, καὶ ἡ ἀλήθεια ἐλευθερώσει ὑμᾶς

Samuel Pérez Millos, nos ofrece una incomparable obra por la calidad y su extenso contenido. Une en un solo comentario el rigor del análisis gramatical del texto griego del Nuevo Testamento y las derivaciones prácticas, doctrinales y teológicas del mismo. Las características principales de este comentario son:

- Técnico. A cada libro le precede un completo estudio introductorio sobre el autor, fecha, cuestiones críticas, tema principal y bosquejo analítico.
- Analítico. Examen gramatical del texto griego con incorporaciones de la correspondiente crítica textual, cuando se da el caso, analizando todos los elementos de cada versículo, como verbos, sustantivos, adjetivos, proposiciones, etc.
- Lingüístico. Texto griego y traducción interlineal de cada palabra. Análisis del mismo con modos verbales, declinaciones etc., ofreciendo el significado principal y los complementarios de cada palabra.
- Exegético. Interpretación literal de cada término y su significado en el conjunto canónico del Nuevo Testamento.
- Práctico. Aplicación a la vida del individuo o de la comunidad de la enseñanza doctrinal, teológica y espiritual derivada de la exégesis del texto.
- Didáctico. Al final de cada capítulo se hace una aplicación práctica de lo analizado en el mismo.
- Complementario. La exégesis del texto se ve complementada con una serie de *excursus* sobre temas doctrinales y prácticos que precisan de mayor atención y detalle.

En suma, un comentario único, riguroso, extenso e intenso, pero muy práctico y útil a la vez, para todo amante y estudioso de la Palabra de Dios.



editorial clie

• CLASIFÍQUESE: 242 HERMENÉUTICA •
COMENTARIOS DEL NT-EFESIOS
• CTC 01-02-0242-08 • REF 224713 •

ISBN 978-84-8267-557-2



9 788482 675572